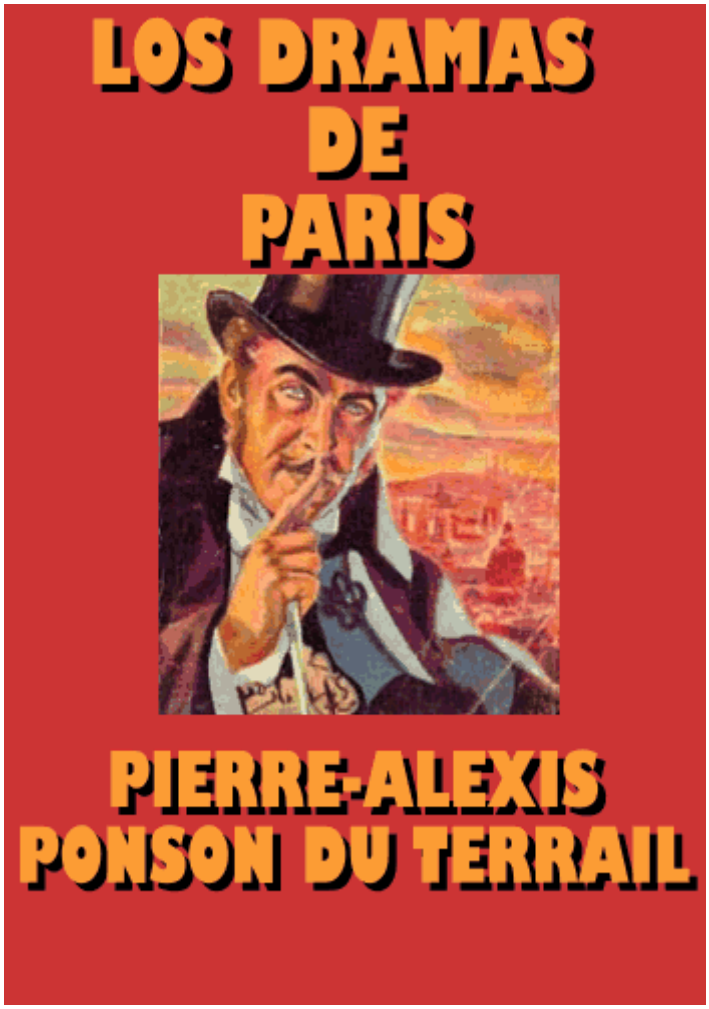
LIBRO dot.com

LOS DRAMAS DE PARÍS

PIERRE-ALEXIS PONSON DU TERRAIL



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

LA VERDAD SOBRE ROCAMBOLE

Las sotas de copas

Una tarde, hace diez o doce años, nos encontrábamos tres buenos amigos en un reservado del pabellón de Armenonville, a la entrada del bois de Boulogne: Gustavo Claudin, la encantadora Bergerette y yo.

Seguramente todos conocerán al agudo periodista, al hombre de amena y sugestiva charla que se llama Gustavo Claudin. Entonces no era caballero de la Legión de Honor, ni redactor de un periódico excesivamente serio, ni personaje oficial, como es hoy. Aquella tarde, mientras acariciaba su bigote negro, se embaló en la defensa de una teoría pedagógica de su invención cuyo secreto se irá a la tumba con él.

Bergerette, una encantadora mujer que tenía veinte años, dentadura resplandeciente y una de esas sonrisas francas, espontáneas, que concuerda tan maravillosamente con la juventud, hacía bolitas de miga de pan con sus deliciosos dedos y las arrojaba, insistentemente, a la nariz de nuestro orador.

En cuanto a mi, a despecho de los artificios oratorios de Claudin y de las carcajadas estrepitosas de mi compañera, me dedicaba a cavilar y permanecía sombrío. Debía tener la apariencia de, un traidor de melodrama cuando en el cuarto acto se halla a punto de recibir el castigo.

La verdad es que aquella mañana, el señor Delamarre, de la casa Delamarre, Martin Didier y Compañía, antiguo guardia de corps, antiguo regente del Banco de Francia y a la sazón director del periódico La Patria, me había convocado en su despacho y me había dicho sin más preámbulos

-¡Amigo mío, la política actual es tan apacible que no sucede nada digno de enteres! Los tribunales también

están de vacaciones. Ni siquiera tenemos una pequeña guerra, o un crimen apasionante que llevar a las páginas de nuestro periódico para llamar la atención de los lectores de La Patria.

Permanecía en pie, guardando silencio, y esperé a que continuara. Añadió tras tomar aliento:

-Empezamos el mes de octubre. ¿Comprende lo que digo, amigo mío? Hay que hacer que se renueven las suscripciones. Necesito que me haga, sin pérdida de tiempo, cualquiera de esas cosas interesantes que duran dos trimestres y retienen a los suscriptores inconstantes gracias a la curiosidad de su mujer y sus hijas.

No hubo más palabras, pero tampoco eran necesarias. Lo expuesto por el señor Desamarre era bien elocuente. Se reducía a exigirme que escribiera en seguida una novelita para alargar unos cien folletines del periódico. Tenia que proporcionarle un título para anunciarlo inmediatamente y ocho días más tarde empezar la publicación de la obra.

Tal era la verdadera causa de mi ensimismamiento y lo que en determinado momento obligó a Claudin a animarme con estas palabras:

-¡Pero, hombre! La cosa es bien sencilla. No tienes más que rehacer y combinar elementos de cualquiera de esos novelones que doce años atrás tuvieron un éxito tan sensacional.

-Para ti, todo es muy fácil -repliqué.

-Ahí tienes El conde de Montecristo...

-Llamaré a Dumas para que colabore conmigo, ¿verdad?

-Entonces..., toma Los misterios de París, si te parece mejor.

-No sé ni palabra de ese caló que hablan sus personajes.

-Apréndelo.

-¡Lo ves muy fácil! ¿Dónde y cómo lo aprendo?

El camarero que nos servía entraba en aquellos momentos en el salón, y al oír lo de caló, se quedó impresionado. Era un hombre de unos cincuenta años, un poco obeso, de cabellos crespos y blancos, y andares majestuosos. Con una simbólica llave a la espalda, en el cinturón, se le hubiera tomado por un chambelán.

Hasta entonces nos había servido con gran diligencia. No era de extrañar, ya que estábamos casi solos en el pabellón. Además, Bergerette le había solicitado la carta con exquisita gentileza. Sin embargo, al oír la palabra caló, la expresión jovial de su rostro se transformó en otra más tenebrosa. Nos contempló con desconfianza y, a partir de entonces, empezó a distraerse en el servicio. Incluso fue necesario llamarle continuamente para que nos trajese los platos que faltaban.

A los postres ya había desaparecido.

Claudin, bromeando a propósito de una circular enviada por el Ministerio para prohibir el caló en los teatros, comentó:

-Seguro que ese camarero ha trocado sus tijeras por una servilleta. Debe ser algún censor de teatro destituido.

El café nos lo sirvió otro camarero y eso hizo que reparásemos más en el desaparecido.

Minutos antes, había empezado a caer una de esas lluvias frías y persistentes que tanto caracterizan la llegada de octubre en París. No obstante, Bergerette no se desanimó y nos soltó la pregunta:

-¿Qué vamos a hacer esta tarde? Me gustaría que fuéramos a algún sitio.

-Está lloviendo.

-¿Para qué tenemos coches?

-El nuestro es descubierto -repliqué-. Además, no creo que la lluvia dure mucho tiempo. Esperemos un poco.

-¿Qué os parece si jugásemos un sacanete? -apuntó Claudin.

-¿Los tres?

-¡Qué importa!

Nos disponíamos a emprender la partida, cuando se oyó el ruido de un carruaje que se aproximaba al pabellón. Me levanté y me acerqué a la ventana del gabinete. Se trataba, efectivamente, de un carruaje, en el que venían cinco amigos, según reconocí al aproximarse. Les había sorprendido la lluvia en medio del bois.

-¡Eh! -les grité-. ¡Venid aquí! Vamos a jugar una partida de sacanete.

Un cuarto de hora más tarde nos hallábamos todos instalados alrededor de una mesa cubierta con un tapete azul para jugar con los naipes. Creo que todo el mundo ha jugado al sacanete y conoce ese juego extraordinario y fantástico, en el que ocurren las más monstruosas anomalías. Se da la circunstancia que durante todo el tiempo de una talla y aun a lo largo de toda una tarde, una carta sale continuamente e incluso con frecuencia desesperante. Lo mismo es un as que hace ganar al banquero, como un caballo que le acarrea la desgracia con irritadora constancia.

Aquella tarde hubo una carta que se presentaba con tal frecuencia que quien jugaba contra ella su dinero, aun antes de concluir la jugada, podía darlo por perdido. Esta carta era la sota de copas.

A medianoche aún seguíamos jugando. Sonamos el timbre y el camarero desaparecido, al que toda la tarde no habíamos visto por parte alguna, apareció para servimos. Había perdido su aire de desconfianza y una sonrisa, un poco majestuosa, adornaba sus labios.

Pedimos champagne y cigarros, y continuamos la partida. Bergerette tenía la vez en aquellos momentos y decía:

-Vais a ver cómo esa carta deja de ser temible conmigo.

Sin embargo, volvió la primera y fue una sota de copas. Volvió otra carta y siguió asomando la sota de copas.

-¡Tablas! -exclamamos.

-¡Otra vez tablas! -dijo ella, desconsolada.

En medio de inmensa estupefacción, Bergerette había sacado otras dos sotas de copas y nadie se atrevía a jugar.

-Debéis continuar -nos decía, sonriendo-. Ya no quedan más sotas de copas. ¡Es dinero seguro!

Se hizo la jugada y una tercera racha de sotas de copas apareció poco después. En aquel instante, el ca' marero desaparecido entraba en el salón coro una inmensa bandeja llena de vasos y botellas.

-¡Las sotas de copas tienen una suerte extraordinaria! -exclamó Claudin.

Al oír aquellas palabras, el camarero exhaló un grito y la bandeja se estrelló ruidosamente contra el suelo. En seguida el hombre echó a correr, lleno de espanto, mientras exclamaba con voz sorda:

-¡La sota de copas!... ¡La sota de copas!... ¡Siempre la sota de copas![1]

El estrépito de los vasos rotos y las botellas destrozadas llamó la atención de la dueña del establecimiento y del maître del pabellón, a quienes atropelló el camarero en la escalera al salir precipitadamente.

-Le tengo dicho que despida a ese hombre -reprochaba la encantadora señora Leblond al maître-. ¡Ese hombre está loco y usted lo sabía!

Comenzaron las explicaciones consiguientes y el maître y los restantes camareros nos ofrecieron sus versiones y antecedentes del suceso.

-El hombre vino aquí hace ocho días solicitando que lo empleásemos -dijo el maître.

-Era un hombre de excelentes modales -añadió un camarero-. Parecía una buena persona. Su nombre, un tanto raro, es Aventura.

-Aceptamos sus servicios y durante los dos primeros días no tuvimos queja alguna -indicó el maître-. Al anochecer del segundo día me pidió permiso para ir a París y regresar en el último tren.

-Aquí se cierran las verjas del boas a las doce de la noche -aclaró un camarero.

-Sí, aunque para entonces no regresó -prosiguió el maître-. Y al día siguiente, cuando a las cuatro de la madrugada enganchaba la yegua al cabriolé para irme al mercado, le vi salir del macizo de árboles que hay hacia el jardín de aclimatación.

-Venía todo lleno de barro, el traje en desorden, los zapatos destrozados..., como de haber pasado, andando, toda la noche a la intemperie.

-Como podrán suponer los señores -siguió el mal tre-, me quedé sorprendidísimo. Le pregunté qué le sucedía y sólo supo decirme que tenía miedo, que le perseguían sus enemigos y que me guardase bien de las sotas de copas.

-¿Las sotas de copas? -repetí, intrigado.

-Sí. Dijo que eran sus enemigos y por ello no se había atrevido a entrar en la casa. Esto me hizo suponer que era un monomaníaco, pero como en otoño los camareros escasean, no me decidí a despedirlo.

-¿Qué te parece el asunto? -me susurró Claudin, inclinándose hacia mí-. ¿No

[1] La organización dirigida por Rocambole se llamaba El Club de las Veinticuatro Sotas y una sota de copas era el distintivo usado por sus componentes.

buscabas tema para una novela? Ahí tienes un bonito título : Las sotas de copas.

No respondí y me dediqué a escuchar con interés la versión del despensero de la casa, que decía:

-Aventura tiene su cama arriba, cerca del sitio donde duermo. Un débil tabique de madera separa su dormitorio del que ocupamos el maître y yo; por eso, desde la primera noche le hemos oído dar vueltas en la cama, levantarse, gemir, volver a acostarse y hablar en voz alta:

-Yo fui a su cuarto a ver si le sucedía algo -intervino el maître-. Nos pidió perdón por las molestias y me dijo que no estaba enfermo.

-Esto nos intrigó -dijo el despensero-. Y a la noche siguiente le espiamos por un agujero del tabique. Aventura empezó por cerrar la puerta con dos vueltas de llave, después corrió el cerrojo y luego puso una pistola sobre la silla que le sirve de mesita de noche. Se quedó dormido en seguida, pero pronto despertó sobresaltado y gritando desaforadamente.

-No hacia más que pedir perdón a un tal Rocambole -añadió el maître-. Gritaba que no sabia dónde tenía el señor duque sus valores y pedía perdón a Rocambole.

-¡Bonito nombre! -exclamó Claudin.

-Sí, no está mal -admití.

-Pero, ¿quién es Rocambole? -inquirió Bergerette, dirigiéndose al maître.

-No lo sé -respondió el aludido-. Pero al día siguiente, cuando desayunábamos, se me ocurrió preguntárselo en plan de broma y el pobre Aventura se puso en pie bruscamente y, tras mirarnos con terror, echó a correr.

Dichas estas palabras, un tanto intrigantes, la bella señora Leblond nos relató que cierto día le había tomado como cochero para ir a París. Aventura conducía perfectamente y demostraba conocer el oficio. La condujo a diversas calles de la ciudad, pero cuando le indicó que debía llevarla a la calle de la Pepinière, el hombre se puso pálido y se negó a llevarla.

-¿Le explicó el motivo que le inducía a negarse? -inquirí, intrigado.

-Sí, me respondió que en aquella calle se reunían sus enemigos, el Club de los Veinticuatro, los de las sotas de copas. Como comprenderán, no iba a discutir con él. Me resigné a no ir y cuando llegué aquí ordené al maître que lo despidiera.

-Y eso fue lo que hice -agregó éste-, pero Aventura se puso de rodillas y entre sollozos me rogó que no le echara, que tenía enemigos misteriosos persiguiéndole por todas partes.

-Y ahora, ¿dónde se ha metido? -preguntó uno de nuestros amigos, divertido con la historia.

-Ha salido corriendo hacia la puerta Maillot -respondió un camarero-. Pero no se preocupe, volverá.

-¡Hombre! Seria interesante -dije.

Todos me miraron con cierta extrañeza y Claudin exclamó:

-¡Vaya! ¡Ya despertó el novelista! Has encontrado tu tipo, ¿no? Pues vámonos a casa mientras tanto, que ya pasa de la medianoche.

Mientras nos preparaban mi carruaje, hablé con el maître para que no riñese a Aventura a su regreso y me lo reservara.

A la mañana siguiente volví al pabellón. Hacía un tiempo magnífico, pero el camarero no se había presentado. Tres días más tarde seguía sin aparecer, y entretanto, el señor Delamarre, de la casa Delamarre, Martin Didier y Compañía, antiguo guardia de corps y demás, me apuraba para que diese el título de mi nueva novela.

-Está bien -dije a la cuarta mañana-. Anuncie esto :

El Club de los Veinticuatro.

Aquella misma noche apareció inserto en las páginas de La Patria, y al día siguiente recibía en la redacción una carta escrita en papel de estraza, con letra desigual y sin ortografía, que decía lo siguiente:

«Si quiere noticias, puedo proporcionárselas. Rocambole está a la sombra y, por tanto, no hay peligro. Vaya mañana noche a la barrera de la Villete, junto a la calle Flandre. Allí está el figón de Bravard. Entre y espéreme.
»Uno de la banda de Timoleón.»

Esta carta despertó mi curiosidad e interés aún más que el extraño suceso del pabellón de Armenonville. Así, pues, decidí ir, aunque a Bergerette no le agradó la idea.

La taberna de Bravard

Recuerdo que iba al colegio cuando se publicaron por vez primera Los misterios de París[2]. Entonces no se oía hablar más que de las desdichas de la Cantaora y las proezas del Puñales. La obra no sólo era un éxito, sino también el triunfo personal de un autor.

Eugène Sue vivía por las afueras de París. Era hombre de mundo, miembro fundador del Jockey Club, aristócrata y elegante de la mejor reputación. Todo el mundo se preguntaba cómo podía describir tipos como el maestro de escuela, la Lechuza, la isla des Ravageurs y otros lugares frecuentados por la gente del hampa.

Ignoro lo que entonces se decía de todo ello en las ciudades, pero sí conozco lo comentado en nuestro colegio cuando llegaba clandestinamente el Journal des Debats con su folletín. Más o menos era lo siguiente:

Al anochecer, un apuesto caballero, de tez morena y barba esmeradamente cuidada, se apeaba de un carruaje ante el número 80 de la calle Pepinière. Venía de cenar en el Club. El portero le abría la puerta cochera y el carruaje llegaba hasta la escalinata de la mansión. El caballero entregaba las riendas a su lacayito[3], ascendía por la escalera, cruzaba una antecámara guardada por dos magníficos leones disecados y se encerraba en su cuarto de trabajo. Allí eran admitidas poquísimas personas y las que entraban sólo lo hacían a determinadas horas.

Para todo París era el momento en que Eugène Sue trabajaba. Sin embargo, media hora más tarde el escritor, cubierto con una larga blusa, una gorrilla calada hasta las cejas y con el rostro casi oculto por una enmarañada barba, salía furtivamente de la

[2] Principios de 1842. Esta obra se escribió en 1867 y se refiere a hechos de 1859, fecha en que aparecieron las hazañas de Rocambole.
[3] Era moda, entre la «gente bien», emplear como lacayo a un joven negro.

casa y abandonaba el aristocrático barrio de Saint-Honoré para dirigirse a la Petite Pologne, o a los antros de la Cité, de donde no regresaba hasta alborear el nuevo día, después de observar y convivir con los héroes de sus novelas.

Esto era lo que se contaba y lo que todos creíamos. Hoy me parece una verdadera fábula, pero ese día necesitaba creer en ello ciegamente y entusiasmarme con la carta recibida. Tenía entonces veinticuatro años y acababa de invertir el primer dinero que me produjo la literatura en comprar un caballo y un coche para exhibirme durante cuatro o cinco horas por los bulevares. A pesar de ello era más ingenuo que vanidoso, y esto me hizo despojarme del lujoso gabán y vestir una bausa harapienta para acudir a la cita. Sólo me faltaba, para imitar Los misterios de París, una cosa insignificante: el inimitable talento de Eugène Sue.

A las nueve de la noche del día señalado, con las manos en los bolsillos y mi gorra encasquetada hasta las orejas, entré en el figón de Bravard, el comerciante de vinos de la calle Flandre. Para mi vergüenza, debo confesar que no desperté la más mínima curiosidad. Tampoco aquello parecía una cosa del otro mundo. Dos auverneses jugaban .a la imperial en un rincón de la sala, junto al mostrador. La taberna apenas se iluminaba con dos velas, y el señor Bravard, obeso y siempre sonriente, me sirvió una jarra de cerveza.

Esperé.

Los jugadores de cartas ni siquiera levantaron la vista para mirarme. Tampoco lo hizo un albañil que cenaba un trozo de queso y pidió medio litro de vino. Y allí seguía yo solo, esperando a una persona a quien no conocía.

Al cuarto de hora se abrió la puerta y se asomó un sujeto. Miró a derecha e izquierda y se marchó. Media hora más tarde volvió a aparecer. Su rostro, vulgar y atontado, lo adornaba un collar de barba sucia. Siguió escudriñando la taberna hasta que me atreví a hacerle una seña.

-¿Fue usted quien me escribió? -le pregunté, una vez se hubo acercado a mi mesa.

Me contempló con una especie de extrañeza candorosa y al fin inquirió:

-¿Quién es usted?

Se lo dije y no pudo contener una exclamación de sorpresa. Parecía desconcertado. Lo comprendí en seguida, pues no era la primera vez que, por mi bigotito rubio y mi cara aniñada, muchos de los que me conocían después de leer mis novelas se extrañaban de que no fuera el perdonavidas y aventurero que imaginaban leyendo las tenebrosidades que escribía.

Como llevaba la carta en el bolsillo, se la mostré, y él, sin perder su perplejidad, me dijo sencillamente:

-Nunca lo hubiese creído.

Al final se sentó a mi mesa. Pedí vino y decidí interrogarle. Pero no fue mucho lo que me aclaró, pese a su locuacidad. En las casi dos horas de charla obtuve un relato confuso, casi ininteligible, a través del que t deduje existía una cuadrilla de malhechores dirigida per un tal Rocambole. Este se hallaba, a la sazón, en presi- dio gracias a una especie de Vidocq en miniatura, llamado, Timoleón, que había contribuido a su captura.

Abandoné muy descontento el lugar y a mi interlocutor. Hubiera sido mejor mi historia del Club de los Veinticuatro, sólo que ya no podía utilizarla, máximo cuando el señor Delamarre, de la amasa Delamarre, Didier y Compañía, antiguo guardia de corps, etc., etc., aquel mismo día me había exigido, por medio de Carlos Schiller, secretario de redacción de La Patria, que entregase las primeras cuartillas, y yo, negándoselas, había prometido páginas extraordinarias para días más tarde.

Entonces se me ocurrió que. para contarme la historia de Rocambole, nadie mejor

que Rocambole en persona. Y con esta idea me lancé a la mañana siguiente en busca de mi fabuloso personaje. Olvidé preguntar al hombre de Timoleón en qué presidio se hallaba el detenido, pero tampoco me pareció demasiado enojoso. Podía encontrarse en las cárceles de Brest o Rochefort y no tenía por qué perder quince días de viaje buscando en Tolón.

A las ocho de la mañana ya estaba dispuesto. Sabía que las oficinas no se abrían hasta las nueve. La impaciencia me dominaba. En el Negociado de Prisiones de la Prefectura me dirían el paradero exacto de Rocambole. Aquella misma tarde, gracias a la influencia de La Patria, viajaría gratis en busca de mi personaje. Bergerette se hacía la ilusión de acompañarme. Preparó mi maleta y a las diez me presenté en el Negociado de Prisiones vestido de negro con extremado esmero.

El subjefe que me atendió lo hizo con suma cortesía. Se dispuso a servirme amablemente cuando le expliqué el objeto de mi visita. Y con su más grata sonrisa me rogó que esperase unos minutos mientras se informaba. Los minutos se convirtieron en algo más de una hora. Y su amabilidad y sonrisa, cuando regresó al despacho, se habían transformado en un gesto adusto y frío. Parecía haber envejecido diez años.

-Caballero -me dijo con cierta sequedad -. He transmitido su pregunta a mis superiores y el señor prefecto me indica que no existe ningún penado que responda a sus indicaciones.

-¿Cómo es eso? -exclamé, desconcertado-. ¿No hay nadie que se llame Rocambole?

-En presidio no se tiene nombre, sino números -respondió glacialmente.

Con un gesto me dio a entender que no debía insistir y que tenía que marcharme. El misterio, en vez de aclararse, se complicaba. Pero salí de allí convencido de que

Rocambole existía. Ahora, más que nunca, intuía su existencia. Por ello la Administración no podía festejar que yo hiciese una novela sobre sus hazañas.

Un nuevo hecho vino a confirmar mis teorías. El señor Delamarre, de la casa Delamarre, Didier, etc., etc., me había escrito a casa solicitando le fuese a ver lo antes posible. Lo hice y me invitó a almorzar. Y fue entonces cuando me dijo:

-Mi querido amigo, es preciso cambiar el título de su próxima novela. He recibido del Club de los Veinticuatro varias reclamaciones por crea» dicho título.

-No es posible...

-Cámbielo. Y no hablemos más del asunto.

No insistí, pero tampoco me conformé. No estaba dispuesto a abandonar mi historia de Rocambole. Lo difícil estribaba en hallarle un título idóneo que la expresara tan vivazmente como el sugerido con anterioridad.

Se me ocurrió aquella misma tarde. Me encontraba con Claudin, encaramado en el techo de zinc del estudio de un amigo pintor. París, desde las alturas del barrio Saint-Georges, resplandecía de luz bajo nuestras miradas. Nos lanzaba su respiración ciclópea. Y yo, arrojando mi cigarro, exclamé:

-¡Ya lo tengo!

-¿El qué? -preguntó Claudin, girando su cabeza hacia mí para mirarme con interés-. ¿Encontraste a Rocambole?

-No, pero tengo el título. Se llamará Los dramas de París.

-No queda mal, pero, ¿y Rocambole?

-Eso es lo de menos. Inventaré su historia si no queda otro remedio. Pero de esta manera podré ofrecer el ambiente y los personajes del Club de los Veinticuatro.

-Estupendo. Podrás crear un Rocambole fantástico.

-Tengo el presentimiento -añadí- de que no necesitaré inventar nada sobre él.

Y lo que entonces podía tomarse como jactancia vino a confirmarse, como verán

mis lectores.

El director de «La Patria»

Voy a abrir un paréntesis para hablarles de La Patria, el periódico que publicaría la historia de Rocambole. Así tendrán una idea de su fisonomía.

La Patria tenía su domicilio, y lo tiene aún, en el número 12 de la calle Croissant. Sus oficinas comunican por un pasillo con la calle Jeuneurs. Ambas calles, en medio de este París de Las mil y una noches que el señor prefecto del Sena nos ha fabricado en diez años, conservan sus rasgos originales y antiartísticos : la de Jeuneurs está dedicada totalmente al comercio de harapos, y la de Croissant, al de periódicos. En el número 16 se encuentra El Siglo, y a su alrededor, adosados a las tiendas de vino, multitud de quioscos vendiendo una treintena de pequeños y grandes diarios.

Hacia la mitad de la calle Jeuneurs existe un gran inmueble con tres patios bordeados de construcciones donde habita el señor Delamarre, a la sazón director del periódico La Patria, de la casa Delamarre, Didier, etc., etc.

Todo escritor, principiante o fruto seco de la literatura, con una novela en cuatro tomos a sus espaldas, se presentaba en la redacción del periódico. Subía al primer piso de la calle Croissant (hoy es el segundo). Preguntaba por el redactor jefe y le recibía Felipe. Este era un hombre de edad mediana, mirada inteligente y sonrisa amable, aunque un poco cáustica. A primera vista se le tomaba por un ordenanza de la casa, pero en realidad era el hombre de confianza del señor Delamarre, y quien lo decidía todo sobre la publicación de una novela.

Felipe examinaba con una mirada al recién llegado. Parecía adivinar una buena novela. Si la consideraba como tal, recogía el manuscrito y rogaba al escritor que volviese por allí ocho días más tarde. De diez veces acertaba cinco y la novela era leída y aceptada. Si, por el contrario, se encontraba con uno de esos bohemios de cervecería que se pasan la vida negando el talento de los que trabajan, le abría la puerta del despacho de Schiller. Este, con su sonrisa amable, su voz simpática y esa elocuencia abundosa y caliente que lo caracterizaba, recibía al autor, guardaba el manuscrito y más tarde se lo remitía al señor Delamarre, quien nada más verlo preguntaba:

-¿Por dónde ha entrado el autor?

-Por la calle Croissant.

-¡Ah! -exclamaba, y con ello quedaba sentenciado a muerte el manuscrito, porque un año más tarde aún seguía durmiendo el sueño de los justos.

Al señor Delamarre le gustaba que los autores se dirigiesen a él, detalle que sólo conocía Felipe. Por eso, si a Felipe le agradaba una novela o le cata simpático un autor, su manuscrito era colocado discretamente sobre la mesita de noche del señor Delamarre, que vivía en la calle Jeuneurs. Declaro aquí que debo a Felipe mi colaboración en La Patria, continuada durante ocho años. Desde que publiqué mi primer folletín en las columnas del periódico, entré siempre por Jeuneurs.

Pensé en ello y también que al señor Delamarre le agradaría verme. Y a las diez de la mañana me presenté en su despacho para ofrecerle el nuevo título de mi novela.

-¡Magnífico! -exclamó, gozoso-. Me gusta eso de Los dramas de París. Cuénteme el asunto.

-¿El asunto? -repetí, un poco confundido-. Verá...

Aún no tengo concluido el plan de la obra.

-Eso no importa. Sabrá de qué se trata, ¿no? Cuente, cuénteme.

Cogido en la trampa, no tenía más remedio que dedicarme a inventar allí mismo. Hasta entonces, mi novela se había reducido a buscar a Rocambole con intención de saber qué podía contar acerca de sus fantásticas aventuras. Al señor Delamarre no le interesaba nada de esto. Quería la novela, las páginas con los personajes viviendo su historia. Y yo tenía que ofrecérselo, o perder la ocasión de lo que luego constituyó mi gran éxito.

Inventé un prólogo que se desarrollaba entre la nieve, al regreso de la campaña de Rusia. Creé tipos, más o menos originales. Combiné situaciones. Eché mano a mi arsenal acostumbrado: la vieja casa solariega en Bretaña, el soldado heroico, la mujer mundana perseguida, la escala de cuerda tendida en las noches oscuras, el veneno que adormece y no mata. Pedí prestado a los ricos e hice de mamá Fipart una especie de Lechuza, sin que Eugène Sue hiciera ninguna reclamación. Bosquejé un principio de plagio de Montecristo. ¡Que Dumas me perdone! Y hasta creo que mi buen amigo Paul Féval me prestó, sin molestia por su parte, ese niño frecuentemente despojado de su herencia y que la recupera al final gracias a tres hombres rojos y barbudos.

Mientras yo bosquejaba este engendro, el señor Delamarre balanceaba su cabeza sumamente encantado. Y cuando concluí mi desvergonzado relato, exclamó, entusiasmado:

-¡Estupendo! ¡Manos a la obra! Mañana quiero aquí las primeras cuartillas.

Creo que al salir de su despacho casi me había olvidado totalmente de mis proveedores. El entusiasmo de la buena acogida me llevó a pasar por el viejo pasillo a la redacción de la calle Croissant y saludar a mis colegas. Sentía deseos de comunicarle la noticia a Schiller. Y también estreché la mano de otro literato que no fue del agrado de Felipe y tenía su novela durmiendo un apacible sueño en la carpeta de «manuscritos para leer».

-¿Cuándo termina su novela? -me preguntó, con voz lúgubre, al saludarme.

-¿Terminarla? -exclamé, muy risueño-. Los dramas de París no se acabará nunca.

-¿No?

-Tendrá por lo menos dos mil episodios, y aún pienso alargarla con una continuación.

Mi desdichado compañero quedó fulminado mientras me alejaba de allí riendo mi gracia.

Al regresar a mi domicilio relaté a Bergerette mi entrevista con el señor Delamarre y mi salida final ante mi colega. Entusiasmado por la idea, exclamé:

-¡Sería estupendo publicar una novela que no acabase nunca!

-Pues creo que lo conseguirás -me replicó, muy seria.

-¿Qué dices?

-Sí, hombre. Hace un momento se ha ido un caballero que dijo saber la historia de Rocambole.

-¿Un caballero? -repetí, asombrado.

-Dijo que volverá mañana, a primera hora, para contártela.

¡Aquello era extraordinario! No podía creerlo. Y de alegría, di un salto y besé, entusiasmado, a mi amiga.

Pasé el resto del día y parte de la noche ocupado en ordenar, pluma en mano, la descabellada historia que había relatado al señor Delamarre, de la casa Delamarre, Didier y etc., etc., aunque en realidad sólo esperaba la llegada del nuevo día con una ansiedad indescriptible.

Conocer la verdadera historia de Rocambole y enfrentarme a aquel misterioso

personaje que deseaba contármela no me dejaba trabajar con tranquilidad.

A la mañana siguiente, antes de las diez, entró en mi despacho un hombre cubierto con gorra galoneada y vestido de gris. Llevaba unan bolsa de cuero, de las utilizadas por los cobradores de Banca, y una cartera no muy voluminosa. En principio me desilusionó su presencia y luego me extrañó. No era quien esperaba ni tampoco tenía letra pendiente de pago para que la pasaran al cobro. Sin embargo, en seguida me puso en conocimiento de su personalidad. Usaba un disfraz para llegar hasta mí sin levantar sospechas.

-Entonces, ¿quién es usted? -pregunté, interesado por su misterio-. ¿No vino ayer a buscarme?

-En efecto -respondió, sentándose cómodamente frente a mí-. Mi nombre es Timoleón, y antes de convertirme en policía fui ladrón.

Hice un saludo reverente[4].

-La policía se ha depurado mucho -continuó Timoleón-, y ahora me han licenciado: No quieren gente que haya tenido que ver con la justicia. Y eso que presté muy buenos servicios.

-No lo dudo.

-Yo fui quien detuvo a Rocambole.

-¡Luego Rocambole existe! -exclamé, lanzando un suspiro que alivió mi pecho.

-¡Claro que existe! Está en el presidio de Brest. -Pues la otra mañana estuve en el Negociado de Prisiones...

-Y le dijeron que Rocambole no existe, ¿verdad? -me atajó con tono burlón-. Es natural.

-¿Cómo?

Una extraña sonrisa se dibujó en sus labios antes de aclararme:

-Durante algún tiempo, Rocambole fue un gran personaje, y es lógico que la policía no muestre interés en difundir sus tenebrosas aventuras.

-¿Y usted piensa contármelas? -pregunté con ansiedad y recelo mal disimulados.

-Pues claro -replicó Timoleón, sonriendo sagazmente-. He venido a eso, aunque antes es preciso que hablemos.

Parpadeé extrañado, pero me limité a esperar que se explicara más claramente.

-Ya le he dicho -continuó- que estoy cesante. En la Prefectura no me han querido. Tampoco tengo bienes de fortuna, y como debo proporcionar una buena educación a mi hija...

Seguía sin salir de mi asombro, aunque esta vez sí vislumbraba el camino y la meta a donde pretendía llegar el individuo. No obstante, permanecí silencioso y él reanudó su discurso.

-Para poder vivir me dedico a pequeñas actividades: encuentro objetos perdidos o robados por cuenta de los perjudicados; sigo a maridos infieles; vigilo a mujeres que engañan a sus esposos... En una palabra, toda información la convierto en dinero.

-Y pretende que le compre sus revelaciones, ¿no es así?

-En cierto modo, sí.

-Explíquese.

-Verá, poseo notas que le ayudarán a escribir una novela de indudable éxito.

Fruncí ligeramente el entrecejo.

[4] En 1815, Fouché, ministro de Policía, convirtió al ex delincuente François Vidocq en jefe de una organización policial compuesta de ex penados, para dedicarlos a luchar contra la delincuencia. El éxito demostró el acierto de tan audaz idea y cuando la Sûreté de París ya no trabajaba con malhechores, siguió utilizando los métodos ideados por Vidocq.

-Ya sé que un literato no es un capitalista, ni tan siquiera propietario -prosiguió Timoleón-. Es muy posible que al ofrecerle estas notas no posea ni cincuenta luises en su cajón; por eso quiero hacerle una proposición.

-No entiendo qué pretende.

-Usted me firma cuatro letras de mil francos cada una, con vencimiento escalonado a tres o seis meses, pagaderas en la caja del periódico La Patria, y yo le entrego el material necesario para que pueda escribir una novela que tenga, al menos, diez tomos.

Me quedé sin saber qué responderle. En aquella época, cuatro mil francos suponían una cantidad respetabilísima y representaban el tercio de lo que ganaba al año.

-Puede tomarlo o dejarlo -añadió Timoleón-. Piénselo con calma.

-¿Y si no me sirven sus notas? -objeté.

-Ya he previsto el caso. Antes de firmar las letras, le dejaré leer mis anotaciones. Claro está, aunque sé que es hombre honrado, le exigiré una garantía.

-Usted dirá.

-Dame su palabra de que, en caso de no convenirle mis notas, renunciará a escribir cualquier novela relacionada con las aventuras de Rocambole.

-No faltaba más -dije, sin apenas pensarlo-. Tiene mi palabra de honor.

-Entonces, esta misma tarde recibirá mis notas -aseguró, levantándose-. Volveré a verle dentro de ocho días.

Tras recoger su cartera y su bolsa de cuero, se despidió de mi y salió de mi casa. Tres horas más tarde recibía por correo interior un voluminoso manuscrito. Contenía lo que con tanta ansiedad deseaba saber desde el día del pabellón de Armenonville.

Dije a mi criado y a Bergerette que no me molestase nadie y me encerré en mi despacho para entregarme en cuerpo y alma a la lectura del manuscrito. Era extenso y estaba redactado con sencillez, pero sin ortografía y con un lenguaje salpicado del caló propio de presidiarios. Allí se contaba la historia de los Veinticuatro, la educación del pilluelo José Fipart, a quien el temible Andrés llamaba Rocambole, y una serie de hechos que me hicieron encontrarle gran semejanza con el plan que yo había ideado para la primera parte de Los dramas de París. Yo había inventado al hermano de sir Williams, el maestro de Rocambole, y la fábula de la herencia. Todo lo demás coincidía con las notas de Timoleón.

Este singular colaborador tuvo el cuidado de advertirme, en una nota a lápiz, que los nombres aparecidos en su relato no eran los verdaderos. Sin embargo, la mayoría de las veces sólo daba la inicial de tales nombres.

Lo que descubrí al concluir la lectura del manuscrito, pasadas las dos de la madrugada, fue la parcialidad de Timoleón. Este hombre odiaba terriblemente a Rocambole, lo cual me hizo suponer que el entregarme aquellas notas suponía un acto de venganza por su parte. También deduje que no todos los miembros del Club de los Veinticuatro se hallaban entre rejas. Además, era posible que la mujer llamada Baccarat o condesa Artoff no encontrase muy agradable la publicación de su historia. Divulgar todo aquello me ponía en el brete de ver turbada la tranquilidad y seguridad de que disfrutaba en aquel tiempo.

Pasé todo el día siguiente absorbido por semejantes reflexiones. El temor a una represalia o atentado ya no me dejaba gozar de las fantásticas aventuras de Rocambole. Mi novela estaba amargándome la existencia, y al final, para quitarme el mal sabor de boca, fui a cenar a casa de Grosse-Tete.

El amigo de Rocambole

Salí de cenar pasadas las nueve de la noche. Llovía y el bulevar se encontraba desierto. Entonces yo vivía en la calle Bellefond y debía alcanzar el barrio de Montmartre antes de meterme por la calle Cadet. Sin embargo, no había llegado a él cuando del pasaje de la Opera salió un hombre y empezó a seguirme. Por Montmartre oía resonar sus pasos a mi espalda, y al doblar la calle Cadet ya no me quedaba duda alguna de que me seguía.

Debo confesar que a ciertas horas también tengo mi miedo, y con los misterios y lecturas en que andaba metido, aquella persecución no hizo más que proporcionarme un terrible escalofrío.

Desde la plaza Cadet a la esquina de Bellefond no hay gran distancia, pero la calle Rochechouart, que debía recorrer, sube como un calvario. Por más que alargaba el paso, tenía la sensación de no llegar nunca. El desconocido seguía detrás de mí.

Es posible que esta situación no durase más de cinco minutos, pero fueron suficientes para traerme a la memoria una horrible historia, absurda, si se quiere, pero que en semejantes circunstancias me pareció de un verismo aterrador. Se refería a Eugène Sue y yo ya la ridiculizaba en la época que publicó El judío errante en las páginas de El Constitucional.

Se decía que cierta noche, al regresar Eugène Sue a su domicilio, fue sorprendido por unos enmascarados que no le dieron tiempo a defenderse y, tras amordazarlo, lo echaron en un carruaje y lo pasearon por todo París. Molido, medio asfixiado y casi ciego lo sacaron de él y lo pusieron ante un tribunal, compuesto por muchos hombres vestidos con hopalandas rojas, que lo condenó a muerte. El juez le dijo que se cumpliría la sentencia tres meses más tarde, a no ser que dejase inconclusa aquella novela que atacaba despiadadamente a ciertos hombres y determinados principios.

Ya sé que la historia es absurda, pero en aquellos momentos, bajo la lluvia y entre la oscuridad, bien podía imaginarme que uno de los Veinticuatro estaba al corriente de lo que sabía y pretendía enmudecerme para siempre.

Pensaba en ello al volver la esquina de Bellefond y ya me creía salvado, pues en el número 38 de dicha calle existía un retén de policía. cuando la mano de mi perseguidor se posó sobre mi hombro y me dejó petrificado.

Si hubiera gritado, seguramente habrían acudido en mi auxilio. Sin embargo, no podía hacerlo. Tenía la garganta seca y la angustia no me permitía articular palabra. Pese a todo, traté de armarme de valor para girarme hacia el hombre que se atrevía a detenerme. Al hacerlo tropecé con un gigante. Lo menos tenía diez pies de estatura, aunque su rostro me pareció en seguida bondadoso y risueño.

-No se asuste, caballero -me dijo con voz afable-. Yo no soy ladrón. Así que no tema por su reloj ni por su dinero.

Mi terror se convirtió en una especie de asombro alelado que me tenía confuso y emocionado. Pregunté al recobrar el uso de la palabra:

-¿Qué desea?

-Hablar con usted. ¿Haría el favor de concederme unos minutos?

Por el rabillo del ojo no separaba mi vista de la linterna roja que lucía en el retén de policía, como un faro de salvación. El desconocido también la miró, tras examinarme con interés, y dijo con su voz ronca:

-Si quiere, vamos hasta allí. Así se encontrará más tranquilo.

Noté en su voz un acento de súplica, algo que me hizo enrojecer de vergüenza por

el pánico que se había apoderado de mí.

-No hace falta -respondí, tratando de mostrarme seguro-. Aquí estamos perfectamente.

-Como guste -replicó con tranquilidad, y luego dejó pasar un tiempo antes de preguntarme-. ¿No ha sido usted quien anunció la publicación de una novela titulada

El Club de los Veinticuatro?

-Sí, pero...

-¿Será Rocambole el héroe de su obra?

-Pues si. Esa es mi idea -respondí medrosamente, conteniendo la emoción que me producía el pensar que estaba ante un miembro del club.

-Habrá sido Timoleón quien le ha proporcionado los datos para su novela, ¿verdad?

-Sí, él ha sido -casi balbucí, sin dejar de mirar al desconocido.

-Timoleón es un canalla, caballero -afirmó el gigante con una convicción tan aplastante que dejaba frío-. Rocambole vale más de lo que se imagina.

Aquellas palabras y el tono empleado para decirlas me tenían desconcertado por completo.

-Además -añadió el desconocido-, si Rocambole fue malo, ahora está arrepentido.

Creí adivinar el pensamiento de aquel gigante y me apresuré a tranquilizarle.

-No se inquiete. Le prometo dejarlo bien y al final quedará redimido de todas sus faltas.

-No he venido a pedirle eso, caballero -replicó con una naturalidad que me heló. Añadió en voz más baja-: Rocambole está en el presidio de Brest y nadie lo sabe, excepto el prefecto de policía y yo, que estoy en correspondencia secreta con él. Allá lo conocen por un número y nadie sabe de sus andanzas. Hoy mismo he recibido carta suya.

Confieso que sus palabras ni alejaban mi inquietud, ni me dejaban vislumbrar qué se proponía.

-¿Sabe una cosa? Cuando se encontraba en el arsenal le llegó un ejemplar de La Patria anunciando su novela, y por eso me ha escrito.

-No quiere que publique nada sobre él, ¿verdad? -pregunté, temeroso.

-No es eso, precisamente -prosiguió el desconocido-. En el mundo hay una gran señora a la que Rocambole quiere como a una hermana. Ella es la causa de su arrepentimiento, y le producirla un gran dolor si su nombre saliese escrito en su novela.

-No se inquiete -aclaré un tanto aliviado-. Timoleón cambió todos los nombres en sus notas.

-No se fíe. Timoleón es un canalla. Odia a Rocambole y es capaz de decirle que ha cambiado los nombres y dejar los verdaderos.

-Entonces...

-Sustitúyalos por otros.

-¿Nada más?

-Es cuanto desea Rocambole.

-¿Que cambie los nombres?

-Sí. Sólo eso, caballero.

-Y, haciendo ademán de alejarse, añadió-: Buenas noches.

-¡Oiga, espere! -dije, reteniéndole-. ¿Acaso es amigo de Rocambole?

-Me dejaría matar por él en cuanto me lo pidiese.

-Entonces... No lo tome como ofensa. Sabrá si necesita algo de dinero. Allá en presidio...

-Gracias, caballero -replicó el desconocido, con una sonrisa de suficiencia en los labios-. Crea que si Rocambole quiere un millón, se le enviará inmediatamente.

Y dicho esto me saludó, me dio la espalda y emprendió el camino calle abajo, mientras me dejaba estupefacto. Aún no acababa de comprender a aquel hombre. Pese a haber cometido tantos crímenes, inspiraba. afecto y despertaba aquellas adhesiones.

Confieso que entré en casa un tanto confuso e imbuido de un nuevo sentimiento. El manuscrito de Timoleón ya no me satisfacía. Sólo deseaba encontrarme con Rocambole y conocer su verdad. Desgraciadamente, el señor Delamarre, de la casa Delamarre, Martin Didier y Compañía, tenía prisa en publicar mi novela para renovar suscripciones en octubre. De buena gana le hubiera solicitado una prórroga, pero el lunes tenía que salir el primer episodio y ya estábamos jueves.

A las cinco y media de la mañana siguiente, mi criado encendió el fuego de la chimenea. Me metí en el despacho y empecé a trabajar de firme. De vez en cuando me interrumpía al pensar que deseaba ardientemente conocer a Rocambole.

El forzado de Brest

La primera parte de Los dramas de París apareció sin interrupción en el periódico. Se titulaba La herencia de los doce millones, y aunque en aquella época los periódicos no ponían muchos anuncios y el reclamo no estaba popularizado, ni se veían los multicolores papeles que hoy día tapizan todas las paredes de París, el tiraje de La Patria aumentó considerablemente con las nuevas suscripciones. También es cierto que varios lectores demasiado puritanos protestaron, pero algunas de sus cartas me favorecieron, en especial las que transcribo a continuación y que iban dirigidas al director. Decía la primera:

«Caballero: La novela del señor Ponson du Terrail es muy interesante, pero muy inmoral. Una criatura como Baccarat no puede albergar sentimientos humanos. Esas mujeres son monstruos. Mi difunto marido, que era hombre de gran sentido y subjefe de una gran administración, evitó el contacto de ellas con escrupuloso cuidado. Yo no tengo prejuicios, puede estar seguro, y mi edad (cincuenta y siete años) me permite leer de todo. Por desgracia, tengo una hija de veintidós años, cuya imaginación es muy fogosa, y la lectura de Los dramas de París puede serle muy perjudicial. Desearía, sin embargo, conocer el desenlace de dicha obra y no encuentro una buena razón para evitar que mi hija lea esas cosas si continúo suscrita a La Patria.

»¿No podría hacer dos ediciones? Una para mí, con folletín, y otra sin folletín, para mi hija. »Su afectísima,

»Enriqueta Atanasia (rentista).»

La otra pertenecía a un excelente párroco de aldea, que se explayaba de esta manera tan contundente:

«El señor Ponson du Terrail es un miserable que, seguramente, ha cometido todos

los crímenes que pone en mano del protagonista de su obra.»

El señor Delamarre, un poco emocionado con semejantes cartas, llamó al cajero y le pidió su opinión. Este, nada más leyó la epístola del párroco, respondió:

-Venderemos tres mil ejemplares más.

-Entonces, adelante con la novela -ordenó el señor Delamarre.

La herencia de los doce millones tuvo setenta y ocho episodios, y cuando faltaban tres para concluir su publicación, el señor Delamarre me llamó a su despacho y me preguntó:

-¿Acaso no puede alargar esta novela?

-Si, señor.

-Continúela.

-De acuerdo, pero ha de llevar otro título.

-¿Cuál?

-El Club de los Veinticuatro.

Esperaba que saltase lleno de indignación, porque me acordaba de la oposición suscitada por el título. Sin embargo, el señor Delamarre sólo frunció un poco las cejas y me invitó a que más tarde me pasara por los Docks. Este era un local cercano al periódico, donde un año antes el señor Delamarre había instalado una panadería. Se propuso vender pan de gluten y fracasó. Entonces creó los «Docks de vida barata», donde se vendía de todo: comestibles, trajes, calzado, leche, coloniales e incluso sombreros. Un año más tarde fracasó también, pero en aquellos días estaba en pleno apogeo. Para congratularme con su dueño, mientras lo esperaba, compré un paraguas, un sombrero, una docena de cuchillos y un cesto de botellas de cerveza. Esta baja adulación produjo su efecto, y aquella misma tarde, en la primera página de La Patria, se anunciaba que Los dramas de París tendrían una continuación titulada El Club de los Veinticuatro. Además, el señor Delamarre me concedió una interrupción de dos meses. Mis lectores supondrán cómo utilicé el permiso.

Ocho días más tarde, mi maleta estaba preparada y me encontraba dispuesto a salir de París en dirección a Brest. Sólo me faltaba encontrar un compañero de viaje. Estaba disgustado con Bergerette. Los motivos pertenecen a mi vida privada y no son del caso. Escribí a Claudin, pero éste ingresaba en el Monitor Universal y no quería dejar París. Recordé que Esteban Enault era de Brest. Era un buen amigo, aunque un poco raro. Se cree obligado a ser el más caballeroso y recto de los nacidos, pero con la deplorable debilidad de enamorarse siempre de adorables mujeres rubias tísicas en tercer grado. Cuando en otro tiempo alguna mujer le distinguía con su interés, inmediatamente le preguntaba con ansiedad:

-¿Tose usted un poquito?

Si la respuesta era afirmativa, Enault se ponía de rodillas ante la bella y soltaba su repertorio de enamorado fiel. Este viejo amigo había escrito ya diez novelas que seguramente ya habrán leído mis lectores.

-Voy a tu tierra -le anuncié, sabiendo que ardía en deseos de visitar su Bretaña. ¿Quieres acompañarme?

Aceptó y emprendimos el viaje en ferrocarril. Entonces había que ir a Nantes por Orleáns, así que al día siguiente llegamos a Angers, al otro a Rennes y dos más tarde pisamos Brest.

La Bretaña, la verdadera, la de las leyendas y poemas, la tierra de los chouans[5] y

[5] Hace alusión a la conocida novela de Balzac donde se relata la sublevación de los chovans.

los caballeros, de la buena duquesa Ana y los viejos reyes celtas. Esa Bretaña acababa en las mismas puertas de Brest. Porque nada más franquear el doble recinto de fortificaciones y pisar la calle Siam, mal adoquinada y bordeada de casas negras, se achica el corazón y un sudor frío empieza a empañar las sienes. Si. Hasta el Hotel des Voyageurs, donde nos apeamos, parecía una funeraria.

Nuestro viaje, que había sido una fiesta por la Bretaña aderezada con un almuerzo en Morlaix, la villa de los rostros alegres, las muchachas sonrientes y las colinas verdes salpicadas de blancas casitas, se transformó en un entierro con sólo pisar Brest.

-¡Cielos! -clamó Enault al comprobarlo-. Si no viniese aquí para visitar la casa donde nací...

Y yo pensaba : Si no tuviera tantos deseos de conocer a Rocambole...

Comimos a disgusto en una especie de refectorio de convento alumbrado por la difusa claridad que penetraba por la única ventana. Después descendimos al puerto por esa abominable calle Siam.

Estábamos en plena primavera. El sol de mediados de mayo nos había iluminado alegremente por el resto de Bretaña, poro en Brest llovía. Los bretones aseguran que allí llueve cinco días a la semana. Y puede creerse. Llovía cuando llegamos, mientras comimos y en el momento en que salíamos a visitar la ciudad. Sólo que llegando al final de la calle, los últimos rayos del sol lograron rasgar las nubes y reflejaron su luz sobre el agua negruzca del puerto.

En Brest, cuando el cielo gris apenas deja paso a la luz del sol, las repugnantes caras negras de la ciudad, las casas infectas que rodean el puerto resultan menos repulsivas. Pero si el cielo es azul y despejado y el hermoso sol de Bretaña luce esplendorosamente, Brest ofrece una inmensa tristeza que apesadumbra y acongoja.

Al extremo de la calle Siam empieza una escalera de cien peldaños que desciende hasta el puerto. Hay un puente, construido a nivel del primer peldaño, que cruza el puerto por encima de las casas. Por aquella época aún no se había construido y era preciso descender por la escalera para cruzar a Recouvrance en una barcaza. Era demasiado tarde para visitar el Arsenal y Enault sugirió que recorriésemos Recouvrance, de donde había salido siendo un chiquillo. Ni se acordaba de la calle en que estaba la casa donde nació. Y aquello parecía un laberinto, con casas más negras y miserables que en la orilla opuesta. Las habitaban pescadores y familias de marineros. Abundaban los chiquillos apenas vestidos.

A las ocho de la noche resonó el cañonazo que anuncia la clausura del Arsenal. Nos sorprendió en una calleja llamada de Jean Bart, donde se alzaba una iglesia medio derruida y, abandonada. Existía ante ella una plazuela donde jugaban los niños, y nos detuvimos a contemplarlos. Yo me fijé en uno de cabellos rubios y ensortijados, de ojos azules. Parecía un querubín caído en una cloaca. Con la mirada busqué a su madre, una joven de unos veintitrés años. El niño tendría cinco. La madre también era rubia y estaba un poco pálida y triste.

Poco después del cañonazo, por el extremo de la calleja apareció una escuadra de forzados. Sus pesados pasos resonaban a compás entre los chasquidos de las cadenas. Iban de dos en dos, custodiados por una pareja de vigilantes del penal.

Los niños siguieron jugando sin ocuparse de ellos, pero el rubito se detuvo y se quedó contemplando el pelotón. Luego se lanzó corriendo hacia los presidiarios y se arrojó al cuello de uno de ellos. Los vigilantes no lo evitaron, ni protestaron. El compañero del forzado se detuvo como si aquello fuera algo natural y entonces me fijé que el detenido había cogido al niño en sus brazos y lo besaba afectuosamente. Cuando lo dejó en el suelo, la madre del niño, hasta entonces sentada sobre el dintel de su casa, se había levantado y tendía su mano al preso. Hablaron algo que no

pudimos entender. Luego los presidiarios reanudaron su camino.

Me quedé perplejo. ¿Acaso aquel desgraciado cubierto de infamia era el padre del niño y el esposo de la melancólica mujer que le había tendido su mano con simpatía? No podía creerlo. Para que fuera cierto, aquel hombre, marinero en otro tiempo, tenía que haber sido condenado a muerte por insubordinación y luego conmutada su pena por la de trabajos forzados. Sólo de esta forma las gentes honradas de Recouvrance hubieran tolerado la presencia de la mujer del presidiario.

Este insignificante acontecimiento, tan natural en Brest, nos llamó la atención y nos hizo penetrar en uña taberna que se encontraba frente al lugar en que se detuvieron los presidiarios. Allí, la anciana que servía en el mostrador nos contó que el forzado no era padre del niño, ni el esposo de la mujer, sino que había salvado al pequeño de morir ahogado. Comprendí el porqué de las caricias del niño y la amabilidad de su madre.

-¿Y no sabe cómo se llama? -preguntó Enault a la comunicativa anciana.

-Caballero -dijo sonriendo la buena mujer-, los forzados no tienen nombre. Ese es el número ciento diecisiete.

Yo, que sentía deseos de soñar despierto, eché una ojeada al niño rubio, que se había sentado en las rodillas de su madre, y me imaginé que aquel forzado dria ser, muy bien, el hombre que buscaba: Rocambole.

El ciento diecisiete

Salimos de la taberna y continuamos nuestra excur- sión a través del dédalo de tortuosas callejuelas que forman Recouvrance. Enault se detenía de vez en cuando para examinar una casa que creía era su hogar natal. Luego proseguía la búsqueda.

Nos detuvimos a contemplar a los grumetes que marchaban a paso gimnástico, con el fusil colgado del hombro izquierdo y al ritmo de su banda militar. Jóvenes, niñas, viejos, soldados y marineros se situaron en fila para verlos pasar. Más de una madre, al ver a su hijo entre las filas de grumetes, le lanzaba un beso con la punta de los dedos.

Continuamos nuestra búsqueda. Por tres veces Enault creyó encontrar la casa de su infancia. Al final se sintió desolado y extraño al mismo tiempo. Era abrumador no saber reconocer la casa donde se ha nacido.

Una vez anochecido, regresamos a la otra orilla y nos detuvimos en el café de la Marina. Allí debía empezar mi campaña para conseguir entrevistarme con Rocambole. Llevaba un montón de cartas de recomendación de un gran amigo de París, capitán de dragones, que eras el mejor hombre del mundo. Conocía a todo bicho viviente, tanto en el ejército como en la marina, en la metrópoli o en las colonias. Cuando se enteró que marchaba a Brest, recordó que allí conocía a alguien y me cargó con diez cartas para tenientes de navío, cuatro para capitanes, una para un contralmirante y otra para su primo Marjolin.

Marjolin era un joven muy amable y servicial que formaba de abanderado en la dotación de la Némesis. Era capaz de hacer cualquier sacrificio con tal de agradar a un amigo. Cuando le comuniqué lo que buscaba, me dijo, animoso:

-Es la primera vez que oigo ese nombre. Pero esté tranquilo. Si Rocambole se encuentra en el presidio de Brest, podrá hablar con él libremente.

No pude ocultarle la extraña acogida que meses atrás me dispensaron en el

Negociado de Prisiones. Y Marjolin se echó a reír, antes de decirme, con ese acento de orgullo que caracteriza a muchos marinos -No olvide que aquí estamos en nuestra casa.

Quedamos citados para las ocho de la mañana del día siguiente en la puerta del Arsenal. Y allí nos encontramos a la hora convenida.

Cuando se ha entrado en el Arsenal, una vez pasado el parque de artillería, el visitante encuentra una rampa que forma dos bruscos recodos. Al final del primero se hallan unos vastos edificios donde se almacenan cuerdas y velas. Se prolongan hasta las serrerías. Después, la rampa cambia de dirección y al levantar la cabeza aparece una inmensa fachada llena de agujeros enrejados, de bóvedas profundas y puertas bajas chapeadas de hierro. Esta fachada, esta edificación gigantesca que se yergue a un lado, debajo de la ciudad y encima del puerto, es el presidio.

Al sonar el cañonazo de apertura de la sombría vivienda, silenciosa hasta entonces, empezó a llenarse de murmullos, ruidos sordos y tintineos metálicos. Luego se abrieron las puertas y aparecieron los forzados marchando encadenados de dos en dos, en pelotones vigilados por guardianes.

El alférez Marjolin había querido que presenciáramos este primer aspecto de la vida carcelaria. Estábamos allí y examinamos a aquellos desdichados, malditos de la sociedad, a medida que cruzaban ante nosotros. Algunos inclinaban la cabeza al advertir que personas extrañas los contemplaban. Otros nos miraban con indiferencia, y en los más había miradas cínicas y cierto dejo burlón.

Inesperadamente me estremecí y apreté de modo significativo el brazo de Marjolin. Enault también había descubierto al forzado de la víspera y exclamó:

-¡Ahí está! Ese es el que salvó al niño.

-¡Ah, si! -comentó Marjolin, a quien le habíamos contado la escena presenciada la tarde anterior-. Es el ciento diecisiete. Se trata de un buen forzado.

En presidio utilizaban la expresión mal o buen forzado para diferenciar a aquellos hombres. Si se mostraban cínicos, indisciplinados, trabajaban lo menos posible, se las ingeniaban para estar siempre en -la enfermería o intentaban evadirse, se consideraban malos forzados. El ciento diecisiete pertenecía al grupo de los buenos.

Al pasar ante nosotros, saludó con satisfacción a Marjolin y pareció acordarse de habernos visto la víspera, pues nos miró con cierta bondadosa curiosidad. Era un hombre de unos veintiocho años, de estatura más que mediana, algo pálido, con ojos azules, inteligentes y rostro simpático. Su caminar algo arrogante, pese a la cadena, me impresionó más que la tarde anterior.

-Juraría que ese hombre es Rocambole -dije a Marjolin cuando el forzado estuvo lejos.

-Lo ignoro, pero será fácil averiguarlo -comentó-. Vayamos al registro.

Durante algunos meses, el joven oficial había prestado servicio en el Arsenal. No sólo tenía allí buenos amigos, sino que conocía bien todo el presidio. Incluso a los forzados, entre los que, al parecer, dejó gratos recuerdos.

Nos dirigimos a las oficinas, donde Marjolin nos presentó al jefe del registro. Este, tras examinar un tomo sacado de la gran estantería repleta de voluminósos libros, nos presentó la página en que se hacía referencia al detenido ciento diecisiete. Decía lo siguiente: «José Fipart, condenado a trabajos forzados por el tribunal de Seine-et-Oise. Nacido en París, de treinta años de edad. Recomendado por la Administración de Justicia como muy peligroso.»

-No parece que sea ese Rocambole que busca -me dijo Marjolin-. Nada responde al hombre que me ha descrito.

-Estas palabras de que es peligroso -respondí, señalando la nota final.

-¡Uf! Hay muchos forzados peligrosos según el criterio de la Administración -reconoció el joven oficial, sonriendo-. Se lo aplican a cuantos creen ellos que se evadirán de presidio.

-Le aseguro que con el ciento diecisiete -intervino el jefe de la oficina -, la Administración se ha equivocado por completo.

-¿Usted cree?

-Sí, señor. Ese hombre está aquí desde hace cinco años y nunca ha intentado evadirse. Es un buen forzado.

-Hasta me parece que no se le trata con gran severidad -añadió Marjolin.

-Cierto -afirmó el jefe-. Es un hombre valeroso y se comporta bien. No hace mucho salvó a un niño de perecer ahogado y rehusó que le pusiéramos en la lista de los que merecen indulto.

Aquellas palabras nos causaron gran extrañeza, pero esperamos' que prosiguiese hablando el jefe del registro.

-Ha merecido notas excelentes, y tras aquella heroica acción, el señor alcaide le felicitó y le dijo que iba a proponerlo entre los merecedores de gracia. El penado le agradeció su buen deseo y añadió que había sido condenado justamente y pensaba acabar sus días en presidio. Según él, ha perdido el derecho a entrar en la sociedad.

-¡Sólo tiene treinta años! -exclamé, admirado-. ¿Qué crimen ha cometido?

-Está aquí por asesinato, pero los libros no lo mencionan.

-Da lo mismo -repuse-. Ya sé que se llama José Fipart.

-Pero, ¿cree que es Rocambole? -me preguntó Marjolin.

-Claro, aunque tenemos otro medio para averiguar la verdad.

-¿Cuál?

-Preguntándoselo.

-¡Rocambole! -exclamó el jefe-. ¡Vaya nombre! Es la primera vez que oigo una cosa semejante.

-Pues tengo la convicción de que Rocambole está aquí -dije.

-Si hay en el presidio de Brest algún forzado que responde al nombre de Rocambole -apuntó el jefe, convencido-, tenga la seguridad de que nadie lo sabe.

-Es muy extraño -añadió Marjolin-. Casi podría decirse increíble. El forzado que ha conseguido hacerse famoso entre los criminales hace sobrevivir su nombre en presidio. A juzgar por lo que ha dicho sobre Rocambole, ese hombre fue un criminal famoso.

-En efecto.

-Siendo así -prosiguió el alférez-, ¿por qué no vamos a la Némesis? Está anclada en la rada y podemos ir a ella en un bote tripulado por detenidos. Puedo hablar con el jefe de vigilantes y el ciento diecisiete vendría con nosotros.

-Es una idea estupenda -exclamé, entusiasmado-. No pongo la más mínima objeción.

Aún no había transcurrido media hora cuando ya salíamos del puerto en una lancha tripulada por trece forzados. El ciento diecisiete empuñaba el timón. Aproveché para instalarme a su lado y empezar su interrogatorio.

-Ayer tarde le vi en la calle Jean Bart -dije-. Un nido precioso se le echó en brazos.

El forzado me miró y, en silencio, esperó un momento a que yo prosiguiera.

-Me dijeron que lo había librado de morir ahogado.

-Sí -repuso, con voz tranquila y gran naturalidad-. Es el hijo de Ivona Peonarec, la mujer de un gaviero que va a bordo de La Valerosa. El pobrecillo cayó al agua mientras corría perseguido por sus compañeros de juego.

-Da la impresión de que le quiere mucho.

-Siempre salta a mi cuello cuando paso por delante de su casa -respondió con sencillez-. Estaba desvanecido cuando lo saqué de las aguas del puerto.

-¿Lleva mucho tiempo en presidio? -dije, cambiando de conversación.

-Cinco años. Pero ya estoy acostumbrado a esto. Uno acaba resignándose.

-Echará de menos el mundo en que vivió.

Durante un instante, el ciento diecisiete me observó con fijeza, y, después de un breve silencio, dijo con cierta melancolía:

-No lo crea. Fui condenado justamente y es lógico que haya muerto para el mundo.

En aquel instante hice una seña convenida con Enault y éste me llamó en voz alta por mi nombre para decirme:

Fíjate qué espléndida parece ahora la rada.

Yo sabía que alguien había entregado a Rocambole un ejemplar del periódico en que se anunciaba mi novela. Quería saber si el ciento diecisiete era Rocambole y esperaba que se traicionase al oír pronunciar mi nombre.

Percibí que el forzado se estremeció ligeramente al escucharlo. E incluso que me miraba con curiosidad, lo cual me pareció de buen augurio y me animó a decirle

-Ya que sabe quien soy, no le extrañará que le haga una pregunta, ¿verdad?

-Es posible.

-Busco a un forzado que se llama Rocambole.

Permaneció impasible, mirándome sin decir palabra, y añadí:

-¿Le conoce?

-No, señor -replicó sin inmutarse, aunque desde que hablábamos percibía un ligero temblor en las aletas de su nariz. Añadió-: ¿Y dice que ese hombre se encuentra en Brest?

-Así me lo aseguraron en París -respondí-. Le llaman Rocambole y cumple condena en el presidio de Brest.

-Es posible -comentó con indiferencia-. Como aquí nadie tiene nombre...

-Tengo la sensación -continué, un poco emocionado y calmoso al verle observándome con interés- de que no es usted un criminal vulgar, ni hombre de escasa cultura.

El ciento diecisiete seguía inmutable y sin responder.

-Seguramente ha pertenecido a una clase de innegable cultura, a una sociedad elevada. Incluso ..

-Por favor, caballero -me interrumpió con un gesto-. Ya le dije que he muerto para el mundo.

-Todavía le quedará algún rayo de esperanza -aventuré.

-No.

-Permítame al menos...

-Caballero -me atajó-. Procuro olvidar cuanto fui.

Es una crueldad por su parte pretender que recuerde.

Pronunció estas palabras con tan sencilla tristeza, que no pude contener mi entusiasmo y exclamé alborozado:

-¡Si alguna duda tenía, en este momento la ha disipado!

-No le entiendo. ¿Qué dice?

-¡Es usted! ¡Usted!

Me miró con tal fijeza que no pude soportar la fría limpidez de su mirada.

-No sé qué pretende -comentó sin mostrar emoción alguna.

-¡Usted es Rocambole! -exclamé, emocionado y a la vez temeroso.

Entreabrió sus labios con una amplia sonrisa y manifestó:

-Mi nombre es José Fipart. Podrá comprobarlo en el registro de la cárcel.

Entonces sentí en su gesto, en sus ojos y en su actitud algo tan extraño y dominador que me pareció estar bajo su voluntad. Afortunadamente, la lancha abordó la Némesis y, como no encontraba palabras para seguir interrogándole, me uní a mis amigos y disimulé mi trastorno encendiendo un cigarro.

Visitamos la Némesis, y cuando la abandonamos, el ciento diecisiete ya no estaba al timón. Se había confundido con los demás reclusos.

Regresamos a tierra, y cuando nos despedimos de Marjolin, le confié el escaso éxito obtenido en mi tentativa.

-Se habrá convencido, ¿no?

-Creo que es él -repliqué-. No sé cómo explicarlo, pero tengo ese presentimiento.

-Si es Rocambole -me dijo amablemente-, lo sabré en cuanto haga indagaciones por mi cuenta.

-¿Seguro?

-Mañana le daré noticias. Confíe en mí.

Sin embargo, no fueron necesarias sus noticias. Rocambole ya estaba en acción y yo no tardaría en saberlo.

Rocambole

Cuando aquella noche regresé al hotel, me entregaron una carta que me habían enviado durante mi ausencia. Me extrañó, además de causarme sorpresa. ¿Quién me escribiría a Brest? La letra era desconocida, y el sobre, corriente. El conserje me indicó que la había llevado un recadero y la había entregado sin decir nada. Rasgué el sobre. Decía:

«Caballero: Rocambole, confiando en su lealtad, desea hablarle. Espérele a las once de esta noche en la habitación del hotel.»

Enseñé la carta a Enault. La leyó y se encogió de hombros. Después me dijo:

-Amigo mío, creo que vas a ser víctima de una broma.

-Esto no es una broma.

-¿Cómo pretendes que Rocambole salga de presidio? Eso, en el caso de que exista.

-Puede haberse evadido y saber que le busco...

-Escucha, yo creo que los del café de la Marina han decidido gastarte una mala jugada. Y que se lo hagan a un parisino legítimo...

-Te digo que Rocambole vendrá.

-En todo caso, no será el verdadero.

-Sabré reconocerlo.

-Pero si no lo has visto nunca.

-Claro que lo he visto.

-¿En dónde y cuándo?

-Esta mañana -afirmé, convencidisimo-. Rocambole es el forzado ciento diecisiete.

-¡Bua! Ya está bien -clamó Enault-. Me parece que vas a acabar loco.

Sin cuidarse más de mí, se marchó a su habitación y me dejó asomado a la ventana de mi cuarto, fumando un cigarro.

Faltaba poco para las once. La calle de Siam se encontraba completamente desierta. La iluminaba una luna llena que brillaba con gran esplendor. Cada vez que veía a un transeúnte remontar la calle, sentía un estremecimiento, pero ninguno se detenía ante el hotel. Empezaron a sonar las once en los relojes de la vecindad y la calle continuaba sin un alma. Al cabo de un instante oí el ruido de un carruaje que se. acercaba.

En Brest no existen muchos coches de alquiler y hay muy pocos particulares. El subprefecto, algunos altos funcionarios, dos o tres armadores retirados y una docena de propietarios poseen todos los carruajes. Gracias a ello, en verano, los transeúntes pueden pasear por las calles de Brest sin miedo a ser atropellados.

El carruaje volvió la esquina de la calle de la Marrie. No era de punto. Se conocía por sus dos grandes faroles alumbrados con bujías, y tampoco era para suponer que en él acudiese Rocambole. Sin embargo, el vehículo entró en la calle de Siam y se detuvo ante el hotel. Rápidamente descendió de él un hombre envuelto en un gabán azul, de ordenanza, y sobre las mangas, los bordados en oro de su graduación.

Decididamente, no era Rocambole.

Cinco minutos más tarde sonaron .dos golpes en la puerta de mi habitación. Fui a abrir con la bujía en la mano y su luz iluminó el rostro de un hombre de mediana estatura, cabellos canos y patillas rubias, que vestía un uniforme de oficial de marina bajo su desabrochado gabán azul.

-Perdone -le dije, deseando alejarlo para que no me espantase la llegada de Rocambole-. Creo que se ha equivocado de cuarto.

-No me equivoco, caballero -respondió, decidido-. Vengo en su busca.

Y sin dejarme más opción entró en el dormitorio, cerró la puerta y empezó a despojarse de su gabán. Tenía que resignarme. Pero en dos minutos el hombre quedó sin cabellos canosos ni patillas rubias y yo me quedé asombrado.

-¡El ciento diecisiete! -exclamé.

-No hable en voz alta -me dijo, poniendo sobre sus labios el dedo indice-. Podría perderme.

Yo no salía de mi asombro. En realidad no sé si fue asombro o alegría. Aquello me tenía estupefacto.

-¡De modo que es Rocambole!

-Supongo que podré confiar en usted.

-Pero, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

-Hay baile en Mayoría, y para que no tuviera que esperarme demasiado he cogido el carruaje del almirante. No abandonará el baile hasta las cinco de la madrugada, así que tengo tiempo para entregarle su coche.

Mi sorpresa me tenía alelado. Apenas si me permitió preguntarle:

-¿Cómo ha podido salir de presidio?

-Sería largo de contar; además, no me interesa divulgarlo -replicó tranquilamente-. No pierda cuidado, que estaré de vuelta antes del cañonazo de la mañana.

-¿Piensa regresar? -grité más que pregunté, en el colmo de la extrañeza.

-!Naturalmente!

-Si está usted fuera de presidio, ha limado su cadena y puede salir de Brest con ese disfraz...

-Sólo he venido a charlar con usted -respondió, sonriendo-. Si ahora mismo pretendiese salir de Brest, me sería sumamente fácil. El dueño de este carruaje sale con frecuencia a la finca que posee en Lambezellec.

Pasaría las puertas de la ciudad sin que nadie se asomara al interior.

-¿Volverá a presidio?

-En cuanto concluyamos nuestra conversación, si tiene la bondad de escucharme.

-Pero, ¿qué clase de hombre es usted?

-Rocambole -respondió tan sencillamente que aún me anonadó más-. Un hombre que ha cometido muchos crímenes y merece el castigo que sufre.

-¿Quiere decir que está arrepentido y no piensa...?

-Por favor. Tenga la bondad de escucharme -me interrumpió-. Si he venido a verle no ha sido para vanagloriarme de cuanto he hecho. Usted ha querido escribir una novela en la que, al parecer, yo soy el protagonista.

-Sí, eso he pretendido.

-He leído todo lo publicado y nada de cuanto dice es exacto. Claro que los datos le fueron proporcionados por Timoleón y ese hombre es cien veces más miserable que yo.

-¿Pretende que rectifique alguna cosa?

-No se trata de eso, señor -dijo con indiferencia.

-¿Entonces?

-Deseo proporcionarle los datos necesarios para la continuación de su novela.

-¿Sería capaz de semejante cosa?

-Prometo enviárselos a París antes de quince días,y no le haré suscribir cuatro letras de mil francos, comoTimoleón.

-¿Acaso no necesita dinero?

-Si quisiera... -completó la frase con una sonrisa muy significativa. Luego se quedó pensativo.

-De modo que permanecerá en presidio hasta cumplir su condena -murmuré.

-Es posible -estaba frente a mí, pálido, pero altivo. Añadió-: Siento un gran afecto, un cariño fraternal y sincero.

-¿Tiene alguna hermana?

-No, señor -lijo con una sonrisa amarga que crispó sus labios-. Hace años encontré a un hombre sobre el puente de un barco. Era marino y había salido de Francia siendo muy niño. Tras veinte años de ausencia, regresaba para reunirse con su madre y con su hermana. Una de esas fatalidades hizo que yo ocupara su puesto y me convirtiese en marqués. Durante dos años, Parísme tomó por él, su madre me llamó hijo y aquella pobre niña...

Rocambole se detuvo, dominado por una profunda emoción. Parecía a punto de llorar, aunque trataba de sonreír. Añadió:

-Es la cuerda más dolorosa de mis recuerdos. Perdone que me ponga tan sentimental. La que llamaba madre murió en mis brazos después de bendecirme. Y la que he llamado hermana aún ignora lo que soy y llegué a ser. Pero no lo sabrá nunca. Sólo por ella continúo aquí. Lloré lágrimas sinceras por la muerte de su madre. Y aquel cariño fraternal que ella puso en mí ha hecho que me sienta arrepentido. ¿Comprende por qué vuelvo a presidio?

-¿No se escapará nunca?

-Nunca... -vaciló unos segundos antes de añadir-: a, no ser que...

-¿A no ser que qué? -insistí.

-Si no puedo reparar el mal que he hecho -dijo, y se apresuró a añadir-: Pero no se trata de eso. He venido a verle para hablar de otras cosas. Deseo pedirle que cambie bien todos los nombres. Ahora que conoce el secreto que alberga mi corazón, le ruego disfrace cuanto pueda los detalles. Si esa mujer adivinase la verdad, se moriría de vergüenza.

Le prometí cuanto solicitaba. Luego volvió a ponerse las patillas, su canosa peluca y se envolvió en el abrigo. El mismo diablo no hubiera podido reconocerle.

-Confío en recibir las notas que me ha prometido -le dije cuando se disponía a marchar.

-Las tendrá dentro de quince días. Y ahora le dejo. El almirante puede necesitar su carruaje y ya se ha hecho tarde.

-¿Volveremos a vernos? -pregunté cuando ya estaba en la puerta.

-Si va por el Arsenal... De todos modos, le ruego que no pronuncie mi nombre. Allí nadie me conoce como Rocambole.

-Descuide. Mañana nos marchamos de Brest. Pero dígame una cosa. ¿Cómo es que su proceso no ha tenido resonancia?

Se detuvo con la mano en el picaporte.

-En París hubiera causado verdadero escándalo, por eso me juzgaron en Versalles, en sesiones secretas. Había muchas personas interesadas en echar tierra sobre el asunto.

-Comprendo.

Me saludó por última vez y se retiró. Corrí a asomarme a la ventana y le vi salir. El vigilante del hotel le abrió la portezuela del carruaje y le saludó con los mayores respetos. Luego desapareció en el vehículo por la esquina de la Mairie. Me froté los ojos para convencerme de que no estuve soñando durante aquella entrevista. Después recordé que Enault tenía intención de escribir y me acerqué hasta su habitación. Se había quedado dormido sobre las cuartillas. Apenas tenía ocho líneas y no tuvo tiempo de oír la llegada de Rocambole. Me resigné y regresé a mi dormitorio.

A la mañana siguiente, cuando Enault entró en mi cuarto yo aún dormía. Le hice creer que, efectivamente, no había aparecido Rocambole y como él ya me estaba tomando por loco, le dije que podíamos hacer la maleta y regresar a París. Antes nos detuvimos en Morlaix, donde él había hecho una conquista. Y diez días más tarde llegaba a mi piso. Me esperaban muchas cartas. Entre ellas, una de Bergerette pidiéndome que hiciéramos las paces y otra de Schiller. Al señor Delamarre, de la casa Delamarre, Martin Didier y Compañía, le urgía reanudar la publicación de mi novela, porque las suscripciones disminuían desde mi marcha. Schiller me anunciaba que estaba dispuesto a reanudar la publicación al cabo de ocho días.

Cuarenta y ocho horas más tarde de mi llegada a París recibí, por un recadero de las mensajerías imperiales, un paquete. Me lo pasó Bergerette, con lo cual supondrán qué respondí a su carta. El paquete contenía las notas prometidas por Rocambole.

El manuscrito de Rocambole

Las cuartillas escritas por el presidiario venían forradas con hule cuidadosamente lacrado. Equivalían a un tomo regular en octavo y estaban correctamente redactadas y con un estilo suelto y claro. Parecían casi un sumario. El autor no se había ocupado de desarrollar hechos ni arroparlos con hermosas frases. Se apreciaba, no obstante, que tenía cualidades de escritor y, sobretodo, profundos y amplios conocimientos en muchas cosas.

¡Qué diferencia entre aquellas notas y las de Timoleón! Eran dos gotas de agua : una, límpida y brillante como un rayo de luz y la otra, oscura, renegrida y sucia. Con lo señalado por Rocambole podía hacerme una idea clara sobre aquella tenebrosa asociación llamada «El Club de los Veinticuatro». No había ni comparación con lo expuesto por Timoleón, y eso que podía identificarse la personalidad de los que

intervenían en la acción. Ambos disfrazaron los nombres verdaderos y no coincidían. Pero el relato de Rocambole era humano, se sentía. El de Timoleón parecía una requisitoria.

Me pasé toda la noche leyendo aquellas páginas y días más tarde ya trabajaba febrilmente en El Club de los Veinticuatro. Nada más empezar su publicación, tuvo buen éxito. Y no está bien que hable de ello, pero constituyó mayor triunfo que La herencia de los doce millones. En ella podía retratar a Rocambole tal cual era, de un modo atrevido y correcto. Su éxito y las abundantes notas facilitadas por el presidiario me llevaron a dividir la obra en dos partes. Tras la publicación de El Club de los Veinticuatro, anuncié su continuación bajo el título de Las hazañas de Rocambole. Luego descansé durante unos meses, pero antes de estas vacaciones me sucedió algo que no quisiera dejar olvidado.

Hace más de quince años que me levanto invariable= mente a las cinco de la mañana en verano y a las seis en invierno, para ponerme a escribir. Cierto día de mediados de noviembre me encontré con que no tenía en casa ni una cuartilla. No soy de los escritores que compran el papel por resmas. Me horroriza tanto verlo así que no volvería a escribir una línea. Quizá el público ganase con ello, pero mi bolsillo se resentiría demasiado. Compro, pues, papel en cantidades pequeñas. Apenas reúno dos cuadernillos en casa. Claro que también soy perezoso, aunque algunos buenos amigos hayan desnaturalizado mi nombre y me llamen Ponson du Travail. Lo cierto es que mi voluntad lucha cada mañana con mi pereza, como una madre con el hijo que no quiere ir a la escuela. Y yo compro poco papel, haciéndome a la idea de que será el último que escribiré.

El día referido me encontraba sin papel. Me hubiera quedado tranquilo, al menos hasta la hora de abrir las papelerías. Pero recordé que el señor Augusto Salomón,regente de la imprenta de La Patria, estaba esperando mis cuartillas.

El regente es un hombre amabilísimo, pero entonces me producía el efecto de la cabeza de medusa. Llegaba a causarme verdadero pánico cada vez que empezaba la publicación de una de mis novelas. Su rostro me perseguía por todas partes y no oía más que su horrible grito.

-¿Tiene original?

Yo sabía que aquella mañana no le quedaba ni una cuartilla en su carpeta. Y a las ocho y media vendrían a recoger las páginas del folletín. No sabía qué hacer. Tampoco estaba dispuesto a pincharme una vena y escribir con sangre sobre una camisa. Me tomarían por plagiario. La idea ya se le había ocurrido a Bargniet de Grenoble cuarenta años antes al escribir una novela que hizo las delicias de mi niñez : La camisa sangrienta.

No podía comprar papel ni molestar a mis nuevos vecinos. Acababa de trasladarme al boulevard Montmartre. Reflexioné durante breves minutos. Malo sería no encontrar una idea entre las muchas que hallaba para llenar mis novelas. Solucioné el problema acudiendo al restaurante Vachette. Permanecía abierto toda la noche. Allí, acomodado en el saloncillo del primer piso, tan brillante y pintoresco en las noches que hay baile en la Opera, solicité una cena y papel. Por entonces no me atrevía a pedir solamente papel. Hoy, sí. Su dueño, el señor Brevant, se ha convertido en un buen amigo. Así fue como escribí aquella entrega. Trabajaba y cenaba. Sin embargo, .no fue esto lo trascendental. del asunto.

En el salón únicamente y al otro extremo del mismo, había otra persona, que bebía un vaso de no sé qué. Era un hombre bien vestido, de rostro abotargado y la ropa mal cuidada. Tenía las botas manchadas de barro y la atonía de sus ojos me hizo pensar en un alcohólico que estuvo dando tumbos toda la noche. Olvidé decir que llovía. Caía

esa finísima lluvia que en principio no. se siente y luego le tiene a uno renegando y empapado.

Con curiosidad beatífica, aquel hombre me miraba escribir. Hasta que el camarero pronunció mi nombre. Entonces se transformó como por arte de magia. Su apagada mirada adquirió un fulgor inusitado. Su desmadejado cuerpo se irguió de tubito y su rostro quedó sorprendentemente iluminado por un resplandor de viva, cidad. Tras esto, el hombre se puso en pie y, en mediode mi extraordinario asombro, acudió a sentarse frente a mí. Apoyó los codos sobre mi mesa y sin dejar de contemplarme preguntó:

-¿Acaso no tiene miedo a que lo apuñalen?

Los borrachos me inspiran más asco que temor, pero ante esta salida tan inesperada no tuve más remedio que ponerme en pie prudentemente. No me apetecía ser objeto de una agresión.

-No me encontraba en París cuando se permitió el capricho de empezar la publicación de El Club de los Veinticuatro -dijo el individuo, sin moverse y mirándome con ferocidad-. Llegué ayer y no he hecho más que buscarle. Ahora vamos a hablar un rato, ¿eh?

El camarero había salido del salón y mi singular adversario siguió ante mi como dispuesto a devorarme. Esto me hizo retroceder un poco más para dejar la mesa en medio y empuñar, con la mayor tranquilidad, el cuchillo utilizado para tomarme un pastel de foie-gras. Claro que el cuchillo era romo, pero al desconocido debió causarle impresión, porque volviendo a sentarse me dijo en voz baja:

-Se equivoca, señor mío. No es aquí donde quiero que hablemos.

Acto seguido volvió a ponerse en pie frente a mí, mientras yo no abandonaba mi actitud defensiva.

-Soy uno de los Veinticuatro -dijo, mirándome con ferocidad-. Rocambole ha sido condenado a presidio, pero yo conseguí borrar mis huellas. No me prenderán, ¿sabe?

-Pero, ¿qué quiere? -pregunté, un tanto irritado por la situación.

-Deje en paz al Club de los Veinticuatro. No escriba ni una línea más sobre el asunto.

-Que no escriba...

-Sí, señor. Se lo advierto.

Inmediatamente se puso en pie. Inició la retirada y volvió el rostro para decirme, guiñando un ojo:

-Aquí le sería muy fácil lograr que me detuvieran.

Se marchó, creo que sin pagar la consumición. Cuando vino el camarero le oí protestar y entonces le pregunté por él.

-Es un borracho -n* respondió-. Viene todas lasnoches y siempre hace lo mismo. Sólo busca jaleo.

-¿Viene todas las noches? -inquirí, extrañado.

-Si, señor. Desde hace más de un año.

No quise averiguar más y di el asunto por concluido. Indudablemente era un borracho al que le pareció divertido hacerse pasar por un miembro de los Veinticuatro. Sin embargo, dos días más tarde, al regresar a mi casa por la noche, tuve una sorpresa que me estremeció de terror.

Sobre la mesa de mi gabinete había una carta de baraja, una sota de copas clavada con un alfiler a mi carpeta. En el dorso habían escrito : «Queda advertido».

De creer en las notas de Timoleón y de Rocambole, en muchas ocasiones se había encontrado aquella carta sobre el pecho de un hombre apuñalado. Los miembros del misterioso club solían utilizarla para atestiguar que fueron ellos los autores del hecho.

Estupefacto y bastante emocionado, empecé a pensar seriamente en la cuestión. Necesitaba encontrar un pretexto para poner término a la publicación de mi novela, de lo contrario mis derechos de autor acabaría cobrándolos en puñaladas.

Mas era joven y con veinticinco anos a la espalda, los problemas que empiezan causando insomnio terminan por olvidarse al despertar a la mañana siguiente. Ya lo tenía más que olvidado, cuando a las ocho entró mi criado en la habitación y me anunció:

-Señor, hay un hombre que se empeña en hablarle. Lo he pasado a su despacho.

La intempestiva visita me impresionó. Recordé inmediatamente lo sucedido la noche anterior, que me tuvo desvelado hasta muy entrada la mañana. Salté de la cama, me vestí con rapidez y corrí al despacho. Allí me esperaba el gigante que tiempo atrás me abordara en la esquina de la calle Bellefond.

-Supongo que se acordará de mí -dijo a guisa de saludo-. Soy el amigo de Rocambole y he venido a verle por el desagradable encuentro que tuvo hace tres días.

-¿Hace tres días? -murmuré algo intranquilo.

-Sí. Un hombre le amenazó por publicar su novela.

-¿Y usted pretende cumplir la amenaza?

-No. Al contrario. Estoy aquí para protegerle.

-¿Protegerme? -exclamé en el colmo de la extrañeza.

-Ya sé que estuvo en Brest -prosiguió diciendo elgigante-. ¿Vio al Maestro?

-¿El Maestro? ¿Qué Maestro?

-Sí, a Rocambole. Nosotros le llamamos así. Sé quele envió las notas para que hiciese su novela y esto es lo que Ventura no quiere creer.

-Perdone, pero no comprendo nada. ¿Quién es Ventura?

-El hombre que le amenazó en el café Vachette.

-Entonces..., era un miembro del Club de los Veinticuatro.

-Sí, señor. Ha jurado matarle, a no ser que se le enseñe una carta del Maestro autorizando la publicación de su novela.

-Luego, corro peligro.

-Hasta que el Maestro no responda a la carta que le envié a Brest, será mejor que no se separe de mi lado.

-Descuide -dije, un poco alarmado-. No me moveré de casa.

-Mejor, porque hay cuatro o cinco socios del club que piensan como Ventura. Claro que cuando hable el Maestro...

-¿Cree que lo obedecerán?

-¡No faltaba más! -replicó, lleno de suficiencia.

No tenia más remedio que resignarme. Durante tres días no salí de casa ni vi más París que el que se domina desde mi balcón. El gigante se había instalado en casa y se mostraba correcto y amable. Compartía mis comidas y me hablaba de Rocambole como si fuera un santo.

Al cuarto día, a las ocho y media de la noche, se asomó al balcón, introdujo dos dedos en su boca y emitió un estridente silbido.

-¿Qué hace? -le pregunté, intrigado. Llamo a un compañero.

Respondió otro silbido que procedía del café Mazarin. El gigante se volvió para comunicarme:

-Caballero, puede estar tranquilo. Ya ha escrito el Maestro, y Ventura y los otros no volverán a molestarle.

Fue cierto, pero desde aquella ocasión guardé una profunda animadversión al tal Ventura. Tanto es así, que algunos años más tarde, cuando logré que el teatro Ambigu representara el drama Rocambole, escrito en colaboración con Anicet y Blum, nos las

Librodot

arreglamos para que Ventura muriese en el segundo acto, de un pistoletazo disparado por Rocambole. Supongo que el verdadero Ventura no ha muerto, pero al menos pasó por la humillación de no aparecer en el resto de los cinco actos que tenía la obra. Fue una venganza mezquina, pero, ¿qué podía hacer un pobre novelista que escribe folletines para no quitar suscripciones al señor Delamarre de la casa Delamarre, Didier y Compañía, etc.?

Los veladores espiritistas

Mi obra tuvo cien folletines y mientras preparaba Las hazañas de Rocambole, me tomé un pequeño descanso. Sin embargo, en dicho interregno surgió algo inesperado que estaba causando en el mundo gran estupefacción. Se trata de los veladores espiritistas y el medium americano que acababan de atravesar el océano.

Fue una época en la que el veladorcito más insignificante se preciaba de albergar un espíritu y se convertía en oráculo. A través suyo, cualquier prohombre podía manifestarse a voluntad de quien lo solicitara.

Podría llenar un libro con anécdotas de veladores espiritistas, pero sólo hablaré de una ocurrida en la redacción del periódico, un día que el señor Delamarre, de la casa Delamarre, etc., etc., hombre ávido de noticias, nos invitó a comer y nos preparó una asombrosa velada.

A los postres vimos aparecer a un hombre vestido de negro con extremado cuidado. Tenía los ojos brillantes, como inspirados, y el rostro ascético. Le colocaron un velador delante y nos preguntó con gravedad:

-¿A quién desean que evoque?

Empezamos a indicar nombres de la antigüedad, pero el señor Delamarre, que se divertía mucho, tomó la palabra y dijo:

-La Patria ha hecho suya la reclamación de los habitantes de Montmartre. Se quejan y con razón, de que la barriada carece de agua potable. He decidido apoyar su reclamación porque las crónicas antiguas afirman que en la época del rey San Luis existía agua en Montmartre. ¿Podría el señor medium evocar a San Luis para que nos dijera de dónde procedía el agua, ya que no lo dicen las crónicas?

El señor Delamarre parecía reírse cuando terminó la pregunta. Incluso me atrevería a asegurar que jamás creyó una palabra del espiritismo y los veladores. Sin embargo, el velador empezó a agitarse bajo las manos del medium. Se inclinó hacia un lado y dio tres golpes acompasadamente.

Ya teníamos al espíritu con nosotros.

Recordarán que, para entablar conversación con los que tenían la amabilidad de presentarse en un velador, era preciso designar el sitio de las letras en el alfabeto. Se unían las letras, luego las palabras y al fin, con desoladora lentitud, se sabía la respuesta a las preguntas.

Rogamos a San Luis que tuviera la amabilidad de comunicarnos dónde se procuraban el agua los habitantes del antiguo Montmartre.

-En el Manzanares -nos respondió en castellano.

Dimos un salto de asombro. Aquello no podía ser. ¿Ir a por agua a un río español? Además, ¿cómo Luis IX hablaba español a unos periodistas franceses?

Interpelamos nuevamente al espíritu y éste confesó que no había comprendido bien nuestra primera pregunta. Creía que hablábamos de Madrid, no de Montmartre. Acerca del agua de sus habitantes, no sabía una palabra.

-¡Sí que está bonito! -protestó el señor Delamarre-. Debiera saberlo. Usted fue rey de Francia en una época en que Montmartre tenía agua potable.

-Yo no he sido rey de Francia.

-¿No es San Luis?

-Sí.

-¿San Luis IX, rey de Francia?

-No.

-Entonces, ¿quién es usted?

-San Luis Gonzaga.

Soltamos la carcajada. No era para menos. Y el señor Delamarre se dirigió al medium para reprocharle:

-Amigo mío, me parece que no está muy fuerte en vidas de santos.

Aquel día los veladores no tuvieron mucho éxito. Pero las experiencias continuaron y fueron ganando terreno en todo París. Las celebridades del otro mundo empezaron a hablar con el señor Delamarre y con los redactores del periódico. Fenelón fue consultado acerca de mi folletín y respondió que mi novela era inmoral. El cajero del periódico intervino en mi defensa y propuso que se consultara a Carlomagno.

Carlomagno tardó media hora en dar señales de vida. Nos rogó que lo disculpáramos, porque estaba leyendo un canto de Orlando furioso. Luego dijo que Fenelón estaría en lo cierto si mis historias sobre Rocambole se dedicasen a uso de conventos y colegios de niñas. Pero los lectores de La Patria podían digerir aquellos alimentos. Es más, a su entender, las novelas nunca habían hecho daño a nadie. En su época se leían los relatos de la Tabla Redonda y tuvieron un éxito extraordinario.

Gracias a la opinión de Carlomagno, Las hazañas de Rocambole siguieron publicándose. Y como el éxito no las desamparaba, el señor Delamarre, de la consabida casa Delamarre, Didier y etc., etc., me llamó a su despacho y me urgió que escribiese una cuarta parte.

-Será imposible. He dejado a Rocambole en presidio y no tengo más notas sobre él.

-¡Me importa poco! Sáquelo de la cárcel. Y si no puede contar con el- verdadero, invéntese otro. Lo interesante es continuar con Rocambole. Los suscriptores lo quieren así.

No tuve valor para resistirme y le ofrecí el nuevo título : Los caballeros del claro de luna. Aquí, para satisfacer el deseo de Rocambole, era preciso buscar una intriga cualquiera. El desenlace del último episodio lo había trasladado a España. Era necesario seguir con un asunto puramente imaginativo, con personajes nuevos y que al final, fuera como fuese, apareciera Rocambole.

No voy a cansarles contándoles el argumento. Primero, porque no les divertiría y luego, porque no me acuerdo más que de esto : Un bribón con título tenía necesidad de un hombre hábil. Fue a la calle Michodière, y en una especie de agencia de colocaciones encontró a un individuo capaz de transformarse un sinfín de veces en pocos segundos. Este transformista genial era mi nuevo Rocambole.

Desde el primer día, Los caballeros del claro de luna tuvieron un mediano éxito. Pero no me desanimé. Confiaba en lograr algún episodio inédito del Club de los Veinticuatro. Esta confianza la apoyaba en que aún no había podido localizar al camarero del pabellón de Armenonville, culpable de que yo publicase Los dramas de París.

Había recorrido bares y restaurantes de París, esperando encontrar a mi personaje.

Y ahora, con mi nueva novela en la calle, mis deseos se centuplicaron. Era la salvación para intercalar en mi obra.

Pues bien, cierto día, a las cuatro de la tarde, di con él en el lugar más inesperado y de la forma más fortuita. Fue en el 17 del bulevar Montmartre, en la casa de cambio de Carlos Monteaux y Benjamín Lunel, cuando cambiaba un billete de mil francos.

Yo estaba allí porque el señor Monteaux, hombre de grata sonrisa, barba sedosa y aspecto cordial, adora a los literatos, a los artistas y a los autores. Les da excelentes consejos para invertir sus pequeñas economías y también sanos juicios acerca de sus obras y de sus libros.

A su lado siempre puede encontrarse el rostro moreno, de pronunciadas facciones, de Benjamín Lunel, el elegantísimo Lunel, dueño de caballos de carreras y personaje imprescindible en toda solemnidad artística.

A las cuatro de la tarde, alrededor de ambos, siempre se establece una tertulia de media docena de gandules célebres : desde Zabban, el humorista de Charivari que nos hace reír bajo el seudónimo de Castorine, hasta Lafont, el inimitable comediante.

Allí se habla del reciente libro de George Jaud, de la última obra de Dumas hijo, del violoncelista de moda, de la Patti, o de nuestro querido Offenbach, que deslumbra todas las noches en tres o cuatro teatros a la vez.

Pues bien, en este lugar selecto y bancario fui a encontrarme con el susodicho camarero. Al verle, ahogué un grito y me arrojé sobre él para sujetarlo por el cuello.

-¡Al fin te he encontrado! -exclamé, gozoso.

Al verme, el hombre palideció intensamente y dijo entre balbuceos:

-Por favor, caballero, no dé un escándalo. Estoy dispuesto a obedecerle.

Se dirigió hacia la salida. Yo le acompañaba mientras le sujetaba con fuerza el brazo. Abandonamos el lugar en medio de la estupefacción general y cuando estuvimos en el bulevar, me dijo:

-Ya sé que es amigo de Rocambole. Si quiere, lléveme a su casa y le contaré todo.

¿Qué otra cosa quería yo?

Hice lo que me pidió sin que el infeliz opusiera la menor resistencia. Pero una vez en mi despacho, se hincó de rodillas y empezó a gimotear y pedir que lo matase de una vez. No quería seguir viviendo con tanto sufrimiento.

Ello constituía una idea fija y no encontraba forma de que la abandonara, por lo que, temiendo hallarme ante un loco, decidí que mi criado fuese en busca de Timoleón. Si el camarero tenía algo que temer de Rocambole, Timoleón debía saberlo e incluso conocerlo. Si no, también hallaría un medio para hacer algo con él.

Timoleón apareció al cabo de una hora larga. Aquel tipo ya me tenía desesperado. No hacía más que pasearse nerviosamente por el despacho. Al enfrentarse ambos hombres, quedaron mutuamente sorprendidos. El camarero, animándose, exclamó con alivio

-¡Ah! Por fin viene a salvarme.

Timoleón me miró interrogadoramente, como si no entendiera nada de aquello, y al fin me preguntó

-¿Qué pretende de este imbécil?

Me quedé perplejo. ¿A quién tenía en mi casa?

-Es mi antiguo secretario -añadió Timoleón-. Se volvió loco mientras le dictaba la historia de Rocambole.

-¿Su ayudante? Pero si estaba de camarero...

-Desde que le despedí ha hecho de todo. Se llama José Roux y ahora trabaja con una condesa rusa. Tiene la manía de creer que se llama Ventura o Aventura, como uno de esos tipos de la cuadrilla de Rocambole.

No es para contar más. Acababa de desvanecerse mi última esperanza y creo que también se esfumó el éxito de mi novela. Los caballeros del claro de luna cada vez hallaban más tropiezos y dificultades. Al parecer no agradaban. Y los espíritus de velador, que habían invadido las oficinas de La Patria, dejaron paso a los muertos ilustres para que levantaran su voz contra mi Rocambole. El señor Delamarre acabó llamándome y dijo que Fenelón había vuelto para repetir que mi obra era inmoral. Pedí que se consultara a Carlomagno, y el director del periódico me respondió muy convencido:

-Carlomagno tiene cosas más importantes que hacer y no se preocupa de usted.

El cajero, que siempre me defendió con vigor, también había sido despedido : exponía capital en operaciones arriesgadas, según los espíritus. Rocambole desapareció. No sé si porque la novela era demasiado larga, o a causa de los espíritus. Lo cierto es que acabé siendo el último mono en la redacción, que me había tenido por su niño mimado.

Concluida la novela, dejé de pertenecer a la redacción de La Patria. Pasé sucesivamente por las de La Opinion Naturel, Le Constitutionale, Le Pays y La France. Transcurrieron ocho años y ya no me acordaba de Rocambole, de los espíritus ni de La Patria.

Vivía en este olvido cuando una tarde, al llegar a casa, me entregaron una tarjeta con el siguiente nombre litografiado : Mayor Avatar. Según mi criado, el hombre pensaba volver al día siguiente, pero si yo iba a cenar al café Inglés con mi amigo Claudin, era posible que lo encontrara.

La resurrección de Rocambole

No tenía ni la más remota idea de quién pudiera ser el mayor Avatar, pero sentía deseos de conocerlo. No esperé al día, siguiente. En el café Inglés, por lo menos, encontraría a Claudin y a Javier Aubryet. Ni uno ni otro estaban y el camarero tampoco me pudo informar, en principio, sobre el paradero del susodicho mayor.

A punto de ponerme a cenar, apareció en el salón un hombre de treinta y seis o treinta y ocho años. Delgado, con bigote rubio poco poblado y vistiendo con elegancia y sencillez. En cuanto el desconocido me vio, vino hacia mí y se disculpó por haberme hecho esperar.

Le contemplaba con curiosidad, sin lograr acordarme dónde podía haberle visto. Su voz era clara, simpática y su mirada franca, lo cual me desorientaba más. Al fin, cuando se hubo retirado el camarero, me dijo, sonriendo:

-Veo que no se acuerda de mí.

-No. Lo confieso.

-Pero, no habrá olvidado cierto viaje hecho a Brest hace algunos años, ¿verdad?

-¡Diablos! -exclamé, mirándole con asombro-. ¡Usted!

-Sí. Soy el ciento diecisiete.

-¡Rocambole!

-Por favor -dijo, haciendo un ademán para recomendarme silencio-. Podrían oírnos.

-¿Se ha fugado?

-Claro, pero no del presidio de Brest, sino de Tolón a donde me trasladaron.

-¡Estaba condenado a cadena perpetua!

-No se preocupe. No tengo nada que temer. He adquirido el derecho a estar en libertad.

-No le comprendo. ¿Cómo es eso?

-¡Bah! -exclamó-. No hace al caso. Necesitaría toda una noche para contárselo, pero tengo notas que le enviaré con mucho gusto.

-¿Me lo promete?

-Sí. Con ellas podrá escribir una nueva novela. Ya tiene La resurrección de Rocambole.

Le oía hablar y no hacía más que mirarle con cara de asombro. Aquel hombre era extraordinario.

-Pero, ¿no quería morir en presidio? -dijo, recordando de pronto sus palabras.

-Estuve allí mientras ella no supo nada -contestó, después de inclinar un poco la cabeza-. Pero ahora ya lo sabe todo y me ha perdonado.

Supongo que aludía a la que en mi novela llamo Blanca de Chamery, a quien el forzado llegó a querer como a una verdadera hermana.

-Teniendo el perdón de ese ángel -continuó diciendo-, he querido merecer el de los hombres. Por eso me he fugado: para poner mi valor y energía, hasta ahora empleadas en el mal, al servicio del bien.

-¿Piensa quedarse en París?

-No. Volví de Londres hace unos días y ahora me marcho a la India.

-¿Qué piensa hacer en la India?

-Realizar una misión, es un acto expiatorio que me he impuesto. Después...

Quedó vacilante, por lo que insistí:

-Después, ¿qué?

-Si Dios no quiere concederme el reposo de la tumba, proseguiré mi camino haciendo el bien, en busca de sitios donde haya opresores, para salvar a las víctimas.

-¿Cuándo piensa regresar de la India?

-Dentro de dos años, a no ser que suceda algo irreparable.

-Y las notas que me trae...

-Se las llevará mañana un hombre que goza de mi confianza y me ha demostrado su adhesión sin límites.

Yo me voy mañana por la noche.

Como se había levantado y se disponía a marchar, me puse en pie y le tendí la mano.

-No -me dijo-. Todavía no. Aún no me he rehabilitado.

Me saludó, dejándome en la mayor estupefacción, y salió.

Al día siguiente, muy temprano, recibí la visita del gigante que ya conocía. Me traía las notas prometidas por Rocambole. Empleé ocho días en leerlas. Acababan en el momento que Vanda y Milon, siguiendo al héroe por su rastro de sangre, llegaban al río Sena, donde se perdían todas las huellas. Acompañaba a las notas una breve carta de Rocambole que decía

«Caballero : Quizá pueda contarle algún día cómo me fueron las cosas desde que salí del río hasta el momento de nuestra entrevista en el café Inglés. Ahora sólo puedo ofrecerle estas modestas confidencias.

»Su afectísimo,

»ROCAMBOLE.»

No me encontraba en buenas relaciones con La Patria; por otra parte, el señor

Delamarre buscaba comprador para su diario. Las memorias de Rocambole tenían que esperar. La ocasión llegó pronto. La Prensa diaria a cinco céntimos acababa de aparecer con el Petit Journal, y una tarde, en un estreno en el teatro Dejaset, un amigo me presentó al señor Polidoro Milland. Este señor dirigía Le Petit Journal y se mostró contentísimo al conocerme.

-Ya sabe que me dedico a las reimpresiones -me dijo-. Las pago con arreglo a la tarifa marcada por la Sociedad de Gentes de Letras. ¿Podría interesarle y ofrecerme alguna novela suya?

Le autoricé para que buscase en mi bagaje literario y escogiera lo que más le agradase. Un mes más tarde aparecía en las páginas de su periódico una novela que escribí diez años antes : El diamante del comendador. Al parecer, la obra gustó, porque un mes más tarde, en agosto de 1865, alguien me enlazó cariñosamente por el cuello mientras vagabundeaba por el bulevar de Montmartre y me dijo:

-Ahora sí que ya no te suelto.

Era Félix Hement, un joven científico que hacía los boletines de ciencias en La France.

-Vendrás conmigo, aunque sea a la fuerza.

-Pero, ¿adónde quieres llevarme?

-Al Petit Journal. Tu El diamante del comendador ha tenido un éxito colosal y Mílland quiere reimprimir Las hazañas de Rocambole.

Aquello me sonó a música celestial y seguí a Hement.

Luego escuché la proposición de Milland y cuando terminó le ofrecí La resurrección de Rocambole.

-¿Qué es eso? ¿Una novela inédita?

-Exacto. Y me parece que mejor que las hazañas. -De acuerdo. Empezaré a publicarlas en octubre,

pero la anunciaré inmediatamente.

Aquella misma noche, para celebrarlo, salí de París

hacia un pueblecito perdido en el bosque de Orleáns. Allí pasé los días matando liebres y perdices, hasta el mes de octubre, en que regresé a París.

El excelente señor Milland, que de publicidad entiende como un mago, había cubierto todas las paredes de París con carteles multicolores anunciando el presidio, el cadalso y no sé cuántas cosas más de las nuevas aventuras de Rocambole. Durante quince días, también los carruajes de servicio de su diario habían paseado los anuncios por todo París. Al ver tanto reclamo empecé a temblar, pero afortunadamente la novela gustó y durante ocho meses las últimas aventuras de mi héroe llenaron las páginas del Petit Journal.

La gente empezó a apasionarse por este Rocambole convertido en hombre honrado y virtuoso. Se interesó por las desdichas de Antonieta en la cárcel de San Lázaro, y el señor Milland acabó diciéndome lo que ya oyera en otras ocasiones en boca del señor Delamarre

-Hay que continuar. Busque una continuación.

Me acordé en seguida de Los caballeros del claro de luna. Era suficiente con una experiencia y me negué rotundamente a escribir una línea más. Además, Presse Illustre fue a buscarme con una cadena de oro y flores, y reservé para ellos la secreta esperanza de que Rocambole me ofreciera nuevas noticias.

Encuentro inesperado

Había transcurrido un año desde los últimos acontecimientos, cuando cierta noche que fui a cenar con un amigo a un restaurante de la Porte Jaune, me sucedió un extraño e inesperado incidente.

Con este amigo tenía proyectado escribir un drama, que no llegó a concluirse. Debía desarrollarse en Negeut sur Marne, y por ello fuimos a cenar allí. Entre la Porte Jaune y el campo de maniobras de Vincennes, el bosque se halla cruzado por media docena de caminos que conducen tanto a Joinville como a Saint Mande o a París. Al regresar, mi amigo recordó que en el restaurante había olvidado sus guantes y volvió a por ellos en mi carruaje, mientras yo continuaba dando un paseo.

Quince minutos más tarde empecé a extrañarme de que no hubiese regresado. La noche era oscura y yo empezaba a cansarme. Había cruzado el campo de maniobras, pasé bajo el castillo y llegué a la nueva carretera que une Saint Mande con el bulevar Daumesnil, que termina en la Bastilla.

Llegué a Saint Mande cuando sonaban las diez en algún reloj cercano. No se distinguía un alma y estaba alarmado y rendido por la tardanza de mi coche. No comprendía cómo un caballo tan rápido no me hubiera dado alcance. Divisé luz a través de las rendijas de la puerta de una taberna y me encaminé a ella, dispuesto a descansar un poco. Llamé, pero me pareció que vacilaban en abrir. Luego oí murmullos al otro lado de la puerta. Insistí en las llamadas y al fin abrió una vieja, que me observó con mucho detenimiento antes de dejarme entrar a beber una cerveza y encender un cigarro.

En la taberna sólo se hallaba la vieja que me abrió y un hombre sentado ante una mesa, junto al mostrador. Aquel individuo ocultaba su rostro entre las manos. Al oírme, levantó la cabeza y no pudo evitar un movimiento de sorpresa, reacción que yo imité al reconocerle.

-¡El mayor Avatar! -exclamé.

Al tiempo que se destocaba, me rogó que guardara silencio.

La vieja parecía sorprendida ante este encuentro, y Rocambole, o el mayor Avatar, le dijo en tono autoritario:

-Sirva a este caballero lo que le ha pedido y márchese a dormir.

La tabernera me sirvió la cerveza y me dio cerillas antes de subir a una especie de sobradillo donde, sin duda, se encontraba su lecho.

Entonces Rocambole me miró con fijeza y sonrió, mientras decía:

-Siente curiosidad por saber qué hago aquí, ¿no es eso?

-Pues, si, no lo niego.

-Estoy trabajando.

-¿Trabaja?

-No, no he vuelto a las andadas. Simplemente, estoy en el desenlace de uno de los dramas en que intervengo. Con las anotaciones que vuelva a enviarle sobre ello, podrá escribir una nueva novela de doscientos episodios.

-¿Usted cree?

-Venga y verá -dijo, levantándose para abrir la puerta de la taberna.

Le seguí hasta el umbral y me asomé con él a la calle.

-¿Ve esa casa en construcción? Aparentemente se halla deshabitada, pero esta noche iba a morir en ella un hombre, víctima de un suplicio chino: el agotamiento por sueño.

Mientras hablaba le observé atentamente y me pregunté si aquel hombre no estaría tomándome el pelo.

-¿Y qué ha sucedido con él?

-Le he salvado.

Al oírle estuve tentado de cerciorarme si aquello era cierto o sólo se trataba de una pesadilla. Sin embargo, el ruido de ruedas y la luz de dos faroles que brilla

ban en el fondo de la avenida, me hizo exclamar:

-¡Por fin! Ya llega mi coche. -¿El suyo?

-Sí. Regresó a la Porte Jaume con mi amigo.

-Se equivoca -comentó Rocambole con tranquilidad-. Ese no es su carruaje, sino el mío.

Los faroles se hallaban bastante próximos a nosotros para que pudiese distinguir el vehículo y quedé extrañado al comprobar que tenía razón. Se trataba de un pequeño ómnibus, como los que se ven en las estaciones de ferrocarril.

El carruaje se detuvo ante la taberna, y Rocambole avanzó unos pasos hacia él para interrogar:

-¿Eres tú, Milon?

-Sí, Maestro -respondió una voz, y vi en el pescante al coloso que ya conocía.

Todo aquello me parecía sumamente extraño. Rocambole debió de percibir mi estado de ánimo, porque, sonriendo, me dijo:

-No se inquiete. Algún día le daré la explicación de todo esto -después se volvió a Milon y añadió-: Ve a ver si está dispuesta.

-Sí, Maestro -respondió el gigante.

Rocambole y yo quedamos junto al vehículo. Milon se dirigió hacia la casa deshabitada. Penetró en el jardín y durante un buen trecho yo le seguí con la vista. Luego desapareció como tragado por la tierra. No logré descubrir nada, pese a cambiar de sitio y ponerme de puntillas.

-No se esfuerce -me dijo Rocambole, sonriente-. Ya lo sabrá más tarde; ahora, aprovechemos los diez minutos que me quedan.

-¿Aún tiene diez minutos?

-Si. Luego saldré para Londres. Le escribiré desde allí.

-Dígame una cosa: ¿Cuándo regresó de la India?

-Hace cuarenta y ocho horas.

-¿Y el hombre que está en la casa? -pregunté, interesado.

-Dejemos eso.

¿llene algo que ver con el caso que fue a resolver en la India? -insistí-. Porque allá haría algo, ¿no es así?

-Luché contra los estranguladores.

-¿Con los thuggs?

-Exacto.

Como yo no apartaba la vista de la casa en construcción, agregó, señalándomela :

-No se inquiete. Ha ido a buscar a mi compañera de viaje.

-¿A Vanda?

-No, Vanda ya se ha marchado.

Súbitamente brilló una luz a través de las ventanas. Luego apareció Milon con una linterna en la mano. Le seguía una mujer envuelta en amplio echarpe de cachemir blanco.

-Aquí llegan -indicó Rocambole.

La mujer se acercó al carruaje y por un instante la luz de la linterna iluminó su rostro. Era bellísimo. Su hermosura me deslumbró. Y ella se quedó extrañada y

sorprendida al verme.

-No tema -le dijo Rocambole, mientras le ayudaba a subir al coche-. Se trata de un amigo de los que no traicionan.

Después se volvió a mí y añadió en voz baja:

-En las notas que le envíe, nombraré con frecuencia a esta mujer como la Bella Jardinera.

Dichas tales palabras, subió al pescante y empuñó las riendas. Milon, que estaba en medio del camino, preguntó:

-¿Qué hago, Maestro?

-Sigue al pie de la letra mis instrucciones. Adiós. -Hasta la vista, Maestro.

Rocambole produjo un chasquido peculiar con la lengua, soltó las riendas y los caballos emprendieron el galope. En seguida desapareció el ómnibus en la oscuridad y me encontré a solas con Milon.

Ardía en deseos de interrogarle, pero él debió de darse cuenta de ello, porque inmediatamente dijo:

-Le ruego que me perdone, pero tengo que irme R y dejarlo. Debo cumplir órdenes inmediatamente.

Me dedicó un saludo respetuoso y se marchó de nuevo hacia la casa deshabitada, en la que desapareció como la vez anterior.

Era tal mi curiosidad que, sin meditar en lo que pudiera sucederme, me lancé al jardín, dispuesto a saber por dónde desaparecía Milon. Di vueltas, inspeccioné lo mejor que pude y al final sólo encontré un pozo. Rocambole no podía haber ordenado a Milon que se ahogase... Me introduje por puertas y ventanas de la casa en construcción. Allí no había vestigios de vida. Regresé a la carretera completamente decepcionado.

Cuando salía del lugar, vi a lo lejos una luz que parecía avanzar. Primero semejaba una estrella caída, del firmamento a punto de remontarse. Luego se desdobló y casi a la vez sentí el rápido trote de un caballo de raza.

-¡Eh, alto! -grité, plantándome ante el vehículo. Mi criado me reconoció y frenó el caballo.

-¿Qué te ha sucedido? Has tardado una eternidad.

-Nos hemos perdido por el bosque de Vincennes -dijo mi amigo-. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en Joinville en vez de venir hacia aquí.

Subí otra vez a mi asiento y no hice comentario alguno sobre mi aventura.

Quince días más tarde, recibía por correo un voluminoso paquete con sellos ingleses. Eran las Memorias de Rocambole, desde el día en que había desaparecido en las aguas del Sena, y sus andanzas por la India. Las acompañaba una carta, fechada en la prisión de Newgate, que decía:

«Caballero: Cuando haya llegado a la última página de las notas adjuntas, se preguntará qué ha sido de Vanda, el Muñeco, Milon, el traidor Tippo Runo y el tesoro del infortunado rajá Osmany. Por desdicha, yo no puedo decírselo, porque también lo ignoro.

»Hace ocho días que estoy en la cárcel, desde donde le escribo mis Memorias. Aún no he decidido evadirme, pues espero que se aclaren todos los acontecimientos. Según las leyes de la marina inglesa, he cometido un delito al intentar echar contra la costa un barco con pabellón británico. Sin embargo, como puede, ver por mi manuscrito, he prestado un gran servicio a Inglaterra al desembarazarla de Alf Remjeh, el jefe de los Estranguladores. También confío en probar la traición de Tippo

Runo.

»Con este objeto he pedido que se solicitaran informes a Calcuta, petición que el tribunal ha atendido, y así podré rehabilitarme.

»Creo que no pasará mucho tiempo sin que me vea en libertad. Por lo demás, su novela no perderá nada con estas incidencias. Y casi puedo asegurarle que antes de terminar la publicación de estas notas ya tendré nuevas aventuras que relatarle.

»Sin más por el momento, le saluda su apasionado héroe,

»ROCAMBOLE.»

Hacía un mes que llegué al final de tales notas, para su publicación. Estaba a punto de verme precisado a interrumpir mi novela. Tampoco hallaba una explicación lógica a semejante pérdida de contacto con mis lectores.

Una carta del señor Gruan, de Tours, vino a ofrecerme la solución. Dicho personaje me inducía a contar toda la verdad acerca del extraño personaje llamado Rocambole. Me pareció buena la idea y me puse a trabajar en ello con interés. Creo que La verdad sobre Rocambole está dada con la mayor precisión posible. También me ha permitido esperar las nuevas notas que me enviaría el ex presidiario.

Ayer recibí la siguiente carta:

«Mi querido amigo : Ya soy libre. Acabé con el mayor Edward Linton, o Tippo Runo. Aún no puedo decirle cómo, pero le aseguro que lo sabrá muy pronto.

»Soy esclavo de la misión que me he propuesto realizar y ahora me encuentro desenmarañando

enredos ante los tribunales de Londres.

»Para noviembre tendrá noticias mías y un paquete con nuevas aventuras.

»Suyo afectísimo,

»ROCAMBOLE. »

Ponson du Terrail. París, 1867.

LOS DRAMAS DE PARÍS

LA HERENCIA DE DOCE MILLONES

CAPITULO PRIMERO

Diciembre de 1847.

París daba la impresión de hallarse desierto a aquella hora de la noche. Una noche fría en que la, niebla cubría la ciudad a ambas orillas del Sena y los faroles apenas alumbraban las encrucijadas y las callejas sombrías. El último carruaje con los participantes de un baile ya se había retirado, y el primer camión de víveres aún no había salido a la calle. Todo parecía confabulado para ofrecer un ambiente de soledad y tristeza. Por si fuera poco, una lluvia fina, penetrante y helada, que se desprendía de la niebla, mojaba el negruzco pavimento. Todo era lúgubre, como el tañido proveniente de los campanarios de las iglesias. Sin embargo, se oía lejano el acompasado transitar de las patrullas de ronda, el discurrir del agua en el cenagoso río con su lecho de piedras, el aullido de los perros guardianes en los patios de antiguas casas del Marais[6] y el lento caminar de un hombre que marchaba, a lo largo de Saint Paul, hacia el Quai des Celestins.

Se trataba de un hombre joven. Apenas contaba veintiocho años. Era de estatura regular, delgado. En apariencia débil, pero con una mirada centelleante en sus negros ojos. Ojos viriles que contrastaban con su cabello, rubio ceniciento, y su rostro imberbe.

El hombre de que hablamos parecía preocupado. Su mirada se fijaba más en las lejanas siluetas de NotreDame que en las casas que bordeaban el muelle, vestigios

del París de Carlos VI y Luis XI. Una vez llegó al puente de Damiette, lo atravesó y caminó hasta el muelle de la isla de Saint Louis. Al llegar a éste, echó un vistazo a los tejados de los edificios circundantes. Descubrió la luz que salía de la ventana de una buhardilla. Pertenecía a una modesta casa situada tras el palacio Lambert[7].

-Menos mal que Colar me espera -comentó el hombre en voz alta.

A continuación introdujo dos dedos en la boca y emitió un estridente silbido. En la buhardilla se apagó la luz y la ventana ya no pudo distinguirse de las restantes del edificio.

Unos minutos más tarde se escuchó otro silbido semejante, más débil y cercano. Luego resonaron varios pasos rápidos y una figura humana se destacó en la niebla, avanzando hacia el hombre de nuestra historia.

-¿Eres tú, Colar? -pregunto éste.

-Aquí estoy, señor -respondió en voz baja el recién llegado.

-Menos mal que eres puntual, Colar.

-No faltaba más, señor. Pero le ruego que no pronuncie nombres. La policía tiene oídos en todas partes y una excelente memoria. Podrían recordar que estuve en presidio y abandoné el lecho que me regalaban.

El llamado Colar era un hombre de unos cuarenta años. Alto, delgado, de bigotes y barba negra, y con aspecto de oficial del ejército vestido de paisano. Conservaba la desenvoltura de los militares, pero su profesión no era ésta, sino otra no autorizada

[6] Barrio que en el siglo XVII fue el centro del París elegante. Más tarde, sus ricos habitantes se trasladaron hacia el oeste y se convirtió en centro comercial y artesano.

[7] Actualmente es un hotel. A principios del siglo XVII, la isla era terreno inhóspito. El empresario Marie hizo en ella su residencia y muchos ricos le imitaron, construyendo admirables chalets. Todavía es un sitio tranquilo y clásico.

por las leyes de la sociedad.

-Busquemos un sitio donde hablar sin sufrir el rigor de la lluvia -apremió el hombre, iniciando un movimiento.

-Estaremos bien bajo el puente. Venga. Bajemos esta escalera para alcanzar la orilla del río.

El hombre le siguió, encogido en su abrigo para preservarse más de la inclemencia del tiempo reinante.

-Si no le importa, señor -dijo Colar, volviendo la cabeza a su acompañante-, hablaremos en inglés. Es un hermoso idioma que no entienden los agentes de la calle Jerusalén.

El aludido no respondió. Se limitó a descender tras él e ir a instalarse bajo el tablero del puente.

-Aquí estaremos mejor -señaló Colar, sentándose en una piedra caída en medio del camino-. Hace un poco de frío, pero tratándose de negocios... Además, supongo que acabaremos pronta.

-En cuanto me informes de tus gestiones.

-¿Cuándo ha llegado de Londres, señor?

-Hoy, a las ocho de la tarde. Como verás, no he perdido el tiempo ni me he hecho esperar.

-Eso demuestra que sigue siendo mi antiguo capitán -comentó Colar, con una ligera expresión de respeto.

-Vayamos a lo que interesa -cortó el hombre-. ¿Qué has hecho durante estas tres semanas?

-He reunido un grupo útil, pero he de advertirle que, para este oficio, los parisienses valen menos que los ingleses.

-¿Entonces...?

-He elegido lo mejor, aunque necesitaremos algunos meses para adiestrarlos debidamente.

-,Tú crees?

-Podrá juzgarlo en cuanto vea la facha de esos hombres.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo si quiere -dijo Colar-. Los tengo citados en un lugar no muy lejano. Incluso podrá examinarlos sin ser visto.

-¿A qué esperamos entonces? -apremió el hombre, comenzando a andar.

-Sí, pero... -titubeó Colar, sin levantarse de su asiento-. ¿Y si no nos entendemos?

-Nos entenderemos.

-¡Hum! Estoy a punto de cumplir los cincuenta, señor. Ya es hora de que piense un poco en la vejez.

-Es lógico, pero seré más que razonable. ¿Cuánto necesitas tú?

Colar se quedó un poco ensimismado. Contemplaba al hombre que en Londres llamaban capitán Williams y dirigía una temible banda de pick-pockets. Durante bastante tiempo, él había trabajado a sus órdenes y sabía de su fama, misteriosa y terrible. Sin embargo, también estaba convencido de que sir Williams no era su verdadero nombre. Lo cual implicaba una vaga inquietud acerca de sus verdaderas intenciones. Claro que, por otra parte...

-Bien, ¿qué dices? -inquirió el hombre, cortando sus pensamientos.

-Creo que le parecerá razonable veinticinco mil al año y una prima del diez por ciento en cada negocio. -De acuerdo con los veinticinco mil francos. -Ahora queda por resolver la paga de mi gente. -Escucha -dijo el hombre, enfrentándosele-. A ti te doy lo que pides porque conozco tus méritos. A los demás quiero verlos trabajar,

¿comprendes?

-Son de lo mejor. Cumplirán como está mandado.

-Cuando los haya visto, hablaremos. ¿Cuántos son?

-Diez. ¿Le parecen suficientes?

-De momento, sí. Ya veremos más adelante.

Colar y el capitán Williams abandonaron aquel lugar y subieron al muelle. Caminaron hasta llegar al puente de Saint Louis, que atravesaron en seguida. Siguieron por detrás de Notre-Dame cruzaron otro brazo del Sena por la parte de arriba del hotel Dieu y desembocaron en el Barrio Latino. Allí, Colar se metió por un laberinto de callejas tortuosas y no se detuvo hasta llegar a la entrada de la calle Serpent. Dijo:

-Hemos llegado, capitán.

El nombrado levantó la cabeza y contempló una vetusta casa de dos pisos. Las contraventanas, resquebrajadas, permanecían cerradas y no dejaban filtrar luz alguna. Parecía una mansión totalmente deshabitada.

-Estas serán las oficinas de la agencia -murmuró Colar, mientras esbozaba una sonrisa.

Introdujo una llave en la cerradura y abrió la puerta. Penetró en un pasadizo estrecho y oscuro, precedido por el capitán Williams, y luego cerró la puerta prudentemente. Encendió una cerilla y su acompañante descubrió al final del corredor los primeros peldaños de una escalera. Ambos hombres subieron al primer piso. Colar empujó otra puerta e invitó a entrar al capitán.

-Desde aquí podrá verlos sin que lo adviertan -dijo-. Espere un momento y observe.

Abandonó la estancia para dirigirse a otra contigua, llevándose la luz, que penetró a través de un agujero existente en la pared de división. Al otro lado, a través del agujero, se vela un saloncito amueblado modestamente. Semejaba al habitado por un sencillo rentista. Había un canapé de caoba tapizado en terciopelo viejo de Utrech; cortinajes de damasco encarnado; un reloj de columnas sobre la chimenea, flanqueado por dos jarrones con flores artificiales. El piso estaba cuidadosamente encerado.

-Es el alojamiento de mi segundo -aclaró Colar a su regreso-. Ante la vecindad, pasa por ser un modesto rentista que vive con su mujer.

-¿Está casado?

-No, pero como si lo estuviera -dijo suavemente Colar, y añadió con seriedad-: La señora Coquelet vale mucho. Nos será útil. Lo mismo hace de señora caritativa, de condesa del arrabal de Saint-Germain, como de princesa polaca. El vecindario la tiene por modelo de piedad y virtud conyugal.

-Y del Coquelet ese, ¿qué hay? -inquirió el capitán Williams.

-Ahora le verá.

Colar se apresuró a golpear tres veces con la contera de su bastón en el techo. Inmediatamente se escuchó un ruido de pasos en el piso alto y luego éstos resonaron en la escalera. Poco después aparecía ante sir Williams un hombre vestido con una bata rameada verde y en zapatillas. En la mano llevaba un candelabro que iluminaba su rostro bonachón. Tendría unos cincuenta años y era calvo, delgado, con los ojos hundidos y-la frente deprimida.

-Este es el jefe -le informó Colar, lacónicamente.

Coquelet saludó al capitán y lo contempló con respetuosa atención antes de decir en voz baja:

-Parece muy joven.

-En Londres nadie lo consideraba como tal -le advirtió Colar al oído-. ¡Es todo un

hombre! -y añadió, dirigiéndose a él abiertamente-: Dentro de unos minutos vendrá gente. Recibe a todos los hombres que he convocado.

-¿Y usted? -preguntó el fingido rentista.

-Me quedaré aquí con el capitán para enseñarle a nuestros compañeros. Debe saber quién es cada uno.

-Comprendo dijo Coquelet, dispuesto a retirarse.

En la puerta sonaron unos golpes secos y significativos y el falso rentista, volviendo la cabeza hacia Colar, comentó

-Ahí está el primero. Voy por él.

Salió con el candelabro y dejó solos a Colar y a sir Williams. El primero cerró la puerta y ambos se aproximaron al hueco para espiar el saloncito de Coquelet. Este apareció en seguida acompañado de un joven des-

medrado, de cabellos crespos y vestido con una elegancia que recordaba el bulevar de los Italianos.

-Es un aristócrata -señaló Colar, mientras el capitán lo examinaba con interés-. Es hijo de buena familia, pero tuvo cuentas con la policía y lo mandaron a tomar baños de mar en Rochefort. Seguro que si no fuera por eso, estaría en la magistratura o en la diplo- macia. Se llama Ornit, pero las damas de la calle Breda, que lo idolatran, lo apodan Bistoquet.

-¿Sabe hacer algo interesante?

-¡Oh! Es un muchacho muy listo. Nadie hace trampas al sacanete mejor que él. Maneja la }navaja con bastante limpieza y hasta es capaz de abrir con una paja una cerradura de combinación.

-¡Eso ya lo veremos! -replicó desdeñosamente el capitán.

No tardaron en aparecer un gigantón de barba rojiza, llamado Mourax, y un hombrecillo delgado y seco, cuyos verdes ojos brillaban como los de un gato.

-Esos son Orestes y Pílades -siguió diciendo Colar-. Mourax y Nicolo, amigos desde hace veinte años. Llevaron la misma cadena en Tolón y al salir de presidio se asociaron.

-¿Para hacer qué?

-Mourax recorre las barreras cada domingo. Se disfraza de Hércules, y Nicolo lo acompaña vestido de pa, yaso.

-No están mal -dijo sir Williams-. Y ese joven alto de cabello rojizo que entra ahora, ¿quién es?

-El cerrajero de la banda.

A éste le siguió un hombre algo grueso y calvo llamado Nivardet, pasante de notario y falsificador por vocación. Tras la presentación de otros cuatro individuos, Colar se volvió al capitán e inquirió:

-¿Quiere que vayamos con ellos?

-De momento, no. Me gustaría conservar el incógnito y entenderme con ellos por mediación tuya.

-Como guste.

-Continuaremos mañana y ya veremos qué puede hacerse con ellos.

Mientras hablaba, había abandonado su observatorio y se retiraba hacia la puerta. Una vez entreabrió ésta y ya a punto de salir al rellano, añadió

-Mañana te esperaré a la misma hora y en el mismo sitio. Buenas noches.

-Buenas noches, capitán.

Sir Williams desapareció en las tinieblas de la escalera y no tardó en salir a la calle, mientras Colar se reunía con sus hombres.

Una vez en la calle Serpente, el capitán siguió por la calle Saint Andre des Arts y

se encaminó a los muelles. Atravesó el Sena y la Cité, y llegó a la plaza de Chatelet. Al dirigirse hacia la calle Saint Denis, se le echó encima un carruaje de dos caballos.

-¡Cuidado! -le gritó el cochero, al verle distraído.

Sir Williams se pegó a la pared de un edificio para evitar el choque, al tiempo que dirigía una mirada al interior del carruaje. Se encontraba justo bajo la luz de un farol, y el rostro del hombre divisado tras la ventanilla le arrancó un grito ahogado. Murmuró:

-¡Armando!

Mientras el vehículo pasaba de largo y se llevaba al llamado Armando, el capitán Williams se quedó inmóvil contra el muro, impresionado y algo sobrecogido. Aquel rostro, aquel nombre, le habían enfrentado, súbitamente, con todo un pasado. Con algo que no se resignaba a olvidar y constituía el motivo de su continuo desasosiego. Algo que llevaba clavado muy hondamente. Porque si alguien había a quien odiara por encima de todas las cosas, ese alguien era la persona que acababa de cruzar en el carruaje ante él: su hermanastro. El conde Armando de Kergaz.

Había sucedido la noche del martes de carnaval de 1843.

Entonces en París existía un barrio completamente nuevo. Lo formaban las numerosas calles que convergen en todos los sentidos hacia la colina de Montmartre. Comienzan en la calle Saint-Lazare, suben hasta el muro de ronda y llevan el nombre de barrio de Breda. Desde hace diez o quince años se haba n instalado en él dos poblaciones muy distintas, pero semejantes en costumbres.

Allí estaban esas alocadas criaturas que nacen y mueren no se sabe dónde, y brillan una docena de años. Muchachas ebrias de placer y pereza que desgranan fortunas entre sus pródigos dedos, descuentan el porvenir y derrochan el presente. Todos los entresuelos y principales de las casas se hallaban habitados por ellas. Y los pisos superiores, provistos de azoteas, los ocupaba gente inteligente y aristocrática en sus gustos. Seres 1 que a falta de opulencia disfrutaban del genio del arte. Pocas casas de aquel barrio, en su parte alta, dejaban de albergar algún músico célebre, o en camino de serlo, poetas, pintores, escultores y literatos.

Artistas y pecadores, que por general viven al día, se habían agrupado fraternalmente y poblaban lo que quince años atrás sólo era una humilde colonia.

Entre las calles Pigalle y Fontaine, donde más tarde se abriría la calle Duperré, se elevaba una hermosa man- sión donde Pablo Lorat, un pintor de talento, tenía instalado su estudio y daba aquel martes de carnaval una de esas famosas fiestas de artistas. El vasto local se había convertido en salón de baile y la azotea hacía las veces de jardín. Asistían invitados de todas las clases sociales: artistas, literatos, hijos de familia que se arruinan alegremente, empleados de ministerio, socios de agentes de cambio, algún banquero célebre y muchas personalidades de moda. El elemento femenino lo componían artistas de teatro y mujeres galantes. Sólo se exigía el disfraz histórico. Así, las damas de la corte de Luis XV bailaron con pajes de Carlos V, y en la contradanza una Isabel de Inglaterra lo hizo con un marqués de Lauzun, y una Inés Sorel con un Luis XIII.

En este ambiente, aproximadamente a las once de la noche, había un hombre que no parecía disfrutar con la fiesta. Vestía un traje de caballero de la corte de María Estuardo y era joven, alto y apuesto. No obstante permanecía en la azotea, donde algunos invitados, fugazmente, desafiaban el aire fresco de la noche y la llovizna, penetrante y fría.

El joven, acodado en la barandilla del balcón, contemplaba melancólicamente el

Librodot

coloso de piedra y lodo que se extendía a sus pies. París dormía febril y ruidosamente envuelto en la niebla. Distinguía el edificio de la Opera, coronada su frente con una aureola de claridad; los bulevares iluminados con guirnaldas de luces gigantes que parecían unir el París brillante y dorado de la Madeleine con el triste y sombrío del arrabal de Saint-Antoine; el París de los ricos y el de los pobres; el de la ociosidad dorada y el del trabajo agotador.

Todavía más lejos, sobre la otra orilla del Sena y medio sumergida en las brumas lluviosas, se vislumbraba Ja cúpula del Panteón, sombría y elevada al cielo como un monumento de perennidad. A su derecha, el desde quince años antes austero arrabal de Saint-Germain, capital sin corona, sede de una monarquía sin rey, y albergue de antiguas razas enlutadas. Y a la izquierda, extendiéndose hasta las cenagosas orillas del Bievre, el mísero arrabal de Saint-Marcel, apenas iluminado aquí y allá por reverberos semejantes a faros dispersos en un mar tempestuoso.

Ver aquella gran ciudad, abarcar aquel inmenso pana rama sumía al joven en hondas cavilaciones. No comprendía el placer que trasnocha ni el trabajo que duerme. Ni se solidarizaba con los ruidos del baile, el canto de los dichosos, las sonrisas de amor, o los sueños dorados cuando existía la luz matinal del trabajo, el llanto del sufrimiento, las lágrimas del padre por el hijo muerto de hambre y de frío, del hijo sin madre y desamparado, o del enamorado a quien la seducción le priva de su amada.

-¡Oh, gran ciudad! -exclamó en voz alta-. ¡Tú sola encierras más virtudes y más crímenes que el resto del mundo! Dichoso aquel que con su mano generosa, su corazón magnánimo y su noble inteligencia, pueda calmar tus infortunios, enderezar tus entuertos y recompensar tantas virtudes ignoradas. Dichoso, sí, porque sería la más grande misión que pudiera realizar un hombre en tu mundo despiadado y sin justicia.

En aquel momento otro invitado, agobiado por la atmósfera del baile, salía a la terraza y se aproximaba a él. No se disfrazaba con el sombrío traje de escocés, que llevaba el joven de tan lúgubres pensamientos, sino que llevaba justillo rojo, calzas azul celeste y cuello alechugado de don Juan.

-¡Caramba, amigo! -exclamó el recién llegado, en tono burlón-. Tiene una actitud tan sombría como su traje.

¿Le parece a usted? -inquirid el joven, estremeciéndose al oírle de cerca.

-A juzgar por las palabras oídas, se estaba soltando un discurso muy patético -continuó el don Juan, en tono burlón.

-Es posible -comentó, pensativo, el escocés-. Pero al pensar en las grandes miserias que alberga esta ciudad, no puedo más que entristecerme y ambicionar una fortuna para remediarlas. Si alguien tuviera mucho dinero, mucho dinero...

-¡Caramba, amigo! No creo que se refiera a mí.

-¿A usted?

Mi anciano padre no tardará mucho en reunirse con sus antepasados y me dejará de cuatro a cinco mil libras de renta.

-¿Tanto?

-A mí no me parece demasiado.

-Pues con eso -dijo, animándose, el escocés- podrían hacerse grandes obras. Fíjese en ese gigante, en esta moderna Babilonia que se extiende en inmensos anillos. Es diez veces mayor que la antigua Babilonia y en ella se codean el crimen y la virtud, las carcajadas y los ayes de dolor, el amor y la desesperación, y los presidia- rios caminan por la misma acera que los mártires. ¡Un hombre rico puede hacer una inmensa labor de justicia y beneficiencia!

-Bueno, bueno -exclamó el don Juan, con voz burlona y mordaz-. Claro que ahí pueden hacerse grandes cosas. Satanás, que como diablo cojuelo levantaba los tejados

de las casas de Madrid para enseñar a su discípulo lo que, albergaban, no podría estar tan enterado de esto como yo. ¿Ve usted esa inmensa ciudad? Pues bien, para un hombre que disponga de tiempo y de dinero, hay en ella mujeres que seducir, hombres que vender y comprar, pícaros que organizar, buhardillas donde entran una a una las monedas de cobre ganadas con el trabajo agotador, y que podrían convertirse en elegantes alcobas con el oro producido por la pereza. Sí, hay todo eso y tal es la misión que yo realizaría.

-¡Valiente infamia!

-¡Caramba, amigo! Sólo hay infamia en la estupidez -comentó, sin dejar de reírse-. Además, ¿acaso no estoy a tono con el personaje que represento? ¡Mil diablos, soy don Juan!

Riéndose y con genio mal contenido, se despojó del antifaz. El escocés, al ver su rostro, retrocedió un paso y murmuró, asombrado

-¡Andrés!

-¡Vaya! ¿De modo que me conoce?

-Es posible -respondió el joven, tratando de conservar la calma frente a su interlocutor.

-Entonces, hombre virtuoso, quítese el antifaz y sepamos a quién ha descubierto sus ideas el vizconde Andrés Filipone.

-Lo siento, caballero -replicó el escocés con mucha frialdad-. No me descubriré hasta la hora de la cena.

-¿Por qué?

-Porque hice una apuesta -respondió lacónicamente, antes de volverle la espalda y dirigirse al salón de baile.

-¡Diablos! -exclamó el vizconde, viéndole marchar-. ¡Qué tipo más extraño! ¡Seguro que nos conocemos!

Minutos más tarde, se hallaban reunidos en el salón los invitados que aún permanecían en la fiesta. Se' iba a servir la cena, cuando una linda actriz de vodevil advirtió que el joven disfrazado de escocés seguía enmascarado.

-Aposté a que no me quitaría el antifaz dijo en tono de disculpa- hasta no haberles contado una historia triste a un auditorio tan alegre.

-¡Cielos! -exclamó la actriz-. Una historia triste..., es muy desagradable.

-Pero es una historia de amor, señora.

-En tal caso -intervino otra dama disfrazada de paje- es muy distinto. Las historias dé amor siempre son divertidas.

-Cuéntenosla -pidió una voz.

-¡Que la cuente! ¡Que la cuente! -gritaron varios a coro.

-De acuerdo -dijo el escocés-. Empezaré diciendo que hay hombres que aman a muchas mujeres. Yo sólo he amado a una. La he amado apasionada y honradamente, aun sin saber quién era ni de dónde venía.

-Eso huele a desconocida -comentó una dama de la corte de Luis XV.

-La encontré una noche a la puerta de una iglesia. Había sido seducida y abandonada por un miserable. Uno que, además, era asesino y ladrón. Asesinó a un joven oficial, con quien debía batirse, y a un barón que supo ganarle su dinero jugando con limpieza.

Su voz se había hecho algo estridente. No dejaba de mirar al vizconde Filipone, que cada vez le escuchaba con más atención e interés.

-Bien, señores. Ese asesino, a quien ella despreciaba y del que había huido, la persiguió. Un día se introdujo en mi casa como un vulgar ladrón. Cuando llegué y lo descubrí estaba a punto de raptar a mi amada. Tanto él como yo, no teníamos más

armas que un puñal. Nos batimos ante la mujer, desmayada, y él me venció. Me derribó y me dejó en un charco de sangre. Cuando me recogieron, ya había desaparecido con la mujer a quien yo adoraba.

Se interrumpió para coger alientos y no cesó de mirar al vizconde, que estaba pálido y empezaba a tener la frente perlada de sudor.

-Estuve tres meses entre la vida y la muerte. Una vez restablecido, intenté encontrar a mi amada y a su raptor. A ella la hallé abandonada y moribunda en una posada italiana. Marta expiró en mis brazos, perdonando a su verdugo. Pero yo no puedo perdonarlo. Lo he encontrado esta noche, aquí, y voy a vengarme de ese infame.

Los circunstantes, que habían perdido su risa a medida que hablaba el enmascarado, empezaron a mirarse entre sí, alarmados.

-No se encontrará entre nosotros, ¿verdad? -inquirió uno, temeroso.

-Sí. Está aquí -dijo el enmascarado, avanzando un paso antes de extender su brazo hacia el vizconde y añadir-: ¡Este es!

Andrés Filipone dio un salto en su asiento, a la vez que el joven se despojaba de su disfraz.

-¡Armando, el escultor! -exclamaron con asombro varios invitados.

-¡Andrés! -chilló el artista, con voz atronadora.

-¿Me conoces?

La estupefacción paralizaba a todos de tal modo que , no advirtieron la entrada de un hombre vestido de negro. Un anciano sirviente que se dirigió a Andrés, sin hacer caso a nadie, para decirle:

-Señor vizconde, su padre, el general conde Filipone, le solicita a la cabecera de su lecho de muerte. Vaya a consolarlo y no lo abandone, como hizo al morir su madre.

Esta noticia, unida a la anterior, formó un gran tumulto entre los invitados. Armando intentó detenerlo, pero tropezó con el sirviente, quien exclamó, perplejo:

-¡Santo Dios! ¡El coronel Armando de Kergaz!

-¿Qué dice usted? -inquirió, desconcertado, el escultor-. ¿De qué habla?

-Usted tiene el mismo rostro de mi coronel -dijo el anciano sirviente, medio entusiasmado e incrédulo-. Sí, no puede ser otro. Usted es el hijo del conde de Kergaz.

-¿Se ha vuelto loco, señor? -replicó el escultor, lleno de extrañeza-. Yo no tengo familia, ni nombre, ni patria.

-Se equivoca, caballero -afirmó el viejo, con cierto aplomo-. Haga el favor de seguirme. Le contaré algo que tal vez le resulte muy interesante.

Empezó a relatarle que una hora antes se encontraba en un palacio de la calle d'Artois, atendiendo a un enfermo a la cabecera de su lecho. Le preparaba su medicina, cuando el moribundo le llamó débilmente y le dijo:

-Sebastián. ¡Voy a morir, Sebastián! ¿Estás satisfecho de tu venganza? En vez de llevarme al patíbulo, preferiste permanecer a mi lado para que no olvidase mis crímenes. Te has convertido en mi intendente, cuando en realidad me desprecias. Sí, Sebastián. Me llamabas monseñor y yo advertí en tu voz 'la amarga ironía del demonio. ¿Estás satisfecho? ¿He sido castigado suficientemente?

-Todavía no -respondió el sirviente-. ¡Ah, si no te hubieras casado con la viuda de mi coronel...!

-Sebastián, ¿qué más quieres? Deja de atormentarme con esa cantinela. Voy a morir y estoy solo.

-Eso también es mi venganza, Filipone. Morirás como tu víctima, como tu esposa, sin recibir el último adiós de tu hijo.

-¡Mi hijo! -murmuró el anciano, haciendo un violento esfuerzo por incorporarse en

el lecho-. ¿Dónde está mi hijo?

-Tu hijo es digno de su padre -comentó Sebastián-. Es egoísta como tú, seduce a las muchachas honradas, hace trampas en el juego, asesina a quienes se baten con él. París lo cita como modelo de corrupción elegante.

-Quiero que venga a mi lado. Es mi hijo -murmuró el moribundo.

-Se fue a un baile. Abandonó el palacio sabiendo que ibas a morir.

-Sebastián, Sebastián -suplicó Filipone-. ¿Serás tan implacable? ¿No irás en su busca?

-Escucha, Filipone. Acuérdate de cómo mataste a mi coronel cuando nos retirábamos de la campaña de Rusia. Primero disparaste contra mí. Me consideraste muerto y asesinaste a mi buen señor, que dormía a causa de la fiebre y del frío. Después convertiste a su mujer en tu víctima. Mataste a su hijo y acabaste con ella. ¿Ha sido mucho el castigo por estos crímenes?

El general conde Filipone exhaló un gemido y susurró:

-Maté a Armando de Kergaz; he hecho morir de dolor a su viuda después de convertirla en mi esposa; pero a su hijo...

-!Infame! -exclamó, indignado, Sebastián-. ¿Negarás que lo arrojaste al mar desde la terraza de Kerloven? -Lo arrojé, sí, pero no murió.

-¿Qué dices? -exclamó, estupefacto, el sirviente-. ¿No murió el niño?

-Lo salvaron unos pescadores. Se lo llevaron a Inglaterra. Fue educado en Francia...

-¿Es verdad eso? -interrumpid, con inmensa alegría el viejo soldado-. ¿Dónde está? ¿Cómo lo sabes?

-Por casualidad lo descubrí hace un mes -indicó el enfermo, con voz entrecortada y sibilante-. Era el vivo retrato de su padre. Fue en la calzada de Antin, y lo hice seguir por uno de mis lacayos...

-Continúa, continúa -insistió, jadeante, Sebastián.

—Se llama Armando y es artista. Ignora dónde ha nacido. Sólo recuerda que unos pescadores lo recogieron siendo pequeño, cuando estaba a punto de ahogarse.

Al oír estas palabras, Sebastián se irguió ante el moribundo y dijo:

-¡Ah, miserable! Sabias que vivía y no te has preocupado de traerlo para devolverle cuanto le has robado. Haré que te procesen, que deshonren tu memoria, si no me entregas un documento confesando que usufructúas lo robado a quien vive todavía. Porque te aseguro, Filipone, que encontraré al hijo de mi coronel.

-Es inútil -susurró el anciano conde-. Heredé al coronel Kergaz gracias a la supuesta muerte de su hijo. Cuando éste aparezca, la ley le entregará lo que es suyo.

-Eso está bien -reconoció Sebastián-. Pero, ¿cómo demostrar que es él?

El conde Filipone extendió su brazo y señaló un cofrecillo situado sobre un velador.

-Mis remordimientos me obligaron a escribir la historia de mis crímenes -balbuceó-. Está ahí, unida a los documentos que reconocen al niño.

El fiel húsar del coronel Kergaz cogió el cofre y se lo entregó al moribundo. Este lo abrió con mano temblorosa, extrajo unos documentos y se los pasó a Sebastián.

-Pareces arrepentido -dijo éste, mientras los examinaba con avidez-. Lo encontraré y por ello te perdono.

-Sebastián...

-Si, verás a tu hijo. Te lo traeré aunque sea a la fuerza -anunció, apresurándose a salir del aposento.

Una hora más tarde, la puerta de la habitación se abrió. El moribundo, que esperaba con ansiedad, levantó la cabeza y medio distinguió a su hijo vestido de más-

cara.

-¡Oh! -exclamó Filipone-. ¡Esto es demasiado!

Y antes de que el vizconde Andrés llegara a su lado, con un brusco movimiento Filipone giró la cabeza hacia la pared. La muerte lo había alcanzado. Andrés sólo cogió una mano inerte. Comprobó su corazón y afirmó:

-Ha muerto.

Su indiferencia no puso ni una lágrima' en sus ojos; sólo una frase en sus labios, a modo de epitafio.

-Lástima que la dignidad de par de Francia no sea hereditaria.

-La dignidad de par no es hereditaria -exclamó una voz a sus espaldas-, pero el presidio, sí. El espera a los hijos de pares miserables como tú.

Andrés se había vuelto bruscamente y al ver en el umbral de la puerta a Sebastián y a Armando, el escultor, retrocedió un paso.

-Señor vizconde -dijo en tono acusador Sebastián, a la vez que señalaba el cadáver de Filipone-. Su padre asesinó al primer marido de vuestra madre y arrojó al mar a vuestro hermano mayor, que no murió y está aquí presente -e indicó a Armando, mientras Andrés palidecía, espantado-. Su padre, arrepentido en su última hora, ha restituido lo que había robado a su hijastro. Ahora se encuentra usted en la casa del conde Armando de Kergaz. ¡Márchese inmediatamente!

Andrés, sobrecogido de estupor, empezó a retroceder lentamente, sin apartar su mirada que denotaba terror, de Armando. Le veía agigantarse en el recuerdo, luchando furiosamente en Roma para no dejarle llevarse a Marta, contando la desdichada aventura entre los invitados del Carnaval... Y ahora estaba allí, para quitarle aquel palacio que él hubiese heredado en medio de una inmensa fortuna.

-¡Sal de aquí! -le ordenó Armando, con brusquedad-. Sal, porque si no te marchas puedo olvidar que tuvimos la misma madre y recordar tus crímenes y a la muchacha a quien seduciste... ¡Vete!

El vizconde retrocedió hasta el umbral de la puerta. Allí se detuvo, desafiante, y lanzó a Armando una mirada asesina.

-Lucharemos, virtuoso hermano -le gritó-. Ahí tienes París y tu fortuna. Veremos quién vence, si el filántropo o el malvado. Porque yo volveré. Nos encontraremos, hermano; tú, encarnación idiota de la virtud, y yo, genio del vicio.

Sir Williams se despegó de la pared. Tenía la frente perlada de sudor. Parecía extrañamente excitado y en su rostro mostraba una expresión de odio. Nerviosamente acarició su frente y murmuró, mordiendo las palabras

-¡Nos hemos encontrado de nuevo, hermano! ¡Ya estoy de regreso y tengo sed de oro y de venganza!

CAPITULO II

En la calle del Cultivo de Santa Catalina existía un viejo palacio edificado durante el reinado de Carlos VIII y restaurado posteriormente en los años 1530 y 1608. Su restauración más reciente databa de la época brillante del Marais, en el reinado de Enrique IV, hechos que podían conocerse por una inscripción situada en la parte inferior del escudo de armas, respetado por el tiempo. Esta hermosa edificación antigua fue la residencia de la noble familia bretona de Kergaz-Kergarez, llegada a la

corte de Francia con el séquito de la duquesa Ana de Bretaña, cuando ésta fue reina. En la época a que hacemos referencia vivía en ella el último de los condes de Kergaz, el joven Armando, quien, desde que entró en posesión de su inmensa fortuna, encontró de su agrado el alejamiento y la soledad de aquel barrio, pues al mismo tiempo le permitía tener a su alcance a la gente menesterosa y necesitada, entre la cual distribuía sus generosas caridades.

Aquella noche, el conde se encontraba en su despacho escribiendo una serie de cartas. Un anciano de cabellos, patillas y bigotes blancos se presentó ante él. Caminaba con paso firme y una vitalidad no coincidente con su apariencia.

-Señor, creo que ya es un poco tarde -dijo a Armando.

-Querido Sebastián -respondió éste, mientras levantaba la vista de los papeles-. Cuando se quiere realizar lo que yo ambiciono, el tiempo no puede malgastarse en descansos.

-Sería mejor que se acostara -insistió el viejo sirviente-. Lleva un día de mucho ajetreo.

-Todavía no, Sebastián. Aún debo escribir algunas cartas. Mi obra está por encima de: cansancio.

-Señor, señor -resopló el anciano, con expresión paternal-. Acabará matándose con esta clase de vida.

-No hay cuidado, mi querido Sebastián. Estoy realizando acciones meritorias y es posible que Dios me premie con muchos años de vida.

En aquel instante llamaron a la puerta del despacho, y Sebastián fue a ella. Habló con un mayordomo que le tendía una carta y descubrió, al otro extremo del vestíbulo, a un hombre. Pasó la misiva a Armando, mientras le decía:

-La ha traído un recadero que espera respuesta. Armando rasgó el sobre y examinó la letra. Le era tan desconocida como la firma. No le despertaba el menor recuerdo y empezó a leer las siguientes líneas:

«Señor conde:

»Sé que tiene un corazón grande y generoso. Su inmensa fortuna y su inteligencia están consagradas a reparar injusticias, por eso acude a usted un hombre lleno de remordimientos.

»Los médicos me han concedido pocas horas de vida. De ahí que le ruego venga a verme lo antes posible. Necesito confiarle una noble misión que sólo usted puede realizar.

»KERMOR.»

-¿Quién ha traído esta carta? -inquirió Armando, nada más leerla.

-Un recadero que no conozco. Está en el vestíbulo.

Armando se apresuró a reunirse con el mensajero, que le saludó torpemente. Tras examinarlo con atención, le preguntó:

-¿Cuál es su nombre?

-Colar, señor -respondió el teniente de sir Williams, adoptando una actitud bobalicona-. Vivo en el palacio de Kermor y el portero me dio el encargo de traerle esta carta y esperar respuesta.

-¿Dónde puedo encontrar al señor Kermor?

-En la calle de San Luis, en la isla.

-Bien. Dígale que iré en seguida -y Armando miró a Sebastián para añadir-: Que me enganchen el coche.

Sebastián estuvo a punto de reconvenirle, pero decidió obedecer. Veinte minutos

Librodot

más tarde, el carruaje del conde atravesaba la puerta de un palacio construido en los primeros años del reinado de Luis XIV. Todo él y sus alrededores tenían un aspecto lúgubre. Incluso el jardín aparecía bastante abandonado.

Un anciano criado, sin librea y con un traje tan deteriorado como el exterior del edificio, recibió a Armando en las escalinatas y a través de un amplio vestíbulo y de varios salones, con muebles antiguos colocados en hilera, le condujo a un dormitorio de estilo rococó. Un lecho con columnitas doradas, con dosel del que pendían los pliegues de una tela de seda descolorida, ocupaba el centro de la estancia. Tenía la cabecera adosada a la pared y en él descansaba un viejecito seco, de frente amarillenta y unos ojos que brillaban con extraño fulgor y vitalidad.

Con un ademán, el viejecillo saludó a Armando y le invitó a sentarse a su cabecera. Luego indicó al criado que se marchara y los dejase solos.

-Caballero -dijo el hombre del lecho, al cabo de un buen rato-. No crea que tengo mucha vida, aunque mis ojos digan lo contrario. Me siento morir y mi médico no me lo ha ocultado.

-Los médicos pueden equivocarse -reconoció Armando, con benevolencia.

-Tal vez, pero yo no me hago muchas ilusiones -prosiguió, con cierta dificultad, el enfermo-. Soy el barón de Kermor de Kermarouët, el último de mi casta, al menos a los ojos del mundo. Quiero decir que es posible que exista un ser que me herede y todavía lo ignoro. No dejo parientes ni amigos y nadie llorará mi muerte. Quince años con ese único sirviente que usted ha visto. Quince años sin que nadie atravesara el umbral de mi palacio. Por eso, caballero...

Se interrumpió a causa de una tos seca y sibilante que a menudo le entrecortaba la respiración. Prosiguió, tras una breve pausa:

-Tengo una inmensa fortuna que pasará al Estado si no encuentro a mis herederos. Una incalculable fortuna con un origen tan extraño como grande es el castigo que Dios me dio por la falta que he cometido. ¿Tendrá la bondad de escucharme un momento?

-He venido para eso -replicó Armando, vivamente asombrado por sus palabras.

-Escúcheme -continuó el barón, con voz un tanto angustiosa-. Aunque aparento ser un septuagenario, apenas he cumplido los cincuenta y tres años. Yo era un alférez de húsares bretón que no tenía más porvenir que mi espada cuando estuve en la guerra de España. Mi regimiento se hallaba acantonado en Barcelona y por entonces cometí un acto que haría que mi conciencia me remordiera toda la vida. Fue cuando acababa de disfrutar una licencia en París. Regresaba a Barcelona con unos compañeros oficiales. Al pie de los Pirineos nos sorprendió la noche con una mala posada en medio de aquella desolación. En dicha posada sólo vivían dos ancianos : el dueño de ella y su esposa. Pero coincidió que, una hora antes de llegar nosotros, dos mujeres y el mulero que las guiaba se detuvieran allí, también para pasar la noche. Una de ellas era vieja y la otra, una hermosa muchacha de veinte años que nosotros, tras una copiosa cena bien regada de vino, nos sorteamos. Aquello fue idea de un oficial belga poco escrupuloso que, en nuestra euforia, aceptamos riendo. La muchacha me tocó en suerte. Como comprenderá, la violencia de unos borrachos es demasiada para la resistencia que podían oponernos aquellas personas. Y yo penetré en el cuarto de la joven.

El barón de Kermarouët se interrumpió un instante. Armando creyó que sus ojos estaban arrasados de lágrimas que contenía con esfuerzo.

-Al amanecer nos encontrábamos bien lejos de allí. Del incidente yo no recordaba más que el nombre de la pobre muchacha deshonrada, y conservaba un medallón que se desprendió de su cuello durante la lucha que sostuvimos. Se llamaba Teresa, y es

posible que viva en algún sitio... Al día siguiente de llegar a Barcelona, mis compañeros de hazaña murieron en una batalla. Creí ver en sus muertes un castigo de Dios y desde entonces empecé a sufrir un gran remordimiento. En cada batalla esperaba morir para librarme de aquella agonía, pero nunca me herían. Al cabo de unos meses empezó a desvanecerse el recuerdo de mi crimen, mas inesperadamente entré en posesión de una inmensa fortuna que no sé a quién legar. Sucedió en Madrid, mientras me alojaba en casa de un viejo judío nacido en Rennes. Tenía en Córdoba un negocio de cueros y estaba muy enfermo. Yo charlaba con él y lo entretenía. Mi presencia lo animaba bastante y un día que supo quién era yo me nombró su heredero universal. Por unos documentos que legó, supe que mi abuelo, el barón de Kermarouët, le había confiado un gran capital. El judío, al expatriarse a causa de unas guerras, lo centuplicó en España. Al encontrarme en esta situación, decidí buscar a Teresa para intentar la reparación de mi falta. Vine a París a fin de recuperar este palacio de mi familia y desde aquí proseguir una búsqueda que en principio había sido infructuosa. Mas apenas instalado me acometió una extraña y terrible enfermedad. Dios me castigaba, por fin. Y aquí estoy desde hace veinte años. Ahora, que me siento morir y tengo los ojos en el pasado, me pregunto si existirá aquella pobre muchacha que deshonré... Si, por casualidad, seré padre, ¿comprende?

-Si. Es muy justo -comentó Armando.

-Por eso le he llamado -murmuró el moribundo-. Supe que usted consagraba su fortuna y su inteligencia a realizar la más santa de las misiones:-hacer el bien e impedir el mal. Tiene agentes que descubren el Infortunio y usted castiga y recompensa.

-¿Pretende que busque a la mujer y averigüe si tuvo un hijo de usted?

-¿Lo intentará?

-Pudo haber tenido hijos con otro hombre.

-Mire, en ese cofre encontrará dos testamentos de diferentes épocas. En uno nombro herederos a Teresa, o al hijo que pudo tener. Acompaña al documento el medallón que ella llevaba la funesta noche: contiene unos rizos y el retrato de la que debía de ser su madre. En el otro, le nombro a usted heredero universal por si ellos

no existen. Podrá dedicar esta fortuna a remediar más miserias...

Armando hizo un gesto de asombro y de negativa, que el moribundo cortó al extender su mano hacia el, reloj de la chimenea.

-No me queda mucho tiempo. Espero a un sacerdote y quiero que usted me ayude a reparar mi infamia -murmuró, con voz cada vez más dificultosa.

-Confío en poder satisfacerle -indicó Armando.

En aquellos momentos entró el sacerdote, acompañado del viejo sirviente. Armando se retiró para que el anciano se confesara y luego se unió al sacerdote, con el fin de orar por el alma del moribundo. Dos horas más tarde moría el señor de Kermarouët. Y cuando Armando; se retiró llevándose los testamentos, en la cabecera del muerto apareció el recadero que le había llevado la carta: de Kermarouët.

-¡Pobre viejo! -exclamó Colar, contemplando el cadáver- Has muerto sin imaginar que yo vivía en la', buhardilla de tu palacio para saber qué se puede sacar, de un hombre rico y sin herederos. Ese infeliz Kergaz no encontrará a Teresa antes de que mi capitán Williams dé con su paradero. ¡Los millones serán nuestros! Puedes tenerlo por seguro.

Y Colar empezó a reírse mientras terminaba de despojarse de su disfraz de viejo sirviente al cuidado del: barón de Kermarouët. Luego abandonó el palacio y se dirigió hacia el puente bajo el cual había sostenido sus anteriores entrevistas con sir Williams.

El capitán estaba esperándole. Se levantó al oír sus pasos y le salió al encuentro.

-¿Qué hay? ¿Se ha confirmado la pista que me diste anoche?

-Capitán, los doce millones serán nuestros. Ya conozco toda la historia y el conde de Kergaz e3 el encargado de encontrar a Teresa.

La mirada de sir Williams se iluminó durante unos segundos. Aquello iba a producirle mayores satisfacciones que las esperadas. Se llevó a Colar de allí mientras le decía:

-Eso está bien. Cuéntame cómo ha ido todo.

Y los dos hombres se alejaron del puente hablando con animación.

CAPITULO III

Cereza se encontraba tarareando una romanza muy de moda, letra de Muscet y música de Monpou, mientras acababa de atar el tallo de una peonia artificial. Cereza fabricaba flores artificiales en su casa para un taller de florista. Vivía en un quinto piso, junto a la buhardilla de un edificio situado en el chaflán de la calle y el bulevar del Temple. La muchacha era alta, esbelta, de cabellos negros y labios rojos como las cerezas, que le valieron el apodo mientras aprendía su oficio. Tenía dieciséis años y vivía sola, aunque a menudo la visitaban su madre y su hermana.

Aquel día era sábado. Una soleada mañana de principios de enero, y Cereza se encontraba contenta porque esperaba acabar pronto su labor. Pensaba terminarse un vestido que luciría al día siguiente. Su novio, León Rolland, un ebanista que trabajaba en el taller del señor Gros, deseaba llevarla a comer con su madre a Belleville, a un restaurante llamado «La vendimia de Borgoña». Cereza y León iban a casarse al cabo de dos meses. Por eso la muchacha trabajaba con interés, realizando economías para su ajuar, e impedía ceder a la seducción que la rodeaba continuamente en la doble presencia de una ciudad difícil y tentadora, y una hermana pervertida.

Esta, a la que llamaban Baccarat, no dejó de acudir aquella mañana, como últimamente hacía muy a menudo, al piso de Cereza. Apareció con paso resuelto y entonando una canción de «Las Loretas», la primera obra musical de Nadaud. Tenía veintidós años y su parecido con Cereza era notable. Las diferenciaba la edad, además de que Baccarat tenía el cabello rubio, la figura más llena, más necea, con esa semigordura que no poseen las muchachas solteras y una mirada ardiente, altiva, de mujer que sabe que es fuerte y tiene su poder en la belleza.

Una belleza que traslucía parte del ardor insaciable de las pasiones. Además, todo en Baccarat era cuidado, irreprochablemente pulcro y refinado. Parecía una duquesa mientras que Cereza sólo era una obrera.

Baccarat había huido una noche, seis años antes, de la casa paterna. Abandonó el piso de un honrado grabador en cobre que con dificultad mantenía su familia, por un coche de dos caballos y un palacete que le ofreció un joven barón en la calle Moncey para poderla visitar cada noche. Durante cinco años estuvo alejada de su pobre familia. Su padre la maldijo y el dolor del abandono afectó a su delicado corazón. Baccarat lo visitó en su lecho de muerte y recibió su perdón. Pero después regresó a su dorada existencia y arrastró a su madre para que la acompañara en su palacete. Sólo Cereza se mantuvo en su honradez y continuaba ganando dos francos diarios con su incesante trabajo.

-Hola, Cerecita -saludó Baccarat, besando cariñosamente a su hermana-. Buenos días.

-Buenos días, Luisa -respondió la joven obrera, que sentía repugnancia de llamar a su hermana por el apodo que le pusieron una noche de orgía en que ganó montones de oro jugando al bacará.

-¡Vaya! Has trabajado mucho esta mañana.

-Sí. Quiero entregar pronto para acabarme el vestido. León me llevará a Belleville con su madre.

-¿Aún sigues queriendo a ese obrero? -dijo Baccarat-. Si te casas con él, serás una desdichada toda la vida.

-Cuando se reúnen dos que bien se quieren, nunca hay desgraciados. Además, León va a ascender. Ganará diez francos diarios, y con los tres o cuatro mil que -le den por las propiedades que tiene en su pueblo, instalaremos un taller de florista.

-Si quieres establecerte, ya sabes que estoy dispuesta a dártelos. Aunque sean diez mil.

-No -replicó Cereza-. Una muchacha honrada sólo acepta dinero de su padre o de su marido.

-O de su hermana, y yo lo soy.

-Si estuvieras casada, sí los aceptaría.

-¡Bah! -clamó, desdeñosa y molesta, la hermosa Baccarat.

No volvió a preocuparse de ella. La dejó que trabajase mientras se aproximaba a la ventana. En realidad no iba allí más que por verle. Por asomarse a la ventana y contemplar al joven que habitaba enfrente. A alguien que había visto un mes antes desde aquel sitio, y cuyo recuerdo le hacía latir el corazón y la tenía desasosegada. Acudía allí para verle aunque fuese un segundo y sólo había conseguido verlo tres veces. En ocasiones le entraba la tentación de escribirle, de subir a su casa y echarse a sus plantas, gritándole su amor.

-¡Qué tontería! -murmuró Baccarat, sintiendo en su pecho una llamarada de pasión-. Enamorarse así de un hombre que ni se conoce.

-¿Qué estás diciendo? -preguntó su hermana, mirándola con asombro.

Baccarat se estremeció al oírla y se giró bruscamente hacia ella.

-¿Tienes algún asunto en el barrio? -preguntó Cereza, con hipócrita inocencia-. Hace algún tiempo que estás muy amable conmigo y me visitas todos los días.

-Es una estupidez, una chifladura mía -replicó su hermana, con despecho-. Deseo ver a un hombre, y siempre que vengo encuentro su ventana cerrada. ¿Es que no está nunca en su casa? -preguntó con impaciencia a Cereza.

Esta abrió la boca con asombro. Conocía sobradamente la insensibilidad de su hermana, mas presentía lo que le sucedía.

-¿Te refieres a Fernando Rocher? -inquirió, con una sonrisa picaresca.

-No sé -replicó Baccarat, un poco turbada-. Lo ignoro, y esto es lo extravagante. Estoy loca por él. Hace un cuarto de hora que me encuentro aquí y mi corazón late fuertemente con sólo contemplar la ventana de su cuarto.

-No llega hasta las dos -comentó Cereza, sonriente-. Se llama Fernando Rocher y trabaja en una oficina. Creo que gana doscientos francos mensuales.

-¿Le conoces? -preguntó Baccarat, con una alegría impetuosa-. Es el de la ventana de ahí enfrente.

-Me lo presentó león; su patrón le vendió los muebles y él se encargó de arreglarle el cuarto. Son buenos amigos. Siempre me saluda cuando me ve en la ventana.

-Y... -preguntó Baccarat, con súbito temblor en la voz-, ¿es ...tá solo?

-Sí. Nunca he visto a nadie por su casa. Baccarat respiró y al fin exclamó, gozosa -

Le amo, le amo, y él también me amará.

-¿Qué dices, mujer?

Baccarat no le hizo caso; en aquellos instantes acababa de abrirse la ventana y un apuesto joven, de unos veinticinco años, se asomaba distraídamente al patio.

-¡Ahí está! -gritó sin mirar a su hermana-. Ven y dile que nos gustaría que viniese a saludarnos. Tienes que presentármelo.

El tono que empleó para decir aquellas palabras era tan suplicante, que Cereza se sintió conmovida. Sin reflexionar, se asomó a la ventana y llamó la atención de Fernando Rocher, quien la saludó, risueño, y se asombró al ver tras ella a otra mujer tan parecida.

-Es mi hermana -aclaró Cereza-. ¿Por qué no viene a visitarnos, si no tiene algo mejor que hacer?

-Se lo agradezco de veras, y créame que lo siento, señorita -respondió el joven-. Tengo que hacer una visita y he de vestirme inmediatamente.

Saludó de nuevo a las dos hermanas y se retiró.

-¡Va a salir! -exclamó Baccarat, mordiéndose los labios-. Pues sabré a dónde va. Seguramente existe otra mujer.

-¡Luisa, me asombras! ¡Fernando no es ni tu marido, ni tu amante!

-Lo será -replicó la hermosa rubia, cuyas cejas se fruncieron con violencia.

-¿Tu marido?

Baccarat se encogió de hombros y no respondió. Era absurdo discutir aquello con su hermana. Ella no lo entendería jamás. Cuando se amaba y se sentía lo que ella por aquel joven, no se esperaba resignadamente. Y menos Baccarat, por quien más de dos hombres se habían batido en duelo y otros muchos fueron despreciados orgullosamente.

-Me voy -dijo al cabo de un rato.

-Espera, mujer -pidió Cereza, que había terminado su tarea-. Tengo que salir para entregar mi trabajo.

Juntas bajaron la escalera y, ya en la calle, Baccarat se dirigió a su carruaje, enganchado a un caballo gris y guiado por cochero de librea.

-¿Quieres que te lleve a la florista? -preguntó a su hermana, abriendo la portezuela del carruaje.

-¡Ni lo pienses! Estaría bonito que una obrera fuese a entregar una labor de quince francos en un coche con un caballo que, juntos, valen mil escudos. Me voy a pie... ¡Adiós, Luisa!

-¡Adiós, tontuela! -respondió cariñosamente la hermana, besándola en la frente.

Cereza se alejó con paso rápido, atravesó el bulevar y desapareció al volver la esquina de la calle del Temple, mientras Baccarat se instilaba en el vehículo.

-Espera aquí un momento -ordenó al cochero.

Diez minutos más tarde vio a Fernando Rocher salir de su casa. Este cruzó ante el carruaje, sin fijarse en él, y siguió caminando por el bulevar del Temple.

-Sigue a ese joven a alguna distancia -pidió Baccarat a su cochero, antes de ocultarse prudentemente tras las cortinillas.

Fernando Rocher era un hombre alto, de cabellos negros y tez pálida, y de presencia simpática más que hermosa. Era huérfano y no tuvo más protector que ,in tío materno, ex oficial de marina, que con su modesto retiro pagó su educación. A los veinte años había ingresado en el Ministerio de Asuntos Exteriores y dos años más tarde le subían el sueldo. Allí continuaba, aunque ahora también escribía, en colaboración con sus compañeros, comedias que lograban representarse en algún teatro y les dejaba diez francos de ganancia por autor. Ello no era obstáculo para que

Librodot

él soñara en convertirse en un gran dramaturgo. Además, estaba enamorado de la señorita Herminia de Beaupreau, hija de su jefe. Pretendía casarse con ella, pese a las grandísimas dificultades que pondría el avaro señor Beaupreau, que, según decían, había dotado a su hija con ochenta mil francos.

El joven se había vestido y acicalado porque iba a comer en casa de su jefe. El señor Beaupreau ignoraba su correspondido amor por Herminia y con frecuencia lo invitaba a comer. Luego le hacía trabajar en un importante tratado de Derecho que publicaría con su nombre. Gracias a dicho libro, pensaba ser laureado con la roseta de la Legión de Honor y ascender a jefe de Administración. Fernando lo sabía y no se preocupaba. Sólo deseaba ver a su amada. Y como hacía tres días que no la había visto, se propuso ser puntual. Su jefe no lo era, y esto le permitiría charlar unos minutos con Herminia antes de que llegase su padre.

El carruaje de Baccarat lo seguía a corta distancia por la calle del Temple, y por la de Vendôme hasta)a de Saint-Louis, donde Fernando entró en una casa antigua y grande, situada frente a la plaza Real. Ordenó al cochero que se detuviese y con presteza saltó al empedrado para seguir al joven hasta la portería, situada en el fondo del patio y ocupada por una vieja charlatana.

-¿Tiene usted lengua, buena mujer? -preguntó Baccarat, depositando un luis en su mano.

-¡Me envanezco de tenerla, hermosa señora! -replicó la vieja, tras contemplar la moneda y saludarla con un movimiento de cabeza.

-Pues úsela y podrá sacarle provecho. ¿Quién es el joven que acaba de subir la escalera principal?

-Un empleado del Ministerio. Viene a visitar a su jefe de negociado, el señor Beaupreau.

-¿Está casado ese señor?

-Sí.

-¿Con una mujer joven?

-¡Oh, no! Tiene unos cuarenta o cincuenta años, pero su hija sí lo es, y muy bonita, por cierto. -¿Y ese joven está enamorado de la muchacha?

-¿De la señorita Herminia? Ya lo creo. Viene a comer tres o cuatro veces durante la semana. Y no sólo será para trabajar, digo yo.

-¿A qué hora suele marcharse cuando viene a comer? -Sobre las diez de la noche.

-Está bien -dijo Baccarat, dejando, antes de marcharse, otro luís sobre la grasienta mesa de la asombrada portera-. No hable de esto con nadie.

-¡Descuide! -exclamó la vieja, y cuando hubo desaparecido hacia su coche, añadió-: ¡Seguramente es una duquesa!

Mientras tanto, Fernando continuaba subiendo hasta el tercer piso, sin sospechar que le habían seguido. Sólo pensaba en acallar su palpitante corazón.

Entretanto, Cereza había llegado a la floristería de la calle Rambuteau y entregado su labor. Con su salario en el bolsillo y nueva labor bajo el brazo, caminaba presurosamente de regreso hacia la calle Chapon, donde el señor Gros tenía la ebanistería en que trabajaba su novio.

León Rolland, un joven de veintiséis años, de barba rubia y tez rosada, poseía una estatura hercúlea, lo cual no impedía que, como siempre, se mostrase delicado y obsequioso con la florista nada más ésta apareció ante él con la sonrisa en los labios.

-Usted sabe que mi jefe me había prometido nombrarme encargado dentro de dos meses -le dijo, cuando estuvo con ella a la puerta del taller.

-Sí -suspiró Cereza, pensando que, a veces, dos meses son dos siglos.

-Pues bien -dijo alegremente el ebanista-. El encargado, que pensaba establecerse a

fines de mes, ha recibido una herencia y se ha ido a su pueblo. Acaban de nombrarme encargado.

-¡Oh! -exclamó Cereza, estupefacta-. ¿Y ahora...?

-Como él es de mi pueblo, le he encargado que vendiese mi pedazo de tierra y sacara mis papeles.

-Entonces, ¿usted no tiene que hacer el viaje?

-El regresará dentro de ocho días... -se interrumpió, el joven, para mirar a la muchacha-. Si quisiera, podríamos casarnos dentro de quince días.

-¿Tan pronto? -murmuró Cereza, sonrojándose y bajando los ojos.

-A mí no me lo parece -repuso León, estrechando entre las suyas la mano de la joven.

-Veremos... -murmuró ella, desprendiéndose-. ¡Hasta mañana, León!

-Cereza -llamó él-. ¿Querría ir hasta casa de mi madre y enterarla de nuestros planes para mañana?

-Iré. Adiós, León.

Se estrecharon la mano otra vez y Cereza se marchó é1 con el corazón palpitante de alegría. Su felicidad se había adelantado seis semanas y esto sólo sirvió para hacerla caminar con más diligencia. Atravesó la calle de Saint-Martin e iba a entrar en el bulevar, cuando oyó que la llamaban por su nombre. Se trataba de Luis Verdier, más conocido por «Mala Suerte», un pintor de brocha gorda a quien por sus desventuras habían motejado de tal modo. «Mala Suerte» era un gran amigo de León Rolland y por eso conocía a Cereza, a quien apreciaba sinceramente. Tal vez por ello se había atrevido a detener a la muchacha. Deseaba advertirla sobre una nueva amistad, un nuevo compañero de trabajo que tenía León. Un cerrajero a quien llamaban Ganzúa y que desde el primer momento parecía tener mucho interés en ser amigo de León.

-Pero, ¿por qué? -inquirió la joven, extrañada.

-No sé. Pero si quiere creerme..., procure que no continúe esa amistad. Me parece un individuo sospechoso. «Mala Suerte» saludó de nuevo a Cereza y se fue a su trabajo, mientras ella se dirigía al bulevar, para ir a la puerta de Saint Denis y de allí a Borbon-Villenueve, donde vivía su futura suegra.

En sentido contrario, y también hacia el bulevar, descendía Gastón Isidoro de Beaupreau, jefe de negociado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Era un hombre cincuentón, bajito, grueso, de piernas cortas, calvo y con el rostro lívido. Usaba anteojos azules, lo cual no le impedía mirar descaradamente a todas las mujeres hermosas que encontraba a su paso.

El señor de Beaupreau volvía a pie desde el Ministerio. Antes de regresar a su casa, donde aquel día tenía invitado a Fernando Rocher, daba un largo rodeo para que se le abriera el apetito, y también para recrear su vista y alegrar su espíritu con la contemplación de bellas mujeres, pasión que empezaba a sufrir dolorosamente sin encontrarle un buen remedio.

Casualmente, al desembocar en el bulevar, se encontró frente a frente con la florista. Cereza ni se percató de su presencia, pero él experimentó una extraña turbación al descubrir ante sí aquel rostro joven, de ojos alegres y graciosos, y labios rojos como cerezas. Sin pensarlo ni un segundo, y viendo que la muchacha seguía tan ufana, se detuvo, cambió de rumbo y se puso a seguir a Cereza. No era la primera vez que se metía en semejante aventura. Más de cien veces había seguido a modistillas e incluso se había dirigido a ellas con la peculiar audacia de los de su especie. Esta vez, sin embargo, no se atrevía a abordar a la joven. La actitud decente y modesta de la muchacha le imponía respeto, a la par que avivaba aquel desbordado sentimiento de

deseo que le hacía devorarla con la vista.

Hasta la esquina de la calle Saint Denis no advirtió Cereza que la seguían. Entonces apretó el paso. Beaupreau la imitó y la siguió hasta verla entrar en casa de la madre de León. La joven estuvo allí más de una hora, pero al salir descubrió al señor de Beaupreau esperándola, inmóvil, en la acera. Turbada, se apresuró calle abajo para huir más rápidamente, pero el jefe de negociado, más animado, la alcanzó e intentó hablarle. Ante su insistencia. Cereza se volvió bruscamente y le dijo:

-Señor, no tengo costumbre de aceptar conversación de los hombres que se me acercan en la calle. Siga su camino.

El jefe de negociado tuvo un momentáneo paralizamiento, que ella aprovechó para caminar más de prisa y perderlo de vista. El reaccionó en seguida y continuó siguiéndola a distancia. Cereza entró en su casa y el señor Beaupreau esperó mucho tiempo, convencido de que saldría de nuevo. Viendo que no era así, se decidió a entrar y preguntó al portero, mientras le entregaba una moneda de cinco francos.

-¡Ah, caballero! Pierde el tiempo -le dijo el hombre-. La señorita Cereza es muy seria y, además, tiene novio. Se expone a que le den una paliza.

-Soy rico, ¿sabe? -exclamó el señor de Beaupreau.

-Si se tratara de su hermana Baccarat... -añadió el portero-. Esa si que es distinta. Hasta tiene coche.

-¿Sí? ¿Y dónde vive su hermana?

-En la calle Moncey. Le he llevado algunos recados de parte de la señorita Cereza.

-Muy bien, gracias -murmuró, pensativo, el jefe de negociado-. Adiós.

Se alejó, un poco caviloso. Su cabeza estaba poblándose de maquiavélicos planes de seducción y ya se veía amando a Cereza con la salvaje ferocidad de un tigre.

Llegó a su casa caminando maquinalmente. Iba abstraído en sus apasionados y febriles pensamientos, y no advirtió que se había retrasado demasiado. Herminia y Fernando habían aprovechado este retraso para pasar una tarde encantadora bajo la discreta mirada de la madre, que era dichosa con tales amores. Pero al ver llegar tan agitado al señor Beaupreau, con sus ojillos pestañeando tras las gafas azules y una emoción mal reprimida, madre e hija se asombraron y lo atendieron con inquietud.

-No es nada. Absolutamente nada -respondió el hombre.

-Pareces tan agotado...

-Estuvo a punto de atropellarme un coche -mintió-. Pero ya ha pasado. Vayamos a comer, que ya son las seis.

Fernando estaba consternado. Temía que su jefe, con el nerviosismo, no estuviera predispuesto para escuchar la petición de mano de Herminia. Su madre había acordado que debía hablar de ello a su marido. Sin embargo, el señor Beaupreau no mostró enfado y sí una sonrisa de hombre afable, sobre todo al servir vino a su empleado en el momento de decirle:

-No hay que olvidar nuestro trabajo. Instálese en mi despacho, que yo iré lo antes posible. Quiero que ese libro esté en prensa dentro de dos meses.

Una vez terminada la comida, el señor Beaupreau parecía de buen humor y su esposa hizo una seña a Herminia para que también se retirara. Entonces empezó a hablar a su marido con cierta emoción temerosa.

-Supongo que puedo hablarte de cosas serias.

-¿Eh? -exclamó el jefe de negociado, que divagaba en el ensueño amoroso de la imaginada Cereza.

-Quisiera hablarte de mi hija.

-¡Eh! ¿Qué dices? -murmuró el hombre, con un gesto de asombro.

-Herminia tiene diecinueve años -prosiguió la mujer-. Está en edad de casarse, y

debe hacerlo. Nosotros no hemos de vivir siempre...

-¡Casarse! ¿Para qué? -exclamó, casi divertido-. Primero habrá que encontrarle un marido.

-Ya lo ha encontrado.

-¿Un hombre rico? -preguntó él, con viveza.

-Es distinguido, bien educado y con muy buenos sentimientos -indicó la esposa-. Hará feliz a Herminia.

-Pero no es rico, ¿verdad?

-Tiene una carrera honrosa.

-Eso no basta -dijo Beaupreau, y se encogió de hombros-. ¿Cómo se llama? ¿Le conozco?

-Si, y has podido apreciar lo mucho que vale. Es Fernando Rocher.

-¡Cómo! -exclamó, saltando en su asiento-. ¡Sólo faltaba eso! Un empleadillo de tres al cuarto. ¡Jamás consentiré en semejante tontería! -,% puso en pie, indignado, y comenzó a recorrer la estancia con agitación-. Si pretendías arrancarme por sorpresa el consentimiento, te has equivocado. ¡Eso no puede ser y no será!

Su esposa, de soltera Teresa de Alterive, permaneció junto a la chimenea en actitud resignada. Intentaba no derramar las lágrimas que su congoja y su desilusión le agolpaban en los ojos.

-¿Supongo que no llorarás por negarme a entregar tu hija a un hombre sin porvenir? -‹lijo Beaupreau, deteniéndose ante ella-. Deberías agradecérmelo. Dame las gracias por el interés que demuestro al velar por la dicha de esa criatura. Después de todo, no es mi hija, sino... el resultado de tu mala conducta.

Estas palabras sacudieron a la mujer y la pusieron rígida. Inmediatamente abandonó su papel de víctima y se le enfrentó con altivez:

-¡Me estás insultando! ¡Eres el más cobarde de los 1 hombres!

El la miró con sorpresa. Comprendió que había ido demasiado lejos y rectificó en tono más suave:

-No te insulto. Compréndelo, me irritas.

-Durante veinte años he tratado de no exasperarme ante los reproches que dirigías a mi hija. Todo lo he soportado -recriminó Teresa-, y no hubo engaño ni mentira que justificase tu actitud hacia ella ni hacia mí. Jamás fui culpable de lo que me sucedió aquella noche al regresar de los Pirineos con mi tía. Sólo fui víctima de un atentado odioso, de una brutalidad que te confesé cuando solicitaste mi mano. Incluso te enseñé a la niña, fruto inocente de aquel crimen. Al verla, dijiste: «Yo seré su padre.»

-¿Y acaso no he cumplido mi palabra? -replicó ? Beaupreau, cuya apaciguada cólera reaparecía-. ¿Acaso no cree tu hija que soy su padre?

-Lo cree, pero muchas veces se ha preguntado por qué su padre, a quien quiere y venera, le manifiesta continuamente una especie de aversión...

-¡Mientes! -cortó él-. Es natural que prefiera a mi hijo, al que es mío, pero... No te finjas víctima ni me conviertas en déspota y en verdugo. Me diste una dote, lo reconozco, pero te entregué mi posición, la consideración de que gozo. He cubierto tu deshonra con mi nombre... ¡Estamos en paz!

-¿En paz? Te equivocas, porque hay algo que una madre prefiere a su tranquilidad y a su reputación de mujer honrada : ¡la felicidad de su hija! Además, ayer aún considerabas a Rocher como un joven honrado y trabajador. ¿Qué te impide autorizar su matrimonio? La hará dichosa.

-¡No tiene dinero!

-Tampoco lo tenías tú cuando nos casamos -señaló Teresa con frialdad.

-Pero tú tenías una hija -replicó él, loco de rabia-. Si quieres que se casen, haz algo

en favor de *ni hijo, de Manuel. Yo reconocí toda tu dote, es decir, 'os doscientos mil francos. Tienes derecho a mejorar a uno de tus hijos...

-¡Jamás perjudicaré a un hijo en favor de otro! -atajó la mujer con energía.

-¡Pues no hablemos más! Herminia es hija mía, así lo reconocí, y hasta la mayoría de edad, una hija no puede casarse sin el consentimiento de su padre.

Teresa se quedó paralizada. En principio no supo cómo reaccionar, pero al comprender que había dicho su última palabra sobre el asunto, se armó de valor y le dijo:

-De acuerdo. Esperaremos..., aunque no tardaré mucho en confesárselo todo. Prefiero avergonzarme ante ella, a...

La señora de Beaupreau enmudeció, sorprendida. Su marido, al percibirlo, volvió la cabeza, buscando la causa, y se quedó desconcertado. En el transcurso de la discusión, la puerta se había abierto y en el umbral se encontraba Herminia, pálida y grave, arrogante y dolida al mismo tiempo.

-Madre mía -murmuró-. Nunca tendrás que ruborizarte ante tu hija.

En su voz había una firmeza que no agradó al señor de Beaupreau y que emocionó tiernamente a Teresa. La muchacha parecía a punto de llorar, pero se mantuvo erguida, mientras caminaba hacia su- madre y decía entre balbuceos que no rompían la firmeza de sus palabras.

-Perdóname... Lo he oído todo y sé que eres la mejor de las madres. Eres buena y noble... Estoy orgullosa de ti.

Fue a postrarse ante Teresa, a la que cogió las manos para besarlas. Su madre la incorporó con rapidez, llorando, y la abrazó fuertemente. Luego, Herminia se volvió hacia Beaupreau y le dijo con resolución:

-Caballero, mi madre no quería desposeerme, pero yo tengo derecho a renunciar a parte de mi herencia. Acepto sus condiciones.

El señor de Beaupreau estaba como aturdido. Miraba asombrado a su esposa y a Herminia, sin saber cómo reaccionar. La muchacha corrió a la puerta y llamó a Fernando, que acudió rápidamente.

-¿Me aceptas por mujer, aunque no tenga dote? -preguntó la joven, cogiéndola; de la mano ante el jefe de negociado.

-Me sentiré orgulloso de trabajar y hacerte feliz -exclamó Rocher, entusiasmada-. ¡No pido más que tu mamo!

-Pues siéntate y escribe el recibo de mi dote. Sólo así, el señor de Beaupreau consiente en otorgarte mi mano.

Y Herminia dirigió una mirada de supremo desdén al que había creído, hasta entonces, su padre. El jefe de negociado cada vez estaba más estupefacto y semejante acto de abnegación llegó a parecerle de lo más divertido y provechoso de su vida.

CAPITULO IV

Colar descendió precipitadamente del carruaje que le había conducido desde la barrera de Belleville al 75 de la calle Saint-Lazare, en un tiempo record. Ante él se encontraba un palacio completamente deshabitado que pertenecía a un inglés muy rico y bastante original. Detrás del edificio se extendía un amplio jardín y al fondo existía un pabellón de un piso. Este había sido alquilado, un mes antes, por el capitán

Williams, a su llegada de Londres.

Sir Williams, que usaba el título de barón cuando vivía en una preciosa casita de Belgrave Square, había llegado a París con sus cabellos rubios cenicientos y usando patillas a la inglesa en su rostro imberbe. Pero cuando en aquel momento lo encontró Colar, ya tenía el pelo negro, afeitadas las patillas y un hermoso bigote que lo desfiguraba totalmente.

-Salud, mi capitán -dijo Colar, situándose ante él con la convicción de conocer la importancia de la noticia que deseaba transmitir.

El aludido se fijó en que su interlocutor no vestía su acostumbrado levitón abotonado sobre un pantalón a lo húsar, sino una blusa azul, un pantalón de lana parda y una corbata anudada como una cuerda. Pensó que algo grave ocurría cuando llegaba hasta él de semejante manera y con el rostro alterado.

-¿Qué sucede, Colar?

-Estamos a punto de comprometerlo todo.

-¿Todo? -repitió, extrañado-. ¿Qué entiendes por «todo»?

-La herencia -respondió lacónicamente Colar.

-No te entiendo. -comentó con extrañeza sir Williams-. Explícame, ¿qué ocurre?

-Armando nos sigue los pasos.

-¡Mil rayos le partan! -juró el capitán, dando un puñetazo en la mesa-. ¡Se ha propuesto que lo mate!

Sus ojos brillaron terriblemente y Colar, presintiendo la tormenta que lo agitaba, le dijo en tono apaciguador:

-Paciencia, capitán. No nos atropellemos.

-Es cierto -reconoció el hombre-. Cuéntame lo que ha sucedido.

-Recordará que hace unos días entré a trabajar de ebanista en el taller donde ayer nombraron encargado a León Rolland, que es amigo de Fernando Rocher, el prometido de Herminia.

-Esta mañana hablé con Baccarat y nos desembara- zará de ese Rocher.

-Sí, pero no hemos podido apoderarnos de Cereza, ni logrado que aborreciese. a su novio.

-De modo que no has podido quitarle la novia a tu rival.

-Ya le he dicho que intervino Armando. Nicolo, Mourax y el cerrajero fueron al restaurante donde estaban comiendo con su madre, mientras yo esperaba en la puerta de Belleville. Cuando intentaron provocar a León, intervino otro cliente y los amenazó con una pistola. Al salir, reconocí en él a Armando, pese a su disfraz. Parecía muy interesado por una joven amiga de Cereza. Comprenderá que haciéndose amigo de ellos, que conocen a Rocher, tina sola palabra puede ponerle sobre la pista de la herencia. Rocher ha renunciado a la dote de su novia para poder casarse. Si Armando sospecha que la supuesta hija del señor de Beaupreau...

-¿Estás seguro de que Armando y Rocher aún no se conocen?

-No, pero es lo más probable.

-Pues, entonces, ánimo. Baccarat está chiflada por ese Rocher y nos lo quitará de en medio. Y el señor de Beaupreau la fue a visitar para que intercediese ante Cereza en favor suyo.

-¿También piensa suprimir a Cereza?

-No, pero rogaré al señor de Beaupreau que la vigile.

Supongo que no estarás muy enamorado de esa muchacha.

-¡Psche! -dijo Colar-. Sí y no. Me gusta y sería una amante encantadora.

-Bueno. Ya me cuidaré de todo eso -añadió sir Williams tranquilamente-. ¿Te acordaste de buscar la casa que te encargué?

-Tengo una casi comprometida en -lo calle Beaujon, a dos pasos de los Campos Elíseos. Un palacio encantador con planta baja, primer piso y cuadra para cinco caballos.

-La visitaré mañana. No quiero que mi futuro suegro, Al que conoceré esta noche en el baile del Ministerio, me vea en esta choza.

-¿Verá esta noche al señor de Beaupreau?

-A él y supongo que también a su señora y a su hija.

-Le admiro, capitán. Tiene usted un talento...

Sir Williams no se dignó comentar el elogio; por el contrario, despidió a Colar mientras le decía:

-Me voy a casa de Baccarat. Ha sido un hallazgo que '; me enterases de su existencia. Se convertirá en aliada nuestra. Vuelve por aquí esta noche y espérame, aunque 2 regrese muy tarde.

Sir Williams llamó a su ayuda de cámara, que desempeñaba, a la vez, las funciones de lacayo y cuidaba su &caballo inglés, único lujo que se permitía viviendo en el pabellón.

-Engancha a «Toby» en el tílburi -ordenó.

Un cuarto de hora más tarde, sir Williams llegaba a la calle Moncey y hacía pasar su tarjeta a Baccarat.

El palacio que ésta habitaba, obsequio de su barón ! amante, era un vasto edificio de dos pisos perdido entre altos tilos seculares y rodeado por un extenso jardín. Tras la escalinata, y después de atravesar una puerta de vidriera, se penetraba en un recinto que parecía reunir todos los refinamientos y delicadezas de lujo moderno. En la planta baja se encontraban el comedor, cuartos de servicio, despensa, cocina, sala de baños, el invernadero y un saloncito de verano con una gran cristalera que comunicaba con el jardín. Todos los muebles eran de madera de limonero, las alfombras de Smirna y las paredes se adornaban con frescos y magníficos cuadros . de las firmas más célebres. En el primer piso se hallaba el salón de invierno, el dormitorio, el tocador, el gabinete de Baccarat y un fumadero reservado para el barón, donde éste, algunas noches, recibía a sus amigos. El segundo piso lo ocupaban la madre de Baccarat y la servidumbre. Además, al fondo del jardín existía otro edificio destinado a cuadra y cochera, donde había tres hermosos caballos para montar y enganchar al cupé y a un cochecillo americano.

-Señora, ahí está de nuevo el inglés -anunció la doncella, entrando en el cuarto de estar de Baccarat. Y añadió-: ¿Quiere recibirlo otra vez?

-Fanny, eres tonta. Que pase a la sala. Ahora me reuniré con él.

Sir Williams tuvo que esperar más de diez minutos. La hermana de Cereza volvió a arreglarse con la minuciosidad de un general dispuesto al ataque. Deseaba causarle una poderosa impresión, no dejarle ver que era débil. Y cuando apareció vestía un magnífico traje de casa, de terciopelo azul celeste, generosamente escotado, y su hermosa cabellera rubia estaba adornada con sencillas y delicadas flores.

-Buenas tardes, amigo -saludó con una sonrisa de duquesa, mientras le indicaba un sitio a su lado en un diván.

El hombre se sentó y la miró fijamente, sin vacilaciones, como dispuesto a hablar de negocios y sin preocuparse por la belleza y los encantos -de la mujer a quien se dirigía.

-Hermosa amiga, dejémonos de sutilezas y hablemos.

Baccarat examinó a su visitante y observó que sus ojos volvían a brillar con un diabólico y sombrío fulgor, mientras sus labios dibujaban una burlona sonrisa de maldad. Era la misma expresión exhibida horas antes, cuando estuvo allí para

conocerla.

-Sepamos de qué se trata. ¿Ha habido alguna novedad desde nuestro primer encuentro? -inquirió ella, con suficiencia de mujer insensible.

-Cuando vine la encontré pálida, agitada, amando a un hombre con la desesperación de quien ve escapar al, elegido. Ahora, sin embargo, está más serena, con la tranquilidad de quien sabe que será amada, tarde o tem- prano, por el ser querido.

-Eso no son más que palabras -replicó la bella, con una sonrisa y una tranquilidad que apoyaban más su indolente postura adoptada sobre el diván.

-Dígame, ¿ha quedado de acuerdo con el señor de Beaupreau para ayudarle a conquistar a su hermana Cereza?

-¡Caballero! -exclamó Baccarat, irguiendo un poco sus descubiertos hombros en un incontenido gesto de dignidad ofendida.

-Es necesario hacer creer a ese hombre que le ayudará en sus propósitos -continuó sir Williams, sin hacer el menor caso a su reproche-. De otro modo será imposible que Fernando se reúna aquí con usted.

-Supongo que sabrá lo que me pide. Cereza no sólo es una muchacha honrada, sino que es mi hermana -replicó la cortesana, con un ligero estremecimiento de amargura-. ¡Qué infamia! Vender a mi hermana...

-Amiga mía -dijo sir Williams con frialdad-. La única persona capaz de impedir el matrimonio de Fernando con Herminia es el señor de Beaupreau. ¿Cuándo ha quedado en volver por una respuesta?

-Mañana -respondió Baccarat, intranquila-. Pero, vender a mi hermana...

-Si sigue mis consejos, dentro de cuarenta y ocho horas tendrá a Fernando a sus pies y con una mano entre las suyas. Le traigo el mejor pretexto para que lo aborrezca la señorita de Beaupreau.

-¿De veras? -replicó Baccarat, con un relámpago de alegría en sus ojos.

-Escriba la carta que voy a dictarle.

-¿Una carta? -repitió ella, extrañada.

-Sí; siéntese a la mesa y escriba.

-Pero, ¿qué quiere obligarme a escribir? -preguntó Baccarat, cuando se hubo levantado y se disponía a obedecerle.

-Escriba y luego le diré.

Baccarat inclinó la frente ante aquella voluntad tranquila y calculadora y empezó a escribir

«Queridísimo Fernando mío

»Ya hace cuatro largos días, que me parecen siglos, que tu Niní te espera. Cuatro siglos, ángel mío, pues sabes que tu Baccarat sólo vive para mi, lo mismo que tú vivías para ella cuando no pretendías ser hombre formal. ¡Así sois los hombres! Pretendéis que os quieran toda la vida y e1 día menos pensado, cuando encontráis una muchachita honrada, como la llamáis, una muñeca cursi, a veces huesuda, de mirada lánguida y sonrisa bobalicona, pero con doscientos mil francos de dote, sólo pensáis en casaros...

»Supongo, querido mío, que cuando hayas dado ese gravísimo paso encontrarás algún medio de presentarnos, pues mi barón quiere casarse y para entonces ya seré una señora honrada y respetable. Te prometo asistir a tu boda, pues será muy curioso ver a mi apasionado amante vestido de levita, con corbata blanca y del brazo de la señora de Rocher, convertida en un naranjo en flor a fuerza de flores de azahar.

»¡Ah, monstruo! Pero todavía no te has casado. No, no te has casado y me

descuidas demasiado. Además, juraste que tu mujer legítima, a quien no quieres, no sería obstáculo para continuar viéndonos, como cada noche. Porque tu verdadera mujercita es tu Baccarat de tu corazón, que te quiere mucho, mucho, mucho.

»Ya sabes que soy muy celosa. Si no vienes esta misma noche para postrarte a mis plantas, soy capaz de ir a armar un escándalo a tu futura.

»Mil besitos cariñosos de tu

»Baccarat.»

-¿Podría explicarme qué piensa hacer con esto?

-Imagínese, amiga mía, que esta carta cae en manos de Herminia.

-¡Ah! -exclamó la mujer, con los ojos relampagueantes de alegría-. ¿Y quién va a llevársela, estando dirigida a Fernando Rocher...?

-Mañana viene el señor de Beaupreau a recibir su respuesta -dijo sir Williams-. Y se me ha ocurrido que, a cambio de una promesa de ayudarle en lo de su hermana, se llevará la carta y aprovechará una ocasión en que Fernando coma con ellos para dejarla caer cuando se marche y alguien la encuentre por casualidad.

-Es un juego muy divertido. Pero dar a Cereza a ese calvo de las gafas azules...

-El está enamorado de Cereza y conseguirá que Fernando se convierta en un hombre despreciable para Herminia y para su madre.

-No es mala idea, sin embargo... -Se interrumpió, sacudida por el remordimiento-. ¿Cree que consentirá el señor Beaupreau?

-Claro -exclamó sir Williams, poniéndose en pie-. Entréguele esta carta cuando venga mañana y exíjale que su hija le dé una carta de ruptura con Fernando. Cuando le entregue esta carta, usted le dirá dónde encontrará a Cereza.

-Está seguro del éxito.

-Amiga mía, es como mover piezas en un gran tablero de ajedrez.

-¿Se va usted? -preguntó, al verle dispuesto a abandonarla.

-Sí. Necesito vestirme para ir al baile del Ministerio de Asuntos Exteriores. Espero ver allí a nuestro jefe de negociado. Mañana volveré por aquí. Hasta la vista.

Sir Williams besó galantemente la mano de Baccarat y se marchó. Dos horas más tarde se encontraba entre los numerosos invitados que asistían al baile del Ministerio. Se hizo presentar por el embajador de Inglaterra como baronet oriundo de Irlanda y con residencia habitual en Venecia. Semejaba un elegantísimo hijo de Albión, dedicado a recorrer el mundo para matar el aburrimiento. Durante una hora circularon los más variados rumores acerca de su fortuna y de sus excentricidades, y muchas madres lo acogieron risueñas. Pero sir Williams bailó poco; sólo buscaba al señor de Beaupreau. Quería no ser un desconocido para el viejo jefe de negociado y, sobre todo, para su mujer y para su hija. Logró la presentación por medio de un agregado de embajada y al final bailó una contradanza con Herminia. La muchacha apenas se fijó en él, pero sir Williams la encontró bonita y, con una dote de doce millones, una futura esposa muy recomendable.

Tres días más tarde, el capitán Williams celebraba otra entrevista con Baccarat en el saloncito privado de la mujer. Esta se encontraba pálida, deshecha y con los ojos humedecidos por el llanto. El precio por comprar la soltería de Rocher y su amor la inquietaba continuamente.

-Amiga mía -le decía sir Williams, indiferente, tranquilo y ligeramente burlón-. En este mundo no se consigue nada de balde. El señor de Beaupreau le devuelve a su

querido Fernando y es justo que reciba un premio a su esfuerzo.

-Pero, se trata de mi hermana -murmuró Baccarat, intentando resistir a la tentación.

-No haga caso. Después de todo, ambos trabajamos por su felicidad.

-Si sólo es una muchacha honrada y modesta que aspira a casarse...

-Dentro de seis meses se habrá convertido en la reina de la moda. Tendrá caballos, carruajes y, en >vez de matarse a coser y soportar como marido a un horrible obrero de manos ennegrecidas, dispondrá de ese grotesco Deaupreau y, luego, de un lindo vizconde con lacayo, tilburi y cien mil libras de renta.

-¡Diablos! Me hace rebajarme demasiado -exclamó Baccarat.

El baronet no hizo mucho caso a su protesta. Consultó su reloj y añadió, insinuante:

-A estas horas, Beaupreau ya habrá representado su papel y pronto lo tendremos aquí con la respuesta de Herminia. Vamos, decídase y escriba a su hermana.

Baccarat inclinó la cabeza, vencida, y se acercó a la mesa, murmurando

-Veamos cómo voy a engañarla.

Sir Williams sonrió y empezó a dictarle las siguientes líneas:

«Querida hermana: Si no vienes a buscarme, tu Luisa está perdida sin remedio. No tengo tiempo de ir a tu casa y explicarte mi espantosa situación. Sólo te diré que es posible que peligre mi vida. Acude en seguida al número 19 de la calle Serpent y pregunta por la señora Coquelet. Dile : "Vengo a ver a mi hermana." Allí sabrás lo que debes hacer para salvarme.

»Te quiere,

»Luisa.»

Baccarat dejó caer la pluma de su mano mientras exclamaba:

-¡Pobre hermana mía!

Apenas había dicho esto, cuando sonó la campanilla de la puerta, anunciando una visita. Rápidamente se puso en pie, agitada, y sir Williams se apresuró a decirle

-Debe ser Beaupreau. Si es así, averigüe qué ha sucedido y no le responda a nada hasta contármelo. La espero aquí.

Baccarat se acercó al espejo y arregló un poco su tocado, antes de salir con paso firme. En el salón se encontraba, efectivamente, Beaupreau, sofocado y triunfante. En su mano agitaba una carta y por todo saludo dijo, tendiéndola:

-Aquí la tiene, señora. Léala, y supongo que entonces no pondrá inconveniente a mi pretensión.

Baccarat se apoderó de ella y empezó a leer, con el corazón palpitante, mientras el hombre, recuperada su audacia, se sentaba tranquilamente en un diván y pasaba una sudada mano por su frac azul. Decía:

«Caballero: Un acontecimiento que no deseo mencionar me obliga a renunciar a nuestros planes. He decidido entrar en un convento antes de ocho días. Confío en que no insista en sus pretensiones. Sus visitas serán inútiles.

»Herminia de Beaupreau.»

-¿Qué me dice, mi hermosa amiga? -preguntó, alborozado, el viejo-. ¿liará algo por

obsequiarme? -¿Cómo la consiguió?

-Invité a comer al novio de mi hija. Antes le dije que debía representarme en una recepción. Que, sin dar explicaciones, se fuera precipitadamente, después de comer en mi casa. Y entonces... apareció su carta.

-Espere un momento -dijo Baccarat, dejándole un poco estupefacto.

Regresó al saloncito donde se encontraba sir Williams y entregó a éste la carta de Herminia.

-Esto es más de lo que esperaba -murmuró el baronet, sonriendo diabólicamente-. Amiga mía, diga a Beaupreau que vaya sobre las diez al diecinueve de la calle Serpent y pregunte por la señora Coquelet. Ella le llevará hasta Cereza.

-¿Nada más?

-Sí. Recomiéndele que no dé explicación alguna a Fernando, aunque éste se la pida. Luego hablaremos nosotros de lo que se hará con esta carta para que usted, mi querida amiga, tenga aquí a su Fernando.

Mientras Baccarat iba a dar la respuesta a Beaupreau, sir Williams se entrevistó con Fanny, a la que dio una buena propina y le hizo coger el carruaje de su ama para que llevase la carta a Cereza.

-Y sobre todo, por si te pregunta algo, no sabes nada. ¿Entiendes? Sólo que tu señora está desesperada.

Fanny cumplió diligentemente su encargo y la asombrada Cereza, después de leer aquella extraña carta a hora tan insólita, le dijo que iba inmediatamente y se dispuso a arreglarse. Media hora más tarde, se detenía en la calle Serpent, ante aquella casa ruinosa, de dos pisos y ventanas cerradas, que Colar visitó con el capitán Williams a su llegada de Londres.

El corazón de Cereza se encogió al ver el lúgubre aspecto del edificio. Con angustia levantó el aldabón y empujó la puerta, de goznes chirriantes. Apareció el sombrío y estrecho pasadizo, donde se respiraba humedad. Avanzó a tientas y preguntó con voz conmovida:

-¿No hay portera?

En lo alto de la escalera brilló una luz. Iluminaba el avejentado rostro de una mujer que preguntó con voz cascada:

-¿Quién anda ahí?

-¿Está la señora Coquelet? -preguntó Cereza, sobrecogida.

-Yo soy. ¿Quién pregunta por mí?

Cereza se agarró a la grasienta cuerda que servía de pasamanos y subió los escurridizos peldaños de la escalera. Indecisa, se detuvo ante la mujer y dijo:

-Vengo a por mi hermana.

La señora Coquelet, tras estudiar a la muchacha con una sonrisa burlona en los labios, le habló suavizando la voz y mostrándose más amable.

-Entre usted, joven. Venga por aquí, hija mía.

Abrió una puerta del primer piso y condujo a Cereza, a través de otro pasillo oscuro, hasta una habitación. Había en ella un sofá viejo con desgarrones mal disimulados; sobre la chimenea, un reloj entre dos jarrones de flores; un velador de caoba chapeado y un sillón de terciopelo verduzco. Al examinar aquella horrible mezcolanza de pobreza y lujo vergonzoso, Cereza dirigió una mirada a la señora Coquelet y se preguntó cómo su hermana podía tener relación con semejante persona.

-Entre, hija mía. Pase -invitó la vieja, con tono cariñoso, y añadió-: ¿De modo que viene por Baccarat?

-Es mi hermana -dijo Cereza, ruborizándose.

-Está bien, está bien, muchacha. Siéntese.

-Señora, mi hermana me ha escrito...

-Sí, sí. Ya lo sé. Pero siéntese. La persona que le hablará de su hermana no tardará mucho en llegar.

La Coquelet dejó la luz sobre la chimenea y, antes de que Cereza le dirigiera nuevas preguntas, se retiró y cerró la puerta. Diez minutos más tarde, la joven aún se encontraba sola en medio de un profundo silencio que le causaba angustia. Se estremecía al examinar los sucios y destrozados cortinajes del cuarto, pero no podía apartar de su mente una pregunta : ¿Qué desgracia amenazaría` a su hermana?

Súbitamente se oyó un ruido a sus espaldas que le hizo girarse, sobresaltada, y lanzar un grito de espanto ante la sorpresa y el temor que le produjo la inesperada presencia de un hombre. Ante ella, junto a una puerta disimulada en la pared, se encontraba el señor de Beaupreau, con sus gafas azules y un levitón negro abrochado ' sobre un chaleco blanco.

-Buenas noches, hermosa -saludó a Cereza, con un gesto de la mano y destocándose galantemente.

Cereza, puesta en pie instintivamente, retrocedió un paso y le preguntó, alarmada

-Caballero..., ¿acaso es la persona... a quien... espero?

-Sí, yo soy, hermosa -dijo el viejo, con una cordial sonrisa mientras cogía una mano de la joven-. Siéntese.

-Mi hermana... -replicó Cereza, retirando la mano y permaneciendo en pie.

-Su hermana es una joven casi tan encantadora como usted -la interrumpió.

-Me ha escrito...

-Sí, ya sé. Baccarat confía en usted. Pero venga a sentarse a mi lado. Hablaremos con más tranquilidad. ¿O le causo miedo?

-No -balbució Cereza, obedeciendo con recelo a la invitación-. Si usted puede salvarla...

-Indudablemente, hermosa. Pero hablemos de usted. ¿Acaso no me conoce? ¿No se acuerda de mí?

Tomó una mano de Cereza e intentó besarla, mientras la miraba a los ojos levantando las cejas. Su calva y su amarillento rostro despertaron un recuerdo en la mente de la muchacha. Esta se puso en pie y trató de huir precipitadamente, pero se acordó de Baccarat. Seguramente, reflexionó, la causa de seguirla hasta su casa se debía al deseo de hablarle de su hermana. Esperó.

-Hermosa niña -dijo Beaupreau con afectación-. Seguramente le parezco algo maduro, pero créame..., soy hombre generoso y sabré portarme honrosamente.

Cereza intentó, sin conseguirlo, comprender el significado de aquellas palabras, y permaneció quieta, mirándole tímidamente.

-Tengo muy buena posición -prosiguió él fatuamente, mientras se acercaba a la muchacha-. Puedo favorecerle mucho. Proporcionarle un piso en la calle Bianche, o en la de Saint-Lazare; una doncella y una renta .de cien luises para su tocador.

-¡Caballero! exclamó indignada Cereza al comprender.

El señor de Beaupreau saltó sobre la muchacha, que huía hacia la puerta. La cogió por la cintura y quiso besarla. Cereza logró desprenderse y empezó a gritar, aterrada y ahogada, solicitando auxilio.

-Escucha, querida niña. No seas arisca -dijo él, riendo-. Cumpliré lo ofrecido. Además, aquí nadie podrá oír tus gritos.

Quiso abrazarla nuevamente y Cereza lo rechazó con desesperación. Corrió a la chimenea y se apoderó de uno de los jarrones, que blandió amenazadoramente. Sin embargo, Beaupreau, enardecido, se precipitó sobre ella. La tomó con violencia de los hombros y el jarrón se escapó de sus manos y se hizo añicos. La muchacha pedía

Librodot

socorro, pero el hombre la dominaba e intentaba besarla ansiosamente en el cuello o la cara. De súbito se abrió la puerta y una voz gritó desde el umbral:

-¡Estere quieto o disparo!

La joven lanzó un grito de alegría al ver a su liberador y Beaupreau, con estupor, murmuró:

-Sir Williams.

El aludido estaba ante él con la cabeza descubierta y una pistola en la mano. Noches antes habían sido presentados en el baile del Ministerio, y recordó que conocía su elevada posición y su cargo administrativo. Y le aterró saber que ahora le cogía violentando a una muchacha indefensa.

-No tema nada, señorita -indicó el baronet-. El cielo le envía un protector y ese miserable no se atreverá a tocarla.

Beaupreau retrocedió, pálido y temblando, mientras sir Williams llamaba a Colar. Su lugarteniente, el flamante Ganzúa, amigo de León, apareció en la puerta

principal. Cereza, al reconocerle, corrió a él, dando un grito de alegría.

-¡Por todos los infiernos! -exclamó Colar, asombrado-. Si es la señorita Cereza. ¡Al parecer no nos habían engañado!

-Acompaña a esta señorita -indicó el baronet-. Tengo que hablar seriamente con este caballero. Y cuida de que no le suceda nada a la joven.

-Descuide, señor -replicó Colar, llevándose a la muchacha mientras lo dejaba a solas con el señor de Beaupreau.

Cereza, aún temblorosa, pero confiada en el amigo de su novio, murmuró al verse fuera de aquella casa y del brutal asedio del excitado vejete:

-Gracias. Se lo agradezco infinitamente.

Sin embargo, Colar no estaba allí para salvarla, realmente, sino para obedecer las órdenes de su amo. Y, continuando en su papel de amigo y compañero de León Rolland, la hizo subir a un carruaje y la condujo, engañosamente, a través de París.

-Su hermana Baccarat es una mujer miserable -le dijo a la joven, con cierta indignación fingida, en un momento del viaje.

-¡Mi hermana! ¿Qué está diciendo?

-Que le ha tendido una trampa, un engaño abominable. El peligro de que le hablaba en su carta no existía.

-¡Dios mío! -exclamó Cereza, sollozante-. ¿Cómo es posible?

Y, sin querer admitir las palabras de Colar, fue recordando que su hermana, frecuentemente, había intentado apartarla de Rolland y de su vida honrada, haciéndole entrever las esplendideces doradas del vicio.

-Hágame caso y no tema nada -dijo él, tomándole una mano, que estrechó cariñosamente al verla tan afligida-. Cuando lo sepa todo, cuando yo pueda hablar, verá como soy un verdadero amigo suyo.

Cereza no prestó demasiada atención a sus palabras. Estaba sumida en hondas reflexiones mientras el carruaje continuaba rodando rápidamente hacia los Campos Elíseos. Después siguió la avenida de Neuilly y atravesó nuevamente el Sena por Courbevoie. Una hora más tarde, cuando Cereza ya creía que se prolongaba demasiado su regreso a su domicilio, el vehículo se detuvo en un valle solitario, en el camino a Saint-Germain- en Laye. Unos indecisos resplandores indicaban la proximidad del día. Y una luz, brillando en la lejanía, la presencia de una vivienda. Colar, que había vendado los ojos a Cereza, tomó a ésta de la mano y la hizo caminar junto a él hacia la luz. A medida que se acercaban a ésta, un ruido de zuecos se aproximaba a ellos.

-Aquí está el pájaro -dijo Colar.

-Bien -respondió una voz chillona-. La jaula es buena y cuidaremos de que no se escape.

Colar soltó a la muchacha, a la que dijo:

-Adiós, señorita. Ya puede quitarse la venda de los ojos. ¡Cuide de ella, tía Fipart!

Cereza se despojó del paño y con la primera luminosidad del día descubrió la existencia de un extenso jardín rodeado de tapias y una hilera de álamos que impedían ver qué había tras ellos. Luego, a su lado, vio a una especie de vejestorio sin barba y casi calvo, cuyo rostro estaba surcado de profundas arrugas y horribles contusiones. Era un ser extraño que vestía prendas de hombre y de mujer en completo desorden. Calzaba zuecos rellenos de papel y paja podrida. Tendría unos sesenta años, estatura normal y una repugnante robustez. Su rostro, con una mueca burlona de maldad, parecía embrutecido por los excesos del alcohol. Sus ojos, pequeños, hundidos y grises, estaban rodeados por una aureola rojiza, sanguinolenta, que completaba la imagen de una repulsiva ferocidad. Cereza, a la vista de semejante figura, retrocedió instintivamente con repugnancia.

-¡Eh, hermosa muñeca! -gritó la vieja-. No escapes. La tía Fipart también tuvo sus veinte años y sus méritos. -Soltó una carcajada parecida al gruñido de una hiena y agregó-: Vamos, vamos, hermosa niña. La tía Fipart es buena y cuidará de ti como de una perla fina.

Cereza temblaba y sentía que le flaqueaban las piernas. Cuando la tía Fipart la cogió de la mano, se volvió a Colar, que ya desaparecía por el extremo del jardín, y lo llamó con gritos aterrados, sin que éste le hiciera caso.

-Acompáñame, hermosa -dijo la vieja, tirando de ella-. Tienes la ropa mojada y no es cosa de ponerse enferma.

La joven protestó. Pidió a gritos que la dejaran regresar a París, pero no le quedó más remedio que doblegarse a los cuidados de la tía Fipart.

CAPITULO V

A la mañana siguiente, el señor de Beaupreau llegó a su oficina muy satisfecho y repuesto de sus emociones . de la noche. Al final, tras el altercado con Cereza y el hundimiento sufrido por la presencia de sir Williams, consiguió lo que imaginaba su sueño dorado. El baronet le había dicho:

-La noche de mi boda con Herminia encontrará a su puerta una silla de postas con su adorada Cereza y un sacó lleno de monedas de oro.

La historia de la extraña herencia de doce millones le había sujetado, como a un solemnísimo bribón, a la voluntad de sir Williams. Pensar en Cereza y en los millones misteriosos le hacía estremecer de entusiasmo.

Cuando llegó a su oficina estaba sonriente, amable, obsequioso. Fernando Rocher lo percibió inmediatamente, cuando intentó darle cuenta de su asistencia a la recepción en que le representó.

Beaupreau, con una actitud algo misteriosa y sus grises ojillos brillando a través de sus gafas azules, lo cogió de nuevo como confidente de sus cuitas amorosas. Volvió a hablarle de su amante, inexistente, y de la necesidad de ausentarse del despacho por culpa de ella.

-Durante mi ausencia -le decía-, se instalará aquí y revisará mi trabajo. Si alguien

viniera a cobrar un bono, páguele. Le dejo las llaves de la caja.

Fernando, deseoso de agradar a su futuro suegro, se dispuso a cerrar su escritorio e instalarse en la mesa del jefe de negociado. Este lo autorizó ante los demás compañeros, porque iba a ausentarse unos minutos, y luego le hizo la última recomendación

-Tenga cuidado, porque con esto le doy una prueba de confianza. En la caja hay treinta y dos mil francos.

Una vez fuera del Ministerio, Beaupreau tomó un coche y se dirigió a la calle Saint-Lazare. Entretanto, Fernando se instaló en la mesa de su jefe y empezó a revisar la correspondencia de aquel día. Quince minutos más tarde, un ordenanza le anunció la presencia de un recadero.

-Señor -dijo Colar, disfrazado como tal-. Vengo de la calle Saint-Louis, en donde dos señoras, una más joven que la otra, me dieron esta carta con el encargo de entregársela en mano. El servicio está pagado.

Fernando reconoció en seguida la letra de Herminia y se estremeció de alegría al romper el sobre. Luego, apenas puso la vista sobre las primeras líneas, se quedó pálido. La carta de ruptura entregada a Baccarat, y luego por ésta a sir Williams, hacía su efecto.

Durante algunos minutos, Fernando permaneció como atontado por el asombro. No comprendía el significado de aquella carta tan desdeñosa y lacónica. No entendía nada. Y por más que leyó y releyó, la funesta misiva sólo decía aquello y él sentía deseos de saber más.

Se puso en pie bruscamente y, sin coger su sombrero, salió corriendo del edificio. Los ordenanzas pensaron que se trasladaba a otra sección por algún asunto de servicio. Pero él sólo tenía una idea: llegar a casa de Herminia y pedirle una explicación. Ni recordó que bu jefe le había entregado las llaves de la caja y si las llevaba en el bolsillo. El señor de Beaupreau regresaría a la oficina antes de cerrar, y media hora más tarde de su escapada volvió al despacho.

Fernando corría como un loco por los bulevares, y cuando llegó a la casa de Beaupreau, subió los dos pisos con la rapidez del rayo.

-El señor no está en casa -le dijo la criada al salir a abrirle.

-Deseo ver a las señoras.

-Han salido.

-Esperaré -replicó él, intentando apartar a la doncella y penetrar en el piso.

-Lo siento, pero no volverán por lo menos en tres días.

-¡No es posible!

-Se han ido a ver a la tía de la señora.

Aquello fue como una puñalada. Fernando ya no sabía qué pensar. La cabeza le daba vueltas y ninguna idea luminosa esclarecía su mente. Bajó las escaleras como un sonámbulo, pronunciando palabras ininteligibles, moviéndose con una sobrexcitación que lo hacía parecer ebrio. De pronto, sin saber adónde quería dirigirse, obedeciendo a un impulso maquinal, emprendió una alocada carrera que se truncó casi al instante. Chocó violentamente contra un cuerpo grandioso y negruzco. Alguien lanzó unos gritos histéricos y el joven se sintió zarandeado brutalmente mientras toda noción de realidad se difuminaba entre un rutilante brillar de lucecitas, de pinchazos y de sensaciones. Era como el frío convencimiento de la muerte. Luego, toda la luz se apagó y Fernando cayó en la más profunda oscuridad.

Acababa de golpearse contra el caballo que, enganchado a un carruaje, pretendía seguirle. Baccarat, al verle caer, descendió rápidamente del vehículo. Los curiosos ya empezaban a arremolinarse, pero en seguida quedaron inmóviles, contemplando a la

hermosa mujer. Baccarat había palidecido y sus labios temblaban angustiados cuando se inclinó sobre Fernando con solicitud. Al percibir que aún vivía, ordenó que lo colocaran en el coche para llevarlo a su casa.

Los transeúntes que habían acudido a ayudar a Fernando y se inmovilizaron al ver a Baccarat, entusiasmados por su espléndida belleza, celebraron alegremente que la mujer se cuidara del joven con aquella entrega y empezaron a comentar, admirados.

-Por lo menos es una duquesa.

-Debe ser la mujer de un par de Francia.

-No. Es una bailarina de la Opera -aventuró un tercero.

A Fernando Rocher le pareció que acababa de cerrar los ojos. Dormía tan profundamente, que para despertarle era preciso un terremoto. Sin embargo, su primer contacto con la realidad fue maravilloso. Se encontraba en un lecho, desnudo, acostado. Dentro de una habitación tapizada de gris perla con franjas de terciopelo violeta. En medio de un lujo exquisito y de un perfume embriagador que lo dejaba estupefacto.

Soñoliento, trató de incorporarse sobre el codo, y en seguida advirtió que se encontraba mucho mejor. Ya todas sus impresiones eran físicas. Su interés se centraba en desprenderse del entorpecimiento producido por la fiebre. Quería ver aquello. Sentir que en modo alguno soñaba.

Anochecía. La claridad del crepúsculo apenas esclarecía los contornos del suntuoso mobiliario. El resplandor de la chimenea encendida rutilaba en los candelabros con oropeles fantásticos. Y a dos pasos de la cama surgía una forma humana que no lograba reconocer.

-Aún tiene algo de fiebre -dijo la figura, con una voz acariciadora.

-¿Sueño? -Inquirió Fernando, en el colmo de la extrañeza-. ¿Dónde estoy?

-En casa de una amiga.

Baccarat se aproximó a la chimenea y encendió dos bujías: La luz la envolvió totalmente, y al girarse hacia Fernando, éste la descubrió con estupor y sorpresa.

Ella parecía palpitar en medio de un ensueño al que no sabía cómo obedecer. De pie, como estaba, brindaba al hombre su radiante belleza, más hermosa y seductora que nunca.

Fernando la miraba asombrado, en silencio absoluto. preguntándose si sería un ángel o un sueño marginado de humillantes y gloriosas sensaciones.

Baccarat vestía un peinador de terciopelo azul que dibujaba su talle fino y sus voluptuosos senos. Sus cabellos, retorcidos en mechones, esparcían bucles dorados sobre sus desnudos hombros, deslumbrantes, torneados en palidez. Hasta el dolor y la alegría habían impreso en su rostro una animación que él empezaba a adorar con un desmerecido amor capaz de todo olvido.

-El médico ha ordenado que descanse -dijo ella, regresando a su lado para acomodarse con displicente voluptuosidad en un sillón próximo al lecho.

-Pero, ¿qué me ha sucedido? -murmuró él, estremecido por la presencia y la tibieza de la mujer.

-mee golpeó contra el caballo de mi carruaje. Parecía alocado por algo, y cuando le reconocí...

-¿Me conoce? -preguntó él, mirándola con fijeza.

-Si. ¿No se acuerda? Soy la hermana de Cereza.

-!Ah, sí! Ya recuerdo que la vi en la ventana con ella.

-Sí, es cierto -susurró con voz cariñosa la joven, mientras lo cogía de las manos-. Pero hablaremos de eso más tarde..., cuando se encuentre mejor.

Su voz era suave, mimosa, con un cálido aliento que estremecía al enfermo por su

proximidad y el excitante perfume de su dueña. Esta, que aún conservaba sus manos entre las suyas, susurró mientras se inclinaba sobre la frente del joven:

-Descanse.

Estaban tan cerca el uno del otro, que casi se tocaban sus rostros. Fernando no podía moverse, como fascinado. Ella le besó y un estremecimiento sacudió al hombre, que reconcentraba toda su vida en los ojos, en la palpitación acelerada de un sentimiento tan hermoso como ella.

Baccarat continuaba oprimiendo sus manos, inclinada sobre él. Brindaba a las miradas del hombre cuanto hasta entonces no había sido para él más que una excitante alucinación. Y luego, con una voz de ensueño que iba más allá de su suprema dádiva, añadió:

-Te amo.

Esta frase siempre turbará a un ser de veinte años. Y Baccarat, de puro bonita, era capaz de condenar a un santo.

Transcurrió la noche, llegó el día. Un rayo de sol que se deslizó entre los árboles sin hojas del jardín penetró en el dormitorio de Baccarat. Jugueteó en su rubia cabellera e iluminó la pálida frente de Fernando, que se había olvidado de Herminia.

Baccarat cogió entre sus manos la cabeza del joven y le contempló con arrobo mientras le repetía, entusiasmada

-Te amo, te amo...

De pronto, fuera se oyó un gran ruido de pasos y voces que sobresaltaron a la mujer. Baccarat saltó del lecho, asustada por el tumulto. Se puso una bata, se calzó unas babuchas encarnadas, y aún no había terminado de vestirse cuando en la puerta de la habitación sonaron una serie de violentos golpes.

-¡Abran en nombre de la ley! -gritó una voz al otro lado.

Baccarat quedó aterrada al oír aquello. Su cerebro le decía que no debía temer nada. Sin embargo, empezó a temblar y apenas podía sostenerse en pie cuando abrió la puerta. Un comisario de policía, con la franja tricolor, estaba en el umbral, precedido por dos agentes.

-Perdóneme, señora -dijo, saludándola cortésmente-. Me veo obligado a cumplir una misión muy penosa.

-¿De qué se me acusa? -murmuró, desfallecida.

-De nada, señora -replicó el comisario-. Buscamos al señor Fernando Rocher.

Bruscamente, Baccarat volvió la cabeza hacia su amado, que, erguido en la cama, decía:

-Yo soy Fernando Rocher. ¿Qué sucede?

-¿Está usted empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores?

-Sí, señor.

-Entonces, tenga la bondad de vestirse y venir conmigo. Traigo orden de prisión dictada contra usted por el procurador del rey.

-¿Contra mí? -exclamó, asombrado, Fernando-. ¿Qué he hecho? ¿De qué se me acusa?

-Debe existir alguna equivocación -se atrevió a decir Baccarat.

-¡Vístase! -ordenó autoritariamente el representante de la ley.

-Pero, si yo... -balbució Fernando, saltando del lecho y vistiéndose azoradamente, sin quitar la vista de los agentes, que se aproximaban a él-. ¿Por qué me detienen?

-Se le acusa de robo -respondió el comisario-. El jefe de su negociado le confió ayer por la mañana las llaves de la caja y usted desapareció de allí súbitamente, y con usted, treinta y dos mil francos.

-Trein...

Fernando no pudo concluir la frase. Giró sobre sí, anonadado, y estuvo a punto de desmayarse en brazos de los agentes, que se apresuraron a llevárselo.

Baccarat, tan aniquilada por la revelación como su amado, permaneció muda de estupor e incapacitada para reaccionar. Luego, cuando el comisario se retiraba y Fernando parecía reaccionar luchando por desasirse y gritando su inocencia, saltó como una fiera y se precipitó tras ellos.

-¡Es mentira! -gritó-. Todo eso es mentira. Es obra de Williams. Ha sido...

Su voz se ahogó al tropezar contra algo fuerte que la hizo caer atropelladamente. Luego llegó la inconsciencia, la anulación total.

Fanny, su doncella, retiró la silla interpuesta en su camino y se inclinó sobre Baccarat. Del salón contiguo salió sir Williams y un hombrecillo algo obeso que ejercía de pasante de notario y se llamaba Nivardet. El baronet dirigió una mirada a la inmóvil figura de Baccaret y, con la mayor indiferencia, indicó a Fanny:

-Acuesta a tu señora y dale a respirar sales. No habrás olvidado lo que debes hacer, ¿verdad?

-No, milord.

-Y tú -añadió sir Williams, dirigiéndose a Nivardet-, estate atento a tu papel de médico.

El fingido doctor, vestido con cierta elegancia, como requería la ocasión, hizo una reverencia al baronet cuando éste los dejó solos con la desmayada.

Minutos después, Baccarat se recuperaba por completo. Se encontró en la cama y vio a Fanny, ocupada en prodigarle los cuidados más cariñosos.

-¡Vaya! ¡Por fin! -exclamó la doncella, con una alegría que extrañó a Baccarat-. Creíamos que no se recuperaría nunca.

-Pero, ¿qué dices? -replicó la mujer, y, al descubrir a Nivardet, reprimió un gesto de espanto y preguntó, alarmada-: ¿Quién es este hombre?

-El médico, señora.

El fingido doctor se había puesto en pie con solera " nidad y tomó el pulso de Baccarat, mientras decía:

-No, se excite, señora. Ha pasado ocho días muy malos. Ahora parece que la fiebre disminuye.

-¿Ocho días? -exclamó la mujer, asombrada. ¿Cómo he podido...?

-Pobre señora mía -dijo Fanny, suspirando-. No ha hecho más que delirar. Si viera qué susto me dio...

-Pudo degenerar en locura -afirmó con gravedad el falso doctor, que con notable eficiencia sostenía la muñeca de Baccarat.

-¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Y Fernando? ¿Dónde está Fernando? -inquirió, soltándose y llevándose las manos a la cabeza.

Fanny suspiró, compungida, y permaneció en silencio. Nivardet se giró hacia ella y comentó con indiferencia

-Me parece que se reproduce. su obsesión. Vuelve la locura.

-¿Loca yo? -gritó Baccarat-. ¡Yo no estoy loca!

Sin embargo, no insistió en sus voces desesperadas. Fanny volvía a suspirar tristemente y se enjugaba unas lágrimas. Aquello empezó a sumirla en una horrible perplejidad. Fanny, su fiel Fanny... ¿Sería cierto que había estado enferma?

-Mírame bien, Fanny -dijo imperiosamente a su doncella, rechazando al médico-. Dime la verdad. ¿Qué me ha sucedido?

-La señora cayó enferma hace ocho días y...

-Si hace un momento estuvo aquí el comisario...

-¿Qué comisario? -preguntó con ingenuidad la doncella.

-El comisario de policía, el que vino a prender a Fernando. Acuérdate que lo trajimos ayer...

-El señor Fernando no ha estado aquí nunca -dijo con aplomo Fanny-. Ni ha venido comisario alguno. ¡Ay, pobre señora mía!

-¡No es posible! No lo he soñado.

-La señora ha estado delirando durante ocho días. No hacia más que llamar a su Fernando, pero nadie ha venido desde entonces, excepto el médico.

-Esta locura, llamada «monomanía sentimental» -interrumpió Nivardet, dirigiéndose a la doncella, pero con intención de que lo oyese Baccarat-, sólo puede combatirse por medio de duchas heladas cada dos horas.

Baccarat miró con ojos desorbitados al falso médico. Aquellas palabras eran como el golpe de gracia a su vacilante razón.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -murmuró, ocultando el rostro entre las manos, al sentirse incapaz de comprender cuanto le sucedía. Sin embargo, reaccionó en seguida. Una idea asoló su mente y sus labios pronunciaron un nombre-. Williams. ¡Esto es cosa_ de Williams!

Antes de que su doncella y Nivardet pudieran impedirlo, saltó del lecho y se enfrentó a un espejo.:

-Es imposible que tenga esta cara después de ocho días de fiebre -dijo.

-Señora, señora. Vuélvase a la cama -suplicó Fanny, inquieta.

-Muchacha, te has equivocado. A mí no se me engaña. Ya verás lo que hago con el inglés ése.

Abrió un secreter y extrajo un pequeño puñal, con el que amenazó a Nivardet, a la vez que le decía:

-Ya puede marcharse, o le clavaré este juguetito en el pecho. Y tú, Fanny, ¡ayúdame a vestir!

La doncella se quedó indecisa y temerosa. Al fin volvió los ojos a Nivardet y le consultó con la mirada.

-¿Qué espera? Obedezca a su señora -dijo éste, con un aplomo desconcertante-. La señora no está loca y hace bien en salir a tomar el aire, si quiere. Regresaré por la noche.

Saludó a Baccarat muy cortésmente y se marchó. La mujer quedó estupefacta y de nuevo volvió a pensar en si realmente estaría enferma. La duda era cada vez más grande y decidió apartarla de su mente. Empezó a vestirse ayudada por Fanny, quien la obedecía sumisamente, derramando lágrimas de dolor por su pobrecita señora.

Pero ésta se hallaba resuelta a aclararlo todo. Tomar su coche e ir a la comisaría en compañía de Fanny. Allí no podrían decirle que estaba loca, porque tendrían a Fernando Rocher.

Quince minutos más tarde, salía al jardín precedida por Fanny. Se dirigió al carruaje y antes de subir a su interior preguntó al cochero:

-¿Qué día es hoy, Juan?

-Jueves, señora.

-Ayer estuvimos en la calle Saint-Louis, ¿no es eso?

-Sí, señora.

-¿Tendrías inconveniente en declarar ante el comisario de policía?

-No, señora.

-Pues, entonces, condúcenos al Pont Neuf -dijo, instalándose en el carruaje.

El coche arrancó y en seguida entró en la calle Blanche, pero en vez de bajar hacia el Sena se alejó de la Prefectura de Policía hacia la barrera Blanche. Baccarat lo notó y quiso asomarse a la ventanilla para apostrofar a su cochero. En el mismo instante, el

obeso y fingido doctor penetró en el vehículo por la otra puerta y se sentó frente a Baccarat.

-No se inquiete, señora -dijo con tranquilidad-. Faltaría a mis deberes como médico si la dejase salir sola en el estado en que se encuentra. Padece usted un ataque grave que la volverá loca incurable.

La mujer lo examinó con asombro. Luego miró a Franny y por fin echó un vistazo a los bulevares que recorrían. Comprendió que se encontraba a merced de ellos. Los tres estaban vendidos a sir Williams y no le quedaba más remedio que resignarse.

-¿A dónde me lleva?

-A Montmartre -contestó Nivardet, a la vez que desabrochaba su levita y mostraba un puñal, que apoyó en el pecho de Baccarat-. No intente resistirse.

-Está bien, doctor -admitió ella con calma-. Ya veo que estoy loca. ¿A qué lugar me lleva?

-A Montmartre, a la casa del doctor Blanche -respondió con frialdad el esbirro de sir Williams.

Aquellas palabras produjeron en la mujer un efecto fulminante. La dejaron sumida en mudo terror. Entrar allí sería volverse loca de verdad. Era el manicomio.

CAPITULO VI

El domingo en que Armando de Kergaz, disfrazado de obrero, había salvado a Cereza y León Rolland de caer en manos de Nicolo y Mourax en el restaurante «Las Vendimias de Borgoña», de la barrera de Belleville, tuvo la ocasión de conocer a una joven amiga de la florista. Se llamaba Juana Balder y había sido vecina de Cereza cuando vivía con sus padres en la calle Meslay.

Hacía un año que Juana Balder había quedado huérfana y totalmente desamparada. Hija del coronel Balder, muerto en el sitio de Constantina, se había trasladado con su madre al populoso barrio en que vivían los padres de Cereza. Allí vivieron completamente aisladas con sus modestos recursos, y al morir la viuda, Juana entabló gran amistad con la florista. Tenía entonces dieciocho años. Era hermosa, con esa hermosura altanera propia de las razas nobles. Rubia y blanca, como «La Fornaria». Y tenía un perfil que recordaba las líneas perfectas y puras de los francos.

Últimamente visitaba a Cereza en su nuevo domicilio. Deseaba que la ayudase a encontrar trabajo de bordadora para subsistir en compañía de su anciana criada, Gertrudis. Cereza, que la admiraba por su aristocrática sangre y la trataba de «señorita», la había invitado a pasar el domingo en compañía de su novio y de su futura suegra. Confiaba en que las acompañase «Mala Suerte» y así distraer a la joven. Pero el amigo de León no pudo acudir y el ebanista se encontró comiendo junto a tres mujeres en el restaurante de Belleville.

La casualidad hizo que Armando escuchase la conversación de Colar y sus secuaces, cuando les señalaba la presencia de su compañero en la ebanistería. Armando los siguió e intervino en la discusión que pretendían organizar con intención de raptar a Cereza y calumniar a su novio. León, agradecido, rogó a Armando que compartiese con ellos mesa y comida. Y el conde, impresionado por la melancólica y serena belleza de Juana Balder, aceptó.

Armando conversó, vivamente interesado, con todos ellos. Luego los acompañó

hasta la casa de Cereza, dando el brazo a Juana. Allí se dividió el grupo tras intercambiarse direcciones y gratos ofrecimientos. Armando se hizo pasar por su fiel Sebastián. Estaba interesado e impresionado por Juana y quería acompañarla hasta su domicilio.

A la mañana siguiente, después de una noche agitada y casi de insomnio, Armando de Kergaz llamó a su fiel servidor y le rogó que se informara de todos los pormenores que rodeaban la vida de Juana Balder. Si era hija de buena familia perseguida por la desgracia y seguía manteniéndose honrada, estaba dispuesto a ayudarla desmedidamente. Luego, Armando anotó los nombres y señas de Cereza y León, y también la necesidad de averiguar con qué objeto el saltimbanqui Nicolo, con Mourax y el cerrajero, habían pretendido discutir con León Rolland.

Sebastián regresó a informarle que la señorita Balder gozaba del respeto y la estimación de cuantos la conocían. La muerte de su madre había reducido gran parte de los recursos de que disponía la joven, y ello la obligaba a vivir en un pequeño cuarto de la calle Meslay. Por lo mismo, también trabajaba en alguna labor, aunque ocultamente, como lo hacían muchas señoritas faltas de recursos y tratando de guardar las apariencias.

A medida que hablaba Sebastián, el corazón de Armando latía más apresuradamente. Parecía impulsado por una emoción desconocida que se reflejaba en su rostro con contenida alegría.

El recuerdo de su adorada Marta, abandonada y destruida por Andrés, aquel hermano desnaturalizado que olvidó a su madre en el lecho de muerte, se avivaba en ocasiones y hacía latir con ansiedad su corazón. Pero ahora, tras ella, asomaba la sonrisa triste y el rostro pálido y encantador de Juana. Y esta evocación lograba desvanecer a la muerta como un sueño brumoso.

No sabía exactamente si la amaba, pero aquel sentimiento que había despertado en su espíritu le predisponía hacia ella y deseaba ayudarla generosamente.

Indicó a Sebastián que alquilase el cuarto contiguo al habitado por Juana Balder. Que llevase a él muebles y un piano antiguo con intención de dejarlo, por exceso de mobiliario, en el piso de su vecina. La señorita Balder había tenido que desprenderse del de su familia para poder subsistir y lo aceptaría. Con ello habría motivo para que Sebastián se convirtiese en protector de la muchacha.

Todo esto sucedió el lunes. El día en que Juana, un alma ardiente y llena de fe, había despertado presa de una turbación desconocida, de un recuerdo que no la dejó cerrar los ojos en toda la noche. Aquel en que reflexionó y comprendió que sólo tenía a Gertrudis, a quien tal vez la muerte le arrebatase pronto. Y pensó en el joven obrero que la había acompañado aquel domingo. Pensó en Armando, vestido con blusa, pero con un rostro noble y algo triste. Y se preguntó si debía unir su noble apellido a otro de peor condición. Si las diferencias sociales la obligarían a no tener contacto con aquel obrero que le parecía tan honrado, leal y fuerte. Y en seguida recordó sus manos blancas, propias de quienes no trabajan manualmente. Aquello fue la semilla del romanticismo que empezó a germinar en su alma con distracciones y quimeras que tan pronto la hacían feliz como la angustiaban.

Aquella misma tarde vio la llegada de Sebastián con los muebles. Escuchó su charla con el portero en torno al piano, que no cabía en su cuarto. Sebastián se hizo pasar por antiguo compañero de armas del coronel Balder, y en memoria de una hija muy querida, perdida años antes, no deseaba desprenderse del piano. La señorita Balder lo aceptó como una prolongación de afecto.

Sebastián salió muy satisfecho de la casa de la calle Meslay. Los progresos obtenidos en torno a Juana Balder entusiasmarían a su señor. Viajaba en un coche de

alquiler hacia el palacio de Kergaz cuando en el bulevar de Saint-Martín se cruzó con otro carruaje. En el interior viajaba alguien que le hizo estremecer. Alguien que le trajo recuerdos desagradables y le obligó a cambiar su camino para seguirle.

-Es Andrés -murmuraba Sebastián, mientras seguía al tílburi de sir Williams-. ¡Andrés, con barba y cabello negro! Juraría que es él. Y si Andrés está en París viviendo a ese tren, necesariamente es rico. Si dispone de riquezas, ese demonio es capaz de todo, y mi querido Armando, el hijo de mi coronel, está en peligro. Porque es capaz de atravesarse en su camino, y ahora que parece encontrar su felicidad... No quiero que ese miserable, que ese seductor le haga daño. Aunque tenga que matarle.

Sebastián, que iba indignándose mientras hacía tales reflexiones, llegó a la calle Saint-Lazare siguiendo al tílburi de sir Williams. Le vio entrar en un palacio y poco después fue a informarse junto a su lacayo. No satisfecho por los informes, decidió visitar personalmente al llamado baronet sir Williams, quien nada más verlo lo reconoció. Apenas hacia cinco años que el vizconde Andrés Filipone había salido de París. Y en ese tiempo, el rostro de un anciano como Sebastián no podía cambiar demasiado. Sin embargo, sir Williams permaneció impasible y su faz no reflejó la más ligera alteración ante la presencia del sirviente de su padre. Aquel que una noche le había expulsado de la casa paterna, y le había alejado de una grandiosa fortuna.

La entrevista fue breve, pero violenta. Sebastián estaba convencidisimo de que tenía ante sí al vizconde Andrés. Este negaba rotundamente y no cesaba en afirmar que era el baronet sir Williams, oriundo de Irlanda. Sebastián recordó luego que Andrés tenía un antojo, unir especie de lunar bajo la tetilla izquierda. Y en su excitación tomó brutalmente a sir Williams y le obligó a descubrirse el pecho.

El fiel criado quedó pálido y estupefacto al convencerse de su error. Si por un lado le satisfacía, por otro le contrariaba. Armando no corría peligro, pero había usado la violencia con un respetable caballero que ni conocía ni había visto jamás.

-Le suplico... -balbució, confuso, tras unos segundos de angustia-. Le ruego que me perdone.

-Me ha insultado -dijo, muy digno, el baronet, con una extraña sonrisa-. Espero que me dé una explicación satisfactoria.

-Caballero, lo siento. Se parece de modo tan asombroso a un miserable... Un miserable que tiene por hermano al conde de Kergaz, mi amo. Un hombre cuyo corazón es tan noble como vil el del vizconde. Hace cuatro años que éste desapareció, pero yo sé que regresará, que intentará destruir a mi señor, al conde, a quien quiero como un hijo.

-¡Ah, ya! -exclamó con indiferencia despectiva el baronet, mientras ocultaba su violenta emoción.

-Caballero, le presento mis excusas -dijo humildemente Sebastián-. Temía que ese miserable pudiera seducir a la joven que ama mi señor, como ya hizo en otra ocasión en que estaba enamorado. Por eso me conduje...

-Caballero -cortó fríamente sir Williams-. Su historia es digna de una novela, pero a mí no me interesan las novelas. Deme su nombre y sus señas. Le enviaré mis padrinos.

-Me llamo Sebastián -exclamó, irguiéndose, el anciano-. He llegado a ser condecorado por el emperador en Wagram y he sido húsar de la guardia imperial.

-Pues bien, señor... Sebastián -replicó el baronet-. Supongo que no tendrá inconveniente en darme una satisfacción.

-Cuando usted guste. Vivo en la calle Cultivo de Santa Catalina, en el palacio del conde de Kergaz.

-En estos días tengo serios compromisos que no puedo aplazar, pero le prometo

Librodot

que a no tardar recibirá a mis padrinos.

El ex húsar respondió sacando una tarjeta del bolsillo. La dejó sobre la chimenea, cogió el sombrero, saludó a sir Williams con una reverencia y se dirigió a la salida, seguido por el baronet.

-¡Vaya, vaya! -comentó éste, viéndole ir-. De modo que mi querido Armando está servido por un imbécil con exceso de celo. Protegerle para que no le seduzcan a su novia. ¡Conque enamorado, señor conde! Pues ya le ayudaremos para que ese amor no le cause quebraderos de cabeza.

Y mientras sir Williams pensaba en averiguar quién era y en dónde se encontraba la amada por el conde de Kergaz, Sebastián regresaba junto a su señor, pálido y agitado. Le relató su aventura con el baronet y su desafío. Luego le habló de Juana Balder, y aún no había concluido cuando Armando recibió un sobre de su policía secreta. Dentro había un informe que decía:

«Durante la guerra con España, una joven llamada Teresa se retiró con una supuesta tía a los alrededores de Fortainebleau, a Marlotte, donde pasó el invierno y la primavera. La joven se encontraba encinta. Se supone que a causa de un desliz, pues no se la conoció marido ni se supo si era viuda. Dio a luz una niña, que fue bautizada con el nombre de Herminia. Por entonces empezó a cortejarla un empleado de un Ministerio, con el cual parece ser que se casó y fue a vivir a París.»

Los agentes del conde de Kergaz trabajaban. Todos los días le enviaban informes que le tenían al corriente de cuanto necesitaba para seguir desempeñando sus tareas de benefactor de la humanidad. Ahora, no sólo podía cuidarse de Juan, sino también de la herencia de Herminia. Para poder encontrar a la hija del barón Kermor de Kermarouët, necesitaba saber qué empleado de ministerio se casó por aquellas fechas con una joven llamada Teresa. Y lo sabría tarde o temprano.

Los días siguientes los dedicó a cortejar a distancia a la señorita Balder. Ayudaba a la muchacha a través de Sebastián, que hizo buena amistad con ella, y también la interesó hacia el conde. Sebastián estaba convencido de que la joven lo amaba, por lo cual les concertó una cita. Cuando Armando se retiró, tras un tiempo de charla amena y olvido gozoso, había obtenido permiso de Juapara volver a visitarla al día siguiente. Transcurrió este día entregado a la tarea de encontrar a los herederos del barón Kermor, mientras Sebastián continuaba la vivienda contigua a la de la muchacha, vigilando que no le sucediera nada a la joven.

Aquel atardecer, Armando volvió a visitar a Juana y, como la intimidad entre dos corazones que se quieren se establece rápidamente, se decidió a formularle una declaración amorosa que hizo enrojecer a la joven, pero también la enloqueció de dicha, como confesó a Gertrudis cuando se quedó a solas con ella.

Aquella misma noche, los padrinos de sir Williams, dos jóvenes secretarios de la Embajada inglesa, se presentaron en el palacio del conde de Kergaz para concertar el duelo con Sebastián. Este no estaba presente, pero Armando recogió la cita. Sir Willlams pedía el bois de Boulogne, cerca del pabellón de Armenonville, a las siete de la mañana del sábado. Armas: la espada.

Armando se sintió preocupado por su fiel servidor y decidió ir a buscarlo a su piso de la calle Meslay, para que descansase durante la noche, en vez de continuar la vigilancia de la vivienda de la señorita Balder. En principio, el anciano se resistió a regresar a palacio, pero accedió al no admitir que Armando se batiese por él con un

adversario más joven.

Esa misma noche, Colar, que dos días antes se había convertido en el amante de una joven obrera que vivía sobre el piso de Juana, hizo llegar a ésta la siguiente carta:

«Señorita, perdóneme que me atreva a escribirle. -La joven buscó la firma de Armando, pero no existía ninguna. Siguió leyendo-: La amo, y la primera vez que la vi comprendí que mi vida estaba unida a la saya. De usted depende mi felicidad y mi porvenir. Sepa que si algún hombre ha sentido estremecimientos por ser rico, ese hombre soy yo. Continuamente sueño con un palacio chiquito rodeado de un jardín. Si, Juana, amada mía, así es la vivienda que destino para nuestro amor. En ella hay un dormitorio azul y blanco, con colgaduras gris perla: un nido de palomas, ángel mío...»

Juana interrumpió su lectura y se oprimió el corazón con la mano. Pensó que era él, el conde de Kergaz, y sólo le extrañó que se preocupara por detalles tan insignificantes. Siguió leyendo:

«Juana, amada mía, hoy me atrevo a escribirle y a declararle mi amor porque mañana voy a correr un grave peligro. Me bato a las siete de la mañana...»

La joven lanzó un grito de angustia mientras la carta se le escapaba de las manos y, a continuación, se desmayó. Al grito acudió su vecina, la cual, bien instruida por Colar, ayudó a Gertrudis a acostar a su señorita y le preparó una infusión con un narcótico que luego también hizo beber a Gertrudis. Colar no tuvo inconvenientes para raptar, minutos más tarde, a Juana Balder, siguiendo órdenes de sir Williams.

A las siete de la mañana siguiente, en el boas de Boulogne, el baronet se batía a espada contra Sebastián. Este, durante cinco minutos, asestó los más terribles golpes a sir Willlams y quedó sofocado sin haberle alcanzado. Ignoraba las galantes finuras de un juego convertido en verdadero arte en mano de maestros. Y sir Williams era un maestro que paraba y no atacaba nunca, lo que hacía pensar a Sebastián y Armando que, de ser el vizconde Andrés, como parecía, no se hubiera mostrado tan generoso. Al final, la punta de su espada tocó la camisa del ex soldado, y, contento con aquella victoria sin efusión de sangre, el baronet saltó hacia atrás y levantó la punta de la espada.

-¡Basta, caballeros, basta! -exclamó Armando, que durante aquel segundo había temblado de pies a cabeza.

Sir Williams se acercó a su adversario, que no podía contener su mal humor, y le dijo:

-¿Quiere usted aceptar mis excusas por mi excesiva susceptibilidad, y darme su mano? -Sebastián se la tendió y él prosiguió diciendo-: Caballeros, debo explicarles que mi honorable adversario me presentó sus leales excusas, que hubieran sido suficientes; pero la víspera, en mi club, tuve una charla sobre el duelo. En ella sostenía que un caballero debe batirse. Añadí que me consideraría dichoso dando el ejemplo y al presentarse esta ocasión la aproveché para no desdecirme.

El lance se dio por concluido, pero cuando iban a retirarse, sir Williams se aproximó al conde de Kergaz y le dijo:

Librodot

-Dicen, señor conde, que me parezco mucho a un i hermano a quien busca por todas partes.

-Sí -convino Armando-. El parecido es asombroso. Sólo que Andrés era rubio y usted tiene el cabello negro.

-Sin embargo -añadió el baronet-, caballero, si le queda alguna duda, le agradecería aceptase mi invitación para almorzar un día de éstos y así podré enseñarle mi árbol genealógico.

-Caballero...

-Y ahora, caballeros -agregó sir Williams, adoptando un tono confidencial-, les ruego me disculpen. Supongo que habrán estado enamorados alguna vez. Yo lo estoy ahora y el placer de encontrarme con ustedes esta mañana me ha privado de ver anoche a mi amada. Necesito recuperar el tiempo perdido -y mirando a Armando, añadió-: Señor conde, le agradecería muchísimo que ofreciese asiento en su coche a mis dos amigos. Yo no vuelvo a París.

Armando hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento y los seis regresaron a la puerta de Maillot, donde esperaban los carruajes. Sir Williams montó ágilmente en el suyo y dijo a Armando:

-¿No es cierto, caballero, que el verdadero templo de la felicidad se encuentra en la mujer amada?

-Lo más seguro -replicó Armando, pensando en Juana.

-¿Y que cuando se adora a una mujer se la oculta celosamente de las miradas indiscretas?

Una sonrisa burlona vagó ligeramente por sus labios, y Armando se estremeció al percibirla y recordar al diabólico vizconde Andrés.

-Si quiere usted a una mujer -concluyó diciendo sir Williams, mientras con el látigo azuzaba a su caballo-, guárdela bien, se lo aconsejo.

Armando se puso pálido como un muerto. Por segunda vez pensó en Juana y volvió a temer por ella. Sir Williams acababa de hablarle con el mismo tono irónico que empleara el maldito Andrés. Y su carcajada siniestra pareció despertar y resonar por todo su corazón, como un tañido fúnebre.

La duda persistía.

EL TONEL DEL MUERTO

CAPITULO VII

El carruaje de sir Williams se alejó rápidamente por la avenida de Neuilly, atravesó el Sena por Courbevoie, bordeó La Malmaison, cuyo castillo habitaron Napoleón y Josefina, y llegó al valle que se extiende a espaldas de Bougival. Luego subió por la única calle del pueblo, dejó atrás la iglesia y entró por el portón de una vasta propiedad rodeada de muros y altos álamos. Cuando se detuvo ante la escalinata del moderno castillo, Colar se encontraba en lo alto de ella, fumando un cigarro y disfrutando de los primeros rayos de sol.

-¿Qué hay? -preguntó el baronet, saltando a tierra después de entregar a su lugarteniente las riendas del tílburi.

-Todo ha ido bien, capitán -respondió Colar-. Tomó el narcótico y ahora está en el dormitorio, esperando a despertarse.

Sir Williams entró en la casa, precedido de su acólito, y antes de pasar al cuarto donde Juana dormía apaciblemente, inquirió:

-¿Qué hiciste con su vieja sirvienta?

-Le dejé la carta que falsificó Nivardet imitando la letra de su señorita. Se creerá que todo va bien.

-¿Y qué es de Cereza?

-No logra entenderse con la tía Fipart. La joven llora y la vieja la martiriza. Jamás pensé que fuera así esa amante de Nicolo.

-Si le ocurre algo, tú tendrás la culpa. Vete y di a la tía Fipart que prepare a Cereza para mi visita.

Colar se fue y sir Williams quedó solo, contemplando extasiado el sueño y la serena belleza de Juana. Luego se sentó ante un velador y empezó a escribir:

«Nueve de la mañana. Me he batido a las siete y estoy sano y salvo. Juana, amada mía, acabo de entrar en su cuarto y estaba dormida. No he querido despertarla y tras depositar un beso en su frente me he retirado de puntillas.

»Me imagino su despertar, ángel mío. Me Imagino su estupor al encontrarse lejos de su casa y sin saber cómo la han traído a este lugar desconocido. Sin embargo, adorada Juana, debe tranquilizarse, confiar en mí. Soy un hombre galante y quiero continuar siendo digno de su amor, en la suposición de que haya de amarme algún día.

»Cuando despierte se encontrará tan pura y casta como lo era ayer. Sin embargo, debe perdonar que la haya raptado. Si, adorada Juana; el hombre que la ama no podía soportar que siguiese viviendo en un espantoso zaquizamí de un barrio popular. Por eso la he traído hasta aquí.

»Juana, en la vida ocurren acontecimientos extraños que la envuelven en impenetrables misterios. Esta mañana me he batido y salí ileso, mas ahora corro nuevos peligros que sólo usted puede conjurar. Antes de que me vea transcurrirán muchos días, pero tenga confianza en mí la quiero. Si no trata de abandonar esta casa, ni pregunta a los criados que pongo a su servicio desde hoy, no correré peligro. Piense en ello. Yo le escribiré todos los días. Gertrudis conoce mi amor por usted y la llevo conmigo. Este es otro misterio que no le puedo explicar. Adiós, la amo con todo mi ser.»

No puso firma alguna. Sabía que ella la tomaría por obra del conde de Kergaz y esto le hizo sonreír con cierta amargura.

-¡Ah, hermano mío! -murmuró-. Vas a saber con quién te enfrentas. No voy a contentarme con poseer a tu dama, seré más refinado y cruel. Haré que te considere un pícaro desvergonzado que se apropia del nombre y de las ropas de su amo. Y después, cuando me haya casado con Herminia y logrado sus millones, convertiré a tu Juana en mi amante.

Sir Williams rió brutal, sarcásticamente, con una alegría infernal que le agitaba de modo violento. Salió de allí y llamó a la que sería servidumbre de Juana.

Librodot

-Oídme bien. Os doy un buen sueldo, pero aún os daré cien luises más a cada uno si me consideráis como el conde Armando de Kergaz y dejáis persuadida a vuestra nueva señora de que lo soy. Desde ahora no me llamaréis más que por ese nombre, ¿entendido?

El ama de llaves, el ayuda de cámara y el lacayo afirmaron con un gesto de cabeza, y el baronet los despidió para encaminarse a la casita situada en el fondo del jardín, donde se encontraba Cereza.

Esta, al ver que se abría la puerta, salió corriendo a refugiarse en un rincón de la estancia. Se quedó pálida y temblorosa, temiendo que la tía Fipart volviera a torturarla con sus exigencias e historias. Sin embargo, ante ella aparecía sir Williams : sonriente, tranquilo, con una expresión de cordialidad que la obligó a mirarlo sin miedo.

-Señorita -dijo el visitante, saludándola con cortesía-, tranquilícese. Soy un caballero y no pretendo más que ayudarla.

-No es posible. Esa horrible mujer que me tiene prisionera sólo ha sabido decirme...

-Cuanto le haya dicho es falso -la interrumpió con dulzura-. Si la han maltratado, yo la vengaré. Sólo pretendo que sea feliz y se case con su novio, con León Rolland, un hombre que merece que usted le quiera.

-¿Lo conoce? ¡Ah, bien sabía yo que no podía ser cierto lo que me decía esa infame!

-¿De modo que ha dicho que yo, el conde de Kergaz...?

-¿Es usted el conde de Kergaz? -preguntó ella, con un arranque de alegría.

-Sí, hija mía.. Y ahora sabrá que se encuentra entre amigos. Yo conozco a su novio por Sebastián, el obrero que comió con ustedes el domingo pasado en Belleville. El me dio sus señas, pero no tema nada. Yo quiero a otra joven y sólo pretendo ayudarla, ser como un padre para usted. He pensado en dotarla cuando se case con León.

La florista se creía viviendo de nuevo un sueño, aunque esta vez era hermoso, grato, lleno de felicidad, y se puso a mirar a su salvador y escucharlo con atención.

-La tía Fipart es la viuda de mi jardinero y no le ha dicho más que parte de la verdad. Colar la trajo a usted por orden mía, porque era preciso salvarla' de ese hombre, de cuyas manos la arranqué. Es muy rico, y confabulado con su hermana Baccarat pretendía deshonrarla.

-¡Dios mío! -exclamó Cereza, consternada.

-Por suerte, hija mía, yo velaba por León y por usted. Cuento con una fortuna considerable que empleo, en hacer todo el bien posible, y dispuse que a usted la trajeran aquí, donde el señor de Beaupreau no podrá encontrarla, ¿comprende?

-Pero, ¿qué hemos hecho para merecer tantas atenciones suyas?

-Era preciso salvar a León y a Juana, a su amiga Juana Balder, a quien amo apasionadamente y que ha corrido A mayor de los peligros.

-¿Juana también? -exclamó la joven, sorprendida.

-Sí, hija mía. Ese hombre, ese Sebastián, lo había preparado todo. Estaba enamorado de Juana y con unos amigos preparó aquella escena del restaurante de Belleville para poder comer con ustedes y luego acompañar a Juana.

-¡Sebastián, el obrero!

-Sí, un desaprensivo lacayo que yo tenía como ayuda de cámara. Se atrevió a pensar que Juana lo amaría e inventó una burda farsa con un viejo granuja que hizo pasar por capitán. Se apropió de mi título y de mi nombre. El fingido capitán se trasladó a la casa en que vivía Juana, se presentó como antiguo compañero de armas de su padre y le habló de mi atrevido lacayo como si fuera yo. Juana reconoció al

joven del restaurante y como las muchachas son tan románticas, creyó que ese falso conde de Kergaz era un héroe de novela y lo amó.

-¿La señorita Balder enamorada de un lacayo? -exclamó Cereza, indignada.

-La casualidad o, mejor dicho, mi policía particular, me enteró de lo que sucedía y quise ver a Juana para desenmascarar al impostor. Cuando la vi me enamoré de ella. La amo lealmente, como debe amarse a la mujer que se pretende lleve nuestro apellido, pero no podía comunicárselo. Entonces hice que la trajeran aquí.

-¿Juana está aquí?

-Sí, y ahora la verá. Venga conmigo -dijo, cogiéndola de la mano para salir al jardín-. Todo esto es de Juana, de la futura condesa de Kergaz. Y ahora, Cereza, escúcheme con atención. Juana duerme. Cuando despierte yo no estaré aquí. Debo ausentarme para conjurar los peligros que se ciernen sobre ella y sustraerla a usted de los criminales propósitos de su hermana Baccarat y del señor de Beaupreau. Marieta, la doncella, prepara a Juana para que usted la vea y en los pocos días que aún permanezca escondida, le agradecería que viviese con mi adorada Juana y fuese su amiga, su hermana, su confidente.

-Lo seré, señor conde -respondió la muchacha.

-Yo le escribiré todos los días y es posible que ella le lea mis cartas. No trate de demostrarle que el verdadero conde de Kergaz no es el que ella ama. Dejemos que mis cartas produzcan su efecto, y ese pícaro de Sebastián llevará su merecido.

-Tendrá que quererle -dijo la florista, entusiasmada-. Es usted tan bueno...

-Adiós, Cereza. Tengo que irme y no quiero que Juana me vea. Entre usted con ella; mientras, me ocuparé de ver a León, para que dentro de quince días puedan casarse.

Con esta promesa, sir Williams dejó a la muchacha tranquila y se dirigió a su tílburi, donde ya le esperaba Colar sujetando las riendas.

-Creo que la jugada está hecha, amigo mío -dijo,

sonriente, a Colar-. Acabo de quitar el nombre a Armando. ¡Pobrecillo! Ahora ocupémonos de los millones del infeliz barón de Kermarouët.

-Eso es lo importante -dijo Colar, codicioso-. ¡Los millones!

-Sí, mi venganza está en buen camino. Esta misma noche salgo para Bretaña, donde me casaré con Herminia de Beaupreau y seré el feliz poseedor de sus millones.

Y rió sarcásticamente, con aquella carcajada infernal y tan característica en él, mientras con el látigo fustigaba a su caballo.

Entretanto, Sebastián y Armando habían regresado a París en compañía de los padrinos de sir Williams y los habían dejado en el bulevar. El conde había hecho el viaje muy pensativo. Le preocupaban las últimas palabras dichas por el baronet. Habían despertado en su recuerdo aquella lúgubre y estridente carcajada de Andrés, que no le presagiaba nada bueno para Juana.

Se volvió a Sebastián y le dijo con tono apremiante:

-Tengo un horrible presentimiento. Vayamos a Meslay antes de regresar a palacio.

En pocos minutos, el carruaje les llevó a la dirección de Juana. Subieron y entraron directamente en el piso. La puerta se hallaba abierta y en la estancia se encontraban Gertrudis y León. Al ver a éste consternado y a la anciana sirvienta hecha un mar de lágrimas, el conde de Kergaz adivinó la desgracia.

-¿Y Juana? ¿Dónde se encuentra?

León le entregó en silencio una carta que minutos antes le había dado a leer Gertrudis, cuando acudió a aquella casa para saber sí Cereza se encontraba con ellas. Armando de Kergaz empezó a leer temblorosamente:

Librodot

«Querida Gertrudis : No me encontrarás cuando te despiertes. Me voy, no sé por cuánto tiempo ni dónde. Sólo sé que deseo huir de un hombre a quien creí amar : el conde de Kergaz. Me marcho con el hombre a quien realmente amo y cuyo nombre no puedo decirte.

»Perdona a tu Juana, que te quiere mucho y se separa de ti con el corazón afligido.»

Armando se quedó sobrecogido y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo. Después murmuró:

-¡Esto es obra de Andrés!

. -¿De qué Andrés? -preguntó, inquieto, León-. Porque Cereza, mí novia, también ha desaparecido misteriosamente.

-¿Cereza? -exclamó, extrañado, el conde.

-Hace tres días que no la veo. La portera me dijo que Fanny había ido a llevarle un recado de su hermana, y que luego la vio salir muy afligida, sin que desde •entonces haya regresado. Ayer acudí a casa de Baccarat y lo encontré todo cerrado. Al parecer se ha ido con criados y todo. Luego pensé que tal vez estuviera con Juana y vine...

Se interrumpió, acongojado por los sentimientos. El conde de Kergaz lo observó con interés y comprendió que ambos padecían la misma situación : habían perdido a la mujer amada.

-Hay que buscarlas -dijo Armando-. Daremos con ellas, aunque tengamos que revolver todo París.

CAPITULO VIII

El castillo de Las Retamas sólo era unas ruinas mal conservadas con un ala habitable, un magnífico jardín rodeándolas y un hermoso estanque para distraerse paseando en barca. En otro tiempo fue un verdadero castillo de la Edad Media, con pozos cenagosos, matacanes, puentes levadizos y almenas. Había resistido sitios y bloqueos y en sus estancias resonaron las espuelas de los caballeros. Mas pasó el tiempo y durante el reinado de Enrique IV fue asaltado y desmantelado. Reconstruido en tiempos de Luis XIII, fue quemado en la época de la Fronda. Luego, un señor de Kermadec lo acondicionó durante el reinado de Luis XV, pero como era un bretón que aspiraba a la independencia de su tierra, fue hecho prisionero por el señor de La Chalotais y le cortaron la cabeza. Su último heredero murió durante la guerra contra España y su madre, la viuda de Kermadec, se quedó sola entre aquel montón de ruinas.

La baronesa de Kermadec era una mujer chapada a la antigua. Había sido dama de honor de María Antonieta y permanecía fiel a' las costumbres de Versalles, a despecho de toda revolución. Vestía y hablaba como en la corte. Comía a las doce y cenaba a las siete. Y no consentía que sus sirvientes se apartasen de la más estricta etiqueta. Por lo demás, era la anciana más agradable de su tiempo. Tenía ochenta años y no era ciega ni gorda, incluso hacía la delicia de tres caballeros de 3 San Luis, más jóvenes, que residían en la vecindad. Entre ellos el de Lacy, noble cazador que

habitaba el castillo de La Mansión.

La baronesa tenía un defecto: le gustaban los libros de caballerías e incluso creía en la existencia de tales personajes. Su lectura predilecta era Amadís de Gaula, que hacía leer casi todas las tardes a un joven vaquero y cazador llamado Jonás. Un muchacho rubio que a los quince años la libró de perecer en un incendio de Las Retamas y que ahora adoraba como a un hijo. Jonás estaba leyendo cuando el anciano sirviente Ivon abrió la puerta del cuarto donde se hallaba la baronesa y anunció:

-La señora y la señorita de Beaupreau.

Al oír aquello, la baronesa se incorporó a medias en la tumbona sobre la cual permanecía echada casi siempre, a causa de su ataque de gota, y con gran muestra de contento tendió los brazos hacia sus sobrinas.

-¡Querida tía! -exclamó Teresa, corriendo a abrazarla-. Mi hija y yo venimos a pedirle hospitalidad durante algunos días.

El rostro de la baronesa se inundó de alegría. Era pobre, pero demasiado señora para no agasajar a cuantos quisieran sentarse a su mesa, aunque ello le ocasionase deudas. La llegada de su sobrina Teresa era la seguridad de una compañía de quince o veinte días y eso era emocionante, además de distraído. Interrumpió la lectura de Amadís y puso en movimiento a toda la casa para agasajar a sus invitadas.

Al día siguiente, la señora de Beaupreau y su hija se encontraban perfectamente instaladas y empezaban una nueva vida, lejos de la angustia y el dolor que les había producido la traición de Fernando Rocher. Conocer sus relaciones con aquella Baccarat había afligido de tal modo a Herminia que la señora de Beaupreau temió que cayese gravemente enferma. Hacía tiempo que su tía, la baronesa de Kermadec, les había pedido que fueran a visitarla en su castillo de Bretaña. Y, deseando distraer el dolor de su hija, aquella misma noche hizo los preparativos para el viaje. Su marido no se opuso, porque en él veía la ansiada libertad para buscar otra vez a Cereza.

Tres días más tarde, Herminia ya no parecía tan nerviosa y pálida, y su madre confiaba en su total curación gracias a rodearse de aquel tranquilo y grato ambiente de la Bretaña.

Al cuarto día se presentó el señor de Beaupreau y les dio una alegre sorpresa. llegó sonriente, amable y bondadoso hasta no poder más. Estrechó entre sus brazos a su mujer y a su hija, y les dijo que no había podido soportar la separación. Después de tantos años juntos había sentido la necesidad de continuar a su lado y solicitó un permiso del ministro para reunirse con ellas. Su esposa, poco habituada a tales pruebas de afecto, empezó a pensar que tal vez la costumbre podía haberle engañado y prefirió creer que en algún rincón de su ser aquel hombre tenía un poco de cariño para ellas.

Después de cenar y mientras Herminia leía un libro a la baronesa, el señor de Beaupreau invitó a su esposa a dar una vuelta por el jardín. En él, con tranquilizadoras palabras, fue dándole cuenta de los últimos acontecimientos ocurridos en París. Le habló de la detención de Fernando Rocher en la casa de Baccarat, donde había pasado la noche, por haber robado treinta y dos mil francos en la caja del Ministerio. Dinero que fue encontrado en su poder.

-Esto puede ser un golpe mortal para Herminia -seguía diciendo Beaupreau a su esposa, que lo escuchaba temblando de pies a cabeza-. Todos los periódicos publicarán la reseña de su proceso y la sentencia. Si alguno cae en manos de Herminia y lee esos horribles detalles...

-¡Por Dios! Cállate -suplicó Teresa, consternada.

-Por eso he venido apresuradamente. Hay que evitar ese disgusto a la muchacha y distraerla a toda costa.

Librodot

-No sé cómo -dijo, llorosa, la mujer-. Hay dolores que se resisten a todo.

-Mujer, algo podrá hacerse. ¿Te acuerdas del último

baile del Ministerio y de aquel baronet inglés que nos presentó el embajador de su país?

-¿Un joven moreno, bastante simpático, que bailó con Herminia?

-El mismo. ¿Te acuerdas?

-Por supuesto que me acuerdo. ¿Por qué lo preguntas?

-Ese sir Williams tiene una inmensa fortuna, es joven y parece ser que quedó vivamente impresionado por Herminia. El día de vuestro viaje vino a verme para hablar de ello. Y regresó al día siguiente paras rogarme que le permitiese tratar a Herminia con vistas a hacerla su esposa.

-Creo que la mujer que tiene el corazón destrozado por un amor, es insensible a otro amor -replicó Teresa, muy seria.

-Sí, yo también pensé en lo mismo. Pero luego consideré que tal vez podría ser una distracción que acabase con el recuerdo de ese amor vergonzoso. Si Hermina sabe que amó a un ladrón...

-Pero habría que volver a París -comentó la madre, con un estremecimiento de esperanza. Y eso seria la muerte para mi hija.

-No hace falta. Eso mismo le dije yo, pero sir Williams me expuso todo un plan de lo más seductor.

-¿Te has hecho cómplice suyo? -inquirió la mujer, alarmada.

-En cierto modo, sí. Y tú también lo serás si me dejas que te explique lo que se le ha ocurrido -añadió Beaupreau, que se expresaba con gran elocuencia al pensar en los millones que podría alcanzar ayudando a su futuro yerno-. Sir Williams, como todos los ingleses, acostumbra a viajar mucho. Ahora vendrá a visitar las playas de Armorica y un día se dejará sorprender por el crepúsculo y solicitará hospitalidad en Las Retamas.

-Pero tendrá que irse al día siguiente.

-Sí, a casa de nuestro vecino, el caballero de Lacy. Creo que es amigo de su sobrino, el marqués Gontran de Lacy, que vive en París, y podrá volver por aquí. Seguramente irán a cazar juntos y en los días que permanezca es posible que Herminia se deje ganar por su ingenio y distinción, y se olvide de ese miserable Fernando Rocher.

-No estoy muy segura de ello -comentó Teresa-. Mas por hacer dichosa a mi hija y lograr que olvide a ese joven que tan indignamente nos ha engañado, sería capaz de ponerme de rodillas delante del hombre que pudiera distraerla y pedirle que la salvara.

-No hace falta tanto, mujer -dijo, satisfecho, Beaupreau-. Esperemos que todo siga su curso. El tiempo arregla las cosas.

Tres días más tarde, el cartero llevó una carta al señor de Beaupreau y éste fue a Saint Malo a entrevistarse con sir Williams, que acababa de llegar de París y le esperaba en el vestíbulo de la fonda.

-¡Vaya, querido suegro! -le saludó sir Williams-. Es usted puntual.

-Salí en cuanto tuve su carta -respondió el aludido, estrechando su mano cordialmente-. Ya tiene de su parte a mi mujer.

-¡Caramba! Eso es estupendo. ¿Cómo me presentará a la muchacha?

-¡Ah, ese es mi secreto! -exclamó, presuntuoso, mientras guiñaba un ojo-. Escuche, desde Saint Malo a Las Retamas hay muy mal camino. Yo he citado a mi esposa, que saldrá a esperarme con mi hija en un recodo del acantilado conocido por el Salto del Fraile.

-Lo conozco -replicó con indiferencia el baronet, que recordaba aquellos parajes de

la época en que vivió en Kerloven, al oeste de Las Retamas.

-Pues bien, mi querido baronet -siguió Beaupreau-, allí quiero que usted me salve de un grave peligro.

Prepararon la hazaña y sir Williams se presentó en el lugar, poco antes de que llegasen las mujeres. Había dejado en el camino a su hermoso caballo de pura sangre y subido por la escarpadura. Allí adoptó una postura meditabunda y triste para contemplar la naturaleza. Herminia lo descubrió inmediatamente y empezó a inquietarse por lo que podría sucederle. Después lo vieron descender y montar en su caballo para alejarse hacia Saint Malo. Casi al mismo tiempo apareció en la distancia un carruaje que fue agrandándose. Lo arrastraba un caballo desmandado cuya loca carrera fue detenida por el desconocido, al que seguían con la mirada. Corrieron al encuentro del coche y vieron que se trataba de Beaupreau, el cual en seguida les dijo con voz temblorosa:

-Hijas mías, si no hubiera sido por este caballero, habría muerto. Este maldito caballo me arrastraba a una muerte segura.

Sir Williams, que había bajado los ojos modestamente y echado pie a tierra, miró a Herminia y ahogó un grito, mientras palidecía. Inmediatamente les saludó con precipitación y se retiró para montar e irse a galope. Los tres testigos se miraron entre sí, movidos por el mismo impulso, y Beaupreau murmuró:

-Qué hombre más extraño. ¿De dónde viene?

-No lo sé -respondió Teresa-. Lo vimos ahí.

-Pues a mí me parece que lo conozco -añadió el hombre.

-Creo que yo también -dijo Herminia en voz baja y pensativa.

-A no ser por él, me hubiese matado -agregó Beaupreau-. Bien, regresemos a Las Retamas.

Durante el camino, el jefe de negociado no hizo más que fijarse en Herminia. La joven parecía inquieta, como si le hubiera impresionado la presencia de aquel desconocido y deseara ver al salvador misterioso.

Este había llegado a todo galope al castillo de Las Retamas, donde Jonás lela un sabroso capítulo de Amadís de Gaula a la anciana y soñadora baronesa. Un capítulo donde precisamente se' hablaba de la inesperada llegada de un apuesto y misterioso caballero que se había extraviado en el bosque y acudía a pedir hospitalidad al castillo de la entristecida castellana.

Cuando sir Williams, detrás del viejo Ivon Caleb, hizo su aparición ante la baronesa de Kermadec, ésta creyó estar de nuevo en Versalles. Se arrellanó en su tumbona indicó un asiento al caballero que llegaba como un final de capítulo. Este empezó a hablar con voz trémula, impregnada de profunda melancolía. Le relataba toda una novela que enterneció a la baronesa, la cual no dejaba de pensar en los infortunios de su hermoso y apuesto Amadís. Al final, sir Williams le confesó, en medio de una gran turbación, que amaba a Herminia, pero que no era correspondido.

-Pero si Herminia es precisamente mi sobrina, la señorita de Beaupreau -exclamó, emocionada, la baronesa-. ¿Cómo es posible que tenga tan mal gusto y no quiera a un cumplido caballero como usted? ¿A quién j ama entonces?

-A un hombre indigno de su amor.

-¡Ah, eso he de saberlo inmediatamente! Ahora vendrá y lo pondremos en claro.

-¿Va a venir? -exclamó sir Williams, casi gritando de miedo.

-Claro que sí. La estamos esperando de un momento a otro para cenar.

-No, no puede ser -dijo el baronet, levantándose bruscamente-. Adió , señora. Perdóneme, pero no podría soportar encontrarme en su presencia.

Y antes de que la asombrada baronesa pudiera reaccionar, sir Williams volvió a

huir y a todo galope escapaba del castillo. Y mientras él se dirigía al castillo del caballero de Lacy con una carta de su sobrino, el marqués Gontran de Lacy, el señor de Beaupreau, su esposa y Herminia regresaban a Las Retamas.

La baronesa les contó la original visita del inglés y el señor de Beaupreau lo reconoció como su misterioso salvador. Esto dio pie a que se hablara de él y Herminia sintiese renacer en sí una extraña simpatía por aquel hombre que, según decían, sufría por estar locamente enamorado de una joven casi sin fortuna que a su vez era víctima de otra pasión.

Herminia estaba muy lejos de sospechar que todo aquello no era más que una comedia urdida por sir Williams, y empezó a compadecer al baronet pensando involuntariamente en su propio amor, tan violentamente aniquilado.

. -Hija mía -dijo la baronesa, buscando un pretexto para alejarla unos minutos-. ¿Quieres bajar para que apresuren la cena?

Herminia salió inmediatamente y la anciana agregó, muy convencida:

-¿Saben ustedes, queridos sobrinos, de quién está enamorado sir Williams?

-Si -afirmó Beaupreau-. De Herminia. Hace un mes que me pidió su mano.

-¿Y se la ha negado? -preguntó, sorprendida.

-Herminia iba a casarse con otro -dijo Beaupreau, y empezó a relatarle todo lo referente a Fernando Rocher.

-Eso es espantoso -exclamó la baronesa, al concluir el relato-. ¿Y Herminia ama a semejante pícaro?

-¡Ay, tía! -suspiró Teresa, que lloraba en silencio-. Me temo que ese amor le ocasione una grave enfermedad, o quizá la muerte.

Herminia tiene que amar a sir Williams. Es un joven agradabilísimo, noble... Y puesto que va a casa de mi cecino, el caballero de Lacy, haremos que Herminia lo conozca bien. Y eso va a empezar con una cacería. ¡Jonás, Jonás!

Y la baronesa, desplegando una actividad insospe- hada en su naturaleza, se puso a escribir a su vecino para que Herminia tuviera una hermosa cacería y puliera trabar amistad con sir Williams.

CAPITULO IX

Hacía tres días que la policía secreta del conde de Kergaz registraba inútilmente todo París en busca del paradero de Cereza, Juana o Baccarat. A la mañana del cuarto día, Armando se encontraba desesperado. Ninguna noticia le libraba de dar por perdida a la mujer amada. Estaba deshecho, hundido en su derrota, cuando apareció León Rolland.

El ebanista se había convertido en auxiliar suyo. Desde el principio había dado muestras de inteligencia y actividad, y el conde no tuvo inconveniente en proponerle que trabajase con él para esclarecer aquel misterio. En aquellos momentos, León acudía con una carta que Fernando Rocher le había dirigido. En ella le comunicaba que lo habían detenido por un robo que no había cometido.

-Creo que puede interesarle -dijo León-. El es un buen amigo mío y me gustaría ayudarle, por eso se la he traído.

Armando, tras leerla, decidió visitar a Fernando en la prisión de la conserjería. Le parecía extraordinariamente raro que cuatro personas, conocidas entre sí, desapare-

ciesen de manera tan misteriosa casi en las mismas fechas.

Fernando refirió al conde las circunstancias que precedieron a su escapada del Ministerio: la funesta carta de Herminia, que un desconocido le había llevado, su accidente en la calle, el despertar en casa de Baccarat, a quien no conocía, y su detención.

-Todo esto es muy extraño -comentó el conde, que había escuchado con interés su relato-. No cabe duda de que todas estas desgracias reunidas proceden de la misma mano. Será preciso encontrar a Baccarat.

-¿Dónde? -inquirió León-. También ha desaparecido.

-Lo más incomprensible -añadió Fernando- es que esa cartera con el dinero, que no toqué para nada, fuese encontrada en un bolsillo de mi gabán.

-Dígame una cosa : Esa señorita de Beaupreau, su prometida, ¿es rica? -preguntó Armando.

-No. Cuando el señor de Beaupreau accedió a concederme su mano, me obligó a renunciar a su dote, a pesar de que pertenece a su madre y él no es padre de Herminia.

-¿No es su padre? -exclamó el conde, extrañado-. ¿Acaso la señora de Beaupreau está casada en segundas nupcias?

-No..., no sé -balbució el joven, ruborizándose-. Creo que ella... había tenido un desliz.

El conde de Kergaz recordó inmediatamente la nota recibida unos días antes, donde se decía que Teresa se había casado con el empleado de un Ministerio.

-¿Sabe cómo se llama la señora de Beaupreau?

-Teresa. ¿Por qué? ¿Acaso la conoce?

-No, no. Pero me gustaría conocerla. Indíqueme su dirección y trataremos de localizarla. Hay que esclarecer esto y demostrar su inocencia. Estoy convencido de que no ha cometido ese robo.

El señor de Kergaz no quiso hablarle de la inmensa herencia que tal vez pertenecía a Herminia. Se limitó a prometerle que volvería al día siguiente y se fue, luego de dirigir al preso frases de esperanza. Una vez de regreso a su palacio en compañía de León, recogió el medallón que le entregara el barón de Kermarouët. Pero, antes de salir hacia la casa del señor de Beaupreau, hizo al ebanista partícipe de sus reflexiones.

-Yo creo que Baccarat fue la que dio los golpes -dijo León, tajante.

-No es posible. Baccarat amaba a Fernando y no

le interesaba perderlo. El hilo de toda esta intriga debe de estar en otra parte.

-Seguramente en esa herencia -indicó León-. Y si alguien conoce su existencia, también sabrá quién es su depositario.

-No es mala idea. Pero, ¿y la desaparición de Cereza?

-Cereza conocía a Fernando, que debía ser eliminado. Conocía a Juana y usted, señor conde, conoce a ambas. Es una cadena cuyos eslabones debían romperse.

-¡Eso es! -clamó Kergaz, creyendo adivinarlo todo-. La clave está en Andrés. Es un golpe suyo. Andrés es sir Williams; sólo nos falta conseguir el medio de probarlo.

-¿Y si fuéramos a su casa?

-Sí. Sebastián tiene un motivo para ir a visitarle. Mientras él va a casa de sir Williams, tú puedes acercarte a la del señor de Beaupreau y ver si puedo entrevistarme con su señora.

No había terminado de hablar, cuando un lacayo entreabrió la puerta del despacho y anunció:

-Señor conde, una señora desea verle. Asegura que es para un asunto muy importante.

-Dile que pase.

En seguida apareció en el umbral una mujer envuelta en un gran chal. León, nada más verla, lanzó un grito de alegría y dijo:

-¡Baccarat! ¡Es Baccarat! ¿Dónde está Cereza? ¿Qué ha hecho de ella?

La mujer, que aparecía pálida y temblorosa, con las ropas en desorden, al oír nombrar a su hermana los miró con asombro.

-¿Qué dice? ¿No está en su casa?

-Desapareció hace unos días.

-¡Esos miserables la han raptado! -exclamó, furiosa.

-¿De quiénes habla, señora? -preguntó Armando, mientras le ofrecía asiento.

-De sir Williams y Beaupreau. Pero ambos me las pagarán.

Al oír aquellos nombres, el conde miró a Sebastián y a León, y murmuró

-Estaba en lo cierto. Es Andrés -y añadió, dirigiéndose a Baccarat-: Señora, creo que al venir aquí busca amigos. Nosotros la ayudaremos en todo, pero será preciso que usted nos explique ciertos hechos.

-Señor conde, amo a un hombre que está preso.

Deseo salvarlo y vengo, por indicación suya, a contarle cuanto sé.

Baccarat empezó a relatar todas las circunstancias que la habían llevado a participar en aquella maquinación, desde la inesperada aparición de sir Williams, su confabulación y cómo, al final, el baronet la había encerrado en el manicomio del doctor Blanche.

¿De modo que a usted también la secuestró? -dijo el conde, vivamente impresionado por sus palabras.

-Y aún continuaría allí de no haber tenido la audacia de atacar a Ami doncella, Fanny. Se quedó conmigo a vigilarme por cuenta de sir Williams. Ella podía entrar y salir libremente de allí, y decidí escapar disfrazada con la ropa de mi criada.

¿Acaso no contó usted al doctor que la atendía, las circunstancias que condujeron a que la encerrasen sin estar loca?

-Claro que lo hice, pero no contaba coa sir Williams. Su diabólico ingenio le llevó a meter en mi propia casa a una extraña que se hizo pasar por mí. Si Baccarat seguía viviendo en su palacete, era imposible que los médicos me creyeran.

-¡Es inaudito!

-Inaudito, no; vergonzoso -dijo la mujer-. Me dejé arrastrar estúpidamente y soy culpable de que sufran personas a quienes amo. Es más, Fernando me creía cómplice de quien ha maquinado ese robo infame.

-¿Ha visto a Fernando?

-Sí, gracias a unas cartas de recomendación de mi amante, el barón. Lo primero que hice fue ir a verle para pedirle ayuda. Me creía de viaje e ignoraba cuanto me sucedía. Sir Williams falsificó mi letra y le escribió una carta tranquilizadora anunciándole mi ausencia.

-Una carta falsa, como puede ser la que Juana dejó a Gertrudis -comentó Armando, que se esforzaba en contener su cólera-. Ahora tenemos el hilo de esta oscura intriga. Ya sabemos contra quién luchamos. ¡Hermano, vamos a encontrarnos antes de lo que piensas!

La fuga de Baccarat alarmó al lugarteniente de sir Williams. Cuando descubrieron a Fanny amordazada, ésta declaró en contra de su señora y luego corrió a avisar a Colar, el cual pensó en escribir al baronet, pero considerando que ello retrasaría la boda y la posesión de los millones, decidió actuar por su cuenta. Lo importante era

que Baccarat no encontrase a León.

Se fue al taller del señor Gros y preguntó por el ebanista. Le dijeron que el joven no aparecía por allí más que de tarde en tarde.

-Su novia ha desaparecido -le dijo el maestro carpintero- y anda como loco buscándola.

-Necesito verle. ¿Dónde podré encontrarle?

-Estuvo aquí esta mañana, pero no sé si volverá por la tarde.

Colar, viendo que no encontraría a León Rolland en el taller, se fue a rondar los alrededores de la calle Borbon Villenueve, donde vivía la madre del muchacho. Por su parte, León, después de oír el relato de Baccarat, había acudido a casa del señor Beaupreau. Al comprobar que en ella no había nadie, fue a dar la noticia a Armando. Y a las cinco de la tarde apareció por el lugar en que le esperaba Colar.

Este, nada más verlo, salió a su encuentro y no le dejó subir a ver a su madre. Como se habían hecho buenos amigos durante el tiempo que Colar trabajó en la carpintería, León no tuvo inconveniente en comunicarle que estaba buscando a Cereza con la ayuda de su protector, el conde de Kergaz. La noticia sobrecogió a Colar, el cual se apresuró a decir:

-Tenía miedo de comunicarte una noticia. Estas cosas siempre hacen daño. Yo la he visto.

-¿Qué dices? -preguntó el joven, excitado-. ¿Dónde la has visto?

-En Bougival, ayer tarde. Iba en un coche cerrado. Un coche de dos caballos. Quedé extrañado, porque me pareció que la acompañaba un joven moreno.

-¡Eso es imposible!

-También me lo dije yo, pero me fijé bien. Era Cereza. La conocí perfectamente.

-Oyeme, Colar -dijo León excitado, mientras le cogía con fuerza una mano-. Tienes que ayudarme. Vendrás conmigo, ¿verdad?

-¿Pretendes que vaya a Bougival a estas horas?

-Dormiremos allí. No importa.

-Pero es que antes debo resolver un asunto -comentó el lugarteniente de sir Williams, y se quedó pensativo-. Si te parece, podemos vernos dentro de una hora en la taberna de la esquina.

-De acuerdo. Te esperaré ahí, pero no te retrases -suplicó León, que por la emoción temblaba de pies a cabeza.

Colar se marchó a realizar su diligencia. A entrevistarse con Nicolo para que buscase al cerrajero y a Mourax. Ya tenía cogido a León y necesitaba que salieran a esperarlos en la taberna Roja.

Entretanto, el ebanista se consumía de impaciencia. Estaba demasiado conmovido para pensar en nada que no fuese Cereza. Pero al ver pasar ante el cafetín a su amigo «Mala Suerte», se le ocurrió avisar a Armando y le escribió una nota.

-¿Quieres hacerme un favor? -pidió a su amigo, que había entrado a saludarle-. Entrega esto al señor de Kergaz.

-Con mucho gusto. Y tú, ¿qué piensas hacer?

-Me voy con Colar a Bougival en busca de Cereza.

-Si me lo permites, te daré un consejo -dijo «Mala Suerte», frunciendo el ceño-. No vayas con ése. Colar es un canalla.

-Te equivocas. Es un buen muchacho.

-Tengo mis razones para desconfiar, ya te lo he dicho otras veces. Pero haz lo que quieras.

-Me dirá dónde se encuentra Cereza. La ha visto.

-Yo, en tu lugar, no le diría nada de esta carta. Vete con él, que yo avisaré al conde

de Kergaz.

-Está bien. No le diré nada de la carta -admitió León.

«Mala Suerte» estrechó la mano de su amigo y se fue al palacio de la calle Cultivo de Santa Catalina. León volvió a contar con impaciencia los minutos. Al dar las seis apareció Colar.

-Vámonos -dijo éste-. Antes de una hora será de noche y es conveniente llegar pronto.

León Rolland siguió a Colar sin desconfianza. Tomaron un carruaje que estaba parado en el bulevar, frente a la calle Mazagram, y se dirigieron hacia Neuilly. Al cabo de más de media hora se encontraban en plena carretera hacia La Malmaison. Se había hecho casi de noche y ello logró sacar de su mutismo a León.

-¿Tienes algún proyecto para que podamos encontrar a Cereza? -preguntó a su compañero de viaje.

-Creo que lo mejor es ir a una taberna que hay en la carretera que va a Port Marly, al otro lado de las compuertas. A dicha taberna van los criados y los aldeanos

de los alrededores de Bougival. Así oiremos hablar de Cereza sin necesidad de andar preguntando.

-Me parece bien. ¿Queda aún mucho camino?

-No. Ya estamos fuera de Rueil. Quince minutos de viaje, a lo sumo.

El carruaje continuó rodando a buen ritmo y los dos hombres se encerraron en el mutismo que les había acompañado hasta entonces. Cuando llegaron a las proximidades de las compuertas de Marly, el vehículo se detuvo y Colar descendió.

-No podemos continuar en coche hasta la taberna -dijo a León-. Vamos.

Emprendieron la marcha hacia una casa solitaria construida a la orilla del Sena, cien metros antes de llegar a la maquinaria que acciona las compuertas. Su aspecto exterior era mísero y mezquino. La habían levantado con materiales procedentes de derribos y estaba embadurnada con pintura roja. Sobre ésta y en blanco, se leía: «A la reunión de los húsares de la guardia. Se sirve de comer y de beber por el descargador de barcos». El tal descargador era una vieja gruñona de voz recia y bronca que todo el mundo conocía por tía Fipart.

La viuda de Fipart era la querida del saltimbanqui Nicolo y vivía en la taberna con un muchacho de dieciséis años, al que la vieja consideraba hijo adoptivo. El joven se llamaba José, pero todos le conocían por Rocambole.

Rocambole era expósito y una tarde había llegado a la taberna cuando tenía doce años y era un chicuelo insolente y muy pervertido. Después de pedir vino y comida, quiso marcharse sin pagar. La vieja Fipart lo agarró del pescuezo e intentó darle una buena paliza. El pillastre no se arredré por nada y, cogiendo un cuchillo, se dispuso a matar a la tabernera. De pronto cambió de pensamiento y le dijo bajo amenaza:

-Ya ves que no volveré a ser parroquiano tuyo, y que podría «despenarte» y largarme con tus ahorros. Hasta mañana nadie descubriría lo ocurrido. Pero estoy seguro de que no tienes ni veinte francos y prefiero asociarme contigo.

La vieja, sin cesar de temblar, lo miraba con estupor. El granuja continuó con mucha calma:

-Aquí donde me ves, salgo de una penitenciaría. Me largué, ¿sales? Pero no me importa que me echen mano. No tengo ni un céntimo. Claro que si me admites harás

un buen negocio. Eres vieja, te encuentras sola y, aunque ladrona, ya no estás ágil para el trabajo.

Aquel cinismo convenció. a la tía Fipart. Admitió a Rocambole y éste se convirtió en un asociado realmente fiel. El chico la llamaba «mamá» con una especie de cariño descarado, y la vieja, en sus frecuentes ausencias, lo dejaba al cuidado de todo. El

expósito excitaba a los parroquianos bebiendo con ellos, se atrevía a registrarlos y los desvalijaba cuando caían borrachos bajo las mesas. Esto había sucedido durante cuatro años y en el momento que relatamos, cuando Colar y León entraron en la taberna roja, el muchacho se encontraba en el mostrador, leyendo una comedia, y la tía Fipart dormitaba sobre una silla, junto al fuego.

La taberna se encontraba desierta. Constaba de una sala en la que había un mostrador de estaño lleno de jarros, algunos bancos alrededor de unas mesas cuadradas cubiertas con un hule y una anaquelería con botellas de todos tipos y marcas. Una bujía, colocada en una palmatoria de hierro, iluminaba el tabuco de ennegrecidas paredes, sobre las que destacaban unos cromos con la batalla de Austerlitz, un Poniatowski de color violeta y un judío errante, azul celeste, con un sombrero amarillo.

-¡Eh, buena mujer! -dijo Colar, dando un puñetazo en la mesa situada junto a la puerta-. ¿Hay medio de beber un trago en esta casa?

-Entren, señores -invitó Rocambole, desde lo alto del mostrador.

Sobresaltada, la tía Fipart se despertó y gruñó

-¡Rocambole! ¡Eh, Rocambole! Sirve a estos señores -y al reconocer a Colar después de restregarse los ojos, añadió-: ¡Diablos, señor Colar! Hacía tiempo que no le veíamos. ¿Cómo está su señora?

-Muy bien -respondió Rocambole, riendo-. La es. posa del señor Colar está muy buena.

-¿Te has casado? -preguntó ingenuamente León a su acompañante.

-Sí, en el barrio del divorcio.

-¿Se ha divorciado, señor Colar? -exclamó Rocambole con malicia-. Cuánto me alegro. ¿No sabe que ando buscando mujer? Recomiéndeme una.

-¡Cállate, charlatán! -protestó Colar-. Deja la lengua en paz -y se dirigió a la vieja-: Denos el gabinete verde…

-No puedo, señor Colar. Lo tengo comprometido para unas personas muy distinguidas.

-¡Diablo! Denos el gabinete amarillo.

-Rocambole dijo la tía Fipart-. Acompaña a estos señores al gabinete que hay libre.

-Ya voy, ya voy -replicó el granuja, apresurándose a coger una vela de sebo para alumbrar el camino.

Por una escalera de caracol subieron al primer piso. En él había tres habitaciones : una para la tía Fipart y el saltimbanqui, y las otras dos como reservados para la clientela. León y Colar se instalaron en el pintado de amarillo y cuando Rocambole regresó con las bebidas, Colar le preguntó, guiñándole un ojo:

-¿Quieres ganarte un par de monedas, mocito?

-¿Qué debo hacer, señor Colar?

-Tener el oído fino y no contar cuentos. Dime, ¿hay por aquí algún vecino nuevo?

-No..., creo que no -dijo Rocambole, sentándose-. Bueno, sí. Un joven que se parece a un inglés millonario.

León se estremeció al oírle y pensó en sir Williams, de quien tanto había hablado Baccarat. -¿Y dónde 'vive ese inglés?

-Ha comprado el palacio que se encuentra en ese montículo de ahí cerca.

-¿Sabes si vive solo? ¿Si es joven?

-No he averiguado tanto. Sé que es joven, de unos treinta años, moreno, con bigote negro.

-El mismo -dijo Colar-. Ese es el que vi.

-¡Rocambole! -gritó, de pronto, la desagradable voz de la tía Fipart-. ¡Rocambole!

-¡Ya voy, mamá, ya voy!

-Baja a servir a estos señores. Apresúrate.

Rocambole suspendió las confidencias y se marchó a la planta baja. A los pocos minutos subió guiando a dos señores y los instaló en el otro reservado. León oyó cómo les decía antes de dejarlos:

-Los señores se van a encontrar como en su casa. Pueden hacer lo que se les antoje. Aquí no está prohibido hacer ruido.

-¿Ni romper las botellas?

-Tampoco, con tal de que las paguen.

-¿Sabes que ésta es una casa muy cómoda para asesinar a cualquiera sin que nadie se entere? -dijo Colar a León, cuando se hubo alejado Rocambole.

León Rolland miró con asombro a su interlocutor, que sonreía siniestramente. Colar se dirigió al tabique que comunicaba con el otro gabinete y lo golpeó mientras decía:

-¡Eh, amigos! Aquí tenemos al pájaro. Esta vez no puede escaparse como en Belleville.

Inmediatamente y ante la estupefacción del ebanista, se abrió la puerta del reservado y aparecieron Nicolo y el cerrajero, con una sonrisa en los labios. Y León comprendió que Colar era un canalla, que Cereza no se hallaba en Bougival y que estaba perdido en aquella emboscada. Sin embargo, instintivamente, dio un salto hacia atrás y se apoderó del cuchillo que había sobre la mesa.

-¿Es que pretendes batirte a cuchillo, infeliz? -chilló Colar.

-Hubiera sido mejor ahogarle -añadió Nicolo-. Así no quedarían huellas.

León retrocedía hacia la ventana, esgrimiendo el cuchillo sobre su cabeza.

-Muchacho, no hagas tonterías -gritó Colar-. No podrás escaparte.

-¡Socorro! -gritó el ebanista, intentando abrir la ventana.

Nicolo, con una destreza propia de su oficio, cogió una botella y se la arrojó a la cabeza. El golpazo aturdió al joven. Dejó escapar de la mano el cuchillo y estaba a punto de caer de rodillas cuando Nicolo saltó sobre él y lo aferró brutalmente entre sus brazos.

-¿Lo ahogamos? -preguntó.

-No. Estrangúlale -dijo Colar-. Acabaremos antes.

Y alargó a Nicolo un pañuelo de seda negro que llevaba como corbata. León, aunque aturdido y con toda la cara ensangrentada, se debatía entre los brazos de Nicolo y no dejaba que Colar le echase el pañuelo al cuello.

-Vamos, sujetadlo bien -gritó Colar-. Es necesario acabar de una vez.

El cerrajero ayudó a Nicolo a sujetar a León, y Colar pudo enlazarlo con el pañuelo para estrangularle. Mas apenas había empezado a apretar, cuando surgió una sombra tras la ventana y luego el cristal saltó hecho añicos. Brilló un rápido fulgor acompañado de una detonación y Colar, herido, cayó al suelo. Nicolo y el cerrajero, aterrados, soltaron a su víctima y retrocedieron al otro extremo del cuarto.

-¡El hombre de Belleville! -exclamó Nicolo al reconocer al conde de Kergaz, que en aquel momento saltaba dentro de la habitación, con una pistola en la mano. Sin pensarlo, el bandido se precipitó hacia la escalera, y cerró la puerta tras él, para bajar los peldaños de cuatro en cuatro.

En la planta baja se hallaba la tía Fipart y Rocambole jugando a las cartas. Habían oído la detonación y apenas se inmutaron, pero al ver aparecer a Nicolo interrumpieron el juego.

-Nos hemos lucido -dijo éste, sin disimular su miedo-. Colar ha muerto. El hombre de Belleville..., el conde... Yo me largo. ¡Salvaos!

De un salto abandonó la taberna y desapareció en las tinieblas, dejando a la tabernera y a Rocambole boquiabiertos y sin saber qué pasaba.

-¡Estamos perdidos! -exclamó la viuda, temblando de miedo.

-No te preocupes. Aquí está Rocambole -dijo el muchacho, recobrando su ánimo-. Desmáyate, que yo me encargaré de lo demás -y el joven empezó a subir la escalera, gritando-: ¡Ladrón, asesino!

Derribó la puerta del gabinete amarillo y se encontró con el conde de Kergaz inclinado sobre Colar. León, que se había recobrado ante la intervención de sus amigos, tenía sujeto al cerrajero que se hallaba en el suelo, con las rodillas de su aprehensor apoyadas en su pecho.

-¡Ladrones! ¡Asesinos! -volvió a gritar Rocambole, dispuesto a marcharse, cuando vio el panorama.

«Mala Suerte» se había precipitado sobre él. Lo enlazó por las piernas y le hizo caer al suelo.

-¡Ladrones, asesinos! -seguía aullando Rocambole.

-Si continúas gritando, te mato -amenazó «Mala Suerte», poniendo ante la cara del muchacho el cuchillo que León había dejado caer.

-Me callaré porque eres un bruto -murmuró Rocambole, sin perder su sangre fría y quedándose muy tranquilo.

Entretanto, el señor de Kergaz continuaba inclinado sobre Colar y trataba de que le confesara cuanto sabia.

-Te morirás como un perro si no confiesas tus crímenes y te arrepientes de ellos -decía-. ¿Dónde están Juana y Cereza?

-No sabréis nada. El capitán me vengará.

-¡En nombre de Dios! Habla -suplicó Kergaz.

-¿Quiere usted saberlo? -murmuró el moribundo-. Juana es la querida de sir Williams... ¡No sabrá nada más!

Y tras decir aquella mentira, Colar arrojó una boca nada de sangre en medio de una convulsión agónica, y expiró.

Armando se volvió, irritado, al cerrajero y le apoyó su pistola en la frente, ordenándole con energía:

-Habla o te mato.

-Yo no sé nada -balbució, muerto de espanto, el cerrajero-. Colar es el que lo sabía todo. Ese muchacho debe de estar enterado del asunto -añadió, señalando a Rocambole.

Este, que seguía inmóvil bajo la rodilla de «Mala Suerte», lo oyó y dijo con sangre fría:

-Yo lo sé todo.

-Pues entonces habla -rugió «Mala Suerte», apoyando el cuchillo en su pecho.

-Puedes matarme, que no diré nada.

-Aguarda, tal vez' se decida a hablar -dijo el conde, acercándose-. ¿Quieres dinero?

-Sí, señor. Si no lo me lo da, máteme. La vida sin dinero es muy sosa -replicó cínicamente Rocambole-. De momento quiero diez luises y que me suelten.

-Ahí los tienes -dijo el conde, arrojándole las monedas e indicando que lo soltaran.

-Colar ha mentido -afirmó con tranquilidad el muchacho, después de recoger su dinero-. Sir Williams raptó a esa joven, pero no es su querida. Ella no le quiere.

-¿Y dónde está? -preguntó con viveza el conde-. ¡Habla!

-A diez minutos de aquí. La tienen encerrada en una casa cercana al otro lado del río. Hay que cruzar por la pasarela de las compuertas.

-Vamos allá -indicó con impaciencia Armando.

Librodot

-Señor conde, supongo que este servicio vale más de diez luises.

-Si encuentro a Juana te daré cincuenta.

-Eso sí que es hablar bien -afirmó Rocambole-. Síganme ustedes.

Armando, «Mala Suerte» y León le siguieron. Este último soltó al cerrajero, al que amenazó con matarle si lo encontraba de nuevo en su camino.

-¡Eh, no seas necio! -protestó Rocambole, a quien «Mala Suerte» continuaba sujetando por el cuello-. ¿Tienes miedo de que me escape? Sólo pretendo ganarme cincuenta luises.

Atravesaron la planta baja, donde la tía Fipart fingía estar desmayada, según recomendación de Rocambole.

!Pobre mamá! -dijo éste-. Qué susto ha pasado. Voy a abrazarla para que se tranquilice -levantó a la vieja y le dijo al oído-: Lárgate pronto, que voy a jugarles una mala pasada.

Rocambole salió delante para guiarles precedido de «Mala Suerte», que no quería soltarle.

-Las dos mujeres se encuentran en la isla -les decía el muchacho, caminando hacia las compuertas-. Ahora las verán cuando lleguemos a la casita.

Se metió por la pasarela de la máquina y en tono joco- so dijo a «Mala Suerte»:

-Procure caminar muy derecho, camarada. Si se cae al agua, va a beber más de la que quisiera.

-Tú sí que debes andar derecho, muchacho -replicó «Mala Suerte».

-¿Sabe nadar? -le preguntó Rocambole.

-No -respondió el aludido.

-Qué lástima, porque le va a tocar ahogarse -dijo Rocambole, a la vez que con un movimiento brusco se desprendía de «Mala Suerte» y lo tiraba al agua.

«Mala Suerte» cayó lanzando un grito horrible. Rocambole se volvió a Armando y le gritó:

-¡Adiós, señor conde! Por mí no sabrá nunca dónde está Juana.

Y se zambulló en el Sena para nadar bajo el agua. Desapareció entre la oscuridad que envolvía el río antes de que Kergaz, estupefacto, intentase hacer movimiento alguno. En seguida León empezó a llamar a su amigo y, el conde trató de escudriñar las aguas. Pero la noche estaba tan oscura que a veinte pasos no se distinguía nada. Al final regresaron a la taberna con la esperanza de arrancar la verdad a la tía Fipart, pero ésta ya había desaparecido y todo aquello se encontraba desierto.

-¿Qué hacemos con este cadáver? inquirió León.

-Nada. Es mejor marcharnos y dejar las cosas como están. Ahora ya sabemos que esta gente conoce el paradero de Juana y de Cereza. Pondremos vigilancia en los alrededores.

-¡Pobre Luis! -se lamentó León-. He sido-la causa de su muerte.

-Tranquilízate, le vengaremos -prometió Kergaz. lleno de cólera, mientras se dirigía al tílburi que los había llevado hasta allí-. Ahora se verán obligados a decimos la verdad.

CAPITULO X

Aquella mañana era la escogida para celebrar una cacería de jabalíes. En Las

Retamas todo era inquietud y emoción. Herminia había dormido poco. Tuvo el presentimiento de que aquella jornada sería pródiga en acontecimientos y emociones. Y que la presencia de aquel hombre enigmático, sir Williams, al que apenas había visto, influiría en su destino.

Teresa, su madre, había pasado la noche rezando con fervor, invocando la protección del cielo para su hija. Quería que se inclinase hacia sir Williams y olvidara el amor del indigno Fernando. Cuando entró en el aposento de su hija, ésta ya se encontraba despierta. La ayudó a vestirse y preparar su tocado con gran minuciosidad y alegría. El traje de amazona, en paño verde, que pertenecía a la baronesa de Kermadec como pre- cioso recuerdo de juventud, se adaptaba tan bien a su elegante y esbelto talle que Herminia resultaba doblemente encantadora y atractiva.

La joven descendió al patio de Las Retamas acompa- fiada de su madre. Allí aguardaba una hermosa jaca que el señor de Lacy ponía a su disposición. El galante caballero no había descuidado los detalles. Además de ofrecerles la cacería, había enviado monturas para el señor de Beaupreau y para su hija. La de ésta era una jaca llamada «Pierrette», de la alzada de un caballo árabe : pelo gris, cabeza pequeña y algo cuadrada, y el remo nervioso y fino. Jonás, el joven lector de la baronesa, la tenía sujeta del bocado y ayudó a Herminia cuando ésta decidió montarla. La joven sabía hacerlo con donosura y destreza, aunque jamás había seguido en los bosques, entre claros, matorrales y bajo las copudas y verdes encinas de Bretaña, la agotadora y excitante caza de un animal.

Por su parte, el señor de Beaupreau no había montado más de diez veces en toda su vida y era incapaz de distinguir un pura sangre de un penco. Sus hazañas cinegéticas se reducían al asesinato de un pájaro enjaulado, lo cual no era obstáculo para que se complaciera relatando sus proezas de caza y de equitación ante la maliciosa sonrisa de la anciana baronesa. El caballo enviado por el señor de Lacy era un media sangre irlandés de color bayo tostado, que antes había sido dedicado a carreras y que nada más recibir el peso del jinete fue espoleado salvajemente por éste. El relincho, el salto y su carrera furiosa hacia la maleza fue algo que no olvidaría el jefe de negociado.

Jonás debía servir de guía al padre y a la hija a través de las malezas del bosque. Vestía con el traje de fiesta y sombrero de anchas alas, pero se había despojado de los zuecos para correr descalzo y con libertad. Dejó que el señor de Beaupreau, cogido al pomo de la silla, desapareciese aterrado en el bosque y siguió corriendo ante la jaca de Herminia. De pronto se detuvo y exclamó:

-¡Los perros! ¡Se oye a los perros!

Herminia escuchó los ladridos de la jauría, a no muy larga distancia, y se entusiasmó tanto como el joven Jonás. Este corría excitadamente y no hacía más que gritar:

-Están en el valle. ¡Vamos de prisa! ¡Venga!

La muchacha se vio obligada a dar rienda suelta a su jaca para que galopara siguiendo al entusiasmado muchacho, a quien empezaban a electrizar las sonoras trompas de caza.

Ya eran las diez de la mañana. El sol fundía la escarcha en las ramas de los árboles. El suelo estaba helado y crujía bajo los cascos de los caballos. Y el fresco aire permitía percibir el menor ruido, aunque proviniese de muy lejos.

Jonás cabalgaba al trote por la espesura sin acordarse de Herminia, que lo seguía con su misma preocupación y deseo: asistir a la muerte del jabalí. Todo era nuevo para ella y cada vez era mayor su entusiasmo. El sonido de la trompa apresuraba el latido de su corazón y el ladrido de los perros le hacía presentir que se realizaría un gran acontecimiento. Olvidó momentáneamente sus dolores, la desesperación de la

Librodot

víspera, a su madre, al señor de Beaupreau y a cuanto podía inquietarla. Sólo estaba trémula de ardor y obedecía a la fiebre súbita de los momentos culminantes en una cacería. Ella también corría hacia donde ladraban los perros y el mismo Jonás ya había desaparecido de su vista.

De pronto llegó a un claro del bosque y descubrió a Jonás, inmóvil al borde de un precipicio, gritando con entusiasmo:

-¡Venga, perritos! ¡Animo!

Herminia adelantó su yegua y se reunió con él. Entonces descubrió un espectáculo maravilloso. Una panorámica grandiosa y extraña que la muchacha podía abarcar con la vista desde la altura : un valle que se extendía hasta el mar, en cuya inmensidad brillaba el sol y se confundía el cielo con el horizonte. El valle era estrecho, encajonado entre dos murallas de granito que se abrían en un callejón sin salida, donde las rocas poseían tal elevación que a cualquier ser viviente le era imposible escalarlas.

A izquierda y a derecha podía contemplar los pintorescos paisajes de la Bretaña. Las laderas cubiertas de encinas y rojizos brezos. Sus campos de doradas retamas y sus grises páramos.

En el fondo del valle se oía el gran ruido de la cacería que se acercaba. Luego, de entre las malezas surgió el jabalí y ascendió hacia el callejón sin salida, veloz como una. bala de cañón, tronchando los juncos y los matorrales que le salían al paso. Tras él, a unos cien Pasos, seguía la jauría aullante, feroz, ladrando con rabia. Corría de forma tan compacta que se la podía cubrir con una manta, a pesar de formarla unas veinte cabezas. Después, tras los perros, Herminia descubrió a un jinete que montaba un caballo negro y lo guiaba con un atrevimiento inaudito entre rocas y matorrales, mientras tocaba con la trompa una marcha ruidosa que a la joven le pareció llena de armonía.

Aquel joven lleno de ardor y que Herminia había entrevisto la víspera en el castillo de Las Retamas era sir Williams, quien con su temerario arrojo estaba impresionando a la muchacha. Y Herminia, que todavía amaba desilusionadamente a Fernando y sólo experimentaba indiferencia por el baronet, se descubrió con el corazón encogido, latiendo a impulsos de una extraña e inexplicable emoción.

El jabalí, ciego y furioso, se enfrentó contra las paredes rocosas. Al comprender que no tenía salida, dio dos corridas por el callejón sin salida y se resolvió a enfrentarse a los perros, que llegaban rápidamente con el coraje de su valiente raza.

La presa era digna de un rey. Un solitario jabalí de gran tamaño, flaco, alargado, de patas altas, pelaje marrón rojizo, enormes fauces y unas formidables defensas con las que acometió a los primeros perros que se pusieron a su alcance. Los derribó, los pisoteó y destrozó.. El resto de la jauría, temerosa, lo rodearon sin cesaren sus ladridos y sin darle oportunidad para escapar. Lo tenían medio encogido, el cuarto trasero apoyado en la roca, las fauces abiertas y los ojos sanguinolentos.

Sir Williams se detuvo cerca, seguido por el montero del señor de Lacy, el cual, por prudencia o por cabalgar mala montura, se había quedado atrás y no se le veía.

Herminia, sobrecogida por la emocionante grandeza del espectáculo, contemplaba sin moverse los preludios de aquella lucha terrible en la que intervendría el hombre. Un sir Williams arrogante que echó pie a tierra y se encaró el rifle para disparar contra la fiera. La bala no alcanzó al jabalí y entonces el baronet, arrojando el arma, se aprestó a atacarlo con un cuchillo de caza y un látigo.

Sir Williams caminaba con la cabeza alta, como un conquistador. Su rojo traje de caza, según la moda in glesa; el aspecto salvaje del lugar; los ladridos de los perros y los broncos gruñidos del jabalí, que esperaba a pie firme el ataque, contribuían a

aureolarlo de un prestigio extraño que no pasó inadvertido a Herminia. El corazón de la muchacha latía con tal fuerza que parecía escapársele. Y, sin embargo, aún no había adivinado lo que sucedería. Sólo cuando percibió que sir Williams continuaba avanzando, fustigando a los perros que tenía delante para que le dejaran paso hacia la fiera; cuando comprendió que aquel hombre, temerario hasta la locura, pretendía jugarse la vida luchando contra el animal, cerró los ojos, dio un grito de angustia y se dejó caer de su silla, desmayada y moribunda, en brazos de Jonás, que la libró de caer al precipicio.

Sir Williams, con una habilidad maravillosa y una sangre fría extraordinaria, atacó al jabalí y le clavó su cuchillo hasta las guardas en un costado. Al sordo gruñido de dolor se unid un grito de triunfo. Inmediatamente el jabalí cayó herido de muerte y el vencedor apoyó un pie triunfalmente sobre su cuello sin que Herminia, desmayada, viera el final de su hazaña.

Cuando la señorita de Beaupreau volvió en sí, se encontraba echada sobre la hierba a pocos pasos del lugar de la hazaña de sir Williams. Sus asustados ojos descubrieron al baronet, al señor de Lacy y a Jonás, inclinados atendiéndola con solicitud.

-Perdone el susto que le he proporcionado con mi imprudente conducta -dijo sir Williams, con voz trémula y aún jadeante por el esfuerzo realizado.

Herminia, que había podido percibir su fría y resuelta mirada cuando se disponía a acometer a la fiera, ahora lo descubrió tembloroso, pálido, conmovido y arrodillado ante ella para solicitarle perdón. Aquello la turbó y le hizo experimentar por segunda vez la extraña fascinación que sir Williams ejercía sobre cuanto le rodeaba.

-Caballero -balbució ella-. Ha sido el peligro que usted ha pasado... Pero le veo sano y salvo... y...

La joven se ruborizó y no concluyó la frase.

-¡Pardiez, mi querido huésped! -exclamó el caballero de Lacy, entusiasmado-. Si siempre caza así los jabalíes, le nombro el rey de los cazadores británicos.

Jonás murmuró en voz baja:

-Ayer dije a la baronesa que este hombre era el diablo y sostengo mi idea. No puede ser otro.

En aquellos instantes se oyó el galopar de un caballo que a rienda suelta desembocó en la explanada con el señor de Beaupreau; éste llevaba el traje destrozado. Estaba lívido y con un gran miedo en el cuerpo, montaba de mala manera. Jonás corrió a detenerlo y el jefe de negociado aún lanzó su último grito de terror cuando el animal, encabritándose, lo arrojó al suelo.

Todos, incluso Herminia, acogieron su llegada con ruidosas carcajadas. El señor de Lacy le gastó varias bromas y al final todos emprendieron el regreso a Las Retamas, donde sir Williams estaba invitado a comer con su anfitrión, la baronesa de Kermadec.

Cuando llegaron al castillo, Herminia se hallaba pensativa. Durante el trayecto había escuchado atentamente al baronet, quien le hablaba con entusiasmo de la verde Erín, su nebulosa patria, la tierra de los mártires que siguen su camino con la frente erguida a pesar de las persecuciones y con la mirada, algunas veces, puesta en Francia. También le habló de su horror por Inglaterra, de la tristeza causada por su vida errante y su ansiosa aspiración por formar un hogar en Francia con una compañera digna de él.

La señora de Beaupreau, que aguardaba con ansiedad el regreso de su hija, al ver tan pensativa a Herminia creyó leer en su rostro que sir Williams ya no le resultaba tan indiferente. Y con trémula alegría, la pobre madre lanzó una mirada de agradecimiento al baronet. Al mismo tiempo, la baronesa de Kermadec daba a éste su

mano a besar y le decía en voz baja:

-Al fin veo que es usted razonable y viene por aquí. Confíe en mí. Le daré buenos consejos porque le tomo bajo mi protección y mi amparo. Le amará, no pierda cuidado.

-Señora -balbució él, fingiendo gran confusión, mientras pensaba que tenía de su parte al padre, a la madre y a la tía. Si en ocho días Herminia no le quería, habría de achacárselo a que era torpe e indigno de casarse con una dote de doce millones.

En el transcurso de la comida, quiso que Herminia viese en él al caballero, al inglés frío, reservado, melancólico y fiel observador de las más rigurosas conveniencias sociales. Sabia que a una mujer le seducía mucho el hombre que mostraba una reserva fría, reemplazada a veces por arranques de fogosa pasión. Y él, que se había presentado a ella en dos ocasiones dramáticas, como los hombres que se muestran a las mujeres sobre un pedestal y rodeados de gran prestigio, quiso parecer a sus ojos moralmente como era en lo físico, y apenas levantó la vista para mirarla, pero habló con ingenio y dejó adivinar su clara inteligencia.

Después del café, el señor de Lacy solicitó permiso paz a retirarse, mas sir Williams aún permaneció en el castillo un par de horas más. Tan pronto hablaba con la baronesa como con Teresa, acabando por conquistar a ésta. A Herminia le dirigió muy pocas palabras, y luego se retiró acompañado del señor de Beaupreau, el cual, mientras caminaban por la umbrosa arboleda de la avenida del castillo, le dijo con admiración:

-Mi querido yerno. Es usted extraordinario en cuestión de amores. Créame que le admiro.

¡Psche! -exclamó con modestia el baronet-. Cuestión de costumbre. La seducción es un arte.

-Puede estar tranquilo. Herminia le querrá, o por lo menos consentirá en casarse con usted.

-Me basta con eso -replicó él, con calmosa fatuidad-. No me importa su amor.

-Y -dijo Beaupreau, que se -estremeció ante la palabra amor, pensando en Cereza- arreglaremos rápidamente el asunto.

-Así lo espero.

-Podremos publicar las amonestaciones y concluir en quince días.

-Eso espero.

-¿Promete entregarme a Cereza? -Desde luego, querido suegro.

-¡Oh! -exclamó Beaupreau, con un brillo de pasión en la mirada-. Se casará con Herminia, se lo juro.

-Y yo confío en ello. Adiós, querido suegro.

-Querrá decir, hasta la vista.

-Sin duda. Mañana volveré. Ya encontraré un buen pretexto.

-Y, entretanto, yo me encargaré de elogiarle.

Sir Williams encendió un cigarro. Puso el pie en el estribo, estrechó por última vez la mano de su cómplice y partió a galope, mientras Beaupreau regresaba a Las Retamas, soñando con su Cereza. Su pasión por ella crecía por momentos.

Desde Las Retamas a la Mansión, donde sir Williams había sido acogido por el señor de Lacy, gracias a una carta de recomendación de su querido sobrino Gontran de Lacy, existían dos caminos. El más largo y cómodo pasaba por el bosque y otro más corto por el acantilado. El baronet conocía ambos, sobre todo el del acantilado, ya que atravesaba Kerloven, finca patrimonial de los Kergaz, donde había nacido el vizconde Andrés y que, robada por el conde Filipone, había retornado a Armando.

Desde hacía algunas horas, sir Williams experimentaba un vago temor a que

Armando hubiera seguido sus huellas y se encontrara en Kerloven, dispuesto a vigilarle. Su presencia en Bretaña podía desbaratar sus planes, hábilmente urdidos. Y por dicha inquietud quiso pasar por Kerloven y cerciorarse de su llegada o de si le esperaban.

No tardó en llegar a lo alto del acantilado y desde allí divisó el edificio, con sus torres feudales elevándose al cielo. Cabalgó hacia él y poco después se estremeció y se detuvo bruscamente. Una luz acababa de brillar en una ventana del primer piso.

«¿Estará Armando? -pensó sir Williams, cuyo corazón palpitó violentamente-. No tengo inconveniente en encontrarme con él ni que me reconozca, pero que sea después de casarme con Herminia.»

Aflojó las riendas de su caballo y continuó su camino, tomando la precaución de cubrirse el rostro con uno de los embozos de la capa. El sendero pasaba por delante de la puerta principal, a través de cuya reja entreabierta sir Williams vio usa silla de postas. Tembló un instante y volvió a aflojar las riendas del caballo, como si temiese permanecer más tiempo en los alrededores. Cuando se hubo alejado un kilómetro, se cruzó con un joven campesino que cantaba, con voz sonora y fresca, una popularísima canción bretona.

-Hola, amigo -saludó sir Williams.

-Señor -saludó el labriego-. ¿Puedo servirle en algo?

-¿Es éste el camino para La Mansión?

-Sí, señor. Todo derecho.

-Gracias, amigo -y sir Williams continuó dos pasos, para girarse en la silla-. ¿A quién pertenece el castillo que se halla frente a nosotros?

-Al señor conde de Kergaz, pero su dueño no está ahora.

-¡Ah, ya! -exclamó negligentemente el baronet-. ¿Y dónde se encuentra? Me pareció ver un carruaje en el patio.

-En París, pero no vendrá hasta el otoño. Su intendente, el señor Sebastián, llegó esta tarde. Buenas noches, señor. Dios le guarde.

-Buenas noches, y muchas gracias.

El campesino continuó su camino y sir Williams el suyo, pensando en la extraña coincidencia de su presentimiento y la aparición de Sebastián. Se dijo que al día siguiente, después de rendir visita a Las Retamas, volvería por Kerloven a fin de vigilar los pasos del viejo Sebastián.

El fiel servidor había salido de París el mismo día de la muerte de Colar. Cuando Armando y León regresaron a la calle Cultivo de Santa Catalina, el anciano había comunicado a su señor que acababa de saber el paradero de sir Williams, hospedado en casa del caballero de Lacy, en Bretaña. El conde de Kergaz lo envió inmediatamente a su castillo, con minuciosas instrucciones, y Sebastián, nada más llegar a Kerloven, tuvo conocimiento de la cacería y de la hazaña ante la desmayada Herminia de Beaupreau. Esta noticia le estremeció y le obligó a escribir inmediatamente a París, avisando que allí se estaba hablando del próximo matrimonio entre el baronet y Herminia. Pero lo que más conmovió al viejo sirviente fue encontrarse con Jerónimo, el idiota, nada más entregar la carta al recadero.

-Le he visto -le dijo éste-. Le he visto bien y le he reconocido. Es él. Si, es él.

-¿Quién? -preguntó Sebastián, asombrado.

-El hijo del asesino -respondió el idiota.

«¡Vaya! Puesto que lo ha reconocido, ya tenemos un auxiliar», pensó Sebastián.

A la noche siguiente, cuando la luz de la luna ya brillaba en todo su esplendor, salió a pasear por el sendero que bajaba hasta el fondo del valle y se encontró con un jinete que procedía de Las Retamas. Sir Williams, después de haber pasado toda la

Librodot

tarde jugando a las tablas reales con la baronesa y ruborizar a Herminia con su presencia, se había envalentonado con la idea de hacer una visita a Sebastián y enterarse de las obligaciones que le habían llevado a Kerloven.

Al llegar al fondo de una especie de embudo que hacía el sendero, allí donde sólo rugía el mar en la gran profundidad, sir Williams vio la silueta de un hombre que se adelantaba hacia él. Luego apareció otra que seguía el mismo camino y cuando ambos estuvieron cerca de él, una voz le estremeció al decir:

-Buenas noches, sir Williams.

-Es él. No me equivoco -dijo el segundo personaje.

El baronet reconoció las voces de Sebastián y del idiota, aquel que días antes lo abordó mientras paseaba con el caballero de Lacy. E instintivamente echó mano a las pistoleras de la silla de montar. Estaban vacías y aquello le aterró.

-¡Vaya! -exclamó, fingiendo sorpresa-. Usted es mi adversario.

-El mismo, caballero.

-¡Diablos! Sí que es raro el encuentro.

-¿Le parece?

-¡A fe mía que sí, señor Sebastián! -afirmó el baronet-. ¿Y de dónde sale ahora?

-De París. Llegué ayer y ya lo debe de saber por el criado que se encontró anoche.

-¡Ah, sí! Es cierto -exclamó sir Williams, con san

gre fría-. Lo había olvidado.

-¿También ha olvidado que se parece extraordinariamente al hermano del conde de Kergaz, mi señor? Todo el mundo le toma por él, incluso este hombre.

-¿Cómo? ¿Ese hombre? ¡No puede ser!

-Este hombre pasó toda su vida en Kerloven y conoció al miserable asesino Filipone.

Sebastián calló después de pronunciar aquel nombre, pero sir Williams no pestañeó ni después de oír tratar a su padre de asesino.

-¿También ha conocido a su hijo?

-Igual que yo -replicó Sebastián.

-Afortunadamente, usted...

-¡Oh, sí! -cortó el ex húsar-. Yo ya sé a qué atenerme.

Sir Williams, que experimentaba una ligera opresión, respiró un poco y preguntó:

-Está claro. ¿Y a dónde se dirigía cuando le he encontrado?

-En su busca. Presentía que pasaría por aquí.

-¡Caramba! Eso sí que es coincidencia.

-No lo crea; si no, juzgue. Yo sabía que había venido

a Bretaña. Es un buen sitio para la caza, ¿verdad?

-Cierto.

-Sobre todo cuando uno es joven y atractivo como usted. Claro que la caza no es suficiente y se desea un poco de amor.

-¡Oh! Pero tan poco...

-Se busca en las cercanías una muchacha linda, pero que además tenga una buena dote.

-Es usted muy ingenioso, señor Sebastián.

-En Bretaña no faltan muchachas bonitas, pero sí buenas dotes...

-No soy exigente.

-Lo creo, pero usted no se casaría nunca con una joven sin dote.

-¡Quién sabe! -murmuró el baronet, inquieto por el tono irónico de Sebastián.

-No lo niegue. Lo sé perfectamente. La señorita de Beaupreau es hermosa, joven, virtuosa...

-¿La conoce?

-Sólo de nombre, sir Williams. Tendrá una buena dote, además de la herencia que el barón Kermor de Kermarouët le deja en su testamento -dijo Sebastián con frialdad y convencimiento.

-¿Qué dice? -exclamó sir Williams, mostrando la más grande ignorancia-. Mi querido Sebastián, eso es toda una noticia. Yo ignoraba...

-¡Ah! En ese caso...

-¡Es él! El mismo -interrumpió de pronto el idiota, que se había sentado sobre una piedra del camino.

-¡Ah! -exclamó sir Williams, que deseaba cambiar de conversación-. Ese hombre me molesta.

-No haga caso, está loco -replicó el servidor-. Le decía que la fortuna del barón asciende a doce millones.

-¡Usted está loco! -exclamó el baronet-. Una cantidad semejante es para perder la cabeza.

-Usted la perderá, sir Williams.

-Caballero -replicó fríamente el baronet-. Si cree que puede embromarme de mala manera, se equivoca.

-No me place gastar ciertas bramas. El conde de Kergaz es el ejecutor testamentario del barón de Kermarouët. Si tiene la bondad de apearse del caballo podríamos seguir hablando más sobre el asunto.

-Señor mío -dijo sir Williams, que no dejaba de estar inquieto y miraba recelosamente a su alrededor-. Me parece bastante incómodo. ¿Por qué no he de continuar a caballo?

-Porque tengo que hablarle de muchas cosas. En principio, de una mujer llamada Baccarat.

-No la conozco -dijo sir Williams, aparentando tranquilidad, pero sin poder evitar un estremecimiento.

-Tiene mala memoria, porque usted fue quien la dejó encerrada en un manicomio.

-¿Ha salido de él? -exclamó el baronet, olvidando todo fingimiento.

-Por fin se traiciona -dijo Sebastián, mientras el jinete se mordía con rabia los labios-. Sí, Baccarat salió y fue en busca del conde de Kergaz.

Sir Williams ahogó un grito.

-Vamos, caballero -dijo con calma Sebastián, y como viese que su enemigo intentaba moverse, sacó una pistola y lo encañonó-. ¿Por qué no descabalga y así hablaremos mejor?

-¡Mátelo, mátelo! -gritó el idiota-. Mate al hijo del asesino.

El baronet comprendió que debía obedecer y descendió en silencio, mientras Sebastián tomaba de las riendas el caballo y lo montaba.

-Ahora no podrá huir, o al menos yo lograría alcanzarle y arrojarlo al mar si es preciso.

-Señor -replicó el baronet-, creí que, me encontraba ante un .hombre de honor, pero me he engañado. Estoy a merced de un bandido.

-Eso da lo mismo. Ahora, escúcheme. Decía que Baccarat fue a ver al señor conde y le contó una historia muy extraña, en la cual intervenía un miserable, un tal vizconde Andrés, que se parece mucho a usted.

-¿Sí? ¿Y qué más?

Sebastián fue relatando cuanto les había contado Baccarat, y al final, con voz lenta y grave, como la de un juez leyendo una sentencia, añadió:

-Y ahora, vizconde Andrés, reza una oración si sabes, porque vas a morir sepultado

en el océano.

-¿Va a asesinarme? -inquirió sir Williams, perdiendo su sangre fría y viendo llegado su último momento.

-Sólo se asesina a las personas honradas. A los criminales se les mata como a perros.

-Si me mata -clamó, aterrado, el baronet-, no sabrá nada acerca de Cereza y de Juana.

-¡Hablad, pues! Y entendámonos, vizconde. El señor de Kergaz me ha encargado que le diera cien mil francos si se marcha del país y renuncia a seducir a la señorita de Beaupreau y revela el paradero de Juana y Cereza. Si se niega a confesar, le mataré.

-¡Mátele usted! Mate al maldito -gritaba el idiota, sentado en la piedra.

-Diré la verdad -dijo con temor, al oír aquel grito-. Juana y Cereza están en Bougival, en una casa que hay en lo alto del valle. Están vigiladas por la viuda Fipart y un hombre que se llama Colar.

-Está bien, pero mis instrucciones no se limitan a eso. Debo encerrarlo en Kerloven hasta que llegue el señor conde. Camine; si me ha mentido...

Sir Williams echó a andar delante del caballo y bajo la amenaza de la pistola. El loco, viéndoles alejarse, los siguió y luego tomó la delantera, vomitando imprecacio

nes contra el baronet. Este empezaba a recobrar su sangre fría y de reojo examinaba el sendero, con el precipicio a su derecha. Pensaba que un mal paso podría precipitar a alguien en el abismo donde bramaba el mar. Y entonces, disimuladamente, empuñó el estilete que solía llevar consigo.

El caballo que montaba Sebastián le seguía tan de cerca que su cabeza le tocaba la espalda. En el momento propicio fingió tropezar con una piedra y cayó tambaleándose. Sebastián se inclinó, pensando que se levantaría y seguiría caminando, pero el baronet se deslizó rápidamente bajo el vientre del caballo y lo apuñaló con fuerza. El animal se encabritó. Sebastián lanzó un agudo grito y se vio precipitado en el vacío con la montura. El loco, al oír el grito, se volvió y presenció la caída en medio de sordos ruidos y seguida de un silencio extraño y lúgubre. Lanzó un grito de rabia y se precipitó hacia el asesino. Este lo recibió desesperado, acometiéndole con el puñal, lleno de sangre. Y aunque Jerónimo era fuerte y trataba de precipitar en el vacío a sir Williams, no pudo evitar las cuchilladas. Ahogó un grito de dolor. Aflojó el abrazo y al fin cayó de espaldas.

El baronet, de un puntapié, lo envió a reunirse con Sebastián. Luego, cruzado de brazos, susurró con frialdad:

-De buena me he librado. Lástima de caballo. Era un buen animal. No conseguiré otro igual ni por dos mil escudos.

Y, tras aquella oración, reemprendió a pie el camino de La Mansión.

CAPITULO XI

Por las mismas fechas, Juana Balder empezaba a inquietarse en la finca de Bougival. Llevaba tres días sin recibir las acostumbradas cartas que sir Williams le escribía a diario como si fuese el conde de Kergaz.

Desde el primer instante, cuando despertó en aquella habitación desconocida, pero encantadora y coqueta, creyó soñar. El día anterior, en una misteriosa carta que

atribula a Armando, se le hablaba de un lugar semejante. Un dormitorio donde el sol entraba a raudales por las ventanas y en el que había una chimenea guarnecida de rocalla, cuadros de grandes pintores, muebles de Boule, arcas de palo rosa y espejos de Venecia en marcos ricamente tallados.

Por un instante recobró la lucidez y su recuerdo le dio la convicción de que nada podía ser cierto. Se levantó y caminó hasta la ventana. Se asomó al jardín y respiró el fresco aire de la mañana. En medio de aquel misterio incomprensible se dijo:

-No, no. Es demasiado extraño. Debo de seguir soñando.

Un pliego de papel abierto sobre el velador llamó su atención. Era una carta. Reconoció la letra. Era igual a la del día anterior y tampoco estaba firmada. Sir Williams la había escrito momentos antes de entrevistarse con Cereza y abandonar Bougival.

Encontró un poco extraño el comportamiento del conde de Kergaz, pero como amaba a Armando, aquellas líneas y el tono misterioso que rezumaba la carta, coadyuvaron a desatar su fantasía. Por otra parte, como hija de un oficial sin fortuna, jamás había gozado de un dormitorio tan deslumbrante. Y experimentó una alegría infantil al imaginar que todo aquello se lo entregaba el hombre que decía quererla, quien la llamaba futura condesa de Kergaz.

Juana se decidió a abrir la primera puerta que vio ante ella y se encontró en un gran salón con paredes tapizadas de Gobelinos. Sobre un velador había álbumes, grabados y un periódico de modas femeninas. Enfrente de la chimenea se veía un pifio. Y al otro lado de la sala, cuyas puertas se hallaban abiertas, descubrió un vestíbulo pequeño con suelo de mármol, frescos pintados en las paredes y testeros con plantas exóticas.

-¿Desea la señora que llame a la doncella? -le preguntó ceremoniosamente un lacayo que apareció 'ante ella y la saludó con respeto.

Antes de que pudiera salir de su admiración y responder a tal ofrecimiento, el lacayo había llamado a Marieta y una preciosa doncella, de las que sólo se ven en el escenario de la Comedia Francesa, se presentó ante Juana. Tras ella apareció una mujer de más edad y otro lacayo.

-Si la señorita quiere seguirme al tocador -dijo Marieta, sonriendo amablemente-, la vestiré.

Juana, cada vez más asombrada, comprobó que seguía vestida de calle, como el día anterior cuando se desmayó, y un poco aturdida siguió a la doncella hasta el tocador, en donde se hallaba todo un guardarropa.

-El señor conde ha debido de pasar por casa de sus proveedores al regresar a París. No tardarán en venir para que haga sus encargos.

Juana se dejó acicalar, pensativa y deslumbrada. Una hora después estaba arreglada. Bajó al comedor y encontró preparado su desayuno. Volvió a leer ávidamente la carta de aquél a quien los criados trataban de conde y no se atrevió a preguntarles nada, recordando las recomendaciones que le hacían en la misiva. Luego, ante su perplejidad, apareció Cereza, emocionada y pálida.

Las dos jóvenes se abrazaron mutuamente ilusionadas y se hicieron múltiples preguntas, sin poder responderse dónde estaban y cómo las habían llevado hasta aquel lugar. Por otro lado, sir Williams las había desconcertado tanto con sus misterios que ninguna se sinceró del todo. No obstante, pasaron gran parte del día en agradable conversación y al siguiente Colar se presentó a Juana como intendente del señor conde, a fin de entregarle una carta que había llegado para ella.

Juana la cogió temblando. Su corazón latía aceleradamente. Era la misma letra y esta vez iba firmada con una A. Decía:

Librodot

«Mi amada Juana :

Cuando reciba esta carta, ya nos separará gran distancia. Así lo quiere la fatalidad. Pero tranquilícese: mi ausencia no será larga y pronto me verá a sus pies, besando sus manes y pidiéndole que acepte mi nombre para hacerme dichoso en este mundo.

»El criado que le entrega esta carta le llevará todos los días las que yo le escriba durante este viaje que me imponen graves y misteriosas circunstancias. Se llama Colar y es un amigo, además de fiel servidor. El ejecutará con alegría las órdenes que usted le dé. Sea reina en esa casa cuyos criados son de mi confianza y adictos a su futura ama. Sólo le pido una cosa, Juana, amada mía, y se la pido de rodillas, en nombre del amor que le profeso. No trate de á salir de la casa o del jardín. No pregunte dónde se encuentra. Es un misterio que le explicaré más tarde.

»Adiós, hasta mañana. Mi cuerpo se aleja, mujer amada, pero mi corazón permanece con usted.»

Al día siguiente, la joven recibió otra nueva carta que sir Williams le había escrito desde Orleáns. Era más expresiva y apasionada. El corazón de la joven se llenó de turbación. Sus mejillas enrojecieron. Y cuando Colar le preguntó si pensaba contestarla, no supo contenerse y escribió una lacónica nota que decía:

«Caballero:

Su conducta me parece extraña y aunque es inaudito secuestrar a las personas para demostrarles su cariño, no quiero juzgarle severamente. Esperaré su regreso para pedirle explicaciones. Hasta entonces, seguiré sus consejos y guardaré la reserva que me pide.»

A pesar de la frialdad de la misiva, se atrevió a añadir debajo de su firma:

«¡Vuelva!»

A la mañana siguiente, Colar volvió con otra carta. Como las anteriores, tenía un perfume de tan casta honestidad, de amor tan ardiente, que las jóvenes no pudieron sustraerse a la seducción de sus grandes efectos.

Pasaban los días y Juana se había olvidado de Gertrudis, de quien el fingido Armando hablaba como si le acompañara. Las cartas eran para ella y para Cereza como el pan y la esperanza : toda su vida. El día que Colar no se presentó, fue una puñalada asestada a su espíritu, que al final quiso restañarse con un «mañana vendrá».

Transcurrieron tres días de ansiosa espera por la carta adorada y el misterioso corresponsal no escribía, pero todo continuaba igual: los criados prestando su servicio y la verja del parque, cerrada.

Al cuarto día, cuando Juana se despertó y dio los buenos días a Cereza, que dormía en un gabinete contiguo, descubrió sobre el velador el paquete de cartas. Cuatro cartas cuyos sobres rasgó con emocionada violencia.

-Cereza, Cereza -gritó, loca de alegría-. Vive. Armando está vivo y va a venir pronto.

La florista, que desde hacía tres días enjugaba las lágrimas de su amiga, acudió a

abrazarla, entusiasmada.

-¿Ha regresado Colar? -inquirió Juana, después de llamar a Marieta.

-No, señora -respondió la doncella-. Las ha traído Rocambole.

-¿Quién es Rocambole? -quiso saber Juana, que jamás había oído tal nombre.

-El vendedor de pescado.

-¿Y Colar?

-No lo sé -replicó Marieta, que ignoraba lo sucedido al lugarteniente de sir Williams.

La verdad era que Rocambole no había revelado a nadie la muerte de Colar. Después de burlarse de Armando y de León en las compuertas de Marly, fue recogido por una barcaza y pensó: «Si el conde da cincuenta luises por saber el paradero de Juana y de Cereza, el capitán daría el doble porque no se supiera. Entre un hombre honrado y un pillo, Rocambole no ha dudado nunca. ¡Viva el capitán!» Y su atinado razonamiento lo sería más si lo ayudaba con la acción.

Después de un tiempo prudencial, regresó a la taberna de la tía Fipart. Sólo encontró el cadáver de Colar en medio de un charco de sangre. Se disponía a hacer algo por él cuando le sobresaltó un ruido en la planta baja.

-¡Eh, Rocambole! -gritó el saltimbanqui-. ¿Estás ahí?

-Sube, papá, sube -invitó el muchacho, al reconocer

al ilegítimo esposo de la viuda Fipart-. Tienes que ayudarme aquí.

Nicolo subió y se detuvo en la puerta del gabinete amarillo. Rocambole acababa de sentar el cadáver de Colar apoyado contra la pared.

-¿Y tu madre? -preguntó el saltimbanqui, con interés de amante apasionado que se inquieta por el objeto de su amor.

-Se las piró -dijo Rocambole y agregó-: Vamos, papá, no perdamos tiempo con preguntas. Ya te lo contaré todo. Ahora es preciso ocultar al difunto. A él no le disgustará y a nosotros puede favorecemos.

-Pero nosotros no lo hemos matado y la bofia puede acusamos de asesinos -protestó Nicolo.

Rocambole, que había recobrado su burlona sangre fría, se encogió de hombros y contempló al saltimbanqui.

-Papá, me alegro de que no seas el autor de mis días.

-¿Por qué? -preguntó Nicolo, sorprendido.

-Eres estúpido como un saltimbanqui. Tienes el ingenio en los pies y serrín en la cabeza.

-¡Insolente! -replicó el hombre, a pesar de estar acostumbrado a las impertinencias de su falso hijo.

-Supón que la policía viene. Empezarán por ponernos a la sombra y ojearán sus notas y sus papeles. En seguida sabrán que papá Nicolo habitó un puerto de mar y escapó sin pasaporte y con la marca de una argolla. Luego se enterarán del pensionado donde yo estaba para corregirme.

-¡Diablos! Tienes razón.

-Si fuera de noche te diría que echásemos el cuerpo al río, pero ahora no podemos sacarlo. Será mejor bajarlo a la cueva y meterlo en uno de los viejos barriles. Luego éste se arrima a la pared y asunto concluido.

Nicolo y Rocambole cogieron el cadáver y lo metieron en el improvisado ataúd. Lo taparon y lo arrimaron a la pared. Lavaron la sangre que cubría el suelo del gabinete y tiraron al corral los vasos y las botellas rotas.

-Ahora, papá, si te parece, hablaremos un poco.

-¿Hablar de qué? -inquirió el acróbata, cuya inteligencia brillaba por su ausencia.

-¡Pardiez! No será de política -exclamó el muchacho, con humor que hizo reír a Nicolo-. Aquí estamos al abrigo de la policía. Es evidente que el señor conde no dirá nada de la muerte de Colar, pero como desea saber ciertas cosas...

-¿No las sabe?

-¿Quién iba a decírselas? El cerrajero no las sabía y mamá y yo no somos chiquillos.

-Decididamente, eres un fenómeno de inteligencia, muchacho -exclamó Nicolo, cuando Rocambole le hubo relatado lo sucedido la noche anterior.

-Sí, pero yo creo que ahora es mejor largarnos -añadió el muchacho, después de adoptar una actitud modesta por el cumplido-. Mamá y tú, a París, y yo a Port Marly, a casa del tío Mauricio.

-¿Y qué haremos con los asuntos del capitán? ¿Soltaremos a las muchachas? Muerto Colar...

-Yo sustituiré a Colar, pues sé lo que debe hacerse. ¡No tengas miedo! -dijo Rocambole, y de un trago se bebió un vaso de aguardiente. Luego encendió su pipa, se levantó y dijo-: Vamos, en marcha. Van a' dar las ocho.

Salieron, y Rocambole, con un carboncillo de la chimenea, escribió sobre la puerta cerrada con llave: «Cerrado por quiebra». Nicolo se fue en busca de la tía Fipart para marcharse a París, y Rocambole se dirigió a Port Marly. Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la finca donde estaban Juana y Cereza. No con la cesta de pescado y la actitud humilde de otros días, sino silbando con insolencia y adoptando un tono autoritario. Mandó llamar a todos los criados y les dijo:

-Colar ha ido a reunirse con el patrón. Durante su ausencia, lo remplazo y os mando que me obedezcáis lo mismo que a él.

Luego sometió a un minucioso interrogatorio a Mar rieta y supo que Juana esperaba con ansiedad las cartas que le traía Colar. Esto le hizo pensar que sir Williams escribía a Juana y mandaba la correspondencia a algún sitio. Entonces fue a París al palacio de la calle Beaujon, y allí logró del ayuda de cámara, que ignoraba la muerte de Colar, las cartas que habían llegado en aquellos días. En la última de ellas se anunciaba la llegada de sir Williams, motivo que trastornó a Juana, la hizo palidecer y la tuvo esperando el momento del encuentro con ansiosa y desesperante intranquilidad.

Al día siguiente de la muerte de Sebastián y de Jerónimo, sir Williams se presentó de nuevo en Las Retamas para hacer la corte a Herminia. Pero aquel día se empleó a fondo y la muchacha comprendió que la amaba. Sir Williams era joven, atractivo, tenía la voz melancólica y velada como la de los que padecen y lo había encontrado del mismo modo que aparecen los héroes de las novelas. Sin embargo, la señorita de Beaupreau aún amaba a Fernando, ingrato y vil a sus ojos, indigno de su amor, pero se compadecía de sir Williams. En el fondo de su corazón no deseaba amar a nadie, mas experimentaba un placer infinito al tener junto a ella al baronet y esto le hizo sentirse egoísta, y la decidió a sincerarse con sir Williams.

El baronet comprendió que había llegado el momento decisivo y al día siguiente puso en juego su última carta para ganar la partida. Ayudado por el señor de Beaupreau, logró que a la hora de la cena se leyese un periódico de París donde se hablaba del juicio seguido contra Fernando Rocher, acusado de robar la caja del Ministerio que estaba confiada al señor de Beaupreau.

La señora de Beaupreau dio un grito terrible y se apresuró a recoger en sus brazos a la desmayada Herminia, en el mismo instante que sir Williams llegaba al castillo. Teresa, enloquecida, le pidió la salvación de su hija. La baronesa quería enterarse de lo que sucedía y no acababa de entender. Y sir Williams, después que Herminia

volvió en sí, le arrancó la promesa de matrimonio si lograba salvar de la cárcel a Fernando Rocher.

-Suegro -dijo a Beaupreau, mientras subía a la silla de postas que le conduciría a París-. Ya puede publicar las amonestaciones. Dentro de ocho días estaré de vuelta.

Pese a los acontecimientos relatados, sir Williams ignoraba lo sucedido en París. Sabía que Baccarat había escapado y revelado todo al conde de Kergaz. Pero ignoraba la muerte de Colar y ahora pensaba en él para hacerlo culpable del robo en el Ministerio y libertar a Fernando. Cuando llegó al palacio de Beaujon y allí no supieron darle noticias de su lugarteniente, quedó Intrigadísimo.

Entonces, Rocambole apareció silbando, con la gorra Inclinada sobre una oreja y la mirada insolente, en busca de las acostumbradas cartas, y al descubrir a sir Williams, que * lo esperaba con impaciencia, se turbó.

-¡Acércate, tunante! -le gritó el baronet, en tono seco-. ¿Quieres decirme de dónde vienes y en qué lugar está Colar?

-Claro, es bien fácil -respondió Rocambole, adoptando un aire misterioso-. Pero no puede decirse en público.

Sir Williams lo miró sorprendido y comprendió que habían ocurrido graves acontecimientos. Hizo entrar a Rocambole en su gabinete y le apremió:

-Vamos, habla ahora.

-De buena ha escapado, capitán. Los pájaros casi se escapan

-¿Juana y Cereza? Pero, ¿y Colar?

-En Bougival, en la taberna de mamá. Hace más de cinco días que duerme en un tonel, en la cueva.

-¿Qué cuentos son esos?

-¡Caramba, capitán! Una barrica es un ataúd como otro cualquiera.

-¿Qué dices de ataúd?

-Colar ha muerto, capitán, y era preciso enterrarlo.

-¡Muerto! -exclamó sir Williams-. ¿Dices que está muerto?

-Sí, capitán. Y bien muerto. Recibió en el pecho una bala que le regaló el conde Armando de Kergaz.

El baronet dio un terrible grito mientras se estremecía y luego murmuró

-Entonces, Armando encontró a Juana.

-A no ser por mí -dijo Rocambole, sonriendo orgullosamente- lo hubiese logrado. Pero Rocambole vigila y como no es ningún niño..., se ha puesto a sustituir a Colar y a dirigirlo todo hasta que el capitán llegara.

Empezó a relatarle cuanto había sucedido. El baronet le escuchaba con tranquilidad y cuando terminó, dijo al muchacho:

-Colar era un hombre activo e inteligente. Pero si se logra reemplazarle no se habrá perdido gran cosa.

-Amén -replicó Rocambole, concluyendo la fúnebre oración.

-Puesto que deseaba que lo detuvieran para obligarle a declararse autor del robo de los treinta y dos mil francos -murmuró pensativo sir Williams-, muerto tal vez sirva mejor. Dime, ¿quién hay en la taberna desde entonces?

-Nadie, capitán.

-¿Crees que podrá reconocerse a Colar?

-La carne se conserva fresca en las cuevas. Colar estará como las rosas cuando lo vea esta noche, si quiere.

-¿Y Nicolo? ¿Lo quiere mucho la tía Fipart?

-Depende, aunque en el fondo lo enviaría al diablo y se quedaría muy tranquila. Igual que yo, que no lo puedo soportar. Con gusto lo vería guillotinar.

Librodot

Sir Williams no respondió, pero consultó un fichero donde tenía una serie de datos. Allí estaba el historial de cada uno de los agentes de Colar. Estaban redactados de modo que nadie los entendiera. Leyó el referente a Nicolo y dijo:

-Un hombre con semejantes antecedentes es capaz de cometer un nuevo asesinato. Pudo matar a Colar.

-Lo negará -dijo Rocambole, mirando con curiosidad al baronet.

-Pero están los testigos, ¿o no vas a decir que lo viste?

-¿Yo?

-Y la tía Fipart. ¿No dices que no le tiene mucho cariño?

-Pero le cortarán la cabeza, y...

-Naturalmente.

-¡Es inocente!

-Muchacho, todavía eres muy joven -dijo fríamente sir Williams-. Tendré que educarte. Recuerda que en el mundo sólo hay inocentes que tienen suerte. Nicolo no la tiene, ¿comprendes?

-Visto de esa manera, el pobre «Mala Suerte» era un gran culpable -y agregó-:,Está bien, pero, ¿cuánto recibirá mamá por esa mentirijilla?

-Tres billetes de mil.

-Es poco -aventuró Rocambole-. El cuello de papá Nicolo bien vale otra mil francos para ella.

-Sea. Le daré cuatro mil francos.

-Y otros cuatro mil para mí -remató fríamente el granuja-. ¡Y eso es barato, capitán! Ya verá cómo declaro. Levantaré la mano sin vacilar, igual que un hombre honrado diciendo la verdad.

-Conformes -replicó el. capitán-. Y ahora a prepararlo todo. Debo ir a Bougival. Hasta la noche, en la taberna.

Rocambole se fue a ver a la Fipart, a quien le enseñó su lección, mientras sir Williams corría a entrevistarse con Juana Balder.

CAPITULO XII

Días más tarde, Fernando Rocher era puesto en libertad. Se había detenido a Nicolo, a quien la viuda Fipart denunció como asesino de Colar. Y se encontró el cadáver de éste con una carta suya dirigida a su amante, en Londres. En ella se confesaba autor del robo cometido en el Ministerio y de otros delitos que le habían permitido ahorrar para irse a Inglaterra con ella. Nicolo se enteró y le quiso quitar el dinero robado. Así lo declararon Rocambole y la vieja.

Fernando acudió inmediatamente al palacio del conde de Kergaz. Este se hallaba reunido con Baccarat y León. Estaban muy intranquilos por la falta de noticias de Sebastián. El joven les contó lo referente a su declarada inocencia, y Armando se alarmó y exclamó:

-¡Esto es cosa de Andrés! Si él ha puesto en libertad a Fernando, es seguro que ya se ha casado con Herminia.

Sir Williams no se había casado, pero ya estaba en Bretaña preparando su boda el día que un criado de Kerloven llegó a París y anunció al conde de Kergaz:

-Señor conde, el señor Sebastián ha muerto.

-¿Ha muerto Sebastián? -exclamó Armando, estupefacto.

-Sí, señor. Le echamos de menos hace tiempo, pero creíamos que habla regresado a París. Hace cinco días apareció su cadáver en la playa.

Entonces, Armando presintió que su muerte era otra infamia de Andrés, por lo que inmediatamente pidió caballos de posta.

-¡A Bretaña! -exclamó, dirigiéndose a Fernando-. Corramos a Bretaña y quiera Dios que lleguemos a tiempo.

Ocho días después, el vetusto castillo de Las Retamas se encontraba en fiesta. Desde las ocho de la mañana estaban llegando a él los criados, aparceros y aldeanos

de los alrededores, con sus mejores galas. Incluso la baronesa de Kermadec lucía un precioso vestido que recordaba los fastuosos días del Imperio.

A las nueve llegaron muchos carruajes con los terratenientes de los alrededores; el notario que extendería el contrato matrimonial y el baronet sir Williams, acompañado del caballero de Lacy, que actuaría como padrino suyo. Pocas horas después, seria esposo de Herminia y dueño de doce millones de francos.

La señorita de Beaupreau se había levantado con cara de mártir. Era esclava de una palabra empeñada para salvar a Fernando Rocher e iba a casarse con sir Wil- liaras, a quien no amaba, aunque le debía agradecimiento. Su aparición en el salón, del brazo del señor de Beaupreau, fue semejante a la de una estatua de mármol con galas blancas de desposada. Sin embargo, todo el mundo, su madre incluida, atribuyó su extraordinaria palidez a la emoción de la solemnidad.

Las nueve era la hora señalada para la firma del contrato. Luego, los novios e invitados ocuparían sus carruajes para ir hasta el pueblo y celebrar el matrimonio civil. A las doce se celebraría la misa nupcial, y aquella misma tarde los recién casados viajarían con destino a París, llevándose consigo a la anciana baronesa y al señor de Lacy. Todos rebosaban felicidad y nerviosismo. Los invitados alababan la belleza de la joven Herminia, y las invitadas, la apostura del rico extranjero que iba a casarse por amor con una joven sin fortuna.

El notario, un viejecillo seco y con peluca, se había sentado en una mesa destinada a la firma. Se disponía a leer el contrato matrimonial bajo la mirada atenta de los futuros esposos y la señora de Kermadec, echada en su tumbona, cuando le interrumpió el ruido de un coche que se detenía en el patio, entre chasquidos de látigo y cascabeleo de collarones.

-Es una silla de postas -dijo un invitado, asomándose a una ventana-. En ella vienen tres personas.

Sir Williams experimentó un sobresalto que le hizo temer la tragedia. Herminia, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor, sintió en el corazón un vuelco de esperanza. Y de repente se abrió la puerta del salón y un hombre apareció en el umbral.

-¡El señor conde de Kergaz! -anunció.

Armando, vestido de negro, pálido y con la soledad de un juez, entró en la estancia y se dirigió a la baronesa de Kermadec, sin mirar siquiera a sir Williams:

-Señora -dijo, saludándola ceremoniosamentePerdone que me atreva a presentarme en su casa sin estar invitado y en un momento tan solemne. Pero soy el ejecutor testamentario del barón Kermor de Kermarouët, un noble caballero bretón, muerto hace unos meses, y en su nombre me veo obligado a cumplir una sagrada misión. ¿Tendría la bondad, señora, de rogar al notario que esperase fuera con los invitados?

El aludido hizo una reverencia y salió, dejando a Armando con la familia de Beaupreau, sir Williams y la baronesa de Kermadec.

-Señor conde -dijo la baronesa-, cualquiera que sea el motivo que le trae aquí, sea

bien venido.

Entonces Armando se aproximó a la señora de Beaupreau, que estaba pálida y conmovida por lo que pudiera sucederle nuevamente a Herminia, y le presentó el medallón que antes de morir le entregara el barón.

-¿Conoce usted esta alhaja?

Aunque habían transcurrido muchos años, Teresa no pudo olvidar aquel medallón ni lo que había sucedido cierta noche en una posada de los Pirineos españoles, y dio un grito mientras sus mejillas se encendían y bajaba la frente, avergonzada.

-Señora -dijo Armando, en voz baja-. Aquel hom

bre se arrepintió de cuanto hizo. Dios le castigó cruelmente y en su última hora me encargó que le pidiera perdón... a usted y a su hija.

Luego se volvió al señor de Beaupreau y habló en voz alta:

-Es preciso hacer otro nuevo contrato de boda para consignar la inmensa fortuna que la señorita Herminia lleva como dote. El barón de Kermarouët la instituye heredera universal de su fortuna, que asciende a doce millones de francos.

El jefe de negociado ahogó un grito y miró a sir Williams, que estaba confundido, y trató de recibir a Armando con el mayor aplomo, cuando éste se dirigió a él para decir:

-Ha sido muy hábil, caballero. Si hubiera tardado un poco más, ahora sería esposo de la señorita y dispondría de sus doce millones.

-Ignoro lo que entiende por habilidad, caballero -replicó el baronet, muy digno-. Hace cinco minutos ignoraba que la señorita de Beaupreau tuviese dote. Me con. sideraba lo suficientemente rico para ella y para mí.

-¿De veras? Pues había oído decir lo contrario. Según rumores, hay un hombre que usa un título supuesto, ha sido expulsado de Londres por ladrón y es jefe de truhanes. Vino a buscar fortuna a París. Un hombre que tuvo noticias del testamento del barón de Kermarouët y urdió una gran intriga, de la cual poseo todos los hilos. -Y como si no se dignara entrar en detalles, se giró hacia la puerta y llamó-: ¡Fernando, Fernando!

Ante aquel nombre, sir Williams tembló y Herminia dio un grito y se apoyó en la pared.

Apareció Fernando, seguido de una mujer vestida de negro que llevaba la cabeza baja. Sir Williams la reconoció como Baccarat. Esta se dirigió a Herminia. Fernando se enfrentó al señor de Beaupreau y Armando se volvió al baronet.

-Caballero -dijo Fernando a su ex jefe-. Aquí no hay jueces ni procuradores del rey. Sólo está su familia, que no le denunciará. Y como supongo que sabe dónde está el dinero robado de la caja del Ministerio, no se niegue a proclamar que jamás he tocado esa cantidad y que no soy ladrón ni culpable de un delito que sólo usted sabe cómo se cometió.

-Señorita -decía Baccarat a Herminia-. He sido una mujer indigna y mal aconsejada. Vengo para re~ rar el daño que hice. Me llamo Baccarat.

Al mismo tiempo, el conde de Kergaz decía al baronet:

-Tu edificio se ha desmoronado. El mal está vencido. ¡Andrés, márchate! -Y luego, cogiendo del brazo a Fernando, lo presentó a Herminia y agregó-: Sois dignos el uno del otro.

Ambos dieron un grito de alegría y Fernando cayó, arrodillado, a los pies de Herminia, ante las conmovidas miradas de Teresa, que sonreía a través de sus lágrimas.

Sir Williams se retiró conteniendo su cólera y, al pasar ante Armando, dijo con rabia:

-Has triunfado otra vez, hermano, pero ya llegará mi hora. ¡Me vengaré!

-Caballero -dijo a su vez Teresa, mirando con desdén a su marido-. Supongo que no asistirá a la boda de mi hija con el hombre a quien ha querido deshon- rar. ¡Vuélvase a París! ¡Salga de aquel

Beaupreau, con la cabeza baja, abandonó el lugar, siguiendo los pasos de sir Williams.

-Venga aquí, querido suegro -le dijo éste, llevándole hacia la silla de postas-. Vamos a vengarnos. Le entregaré a Cereza y Juana será mi querida.

Y mientras en el castillo volvía a renacer la alegría y todo era felicidad para los nuevos novios, sir Williams y el señor Beaupreau emprendían velozmente el camino de Bougival. Allí esperaba Juana Balder, una muchacha que quince días antes había quedado bajo la fuerte impresión de saber que su amado conde de Kergaz no era el hombre imaginado. Todo le decía que sir Williams era el conde de Kergaz. Y ¿no era precisamente a él a quien amaba? Aquel hombre había sido quien le escribió e hizo palpitar su corazón con delicadas atenciones y frases bonitas. Aquel hombre la había arrancado de manos de un miserable lacayo que ella había tomado por un conde. Pero ¿acaso no era aquel otro hombre, de triste y varonil belleza, quien con su noble y penetrante mirada habla seducido su espíritu y su imaginación?

-No, no -decía en ocasiones a Cereza-. Aquél no podía ser un lacayo.

Y Cereza permanecía muda, porque también empezaba a dudar de la veracidad de sir Williams. Este llegó aquella noche, cuando las dos jóvenes se encontraban charlando en el dormitorio de Juana.

-El señor conde de Kergaz -anunció un criado.

Juana tembló y se levantó con viveza, mientras sir Williams se aproximaba a ella y, rodilla en tierra, besaba su mano apasionadamente.

-Por fin vuelvo a verla, mi amada Juana.

La joven se sintió desfallecer y dejó escapar un grito ahogado. El la tomó en sus brazos y agregó:

-Juana, querida Juana. Aquí me tienes de nuevo y esta vez para siempre. Ya no volveremos a separarnos, amor mío. Serás mi mujer.

Juana cerraba los ojos y se estremecía de emoción. Sin embargo, le parecía que aquella voz suave y fascinadora tenía un dejo burlón, un acento sardónico y un sombrío gozo de rencor. Y no podía dejar de evocar a Armando.

-Hija mía -dijo sir Williams, dirigiéndose a Cera-. León la espera. Mañana podrán casarse. Vaya al pabellón del parque, en donde estuvo los primeros días que pasó en la finca.

Cereza se había dejado caer en un asiento nada más oír aquello. Para reanimarla, el baronet le dio a beber de un frasquito que llevaba consigo y la acompañó hasta la puerta.

-Vaya a ver a león -le dijo con una alegría infernal.

Cerró la puerta y regresó junto a Juana.

La florista atravesó corriendo salas y pasadizos sin advertir que todo estaba desierto. Se aproximó al pabellón donde había estado encerrada con la tía Fipart y vio luz en una de las estancias. Con temblorosa emoción, entró en el vestíbulo y subió al primer piso para dirigirse a su antigua habitación. Apenas entró en ella, oyó ruido de pasos y su corazón palpitó violentamente. Estaba inmovilizada por la emoción, pero en seguida dio un grito de decepción y espanto.

Frente a ella estaba el señor de Beaupreau.

Cereza intentó huir y durante cinco minutos estuvo corriendo por la habitación y llamando a su novio, mientras era perseguida por el viejo. Luego le flaquearon las piernas y una extraña embriaguez somnolienta la invadió. Beaupreau gritaba de

alegría por su triunfo y se dispuso a ultrajar a la joven indefensa.

Inesperadamente aparecieron dos amenazantes hombres que lo derribaron brutalmente. Uno era León Rolland, y el otro, Armando de Kergaz.

Al reconocerlos, Cereza, bajo la embriaguez fiel narcótico, aún tuvo tiempo de decirles:

-¡Salvad a Juana! Allá abajo.

Armando se precipitó fuera del pabellón y Rocambole, que le esperaba, le gritó

-Venga pronto, señor conde. Venga o será tarde. Prepare sus pistolas.

Rocambole se había quedado vigilando a las dos jóvenes mientras sir Williams iba a Bretaña a redondear , un negocio de un par de millones, como le había dicho.

-Seré un perfecto policía si en vez de cuatro billetes me da veinte -le había asegurado Rocambole-. Un buen trabajo nunca es caro.

Pero la taberna de la tía Fipart era vigilada continuamente por León. Así, Rocambole se encontró ante la navaja del joven y no pudo forcejear ni pedir socorro. Entonces salió al encuentro de Armando, que regresaba en pos de sir Williams para tratar de salvar a Juana. Se encontraron cerca de las compuertas de Marly, en la carretera. Rocambole supo que el negocio del capitán Williams no había tenido éxito, y si no hablaba, la navaja de León podría clavarse en su cuerpo.

-Señor conde, sé dónde están las señoritas, pero el capitán me ha ofrecido veinte mil francos por callarme.

-Los tendrás por hablar -dijo Armando.

-No basta, señor conde. No basta, por dos razones. La primera, porque usted es un hombre virtuoso, y la virtud siempre debe pagar más que el vicio.

-Doblo la cantidad.

-Tampoco basta, señor conde. Porque dentro de una hora daría la mitad de su fortuna porque no. hubiera sucedido lo que sucederá.

-¿Y qué va a suceder?

-La señorita Juana cree que el baronet es el conde de Kergaz y usted, su criado... Y dentro de una hora, el capitán Williams la habrá seducido. Claro que por cien mil francos...

-¡Los tendrás! Dime dónde se encuentra este canalla.

-Venga, señor conde, venga -dijo Rocambole, guiándoles-. Tenemos los minutos contados.

Juana y el fingido conde se habían quedado solos. La joven, sentada en un sillón, se encontraba sin voz y sin fuerzas, presa de una emoción agotadora. Sir Williams, arrodillado a sus plantas, le besaba las manos entre palabras apasionadas que oprimían y aturdían a la muchacha. Esta, emocionada, intentaba cerrar los oídos a las febriles frases de aquel hombre capaz de mágicas seducciones. Se aferraba a la imagen medio borrada de Armando, a quien no había dejado de querer. Pero la obra de seducción continuaba y se sentía enloquecer, desvanecerse, olvidada en el arrullo embriagador de aquellas palabras. Sir Williams la tomó en sus brazos y la besó en los labios.

Aquel contacto la despertó, la hizo reaccionar con miedo y rechazar al hombre, el cual, súbitamente, se enfureció y dejó traslucir su fría resolución de seducirla. Y Juana tuvo la revelación en su mirada, en su gesto.

-Usted no es el conde de Kergaz -murmuró temblorosamente y retrocediendo.

-No, no lo soy -gritó sir Williams, al comprender que Juana ya no le querría-. Me llamó Andrés, Andrés el desheredado, el maldito, el hermano del hombre a quien usted ama y yo odio.

Una carcajada sardónica interrumpió sus palabras. Sus ojos brillaban con una mirada de fuego.

-Pero me querrás a pesar de todo -rió-. Me querrás.

Cogió a Juana entre sus robustos brazos y nuevamente la enlazó para besarla por segunda vez en la boca. Luego dijo:

-No te preocupes. Estamos solos y Armando no te salvará.

Pero en aquel momento la puerta se abrió violentamente y Armando gritó desde el umbral:

-¡Te equivocas, Andrés! La hora de tu muerte ha sonado.

Y Armando, completamente transfigurado por la ira, avanzó con resolución hacia sir Williams y apoyó el cañón de su pistola en la frente de aquel canalla.

-De rodillas, miserable. ¡De rodillas! Vas a morir. -Luego, girándose hacia Juana, agregó-: Señora, este hombre la ha ultrajado y merece la muerte. Sin embargo, tuvo la misma madre que yo... ¿Quiere perdonarlo?

-Perdón, perdón, Armando, amado mío -murmuró Juana, con el alma puesta en sus palabras.

-En nombre de nuestra madre, a quien mataste -dijo Armando, retirando la pistola-; en el de Marta, tu víctima, y en el de esta noble y casta joven, a quien pretendías mancillar, te perdono. ¡Vete, maldito, y que Dios se apiade de ti!

Ocho días más tarde, en la iglesia de Saint-Louis, se celebraban las bodas del conde Armando de Kergaz con la señorita Juana Balder. Fernando Rocher se unía a la señorita Herminia de Beaupreau. Y Cereza colocaba una alianza en el dedo de León Rolland, el honrado ebanista.

Arrodillada sobre las losas de la iglesia, cerca de la puerta donde en la Edad Media se situaban los mendigos y las mujeres arrepentidas, una mujer lloraba y rezaba con fervor. Vestía un modesto traje de novicia de la Caridad. Su hermana la llamaba Luisa. En el mundo de los calaveras y de las mujeres galantes, aquella mujer era conocida por el sobrenombre de Baccarat.

EL CLUB DE LAS SOTAS DE COPAS

CAPITULO PRIMERO

Sobre las cuatro de la tarde de un día de finales de octubre de 184..., una silla de postas rodaba al trote de sus caballos por el camino de Nivernais. Cruzaba las praderas, de un verde suave, casi amarillo, en aquel rincón del departamento de Yonne, cuando los árboles empezaban a deshojarse y los grandes álamos, que bordeaban el canal y las orillas del río, se inclinaban, vencidos por la fuerza de los primeros vendavales de otoño.

La silla de postas atravesaba uno de los lugares más pintorescos y agrestes del hermoso país : un valle encajonado entre dos cordilleras plagadas de inmensos bosques que llegaban hasta Morvan. Aquí y allá, por entre las musgosas rocas y los verdes árboles, cuyas raíces baña el agua, aparecía un rústico campanario, una iglesia

de tejado pizarroso y alguna aldea con casas en las que el bálago domina a la teja. A veces surgía una de esas bellas ruinas feudales que la casualidad respetó en 1793 e ignoraba la codiciosa «banda negra». La carretera se extendía como una ancha cinta a orillas del canal, bordeando las casitas de quienes guardaban las esclusas y las aldeas erigidas por las laderas, en medio de bosquecillos de encinas, viñedos y prados verdes.

En la silla de postas, cuya capota estaba echada hacia atrás, viajaban el conde y la condesa de Kergaz, en compañía de su hijo. Un niño de cuatro años que iba sentado entre ambos y charlaba sin cesar, extasiándose con el cascabeleo de los collarones que llevaban los cuatro briosos corceles que arrastraban el carruaje.

La familia de Kergaz regresaba de Italia a sus posesiones de Magny sur Yonne, donde pensaban permanecer hasta mediados de diciembre, mes en que irían a París.

El conde Armando de Kergaz había salido de París ocho días después de casarse con la señorita Balder. Las delicias de su primer amor transcurrieron a orillas s del mar de Sicilia y bajo los frondosos árboles de una villa en Palermo. Seis meses más tarde, regresaron al vasto y un poco frío palacio de la calle Cultivo de Santa Catalina, que ejerció un pernicioso influjo en la salud de la señora de Kergaz. Juana cayó enferma de cierta gravedad y los médicos le aconsejaron regresar a Sicilia, donde pocos meses más tarde la joven dio a luz un hermoso niño y recobraba su salud.

Tres años más continuaron en Palermo, en medio de los pinos de Italia, las adelfas y los sicomoros del jardín de aquella villa que dominaba el mar azul, bello como un zafiro, susurrante como una seda. Durante aquel tiempo, la feliz pareja no se acordó de Francia y menos de París, la grande y moderna Babilonia, donde los dos habían amado y sufrido. Pero un día vino a sus mentes la bella y poética región de Nivernais, donde Armando comprara unas tierras señoriales. Y cuando la nostalgia les atacó, decidieron regresar a su castillo, rodeado de copudas encinas y de un parque inmenso.

Se embarcaron rumbo a Nápoles, atravesaron Italia, visitando rápidamente Roma, Venecia y Florencia, continuaron por la carretera de la Corniche y entraron en Francia por el departamento del Var, esa Italia minúscula. Quince días más tarde se encontraban en el camino de Nivernais, donde acabamos de encontrarlos, a unas seis leguas escasas del castillo de Magny.

-Si te parece bien, amor mío -iba diciendo Armando, mientras estrechaba cariñosamente la mano de Juana-, pasaremos todo el otoño en Magny. No regresaremos a París hasta mediados de enero.

-¡Oh, me gustaría mucho! -respondió Juana-. París es tan triste para mí... Me recuerda demasiadas cosas desagradables.

-¡Pobre Juana mía! -comentó Armando, inquieto-. Veo una arruga en tu frente e intranquilidad en tus ojos. ¿Acaso sigues temiendo el genio infernal de aquel hombre?

-¡Oh, no! Te equivocas, querido Armando. ¿Tiene inquietud la felicidad?

-Pero en Palermo nombrabas a Andrés y llegaste

a decir: «Nuestra dicha debe perseguirle como un remordimiento. ¡Dios mío, si apareciese aquí!

-Sí -murmuró la condesa, estremeciéndose-. Dije eso, pero entonces estaba loca y no sabía lo noble y poderoso que eres, querido Armando. A tu lado no tengo temor a nada.

Juana miró a su marido con esa plena confianza que la mujer deposita en el hombre que es su apoyo.

-Ya sé que mi hermano Andrés es uno de esos hombres que convierten la sociedad en campo de batalla para enarbolar el estandarte del mal. Pero tranquilízate. Siempre llega la hora en que el demonio se retira, agotado, y nos deja en paz. Además, al día

siguiente de nuestra boda yo le envié doscientos mil francos por medio de León. Le aconsejaba que abandonase Francia y rehiciera su vida, arrepentido, en América. ¡Quiera Dios que su alma, rebelde y culpable, haya sido tocada con su gracia! Esto lo ignoro, pero mi-policía sí me informó de que había abandonado Francia. Quizá haya muerto.

-Armando -exclamó Juana, dolorida-. No tengamos tan cruel deseo.

-Cierto -replicó él, besándola en la frente-. Vivamos dichosos, alma mía, con la mirada en nuestro pequeño Gontran y haciendo el bien que podamos al consolar a los que sufren.

El conde de Kergaz, pese a estar lejos de París, había seguido ejerciendo su gran obra de reparación social con la ayuda de Fernando Rocher y aquella Magdalena arrepentida llamada Baccarat, convertida en humilde hermana de la Caridad.

La silla de postas continuaba tranquilamente su marcha cuando algo inesperado hizo al postillón retener los caballos y gritar:

-¡Cuidado!

Un hombre tendido y en completa inmovilidad aparecía en medio de la carretera, obstruyendo el paso.

-Sin duda estará borracho -comentó Armando, al verle, y dijo a un lacayo-: Germán, desciende y coloca a ese pobre diablo de manera que no sufra daño.

El lacayo obedeció y se aproximó al hombre inconsciente, que iba descalzo, vestido con harapos y tenía el rostro cubierto por una barba enmarañada.

-Pobre hombre -murmuró la condesa-. Tal vez se haya desmayado de hambre. Toma, reanímalo.

Entregó a su marido un frasquito de sales y se volvió a otro lacayo para decir:

-¡Pronto, Francisco! Busca en la arquilla una botella de Málaga y algo de comer.

El conde saltó a tierra y se aproximó al desmayado. Nada más contemplarlo, ahogó un grito y exclamó:

-¡Si parece Andrés! ¡Qué extraño!

La señora de Kergaz, que había imitado al marido, también lanzó una exclamación de asombro al acercarse al mendigo.

-Se parece a Andrés -repitió.

-No es posible que haya negado a tal indigencia -murmuró Armando-. Y, sin embargo, éstas son sus facciones, sus cabellos rubios, su estatura y su juventud.

¡Pedir limosna por los caminos y de inanición!

Se apresuró a darle a respirar el frasco de sales, mientras sus lacayos levantaban del suelo el cuerpo. El mendigo tardó en abrir los ojos. Por fin dio un suspiro y balbució algunas palabras ininteligibles. Luego, dirigiendo una extraviada mirada a su alrededor, añadió balbuciente

Hacia calor..., tenía hambre..., me caí... -Al fijarse en Armando, intentó desprenderse de los brazos de los lacayos y quiso huir, pero tenía los pies hinchados y apenas pudo dar dos pasos.

-¡Andrés! -llamó el conde, profundamente comnovido-. Andrés, ¿eres tú, hermano mío?

-¡Andrés! -repitió el mendigo, con voz desfallecida- ¿Quién habla de Andrés? El ha muerto..., no le conozco... Yo soy Jerónimo, el mendigo.

Un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Empezó a castañetear los dientes e intentó un supremo esfuerzo para des-%irse y huir. Pero tuvo otro desvanecimiento y se desplomó, exánime.

-¡Es mi hermano -exclamó Armando, que a la vista de aquel hombre reducido a tan lamentable estado de olvidó sus crímenes y sólo recordó que habían estado en las

mismas entrañas..

-Es tu hermano, Armando -repitió la condesa, animada por la misma compasión.

-No estamos más que a cuatro leguas de Magny -dijo el conde al postillón, mientras los lacayos colocaban al mendigo en la silla de postas-. Revienta los caballos y llega lo antes posible posible a dicho lugar.

El carruaje emprendió una veloz carrera y pocos minutos más tarde el mendigo se encontraba en la cama de un lujoso dormitorio.

-Andrés -murmuró el señor de Kergaz, cuando el médico hubo atendido al mendigo-. Estás en mi casa. En casa de tu hermano, en tu casa.

El aludido continuó mirándole con ojos extraviados, asustado. Parecía soñar e intentaba rechazar una visión horrible.

-¡Hermano! -repitió Armando-. ¿Eres tú?

-No, no -balbució el enfermo-. Yo soy un mendigo, un vagabundo sin hogar y sin casa. Un hombre perseguido por la justicia divina y acosado por los remordimientos... Soy uno de esos grandes culpables que se condenan voluntariamente a recorrer el mundo sin descanso con iniquidades a cuestas.

-¡Ah, hermano! ¡Hermano! -exclamó el conde, con alegría-. ¡Al fin te has arrepentido!

Hizo un signo a su esposa para que se llevara al médico y se volvió al vizconde Andrés con el fin de tomarle afectuosamente de una mano.

-Hemos tenido la misma madre, y si es cierto que estás verdaderamente arrepentido...

-¿Nuestra madre? -le interrumpió Andrés, en un susurro-. Yo fui su verdugo. -Y agregó, con acento de gran humildad-: Hermano, cuando haya descansado un poco, cuando mis pies, deshinchados, me permitan caminar de nuevo, me dejarás marchar, ¿no es cierto? Sólo un pedazo de pan y un vaso de agua. Jerónimo, el mendigo, no necesita más.

-¡Dios mío! En qué miseria has caído. ¡Pobre hermano mío! -exclamó, profundamente conmovido, el conde.

-Lo he querido así -dijo el mendigo, humillando la cabeza-. Empecé a arrepentirme y he querido expiar mis crímenes. No toqué tu dinero, hermano. Está depositado en un Banco de Nueva York y sus intereses son para los hospitales. Yo no necesito nada. Me condené a ir por el mundo mendigando caridad, durmiendo en los establos y en las granjas, a veces al borde del camino. Tal vez Dios, a quien rezo noche y día, acabe por perdonarme.

-Basta. ¡En nombre de Dios, yo te perdono, hermano, y te digo que tu expiación es suficiente! -exclamó Armando, mientras lo abrazaba, y añadió-: Hermano mío, ¿quieres vivir bajo mi techo, no como un vagabundo o un culpable, sino como mi amigo, como el hijo de mi madre, el hijo pródigo que se recibe con los brazos abiertos? Quédate, hermano. Entre mi mujer y mi hijo serás dichoso, porque estás perdonado.

Andrés se repuso y vivió con ellos todo el tiempo que permanecieron en Magny. Al regresar a París, a primeros de enero, no aceptó instalarse con los condes en el palacio de la calle Cultivo de Santa Catalina. Su transformación y arrepentimiento no le permitían compartir, más que en parte, ciertas apariencias de aquella vida lujosa. Se fue a habitar un desván casi abandonado, comía alimentos sencillos y jamás llevaba un vaso de vino a sus labios. Los condes estaban seriamente impresionados por su comportamiento, que lo llevó al punto de ir a trabajar como un humilde contable y a pagar a su hermano unos míseros francos en compensación por la comida que éste le daba. Todo ello hacía temer a los señores de Kergaz que su expiación fuera demasiado

severa e incluso atentara contra su vida. Armando lo había descubierto durmiendo sobre el suelo, medio desnudo y con un cilicio, en el helado cuarto de su desván, hecho que le tenía muy conmovido. Hasta creía haber sido injusto al juzgar tan despiadadamente a su hermano. Y en la primera ocasión que tuvo, trató de demostrarle su afecto y su aprecio nombrándole jefe de su policía secreta.

Armando, que hasta entonces había seguido consolando miserias con la activa ayuda de las familias Rocher y Rolland, y la de sor Luisa, recibió una tarde una nota de sus agentes. En ella se decía:

«Los agentes del señor conde se encuentran tras la pista de una misteriosa y singular asociación que desde hace dos meses actúa en París. Dicha asociación tiene ramificaciones en todas las clases sociales. Sus jefes, miembros y medios de acción todavía son un misterio. Pero se conocen algunos resultados de sus actuaciones. Se apoderan de documentos que puedan comprometer la tranquilidad de las familias y ejercen un chantaje desenfrenado. Aprovechan en su favor cartas imprudentemente escritas por mujeres enamoradas, falsos documentos privados cedidos por jóvenes pro digos; todo esto y más lo realizan para conseguir dinero. Se les conoce bajo el título de «El Club de las Sotas de Copas» y hasta el momento los agentes del señor conde no han podido descubrir nada más.»

Aquella carta la dio a leer al vizconde Andrés y le nombró jefe de su policía secreta después de decirle:

-Hermano mío, ha pasado el tiempo de las expiaciones vulgares, del arrepentimiento oculto y humilde. Es necesario ser un hombre fuerte, inteligente, hábil y audaz para servir a una causa noble, como lo fuiste para hacer daño. Un adversario digno de esa asociación de bandidos que pretendo exterminar.

Y después, cogiéndole de la mano, lo presentó a Baccarat, convertida en la sor Luisa que tanto le ayudaba en sus obras, y les dijo:

-Ambos fuisteis ángeles caídos: el arrepentimiento os ha dignificado. Uníos para luchar por la misma causa. Sois dignos de combatir bajo la misma bandera, nobles tránsfugas del mal.

Baccarat levantó su mirada hacia sir Williams y sintió que el corazón se le oprimía. Era como si una voz secreta le gritase:

«¿Pueden arrepentirse monstruos semejantes? ¡No, no!»

CAPITULO II

La noche era muy oscura. Una espesa niebla caía sobre París y obligó a suspender los servicios de ómnibus, coches de alquiler y hasta vehículos particulares. Las luces de gas no podían atravesar la oscuridad de la noche y era preciso conocer muy bien el camino para aventurarse en aquel lugar desierto que entonces se llamaba barrio del Roule. Sin embargo, en el momento que sonaban las once en la iglesia de San Felipe, varios hombres llegaron de diferentes direcciones hasta la entrada de una modestísima casa de la calle Berri.

El primero de aquellos hombres misteriosos desapareció en las profundidades de un pasadizo negro que cerraba una puerta excusada. En la oscuridad más completa, descendió cerca de cincuenta escalones y luego avanzó a tientas hasta que una mano le cogió y le detuvo.

-¿A dónde va usted? -le preguntó una voz sorda-. ¿Pretende robarme el vino?

-El amor es cosa útil -respondió el individuo.

-Está bien -replicó la voz, al mismo tiempo que se abría una puerta y un rayo de luz alumbraba la escalera.

El recién llegado entró en una sala subterránea semejante a una bodega, en la que había una docena de toneles situados junto a las paredes. Al pie de ellos existían tablas que servían de asiento. En el centro se hallaba una mesa bajo una lámpara y un sillón.

El hombre que hacía guardia a la entrada del subterráneo introdujo en la estancia a seis personas, después de hacerles la misma pregunta. Los seis llevaban una amplia capa que les daba un aspecto uniforme. Y luego, tras cerrar cuidadosamente la puerta, fue a ocupar el sillón.

Este hombre era un individuo joven, de unos veintidós años, cuya fisonomía revelaba gran energía, astucia y una audacia a toda prueba. En aquellos momentos podía considerarse como una inteligencia privilegiada, a la cual resaltaba su elegante manera de vestir, la desenvoltura de sus modales y una sonrisa burlona que parecía dominar moralmente a los seis hombres que habían llegado.

-Buenas noches, comandante. Ha sido puntual -dijo al primero que entrara, sin abandonar su asiento junto a la mesa.

Un hombre de cincuenta años, alto, delgado, condecorado con varias cruces, que poseía grandes bigotes teñidos de negro y peluca sobre su calva.

-Buenas noches, Fidias -saludó al segundo, un hom bre de treinta años, de cabellos un poco largos, barba descuidada y con trazas de ser artista.

El tercero no tenía más edad que el presidente y llevaba una lente de concha sujeta en un ojo, bigote retorcido con guías erizadas y los puños de la camisa muy blancos. El presidente le saludó con un:

-Buenas noches, barón.

El cuarto parecía muy diferente. Era un criado de librea, pero daba la impresión de ser uno de esos hombres elegantes que frecuentan los bastidores de teatros y se les ve en el Tortoni y en el café inglés. El saludo que le dirigió el presidente tuvo algo de masónico y misterioso, lo que demostraba la alta estima en que le tenía.

El quinto disfrutaba de una extraña fisonomía. Su cara estaba cubierta de cicatrices, y su aspecto, duro y repulsivo, hacía juego con su traje, exagerado y de mal gusto. No parecía estar dedicado a delicadas ocupaciones.

Por el contrario, el último de los seis hombres era alto, moreno, de tez aceitunada. Tenía el cabello rizado, como la barba, que aparecía con reflejos azulados como alas de cuervo. Este hombre, producto misterioso de los amores de un rajá con una inglesa de hombros de alabastro, ¿o de algún orgulloso hidalgo con sangre de moros de Granada?, era conocido por Querubín el Encantador.

-Señores -dijo el presidente a los allí reunidos-: Nuestra asociación, fundada baja el nombre «El Club de las Sotas de Copas», está compuesta de veinticuatro miembros que no se conocen entre si, lo cual constituye una garantía de discreción.

Los reunidos, que nunca se habían visto, se miraron con mutua curiosidad.

-Todos os habéis podido enterar de los estatutos del Club antes de ingresar en él -prosiguió el presidente-. Ya sabéis que lo primero es obedecer a nuestro jefe misterioso, desconocido de todos, excepto de mí, que soy su humilde intermediario.

Los seis miembros del Club se inclinaron, y él continuó diciendo:

-Es una orden del jefe la que os reúne esta noche para que podáis conoceros. Vais a trabajar unidos y se espera que de esta operación se obtengan resultados fabulosos.

Estas palabras produjeron en la asamblea un movimiento de curiosidad.

-¿Cuáles son los planes del jefe? -prosiguió el presidente-. Lo ignoro. Mis atribuciones se limitan a transmitiros sus órdenes. -Y se encaró con el primer asistente, mientras ojeaba una carpeta de notas que había sobre la mesa-. Comandante, usted frecuenta mucho la alta sociedad. Visita a la marquesa de Van Hop. Estará invitado al baile del miércoles, ¿no?

-Naturalmente.

-La marquesa es una mujer de treinta años, criolla, de la América española, casada con un holandés y al parecer bastante rica.

-Tiene seiscientas mil o setecientas mil libras de renta -Indicó el comandante.

-Le gusta el arte y tuvo el capricho de aprender escultura.

- Soy su profesor -dijo el llamado Fidias, que parecía artista.

-Me lo suponía. -Y añadió el presidente-: El marqués de Van Hop es cuarentón, flemático y taciturno. Creo que celoso. Comandante, el próximo miércoles, usted presentará en casa de la marquesa a Querubín. -Y señaló al sexto asociado-. Creo que la marquesa tiene amistad con la señora de Malassis, ¿no es cierto?

-Muchas veces he visto a la viuda en las recepciones íntimas de la marquesa -afirmó el comandante.

-Según se dice, la señora Malassis fue un poco ligera de cascos en vida de su esposo.

-¿Un poco?

-La marquesa lo ignora y la considera sin tacha, pero actualmente la viuda es cortejada por el anciano duque de Chateau-Mailly. Quiere desposarla y nombrarla heredera universal en detrimento de su sobrino, el conde de Chateau-Mailly, que empieza a arruinarse.

-Querrá decir, acaba -corrigió el comandante.

-La señora de Malassis -continuó el presidente, dirigiéndose al hombre de rostro desfigurado- busca una persona de confianza para los cargos de intendente y mayordomo, a la que pagará poco y ahogará de trabajo. Preséntese mañana en su casa y solicite el puesto. En cuanto a usted -agregó, dirigiéndose al lacayo de librea-. ¿no fue despedido ayer de casa del duque de Chateau-Mailly?

-Hice que me despidieran conforme a las instrucciones recibidas -replicó el lacayo.

-Eso quise decir. Usted tiene la llave que le confió el señor duque perteneciente a la casa de la señora de Malassis. Mañana irá a un cerrajero de la calle Lappe y le dirá: «¿Te acuerdas de Nicolo?», a lo que el responderá: «Le vi guillotinar.» Entonces le entrega la llave y al día siguiente regresa a por dos. La llave vieja la devuelve al señor de Chateau-Mailly. ¿Entiende?

-¿Qué haré con la otra?

-Irá al bulevar de los Italianos y allí se la entregará al señor. -Y señaló al elegante del monóculo, el cual dio un grito de sorpresa-. Querido socio, no se asuste. La señora de Malassis aún está de buen ver y usted cometería un disparate rehusando esa llave.

El elegante saludó sin decir una palabra.

-Señores -concluyó el presidente-. Van a trabajar juntos en la misma empresa. Ahora que ya se conocen pueden separarse y esperen instrucciones particulares en sus domicilios.

El presidente levantó la sesión y los seis miembros de «El Club de las Sotas de Copas» se fueron y desaparecieron entre la espesa niebla que cubría París. El

presidente cerró la entrada subterránea detrás del último asociado y se dirigió al tabique de madera que separaba la bodega de otro compartimiento contiguo.

-Maestro, puede salir -dijo, golpeando en la madera.

Se abrió una puerta disimulada en el tabique y apareció en el umbral un hombre embozado en una capa parecida a la de los restantes miembros del Club.

-Presides como un juez, Rocambole -dijo con acento burlón-. ¡Palabra de honor!

-¿Usted cree, capitán? -exclamó, halagado, Rocambole.

-Y tanto; presides como un magistrado -añadió el capitán-. Te he observado por el agujero de ese tabique y no me podía hacer a la idea de verte como aquel granuja que hizo cortar la inocente cabeza del pobre Nicolo.

-¡Ah, capitán! -murmuró Rocambole con humildad-. Ya sabe que...

-El hijo adoptivo de la tía Fipart vendió a su capitán en el último instante por unos billetes de mil -concluyó el baronet, pues él era el jefe, acentuando las últimas palabras.

-Usted tiene un espíritu muy elevado para comprender y disculpar mi conducta -replicó Rocambole, con cierta firmeza-. Entonces no era más que un agente suyo y no me había educado como hoy. No era su hijo.

-Cierto, muchacho.

-Además, usted no sabía lo que llegaría a ser, como yo ignoraba que usted era... ¡un hombre fuerte! -Sobre todo, eso -dijo Andrés, con modestia.

-Acababa de perder la partida, estaba arruinado. Pude hacer fortuna vendiéndole y lo hice. Usted habría hecho otro tanto.

-¡Diablos!

-Hicimos las paces como personas que se estiman y aprecian. Me convirtió en un hombre elegante, de sociedad, me adoptó como hijo, y en Nueva York trabajamos juntos. Soy su esclavo. Me dejaría guillotinar por usted.

-¡Quita ya! -exclamó el baronet, desdeñoso-. La guillotina no es para hombres como nosotros. Y ahora dejémonos de cumplimientos, señor vizconde de Cambolh... -Se interrumpió un segundo-. Te he buscado un buen nombre.

-Usted es un genio, maestro dijo con admiración Rocambole.

-Señor vizconde de Cambolh, con una h al final que da carácter de nobleza histórica. Eres de origen sueco, ¿entiendes?

-Mi padre, el general marqués de Cambolh -afirmó gravemente el granuja convertido en caballero-, se marchó de Suecia ante el advenimiento de Bernadotte al trono. No quería servir a un extranjero.

-¡Qué expresión! Eres convincente, digo. Bueno, muchacho, dame de cenar, porque si no el jefe de «El Club de las Sotas de Copas» se morirá de hambre.

-Venga, subamos a casa y podrá desquitarse de sus privaciones. ¡Oh, santo varón! -añadió, riendo-. Pobre padre adoptivo..., que vive de legumbres y se da azotes.

-¡Es el incendio de mi venganza durmiendo entre cenizas! -respondió sir Williams, mientras seguía a Rocambole-. Armando de Kergaz aún no está en paz conmigo.

Al salir de la bodega, Rocambole apagó la lámpara y siguió andando con Andrés, en medio de una oscuridad completa. Llegaron al primer piso y el joven abrió una puerta que comunicaba con una especie de tocador lleno de trajes y de baúles, donde la débil luz de la lámpara lo iluminaba todo.

-Ya ve, querido tío dijo Rocambole-, que actualmente el vizconde de Cambolh no se parece en nada al bribón que preside ese vecino «Club de las Sotas de Copas» y baja a la bodega por una puerta disimulada.

El baronet sir Williams se encontró a continuación ante un dormitorio elegante, pequeño y lujoso, que hubiera causado envidia a cualquier mujer del mundo artístico

y galante.

-Avisaré para que nos sirvan la comida junto a la chimenea -dijo Rocambole-. Por cierto, este ayuda de cámara no me gusta. Es de una honradez infamante. Lo despediré cualquier día.

Se fue a avisarlo mientras el baronet, que no era la primera vez que comía allí, se sentaba en un sillón y adoptaba la actitud humilde y temerosa fingida en casa del conde de Kergaz. Para el criado de Rocambole sólo era el tío Guillermo, un provinciano devoto y rico, cuya herencia perseguía el sobrino.

-Estamos solos, tío -dijo Rocambole, cuando el mayordomo les hubo servido y él cerró la puerta antes de sentarse a la mesa-. Podemos hablar tranquilamente.

-Hablaremos, hijo mío -dijo sir Williams, que había empezado a trinchar un pollo-. Tengo que darte muchas instrucciones. ¿Cómo vas de fondos?

-¿Los míos o los del club?

-¡Los tuyos, ¡caramba!

-¡Toma! -exclamó ingenuamente-. Bajando. Ayer perdí cien luises... en el círculo. Me lo aconsejó usted tío.

-Es preciso sembrar un poco para recoger mucho.

-Tengo tres caballos en la cuadra, un ayuda de cámara, un lacayito. Titina me cuesta un ojo de la cara.

-Abandónala. Es una mujer vulgar, que lo mismo engorda moral como físicamente. Además, no me interesa para mis proyectos. Te encontraré otra mejor.

-Todo esto me supone cuarenta mil libras de renta, así que podría añadir alguna cosa más, tío.

-Lo haré si trabajas en proporción -replicó sonriente el falso tío, mientras introducía el tenedor hasta el mango en el pastel de foie-gras.

-¿Cuándo me dará un billete más de mil francos?

-¿Al año o al mes?

-Al mes, tío.

-Hijo mío -replicó gravemente el baronet-. Dios es testigo de que no soy un ladrón tacaño, pero entiendo bastante del «comercio» y sigo el principio de «a cada cual según sus obras».

-Muy evangélico, querido tío.

-Si ganas el billete, no tengo inconveniente en dártelo.

-No me asusta el trabajo, tío.

-Pero ahora no se trata de apoderarse de unas cartitas de amor para revenderlas, sino de algo colosal, gigantesco. Si encuentras algo mejor que mis ofertas y que yo mismo; un hombre más fuerte, más inteligente, que te quiera más y te ofrezca mejores ventajas, serás un torpe y un necio siéndome fiel.

-Nunca he sido torpe -dijo Rocambole, sirviendo vino al baronet.

-Como no encontrarás tal hombre, voy a confiarte parte de mis planes. No dirás que la comedia que llevo está mal, ¿verdad?

-Es perfecta -respondió el joven, con sincera admiración-. El desmayo en la carretera estuvo tan maravillosamente fingido, que de no ser yo el postillón, le hubieran aplastado.

-Es innegable -comentó sir Williams, satisfecho por el elogio.

-Lo que no comprendo es que pretenda continuar haciendo vida de penitencia y de hombre arrepentido. Debe aburrirse con tanta virtud.

-¡Psche! A todo se acostumbra uno. Además, necesito preparar mi venganza. -Y el baronet contó con los dedos-. Primero, a Armando : a tal señor, tal honor.

-Tengo a su disposición una buena puñalada.

-¡Todavía no, diablos! Vas muy aprisa. Heredaría el niño y Juana aún no me quiere. Después tenemos a Baccarat. Le voy a hacer derramar lágrimas de sangre. ¡Mira que escaparse y arrepentirse!

-Una mujer hermosa que tuvo mal fin. ¡Con el por venir tan brillante y seguro que hubiera tenido a su lado!

-Tengo a mi disposición otra parecida.

-Me dejará probarla, ¿no?

-Te la daré si eres buen chico -replicó el baronet, con acento de padre prometiendo al hijo un juguete-. Y no debemos olvidar a nuestro querido Fernando Rocher. No quiso ir a presidio como inocente y caerá como culpable de asesinato.

-¿Y la señorita Herminia? -preguntó Rocambole.

-Muchacho, cuando me he dignado pensar en una mujer que no amaba para hacerla mía y me ha rechazado, puede estar segura de una cosa: caerá su honor, su reputación, su reposo y toda su vida.

-Ya tenemos tres.

-Queda el imbécil de León Rolland, que tuvo la culpa de que muriera Colar. A Cereza no le guardo rencor. Aún conservo a ese viejo de Beaupreau, que la quiere como el primer día.

-Pero, ¿y Juana?

-A esa no la odio, ¡la quiero!

-¿Y por eso continuará llevando por la noche ese. cilicio inofensivo?

-Y me disfrazaré con esa hopalanda, dormiré en una habitación helada, trabajaré doce horas al día para llevar las cuentas de un tendero... Bueno, esto lo dejaré. Mi hermano me ha nombrado jefe de su policía secreta.

Rocambole, que en aquel momento se llevaba el vaso a la boca, lo dejó para prorrumpir en una carcajada.

-¡No es posible!

-Si, hijo mío. Ya ves lo fuerte que es ese hombre. Tiene una policía. ¡Y qué policía! Se han tragado el papelito que les puse en las manos hablando del «Club de las Sotas de Copas».

-¿Qué ha hecho, tío? -exclamó Rocambole, asustándose.

-Buscar el medio de neutralizar a esa policía. Por muy torpe que sea, en cualquier instante puede dar un soplo al prefecto de policía y eso sería enojoso para nosotros. Armando me ha confiado que. desenmascare a los jefes de la banda y yo le voy a servir a cuatro infelices que tú reclutarás para realizar cualquier asuntillo insignificante.

-¡Tío! -exclamó, lleno de admiración, el muchacho-. ¡Es un genio!

-Algo hay que ser en este mundo.

-Sí. Y todo eso es muy bonito y estupendo, pero si se guarda el secreto de la venganza, por lo menos debería indicarme algo de esa famosa operación.

-Te diré lo que debes saber -dijo el baronet, encen- diendo un cigarro y arrellanándose en el sillón-. El marqués de Van Hop es muy rico, pero su fortuna es una miseria comparada con la que poseería si no estuviese casado.

-Explíquese.

-Van Hop tenía un tío que salió de La Haya sin un céntimo. Se fue a la India y ha dejado veinte millones a su única hija, una india ardiente, educada en Londres y enamorada de Van Hop, que hace diez años fue a visitarlos a las Indias. Van Hop se hubiera casado con ella, pero le dio por viajar alrededor del mundo y en La Habana conoció a Pepa Alvarez, una joven criolla que lo llevó al altar.

-¡Vaya torpeza! exclamó Rocambole-. Perdió veinte millones.

-Estaba muy lejos de sospechar que la india le amaba apasionadamente, como los bonzos de su cálido país adoran a la diosa Shiva. Hace ocho años que el marqués se casó y cinco que la india sueña con una de esas venganzas que son mi especialidad.

-¡Diablos! Pues no es tan difícil desembarazarse de una rival.

-Eres muy ingenuo, hijo mío -dijo, desdeñoso, sir Williams.

-¡Diantre! -exclamó Rocambole, mirándole-. Hay cien maneras de dejar viudo a un hombre. Si la india me diese cien mil francos...

-A mí me ha prometido cinco millones.

-¡Mil rayos! ¿Aún vive la marquesa?

-Claro, y si tuvieras penetración comprenderías que una mujer que ama perdidamente a un hombre que no le corresponde no puede matar a su rival. Si la mujer del marqués muriese, Van Hop se mataría y la india perdería su tiempo y su dinero.

-Comprendo, tío.

-Por eso, querido tonto, es necesario que al día siguiente de la muerte de la marquesa su marido no ame más que a la india.

-¡Diablo! Me parece que lo complica demasiado.

-La india también lo ha comprendido así, y ante la verdad de este razonamiento me ofrece cinco millones. No tiene otro recurso que echarse en mis brazos si no quiere renunciar a su amor.

-¿Dónde conoció a ese portento? -preguntó Rocambole con curiosidad.

-En Nueva York, el año pasado, pero desde hace dos días está en París, esperando que el asunto concluya.

Por los labios de sir Williams se deslizó una sonrisa y Rocambole comprendió que la marquesa estaba condenada a morir por cinco millones. El baronet tomó el café a sorbitos y encendió su tercer cigarro.

-Tío, una palabra más, si me hace el favor.

-Te he contado lo que podía decirte.

-Sí, me resigno. Pero no ha dicho nada respecto a la señora Malassis -insistió Rocambole.

-Es un episodio de nuestra acción en este drama terrible -contestó con énfasis el baronet-. En apariencia, la señora Malassis no tiene nada que ver con la marquesa, pero ambas se dan la mano. Y «dos mujeres caen mejor que una». En primer lugar, los marqueses de Van Hop ignoran las verdaderas relaciones que unen a la Malassis con el anciano duque. Por otra parte, el sobrino del duque hizo la corte a la marquesa y el marido de ésta, que la idolatra y es muy celoso, le odia y apoya el matrimonio del duque con la Malassis. El sobrino quedará desheredado; por eso éste da quinientos mil francos de la herencia si su tío muere de apoplejía.

-Quinientos mil francos no son cinco millones. Es más generosa la india.

-Seguro, pero los dos asuntos pueden llevarse a la vez. Tienen mucho en común. La Malassis se enamorará, está en la edad crítica, y hará confidencias a la marquesa. Querubín mariposeará alrededor de ésta, que al fin se confiará a la Malassis.

-Todo eso está muy bien, tío. Pero aún queda algo más.

-Es la última palabra sobre el asunto. No sabrás r más. -Y sir Williams se levantó con la calma del hombre decidido a guardar un secreto.

-De acuerdo, tío mío -se resignó Rocambole-. Y como después de todo usted es la sagacidad personificada, le pido perdón por haber sido indiscreto.

-Te perdono, hijo mío. Te perdono.

-Y me limitaré a una última pregunta. Cuestión de números, simplemente, porque ya que me ha hecho su segundo y presido «El Club de las Sotas de Copas», siguiendo

Librodot

los misteriosos consejos que me da, quisiera saber si en el asunto Van Hop se harán las tres partes la mitad para usted, la cuarta parte para mí y el resto para los demás.

-Lo que dije, dicho está. Habrá un millón para ti y otro para los muchachos. ¡Palabra de honor!

-Conformes. Pero no hemos hablado más que de dos, querido tío.

-Es que yo me quedo con tres -replicó el baronet, con una entonación tan enérgica que no admitía discusión-. Mira, sobrino. Me propongo casarme con la viuda del conde de Kergaz dentro de dos o tres años, y deseo ofrecerle un ajuar de boda apropiado.

Mientras decía esto, sir Williams se puso su abrigo y lo abotonó hasta la barbilla, abrigándose bien.

-Llama para que me lleven a casa -dijo, asomándose a una ventana y examinando el exterior-. La niebla ha disminuido. Que enganchen la berlina y que tu cochero me lleve hasta el Palacio Real.

-¿Cuándo volveré a verle?

-Dentro de tres días.

Rocambole se inclinó y salió para dar las órdenes a su criado. Sir Williams se embozó en la capa y tendió la mano al presidente de «El Club de las Sotas de Copas».

-Adiós, canalla dijo, sonriendo.

-Hasta la vista, querido tío.

-Regañarás con Titina, ¿verdad?

-Mañana mismo, tío. Pero, ,y la otra?

-Paciencia, muchacho. Todo llegará a su tiempo.

Y el baronet salió para montar en la berlina. Otra vez actuaba en París, en medio de aquellos ruidos indecisos, aquellos murmullos interrumpidos que se elevaban durante la noche en la inmensa ciudad como el himno incoherente, la canción impía de la moderna Babel.

CAPITULO III

El palacio del marqués de Van Hop se encontraba situado en la conjunción de los Campos Elíseos con la avenida de las Veuves. Eran las diez y media del miércoles cuando a él llegó el tílburi del comandante acompañado por Querubín. Para entonces, unas treinta personas ya rodeaban a la marquesa en su gabinete, inmediato al gran salón del primer piso.

El marqués era un hombre de cuarenta años que aparentaba menos edad. Alto, con principio de obesidad. Rubio, de cutis rosado, ojos azules y una apostura casi gallarda. Sonreía y miraba amablemente. Pero tenía unos celos, terribles de su esposa. No por saberse engañado, sino por temor a que algún día ella pudiera hacerlo. Por esta razón todos los miércoles de invierno daba fiestas en sus salones, a las que acudía toda la aristocracia parisina de ambas orillas del Sena. Llevaba a su esposa a reuniones, a la Opera, a los Italianos, y en la temporada estival, a las aguas de Baden, a los Pirineos, a Vichy y a los baños de mar.

Aquella noche, cuando llegó el comandante con su protegido, el marqués hablaba con su gran amigo, el anciano duque de Chateau-Mailly. Este había sido general de caballería y, pese a sus setenta años, aún se mantenía arrogante con su alta estatura,

gracias a un corsé y a los cosméticos que rejuvenecían su rostro. El duque y el marqués paseaban a lo largo del salón, casi desierto, y llegaban hasta la puerta del gabinete, donde al lado de la marquesa se encontraba una hermosa dama que llamaba su atención y le dedicaba tiernas miradas y misteriosas sonrisas. Esa dama, de unos veinticuatro años, que manejaba el abanico con la gracia y donaire de las españolas, y tenía deliciosos movimientos de cabeza, sonrisas encantadoras y seductores gestos, era la señora Malassis, amiga íntima de la marquesa.

El comandante Carden, al entrar. en el salón, se dirigió abiertamente al marqués Van Hop, le tendió la mano con mucha cortesía y de manera familiar le dijo:

-Mi querido marqués. Permita que le presente a uno de mis amigos, casi un pariente: el señor Oscar de Verny.

Querubín hizo una reverencia como saludo y el marqués, dispuesto a saludarle con la frivolidad habitual como a cientos de personas que acudían a sus salones todas las noches, se quedó impresionado y algo temeroso. Querubín, o el señor Oscar de Verny, poseía esa belleza maravillosa y fatal que tanto seducía a las mujeres de imaginación vivaz y carácter romántica. Parecía la personificación del vividor joven, ya un poco cansado, con la mirada medio velada y la frente pálida por cumplir a menudo aquello que se suponía nada más verle «He ahí a un joven seductor que desempeña su papel a conciencia y sin detenerse en consideraciones.»

Van Hop, cuando le vio alejarse con el comandante Carden hacia el gabinete de su esposa, sintió un extraño presentimiento que le oprimió el corazón.

La señora de Van Hop escuchaba en aquellos momentos una anécdota que contaba la señora Malassis con una gracia tan chispeante que hacía sonreír con agrado a la concurrencia y reír con franca carcajada a la marquesa. Tras ésta se hallaba un joven alto, de veintiocho años, que mantenía una actitud en indudable contraste con la reunión : ni sonreía ni aprobaba el relato. Se trataba del sobrino del duque, el conde de Chateau-Mailly, que mostraba a la viuda de Malassis su desdeñosa altivez.

Junto al conde se encontraba un hombre cuya fisonomía y cuyo excéntrico traje eran para llamar poderosamente la atención. Tenía el rostro color ladrillo, el cabello rojizo y en melenas que caían sobre sus hombros. Las orejas estaban adornadas con aretes de oro y llevaba diamantes en los dedos y en la pechera de la camisa. Se había presentado aquella mañana como sir Arturo Collins. El marqués lo recibió y ante una carta de recomendación y otra de crédito de la casa Fly, Bower y Compañía, de Londres, dispuso que le entregaran diez mil libras y le invitó al baile.

En el momento de concluir su anécdota la señora Malassis, sir Arturo tocó ligeramente en el hombro del conde y se le presentó con muy buen acento francés. En voz muy baja, le dijo:

-Perdóneme, señor conde. Desearía hablarle fin mo- mento. Ya sé que me ve por primera vez y me juzgará indiscreto. Pero deseo hablarle de una persona que se halla aquí y que, sin duda, a usted no le es indiferente.

-¿A mí, milord? -replicó el conde, asombrado.

-Caballero solamente -corrigió sir Arturo-. ¿Qué le parece esa señora que hace poco divertía a todos con su charla?

-¿A mí? -exclamó el interpelado, inmutándose-. Absolutamente nada.

-¿La encuentra graciosa?

-Igual que a una perfumista retirada.

-Sí, pero es hermosa -se atrevió a insinuar sir Arturo, con una sonrisa enigmática.

-Ya tiene cuarenta. años.

-¿Y qué? El duque de Chateau-Mailly, vuestro tío..., no opina del mismo modo, señor conde.

-¿Qué dice usted? -exclamó, vivamente sorprendido, el conde-. ¿Tiene alguna prueba?

-Antes de un mes la señora Malassis, viuda de un perfumista, mujer de costumbres dudosas, será la duquesa de Chateau-Mailly, pese a su afectada gazmoñería suya.

El conde se puso lívido y se mordió los labios.

-Perdóneme, señor conde -prosiguió con calma sir Arturo-. Tenga la bondad de escuchar con paciencia porque tal vez cuente con poderosos motivos para hablarle de este deplorable asunto, en el que usted perderá una bonita herencia.

-Caballero elijo con voz sorda el conde-. ¿Por qué se convierte en profeta y me anuncia lo que he adivinado hace mucho tiempo?

-Tal vez porque yo puedo impedir ese casamiento y asegurarle la herencia.

-¿Cómo? -exclamó, casi desmayándose, el conde-. ¿Usted podría...?

-Señor conde, he venido desde Inglaterra expresamente para eso. Pero todavía hay obstáculos.

-Es indudable.

-No por parte mía, sino por parte de usted.

-Ya adivino. Me propone un negocio dijo el conde.

-Tal vez, pero no se trata de dinero. Dicha respuesta desconcertó al conde, que creía haber

adivinado sus intenciones. Solicitó:

-Hable, explíquese con claridad.

Sir Arturo cruzó con indiferencia las piernas y se inclinó ligeramente hacia el oído de su interlocutor.

-Caballero, si le pidiesen un millón de la herencia del duque, en caso de que ésta fuera suya, ¿lo entregarla?

-Con mucho gusto. ¿Pero no decía usted...?

-Y lo mantengo. Sólo quería conocer la grandeza de su sacrificio para obtener el resultado que prometo.

El conde le escuchaba con ansiedad y lo miraba con extrañeza. El inglés se mostraba frío, con un gesto sobrio lleno de fatalidad que al conde le hizo pensar en un hombre terrible bajo su ridícula apariencia.

-Querido conde, su tío, el duque, es un viejo enamorado que tiene una naturaleza apoplética. Como enamorado septuagenario es sordo y ciego, pero si se le presentan pruebas claras y palpables para que compruebe lo disparatado de su matrimonio, quedaría herido como un rayo y consideraría a la que iba a ser su esposa como la mujer más vil. Claro que también pueden casarse y a los ocho días del matrimonio la señora Malassis encontrar a su esposo muerto.

-Todo podría suceder -comentó el conde.

-Si, pero no puedo creer que usted haya soñado con la felicidad de la señora Malassis. Vamos, decídase -insistió sir Arturo.

-Perdone, pero admitiendo que le dé carta blanca... Me ha hablado de condiciones. -Y el conde miró cara a cara a sir Arturo.

-Caballero, hay en el mundo una mujer que me ha despreciado : joven, bella y rica. Tiene todo lo que puede trastornar a un hombre como usted. Júreme que se consagrará a perseguirla hasta conseguir que le ame.

-Bonita manera de vengarse -comentó el conde.

-Soy inglés -replicó sir Arturo-. El día que esa mujer le ame, usted recibirá la herencia del duque de Chateau-Mailly.

-Es un medio fácil de conquistar una herencia. Cualquier hombre joven y fogoso aceptaría -aseguró el conde-. Dígame, esa mujer es...

Librodot

-La virtud personificada -añadió fríamente sir Arturo-. ¡Caramba, no es fácil! Pero cuando se quiere de veras...

-Dice bien. Puedo verme obligado a esperar seis meses...

-Prométame que si impido la boda usted será fiel a nuestro pacto.

-Se lo juro. Pero, si a pesar de mi colaboración...

-Con sus esfuerzos y los míos es imposible fracasar. Claro que, en el peor de los casos, sabría resignarme.

-Entonces, acepto y renuevo mi juramento. ¿Puedo preguntar quién es la mujer?

-Es posible que esta noche haya una provocación a media voz entre dos hombres y que usted sea testigo de ella. Uno de los hombres será el marido de esa mujer.

-¡Ah! -exclamó el conde.

-A partir de ese momento, haga la corte a dicha mujer. Es probable que su marido la abandone en el baile. Y ahora, le dejo. Ya volveremos a vernos.

Sir Arturo Collins pasó a la sala de juego, donde se organizaban las mesas de whist. El conde se fue al salón de baile. Entretanto, el comandante Carden se aproximaba a la marquesa, que se había levantado y apoyaba el brazo en un invitado, y le presentó a Querubín. Al ver a aquel joven en una actitud tímida y reservada, la criolla experimentó una sensación extraordinaria y casi lo evitó, cogiéndose al invitado mientras le decía:

-¿Quiere servirme de pareja?

-Nuestro misterioso jefe no se equivocó -dijo el comandante al oído de Querubín-. Amigo mío, la marquesa ya está turbada y su marido, celoso.

-No me lo explico -murmuró, inquieto, Querubín-. Y, sin embargo, con frecuencia he notado esa fascinación en las mujeres que me ven por primera vez.

Mientras el comandante Carden y Oscar de Verny intercambiaban estas palabras, el conde de ChateauMailly buscaba con la mirada a una pareja con quien bailar. Entre el grupo de jóvenes invitadas divisó a la señora de Fernando Rocher. Era la primera vez que Fernando y su esposa asistían a los bailes de la marquesa, a quien habían conocido el verano anterior en Vichy.

El conde nunca había visto a Herminia. Le pareció muy hermosa, y como andaba a la caza de conquistas, la invitó a bailar. Durante veinte minutos la tuvo en sus brazos bailando un vals, olvidado del individuo que momentos antes le abordara. Este se había sentado a una mesa de ecarté desocupada, como esperando encontrar compañero de juego.

Poco después apareció un joven que usaba monóculo y barba en forma de collar. Adoptaba una actitud algo impertinente al caminar con la cabeza echada hacia atrás. El joven asistía por primera vez a los bailes de la marquesa y había sido presentado por un inglés muy distinguido. Le llamaban vizconde de Cambolh y se decía que poseía una gran renta. El vizconde se aproximó a la mesa de sir Arturo Collins y le saludó con frialdad.

-Caballero -dijo-. ¿Tiene el inconveniente de jugar una partida con otro caballero?

Ambos se pusieron a jugar, echando sobre la mesa cinco luises cada uno, no sin cierta negligencia. De pronto, sir Arturo, perdiendo su acento británico, dijo:

-¡Caramba, querido Rocambole! Estás hecho un hombre de mundo, todo un caballero.

-Lo que es usted, capitán... Si no le hubiera visto disfrazarse con esa cabellera y esa barriga postiza, diría que es un auténtico inglés.

-El filántropo de mi hermano me reconoció el día de mi duelo con Sebastián, pero hoy...

-¿Cuándo empezamos la farsa? -inquirió Rocambole.

-¡Diablos! Espera el momento oportuno. Turquesa ya está advertida e instalada en el palacete de la calle Moncey.

-Yo sé dar perfectamente la estocada secreta.

-No hagas tonterías. Acuérdate de que sólo hay que herir. Nos jugamos millones -siguió diciendo el falso sir Arturo, que, como acabamos de ver, era en realidad el baronet.

Instantes más tarde se establecía una partida de sacanete con ellos dos, el marqués Van Hop y Fernando Rocher. Se sortearon los puestos y Rocambole saludó a los puntos y cogió la baraja para tallar.

-Señores -dijo sonriente, mientras echaba dos luises sobre el tapete-. No paso nunca dos veces. Ya verán cómo en seguida salta la banca. Soy un verdadero jettatore.

El vizconde se equivocó y empezó haciendo tablas. Luego los puntos hicieron una puesta de cuatro luises y ganó. Talló tres veces más y llegó a ganar hasta se. senta luises.

-¡Bravo! saludó la voz de sir Arturo.

-Sota por sota -replicó Rocambole, y añadió, sonriendo-: Nunca me había sucedido esto, y por eso no quiero ceder la mano. Conseguiría todo lo que quisiera. Señores, hay ciento veintiocho luises de banca y mucho más si ustedes quieren.

Sacó un precioso portamonedas de malla plateada, donde se veían billetes de banco y monedas de oro, y lo colocó ante él.

-¡Banca! pidió Fernando Rocher, al otro extremo de la mesa, con su cartera en la mano dispuesto a copar la banca.

Rocambole, que tenía las cartas en la mano, las dejó con indiferencia sobre la mesa y dijo de manera impertinente y fría:

-Paso la mano.

-¡Caballero! ¿Qué significa eso? -preguntó Fernando, rojo de ira.

-Sencillamente, hago uso de mi derecho. Paso la mano.

-Hace unos minutos dijo usted que no lo haría.

-Lo he pensado mejor -replicó con tranquilidad el vizconde de Cambolh, mientras abandonaba la mesa de juego.

El incidente provocó cierta emoción, pero en seguida fue olvidado por los jugadores al seguir la partida. La banca perdió la jugada siguiente y algunos jugadores dijeron que el vizconde tenía buen olfato, y otro de ellos afirmó:

-Pues yo jugaría una fortuna con ciertas personas; en cambio, con otras, cuya cara no me agrada, no arriesgaría ni un céntimo.

En aquel momento sir Arturo Collins miró de un modo significativo al conde de Chateau-Mailly, que estaba a su lado. El conde se estremeció y comprendió que aquélla era la provocación esperada.

-¿Quién es el joven que ha pasado la mano? -inquirió.

-El vizconde de Cambolh.

-¿Y el otro?

Fernando Rocher, el marido de esa joven con quien ha bailado usted hace poco. ¿Comprende?

-Sí -murmuró el conde, con un estremecimiento en el cuerpo.

A su vez, Fernando Rocher había abandonado la mesa de juego y seguido al vizconde de Cambolh hasta el saloncito de fumar. Se acercó a éste y le saludó con gravedad.

-Dispense, caballero -dijo-. ¿Quiere hacer el favor f de darme una explicación? ¿En qué sitios acostumbra a jugar el sacanete?

-En sociedad, caballero -replicó Rocambole, la, cónico.

'¿En cuál? -inquirió Fernando, adoptando una actitud desdeñosa.

El vizconde se pasó el monóculo del lado izquierdo al derecho y respondió con cierto énfasis:

-Seguramente, en la misma donde he tenido el honor de encontrarle a usted.

-¡Caballero! -exclamó Fernando, algo exasperado-. Me admiro de verme aquí, porque la sociedad que usted frecuenta no debe ser la verdadera alta sociedad.

-Es lo mismo que pensé -replicó Rocambole, mostrándose frío y burlón- cuando le vi dispuesto a copar mi banca. Soy muy fisonomista, caballero. El juego es para mí como el campo de batalla, algo parecido a un duelo. Mire usted, caballero.

-¿Qué? -exclamó Fernando, palideciendo.

-No debí quedar muy satisfecho al examinarlo, puesto que rehusé el combate. -Y se echó a reír ante Fernando, el cual, fuera de sí, lo cogió del brazo.

-La tarjeta, caballero. Mañana, a las siete, en el boís de Boulogne.

Permítame que le haga una observación -repuso Rocambole-. Antes de pedir la tarjeta a los demás, entregue la suya.

Fernando se la tiró a la cara y Rocambole, después de leerla, añadió con una irónica sonrisa en los labios:

-Soy sueco. Me llamo vizconde de Cambolh y en mi país los nobles no se baten con un plebeyo. Claro que estamos en París...

-¡Basta, caballero! -rugió Fernando-. Mañana, a las siete.

-Lo siento; cuando salga de aquí emprendo viaje a Italia. Tendremos que batirnos ahora mismo. A dos. cientos pasos de aquí.

-Conforme -respondió Fernando.

-Si ha venido con alguna señora, despídase. Y obra. rá acertadamente si le dice que no volverá en unas horas. Pienso matarle.

-Lo veremos, caballero -replicó Fernando.

Fueron a buscar a los padrinos. Fernando encontró al comandante Carden, a quien, por su franca fisonomía y aspecto de militar, le pidió actuara como tal. El vizconde fue en busca de sir Arturo Collins, a la mesa de sacanete. Pero el inglés ya no estaba allí, sino en el salón de baile, junto a una ventana, en compañía de un vejete tímido y silencioso que en todos los bailes y reuniones se veía sentado en un rincón. Entre la alta sociedad que frecuentaba tenía fama de loco, pero su locura era inofensiva. Se reducía a estar enamoradísimo de una joven virtuosa que se casó con un obrero. Este viejo era el señor de Beaupreau.

El padre de Herminia había escapado de las manos de León Rolland cuando éste se dedicó a atender a Cereza, narcotizada, y que su novio creyó muerta. Como su indignada familia no quería saber nada de él, no se hizo gestión alguna por saber su paradero, aunque es de suponer que se reuniera con sir Williams. Tres años más tarde, la señora Rocher recibió una carta de Saint-Remy, Provenza, diciendo que su padre se hallaba entre los alienados que se atendían en aquel manicomio. Su locura era muy tranquila y nada peligrosa. La señora de Beaupreau y su hija corrieron a buscarle. Al saber el infortunio del miserable, lo perdonaron, y desde hacía un año aquel atrabiliario y rabioso avaro que atormentaba a su esposa vivía con ellos convertido en un viejo tranquilo, afectuoso y de sonrisa melancólica que sólo se excitaba ante el recuerdo de Cereza. Herminia le había tomado cariño, así como Fernando, y ambos lo llevaban a todas las reuniones. Incluso si algo importante impedía a Fernando acompañar a su esposa, permitía que el viejo se encargara de llevarla.

Sir Arturo Collins hablaba muy animadamente con el señor de Beaupreau y comentaban alegremente la jugada inventada para que la familia le admitiese en su seno e incluso le quisiera a pesar de considerarlo loco.

Librodot

-Confieso, mi querido yerno -decía Beaupreau con orgullo-, que soy un loco modelo. ¡Cómo los hemos engañado!

-La historia de Saint-Remy es maravillosa -murmuró, riendo, sir Arturo-. Se ve que no se olvida de Cereza. Los buenos jugadores no renuncian a la primera partida.

-Perdimos una buena jugada. Diez minutos más y me hubiera llevado a la muchacha.

-Nos desquitaremos, papá. Y ahora vayamos a lo que interesa. ¿Ve aquel guapo mozo que está sentado junto a Herminia? -señaló al conde-. Vendrá a hablar con usted; seguramente dirá que lo conoce de algo. Finja reconocerle y preséntelo oficialmente a su hija. Es el conde de Chateau-Mailly. Mañana le daré instric- clones más amplias.

Y el baronet lo dejó para reunirse con Rocambole. En el camino se detuvo ante el conde y le dijo:

-¿Ve usted aquel vejete que lleva traje azul, lo mismo que sus gafas? Es el padre de ella. Acérquese y llámelo por su nombre. El señor de Beaupreau ha sido jefe de negociado en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Ahora está un poco loco. Se alegrará de verle, le llamará hijo y le presentará a su hija.

-De acuerdo. Voy ahora mismo -dijo el conde. Mientras ocurría esto, Fernando se había reunido con su esposa y le decía

-Querida Herminia, voy a salir del baile. Quédate con el señor de Beaupreau.

-¡Dios mío! -exclamó ella, intranquila-. ¿Qué te ocurre?

-Tranquilízate -dijo sonriente, Fernando-. Debo realizar una buena acción. Sólo tardaré unas horas.

El vizconde de Cambolh y su testigo estaban en el primer peldaño de la escalinata cuando Fernando se apresuró a alcanzarlos acompañado del comandante Carden. Entretanto, el conde de Chateau-Mailly se dirigía al señor de Beaupreau y se hacía presentar oficialmente a Herminia. En el camino se cruzó con la señora Malassis y, como hombre de mundo, saludó irónicamente a la sonrisa ladina que ella le dirigió.

-Veo, querido conde -dijo ella a su oído-, que le agrada mucho la compañía de ese - viejecito. ¿Tiene mucho ingenio?

-Casi tanto como usted.

-¿De veras? -replicó, zalamera, la viuda.

-Hace poco me contó una historia muy divertida.

-¿Se puede repetir?

-Claro: es la historia de un viejo sexagenario al que le dio la locura de casarse con una intrigante..., para favorecer a la cual piensa desheredar a toda la familia.

El conde saludó con impertinencia a la viuda y ella permaneció pálida y casi sofocada ante tanta audacia. pero vio al duque, que acudía a ella con impaciencia, más enamorado que nunca, y exclamó con una perversa sonrisa en los labios:

-Nos veremos, querido conde.

Y se cogió del brazo del anciano duque de ChateauMailly para salir del baile y regresar a su casa.

CAPITULO IV

Turquesa vivía en la calle Moncey, en el palacete construido por el barón que

sedujo a Baccarat, vendido por ésta y comprado a nombre de otro por sir Williams. Antes, Turquesa se llamó Jenny y vivía en una buhardilla de la calle Cité, esquina a Martyrs, en lo alto del barrio de Breda.

Jenny era una joven de veinte años, bajita, delicada, de cabellos rubios y expresivos ojos azules. Tenía los pies pequeños, así como las manos. Sonrisa de ángel y, a veces, de demonio. Frente despejada y deseos de volar alto. Con sus veinte años ya sabía 1o suficiente para destrozar a un hombre.

A los dieciséis años, Jenny salid de un colegio donde apenas estudió. Se encontró huérfana y con un tutor viejo, infiel y depravado que, a cambio de su fortuna, le ofreció su mano y su reumatismo. Un año después, cuando Jenny no tenía qué comer ni sabía lo que era la vida, supo que su marido estaba arruinado. Entonces se acordó que había aprendido s tocar el piano, que le gustaba divertirse y no tenía ganas de soportar los lazos conyugales. Y una noche abandonó a su viejo tutor y marido.

Jenny era hermosa y tenía dieciocho años, pero en. su huida no encontró coche ni palacete. ¡Los hombres, a veces, son tontos! Tuvo que caminar a pie e instalarse en un entresuelo de la calle Flechier. Allí ensayó sus sonrisas con empleados de poco sueldo. Un buen mozo se fijó en ella, la sacó de la casa y le puso un piso en la calle Laffitte, además de darle una berlina y un lacayo. Pero el buen mozo murió en duelo y el hermano del difunto, hombre muy materialista, puso a Jenny en la calle.

Bordeando la miseria, Jenny fue explotada por uno de esos repugnantes engendros de la moderna corrupción que se dan el nombre de «corredoras de alhajas». Paraba en un sexto piso y a veces lograba llegar al 4 entresuelo. Pero los dueños terminaban por echarla.

Cierto día conoció a sir Williams y el baronet decidió prepararla y arreglarla para sus fines. No gastó mucho tiempo, ya que, nada más empezar a hablar, los ojos de Jenny brillaron como los de una fiera a la que se le enseña una presa.

Jenny pasó a llamarse Turquesa y abandonó su cuartucho por la ex residencia de Baccarat, una doncella, un cochero, una cocinera y un lacayo, además de una berlina y tres caballos. El vuelo había sido dado.

Fernando Rocher resultó herido por Rocambole al batirse en la llanura Monceau. La herida le hizo desmayarse y fue trasladado al domicilio de Turquesa, donde Nivardet, el fingido médico que años atrás atendiera a Baccarat, se cuidó de vendarle la herida y hacerle una primera cura. Cuando Fernando volvió en si, se encontraba acostado en el fondo de una alcoba en que reinaba la débil luz de una lámpara situada encima de la cercana chimenea.

Hizo un movimiento que le arrancó un grito de dolor. Aquello le recordó el duelo, su adversario, los testigos y la extraña sensación de frío que al alcanzarle le produjo la punta de la espada.

Su grite atrajo la presencia de un hombre vestido de negro, con corbata blanca, calvo y un poco obeso. Llevaba gafas y tenía una fisonomía doctamente seria. Se acercó a él de puntillas y le cogió la mano que dejaba colgar fuera de la cama.

-Tiene una fiebre bastante intensa, caballero -le dijo, tomándole el pulso-. Eso es buena señal. ¿Siente mucho dolor?

-No, pero he hecho un movimiento brusco.

El doctor descubrió el hombro herido y arregló el vendaje.

-Es preciso que permanezca tranquilo, caballero. Le es necesario absoluto reposo.

-¿Podría decirme dónde me encuentro? Esto no parece una clínica y tampoco es mi casa.

-No sé qué decirle. Hace unas horas me avisaron que viniese a curarle. Estaba echado sobre la cama y sangraba en abundancia. Una señora joven, y muy bella, le

atendía con ayuda de su doncella.

-¿Era mi esposa? ¿Sabe cómo la llamaba la doncella?

-No sé nada absolutamente.

El cortinaje que había dejado paso al médico volvió a levantarse y, caminando de puntillas, apareció una mujer que produjo una gran impresión a Fernando. Era hermosa y menudita, rubia como las vírgenes de Rafael, con los ojos de un azul oscuro intenso, un talle ondulante y flexible, y manos tan pequeñas y finas que parecían las de un niño. Vestía una bata de terciopelo negro con vueltas azules que resaltaban la maravillosa blancura de sus brazos y de su desnudo cuello. Una sonrisa algo triste vagaba por sus labios.

-¿Cómo se encuentra, caballero? -preguntó, acercándose a Fernando.

Al ver que el herido entreabría la boca para decir algo, puso uno de sus dedos sobre sus labios y dijo en voz alta

-¡Chist! El doctor ha ordenado que no hable.

Se dirigió a un velador próximo, sobre el cual había una taza con cierta poción, y la tomó en sus manos para ofrecérsela a Fernando, que no dejaba de admirar su delicada y encantadora belleza.

-Señora -dijo el médico-. Mis cuidados no son necesarios de momento. La herida va bien y la fiebre no es alarmante. Volveré dentro de algunas horas para cambiar el vendaje.

La mujer le despidió con un gesto de reina. Tomó una luz y lo acompañó. Regresó al poco rato y Fernando le preguntó, inquieto:

-¿Qué sabe de mi esposa? Debe estar muy alarmada por mi ausencia.

-Ella sabe lo que sucede -dijo la rubia desconocida,

dirigiéndole una mirada y una sonrisa capaz de turbar el corazón más puro-. No se inquiete. Se le ha salvado la vida y sólo se le pide una cosa muy sencilla.

-Hable usted, señora -dijo él con acento de gratitud-. ¿Qué es?

-Silencio -replicó la joven, poniendo un dedo sobre sus labios antes de marcharse.

Fernando volvió a quedarse solo, inquieto por una extraña admiración a la hermosura de aquella mujer. Esperó con ansiedad verla reaparecer. Mas pasada una hora aún no había regresado y la fiebre volvió a des. vanecerle. Tuvo unas extrañas alucinaciones en las que lo mismo aparecía su esposa como la desconocida. Se imaginaba estar muerto y hallarse en la antesala del otro mundo. Cuando se despertó entraban los rayos del sol a través de los cortinajes. El sueño había mitigado la fiebre y tenía más presencia de ánimo.

En seguida empezó a rememorar los últimos acontecimientos vividos y volvió a parecerle extraño encontrarse en aquella cama. ¿Qué había sido de su adversario y de sus testigos? ¿A dónde le habían transportado? ¿Por qué no se encontraba junto a su esposa? Y aquella hermosa mujer que lo atendía con desvelo, ¿quién era? Tenía grandes deseos de averiguarlo todo, pero no se atrevía a llamar y se resignó a que apareciese alguien.

Un poco más tarde se abrió la puerta y en el umbral apareció la bella desconocida. Radiante y risueña, se acercó a él con una mirada de dulce melancolía y le dijo con voz afectuosa:

-El doctor vendrá pronto. ¿Se encuentra mejor? ¿Ha dormido un poco o aún sufre?

-Me encuentro mejor -contestó Fernando, vivamente impresionado por la presencia de aquella mujer-. Y mi esposa...

-No se inquiete. Ha sido avisada..., y esto debe bastarle de momento.

La joven intentó examinar el pulso del herido. Fernando, sacudido por una emoción violenta e inexplicable, se apoderó de una mano de la mujer y la besó respe-

tuosamente, con agradecimiento.

-¿Qué hace usted? -dijo ella, retirándola.

-Le doy las gracias -balbució él-. Trato de expresarle mi gratitud. Ha sido tan amable...

-No me debe usted nada -replicó ella con naturalidad.

-Dígame, entonces, ¿quién es, dónde estoy, por qué me han traído aquí?

-Me es imposible decírselo. Sepa sólo que se encuentra en París y lo trajeron después que cayó herido. Me está prohibido decirle más, pero dentro de ocho días, a lo sumo, volverá a 'estar en su casa... con su mujer.

La hermosa desconocida se retiró y dejó a Fernando consumirse de ansiedad. Este, por más que pensaba, no conseguía desvelar aquel misterio. La fiebre y el delirio acabaron por apoderarse de él y pasó una mala noche, llena de pesadillas y alucinaciones, en medio de las cuales su esposa y la rubia desconocida se cogían de la mano y le sonreían...

Al día siguiente se encontraba débil, agotado, con los miembros sacudidos por un temblor nervioso y los ojos inyectados en sangre. Le era imposible fijarse en ningún objeto. La vista le dolía terriblemente.

Su bella enfermera entró de puntillas. Se aproximó a la cama y con una mirada se hizo cargo de la verdadera situación del enfermo.

-Buenos días -saludó con su voz encantadora y dulce, como una melodía, que conmocionó a Fernando-. ¿Se encuentra mejor? ¿Podrá escribir una carta a su esposa? Así, la señora Rocher se tranquilizará más.

-¿Sabe mi nombre? -exclamó él, aterrado.

-Sin duda. ¿Cree que lo tendría aquí si no lo supiese?

-Es cierto -murmuró el enfermo, convencido-. Le escribiré.

-Eso espero. No tiene por qué alarmarse por su tardanza -prosiguió ella, mientras de un escritorio sacaba papel y pluma y se lo entregaba sobre un pequeño pupitre que acercó a la cama-. Pruebe a escribir.

Fernando cogió la pluma e intentó trazar algunas líneas, pero al fijarse en ellas sintió unos agudos pincha zos en la vista que le hicieron quejarse sin que pudiera ver nada. Tampoco el brazo herido le dejaba libertad de movimientos.

-¡Dios mío, no veo!

-Aún sigue débil -replicó la joven-. Confiaba demasiado en sus fuerzas. Será mejor que le sirva de secretaria.

Ella se sentó al pie de la cama, tomó la pluma y escribió. Después leyó en alta voz:

«Mi querida Herminia: He sufrido un ligero accidente que me obliga a pedir que te escriba una mano extraña; sin embargo, tendré fuerzas para firmar la carta...»

-Tendrá que hacerlo, a pesar del dolor -afirmó ella, indo a Fernando. Y volvió a proseguir:

«Acabo de correr un grave peligro, del que afortunadamente he salido bien. Te amo. Antes de ocho días estaré a tu lado. No te alarmes ni te desesperes. Piensa que me acuerdo de ti y tu imagen siempre me acompaña.

»Tu Fernando, que te quiere.»

-Es mejor no entrar en detalles sobre el suceso -dijo la hermosa amanuense-. Resulta tan triste...

Sin embargo, la rubia enfermera había escrito una verdadera carta a lo Lauzun, una

misiva del duque de Richelieu a su mujer.

«Me he batido por una bagatela y estoy herido. La causa ha sido una linda manita blanca que tiene la amabilidad de escribirte estas lineas. Adiós, hasta la vista. Te beso las manos.»

La mujer tuvo la audacia de entregarle el papel para que firmase.

-No puedo leerlo -dijo Fernando-. Pero sí podré firmarlo.

Lo hizo con dificultad y mano temblorosa. Ella puso la carta en un sobre, la selló con un anillo suyo y, míentras Fernando admiraba sus encantadores gestos, las suaves ondulaciones de su esbelto y delicado talle, ella murmuró en voz baja, escribiendo las señas:

-He aquí una carta y un sello que la señora Rocher grabará en su memoria.

Se marchó sonriendo y dirigió al herido un último adiós con la punta de sus dedos. Entregó la carta a un criado para que la llevase a casa de Herminia y luego esperó la llegada del doctor. Por la tarde se instaló a la cabecera de Fernando y no dejó entrar en el cuarto t más que a su doncella. Durante todo el tiempo distrajo el aburrimiento del herido con mil ocurrencias ingeniosas sobre el teatro y las artes. Habló con amenidad y desplegando, a cada instante, todas las gracias e inocentes coqueterías de una mujer de la más exquisita sociedad. Fernando cada vez estaba más encantado y por la noche no hizo más que soñar con ella. A la mañana siguiente casi había olvidado a su mujer.

-Tengo noticias de la señora Rocher -dijo ella, nada más entrar, con una burlona sonrisa-. La noche pasada estuvo muy inquieta, pero mi carta la ha tranquilizado. Le espera dentro de ocho días.

Fernando se sintió confuso y avergonzado ante aquellas palabras. Por primera vez en su vida se preguntaba si era posible no amar a su mujer. Y al preguntárselo, miraba a la desconocida, que en aquel momento jugaba con el cordón de la campanilla y adoptaba una recatada e insinuante postura que a él le produjo un efecto extraño.

-Mi querido enfermo -dijo ella, de pronto-. Su enfermera solicita permiso para ausentarse. Debo salir por algunas horas, durante las cueles usted quedará al cuidado del doctor. A pesar de su pedantería, es un hombre ingenioso.

Acabar ella su definición y entrar el doctor fue todo uno. Ella sonrió y se marchó. Entró en otra habitación donde estaba su doncella y la apremió

-Vamos, vísteme pronto. Voy a ver cómo me sienta este traje de lana y esta toca de pordiosera.

Diez minutos más tarde se hallaba transformada por completo. Parecía una humilde obrera de los arrabales con un pequeño cesto al brazo, un viejo chal de tartán y unos borceguíes usados.

-Entran ganas de darle una limosna, señora -exclamó la doncella al verla.

-Búscame un coche. No tengo ganas de exhibirme de esta manera.

Cuando salid a la calle ya estaba esperándola el ca^ rruaje. Subió a él y dio la dirección de la Bastilla. Minutos más tarde se detenía en la plaza. Descendió del coche y siguió a pie hacia el barrio de Saint-Antoine. Entró en un taller de carpintería y preguntó por el patrón. Un aprendiz fue a avisar a su amo y luego, regresó para invitarla a entrar.

El dueño de aquel taller era León Rolland, el cual, después de casarse con Cereza, recibió de manos del conde Kergaz un sobre voluminoso con el encargo de instalar un

gran establecimiento de carpintería y ebanistería en el barrio de Saint-Antoine, para dar trabajo a doscientos obreros necesitados y padres de familia. Cereza, a su vez, estaba al frente de otro gran taller de costura, en donde las huérfanas y madres cargadas de familia encontraban siempre trabajo y remuneración más elevada que en ningún sitio.

León creyó que su mujer, que ocupaba los pisos superiores de la casa, le enviaba a una de sus obreras para consultarle algo. Pero al ver en el umbral de la puerta a aquella mujer de deslumbrante belleza con tan humilde vestido de obrera, experimentó una conmoción que le dejó confuso y le obligó a bajar los ojos involuntariamente.

-¿El señor... Rolland? -preguntó ella, con voz dulce y melodiosamente timbrada, al tiempo que se sentaba en la silla que el hombre le indicó.

-Soy yo..., señorita.

La joven miró con desconfianza a las otras personas que se encontraban en el despacho, y León las despidió con una señal, temiendo que la mujer no se atreviera a decirle nada delante de todos.

-La escucho, señorita.

Ella bajó la mirada, dando muestras de estar muy conmovida, y al fin se atrevió a decir

-Hace dos años usted dio trabajo en su taller a un tal Francisco Garin.

-Es probable -replicó León, queriendo hacer memoria-. Por lo menos me parece recordar ese nombre.

-Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, que vino a París en busca de trabajo y luego regresó a su pueblo -dijo ella, fijando su turbadora mirada en la cara de león.

-Sí, ya recuerdo -respondió él, estremeciéndose de pies a cabeza-. Lo tuve aquí seis meses. Se fue con su hija, según creo.

-Aquella muchacha soy yo, señor Rolland -dijo ella con voz conmovida-. Me llamo Eugenia Garín y es mi padre quien me envía.

-¡Ah, ya comprendo! -replicó León-. Cree que estoy enfadado porque abandonó el trabajo bruscamente, ¿no? Dígale que no es así, que siempre tendrá trabajo en mi taller y que si necesita dinero adelantado...

-Mi padre no trabajará más, señor -dijo la joven, reprimiendo un hondo suspiro-. Desde hace seis meses se encuentra ciego.

-¡Ah, ya! -respondió León, conmovido de nuevo por la fascinadora mirada que ella había vuelto a dirigirle-. Ha hecho bien en acordarse... de mí. Se lo agradezco.

-Creo que se equivoca, señor -murmuró ella, ruborizándose y pareciendo turbada-. Somos un poco orgullosos y sólo vengo a pedirle trabajo. Creo que su señora no se negará a dármelo.

-Por supuesto -dijo León.

-Desgraciadamente -prosiguió la joven, bajando modestamente la vista-, no podré venir al taller. Tendría que abandonar a mi padre y como está enfermo...

-Eso no importa. Cereza le dará trabajo para que lo haga en casa -dijo el hombre, levantándose-. Si quiere venir, se la presentaré, aunque no sé si ahora estará en casa. Quizá tenga que esperarla un poco.

-Lo haré con mucho gusto, señor -respondió humildemente la joven.

León dirigió una mirada a sus miserables vestidos, cuyo aseo trataba de disimular su penuria, y experimentó un incomprensible sentimiento que creyó de compasión.

Subieron la escalera que conducía al primer piso y él, volviéndose a la joven, que adoptaba una actitud muy humilde, le preguntó

Librodot

-¿Dónde vive su padre?

-A dos pasos de aquí, en la calle Charone, número 23.

-Bien, iré a verle en seguida. Precisamente cuando usted llegó iba a salir a un almacén que tengo en esa calle.

León dejó a la joven al lado de su madre en espera de Cereza, y volvió a su despacho en busca del gabán para salir con paso rápido hacia la casa de Francisco Garin. Esta se hallaba en un sexto piso de una escalera sucia y tortuosa. Todo se reducía a una habitación abuhardillada que no tenía más muebles que un catre de tijera, una mesa y dos sillas. En el lecho se hallaba un viejo envuelto en una manta demasiado delgada para combatir la inclemencia del tiempo reinante.

-¿Quién anda ahí? -preguntó el viejo, con voz destemplada.

-Soy yo, León Rolland -respondió el recién llegado-. Su hija ha venido a verme, Garín.

-¡Ah, querido amo! Cuánto honor -murmuró el viejo, esforzándose en contener los sollozos-. ¡Hija querida! Dios la bendiga. Sin ella estaría ya muerto, mi buen señor Rolland.

-Su hija se halla en mi casa y mi esposa le dará trabajo. Entretanto, permítame que le deje algún dinero -dijo León, poniendo dos monedas de oro sobre fa mesa. Y añadió-. Mañana volveré a verle, amigo Garín.

Al descender del piso, león se dirigió a la portera. Era una vieja que llevaba en la cabeza un pañuelo de seda de Madrás y acudió a su llamada gritando con voz chillona:

-¿Qué desea, señor? ¿Qué desea?

-Haga el favor de subir un poco de leña, carbón, carne y caldo al cuarto de Garín. Cuídele -dijo, entregándole diez francos-. Volveré mañana.

La portera no estaba acostumbrada a semejantes esplendideces. Se apresuró a inclinarse ante el hombre y corrió a ejecutar sus órdenes, mientras León regresaba a su domicilio. En el portal encontró a Cereza, que se había convertido en una mujer radiante y encantadora después de dar a luz un niño. La apremió para que atendiera a la joven Garín. Cuando ésta los vio entrar juntos, levantó la mirada hacia León Rolland y después miró a Cereza, la cual, al notar aquella fija mirada se turbó como si ante ella se hubiese puesto un reptil venenoso. Fue como el presentimiento de que la desgracia había entrado en su casa, porque León también estaba enardecido por una emoción desconocida, que no pasó inadvertida a la pretendida hija de Garín, el ciego.

Una hora después la falsa Eugenia Garín entraba en el cuarto del ciego. El viejo estaba sentado en el rincón, al lado de la encendida chimenea, terminando su comida. La vieja portera se había apresurado a cum- plir todas las órdenes de León Rolland.

-Bien, señor, ¿ha representado con acierto su papel? -inquirió la mujer, cambiando su tono humilde por una voz autoritaria.

-¡Pardiez! Tenía que haberlo visto, señora. Lloré, sollocé, dije que mi hija era un ángel. Era para aplaudirme. El imbécil del patrón se lo creyó -terminó riendo el ciego-. Me ha dejado cuarenta francos y ha dicho a la viuda Fipart que me trajera carbón y comida.

-Ya veo que tiene buen apetito -dijo la joven, sonriendo y depositando en un rincón el trabajo que le diera Cereza.

-Apetito y sed. Si fuese tan amable...

-Nada de eso, borrachín. Se quedará sin vino hasta que yo se lo indique. Y entendámonos : yo le he prometido diez luises si representa el papel de padre ciego y desdichado. Si todo sale bien, subiré hasta cien, ¿entendido?

El ciego dio un grito de alegría y ella añadió, iniciando la marcha.

-Volveré por la mañana. El señor Rolland no puede venir por la tarde, pero si acaso lo hiciera, dígale que he salido...

Abandonó la estancia y se dirigió a la portera. Para distraerse, la vieja Fipart, viuda ilegítima de Nicolo y madre adoptiva del granuja Rocambole, había pedido una portería al vizconde de Cambolh. En realidad, con sus ahorros y lo cobrado por guillotinar a su querido e inocente Nicolo tenía para vivir espléndidamente.

-Pero mamá Fipart -le decía Rocambole-. Yo soy un gentleman y puedo proporcionarle una renta muy respetable. Podrá vivir como una señora.

-A mí me gusta ser portera en una casa decente -replicó la viuda-. Quiero eso y los mil doscientos francos.

Y la viuda Fipart tuvo su portería en una casa comprada por sir Williams para sus «negocios». La viuda, pues, estaba en el enredo del ciego y había recibido órdenes de Turquesa.

-He dejado arriba un paquete grande -dijo la hija del ciego, entrando en la portería-. Llévelo al cuarto que alquiló y busque una obrera para que realice el trabajo. ¿Entiende lo que quiero?

-No necesito que me diga más, señora. Puede irse tranquila -respondió la tía Fipart.

-Buenas tardes y hasta mañana.

La joven se fue a pie hasta el bulevar. Tomó un coche y veinte minutos más tarde se encontraba en el palacete de Moncey, junto a su doncella, que la esperaba en el tocador.

-Quítame estos harapos -dijo Turquesa-. ¡Uf! Si no hubiera un millón a ganar... Lo cierto es que tengo cogidos a los dos y esto marcha.

Después de desnudarse, bañarse y volverse a vestir, entró en el cuarto de Fernando, que la aguardaba con ansiedad.

CAPITULO V

La señora marquesa de Van Hop se encontraba en su tocador. Sus doncellas terminaban de arreglar su tocado para que pudiera asistir a la Opera. Su marido, sentado en un amplio sofá, hablaba con ella y la contemplaba, admirando su suave hermosura con el mismo enamoramiento de su luna de miel. Sin embargo, la marquesa estaba pálida y sufría.

En el transcurso de los últimos días, la criolla era presa de vagas inquietudes e insólitas tristezas. La habían hecho cavilar, pero aún no se atrevía a admitir el motivo. Al menos, el que podría ser causa de sus desasosiegos.

El miércoles por la noche había bailado un par de veces con Querubín. Al día siguiente, a las dos de la tarde, se cruzó con él por la avenida de los Campos Elíseos y con rubor observó que el joven montaba muy bien a caballo. El viernes había acudido a casa de su amiga, la condesita inglesa, y allí encontró a Querubín. Había sido presentado en aquel lugar por el comandante Carden. El joven parecía triste y al cruzar con él sus miradas, la marquesa volvió a turbarse. No la sacó a bailar, pero no dejó de mirarla. El sábado, ella no se había movido de su casa. Pero el domingo, cuando el comandante Carden acudió a su velada familiar, la marquesa no pudo evitar preguntarle quién era su joven y atractivo acompañante.

-Es el señor Oscar de Verny -le informó el militar-. Un cumplido caballero, pero triste, melancólico y, al parecer, dominado por un amor violento e imposible.

Librodot

Aquellas palabras le hablan hecho temblar. Y ahora empezaba a temer que constituyeran parte de la causa que tanta desazón le producía. Sin embargo, su marido estaba allí. Lo había querido mucho durante años. Todavía lo amaba. Sonrió con casta coquetería y, complacida, volvió su mirada hacia el espejo.

-Mi querida amiga -decía el marqués-. Iré a buscarte a las once y así podré ver el cuarto acto.

El marqués era un apasionado jugador de ajedrez. Solía dar a su mujer entera libertad. Ella escogió la opera y él, una notable partida en su círculo.

El comandante Carden, que la acompañaría, no se hizo esperar. Sus cincuenta años y su prestancia de militar retirado y honorable explicaban la confianza que le otorgaba el marqués.

-Comandante -dijo la señora Van Hop, con una ligera sonrisa-. Mi marido es un traidor: un marido como muchos. Prefiere una partida de ajedrez a la compañía de su esposa. Para conciliar sus deberes con su pasión, deja a la mujer bajo la protección de un amigo.

Dedicó una encantadora mirada a su marido, para dulcificar su reproche, y añadió

-No dejes de venir al cuarto acto. Ya sabes que nos gusta mucho.

Diez minutos más tarde, el comandante subía a la lujosa berlina de la marquesa y acompañaba a ésta a la Opera. Era viernes, día de moda, y el teatro se encontraba lleno. La marquesa estaba hermosísima y al entrar en su palco causó sensación.

A los pocos minutos se abrió el palco contiguo y en él entraron dos jóvenes. Uno de ellos se asomó a la platea, apoyándose en el antepecho. Se inclinó de tal manera que la marquesa le vio al dirigir sus gemelos hacia la sala. La violenta emoción que experimentó al reconocer a Querubín le obligó a revestirse de indiferencia y volverse hacia la escena sin la menor afectación. Sin embargo, notaba una angustiosa opresión que desahogó al decir el comandante:

-Fíjese, ahí está el señor de Cambolh.

Se refería al abonado que poseía el palco situado frente al de la marquesa y que en aquellos instantes entraba en él, con un monóculo en el ojo derecho y una sonrisa impertinente.

-En efecto -dijo la marquesa-. Es el vizconde.

-Creo que le vi en su casa.

-Sí, un escultor que me visita con frecuencia y me da lecciones de modelado lo presentó en casa -hablaba para engañar su ansiedad y a su corazón, que latía a impulsos de una inquieta emoción-. Creo que es sueco.

-Sí, oriundo de Suecia, pero nacido en Francia. Yo serví mucho tiempo en el ejército de su padre. Su familia ocupaba un lugar importantísimo en la corte de Suecia.

-¿Es rico?

-¡Oh, no! Pero hará un buen casamiento. Es joven, buen muchacho e inteligente, pero... -el comandante se interrumpió antes de añadir-: Debo confesar que tiene un carácter irascible.

-¿De veras? -murmuró la marquesa, que aparentaba escucharle con atención, cuando en realidad pensaba en otra cosa.

-Desde que le conozco -siguió diciendo el comandante- se ha batido unas veinticinco veces. Es muy buen tirador y en el campo del honor muestra una sangre fría terrible. Ha matado a más de un adversario.

-¡Qué horror! -exclamó la marquesa.

Se volvió hacía la escena, aparentando escuchar con interés el primer acto. En realidad trataba de contar los precipitados latidos de su corazón ante la vista de

Querubín. Advirtió que los gemelos del vizconde de Cam- bolh se dirigían con tenaz insistencia hacia el palco vecino, y al recordar las palabras del comandante Carden se estremeció. Al pensar que el vizconde miraba a Querubín de modo hostil, notó que se ahogaba de ansiedad.

Concluyó el primer acto, bajó el telón y el vizconde abandonó su palco. La marquesa respiró como si se hubiera librado de un gran peligro. Pero en seguida oyó llamar a la puerta del palco contiguo y escuchó murmullo de voces. Se echó a temblar al oír el nombre del vizconde de Cambolh. Allí se estaba discutiendo gravemente y ella sufría un verdadero suplicio. Era indudable que el señor de Cambolh se proponía provocar al de Verny. Le parecía verlos en su discusión, hasta que de pronto se alzó una voz.

-Le repito que vivo en el entresuelo de la calle de la Pepinière, número 40 -dijo Querubín.

-Ya es demasiado tarde -observó el vizconde- y desearía terminar mañana a primera hora.

-Eso se puede solucionar. Tengo un amigo, el caballero que me acompaña, y hace unos minutos vi en los pasillos al comandante Carden.

-Está en el palco de al lado, acompañando a la señora de Van Hop.

-¡Ah!

En esta exclamación, la marquesa adivinó una extraña emoción, una inexpresable ansiedad. Y escuchó, temblando, lo que decía Querubín.

-Citaré al comandante en el café Cardinal, a las doce. Allí encontrará a este señor y a los testigos que usted nombre. Después de las ocho de la mañana podremos encontrarnos en el Bois.

-Debo prevenirle -dijo el vizconde- que nunca hago del duelo un mero pasatiempo. Me bato seriamente y creo que no volveremos juntos.

-Yo también lo espero así.

La marquesa, cuya sangre fluía precipitadamente a su corazón, no podía contener su angustia. Oyó ruido de sillas y comprendió que el vizconde se retiraba. Miró al comandante y lo vio entretenido en examinar con los gemelos a toda la platea. Parecía que no había escuchado nada y ella, sin embargo, sufría lo indecible. Durante un momento lo único que vio y comprendió fue que el señor de Verny, aquel joven tan apuesto y melancólico, iba a batirse y seguramente sucumbiría bajo la espada del vizconde. Pensó en impedir el encuentro, pero no sabía cómo. En realidad, aquellas dos personas tenían que serle indiferentes. Sin embargo, estaba pálida, mas hablar de ello con el comandante suponía confesar su amor por Querubín, o al menos decir que no le resultaba indiferente.

Por si todo aquello no fuera suficiente para martirizarla, momentos después oyó la encantadora y melancólica voz de Querubín, diciendo al joven que le acompañaba en su palco.

-Amigo mío, he de confesarle una cosa y pedirle un favor. Amo a una mujer que nada sabe de mi pasión. No sabrá de ella hasta después de mi muerte. La vida me cansa y aceptaré la muerte como una dicha.

-¡Qué locura! -exclamó el amigo.

-Por eso acepto con alegría este duelo -prosiguió Querubín-. Presiento que me será fatal.

-¡Vamos, Oscar! ¿Está loco?

-No, pero sí cansado de vivir sin esperanza. Mientras viva, la que yo amo ignorará mi amor. Mañana, antes del duelo, recibirá una carta en cuyo interior irá otra. Júreme que si me matan llevará a Correos esa carta, a fin de que la reciba su destinataria.

-Se lo juro -respondió el amigo.

-Comprenderá que dicha carta es para ella -murmuró Querbín-. Al menos, si muero, sabrá cuánto la he querido.

La marquesa, al oír estas palabras, se sintió desfallecer. Pero en seguida alentó una esperanza. Pensó que Querubín entraría en el palco para solicitar al comandante que actuase de segundo testigo. Ella permanecería impasible y luego haría comprender al militar que era deber suyo impedir un duelo sin motivo grave. En el momento en que se proponía intervenir de una manera decisiva y hacer valer sus temores al escándalo, llamaron discretamente a la puerta y todos sus ánimos tuvieron un postrer instante de debilidad. Tembló y se conmovió. Sin embargo, cuando lentamente volvió la cabeza al oír que se abría la puerta, sólo descubrió a la acomodadora, que llevaba un billete para el comandante. Este abrió el sobre, leyó con gran calma la misiva, la dobló y se la guardó. A continuación despidió a la acomodadora.

La señora Van Hop había adoptado una actitud indiferente y disimulaba, bajo una aparente sonrisa, la tremenda ansiedad que la embargaba. No pudiendo contenerse ante el silencio del comandante, exclamó con tono ligero y burlón

-¡Ah, comandante! Ya le he cogido. De modo que se atreve a recibir citas de amor en plena Opera y en mi presencia.

-Esto no es una cita de amor, marquesa.

-¡Oh, oh! -se admiró la aludida, esperando una explicación detallada-. Le conozco bien... Mi marido me ha contado algunas cosas...

-¡Ah, señora! No es nada. Vea mis cabellos, casi blancos -y agregó en tono confidencial-: He de ir esta noche a una cena de amigos.

-¡Ah, ah! -exclamó la mujer, comprendiendo que él sería discreto y no diría nada. Por otra parte, ella no podía demostrar que lo sabía todo. Tal situación era un suplicio. Y durante una hora creyó que el comandante rompería su mutismo al intentar coquetear con él, sonreírle, incluso hablar de asuntos que, más o menos, se relacionaban con el duelo. Pero el comandante siguió impasible.

La señora Van Hop perdió la cabeza por un momento y se decidió a confesar al comandante que había escuchado la conversación del vizconde con el señor de Verny. Pero mientras buscaba el modo de empezar sin herir mucho su dignidad de mujer, en el palco apareció el marqués.

Este se hallaba radiante. Había ganado la partida de ajedrez. Y como suele ocurrir cuando un vago peligro amenaza al marido, un velo parecía cubrir los ojos del marqués, habitualmente desconfiado y celoso, pues no advirtió la extrema palidez y la agitación nerviosa que poseía a su mujer, que le respondía con monosílabos y cierta impaciencia.

El marqués escuchó el cuarto acto con el recogimiento propio de los verdaderos aficionados. La marquesa no vio ni sintió más que espadas entrecruzándose y chocando. Al final, con voz temblorosa, dijo

-Comandante, no vaya a olvidar su cita.

-¡Ah! -exclamó el marqués, sonriente-. Conque tiene una cita, ¿eh, pillastre?

-Una cena de amigos.

-¿Sin mujeres? -preguntó en voz baja el marqués.

-Sin mujeres, palabra de honor.

-No vaya a retrasarse -añadió la marquesa.

-Aún queda tiempo, señora. No nos sentaremos a la mesa hasta medianoche.

-Bien -dijo ella, con una sonrisa contrariada-. Le relevo de sus deberes de caballero... Ya tengo a mi marido -y contempló a aquel hombre, al que había

amado durante quince años, al que le unía una cadena indisoluble y cuyo amor debía servirle de escudo. Parecía que su turbado corazón pretendía engañarse y al ver en pie al comandante agregó-: Una palabra, amigo mío. Quiero decirle algo.

-La escucho, señora.

-Su cena es entre varios, ¿verdad?

-Ciertamente.

-¿Estará entre ellos el vizconde? ¿Cómo lo llama? Siempre olvido su nombre.

-¿El vizconde de Cambolh?

-Sí, ese pendenciero.

-Seguro.

-Entonces, prométame una cosa.

-Con mucho gusto.

-Si ese vizconde busca pendencia con alguien... ¡Es vergonzoso y villano el duelo! -dijo con incontenida emoción-. Si intenta algún duelo..., tratará de evitarlo, ¿verdad?

-Pierda cuidado -replicó el comandante, sonriendo-. Las cenas de amigos a que asisto transcurren sin inquietudes.

Poco después de marcharse el comandante Carden, el señor de Van Hop salió del teatro con su esposa para regresar a su casa. Hasta que no estuvieron en ella, el hombre no advirtió la palidez y la agitación de la marquesa.

-¿Qué tienes, querida mía? -le preguntó.

-Nada, un poco de jaqueca.

-En ese caso, me retiraré dijo, besándole la mano para ir a su dormitorio.

La marquesa despidió a sus doncellas. Tenía necesidad de soledad y de silencio. Por primera vez, desde hacía ocho días, dirigía una mirada al fondo de su corazón y quedaba aterrada. Se preguntaba si su alma, tranquila y casta, no se opondría a la influencia nociva de un elemento extraño y nuevo. Durante años había querido a su esposo, su imagen había absorbido continuamente sus pensamientos y su corazón. Y ahora todo se desvanecía y sólo creía oír el choque de espadas resonando siniestramente en su cabeza.

Se asomó a la terraza inmediata al jardín y luego bajó a él. Tenla necesidad de aire y paseó nerviosamente, sintiendo la muerte en el corazón al comprender la realidad de aquella fuerza desconocida que la desesperaba de semejante manera. Amaba al señor de Verny, pero lo terrible era pensar que había encendido en su corazón una de esas pasiones que hacen odiar la vida. Y él iría al combate resignado a morir. Se dejaría matar al no poder vivir sin ella.

Ante tan espantosa alternativa, la marquesa lo olvidó todo. Sólo pensó en él, en el modo de salir de allí e ir a casa del comandante Carden para decir... ¿Qué le diría? No iría a medianoche, como una trotacalles, a casa de aquel hombre que apenas conocía y al que, sin embargo, amaba, y le diría: «Os prohibo que os batáis».

Era imposible.

Volvió a entrar en su cuarto. Se arrodilló delante de un Cristo de marfil suspendido a la cabecera de su lecho y se puso a orar. Llegó el nuevo día y continuaba rezando. Luego, al distinguir la lechosa claridad de aquella mañana sombría, empezó a Imaginarse los coches que conducían a Boulogne a los duelistas. Sintió el horrísono entrechocar de espadas y de pronto el grito de uno de los combatientes.

TA señora de Van Hop se desplomó, desmayada. Despertó por el sonido de la campana de la portería. Ya eran casi las doce de la mañana. Llamaron discretamente a la puerta de su dormitorio. Se estremeció. Se presentó un lacayo para entregarle una carta que acababa de llegar. La abrió empleando el resto de sus fuerzas. Pero la carta

no era de él.

La señora Malassis le rogaba que fuera a verla. Tenía disgustos y grandes tristezas y sentía la necesidad de desahogar un poco su corazón con una persona tan apreciada, un alma tan gemela a la suya.

La marquesa lanzó un grito de alegría. Alocada de terror y esperanza se olvidó de que no se había desvestido. Se echó un chal sobre el traje que había llevado a la Opera y pidió un carruaje. El marqués había salido muy temprano, a fin de pasear a caballo. Ella se precipitó sobre los almohadones del coche y dijo al lacayo

-A la calle de la Pepinière, número 40.

CAPITULO VI

El vicio tiene impenetrables misterios. Los que pusieron una vez los pies en su pendiente jamás logran remontarla, por más intentos que hacen para subirla otra vez. Y esto le sucedía a la señora Malassis.

A los quince años era oficiala en una importante casa de modas de la calle de la Paix. A los dieciséis abandonó el taller para seguir a un libertino viejo, rico y sin hijos, que remplazó su chal de tartán por uno de cachemir, y las flores de su tocado por alhajas. De los dieciocho a los veintitrés pasó por toda clase de alternativas que posee la existencia de una mujer entregada a los azares de la vida alegre. Entonces, un adorador espléndido que una noche la encontró en apuros, decidió pensar por ella y solucionarle el futuro regalándole una pequeña tienda de perfumes. La muchacha se tomó en serio los asuntos económicos y en seguida adquirió el impulso de hacer dinero y el espíritu que conduce a los comerciantes de fortuna.

Un ex viajante de comercio, hombre que frisaba en los cincuenta, no se alarmó por el pasado dudoso de la perfumista. Se casó con ella y siete años después tenían ahorrados doscientos mil francos. Logró que lo nombraran alcalde suplente de su distrito y miembro de múltiples sociedades filantrópicas. Luego presentó en el mundo oficial, primero, y después en la banca y en el barrio de Saint-Honoré a la ex modistilla y ex mujer galante medio rehabilitada con el matrimonio. Cuando el señor Malassis murió de una indigestión, a consecuencia de una excelente cena en el restaurante Rocher-de-Candale, su esposa ya había sido aceptada por la buena sociedad, que ignoraba la mayor parte de su vida pasada.

Muerto el señor Malassis, la viuda había encontrado al viejo duque de Chateau-Mally. Ella contaba treinta y cinco años y estaba dispuesta a cubrir con las perlas deslumbradoras de una corona ducal el fango de su pasado. Se tomó en serio su papel de dama austera. Ingresó como dama protectora en asociaciones piadosas, entabló relaciones con lo más escogido de la sociedad e hizo muy buena amistad con la marquesa de Van Hop, además de inspirar una gran pasión al viejo duque. El mismo duque que, en el último baile del miércoles, mientras la acompañaba a su domicilio, le dijo:

-¡Señora! Mi sobrino es un necio, al que enseñaré el respeto que debe a su tía, la duquesa de ChateauMailly.

Laura Malassis, después de haber fingido tanto para arrancar aquella declaración, no podía quedarse tranquila. Lanzó un grito y se desmayó en brazos de su anciano adorador, que hizo volver grupas al cochero y se la llevó a su palacio. Sin embargo, la

Malassis, cuando se sintió debidamente instalada en el lecho del anciano duque se despertó. Se incorporó, asustada, y repitió con el acento propio de una loca:

-¡Dios mío! Estoy en su casa. ¡Estoy perdida! Me ha deshonrado.

-Está usted en su casa, señora -decía el duque-. Es su casa, porque antes de tres semanas estaremos casados.

-Está usted loco, señor duque -prosiguió ella, con desesperación e ironía-. No pensará hacerme entrar aquí en pleno día como su legítima esposa, después de haberme traído furtivamente de noche y ante la presencia de sus criados. Entonces su sobrino podría decir con toda razón lo que hoy me ha dicho: «Mi tío me roba la herencia casándose con su querida».

Y la señora Malassis se levantó con la dignidad de una reina. Volvió a echarse su salida de baile sobre los hombros y se marchó a su domicilio. Allí esperó con impaciencia. Suponía que el duque no tardaría en presentarse, pálido y trastornado. Pero aquella noche no seria como otras. Estaba dispuesta a ganar la partida. Se arregló, dispuso la escena para cuando él entrase y esperó. Mas el hombre que entró a las cuatro de la madrugada utilizando una llave de la casa, quien franqueó el umbral de su cuarto con seguridad y una desenvuelta audacia; el hombre que apareció ante ella no fue el duque de Chateau-Mailly, sino un joven que llevaba un monóculo de concha, bigote retorcido de erizadas guías y muy blancos los puños de la camisa. Uno de esos rostros vulgares y picarescos, pero lleno de interés, con el aplomo de los hijos de familia que pasan su vida en el bulevar de los Inválidos. Era Arturo Champ, el tercer miembro de «El Club de las Sotas de Copas».

Arturo Champ estuvo allí hasta hacerse de día. Se marchó y no regresó más, pero a partir del día siguiente la señora Malassis salía de su casa a las dos de la tarde. La mayoría de las veces tomaba un coche de punto. Subía la calle de la Pepiniére, tomaba la de Saint-Lazare, entraba en la iglesia de Notre-Dame de Lorette por la puerta principal y diez minutos más tarde salía de ella por la de la sacristía, que daba a la calle Flechier. Luego entraba en una casa de la calle y subía apresuradamente la escalera, con el velo echado sobre el rostro. Se abría una puerta para dejarla pasar y se echaba en brazos de aquel joven de veinte años, con monóculo de concha y cabellos ensortijados, que le había hablado en el lenguaje de la pasión. Aquel joven ante el que había cedido para olvidarse de todo durante horas en las que saboreaba el placer de un amor joven, como jamás había tenido.

La señora Malassis hacía todo eso porque deseaba amar y a la vez casarse con el duque de Chateau-Mailly, que el jueves, a las ocho de la mañana, se presentó en su casa horriblemente pálido y débil, con evidentes muestras de no haberse acostado en toda la noche, para suplicarle de rodillas que consintiera en ser su esposa. Ella era débil y aceptó, pero también siguió los dictados de aquella pasión que acababa de despertarse en su interior y que tan oculta había mantenido a causa de sus grandes cálculos.

Ocho días más tarde, tras pasar un par de horas con su amante, del que nada había dicho ni a su doncella, regresó a la iglesia para salir por la puerta principal y dirigirse a su casa. Ventura, su nuevo criado, aquel lacayo de librea que fue enviado por Rocambole, la esperaba en la acera. Sonreía burlonamente y silbaba una canción picaresca. La viuda creyó no ser reconocida, mas Ventura la abordó con resolución. Una hora más tarde había desempapelado todo el historial de Laura Malassis, quien bajó la cabeza y se humilló ante su lacayo. Desde el día siguiente respiró con más tranquilidad, continuó visitando a Arturo y estaba plenamente segura de casarse con el duque.

La marquesa de Van Hop llegó a casa de la señora Malassis. Nunca hasta entonces

se había preocupado de examinar aquella entrada, ni la escalera ni al portero. Pero esta vez dirigió una mirada inquisidora a todo Lo que la rodeaba. Quería interrogar a las paredes, a !os rostros. Preguntar si había vuelto sano y salvo. Si había muerto o estaba herido. Mas el portero seguía Impasible; el portal, desierto, y la casa, silenciosa. No le quedó más remedio que atravesar el jardín y llegar al pabellón.

Ventura, vestido con una ostentosa librea, le franqueó la entrada y la condujo al primer piso, a una salita donde se encontraba la hermosa señora Malassis.

-¡Ah, qué buena y encantadora es, amiga mía! -dijo, viendo entrar a la marquesa. Y se levantó para acudir a ella con solicitud respetuosa-. ¡Dios mío! ¿También sufre? Está pálida. ¿Qué le sucede?

-Nada, nada -respondió la marquesa-. No he dormido muy bien.

-A mí me pasa lo mismo. ¡Ah, si usted supiera! suspiró la viuda-. Imagine si tendré malestar y disgusto que desde hace unos días no puedo dormir.

La marquesa experimenté una gran zozobra, pero no se atrevió a hacer preguntas. Se limitó a sentarse con Laura en el sofá, mientras ésta le hablaba:

-La pasada noche he oído dar las cinco, sin que. hubiera podido conciliar el sueño. Al fin pude quedarme un poco adormilada y de pronto me sobresaltaron unos gritos, idas y venidas, que resonaban en el jardín.

La señora Van Hop se estremeció de angustia y dirigió una mirada a su interlocutora antes de balbucir con alterado acento:

-¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

-Una horrible desgracia, amiga mía -respondió la viuda-. Un pobre joven que habita en la casa..., se ha batido esta madrugada en el bois de Boulogne.

-Siga... -suplicó la marquesa, con voz desfallecida.

-Le han traído casi muerto.

La marquesa lanzó un grito y cayó desmayada sobre el suelo. La viuda hizo sonar la campanilla y en seguida apareció Ventura para ayudarla a colocar en el sofá a la marquesa.

-Parece que tenemos cogida a la buena de la marquesa -comentó el criado, mirando burlonamente a la viuda.

La señora Malassis le despidió e hizo aspirar algunas esencias a la marquesa y cuando la vio abrir los ojos y mirarlo todo con extrañeza, le dijo llena de amabilidad:

-Vamos, querida amiga. No ha sido nada. Una pequeña molestia, un simple desvanecimiento.

La señora Van Hop, horriblemente pálida, al recordar la causa de su desmayo, se sintió a punto de desvanecerse nuevamente.

-Tranquilícese, mi buena y querida marquesa -se apresuró a decir la viuda-. Su herida no es mortal. Se salvará.

La` mujer ahogó un grito de alegría y respiró con alivio. Súbitamente advirtió que la viuda había descubierto sus torturas y balbució, bajando la cabeza:

-¡Dios mío, Dios mío! Estoy perdida.

-No soy más que su amiga -dijo la viuda, arrodillándose ante ella y tomándola de las manos para contemplarla con indulgencia y reconocimiento-. ¿Quiere que sea su hermana?

La marquesa no respondió, pero sus manos apretaron convulsivamente las de la viuda y ésta entendió que la criolla, en lo sucesivo, tendría el corazón muy turbado. Ya no podría marchar con la frente alta como la mujer sin tacha.

Librodot

CAPITULO VII

Herminia estaba sobrecogida. Horriblemente inquieta y sin saber cómo explicarse o interpretar aquella carta. La misma que tenía en sus manos y llevaba al conde

de Kergaz. La que en un principio había creído que i pertenecía a Fernando. Pero en la que su esposo no la informaba sobre su misteriosa desaparición, sino que se había valido de una mujer que la hería mortalmente en su amor de mujer legítima y respetada.

Alargó silenciosamente la carta a Armando de Kergaz y esperó a que éste la leyera. El conde no podía contener su sorpresa ante cada línea leída. Aquello era inexplicable y Armando, sin atreverse a ofrecer una opi- nión, se la pasó al vizconde Andrés.

Durante casi diez minutos, Herminia y Armando no separaron sus miradas del inmutable rostro de Andrés. Este, como jefe de la policía secreta del conde, la leía y volvía a leerla sin pronunciar palabra, como si buscara un sentido oculto a aquella escritura.

-Señora -dijo al fin-. Tranquilícese. Su marido no corre ningún peligro y, según dice la carta, volverá. Estoy persuadido de que antes de ocho días habrá regresado.

-Pero..., esta carta..., su letra.

-Sí. Ha sido escrita por una mujer -prosiguió Andrés-. Pero tal mujer jamás logrará apagar el amor que Fernando siente por usted.

Herminia creyó desfallecer al oír aquello. Su presentimiento era cierto. Había una mujer envidiosa de su dicha que pretendía arrebatarle a su Fernando. Sin embargo, tuvo fuerzas para contenerse y refugiarse en sus recuerdos de amor, en su dignidad de esposa y en la fe depositada en su marido.

-No, no es posible -dijo con energía-. Fernando me quiere.

-Dígame una cosa, señora -añadió Andrés, como si obedeciera a una súbita inspiración-. ¿Conoció a muchas personas en casa de los marqueses de Van Hop?

-A casi nadie. Pero mi padre reconoció en el último baile al conde de Chateau-Mailly, con quien bailé varias veces.

-Conozco a quien lleva ese título -intervino el señor de Kergaz.

-Bien, señora -prosiguió Andrés-. Será preciso hablar con el conde. Tal vez pueda informarnos de cómo y con quién dejó el baile su marido.

-¡Ah! Pues diré a mi padre que le avise -dijo ella, y en seguida retornó a su casa.

-Conozco esta letra -afirmó Andrés, al quedarse a solas con Armando-. Y no me extrañaría que «El Club de las Sotas de Copas» estuviera metido en esto.

-¿Es posible? -exclamó el conde, asombradísimo.

-Hay momentos, querido hermano, en que el hombre está dotado de cierto poder de adivinación. Fernando ha desaparecido..., escribe desde la casa de una mujer y se sirve de ella como secretaria. No lo dudes, está en manos de esa asociación que perseguimos con tanto ahínco -y levantando la cabeza, lleno de audacia, añadió con descaro-: Dame ocho días y podré explicarte muchas cosas. Mientras, no quiero que nadie me pregunte nada.

-De acuerdo -respondió el conde de Kergaz.

Entretanto, Herminia se apresuraba a llegar a su casa para entrevistarse con el señor de Beaupreau. Este, cuando la aturdida joven le dijo que Fernando no había

vuelto, exclamó con la mayor indiferencia:

-¿Ah, sí? Pues ya volverá.

Herminia y su madre se quedaron boquiabiertas, pero el hombre agregó en seguida, con una sonrisa de alelamiento

-Yo sé dónde está.

-¿Lo sabe? -preguntó con viveza Herminia.

-Sí -respondió el hombre, guiñando un ojo-. Está en casa de su amante. Me lo ha dicho él. Pero el pobre no conseguirá nada. Ella no morirá de amor por él, como mi querida Cereza.

El señor de Beaupreau rió sin fijarse en el estupor y la palidez que se retrataron en los rostros de las mujeres. Herminia comprendió que no podía contar con él y pensó dirigir unas líneas a la marquesa de Van Hop. Necesitaba saber algo sobre su marido y sobre el conde. Pero un criado, entreabriendo la puerta, anunció:

-El señor conde de Chateau-Mailly.

Herminia dejó escapar un suspiro de alegría y se apresuró a recibirlo. El conde, en el baile de la marquesa, la había cortejado respetuosamente y pedido permiso para presentarse en su casa. Ella creyó que no debía negarlo a un amigo de su padre y ahora lo tenía allí muy oportunamente.

A pesar de la rapidez con que disimuló sus impresiones y dio una serenidad engañosa a su rostro, su aspecto alterado y su ansiedad no pasaron inadvertidos al conde, quien comprendió que alrededor de aquella mujer sucedía algo. Pero Herminia, en presencia de un extraño, recobró su prudencia femenina y sólo cuando el conde manifestó cándidamente no haber visto en el baile a Fernando, se atrevió a decirle

Mi marido desapareció a eso de las dos de la mañana. Me aseguró que estaría ausente el resto de la noche y que regresaría solo a casa. Le esperé ayer todo el día y esta mañana..., aún no ha vuelto.

-No será su esposo un joven alto, moreno, con bigote negro no muy poblado, ¿verdad?

-Sí, es él -dijo Herminia, vivamente alarmada.

-Entonces, le vi salir de casa de la marquesa con el comandante Carden, un oficial sueco.

-¿Está seguro de que iban juntos?

-Segurísimo.

-¡Dios mío! Tengo miedo de que se trate de algún duelo y pueda estar herido.

-Ahora que dice eso -añadió el conde-, creo recordar que hubo una cuestión en la sala de juego, pero no sé si su esposo intervino en ella. Si le parece bien -continuó, mientras se ponía en pie- averiguaré qué le ha sucedido a su esposo. Conozco al comandante y puede informarme de lo ocurrido.

Le besó la mano y se fue, no sin antes dar a entender cuán satisfecho estaba de poder serle útil.

Herminia esperó el regreso del conde, intentando combatir sus sospechas y los primeros síntomas de celos. Admitió que Fernando se hubiera batido y, herido, fuera transportado a una casa vecina para no alarmar a la familia. Incluso que se hubiera valido de una mano femenina para escribir la carta, pero el tono ligero de ésta, su inaudita impertinencia era suficiente para ates. tiguar el despecho y el odio sordo de una rival.

El conde regresó al cabo de poco más de una hora que a Herminia le pareció un siglo. Cuando lo anunciaron, estaba sola en el salón, reclinada lánguidamente en el sofá. Comprendió que el conde era servicial y adicto. Y sintió que lo necesitaba. Su presencia disipaba sus torturas morales. Le ofrecía una esperanza. Y por primera vez,

desde que era dichosa al lado de su marido, creyó que debía ser coqueta.

Le recibió tendiéndole la mano como a un amigo, sonriendo de una manera triste y seria a la vez, como dejando traslucir la confianza de un alma dolorida. Con un gesto le señaló un asiento inmediato al sofá y le preguntó:

-¿Qué hay?

-El comandante Carden ha salido esta mañana para Londres -respondió el conde-. Pero he podido averiguar ciertos detalles por su ayuda de cámara. Tranquilícese, señora. Su marido está a salvo, gracias a Dios, y no se ha movido de París.

-¡Ah! -suspiró Herminia, con cierto alivio.

-Al parecer tuvo una cuestión con un compatriota del comandante, el vizconde de Cambolh. El vizconde debía marcharse aquella madrugada de París y decidieron tener el duelo inmediatamente. Creo que el comandante hizo de testigo para uno de ellos. Por lo visto, el adversario del vizconde fue herido en un brazo y llevado a una casa vecina.

-¿Y no sabe dónde está esa casa? -preguntó Herminia, temblando.

-Lo ignoro. El criado no sabe dónde se dirimió el duelo. Le parece que es la casa de una baronesa, de una señora, según cree, muy relacionada con aquellos señores.

Herminia respiró y empezó a confiar. Creía que todo se había desarrollado sin el consentimiento de Fernando. Sin embargo, aquella carta no la dejaba tranquilizarse por completo. El conde confirmó su teoría, pero agregó:

-Claro que en semejantes casos es frecuente llevar el herido a casa de una amiga. El vizconde de Cambolh, por lo que he podido comprender, es muy conocido en el mundo galante. Esas criaturas, sin embargo, son muy caritativas y generalmente excelentes enfermeras.

Cada palabra suya iba clavándose lo mismo que un puñal en el corazón de la señora Rocher. Empezaba a comprender parte del misterio. No obstante, algo seguía siendo incomprensible para ella : ¿Cómo Fernando, que la amaba, había firmado aquel billete?

La mujer empezó a pensar que el señor de ChateauMailly podía serle muy útil para averiguar cuanto deseaba saber en torno a aquel asunto e intentó seducirlo, fascinarlo para ganarlo a su causa. El conde, que tenía una fisonomía abierta, simpática y no exenta de franqueza, se mostró elocuente, apasionado y juró que le devolvería a su marido, o por lo menos intentaría conseguirlo. Al cabo de una hora se había captado toda su confianza y Herminia le rogaba que volviera en cuanto tuviese la menor noticia sobre Fernando. Por último, le enseñó la carta recibida. Apenas la examinó, pareció turbarse y exclamó, sorprendido:

-¡Cielos! Yo conozco esta letra... Pero, no es posible.

-¿Que la conoce? -murmuró la señora Rocher, alarmada.

-Sí, pero esto sería muy extraño..., inexplicable.

-¡Caballero, por favor! -dijo, suplicante, Herminia-. Si sabe quién es esa mujer, le ruego que me lo diga.

El conde desabrochó su levita y de un bolsillo extrajo una cartera, en la que buscó una carta que confrontó con la misiva de la señora Rocher. Era el mismo papel, el mismo perfume discreto, la misma letra. Y decía:

«Mi amado conde: ¿Quieres venir mañana a tomar café y fumar un cigarro en mi casa? Habrá una buena partida de sacanete y encontrarás a esa nueva pasión que te hizo olvidarme, querido monstruo. Me refiero a Carlota Lupin, nuestra amiguita Carambola. Te abraza y aún no te perdona,

Librodot

»Tu Topacio.»

Herminia se puso pálida al confrontar aquellas cartas y murmuró, aterrada:

-Es la misma letra.

-sí, pero mi carta hace un año que fue escrita. Y lo más extraordinario es que hace quince días esta mujer se hallaba en Italia. Pero le aseguro que pondré esto en claro, cueste lo que cueste -y el conde, que parecía estar muy conmovido, tomó la mano de Herminia y respetuosamente se la llevó a los labios, mientras añadía-: Señora, le suplico que me mire como a un amigo. Sólo yo puedo salvarla. Permítame que lo haga.

La señora Rocher le escuchaba con espanto y no se dio cuenta que se había arrodillado ante ella y continuaba teniendo su mano entre las suyas. Sólo pensaba que aquel hombre sabía cuál era su verdadera desgracia y, tal vez el cielo se lo enviaba para protegerla.

-Creo que tiene -un hijo -continuó diciendo el conde con vehemencia-. Me ha parecido escucharlo. Pues bien, en nombre de ese hijo, señora, le suplico que tenga fe en mí como en un amigo, como en un padre.

-La tendré -replicó la mujer, que por un instante sentía sus angustias de madre y creyó en el noble lenguaje de aquel joven de mirada franca.

Entonces el conde retiró su sillón, como si la confianza otorgada se hubiera interpuesto entre ellos, y agregó:

-Perdóneme si me atrevo a hablarle de unos vergonzosos detalles de mi vida juvenil. Pero, créame, señora, que son necesarios para que pueda comprender lo que ciertas criaturas perversas son capaces de realizar.

La joven lo escuchaba en silencio, como invitándole a hablar.

-Topacio es una de esas criaturas que el infierno parece vomitar de tarde en tarde. Es una mujer sin corazón, sin pudor y sin escrúpulos. Hermosa hasta la exageración, encanta y seduce como los ángeles, pero es un monstruo. Tres años, señora, estuve entre sus garras. Y le hubiera entregado mi vida, mi corazón, mi inteligencia y hasta mi fortuna, pese a ser hombre experimentado, si un grupo de amigos no me hubieran arrancado de sus garras. Ellos remplazaron mi perdida voluntad. Me cogieron una noche, me metieron en una silla de postas y me condujeron a Alemania, lejos de ese minotauro hembra que me devoraba sin compasión.

Herminia estaba blanca como una estatua de mármol. Parecía concentrar su vida en su mirada y escuchaba con avidez las lúgubres palabras de su sentencia.

-Necesité un año de viajes, de cambio de aires, de adhesión de amigos, para curarme de las indudables infamias de esa Topacio. Y ahora, señora, si juzgo por esa carta, vea en qué manos y no sé por qué misterio ha ido a caer su esposo -viéndola anonadada ante el peso de semejantes revelaciones, volvió a cogerle la mano y dijo, estrechándosela con vehemencia-: Ahora comprenderá por qué exijo tal confianza. Sólo yo puedo salvarle: salvar a usted y a su hijo. Pero es necesario que se deje guiar por mí, que me tenga una fe ciega. Sólo a este precio podré devolverle la dicha.

-Le obedeceré como a un hermano -replicó Herminia, después de un breve instante, mientras unas lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

-Bien. Entonces, a partir de hoy no debo volver aquí. Es más, su marido debe ignorar que he venido.

-¡Dios mío! -exclamó la joven, súbitamente asustada-. ¿No volveré a verle?

-Sí. Mañana por la tarde, al anochecer. Vaya a los Campos Elíseos. La esperaré en la esquina de la avenida Lord Byron -y como Herminia dudase, agregó-: Míreme,

señora. ¿Tengo aspecto de no ser sincero?

-Iré, se lo prometo -respondió ella, avergonzándose de haber dudado.

El conde se levantó, le besó la mano y añadió:

-Tenga fe en mí. La salvaré, pero no diga nada a nadie..., ni a su madre.

El seductor se fue y Herminia quedó llena de crueles angustias. La noche y el día siguiente pasaron sin acontecimiento alguno que mitigara el dolor y la desesperación de Herminia. Con los ojos llenos de lágrimas, a su alrededor no vela más que soledad. Rehusó el consuelo de su madre y del señor de Beaupreau y no hacía más que pensar en el señor de Chateau-Mailly, que había tenido para ella calurosos arranques de amistad y de 1 abnegación. En aquel momento lo consideraba su apoyo más firme, su amigo más seguro, para sacar a Fernando de las manos de su odiosa rival.

Apenas anocheció, Herminia salió furtiva y decidi Y damente de su casa. Alcanzó a pie la plaza del Havre y allí tomó un coche que la condujo a la esquina de la avenida Lord Byron. Durante el trayecto no hizo más que temblar. Era como si una voz oculta le dijese que correría un peligro más grande que el que iba a conjurar. Pero ella necesitaba saber, acabar con aquella angustia mortal.

Dirigió una inquieta mirada a la avenida Lord Byron y la descubrió enteramente desierta. El conde no había llegado y le hubo de esperar, llena de ansiedad durante quince minutos. Al fin éste apareció a caballo y la emoción de Herminia fue tanta como su impaciencia.

-Señora, desde ayer he dado un gran paso -dijo él, saludándola al echar pie a tierra-. Ya sé dónde están su esposo y esa abominable criatura. Permítame verla pasado mañana, porque hoy no puedo decirle más. Tenga la esperanza y la seguridad de que le devolveré a su esposo.

Herminia pretendió interrogarle, pero él se apresuró a decir:

-No olvide que me prometió obedecer. El domingo, a las cinco, aquí.

El conde montó a caballo y desapareció, dejando a la mujer más desesperada y abatida que cuando salió de su casa. Herminia esperaba mucho de aquella entrevista. Sin embargo, supo resignarse y pasar los dos días aguardando la vuelta del conde.

-Alégrese, señora -dijo el conde, cuando la vio el domingo, día en que llegó puntualmente a la cita-. Su esposo regresará. El miércoles, por la tarde, lo verá entrar en su casa.

Herminia temblaba de alegría y de emoción. Ya no sabia si podía ser factible o no. Pero aquel hombre lo decía y estaba casi convencida de que sería cierto.

-Pero le ruego, en nombre del cielo y de su tranquilidad, señora; le suplico que me obedezca y acepte la explicación que su marido le dé sobre su ausencia. Créale o finja creerle, pero no mencione a esa mujer, ni diga nada sobre mi. ¿Me lo promete?

-Sí, se lo juro. Le obedeceré.

Herminia regresó a su casa con el corazón palpitante de esperanza. Ya había perdonado a Fernando y sólo esperaba y contaba los instantes que le separaban del miércoles para poder abrazar a su esposo.

El día señalado, mientras ella, desde las ocho de la mañana, vivía pendiente de las llamadas a la puerta, Fernando se encontraba terriblemente confundido en el hotelito de la calle Moncey. La noche anterior, su bella desconocida le había dicho:

-Ya casi está curado y pronto podré enviarle con su esposa y con su hijo.

Esto hizo que el recuerdo del pasado volviera ante los ojos del enfermo para hacerle temblar de vértigo. Su razón le hablaba del deber, de sus obligaciones. Pero

aquella mujer le había atendido con solicitud, había paseado con él un par de horas por el jardín. Le había hablado y seducido con su encanto y su misterio.

-Saldrá de aquí con los ojos vendados.

-¡Oh, no! Esto es un cuento de Las Mil y Una Noches.

-No haga caso -le dijo Turquesa, sonriendo-. Cuando tenga los ojos vendados, subirá a un coche y saldrá de aquí. Antes le entregaré esta carta con mis instrucciones. En ella le digo lo que espero de usted.

-¿Y dónde me conducirá tal carruaje?

La hermosa joven dejó escapar una burlona sonrisa y añadió:

-Si quisiera decírselo, no le vendaría los ojos.

Cuando Fernando se levantó la venda y miró a su alrededor, descubrió que era de noche; las calles estaban desiertas y le habían dejado en la calle de Amsterdam, frente al ferrocarril del oeste. En sus manos tenía una carta, que se apresuró a leer bajo la, luz de un farol. Decía:

«Amigo mío: Ya está curado y en condicio- nes de regresar con su esposa, que tanto le quiere y le espera con impaciencia. Adiós y no se bata más. Si alguna vez piensa en mi, recuerde que la vida tiene impenetrables misterios, y no me busque. Yo no soy libre y usted se expondría a graves peligros. Además, piense en su esposa. ¡Sea generoso! Yo no podía ser su enfermera por más tiempo sin correr peligro.

»Adiós. No me verá más, aunque podrá creer que ha soñado y los sueños son lo mejor de la vida.»

Fernando ahogó un grito de rabia al leer aquello y se apoyó, desfallecido, contra un muro.

-Es preciso que vuelva a verla. Tengo que encontrarla -murmuró-. La encontraré.

Echó a andar con paso inseguro, como si pretendiera encontrar su propio rastro y rehacer el camino que le había llevado allí. Anduvo maquinalmente hacia su casa y ya ante la puerta hizo sonar la campana. Después, al abrirse la puerta y ofrecérsele la visión del patio, desierto y silencioso, con una luz en el cuarto de su esposa, se pasó la mano por el rostro y trató de

ordenar sus recuerdos y las imágenes de su cerebro. Estaba despertando de cuatro años de amor y felicidad ante una pesadilla extraña y angustiosa. Aún no encontraba la causa, mas poseía la sensación y ésta era desasosegante.

Herminia, sin fuerzas y sin voz, al oír la puerta del gabinete y escuchar los pasos de su marido, no pudo contenerse más. Abandonó el sofá y se precipitó en los brazos de Fernando, gritando loca de alegría:

-¡Ah! Ya estás aquí. ¡Al fin has vuelto!

Aquella voz cariñosa, tal recibimiento, acabaron de despertar a Fernando. Recobró su presencia de ánimo y pensó confesarle todo a su esposa, del principio al fin. Luego, instintivamente, algo le dominó y su sangre fría encontró la lucidez suficiente para decirle, mientras se disponía a ofrecer una verdad decentemente vestida, aunque falsa:

-Mi querida Herminia. ¡Cuánto has debido sufrir!

La condujo al sofá y la sentó sobre sus rodillas para darle un beso en la frente. Esto la hizo feliz y sentirse completamente unida a su marido. Incluso llegó a pensar que el conde le había mentido y Fernando jamás había sido infiel.

-Me perdonas, ¿verdad? -agregó él-. Sí, ángel mío. Tu Fernando, al que tanto quieres, se ha portado como un aturdido, como un chiquillo. Olvidó que tenía esposa, un hijo y te dejó en el baile para jugarse la vida por una insignificancia.

-¡Dios mío, Dios mío! -murmuró Herminia, confundida por su acento de sinceridad-. Lo adiviné. Supuse que te habían herido..., levemente, ¿verdad?

-Sí. Sólo fue un arañazo que me tuvo en cama ocho largos días y me produjo desmayos y delirio. Me llevaron no sé adónde y te escribí no sé qué.., ¡Oh, todo parece un mal sueño¡ -exclamó, pasándose la mano por el rostro.

Se levantó y fue fi la puerta de comunicación con el dormitorio de su esposa. !$e aproximó a la cuna de su hijo, al que cogió en brazos. La madre, al oír el llanto del pequeño, olvidó sus dolores, sis torturas y sus celos, y se acercó a Fernando, que en aquel instante dejaba al niño en su lecho.

-Herminia -dijo, tomándola de la mano-. Prométeme que nunca me preguntarás lo que ha pasado en estos días.

-Te lo prometo -contestó la mujer, sumisa.

-No me preguntes dónde he estado, ni quién me ha cuidado. Nuestra felicidad vivirá a este precio -aseguró Fernando, mientras confiaba olvidar la imagen de la hermosa desconocida.

-Te lo prometo, Fernando -murmuró ella, que comprendió que el conde de Chateau-Mailly no le había mentido.

CAPITULO VIII

En la calle Buci, casi a la entrada de la calle de Seine, en Saint-Germain, existía un viejo caserón que debió de pertenecer a un rico procurador del Chatelet. No era ninguna mansión señorial, pero sí un lugar amplio, recogido y grato, para las personas que no gustan vivir en casas arrendadas. Aquella vivienda pertenecía desde hacía poco tiempo a una señora de unos veintiséis años, que no parecía viuda pese a sus vestidos de luto. La conocían por señora Charmet y su existencia fue un misterio, en principio. Luego se supo que era caritativa, protectora de muchas obras de beneficencia y que distribuía entre los pobres la renta de una gran fortuna.

La señora Charmet no era otra que Baccarat, la cual, al arrepentirse y entrar en la vida religiosa como sor Luisa, creyó que moriría con el hábito monástico. Baccarat había devuelto a su amigo y protector, el barón, el palacete de la calle Moncey, los títulos de rentas, las alhajas y cuanto aquel hombre le había regalado. Más tarde pronunció votos temporales de novicia de la Caridad, y hubiera profesado si, dieciocho meses después, un imprevisto acontecimiento no lo impidiera.

El barón, que no había dejado de amarla, después de una gran gira por Europa con ánimo de olvidarla, se batió una mañana en el bosque de Meudon y se dejó matar. Antes de morir, llamó a su cabecera a Baccarat. Le pidió que lo perdonase y la nombró heredera de todos sus bienes. Baccarat decidió vender el palacete de Moncey y abandonó el convento para convertirse en la señora Charmet y dedicarse a arrancar del fango a las almas pecadoras, tal y como lo estaba haciendo el conde de Kergaz.

Todo esto fue motivado por su amor a Fernando Rocher y su renuncia a un hombre para que hiciese la felicidad de otra mujer que lo quería: su legítima esposa.

Aquella tarde, la señora Charmet regresaba a su casa en su modesto coche, acompañada de una joven de quince años que había rescatado de la miseria. Se cuidaba de acomodar a Lía, huérfana judía, con otras dos hermanas que había colocado dignamente, cuando llamaron al portón de entrada. A semejante hora no podía ser más que una visita extraordinaria, por lo que rogó a Genoveva, que la ayudaba en sus trabajos, para que se ocupara de la pequeña..

Salió y se dirigió al salón, donde el mayordomo había pasado a Cereza, que era quien la visitaba. Baccarat se quedó sorprendida al verla, mas pronto cambió la sorpresa por inquietud. Su hermana estaba desconocida. No era la fresca y bella joven que días antes sólo mostraba felicidad y una sonrisa alegre. Cereza estaba pálida, enflaquecida y con los ojos enrojecidos por el llanto. Nada más ver a su hermana, se echó en sus brazos.

-Hace ocho días que sufro mil torturas -dijo con voz desfallecida-. Ya no podía soportar más... Sólo quiero confiar en ti.

-¿Sufres y yo no sabía nada? -exclamó Baccarat, cubriéndola de besos-. Ven, cuéntame qué te sucede.

Con solicitud maternal le hizo sentarse junto a la chimenea, pero al verla llorar silenciosa y desconsoladamente, murmuró con miedo:

-¡Dios mío! No será tu hijo...

-Mi hijo está bien -replicó Cereza, con voz apagada.

-Entonces..., tu marido.

Cereza guardó silencio y lloró más abundantemente.

-No estará enfermo, ¿verdad?

-¡Oh, no! No -exclamó Cereza, a la vez que negaba con un gesto de cabeza, sin dejar su llanto.

Baccarat presintió el disgusto doméstico y su san gre se encendió. No evitó exclamar como un rugido

-Si León se ha permitido dar el menor disgusto a mi pobre Cereza...

-Es más desdichado que culpable -atajó la hermana-. Debemos perdonarle. Está loco.

Y, conteniendo sus sollozos y enjugándose sus lá- grimas, empezó a explicar el extraño cambio que se había operado en León desde hacía ocho días. León no la amaba, le era infiel y estaba bajo la influencia de , una locura extraña.

En realidad, Cereza no sabía nada. Presentía 4a existencia de otra mujer y vivía el drama del abandono, pero ignoraba que León, desde el día siguiente a la aparición de Eugenia Garín en la ebanistería, no hacía más que correr a casa del ciego. Le impulsaba una fuerza extraña que le tenía como fascinado. Llegaba allí con el corazón latiéndole violentamente y se sentaba a la cabecera del enfermo. Eugenia Garín cosía, con la mirada baja y un recogimiento de honradez y de pureza ? que la hacía ruborizarse si león la contemplaba con sus deslumbrados ojos. Todo esto ponía preocupación y desasosiego en el ebanista. Cereza le interrogaba con :i temor y él pretextaba cansancio y fingía dolores de cabeza. Al cabo de ocho días de angustias y sobresaltos, León aún no había confesado a su preciosa obrera que si estaba allí era porque la amaba.

Un día llegó antes que de costumbre a casa de Garín. El ciego le dijo que Eugenia había salido. León se estremeció de celosa inquietud. Quiso marcharse y no tuvo fuerzas para ello. Eugenia regresó al cabo de dos horas. Al verla entrar, León enrojeció y se tornó pálido en un instante. Lamentó su tardanza y la joven bajó los ojos para dejar escapar unas lágrimas que turbaron al ebanista. Aquella noche, León se dijo que ella era pura, honrada, un corazón sencillo, y que él debía tomar en serio sus deberes de padre y esposo. Había amado a Cereza y no debía poner los ojos en otra mujer que no fuese la suya. Se prometió alejar de París a los Garín, e incluso tomó dinero de sus ahorros para entregárselo al ciego y hacer que volvieran a su país. Pero al día siguiente, cuando llegó a la calle Charonne y no encontró a la viuda Fipart en la portería, subió la escalera con un vago temor y un extraño presentimiento. La cama del viejo estaba vacía y Eugenia se encontraba sola.

-Señor Rolland -le explicaba la joven, ruborizada-. Somos tan desgraciados y tan pobres que quizá hacemos mal en ser orgullosos... Sin embargo, mi padre lo era. Todos los días, cuando usted se iba, el pobre lloraba y le bendecía como a un ángel de Dios. Maldecía sus enfermedades y se avergonzaba de debérselo todo.

-Calle, señorita -balbució León, emocionado-. ¿Acaso su padre no ha sido obrero mío?

-Pues bien -prosiguió Eugenia-. El médico dijo ayer que mi padre tendría que someterse a un largo y costoso tratamiento si quería recobrar la vista. Y le ofreció entrar en el hospital. Mi padre sabía que si usted se enteraba de su resolución, lo impediría entregándole dinero. Por eso ayer no le dijo nada y esta mañana se ha marchado, dejándome aquí para suplicarle que le perdone.

Al decir esto, la obrera, deshecha en lágrimas, quiso besar las manos de León. El ebanista, que al oírla había perdido la cabeza, ni se acordó del viejo, ni de su mujer, ni de su hijo. En presencia de aquella joven que le fascinaba con una invencible atracción, lo olvidó todo.

-Respecto a mí -añadió la joven, con fingida turbación-, he de decirle que esta noche iré a despedirme de su señora y a darle las gracias. No olvidaré jamás lo que han hecho por nosotros.

-Señorita -balbució León-, ya dará las gracias más adelante. Todavía no he hecho nada por usted.

-Es que me voy mañana de esta casa -dijo ella, mirándole a través de sus lágrimas.

Aquello fulminó al ebanista. Ahora que ella se adelantaba a sus deseos, temía perderla. Era como sentir que se escapaba su corazón.

-Me proporcionan una colocación como doncella de una dama inglesa -proseguía la joven, con voz débil-. Ganaré en dinero lo que pierdo en orgullo, pero así podré ayudar a mi anciano padre.

León, que había permanecido en un silencio huraño, explotó y dijo, trastornado ante los ojos llenos de lágrimas de la obrera:

-¡Usted no se va!

-¿Por qué? ¿Por qué? -preguntó Eugenia, mirándole, asustada.

-Porque la quiero con toda el alma -exclamó él, enloquecido, poniéndose de rodillas ante la hermosa joven- y no consentiré que se aparte de mi lado.

Esta era la verdad que ignoraba Cereza, pero que la muchacha presentía porque León llevaba una existencia culpable, misteriosa: huía del taller, de sus obreros, de ella misma y no hacía más que tratar a todos con brusquedad. Su vida parecía un infierno y con frecuencia, por la noche, Cereza le oía pronunciar un nombre de mujer que no era el suyo.

Relató todo esto a su hermana entre lágrimas y deseos de morir. Baccarat la estrechó contra su corazón, con besos enjugó sus lágrimas y le prometió que le devolvería el afecto de su esposo.

-Ahora, vuelve a tu casa, que yo iré a veros esta misma noche.

Baccarat sufría al ver a su querida Cereza abatida de aquel modo, pero aún conservaba los conocimientos de su primera existencia. Sabía que hay muchas mujeres abandonadas y traicionadas, pero que el hombre, con frecuencia, siempre vuelve a ellas porque son el ídolo, el amor real y serio que anida en el fondo de su corazón. Y ella había visto cómo León amaba a Cereza. Estaba segura de que no tardaría mucho en volver con ella para siempre.

Se hallaba despidiendo a su hermana cuando anunciaron al vizconde Andrés. Cereza, al oír este nombre, se puso pálida. A pesar de su arrepentimiento y de la creencia de que se había vuelto un santo varón, la ex florista no dejaba de sentir miedo

Librodot

ante él. Se puso a temblar y sintió frío al verlo aparecer en el salón. Y al salir con su hermana hasta el vestíbulo, para marcharse, se lo dijo.

-Escucha -dijo, cogiéndola fuertemente del brazo-. De pronto..., cuando entró ese hombre que nos ha hecho tanto daño, pensé que es él..., él quien me roba aún el amor de León. Ha sido como un presentimiento.

-Pero eso es inadmisible -murmuró Baccarat, temblando-. No hagas caso de tal idea. Eso no es posible.

Y la despidió dándole un último beso para tranquilizarla. Mas Baccarat había temblado y por segunda vez tuvo la sospecha sobre el pretendido arrepentimiento del vizconde Andrés. De nuevo se preguntó si aquel hombre, que se había retirado de la lucha con la sonrisa soberbia del ángel caído y ahora reaparecía llevando una vida ascética, aceptando papeles humildes, no sería

uno de esos grandes comediantes, uno de esos Proteos de mil formas, que había aceptado una nueva metamorfosis para hacer más terrible y tenebrosa su venganza.

El vizconde Andrés aún estaba esperándola junto a la chimenea, de espaldas a la puerta, y de nuevo la saludó bajando los ojos.

-Le suplico que haga el favor de sentarse -indicó Baccarat, ofreciéndole una silla situada bajo la luz de una lámpara. Ella, desde su semipenumbra, pretendía examinarle y espiar sus menores sobresaltos.

-Como ya le he dicho, mi querida señora -dijo, lleno de humildad, el vizconde-, vengo porque Armando me ha indicado que le comunicase las graves noticias que hemos recibido en estos días.

-¿Respecto al «Club de las Sotas de Copas»?

-En efecto. La primera es que estábamos equivocados sobre la asociación. Ahora sabemos que nació en el barrio de Breda, entre algunas mujeres bien relacionadas y unos bribones inteligentes, con el fin de comerciar con cartas de amor.

-¿Y ahora se dedican a algo más?

-Eso parece. Por ejemplo, uno de los miembros se hace presentar en sociedad como un marido casado en Breda Street. Merced a su bella figura gusta a una mujer de cuarenta años, que lo toma -en serio. El marido de esta señora, mientras, suspira ante las rodillas de la querida de ese asociado. Una familia entera está a disposición de un bribón y de su querida.

-Tal asociación tendrá un jefe, ¿no?

-Sí. Una mujer. Claro que no es éste el motivo de mi visita -dijo Andrés, con aire confidencial-. Quiero hablarle de un hombre al que ambos debemos estimar... porque le hicimos mucho daño.

Baccarat se puso en guardia al oír aquello. Experimentó una súbita emoción y adivinó que se trataba de Fernando.

-El señor Rocher está en manos de esa asociación de que le hablaba ahora mismo -dijo con frialdad el vizconde.

-Es imposible -replicó Baccarat, que se sintió desvanecer al apoderarse de ella una terrible angustia-. El señor Rocher ama a su esposa. O, por lo menos, la amaba.

-Señora prosiguió el vizconde, con un tono natural estudiado para producir su efecto-. El señor Rocher tiene una querida.

Estas palabras sacudieron a Baccarat como si fueran un rayo. Y en su mente aparecieron las imágenes y las palabras del pasado. Ella, que había renunciado a Fernando, al hombre que tanto amó, que la convirtió en criminal, por el que se hubiera dejado matar sonriendo, era despreciada para entregarse a una mujer indigna de él, una mujer parecida á lo que ella misma fue en otros tiempos. Y el león herido se enfureció. Su corazón, resignado al olvido, se dispuso a luchar. Volvía a estar celosa,

y no por ella, sino por Herminia, ante cuyo amor se había retirado a la sombra.

-Sí -continuó el vizconde-. Fernando tiene una querida, una entretenida llamada Turquesa que, ¡oh, casualidad!, habita en el mismo palacete que usted poseía en Moncey.

Esta revelación fue otro nuevo golpe a la sangre fría de Baccarat, la cual ahogó un grito y se puso pálida mientras el vizconde, con su mirada baja y la actitud de un hombre que sufre, se regodeaba interiormente y temblaba, embargado por una alegría cruel.

En pocas palabras la puso al corriente de lo sucedido a Fernando, su duelo, el traslado a casa de Turquesa, su amor hacia ella, su regreso al domicilio conyugal y su nueva e inesperada desaparición.

Baccarat escuchaba sin decir una palabra ni mostrar el más leve gesto. Sólo empleaba toda su fuerza moral para contrarrestar el dolor que le estaba haciendo aquel hombre y que él no pudiera notarlo.

-Para que vea que estoy en lo cierto, le traigo este billete que uno de mis agentes encontró en el bolsillo de un vestido que vendía un prendero. Su letra es igual a la de este otro que Turquesa envió a la señora Rocher. -Y enseñó a Baccarat ambas cartas-. No se puede tener ninguna duda. Fernando está en poder de esa asociación.

Baccarat escuchó, pensativa, sin prestar mucha atención a lo que le decía el vizconde. Una voz interior estaba gritándole con fuerza y no la dejó tranquila hasta que dijo:

-Señor vizconde, ¿sabe que esto es tan espantoso como lo que le sucede a mi hermana, que acaba de salir de aquí llorando?

-No la entiendo -replicó él, con un gesto' de extrañeza-Desde hace días mi hermana tiene la misma suerte que la señora Rocher. Su marido, trabajador y honrado, ha cambiado por completo y tiene una querida.

-¡Sí que es coincidencia!

-En efecto, señor vizconde. Por eso acabo de tener una horrorosa sospecha. Oyendo llorar a mi hermana y escuchando el relato de la desgracia que sufre la señora Rocher..., he creído ver la mano invisible de una venganza...

-¿Una venganza? -repitió con tranquilidad el vizconde-. Explíquese.

-Sí -agregó la mujer, con sus ojos fijos en el impasible rostro de Andrés-. Una venganza propia de sir Williams.

El vizconde Andrés guardó silencio, pero dio a su rostro una expresión de alegría dolorosa y dijo, al fin, tomando la mano de Baccarat para llevársela a los labios

-Gracias. Déjeme besar la mano que me castiga... Dudando de mi arrepentimiento, me hace comprender que Dios aún no me ha perdonado.

-¡Oh, no! No es eso lo que he pretendido decir -se apresuró a replicar la joven, sin poder apartar la duda de su mente-. Su arrepentimiento es tan grande, su expiación tan larga... He debido estar loca al pensarlo.

-Señora dijo el vizconde, levantándose-. Mi hermano la espera. ¿Irá a verle?

-Sí, claro que si. A las diez estaré allí. -Y le tendió la mano-. Me disculpa, ¿verdad?

-Quiera el cielo que Dios me perdone como yo lo hago con usted -murmuró Andrés, con una triste sonrisa-. Adiós, señora. Ruegue por mí.

Al franquear el umbral del salón, acompañado por Baccarat, que llevaba la lámpara en la mano, apareció en la puerta la niña judía, que regresaba de la calle con la doncella.

-¡Ah, mi bella señora! -exclamó, gozosa, la joven Lía-. Estoy muy contenta. Si viera las cosas que hemos comprado...

Librodot

Los ojos del vizconde se fijaron en la pequeña y por un instante se olvidó de su papel de pecador arrepentido. Envolvió en una tal mirada de concupiscencia y codicia a aquella criatura de mirar sombrío, labios carnosos y

mejillas tenuemente coloreadas, que no pasó inadvertida a Baccarat. Esto fue como una revelación y la confirmación a su continua duda.

«¡Ah, traidor! -se dijo la mujer, una vez lo hubo despedido-. Sir Williams se ha vestido con nuevo disfraz.»

-Señora -murmuró al mismo tiempo Lía-. ¿Quién es ese caballero? Acaba de mirarme como aquel viejo que me pretendía abrazar.

-¡Dios mío! -exclamó Baccarat-. La verdad está en boca ' de los niños. ¡Con tal que el señor de Kergaz consienta en abrir los ojos!

Y se dispuso a ir inmediatamente junto al conde. No deseaba que el vizconde Andrés pudiera saber nada sobre aquella entrevista. Necesitaba prevenir a Armando.

Se apresuró a tomar un bocado, recomendó a la vieja sirvienta que cuidase de la niña judía y salió de su casa, cubierta con un espeso velo y vestida pobremente para que ni el mismo sir Williams pudiera reconocerla. Entró en el palacio de la calle Cultivo de Santa Catalina sin ser vista por nadie. Una vez en el patio, se dirigió al pabellón apartado que el conde utilizaba para recibir a los pobres vergonzantes y socorrer a los menesterosos. Un viejo servidor se encargó de avisar al conde y Baca carat permaneció en un saloncito, decidida a hablar con absoluta franqueza. Sin embargo, Armando se retrasó bastante y cuando por fin apareció, ella lo encontró pálido y visiblemente emocionado.

-¡Dios mío! -exclamó con espanto Baccarat-. ¿Qué tiene, señor conde? ¿Qué ha pasado?

-Aún estoy bajo la impresión de una revelación terrible -murmuró el hombre, con voz alterada-. Mi hermano Andrés es un mártir.

-¿Un mártir? -exclamó Baccarat, en el colmo del asombro.

-Un mártir como aquellos de los primeros tiempos del cristianismo -añadió Armando, con los ojos a punto de empañarse de lágrimas.

señor conde -dijo, resuelta, la mujer-. Yo no sé si su hermano es un mártir o no, pero lo que he averiguado quiero decírselo sin circunloquios. Estoy plenamente convencida de que bajo el humilde hábito de penitente que ese farsante viste, sigue latiendo el corazón cobarde y feroz del baronet sir Williams.

-¡Qué locura! -exclamó fríamente el conde, después de mirar con cierta sonrisa a Baccarat.

-Suponía que no me creería -replicó ella, con exaltación-. Me lo suponía, pero yo le traeré pruebas. Le arrancaré su careta.

-Escúcheme, amiga mía. Escúcheme y cuando me haya oído verá cómo está equivocada.

-Diga lo que quiera. En el fondo de mi corazón, oigo otra voz y ésa no me engaña.

Armando se sentó y empezó a relatar a Baccarat el descubrimiento que-acababa de hacer gracias a su esposa. Ambos estaban muy preocupados por las penitencias a que se sometía Andrés para expiar sus grandes culpas. A Juana se le había ocurrido hacer un duplicado de la llave del desván donde dormía el vizconde. Andrés solía pasar todo el día fuera de casa. Regresaba bien entrada la noche para dormir medio desnudo en aquella helada habitación, sobre el suelo de piedra. Juana pretendía caldear el cuarto durante el día por medio de un brasero. Todos los días, desde que Andrés se iba hasta momentos antes de su llegada, el brasero permanecía en la habitación. Juana, en un principio fue Gertrudis, lo introducía y lo sacaba valiéndose de la llave duplicada. Andrés lo cerraba todo antes de irse.

Esto viene ocurriendo desde hace más de quince días, pero hoy, cuando Juana subió hacia las cuatro de la tarde al cuarto de su cuñado para dejar el brasero, descubrió un tintero sobre la mesa y, después, el cajón entreabierto. Abrió por completo éste, pese a los acelerados latidos de su temeroso corazón, y vio un manuscrito. La curiosidad le hizo volver la primera hoja y leyó: «Diario de mi miserable vida». Aquello la estremeció, pero no la dejó apartar su vista de una letra pequeña y apretada que llenaba muchas páginas.

Este diario parecía la historia más completa de la vida de sir Williams desde el día en que Armando de Kergaz lo sorprendió a los pies de Juana. Después de un exordio en el que los remordimientos hablaban elocuentemente de aquel gran culpable, Juana, temblorosa y llena de estupor, fue leyendo los siguientes párrafos:

«4 de diciembre.

»¡Ah, cuánto he sufrido esta noche! ¡Qué hermosa estaba Juana! Juana, a la que amo en la sombra como el pájaro nocturno se atreve a amar la luz y el presidiario la libertad. ¡Dios mío! ¿No me llegará el perdón? ¿No veis esas caricias, esos besos de esposos que se dan en mi presencia? ¡Oh, Señor! Yo forjé el instrumento de mi suplicio raptando a Juana para vengarme. La amo desde el día en que mi infamia abrió un abismo entre ambos.

»Señor, me humillo ante vuestra bondad y acepto este último suplicio. Pero, Señor, para llevar la expiación a la altura del crimen, habéis encendido en mi corazón, donde el mal parecía haberlo destruido todo, un amor violento y sin esperanza, de los que sin duda matan al hombre.

»¡Ah, Dios mío! ¿No es este amor el infierno sobre la tierra? Juana, Juana, ángel del cielo a quien Dios ha concedido la dicha. Jamás leerás estas líneas ni sabrás que a la misma hora en que escapabas a su odio, Andrés sentía nacer en su alma envilecida un amor que debía arrancarle de su vida criminal y entregarlo a la tortura de los remordimientos.

»Juana, yo te amo ardiente, santamente, y tú lo ignorarás. Y mi amor será mi castigo. Porque me he condenado a vivir cerca de ti, a verte a todas horas, a oír a tu esposo darte los más dulces nombres...»

Estas líneas pusieron a Juana sudor en la frente y angustia en el corazón. Cada palabra, cada línea parecían haber sido escritas con la sangre del desgraciado Andrés. Jamás una verdadera pasión había hablado con semejante lenguaje de elocuencia. Juana se olvidó de todo. Leía una página tras otra y todo la tenía sujeta, desesperada y absorta.

-Yo, en vista de que no bajaba ni a cenar, temí que le sucediera algo y subí a buscarla. La encontré absorta, blanca e inmóvil, leyendo el manuscrito de Andrés mientras las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas.

»La tomé en mis brazos. Ella se estremeció, levantó la cabeza y se irguió como movida por un resorte.

»Mira..., lee..., lee... -me dijo con voz extraña, los ojos extraviados y el gesto brusco, mientras me mostraba el manuscrito.

»Eché un vistazo al título y a las primeras páginas, y apenas había leído un par de ellas cuando exclamé ahogadamente: "¡Ah, desgracíado! Ahora comprendo cuál ha sido el origen de tu arrepentimiento."

Baccarat le escuchó sin interrumpirle. Comprendió que Armando creía en Andrés

como se cree en Dios. Aquel manuscrito era elocuente alegato para demostrar su auténtico dolor, su arrepentimiento. Y ella estaba sin apoyo para desenmascarar al vizconde.

-Compruebo con tristeza, amigo mío -dijo Baccarat-, que permanecerá ciego hasta el día en que la desgracia caiga sobre lis suyos. ¡Dios quiera que sea lo bastante fuerte para salvarlos! Júreme que no dirá nada de esta entrevista.

-Se lo juro.

-Y prométame, señor conde, que tendrá fe en mi. Yo no tocaré a su hermano. Pero el día que tenga una prueba irrecusable, acuérdese de lo que hoy le he dicho y no quiere creer.

Baccarat se levantó, se cubrió con su velo y tendió la mano a Armando, mientras le decía

-Adiós, señor conde. El día en que la desgracia caiga sobre su casa, el día en que reconozca mi verdad, yo estaré junto a su familia para defenderles.

CAPITULO IX

Las manecillas del reloj marcaban las once.

Turquesa, apoyada su rubia cabellera en un almohadón, se hallaba tendida sobre una gruesa alfombra, junto a Fernando. Le sonreía en silencio y parecía contemplarle en éxtasis y con cierta complacencia. De pronto se incorporó a medias, se apoyó en el codo y fijó la mirada de sus azules ojos en el hombre.

-Querido, va a hacer cuarenta y ocho horas que vivimos como unos chiquillos. Tomamos la vida muy a la ligera.

-La vida es la felicidad y yo soy feliz. ¿Para qué profundizar en análisis?

-En París, para que la felicidad dure, es preciso regularla.

Fernando la observó como sí no hubiera entendido aquellas palabras.

-Querido, las personas envidiadas son las más felices, pero deben temer que los celosos, envidiosos, ociosos y malos discutan su felicidad -añadió la cortesana.

-Es cierto, pero conmigo no cuenta. Yo te quiero.

-¡Bah! -replicó Turquesa, sonriendo-. Hoy no es mañana. Hoy gozas con el orgullo del triunfo. Estás satisfecho porque tienes a tus pies a una pobre mujer que te quiere, que hace unos días era una mujer sin corazón y por enamorarse de ti perdidamente, no duda renunciar a todo.

Fernando la tomó de la mano y la atrajo suavemente hacía sí.

-Hoy eres fuego -continuó Turquesa- y entusiasmo. Te batirías con el mismo don Quijote para que reconociese mí superioridad física y moral sobre su Dulcinea del Toboso.

La mujer sonrió con encantadora expresión de fina burla y añadió:

-Pero, mañana. ¡Ah, mañana!

-Todo será igual -atajó Fernando.

-No es cierto, querido mío -replicó Turquesa, y dejó caer lánguidamente su píe contra el pavimento-. Mañana, por casualidad, la casualidad se mezcla siempre los asuntos de enamorados, encontrarás a tus amigos y a tus conocidos. A muchas personas que no te comprenderán y que te detestarán porque eres feliz.

-No haré caso a nadie.

-Unos hablarán de tu esposa, encantadora y adorada. Y otros... -Turquesa fijó su mirada en el hombre y le vio paralizarse-. Sí, amado mío. Todo concluye este mundo, y sobre todo, el amor. A no ser -agregó melosamente, en tanto lo abrazaba- que una pobre mujer como yo se enamore de verdad. Porque yo te amo, Fernando mío.

Sus rostros estaban tan juntos que el cálido aliento de sus palabras lo enfebrecían tanto como sus azules ojos lo hipnotizaban. Se besaron, pero ella se separó inmediatamente y dijo:

-Pero el amor legítimo, como lo llaman, el sancionado por la ley, ¿cuánto dura? SI, amigo mío. Es evidente que amaste a una mujer, pero ya no la quieres porque corriste tras de mí, me obligaste a volver a parís y te has instalado aquí.

Fernando escuchaba, inquieto, molesto por tanta palabra que sólo le hacía desearla más. Pero Turquesa estaba dispuesta a sujetarlo definitivamente, a anular la influencia de una esposa distinguida, encantadora y llena de nobleza.

-Por consiguiente, puedes estar seguro de que mañana todo el mundo te lapidará. Nadie, ¿comprendes?, admitirá que abandones a una mujer encantadora para todos, a cambio de una como yo. -Y Turquesa acarició a su amante, tanto con la mirada como con la sonrisa-. Por eso, amigo mío, ya he trazado nuestra línea de conducta: esta noche regresarás a tu casa.

-¿Irme? -exclamó él, estremeciéndose.

-Esta noche, ¿lo oyes? -siguió diciendo la mujer, con cierta frialdad-. Inventarás cualquier pretexto para justificar la ausencia de estos días. No importa que te crean o no. Tú te irás... y volverás aquí todos los días, a todas las horas. ¿Acaso no eres amo y señor de todo lo mío? -Turquesa acarició, sonriente y afectiva, el rostro de Fernando-. Aprovechemos nuestro último día de estar juntos y vivir felices. Mandaré que preparen el coche para salir después del almuerzo.

Se incorporó a medías, tendió la mano hacía el cordón de la campanilla y ordenó que les sirvieran de comer. Durante una hora, con sus encantos, siguió hechizando a su amante, hasta que éste aceptó plenamente mentir a su esposa.

A la una tomaron asiento en una calesa y emprendieron el camino del boís de Boulogne. A eso de las dos llegaron ante el pabellón de Armenonvílle y poco después se les acercaba Rocambole cabalgando un hermoso alazán que realizaba graciosas corvetas. Fernando no se fijó en él, sólo tenía ojos para Turquesa, que iba más hermosa que nunca. En aquel instante la joven se puso Pálida y se estremeció.

-¡Dios mío! ¿Qué te sucede?

-Nada, nada -balbució Turquesa, con voz alterada.

Fernando levantó la vista y vio a Rocambole, que estaba a dos pasos de la calesa y le saludaba al mismo tiempo que miraba despreciativamente a la joven. Esta brusca aparición desconcertó a Fernando, el cual experimentó un vago temor al ver que Rocambole se aproximaba más aún.

-Caballero -dijo éste-. ¿Tendré el honor de que me reconozca?

-Desde luego -replicó Fernando, confundido-. Es el vizconde de Cambolh.

-Por lo que veo, la noche que tuve el honor de batirme con usted fui tan estúpido como generoso.

-No le entiendo -exclamó Fernando, sorprendido.

-Estaba herido, desmayado y desangrándose. Era urgente transportarle a alguna parte. No era cosa de dejarlo ensangrentado para que su esposa lo encontrara de tal forma. Esta criatura -prosiguió, señalando a Turquesa- era mi querida. La creía buena y tuve la debilidad de amarla. Le había comprado un hotel con mi dinero, caballero -dijo, recalcando la frase-. Un hotel situado cerca del lugar del combate. Sabía que me esperaba para decirme adiós antes de emprender mi viaje. Y a usted lo llevamos a su

Librodot

casa porque ella estaría levantada. Permítame felicitarla por los cuidados que le ha proporcionado, a juzgar por su aspecto. Y también le felicito a usted por el éxito obtenido a su lado. Al llegar a París esta mañana, supe que es mi sucesor y sólo usted tiene derecho a pasear en esa calesa que yo le regalé.

Fernando, pálido y convulso, escuchó al vizconde sin despegar sus contraídos labios, mientras Turquesa ocultaba el rostro entre las manos, muy turbada.

-Señor vizconde -dijo al fin-, si fuera un desconocido, tal vez descendería a darle unas explicaciones que me parecen inútiles.

El vizconde se inclinó.

-Ahora, señor -comentó Rocambole, sonriendo con negligencia-, permítame que me muestre generoso con la señora.

-¡Señor! Podéis estar seguro de que mañana seréis indemnizado debidamente.

-¡Oh, caballero! -exclamó con impertinencia Rocambole-. ¿Acaso no me permitís ser generoso con la señora?

-Se equivoca, vizconde -respondió con altanería Fernando-. Esta señora no acepta nada sin mi permiso.

-Es cierto -intervino Turquesa, lanzando una mirada despreciativa y rencorosa a Rocambole, una mirada que la rehabilitó ante Fernando.

-Caballero -continuó el vizconde-. Debéis suponer que desde ahora podremos vernos... cuando sea necesario. Después de un conocimiento tan bien empezado...

-Debe tener consecuencias, por supuesto -replicó Fernando, con la voz alterada por la cólera-. Estoy a sus órdenes, pero después de que esta señora me haya permitido despejar su situación para con usted. Esto se hará mañana, y supongo que luego podré ponerme a su disposición.

-¿Le parece bien dentro de ocho días a estas horas? Mañana salgo de viaje y no regresaré hasta entonces por la mañana. ¿Podré enviarle mis testigos?

-Sea -aceptó Fernando-. Dentro de ocho días.

El vizconde saludó con exquisita cortesía a la mujer que acababa de humillar. Espoleó a su caballo y se alejó.

-¡Al hotel! -ordenó Turquesa al cochero.

La calesa dio la "vuelta y se alejó de aquellos parajes, llevando a Fernando, ciego de rabia, y a Turquesa, que continuaba ocultando su rostro con las manos. En el trayecto de regreso, los dos amantes no cambiaron entre sí una sola palabra. Después de franquear la verja y detenerse ante la casa, Turquesa descendió con presteza y entró precipitadamente en el palacete para ir a refugiarse en su tocador, seguida por Fernando.

Durante varios minutos, éste la vio llorar, inmóvil sobre el sofá, sin dirigirle una sola palabra de consuelo. Al fin, con el corazón destrozado por los sollozos, se inclinó sobre ella y apoyó una mano en sus hombros, en tanto murmuraba:

-Jenny.

La joven se estremeció y se irguió, como si fuera sacudida por la trompeta del Juicio Final.

¡Márchate! -gritó, con una extraña expresión en el rostro-. Márchate. ¡No quiero verte! -¿Marcharme? -murmuró Fernando, aterrado.

-Sí, porque ahora me doy cuenta de que soy una criatura abominable, indigna. Aunque te quiera, no merezco tu amor. ¡Márchate, te lo suplico¡ -rogó, poniéndose de rodillas y cogiéndole las manos-. Márchate, pero no me maldigas ni me desprecies, Fernando mío. Te amo, y después de haberme hecho creer que la mujer caída puede rehabilitarse...

-Jenny -balbució él, cogiéndole las manos-. Tuviste razón el día en que creíste que

el amor rehabilitaba.

Turquesa inclinó tristemente la cabeza y continué sollozando a sus plantas. La hermosura de su rostro y toda su presencia eran más fascinadoras de lo que Fernando podía soportar. Este agregó:

-Tuviste razón, Jenny. Pero ya no quiero pensar más en el pasado. Olvida, Jenny. Olvida como yo olvido y no pensemos. más que en el presente. Jenny, sólo sé que te amo.

La cogió apasionadamente entre sus brazos y la irguió para estrecharla contra sí. Mientras besaba sus húmedos labios, ligeramente entreabiertos, se sintió transportado a un mundo maravilloso y extraño. Era como emerger de una vorágine y cabalgar sobre una llameante onda incendiaria.

No supo cuánto duró ni cómo sucedió, pero cuando Jenny se desasió, ya no lloraba y parecía haber adoptado una resolución irrevocable. Le dijo, tendiéndole la mano:

-Gracias, amigo mío. Tienes un gran corazón para la pobre mujer caída que te ama. Sí, te amo como cualquier mujer pura pueda hacerlo. Por eso he decidido no volver a verte más. Aléjate, Fernando. Regresa con tu esposa y con tu hijo. ¡Ay de mi! Olvídame, Fernando, pero no me desprecies por haberte alejado de ellos.

-No quiero saber nada, ¿entiendes? -replicó él, resuelto-. Sé que me amas y no te abandonaré. Mañana devolverás a ese hombre cuanto te regaló, ¿oyes? Todo, incluso la escritura de venta de esta villa. Luego, dentro de ocho días, lo mataré.

Turquesa levantó la cabeza hacia él. Sus bellos ojos habían cesado por completo de llorar y se habían puesto redondos, mirándole con admiración y temerosa expectación. Luego, una nube de triste melancolía se extendió por su rostro, mientras decía a Fernando

-¿No ves un inconveniente en todo esto, cariño mío? ¿No comprendes que si acepto no haré más que cambiar de protector? ¿O acaso ya no seré una entretenida, una esclava, o un caballo de lujo?

-¡Dios mío! -exclamó Fernando, anonadado por sus palabras-. Yo te amo y sé bien lo que vales. A mis ojos, jamás…

-Lo seré a los de todo el mundo -replicó lentamente Turquesa-. Lo seré a los míos y con esto basta. No puedo aceptar, amigo mío. No quiero nada tuyo, porque estás casado. ¡Adiós! ¡Adiós para siempre!

La joven se expresaba con apasionada vehemencia. Quería llegar directamente a su corazón. Conmover a Fernando y hacerle desearla con tal violencia que no fuera capaz de razonar ni de querer saber nada acerca de la lógica.

-No quieres abandonarme ni renunciar a mí, ¿verdad? -comentó ella, al verlo silencioso y sumiso, apesadumbrado por la disyuntiva en que se encontraba-. Sé que esta situación te es difícil, mi querido amigo. También a mí me resulta angustiosa la separación. Sin embargo...

-Moriría si no estuviese a tu lado. No pidas que te deje.

-Escucha, cariño -dijo ella, con voz grave y dulce a la vez-. Antes de caer en este abismo, fui una mujer honrada. Pertenecí a una sociedad que hoy me rechaza. Tuve una buena educación, pero me casaron a los dieciséis años con un viejo cínico que marchitó mi juventud, disipó mis ilusiones y casi derrochó mi dote. Decidí huir y llevarme un modesto capital, lo que restaba de mi fortuna : diez mil francos. Un dinero que aún poseo y que me produce quinientos francos de renta. ¡Eso es mío! Es un dinero sin origen vergonzoso, ¿entiendes? En cuatro años, los intereses se han acumulado y poseo más dinero.

-¿Qué pretendes decirme con eso?

-¡Cómo! ¿No lo comprendes? -replicó ella con vehemencia, mientras su fisonomía

adquiría una expresión ingenua, de virgen, revelando sus primeras ansias de amor-. Escúchame. Hay en París muchas, muchísimas mujeres que trabajan como obreras y se considerarían muy felices disponiendo de la mitad de mi capital. Pues bien, yo, que he recibido una esmerada educación, aprendí a bordar y haciendo labores de adorno puedo ganarme tres francos diarios. Con mis rentas y ese sueldo podría vivir...

-Pero, ¿cómo ibas a vivir con mil quinientos francos al año? -exclamó él, asombrado-. Amor mío, no puedo consentir...

-Sería dichosa, mi adorado Fernando. Lo sería con tal de poseerte -exclamó Turquesa, en un arranque de entusiasmo-. ¿No comprendes que entonces podría amarte libremente?

Fernando guardó silencio y bajó la cabeza.

-Has de saber que tu Jenny tiene una voluntad de hierro. Acéptame así. Vivamos nuestro amor de esta manera, o de lo contrario digámonos adiós. Esta misma noche entraré en un convento. Lo tengo decidido.

Al oír aquello, Fernando se estremeció y no tuvo -más remedio que darse por vencido. Murmuró, sumiso:

-Sea, como tú quieras.

-Entonces, obedéceme en seguida. Regresa a tu casa y vuelve aquí mañana a primera hora.

-Pero... -quiso observar Fernando, que se había estremecido al acordarse de Herminia, quien tal vez a aquellas horas lo lloraba creyéndole muerto.

-No discutamos, cariño -replicó Turquesa, frunciendo su entrecejo y golpeando con el pie el pavimento-. Es el único modo de que podamos seguir viéndonos.

Como él aún intentara insistir, ella apeló a la persuasiva elocuencia de la mujer cargada de seducción.

Supo hacerlo marchar con el firme propósito de regresar a colmar sus insatisfechas ansias de amor.

-¡Al fin! exclamó la mujer, cuando se vio sola-. Decididamente es mío. Mañana estará dispuesto a arruinarse por mí. ¡Qué necios son los hombres! -Su exclamación la acompañó de un tirón de campanilla, para llamar a su doncella-. ¡Pronto¡ Búscame un coche y ayúdame a vestir. León debe estar desesperado. Hace tres días que no me ha visto.

Lo que Turquesa llamaba vestirse no era más que ponerse el traje de lana, calzar los zapatos de piel y cubrirse con la cofia de la fingida Eugenia Garín, la falsa hija del no menos falso ciego. Una vez con su nuevo disfraz, tomó el coche de alquiler y se dirigió a la modesta vivienda donde estuvo Garín. La viuda Fipart se hallaba en su cuchitril y al verla acudió a ella presurosamente y le dijo, sonriente:

-Llega en el momento oportuno. El marido de Cereza está como loco.

-¡Bah! -replicó Turquesa, echándose a reír-. Dame la llave y enciende fuego en mi cuarto. Hoy hace un frío horrible.

La viuda obedeció. Se pertrechó de troncos de encina y subió la escalera delante de Turquesa, con una ligereza sorprendente para su edad. Llegó al tercer piso y abrió la puerta de unas habitaciones que podían parecer pobres al lado de las de la casa de la calle Moncey, pero constituían un palacio respecto a la buhardilla que ocupara antes la Garín en el mismo inmueble. Esta nueva vivienda se debía a la prodigalidad de León Rolland. El ebanista, después de declarar su amor a la falsa hija del ciego y saber que ella también le quería, se sintió enajenado de gozo. Al día siguiente, antes de reunirse con su amante, visitó a la tía Fipart, a la que le alquiló un nuevo piso para Eugenia Garín, piso que amuebló debidamente. Luego, entre ruegos e imploraciones amorosas, se lo ofreció 'a la joven. Eugenia se dejó convencer y consintió en vivir en

la nueva habitación. Y desde aquella noche, en la que acababa de abandonar a Fernando para que volviera a su casa, se dedicó de lleno a enamorar a León. La vida de torturas empezó para Cereza. Durante cuatro días, León no veía ni pensaba más que en Eugenia. Se marchaba pronto y no regresaba a su casa hasta muy avanzada la noche. En el taller apenas si le veían. Pero cuando llegó el quinto día y el ebanista apareció por la casa de la calle Charonne, la viuda Fipart asomó la cabeza por la puerta de su cuchitril y le llamó para entregarle la llave del piso. Eugenia había desaparecido dejándole una cariñosa y misteriosa carta para que la esperase durante dos o tres días.

Por su parte, Fernando, después que Turquesa se dejó ver por las cercanías de su casa, la había seguido hasta darle alcance. Le había declarado su amor y se había encerrado con Turquesa en el palacete de la calle Moncey para vivir unos cuantos días de amor. Enviado de nuevo a casa de Herminia, pero esta vez abrasado por el fuego de la pasión por Turquesa, ésta quedaba libre otra vez para seguir atizando el amor que alentaba en León.

-¿Qué hay de nuevo? -preguntó al joven, sentándose con mucha tranquilidad y mirando a la viuda-. ¿Qué pasó en estos días?

-Pues que el esposo de Cereza viene diez veces diarias. Está como loco y hasta casi se echa a llorar cada vez que piensa en que te largaste con otro hombre -respondió, risueña, la vieja.

-¿Cuándo estuvo aquí por última vez?

-Hace un momento. Entra y sale a cada instante, como un desesperado.

-Está bien. Supongo que no regresará tan pronto que no me deje escribirle una carta. De todas maneras,

asómate a la ventana y vigila si viene. Quiero marchar. me sin que me vea -dijo Turquesa, cogiendo papel y pluma.

Tomó asiento cómodamente para escribir una carta de ruptura, de adiós eterno por creerse una criatura indigna que turbaba la paz de un hogar.

Una vez escrito aquel «adiós, perdóname y olvidame», Turquesa dejó abierta la carta sobre la mesa, dio instrucciones a la vieja Fipart y se marchó de allí, pensando que si León no se mataba aquella noche, antes de tres meses llevaba al Monte de Piedad la sortija de su esposa para comprar un ramillete de flores a su querida.

-¡Qué miserables y estúpidos son los hombres! -exclamó, muy digna, mientras en el carruaje regresaba a su palacete de la calle Moncey.

Al entrar en su casa, la doncella salió al paso de Turquesa y le anunció que tenía una visita esperándola desde hacía buen rato. La cortesana se estremeció al leer la tarjeta y pensó que sir Arturo Collins no se había engañado : la señora Charmet había acudido.

Retrocedió y entró en el salón, donde se hallaba Baccarat luchando con los recuerdos del pasado. Dirigió una mirada a su severo traje y observó que no llevaba la bata de terciopelo granate con adornos y pasamanerías azules. Baccarat había muerto y en su lugar estaba la señora Charmet, que volvió la cabeza para ver a la recién llegada: una mujer vestida de obrera y cubierta la cabeza con una sencilla cofia blanca. La creyó una criada y le preguntó si había llegado ya su señora.

-Sí -respondió Turquesa, adelantándose a saludarla-. Dispénseme si me presento con este traje, que le . ha hecho confundirme con mi doncella. Yo soy Jenny.

Baccarat hizo un ademán de sorpresa, en tanto miraba con mucha atención a Turquesa, y exclamó

-¿Usted?

-Sí. Claro que puede llamarme Turquesa -añadió ésta con calma, soportando la

mirada clara y profunda con que la envolvía Baccarat para examinarla y no sufrir un engaño.

-De modo que es Jenny -dijo al fin Baccarat, al comprender que se encontraba en presencia de la mujer que había enloquecido a Fernando Rocher, al que ella amó tanto en otros tiempos.

-Sí -respondió Turquesa, con dulzura y una sonrisa que admiraron a su rival-. Acaban de entregarme su tarjeta y, aunque no la conozco, desde luego me tiene a sus órdenes.

Baccarat se puso en pie y, a pesar suyo, hizo resaltar la elegancia de su talle. Mientras Turquesa observaba aquella belleza que en vano trataba de ocultar bajo su modesta apariencia, dijo:

-Así es, señora. No me conoce, porque antes usaba otro nombre que tal vez le sea más familiar al oído. Fue tristemente célebre.

-¡Ah! -exclamó Turquesa, con asombro.

-Hace algunos años me conocían en el mundo por Baccarat.

Turquesa ahogó un grito, mezcla de admiración, asombro y respeto. Para ella, Baccarat era un ser superior, una mujer de la que se envidia la celebridad y su elevada posición. Algo así como un general cubierto de gloria al que el oficialillo admira con melancolía.

-¡Cómo! ¿Es usted la Baccarat? preguntó, admirada.

-Lo fui -respondió Luisa-. Ahora soy la señora Charmet.

-¡Ah, señora! Déjeme que bese su mano. Desde hace mucho tiempo la conocía, y ello hizo que me instalase en su hotelito -dijo Turquesa, tomándole la mano y hablando con voz melodiosa, como un susurro de la brisa en las tierras bendecidas por el sol-. Sí. Todo aquí me habla de usted. Además, durante ocho días tuve a mi servicio a Germán.

-¿A mi cochero? -preguntó Baccarat.

-Sí, señora.

-¿Y le habló de mí?

-Digamos que contestó a mis preguntas -replicó Turquesa, un tanto confusa-. Tenía tantos deseos de saber detalles de su vida... -Se interrumpió, sonrojándose, antes de añadir sin soltar la mano de Baccarat-: Prométame ser indulgente conmigo y le contaré algo que de otro modo jamás me atrevería...

-Puedes hablar, hija mía.

-Usted ha vivido en el mundo a que pertenezco ahora. Antes de ser santa y noble tuvo caballos, coches, amantes... Fue la entretenida de moda y yo no era más que una principiante. Una que empezaba a vivir en el vicio y que había oído hablar tanto de usted que quise saber quién era y lo que hacía. Compré su hotel porque esperaba heredar su gloria, que me tomasen por usted. Por eso también conservé a Germán.

Baccarat la escuchaba sin dejar de sonreír. Se preguntaba si aquella ingenua estaba haciendo gala de tanta sencillez con la fanfarronería del vicio para que no pudiera descubrir su juego.

-Tanto era el respeto que me inspiraba su fama -seguía Turquesa, estrechando aún la mano de Baccarat-, que no cambié nada en esta casa. Todo continúa como la víspera de su marcha.

-¿Y qué te dijo Germán? -cortó Baccarat.

-Que había arruinado a un príncipe ruso entre dos sonrisas, que hacía gala de no tener corazón y los hombres morían en duelo o se suicidaban porque ya no quería amarlos más.

-¿Te contó eso? -murmuró Baccarat, estremeciéndose ante el recuerdo.

-Sí, aunque por amar, como sólo se ama una vez, como nosotras sabemos amar un día después de haber prostituido nuestro cuerpo... Por amar así, un día renunció a todo y desapareció del mundo. ¿O acaso no es cierto? -preguntó cándidamente Turquesa.

-Sólo a medias.

-¡De todos modos, es hermoso! -exclamó la cortesana-. ¡Ah, señora! Perdonadme que haya avivado un puñal en la herida de vuestro corazón. Pero es que hoy admiro a la mujer enamorada más de lo que ayer admiré a la que se vanagloriaba de no tener corazón.

-¿Sí? -replicó tranquilamente Baccarat-. ¿Y qué te contó Germán de ese amor para que cambiases de opinión?

-Señora, voy a hacerle sufrir mucho...

-No lo creas, pequeña -dijo Baccarat, impasible-. Dímelo.

-Me contó que el hombre amado era un ladrón y, además, que vinieron a prenderle aquí, una mañana..., que usted se desmayó y una vez recobrado el sentido huyó de aquí como una loca y nunca más se supo dónde había ido.

-¿Y eso es todo? -dijo la antigua Baccarat, sorprendiendo extraordinariamente a Turquesa, que se quedó mirándola como desconcertada-. ¿No te dijo cómo se llamaba ni por qué lo abandoné?

-¡Oh, no! -exclamó Turquesa, llevándose la mano al pecho con naturalidad y soportando la clara y escru

tadora mirada de Baccarat, sin turbarse-. Escúcheme, señora. No sé lo que la trae a mi casa, pero en nombre del cielo le ruego que me conceda unos minutos para revelarle lo que sólo usted puede comprender.

-¿Yo?

-Sí. Y darme un consejo, porque hace unas semanas, señora -prosiguió, con viveza emocionada, Turquesa-, el hombre que me regaló este hotelito, a quien esperaba, ya que se iba de viaje, trajo a un hombre desmayado. Se habían batido y lo traía desangrándose a mi casa.

La mujer guardó silencio, como si le costara trabajo dominar su emoción, y Baccarat le dijo bondadosamente

-Continúa, pequeña. Cuéntamelo todo.

Turquesa, en breves palabras, llenas de elocuencia, le relató la convalecencia de Fernando, cómo había llegado a enamorarse de él y que por eso le había sacado de allí con los ojos vendados para no verle más. También contó su precipitado viaje y el encuentro fortuito con Fernando, su persecución y la manera de cómo éste la había arrastrado a ceder. Aún fue más lejos y le habló de su esposa y de su hijo. Le contó que el día anterior había encontrado al vizconde en el bois de Boulogne. Tras aquella escena, había resuelto alejar para siempre a Fernando y llevar una vida de arrepentimiento.

-Mire este traje -concluyó-. Desde hace algunas horas, mi vida pasada me avergüenza y me acuerdo de usted. Turquesa ha muerto, señora.. Sólo queda Jenny, una mujer que acaba de alquilar un cuarto pobre que en adelante sólo pretende vivir del fruto de su trabajo de obrera.

-¿Y tú harás eso? -preguntó, con algo de asombro y de burla, Baccarat.

-Sólo me importa su amor. No quiero que diga que derrocho su fortuna -replicó Turquesa, antes de guardar silencio y suspirar compungida, en tanto, de soslayo, miraba a Baccarat.

-¿Sabes, querida niña, que vales mucho? -dijo Baccarat, con acento mordaz y envolviéndola en una mirada de odio-. Pero has olvidado que estabas ante Baccarat, y ese truco no me vale.

-Señora -exclamó Jenny, poniéndose en pie, aunque sonriendo y mostrándose serena-. O está loca... o ama al mismo hombre.

-Querida -respondió fríamente Baccarat- He soportado tu historia y supongo que ahora aguantarás la mía; no en vano soy cortesana más antigua que tú y, por lo que sabes de mi pasado, comprenderás que cum- plo mi palabra.

Al oír esto, Turquesa tuvo la suficiente presencia de ánimo para estremecerse y manifestar un súbito temor.

-Escucha, al hombre de quien me has hablado y a quien pretendes amar también lo amo yo. Y lo quiero desde hace varios años. Por él cambié mi vida.

Jenny hizo un gesto de sorpresa y terror que no pasó inadvertido a la perspicaz mirada de Baccarat.

-Quiero creer que tú también lo amas -añadió ésta-. Que realmente lo quieres. Pero es necesario que me lo demuestres.

-Fíjese en mi traje -dijo Turquesa. -Eso no significa nada.

Turquesa se precipitó hacia un mueble, abrió uno de sus cajones y extrajo cierto voluminoso legajo, mientras decía:

-Venga, acérquese y vea esto. Es el acta de propiedad de este hotel, comprado por el vizconde de Cambolh, mi amante, y una donación de carácter privado de este mismo hotel firmada por él. Además, los títulos de una renta de ciento sesenta mil francos y otros de seis mil libras sobre la renta municipal.

-¿Y qué prueba todo eso? -inquirió Baccarat.

-Que lo devuelvo a su dueño. Vea las señas del sobre y lea la carta. ¿Puede dudar de mi amor?

Baccarat comprobó lo que la mujer le mostraba y leyó la carta. Antes de responder extrajo de su bolso la carta que el vizconde Andrés le había entregado como encontrada en unas ropas usadas y la confrontó con los documentos de Turquesa

-¿Reconoce# esta letra? -dijo a la cortesana, mostrándole su carta.

-Es mía, pero, ¿cómo puede tener ese papel? La escribí hace seis meses a una joven que murió la semana pasada -exclamó Turquesa, con cierto asombro.

-¿Cómo se llamaba esa joven?

-Enriqueta Fontaine. Se hacía pasar por Enriqueta Bellefontaine, más conocida por la Torpedo.

-La conocía -replicó Baccarat-. Pero eso no explica el significado de esta carta.

-Comprenderá que en aquella época -añadió Turquesa- esa mujer era muy desgraciada, igual que yo.

Estábamos tan en la miseria como muchas e ideamos este comercio de cartas amorosas. Era preciso vivir. Ese negocio me sacó a flote, y cuando ya empezaba

a vivir un poco mejor, conocí al vizconde.

La mujer se expresaba con un acento de sinceridad que impresionó a Baccarat. Sin embargo, ésta no quería admitir sus razones y señaló el corazón que se hallaba dibujado en la parte baja de la carta.

-¿Qué significa esto? -preguntó.

-¿Cómo? ¿No conoce este signo de nuestro lenguaje femenino? Ese corazón sólo quiere decir que la querría siempre. Yo era su mejor amiga y ella fue quien me lanzó.

Baccarat se quedó mirándola pensativa. O le decía la verdad, o era más inteligente de lo que suponía. Por un instante estuvo tentada de preguntarle si conocía a sir Williams. Pero pronunciar aquel nombre suponía venderse y descubrir sus sospechas en el caso de que Turquesa actuase de acuerdo con el baronet. Y, por otra parte, resultaría inútil.

-Está bien, pequeña. No hablemos más de la carta -admitió Baccarat-. Volvamos a

Fernando, porque si fuese pobre, la restitución de estas riquezas y la carta a tu vizconde me parecerían una prueba de amor. Pero Fernando es rico, tiene doce millones, t el día que tú quieras te dará diez veces lo que ahora devuelves. Así que no me convences.

-Pero yo le quiero -replicó Turquesa, y, abriendo otro cajón, añadió-: He aquí otra prueba. Lea esta carta, dirigida a Fernando.

Baccarat tomó la carta y rasgó el sobre. Dentro había una nota que decía:

«Amado mío: Si aceptas las condiciones de que te hablé y consientes en amarme pobre, ven a verme mañana a la calle Blanche, 17.

»Jenny.»

-Escucha, pequeña -dijo Baccarat, enfrentándose a su rival-. No sé cómo has empezado, ni lo que eras antes de tu lanzamiento. Pero sí puedo decirte que a mis dieciséis años yo era una hija del pueblo tan resuelta que no me asustaba un hombre de talla.

Al hablar así, Baccarat puso su mano sobre el hombro de Turquesa y la obligó a doblegarse como una rama bajo la fuerza del vendaval.

-¿Pretende matarme? -preguntó Turquesa, muy pálida.

-Es posible -replicó Baccarat, y, juntando sus manos en torno al cuello de la mujer, se dispuso a estrangularla-. Mira, si quisiera, antes de que dieses un grito ya habrías dejado de existir.

Turquesa estaba pálida, pero hacía esfuerzos por mantenerse firme y soportar la ardiente mirada de su enemiga, que añadió con voz seca, de acento metálico:

-¿Quieres a Fernando? Te concedo un minuto para que reflexiones. Renuncia a él o te mato en el acto.

-Le amo; por lo tanto, máteme, que si él me quiere ya se encargará de vengarme -replicó Turquesa, con resolución.

Esta actitud desarmó a Baccarat y la obligó a tomar otra resolución. Durante una hora, Turquesa debía realizar cuanto ella le ordenase, si no deseaba que la matara. Baccarat la obligó a ir a su casa de la calle Buci para recoger dinero y títulos de renta con los cuales comprar de nuevo el palacete donde vivía Turquesa. Para redactar la escritura fueron al notario, que ya se había cuidado de aquella operación en las ocasiones anteriores. Y luego, de regreso a la calle Moncey, Baccarat le ordenó que remitiese todo al vizconde de Cambolh. Y como pensaba retirarse a la pobreza, le ordenó que preparase sus cosas y se marchara de la casa sin ponerse en contacto con Fernando, a quien quería ver ella al día siguiente para comprobar si en verdad la amaba y podía dejarlos verse.

-Pero te advierto -concluyó Baccarat que si arruinas a Fernando, me acordaré de cierto puñal que ya me prestó buenos servicios y lo hundiré en tu pecho.

Turquesa se retiró, abrumada por aquellas amenazas, y se reunió con el mozo que se había encargado de recoger su pequeño equipaje.

-Querida, durante un momento creí que te ahogaba -exclamó el mozo, cuando estuvieron solos junto al carruaje-. ¡Menuda mujer!

-Pero, ¿lo ha oído usted todo? -preguntó Turquesa, al fijarse en el hombre y comprobar que se trataba de sir Arturo Collins.

-Claro que sí. Hacía un rato que yo había llegado para esconderme y no perder nada de la entrevista. Des

pués me disfracé de tu cochero y os llevé a la calle Buci y al notario.

-¡Es usted un hombre de genio! -comentó, satisfecha, Turquesa-. ¿Cree que volverá a ser de nuevo Baccarat?

-Lo sabremos mañana, querida -respondió sir Williams- ¡Qué diablos! Esa mujer es capaz de jugarme una mala partida. Te advierto una cosa: ¡te freiré en aceite hirviendo como me traiciones! ¿Comprendes?

CAPITULO X

Rocambole salió del hotelito de la calle Gabrielle con una extraña sonrisa de satisfacción en sus labios. Aquello era algo que no sólo animaba, sino que también producía espléndidos beneficios. No podía encontrarse más satisfecho, ni pedirle mejores augurios al futuro. Sir Williams podría sentirse orgulloso de su discípulo.

Tomó el tílburi y dio orden a su cochero para que le condujera al palacio del marqués de Van Hop. Ya sólo le quedaba rematar su obra.

Había empezado el día visitando al portero de la calle Rochechouart, un conocido y renombrado profesor de esgrima que se quedó estupefacto al conocer su pretensión.

-Enséñeme la estocada de los cien luises.

-¿Acaso el señor es algún príncipe? -preguntó el hombre, tras una versallesca inclinación, y añadió-: ¿O pretende matar a un embajador?

-Es posible -contestó enigmáticamente Rocambole, mientras alargaba un billete de mil francos al profesor de esgrima.

Este volvió a inclinarse hasta el suelo y le condujo al sexto piso. Allí poseía una especie de sala de armas donde le ofreció la primera lección.

Después había acudido a la calle Gabrielle por encargo de sir William.. Era el momento de poner en marcha el verdadero motor de todas sus intrigas.

El hotelito era una construcción recientísima cuyo exterior se parecía a los otros edificios de su misma clase, pero con un interior voluptuoso y fiel a las tradiciones de Oriente. En el vestíbulo había extrañas figuras representando las treinta y tres encarnaciones de Vishnú, la estatua de Shiva esculpida en mármol negro y una fuente de pórfido en la que jugueteaban pececillos de colores. En el primer piso, al extremo de un corredor adornado con flores exóticas y paredes cubiertas de jeroglíficos, existía una estancia mitad pequeña pagoda, mitad átrium de una cortesana egipcia o árabe. Era algo fantástico y misterioso, que sobrecogió, al vizconde de Cambolh y que no dejó de entusiasmarle al comprobar quién lo habitaba.

En medio de aquel lujo oriental, se hallaba una mujer de tez cobriza, casi aceitunada, de cabello negro, rizoso, que caía sobre sus hombros, medio desnudos, en desordenados bucles. La mujer tendría unos treinta años y era de una hermosura deslumbrante y misteriosa. De ojos verdes y rasgados, un tanto oblicuos. Pies y manos pequeños. Fina la cintura y delicado el seno. Un cuerpo bello de ondulante flexibilidad que vestía con una gran túnica de colores chillones. El cuello, los brazos y el nacimiento de la pierna quedaban al descubierto.

Al ver entrar a Rocambole, la mujer levantó la cabeza hacia él con un movimiento de voluptuosidad indolente y lo miró con curiosidad. Rocambole le entregó la carta de sir Williams y la india se puso en pie con todo el entusiasmo de sus pasiones contenidas reflejado en su rostro. En aquel instante se la podía confundir con una

sacerdotisa de algún culto extraño y terrible. Algo más que un simple adorador de Buda.

Cuando Rocambole llegó al palacio del marqués de Van Hop, tras su visita a la joven india, no encontró más que a la marquesa, quien lo recibió un poco estremecida por cuanto en ella rememoraba la figura del vizconde de Cambolh. La marquesa era mujer de mundo v sabía disimular sus impresiones y sonreír hasta en los momentos en que la congoja le atenazaba el alma. El vizconde le era odioso por haberse batido con Querubín y herirle, creándole a ella una situación violenta que la obligó a revelar el estado de su corazón ante la presencia de la señora M1assis. Sin embargo, se contuvo y conversó elegantemente con Rocambole hasta la llegada de su marido. Durante la entrevista, el discípulo de sir Williams comprobó con satisfacción que la marquesa estaba turbada y que el asunto Querubín había producido estragos.

«He aquí una mujer que me detesta con toda su alma», se dijo, nada más verla.

El marqués de Van Hop recibió a Rocambole en su despacho, sentado junto a la chimenea, creyendo que se trataría de una simple tramitación de negocios bancarios, pues no en vano mantenía la representación de algunos banqueros de Londres y de Alemania en la capital francesa. No obstante, Rocambole le alarmó en seguida cuando por segunda vez le anunció:

-Señor marqués, vengo a veros como encargado de una grave y penosa misión. Pero antes es preciso que os cuente algo acerca de una extraña historia.

-Bien -asintió el marqués-. Decidme de qué se trata, caballero.

-Hace un año me encontraba en América, en Nueva York -dijo Rocambole, y empezó a relatar como suya la historia que le había contado sir Williams-. Tenía veinticuatro años. Era emprendedor, apasionado y buscaba hermosas aventuras... -El marqués sonrió indulgentemente y Rocambole prosiguió diciendo-: Por entonces vivía allí una mujer de misteriosa existencia, maravillosa belleza y extrañas costumbres, que tenía intrigadísima a la sociedad americana. Esa mujer, señor marqués, llevaba su nombre.

El señor de Van Hop lanzó una exclamación de sorpresa y se quedó mirando a su interlocutor.

-Se llamaba miss Dai-Natha Van Hop -añadió fríamente Rocambole.

-¡Mi prima! La hija del barón Van Hop. Mi tío murió en la India.

-Exactamente.

-¿Y aún se encuentra en Nueva York? -preguntó con curiosidad el marqués.

-No. Precisamente esto es lo que me ha hecho venir a usted. Miss Dai-Natha se encuentra ahora en París.

-¿Viene de parte de ella?

-Si, mas permitidme que continúe relatándoos mi historia.

-Está bien.

-Me interesé mucho por la señorita Van Hop y al fin logré llegar hasta ella, ya que parecía querer ocultar su existencia a todo el mundo. Le hablé de amor y le dije que estaba muy enamorado de ella, pero sólo me escuchó sonriendo. Luego me dijo que estaba enamorada, cómo sólo las mujeres son capaces de enamorarse de un hombre que las hará sufrir mucho. Era un amor de su juventud. Un gran amor.

Al oír esto, el marqués se estremeció. Rocambole hizo como si no lo percibiese y continuó su relato.

-Intenté mostrarme elocuente, hablándole de un futuro lleno de esperanzas, de que el tiempo cicatriza las heridas del corazón, pero no conseguí más que su escepticismo inflexible. Me admitió como amigo. Dai-Natha no quería ser más que eso, pese a sufrir en silencio sus penas de amor. Llegué a enamorarme realmente de la

hermosa india, pero al cabo de seis meses no era más que una simple amistad para ella. Hace un año, mis obligaciones me reclamaron a París y tuve que abandonarla muy a pesar mío. Aquí me distraje con los ruidosos placeres y poco a poco olvidé ese amor infortunado. Pero esta mañana recibí una breve carta que firmaba Dai-Natha. Me rogaba que fuera a visitarla inmediatamente, porque estaba muriéndose.

Rocambole guardó silencio y presentó la cartita al marqués, el cual, al reconocer la letra y la firma, lanzó un grito y se puso muy pálido.

-¡Cielos! -exclamó-. ¿Acaso ha muerto mi prima?

-No -respondió Rocambole-. Todavía, no.

-Por favor, hable. ¿Qué le sucede? inquirió el marqués, con profunda angustia.

-Como supondrá, acudí a verla rápidamente. Ignoraba que estuviese en París, y si por un lado fue una alegría saber de ella, por otro me entristeció terriblemente. Pero cuando llegué, la vi tan exuberante de vida que creí que me había gastado una broma, aunque inmediatamente me dijo que me equivocaba si la creía bien de salud. Fue el preámbulo a una angustiosa confesión que me dejó perplejo. Sí, señor marqués. Dai-Natha me confesó que no había aceptado mi amor porque aún tenía la esperanza de que el hombre a quien amaba pudiese quererla algún día. Y por ese mismo motivo vino a París. Confiaba en que ya lo habrían abandonado, que ya no le querrían, pero el hombre seguía siendo amado y a su vez amaba más que nunca. El conocimiento de esta realidad le ha llevado a ingerir cierto licor de un frasquito que lleva colgado al cuello.

El marqués de Van Hop lanzó un grito y se quedó pálido. Rocambole dijo:

-Espere un momento y escúcheme hasta el final. .Me dijo que ese licor era un veneno lento y seguro que no hace sufrir. Es de su país y mata al cabo de ocho días. Contra él sólo existe un antídoto que no puede encontrarse en Europa. Ningún médico puede hacer nada y su muerte, por tanto, es inevitable. Por ese motivo me llamó. Quería despedirse de mí y rogarme que fuera a casa del hombre a quien ama y por cuyo amor muere. «Vaya y suplíquele que venga a estrechar mi mano -me dijo-. Quiero verle por última vez.»

Rocambole guardó silencio y observó al marqués, que se encontraba palidísimo. Con voz entrecortada por la emoción, preguntó:

-Y después, señor, ¿qué ha pasado?

-Pues bien, señor comentó con calma Rocambole-. Creo que no tengo más que deciros, porque el hombre que ama Dai-Natha, el hombre por quien muere..., es usted.

El marqués se había puesto en pie y, anhelante, escuchaba las últimas palabras. Al oír al vizconde, quedó sobrecogido y tuvo que apoyarse en la chimenea para no caer al suelo desplomado. Después de breves minutos, tras hacer un violento esfuerzo, dominó su aturdimiento y trató de erguirse y mostrarse sereno, mientras preguntaba:

-¿Le ha dicho Dai-Natha, mi prima, qué clase de veneno había ingerido?

-Sí, señor. Fue esencia de manzanillo mezclada con hojas de upah.

-Si es eso -dijo el marqués, en tono pensativo-, Dai-Natha tiene razón. No este más que un remedio y sólo puede encontrarse en la India. Se trata de una piedrecita azul muy rara que sólo se encuentra en el cuerpo de un reptil llamado serpiente negra. Dicha serpiente tiene la cabeza triangular, como la víbora, el dorso negro y el vientre de un amarillo oro muy brillante. No se la encuentra apenas y esto sólo en los alrededores de Labore y Visapur. No todas las serpientes negras poseen en sus vísceras la piedra azul; sólo una de cada diez las encierra en su cuerpo. Por una piedrecilla de serpiente negra -siguió hablando el marqués, con una calma imperturbable después de sentarse con tranquilidad- se pagan hasta dos mil libras esterlinas en la misma India. Comprenderá que no es un precio al al. canee de

cualquiera.

Rocambole miró con cierto asombro al marqués. No esperaba verle tan calmado, sobre todo cuando unos minutos antes estuvo a punto de creer que moriría de una congestión y arruinaría las esperanzas tan acariciadas por «El Club de las Sotas de Copas». Van Hop, con una sangre fría que no había previsto el discípulo de sir Williams, cogió las tenazas para arreglar el fuego y luego añadió con tranquilidad:

-Dando una, persona, por voluntad o por equivocación, se envenena con jugo del manzanillo, no posee más remedio que la piedra azul. Esta se disuelve en un vaso de agua y después se le da a beber a la persona envenenada. Es un remedio seguro, infalible, pero que no puede aplicarse hasta que el veneno se ha infiltrado en la sangre. Es preciso esperar al sexto o al séptimo día.

-Señor -interrumpió con vivacidad Rocambole-. Permítame que le exprese mi asombro.

-¿Por qué? -inquirió, flemático, Van Hop.

-Porque acabo de manifestarle que la señorita DeiNatha se ha envenenado; que usted es la causa, aunque Inocente, de ese suicidio; que no hay más que un solo remedio y éste no se encuentra en Europa. Y en lugar de apenarse y perder la cabeza, usted me cuenta de dónde se saca ese remedio y cómo se emplea, con una tranquilidad pasmosa.

-Sin duda tiene motivos para asombrarse -replicó el marqués, con gula sonrisa condescendiente-. Pero le Informaré que Dai-Natha se ha equivocado. Esa piedra existe en París.

Y el marqués extendió su mano Izquierda hacia su interlocutor y le enseñó una gruesa sortija que parecía adornada con una turquesa.

-Esta es una piedra azul, una piedra de serpiente negra. La traje de la India hace doce años y no esperaba, realmente, que me sirviese para devolver la vida a mi querida prima. -Y, poniéndose en pie, añadió-: ¿Quiere usted conducirme a casa de mi prima?

Rocambole se inclinó cortésmente y Van Hop tomó su abrigo, el bastón y su sombrero, y descendió con él hasta el patio, donde esperaba el tílburi del vizconde.

-Sepa usted, señor -dijo el marqués, una vez acomodados en el carruaje y con la misma calma demostrada últimamente-, que no me gustaría que me tomase por ingrato o por desatento. En realidad no soy más que un desdichado y le agradecería que escuchase una explicación.

El vizconde de Cambolh guardó silencio y esperó a que el marqués le diese la explicación ofrecida.

-Hace unos trece años me embarqué en La Haya para dar la vuelta al mundo -dijo-. Me detuve en La Habana, donde fui recibido por una familia que poseía varias plantaciones, con la cual viví varios meses. Esta familia era la de Pepa Alvarez, a quien usted conoce hoy como marquesa de Van Hop. Embarqué para la India amando a Pepa Alvarez y creyéndome amado por ella, por lo que le prometí desposarla. En la India estuve en casa de mi tío, el padre de Dai-Natha, quien se enamoró de mí y pretendió que nos casáramos. Desdichadamente, mi corazón no me pertenecía. Había comprometido mi palabra y no hice más que regresar a La Habana y casarme con Pepa. Ahora, vizconde, a fe de hombre honrado, le confieso que he vívido doce años feliz con el amor de mi esposa y por el que yo le tengo a ella. Incluso estaba persuadido de que Dai-Natha me había olvidado. Juzgue cuál no habrá sido mi asombro al oír su relato 'hace un momento.

-En efecto, marqués -replicó Rocambole, con un tono misterioso de lúgubre profecía que estremeció a Van Hop-. Es usted más desdichado que culpable. Le

compadezco con toda mi alma, porque es usted la causa inocente de la muerte de ese pobre Dai-Natha.

-¡Oh, no lo crea! -replicó el marqués-. Le juro que no morirá. ¿Acaso olvida que poseo la piedra azul?

-No querrá hacer uso de ella -comentó Rocambole, inclinando tristemente la cabeza.

Sabré obligarla.

-Me parece Imposible -replicó Rocambole-. A no ser que usted llegue a amarla.

-¿Amarla? -exclamó el marqués, y sonrió tristemente-. No puede amarse a dos mujeres a la vez. Y yo amo a mi esposa como el primer día de nuestra boda, como merece que se la ame. A Dai-Natha podré quererla como a una hermana.

Rocambole se limitó a sonreír imperceptiblemente y guardó silencio, porque el carruaje ya entraba en la avenida Gabrielle y llegaba ante la casa de Dai-Natha.

El criado de tez cobriza los recibió y en vez de conducirlos al mismo lugar en que había introducido horas antes al vizconde, les llevó a otro pabellón donde todo vestigio oriental había desaparecido. Allí se vela el lujo de un palacete de los Campos Elíseos, o del barrio de Saint-Honoré: una amplia escalera alfombrada de pieles de tigre sujetas a cada escalón por una varilla de latón dorado; estatuas de mármol blanco en cada des cansillo y de trecho en trecho unos jarrones con flores y arbustos raros. Después les dejó en un espacioso salón cuyo mobiliario era una colección de maravillas, y fue a pasar recado a la señorita Van Hop.

El marqués se entretenía en admirar un soberbio Murillo situado sobre una arquilla de ébano, cuando se oyó el crujir de un vestido de seda que se deslizaba suavemente sobre la alfombra. En el hueco de la puerta apareció una mujer. Pero ya no era la Dai-Natha descendiente de los nababs, ni la supersticiosa hija del Oriente que Rocambole había admirado en su primera visita. Allí estaba una exquisita mujer vistiendo un traje algo escotado, de una tela color oscuro. Unos guantes del mismo color cubrían sus estilizadas manos. Y su brazo, de trazado correcto, despojado de pulseras y adornos, emergía de entre rizados encajes. Llevaba un peinado liso, muy elegante, sólo adornado por unas cuantas camelias rojas.

La joven india se había transformado en una encantadora señora que no conservaba de su afinidad con su raza más que su dorada tez. Parecía una italiana o una española, y vestida de aquel modo rivalizaba en elegancia y noble sencillez con la misma marquesa de Van Hop.

Al verla, el marqués se sintió deslumbrado. Esperaba encontrarse en presencia de una mujer medio salvaje, con el rostro alterado por la pasión y la siniestra ex ,' presión de una sacerdotisa que acaba de consagrar su vida a las supersticiones de una nebulosa creencia. Sin embargo, tenía ante sí a una mujer distinguida que bajó los ojos modestamente y le saludó con esmerada corrección.

-Mi querido primo -dijo en inglés-. Te doy las gracias por tu gentileza y premura. -Y le dio a besar la mano, con la distinción de una duquesa del barrio de Saint-Germain-. ¿Querrás concederme unos breves minutos de conversación?

El marqués se inclinó y ella se volvió a Rocambole para decirle

-¿Nos disculpa, amigo mío? -Y cogió al marqués de la mano, en tanto Rocambole asentía con un mudo movimiento de cabeza-. Acompáñame.

Abandonaron el salón para entrar en un voluptuoso y coquetón gabinete, un verdadero nido de parisina, mientras en el otro aposento quedaba solo Rocambole.

-Mi querido primo -dijo la india, haciéndole sentarse junto a ella, en un cara a cara-. Te agradezco que hayas acudido a mi llamada. No me interrumpas, por favor -dijo, poniendo su mano sobre los labios del marqués, el cual intentó hablar, ya que

empezaba a creer que la historia del veneno era pera invención-. Mi querido primo, mi pobre Hércules. Cuando hace años llegaste a casa de mi padre yo aún era una niña, una pobre criatura supersticiosa que nada sabía de la vida ni de las borrascosas pasiones del corazón. Eras joven, apuesto; mi padre me había hablado de ti como de mi futuro marido..., y yo te amé.

-¡Prima!

-Me habías prometido escucharme -dijo ella, amenazándole con el dedo, y prosiguió-. Te amé aun sabiendo que no te pertenecía el corazón y tenías comprometida tu palabra. También esperé en vano tu regreso durante años, meses y días. El tiempo fue transcurriendo y al final supe la verdad. ¡Creo que si no hubiera existido el mar de por medio, habría apuñalado a tu esposa!

En los ojos de Dai-Natha centelleó un relámpago que hizo estremecer al marqués.

-No temas por ella. Soy una mujer civilizada. Todo el salvajismo que había en mí no ha servido más que para destruirme. SI, primo mío, he querido verte por última vez. Quería decirte que en esos doce años, ni una sola hora, ni un solo instante he dejado de quererte y pensar en ti, aun cuando los más terribles acontecimientos hayan podido interponerse en mi recuerdo.

Dai-Natha hablaba con apasionamiento, con un lenguaje impregnado de sinceridad, sin cólera, en tanto el marqués la escuchaba con el corazón oprimido y sin dejar de contemplarla con doloroso asombro.

-El amor que se había apoderado de mí semejaba una de esas enfermedades que son la desesperación de los médicos porque destruyen lentamente su obra de conservación. Llegó un momento en que se desbordó el vaso y me incliné bajo la pesadumbre de la carga. La vida me inspiró horror. Y ayer renuncié a arrastrar durante más tiempo una existencia desgraciada.

Sus palabras, pronunciadas con sorprendente calma, fueron apoyadas con la presencia de un frasquito que extrajo de entre sus senos y mostró a Van Hop, quien se puso muy pálido al comprobar que se trataba del liquido de que hablara Rocambole.

-Bebí de él -dijo Dai-Natha, con una sonrisa amarga-. Y moriré dentro de ocho días.

-No. No morirás -gritó el marqués, súbitamente enternecido-. No puedes morir, Dai-Natha, amiga mía, mi hermana. Tú no morirás..., porque tengo esta sortija. ¿Ves? Es la piedra azul de la serpiente negra, el remedio infalible. -Y cogiendo entre las suyas las manos de Dai-Natha, continuó diciendo-: Nuestros padres eran hermanos, querida Dai-Natha. Nuestros padres se querían. ¿Por qué no vamos a querernos nosotros?

Dai-Natha lanzó una extraía exclamación de alegría, pero el marqués concluyó:

-¿Por qué no hemos de ser hermanos?

La joven palideció intensamente. Después se mostró fría, calmosa y permaneció inmóvil, mientras se apagaba el brillo de sus ojos.

-¿Estás loco? -dijo-. ¿Cómo hablas de un cariño fraternal a una mujer que se muere de amor por ti? -Tales palabras aterraron a Van Hop, y entonces ella prosiguió con la voz más suave y triste-: Puedes tirar esa piedra, amigo mío, porque no salvará a Dai-Natha. Dai-Natha no quiere que la salven.

El marqués se puso de rodillas y murmuró, agitado:

-Por el amor de Dios, prima mía. ¡Por la memoria de nuestros padres! Acéptala por el parentesco que nos une.

-Por ese parentesco acabo de nombrarte heredero mío. Te he dejado veinte millones...

-¡No! No acepto tu dinero. Sólo quiero que vivas, querida Dai-Natha.

Librodot

La joven india se puso en pie y cruzó sus brazos sobre el pecho. Le contempló fijamente y le preguntó:

-¿Me encuentras hermosa?

-Como los ángeles.

-¿Tan hermosa... como ella? -Y su voz tembló al añadir-: Si ella no existiese, ¿me amarlas?

-Apasionadamente.

La india ahogó un sordo rugido al escuchar semejante respuesta y preguntó, más temblorosa y enfebrecida:

-¿Y... si ella muriese?

-A veces se ama a los muertos -respondió el marqués, sacudiendo la cabeza-. La amaría aun después de muerta.

La mirada de Dai-Natha centelleó con rabia.

-Escucha -dijo-. ¿Y si te pidiera un juramento? ¿si yo, que voy a morir, que muero por ti y que te he amado durante doce años, te pidiese un juramento..., un juramento terrible, al precio del cual consentiría en vivir?

-¿Un juramento? -exclamó él, dudando, y añadió, más alegre-: Bien, habla. Cualquiera que sea ese juramento, lo cumpliré.

-Pues bien -agregó ella-. Voy a confiarte un secreto que te entristecerá. Jura obedecerme ciegamente hasta el momento en que pueda entregarte la prueba irrefutable, la auténtica, de cuanto voy a decir.

-Lo juro sobre las cenizas de nuestros padres, Dai-Natha.

-Me dijiste que me amarías si tu mujer no existiese.

-Lo repito.

-¿Y si fuera infiel?

-¡No! -exclamó el marqués, mientras sus ojos centelleaban como el fuego-. No pronuncies semejante blasfemia, Dai-Natha.

-No blasfemo, Hércules -replicó la joven, con siniestra calma-. Me amarás algún día, mi amado Hércules, porque Pepa Alvarez, tu esposa, ha dejado de ser la más casta y la más virtuosa de las mujeres.

El marqués ahogó otro grito. Se puso en pie y se dirigió hacia la chimenea, sobre la que había un puñal malayo, de hoja retorcida y envenenada. Lo cogió y se aproximó a Dai-Natha, que lo esperaba cruzada de brazos y con una sonrisa en los labios.

-Has hecho mal en beber ese veneno, Dai-Natha -dijo el hombre, con una calma terrible-, porque no será el veneno lo que te mate.

El marqués de Van Hop estaba irreconocible. Pese a su aparente calma, una tremenda agitación interior le sacudía cubriendo su rostro de lívida palidez. Su centelleante mirada se había fijado en Dai-Natha como la de un reptil fascinando a su presa.

-¡Mátame, perjuro! -exclamó la india, cruzada de brazos e impasible-. Mátame antes de haber obtenido la prueba que te he ofrecido.

Al recordar su promesa, el marqués bajó el brazo que levantaba amenazadoramente sobre la india y, lleno de rabia, dijo:

-¡Habla, Dai-Natha, habla! Porque si dices la verdad, no serás tú quien muera... ¡Será ella! Y no amaré a Pepa Alvarez después de muerta, sino que te amaré a ti, viva. ¡Me casaré contigo!

-¿De veras?

-Sí, pero habla.

-Hoy he bebido el veneno, Hércules -dijo ella, sin perder su tranquilidad-. Y hasta dentro de ocho días no moriré. Sólo tú puedes salvarme. Escúchame bien, pues has

jurado. Si en esos siete días no has encontrado a un hombre de rodillas ante tu esposa en otro lugar que no es tu casa, déjame morir.

-¿Me probarás que ella es culpable? -preguntó con voz trémula el marqués, dejando caer el puñal-. ¿Me lo probarás?

-Sí, y ahora acuérdate que has prometido obedecerme. Eres hombre y no debes dejar traslucir tus amarguras. Disimula, que ella no sepa tus sospechas. Si quieres que te entregue a los culpables, es preciso que crean gozar de la impunidad.

-¿Y su nombre? -exclamó el marqués-. Dime al menos su nombre. ¿Cómo se llama él?

-Todavía no lo sabrás -replicó Dai-Natha.

-Está bien -admitió fríamente el marqués-. Esperaré hasta el día indicado, sin que un solo músculo me traicione. Seguiré contemplando con serena mirada a mi mujer, y cuando llegue el día..., si me has dicho la verdad, la mataré, si no... serás tú quien muera.

-No moriré, Hércules -replicó la india-. Y me amarás. ¿Te casarás conmigo?

-Si, te lo juro por la memoria de nuestros padres.

-Entonces, Hércules Van Hop -dijo ella, recogiendo el puñal para entregárselo-, adiós, hasta dentro de siete días. Y por mi amor, mátala con este juguete. Se forjó para ella.

Una sonrisa atroz vagó por sus labios mientras lo cogía de la mano y lo llevaba hasta una puerta, mientras le despedía:

-Ahora, vete.

El marqués sintió que alguien, en la oscuridad, tiraba de su mano para que le siguiera. Bajó una escalerilla y salió al patio. Allí le despidió el criado de tez cobriza y él se alejó con paso inseguro. Mientras, Dai-Natha regresaba al salón y se reunía con Rocambole.

-Bien -dijo-. Ya se fue, convencido y esperando la prueba.

-La tendrá -replicó el discípulo de sir Williams.

-¿Está seguro? En ello me va la vida.

-Y a nosotros, cinco millones.

-Sí, mas probada la inocencia de la marquesa, yo moriré.

-¿Es que piensa matarla él? Porque supongo que no habrá tomado el veneno.

-No -respondió Dai-Natha-. Pero voy a tomarlo ahora. La piedra azul salva a los que lo toman, pero mata a los que no absorbieron el jugo del manzanillo.

-¡Diablos! -exclamó Rocambole-. De todos modos, será la esposa de Van Hop.

-Si no me ama y no logro serlo, también he resuelto morir. -Y sacó del seno el frasquito, de cuyo contenido había arrojado antes una parte, y se bebió la mitad restante-. Ahora no hay más que su amor y la piedra azul para salvarme.

-No se inquiete. Vivirá -musitó Rocambole, que tenía fe ciega en el genio de sir Williams.

CAPITULO XI

Sir Williams estaba preocupadísimo por la nueva transformación de Baccarat. No esperaba que la pecadora arrepentida volviese a tomar sus hábitos de cortesana e intentara reconquistar a Fernando para acabar de destrozar todos sus planes. Dispuesto a cerciorarse de lo que pretendía, con su mugriento disfraz de vizconde Andrés

empezó por acudir a la calle Buci y preguntar por la señora Charmet. La doncella le informó de que su señora se encontraba en la calle Moncey, cosa que ya sabia, y se fue a verla en su nuevo aspecto.

Baccarat se encontraba con una vieja amiga de aventuras amorosas, la Saint-Alphonse, cuando la doncella le pasó la tarjeta del vizconde y le anunció:

-~ora, hay un señor de pésima facha que desea verla.

-Hazle pasar al gabinete y que espere un momento -dijo Baccarat, mientras se ponía en pie y abría un bastidor, como si fuese a buscar algo. A través de él, Andrés no perdería ni una sola palabra de su conversación con su amiga, a quien dijo, muy animada-: Volveré a la vida de antes, y si en ocho días no he trastornado la cabeza a diez o doce hombres, perderé mi nombre.

-No lo perderás, no -replicó la Saint-Alphonse-. Y hablando de otra cosa. ¿Sabes que murió la Bellafontaine?

-¿De amor?

-No, del pecho. Arturo Cambray se casó y Georgina, la del Vaudeville, hizo lo mismo con un milord. En cuanto a mi príncipe, se fue a Rusia.

-¿Volverá?

-Ya lo creo, no voy a quedarme así.

-Olvidaba que eres un imán -rió Baccarat-. En vez de atraer a los hombres a la tumba, los sacas de ella. ¡¡Ah, amiga mía¡ ¿Por qué tu príncipe no me trae un buen amigo?

-¿quieres que te presente a un pequeño boyardo de los alrededores de Odesa?

-¡¡A que lo encontramos en el boas!

-Lo más seguro. Pero, ¿no te esperan?

-¡Ah, sí! Es verdad -replicó Baccarat, emocionándose de pronto-. Es un hombre virtuoso. Estará en el salón. Y verás cómo le pongo. Anda, hazle compañía un rato -añadió, y sin esperar la respuesta de su amiga cerró el bastidor y sir Williams no pudo oír más-. Di a la niña que has visto, que venga.

La señora Saint-Alphonse salió y regresó dos minutos más tarde acompañada de Sara[8], la joven judía a quien Baccarat recogiera como señora Charmet. La niña había demostrado tener unas asombrosas condiciones telepáticas y Baccarat la utilizaba para ir desentrañando los misterios que la acechaban. Convertida en la señora Charmet gracias a la nueva expresión bondadosa y apacible dada a su rostro, se dispuso a hipnotizar a la pequeña judía.

-Siéntate y duerme -susurró a Sara, mirándola con fijeza-. Y ahora mira en el gabinete. Dime lo que ves. ¿Conoces a ese hombre?

-Sí, es él -exclamó aterrada Sara, al reconocer a sir Williams.

-¿Puedes leer en su alma? ¿Puedes saber qué piensa?

-No veo bien, pero piensa en cosas malas. La odia a muerte, pero aún odia más a otro, a un hombre alto, moreno...

-¡Armando! -exclamó Baccarat-. ¿Piensa en nosotros?

-No, no.

-¿En quién piensa ahora?

-En mí -respondió la niña, temblando convulsivamente.

Efectivamente, sir Williams pensaba en Sara. Desde que la había descubierto en la

[8] Este personaje apareció anteriormente bajo el nombre de Lía. A partir de aquí el autor lo llama Sara, tal vez por distracción o capricho. El espiritismo se puso muy de moda por esa época en París y Du Terrail se vale de él, como más tarde se utilizarán los televisores u ojos mágicos, para averiguar el movimiento e intenciones de los personajes.

casa de la calle Buci no apartaba de su pensamiento a aquella niña de aspecto angelical que había impresionado su alma de bronce. Esperaba con impaciencia sentado en un sillón, mientras la señora Saint-Alphonse permanecía sentada al piano, sin hacerle caso por considerarle un vulgar imbécil que no merecía ni gastar saliva para hablarle.

Al cabo de veinte minutos apareció Baccarat y se detuvo estupefacta al descubrir al baronet. Dejó escapar un pequeño grito de sorpresa que engañó a sir Williams.

-¡Ah! ¿Está ahí, querido? -habló Baccarat, con tono ligero-. Dispénseme que le haya hecho esperar. Señor vizconde -agregó, al ver que éste permanecía asombrado ante ella-, espero que usted, que ha sido un gran culpable y se ha convertido en un santo, sepa disculpar mi extravío. Por amor a Fernando me convertí en una persona piadosa -susurró casi al oído de sir Williams-, mas ahora que sé que ama a otra como yo, he comprendido que no merece la pena dejar de ser Baccarat. -Y le tendió la mano, mientras le hablaba-. Adiós, mi querido amigo. Un gran abismo nos separa. No nos veremos más. Me compadecerá, ¿no es así? -Y sin esperar explicación por parte del vizconde, miró a su amiga-. ¿Nos vamos al bois?

Andrés, estupefacto, recogió su sombrero y se marchó, mientras suspiraba:

-¡Que Dios se apiade de usted, hija mía!

Tras él salieron las dos cortesanas y subieron al carruaje que las conduciría por la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, entre una brillantísima exposición de vehículos, hermosos caballos y elegantes jinetes. Toda la juventud dorada de París iba hacia el bois de Boulogne o regresaba de él. Y entre ella, Bacca- rat y la Saint-Alphonse, despertando la admiración de los paseantes. Dos jóvenes montados a caballo se cruzaron con el landó que conducía a las dos cortesanas. Uno era el conde de Artoff, el ruso de quien había hablado la Saint-Alphonse, y el otro, el joven barón de Manerve, viejo amigo del difunto amante de Baccarat.

-¡Por todos los diablos! -exclamó el barón-. Esa , rubia tan bonita es Baccarat.

-¿Quién es Baccarat? -preguntó el ruso, al ver que su compañero frenaba inesperadamente su caballo.

-,Juraría que es ella -gritó Manerve-. Espolea tu caballo, que las alcanzaremos.

-Ahí está el ruso -dijo la Saint-Alphonse, volviéndose después de escuchar el trote de los caballos tras el carruaje.

-¡Baccarat! -exclamó el barón, poniendo su montura al paso del landó y mirando a la interesada.

-La misma, en carne y hueso -respondió Baccarat, volviéndose a él-. Pero mi resurrección es un misterio. ¡Silencio!

-Está bien -replicó Manerve-. Ya me lo contará más tarde. Ahora, mi querida Baccarat, permítame que le presente al conde Artoff, un moscovita que ignoro cuántas aldeas posee y llegaría a centenario si tuviese que contar los siervos que viven en sus dominios.

Baccarat respondió al saludo del boyardo con la distinción propia de una duquesa.

-Me parece que pongo en relación a dos imposibles -añadió, riendo, el barón.

-¿De veras? -comentó Baccarat.

-Una mujer que viene del otro mundo y un hombre a quien nadie puede arruinar.

-Acaso el señor sea una excepción -señaló fríamente Baccarat.

-Una excepción que confirma la regla -replicó el barón.

-Caballeros, el miércoles próximo abro mis salones -anunció Baccarat-. Permítanme que empiece mis invitaciones con ustedes. -Los dos hombres se inclinaron y el coche siguió su paseo, mientras Baccarat añadía-: Esta noche, todo París sabrá que resucité.

Librodot

Al cabo de una hora, el landó había dado unas cuantas vueltas por los paseos del bois y Baccarat había intercambiado más de veinte saludos con lo más selecto de la sociedad masculina. Después, ambas mujeres regresaron hacia la calle Moncey.

-Querida, supongo que el ruso irá a verte esta noche -dijo Baccarat a su antigua compañera-. Haz el favor de encauzármelo bien.

-Descuida, pequeña. Seré digna de tu confianza.

-Perdona que no te invite a cenar, pero aún estoy sin cocinera y tendré que encargarlo al restaurante. En compensación, iré mañana a comer a tu casa y luego me invitarás a tu palco en la Opera. Adiós.

Se separó de la Saint-Alphonse y se encerró en su habitación. Cuando estuvo sola, se echó de rodillas y empezó a llorar, pensando en el odioso papel que representaba con aquella comedia.

Mientras, el barón de Manerve y su amigo fueron a cenar juntos al casino. Al terminar la comida para dirigirse al club, el conde de Artoff, un poco alegre a causa de la bebida, dijo a su amigo:

-¿Sabes que Baccarat es una mujer adorable? ¿Crees que me amará?

-Tienes buenos dientes, y si quieres perder unos cuantos millones... Eres muy rico, y como esa mujer no tiene corazón...

-Pero me contaste que amó a alguien, ¿no?

-Razón de más. Las mujeres como ella sólo aman una vez en su vida. Claro que será agradable, encanta, dora y te honrará como mereces.

Entraron en un elegante salón de fumar donde, en torno a una mesa de juego, se habían reunido una do- 1 cena de jóvenes elegantes y distinguidos, entre los que se encontraban Oscar de Verny y el vizconde de Cam- bolh. El juego no estaba muy animado y todos hablaban de la resurrección de Baccarat con las más dispares opiniones. Manerve, al oírles, se mezcló en la conversación y dijo:

-Señores, puedo asegurar que las afirmaciones del vizconde no tienen un fundamento serio. He visto y hablado con Baccarat.

-¡Oh, no! -replicó Rocambole, temiendo que aquello fuese una nueva invención de sir Williams-. Si es á así, retiro mis palabras.

-Y en su nombre -añadió Manerve-, les invito a su primer baile de invierno. Se abrirá su casa el próximo miércoles.

-¡Es curioso! exclamó uno del grupo.

-Sí, pero cierto, indudable -comentaron otros.

-¿De dónde ha salido?

-¡Quién sabe!

-¿Ha venido rica?

-He aquí a mi joven amigo -añadió el barón, señalando al conde-. El se encargará de su porvenir.

-Aún no he decidido nada -replicó con modestia el moscovita ante los lisonjeros saludos de los hombres.

-¡Más vale así! -replicó una voz.

-¿Por qué? -inquirió el conde, volviéndose hacia su nuevo interlocutor, que era .Oscar de Verny, o Querubín.

-¡Caramba! -exclamó el barón, echándose a reír-. ¿Acaso también tiene pretensiones, señor de Verny?

-Si me lo permite -replicó con frialdad Querubín, ante el asombro de Rocambole-, le diré que desciendo de un español. Soy criollo, nacido en América, y como descendiente de don Juan, hago el oficio de seductor.

-¡Bravo! -exclamó una voz, en tono burlón.

-Hay tres mujeres que hubiera deseado amar: Cleopatra, la bella Imperia y Baccarat. ¿Saben por qué? -preguntó con seriedad, en medio de la carcajada general-. Porque ninguna tenía corazón. Desaparecidas las dos primeras y resucitada la tercera...

-Querido, me parece que perderá el tiempo lastimosamente -dijo el barón de Manerve, poniéndose serio-. Baccarat no ama más que el oro, y por muy prendado que esté de su persona, ni un don Juan con botas barnizadas podría hacer nada.

-Eso lo veremos.

-¿Me permite que diga una palabra? -intervino el conde de Artoff, algo molesto por la fatuidad de Querubín-. ¿Pretende enamorar a Baccarat? -Indudablemente -replicó el aludido, con acento de convicción.

-¿Es usted rico?

-Mis rentas apenas alcanzan los treinta mil francos.

-Pues yo poseo veinte millones, o tal vez más, y quiero conquistar a Baccarat. Hagamos una apuesta y establezcamos quince días...

-Con la mitad tengo suficiente.

-No importa -replicó el conde-. Coja quince días y si en ese plazo Baccarat le ama, le entregaré aquí mismo quinientos mil francos.

-De acuerdo. Acepto.

-¿Y si pierde la apuesta? -preguntó uno de los asistentes.

-Entonces -añadió con calma y sangre fría el ruso, pese a sus veinte años-, el señor de Verny, como no es rico y yo lo soy demasiado para exigirle esa suma, se conformará con que le vuele la cabeza.

Un estremecimiento sacudió a los que escuchaban.

-Y bien, señor, ¿qué piensa ahora? -inquirió el ruso.

-La proposición es fuerte y merece reflexión.

-No puede aceptarla -intervino el barón-. Estamos en Francia y no es posible comprar una vida por un puñado de francos. El señor Querubín no aceptará que le abrasen los sesos.

-He previsto el caso -replicó fríamente Artoff-. Señores, estamos entre gente de honor y supongo que incapaces de violar una palabra dada, ¿no es cierto?

-Exacto -respondieron varios del grupo.

-Entonces, si el señor acepta mi apuesta, haremos lo siguiente : Si pierde, me desafiará y nos batiremos a diez pasos y a pistola con ,tima sola carga, la mía. Estén tranquilos -añadió con una calma que impresionó a todos-. Tiro perfectamente y le colocaré la bala entre las cejas. Morirá sin que le haya desfigurado.

Un silencio mortal acogió sus últimas palabras.

-¡Esa apuesta es imposible! -dijeron varias voces.

-Entonces, el señor de Verny renunciará a sus proyectos.

-Lo siento. No renuncio.

-Pues mañana tendrá que batirse conmigo, y entonces habrá renunciado a la posibilidad de ganar quinientos mil francos. Además, morirá con la fama de un bravucón.

«-Señor conde -replicó Querubín, herido en su orgullo-. Acepto.

-¡Esto es una broma! -exclamó uno de los presentes.

-Reflexione bien -dijo Artoff. -Ya lo he pensado y acepto.

-Señor conde -intervino Rocambole-. El señor De Verny olvida que con anterioridad ha contraído un compromiso, y no puede usted tomar su palabra hasta que no haya hablado privadamente con él.

-De acuerdo -concedió Artoff, extrañado por la brusca intervención de aquel

hombre.

-Mi querido amigo, eres un necio -dijo Rocambole a Querubín, cuando estuvieron solos-. Te estás jugando una cosa de la que no puedes disponer. Si el jefe no lo consiente, no puedes aceptar la apuesta.

-¿Y si quiero seguir adelante?

-Entonces no te matará el conde. Mañana, tal vez a esta hora, ya habrías muerto. Dejémoslo y obedéceme.

-Está bien -admitió Querubín, y siguió al discípulo de sir Williams, de regreso al salón de fumar.

-Señor conde -dijo Rocambole, dirigiéndose al ruso-. El señor De Verny ha escuchado mis razonamientos y desearía aplazar su respuesta hasta mañana a esta misma hora.

-No tengo inconveniente en ello. Pero, en tal caso, pongo la condición de que podré hacer la corte a Baccarat desde hoy mismo.

-De acuerdo.

-Señores -replicó Artoff, saludándoles-. Hasta mañana. -Y tomó del brazo a Manerve, saludó a la concurrencia y se marchó. Poco después, Rocambole y Querubín abandonaban el club y descendían a pie hacia el bulevar. El primero dijo al despedirse

-Será mejor que mañana vayas por el bois a recibir instrucciones relativas a la marquesa.

-¡Ah! Respecto a ésa si que no apostaría -exclamó Querubín-. Estoy convencido de que me ama, pero no me lo dirá nunca. ¡Es. un ángel!

Rocambole sonrió complacido, le saludó y se alejó hacia su casa, donde ya le esperaba sir Williams.

Mientras, el conde Artoff se había despedido de Manerve para visitar a la Saint-Alphonse. Deseaba información acerca de Baccarat. Luego, pasadas las diez y media de la noche, se encaminó a la casa de la calle Moncey. Poco antes de su llegada, Baccarat recibió una nota escueta de su amiga previniéndola de la visita. La quemó una vez leída y se arregló para recibirle como era debido. Descendió a la planta baja y se instaló en un saloncito repleto de libros, periódicos y amueblado simplemente con divanes. Se apelotonó en uno de ellos, cerca del fuego, y se dispuso a leer un libro. Pensaba que si el joven ruso se introducía en su casa, tendría que valerse de una escala para salvar el muro exterior y saltar al jardín. Y lo que ella deseaba evitar, más que nada, era el ruido y el posible escándalo, en caso de ser descubierto. Por eso había ido a aquella estancia, cuya claridad podía salir libremente por un ventanal grandioso y llamar la atención del escalador.

Después de unos quince minutos oyó un ligero ruido, como la caída de un cuerpo. Vio una sombra en el exterior y casi al mismo tiempo dieron unos golpecitos en los cristales. Baccarat abandonó su libro, se levantó y se dirigió a la ventana. Allí estaba el joven ruso, pero ella no lanzó ninguna exclamación de sorpresa. Lo contempló tranquilamente y dijo mientras abría:

-Pase, señor conde. Y ya que ha escalado la tapia, ¿por qué no llega hasta el final y entra por la ventana?

Retrocedió un par de pasos, mientras el conde enrojecía balbuciendo unas excusas. Pero al ver que no había irritación ni burla en las palabras de la mujer, se decidió a saltar. Tras lo cual, Baccarat cerró la cristalera, echó las cortinas y le invitó a sentarse en un sillón.

Señor conde, sé cuál es el objeto de su visita. Quizá el bueno de Manerve le haya contado a su manera mi historia de hace cuatro años. Usted tiene veinte años. Está en la edad caballeresca de las aventuras y de los sueños plagados de obstáculos. Sin

embargo, yo ya cumplí los veintisiete y envejecí lo suficiente como para tener el privilegio de hablarle con cierta autoridad. Si ayer ignoraba su existencia, hoy conozco su vida, o me la imagino igual que sus más íntimos pensamientos. Se ha considerado con veinte años, inmensamente rico y con el deseo de amarme.

-Sí, es cierto -contestó Artoff, inclinándose-. Es cierto.

-Pues le juro que se ha equivocado, señor -dijo Baocarat con acento de inquebrantable resolución-. Ni puedo amarle, ni deseo arruinarle. Míreme bien y fíjese cómo no sonrío ni poseo la mirada radiante y ligera de una cortesana. Con sus veinte años aún hay nobles sentimientos en el corazón. Fíjese bien, soy una pobre mujer quebrantada y estremecida al tener que desempeñar un papel superior a mis fuerzas. Una mujer que le pide lealmente, gentilhombre y todavía un niño, que tenga piedad de ella porque está destruida por el sufrimiento de las pasiones.

La voz de Baccarat se quebró por la emoción y el conde creyó ver en sus ojos unas lágrimas que le conmovieron. Al joven le recordó a su madre y comprendió que la terrible y famosa mujer de que le habían hablado también poseía corazón. Un corazón azotado por el dolor, al, cual trataba de ocultar en medio de un lujo brillante y coquetón de cortesana envidiada. Y dijo:

-Tiene razón, señora, al llamarme niño. Sólo un muchacho puede obrar tan a la ligera. Pero si mi arrepentimiento...

-¿Quiere hacerme una promesa, señor conde? -Desde luego. Dígame.

-Prométame no decir a nadie lo que suceda aquí esta noche, entre nosotros. ¿Podrá guardar este secreto como en el fondo de una tumba? Si es así, me fiaré de usted, un desconocido esta mañana, mejor que de un amigo viejo de hace diez años.

-Se lo juro, señora -dijo el conde, con voz tranquila y una mirada de franqueza y lealtad-. Y le agradezco que deposite en mi su confianza. No será defraudada.

-Ya lo veremos, porque lo más seguro es que voy a pedirle un sacrificio, aunque no se trata de su fortuna. Ya sé que le habrán contado que tenía un corazón de piedra y sólo pensaba en el oro. Pero han transcurrido cuatro años y en ellos amé, sufrí y me he arrepentido. Hoy soy incapaz de amar otra vez, y menos aún de arruinar a nadie. Quisiera amar, pero también vivir del trabajo de mis manos para que pudiese purificar mi amor.

-¡Por favor, señora! No entremos en detalles -pidió Artoff, con la generosidad propia de su juventud-. Mi vida le pertenece.

-¡Líbreme Dios de tocarla! -exclamó ella-. Me conformo con mucho menos. Le han dicho que soy una cortesana y que me podría convertir en su amante, aunque le iba a costar caro. Sin embargo, soy rica y, por otro lado, no puedo permitir que me ame. ¿Por qué? He ahí mi secreto. Algo que no puedo explicarle de momento. Por ello, si realmente desea ser mi amigo, ha de ser razonable y contentarse con obedecerme.

-No debe dudarlo. La obedeceré ciegamente.

-Pues bien, a los ojos de todos, incluso de sus amigos, dispondrá de todo esto. Yo seré su querida.

El conde Artoff hizo un gesto de sorpresa y se quedó mirando con asombro a Baccarat, que sonreía.

-Sí, éste es el secreto que no deseo confiar a nadie. Quiero ser una mujer honrada que se dedica a rezar por las noches y durante el día hace gala de un lujo desenfrenado. ¿Por qué? No me lo pregunte. Es algo que no deseo confesar a nadie, ni a usted, de momento. Cuento con su palabra de que todo esto quedará entre nosotros. Pero desearía que pensase que sólo a la vista de los demás yo pasaré como su amante, ante la puerta de cuya casa estará su coche. Pero a solas no seré más que una buena amiga.

-Lo acepto -respondió el conde, cogiendo la mano de Baccarat-. La obedeceré ciegamente, porque en sus palabras percibo un dolor inmenso. Tal vez tenga razón al confiar en mí como en un niño. Su confianza no será engañada. Pero seré un hombre ante la necesidad y sabré ser digno de su amistad. Además, ¿quién sabe si algún día...? -murmuró, enrojeciendo.

-¡Pobre muchacho! -replicó ella, con tristeza-. Si bien es cierto que parezco joven, estoy medio muerta, y los muertos no aman. Conténtese con ser mi amigo y no me pida más. -Y se inclinó para besarle maternalmente en la frente-. Gracias, creo que es un leal caballero.

-Considéreme como a un hombre que se hará matar por usted y la obedecerá en cuanto le pida.

-Espéreme un instante -rogó ella, lanzándole una melancólica sonrisa antes de dejarlo solo, para subir al primer piso. Regresó a los pocos minutos con un papel en la mano, que le tendió al joven-. Aquí tiene un bono de cien mil francos contra mi banquero. Servirá para pagar los primeros gastos.

-No comprendo -exclamó, mirándola con extrañeza.

-Hemos convenido que a los ojos de todos se arruinará un poco por mí. Envíeme un par de caballos que comprará ante sus amigos, algunas alhajas y cuanto sea preciso. Envíemelo con gran ostentación. Los cien mil francos no durarán mucho.

-Pero, señora, ¿ha olvidado que soy un amigo? -protestó Artoff.

-Precisamente.

-¿Y que soy millonario?

-Lo sé, pero se ha olvidado de la amistad que acaba de ofrecerme. Ya no soy Baccarat, amigo mío. ¿Cómo pretende que de su mano acepte un alfiler? En cambio, a los ojos de todo el mundo me mostraré tan afectuosa y radiante que le tendrán envidia e incluso dirán que me ha vuelto loca.

-Perdóneme -dijo él con franqueza-. Está en lo cierto -y recordando la apuesta hecha horas antes en el club, exclamó-: Tengo que hacerle una confesión y de antemano solicitar su perdón. En el club me he vana, gloriado de que sería mía e hicimos una apuesta.

-Bien -murmuró ella con una sonrisa resignada-. Ya sabe que no le desmentiré.

-Pero hay algo peor -añadió el conde, y en breves palabras relató lo sucedido en el salón de fumadores. Baccarat, al oír el nombre de Querubín, palideció, obligándole a preguntar-: ¿Acaso conoce a ese hombre?

-No, pero empiezo a creer que ha sido la Providencia quien le ha enviado aquí. Sostenga la apuesta.

-Si pierde, tendré que matarle -replicó el conde, con cierta emoción.

-¿Y quién le asegura que ese hombre no merece la suerte que le espera? -dijo con voz solemne Baccarat, como si un juez pronunciase una sentencia de muerte.

Artoff se estremeció a pesar suyo. Había en la mujer un acento misterioso y terrible que le confería la apariencia de una profetisa.

-Ahora, amigo mío -agregó Baccarat, recobrando su aspecto frívolo y su tono apacible-. Ya es medianoche. No hay nadie en las calles y puede retirarse por donde ha venido. ¡Hasta mañana! -y le tendió la mano fraternalmente, para conducir al joven conde hasta la puerta del jardín-. Venga mañana a almorzar conmigo, pero con su coche, que se quedará ante mi puerta.

-¡Qué extraña mujer! -exclamó Artoff, alejándose-. Entré en su casa como un loco y salgo convertido en un amigo dispuesto a dejarme matar por ella. ¿La amaré ya?

Cuando Baccarat se quedó sola, fue en busca de Sara, que había quedado dormida en su gabinete. La despertó y la invitó a acostarse en su lecho, pero la niña judía no

estaba fatigada, y tras dudar un poco, Baccarat puso sus manos sobre las sienes de Sara y empezó a hipnotizarla.

-Quiero que veas y que hables. Que penetres el misterio que rodea esta intriga de sir Williams. ¡Habla, habla! -ordenó con voz sugestiva.

CAPITULO XII

Querubín era hijo de una rica y bella irlandesa, mistress Blackfield, que abandonó Dublín a bordo de un navío para reunirse con su marido en las Indias Orientales. En el cabo de Buena Esperanza, el barco fue abordado por el de un pirata colombiano. El capitán era un joven hermoso y extraordinariamente seductor. La señora Blackfield pasó diez años entre cielo y mar viviendo con él. De su unión nació un niño moreno como su padre y tan seductoramente atractivo como el pirata, de quien estaba locamente enamorada la irlandesa. Cuando el pequeño tenía diez años y el pirata soñaba con retirarse a vivir tranquilamente con su familia, una fragata inglesa les dio alcance y aniquiló a toda la tripulación, excepto a la mujer y al niño, a quienes condujeron a Inglaterra. Pero antes de entrar en el estuario del Támesis, la señora Blackfield murió de pena y el niño quedó huérfano. Ya era un grumete atrevido que prometía ser buen marino y permaneció en la fragata. Dos años más tarde desertó en Colombia y se enroló en un buque pirata. Navegó en él hasta cumplir los veinte años y entonces, soñando con visitar París, embarcó rumbo a Francia con unos miles de francos en el bolsillo. El navío transportaba a un anciano francés que cincuenta años antes había abandonado su tierra. Volvía rico y esperaba encontrar a su familia, muerta durante la revolución. El señor de Verny se hizo muy amigo de Querubín y al comprobar que se encontraba solo lo adoptó como hijo. Tres años más tarde murió, dejándole toda su fortuna, y el hijo del pirata colombiano y de la irlandesa se convirtió en un célebre seductor, jugador y duelista, al que no se podía resistir entre cierta clase social.

Aquella mañana, Querubín se levantó temprano. Se arregló tranquilamente y se sentó junto a la chimenea para fumarse un par de cigarros mientras lela la correspondencia. Rocambole le había escrito anunciándole que podía aceptar la apuesta contra el conde Artoff. Muy satisfecho, encargó a su groom que al mediodía le llevara su caballo al café de París y se fue a desayunar a él, a eso de las diez de la mañana. El café de París era el restaurante de moda entre los jóvenes ricos y ociosos que se conocían bajo la denominación de leones. Entró en él con la cabeza alta, la mirada insolente y se dirigió a dos jóvenes que la víspera presenciaron su apuesta en el circulo.

-¿Y bien? -inquirió uno de ellos-. ¿Qué le aconsejó la almohada?

-Gracias a ese sueco, que tiene buen juicio, no cometió una tontería -dijo el otro-. Porque ayer se encontraba un poco alegre, ¿eh?

-Lo que hizo el vizconde de Cambolh fue recordarme un compromiso grave que ya tenía contraído de antemano para esta mañana, pero la apuesta sigue en pie, aunque en vez de quince días, serán ocho.

-¡Bravo! -exclamaron los dos jóvenes, a los que sonrió Querubín antes de ir a sentarse a una mesa inmediata para desayunar.

Pocos minutos después, el barón de Manerve entró en el local y sin ver a Querubín se aproximó a los dos jóvenes, con los cuales éste había cambiado unas pala- bras, y les dijo:

-Creo que estaban anoche en el círculo, ¿no?

-Efectivamente. ¿Sucede algo?

-Pues bien. Si ven al señor de Verny, aconséjenle que desista. Artoff tenía que almorzar hoy conmigo y me escribe desde casa de Baccarat diciéndome que almuerza con ella y que luego irán a pasear juntos por el bois -y mostrando la carta, añadió-: Y aún trae una postdata de la propia Baccarat, que dice: «Gracias, amigo Manerve, por su regalo. Su amigo ruso es encantador y aunque estoy cerca de los treinta, soy capaz de amar. Es la edad en que las mujeres suelen encontrar su corazón».

-¡Diablos! -exclamó uno de los jóvenes-. ¡Unas palabras bien significativas!

-¿Creen que Querubín sostendrá la apuesta?

-Pregúnteselo a él -respondió uno de ellos, seña lando al joven, que desayunaba tranquilamente, escuchando la conversación.

-¡Caramba! ¡Está usted ahí, señor de Verny! -saludó el barón-. ¿Ha oído?

-Sí, y creo que el conde es un hombre feliz, no en vano es muy rico. A pesar de ello, sostengo la apuesta.

-¿Está loco?

-Es posible, pero no retrocedo -respondió Querubín, echando un luis sobre la mesa para el camarero. Se puso en pie. Su caballo estaba delante del café, en manos de su groom. Saludó a los tres amigos y dijo-: Barón, ¿sabe dónde encontraré al conde?

-En casa de Baccarat -respondió, riendo, Manerve.

-Pues iré a verle. Será una presentación original. ¡Adiós, señores! -saludó y salió del café para montar su caballo.

-He ahí un hombre muerto -exclamó el barón-. Baccarat no le amará y como ha herido en su orgullo al conde...

-¿Cree que Artoff lo matará?

-El conde es un joven que hace poco caso de la vida humana. Se lo repito: Querubín es hombre muerto.

-Pues bien -replicó uno de los jóvenes, sirviéndose de beber-. Requiescat in pacem.

-Amén -concluyó el barón, mientras Querubín se dirigía hacia el bois de Boulogne, para reunirse con el vizconde de Cambolh.

Rocambole ya estaba esperándole delante del Madrid. Cambiaron un saludo con la mano y empezaron a dar vueltas al bosque, emparejados los caballos y hablando a media voz.

-Qué, ¿has visto a la señora Malassis?

-La vi anoche -respondió Querubín-. La marquesa estuvo aquella tarde en su casa y al parecer nos vio salir juntos de casa.

-¡Ah, diablos!

-La señora Malassis cree que esta salida tan prematura ha echado todo por tierra y la marquesa ha quedado desilusionada. Entre nosotros, querido vizconde, estamos obrando con torpeza.

-¿En qué?

-Tengo que enamorar a la marquesa sin ejercer ninguna de mis facultades. Si me llaman Querubín el encantador, supongo que será por algo. Y ese algo hubiera obrado sobre la marquesa, pero el duelo no ha dado resultado. Desde el día siguiente, la marquesa se interesó por mí acudiendo a casa de la Malassis. Incluso se desvaneció al saberme herido.

-Esperaba que en dos días hubiera subido a tu piso a preguntar ella misma -murmuró Rocambole.

-Pues nos hemos engañado. Ha estado todos los días en casa de la Malassis, pero al vernos salir juntos hizo un comentario jocoso con ella. Fue la primera palabra sobre

mi.

-Querido -dijo bruscamente Rocambole-. Tenemos que apresurar el desenlace. A partir de hoy no disponemos más que de siete días. Pasado ese tiempo, todo se habrá perdido.

-Necesito entrevistarme con la marquesa.

-Tendrás la entrevista esta misma noche en casa de la Malassis. Me encargaré de escribirle -dijo, con la misma resolución que inspiraba a sir Williams-. Procura estar en casa a las ocho de la noche.

-A propósito -dijo Querubín-. Recibí la carta autorizándome la apuesta y he estado en el café de París para mantenerla delante de Manerve y de otros amigos.

-¡Por todos los diablos! -exclamó Rocambole-. Esas son cosas del jefe. Me parece que es una locura, pero será mejor sostenerla.

En el momento en que el presidente del «Club de las Sotas de Copas» hablaba así, una hermosa carroza azul apareció por el extremo opuesto de la avenida que remontaban los dos caballeros. La carroza, precedida de un picador y tirada por cuatro caballos a la Daumont, descendía a buen trote.

-¡Mira! -exclamó Rocambole-. No habrá que ir muy lejos para informar al conde Artoff de que sostienes su apuesta. Ahí está.

-¿Es él?

-Por lo menos son sus caballos y su carroza, que no está vacía.

La carretela se hallaba ocupada por un hombre y por una mujer. Ambos se miraban tiernamente y se cogían de la mano. Eran Baccarat y Artoff.

-Me viene estupendamente -comentó Querubín-. Voy a presentarme a Baccarat -y volvió su caballo hacia el centro de la avenida.

El conde, al reconocerle, dio orden de detener el carruaje. Querubín se aproximó y saludó al mismo tiempo al ruso y a Baccarat, mientras Rocambole permanecía a corta distancia y contemplaba con atención a la mujer. Baccarat parecía estar muy tranquila, sonriente, y se mostraba un poco desdeñosa, aun cuando Querubín trató de envolverla en su fascinadora mirada.

-Señor conde -dijo Querubín, sin apartar su magnética mirada de la rubia Baccarat-, celebro haberle encontrado.

-El placer es mío -replicó Artoff, con fina cortesía.

-Iba a escribirle, pero ya que le encuentro... De Cambolh, mi amigo, me recordó que no estaba libre...

Baccarat, al oír aquel nombre, se fijó en Rocambole y aunque no le conocía presintió, al verle, que representaba o representarla un papel muy importante en su destino.

-En efecto, esta mañana he tenido que cumplir graves deberes -prosiguió Querubín-. Y ahora, una vez cumplidos, ya estoy libre. Puedo decirle que acepto la apuesta.

-Caballero dijo el conde-. Tal vez ignore que la señora a cuyo lado estoy en este momento es precisamente la misma que motivó nuestra apuesta.

-Lo sabía -respondió Querubín, saludando otra vez a Baccarat con una inclinación. Esta, que hasta entonces había guardado silencio, dirigió una mirada clara y abierta a Querubín, el cual pretendía llegar hasta el fondo de su alma, y dijo:

-Caballero, Estanislao me lo ha contado todo, y me temo que va a perder la apuesta, porque le amo. Querubín permaneció imperturbable, al menos en apariencia, y dijo:

-No se ama eternamente.

-En todo caso -respondió Baccarat-, opino que en cualquier clase de asuntos debe utilizarse la cortesía. Creo que su apuesta es un duelo.

Librodot

-Efectivamente, señora.

-Pues es justo que sus armas sean iguales, caballero. Estanislao entra en mi casa a cualquier hora. Le permito ir a ella cuando quiera.

-¡Oh, señora! -exclamó Querubín-. No usaré mucho tiempo de su permiso. El conde me dio quince días, pero no quiero más que ocho.

-Es justo, caballero -replicó fríamente la mujer-. El hombre que no es amado en ocho días, no lo será jamás.

Le lanzó una última y extraña mirada mientras le decía un adiós burlón, e hizo una seña para que la carroza continuara su camino. Poco después se había perdido entre una nube de polvo, mientras Querubín se aproximaba a Rocambole y murmuraba:

-¡Palabra! Si yo tengo fascinante la mirada, ella no se queda atrás. Sería curioso que resultase yo fascinado, en vez de fascinador -y se limpió unas gotas de sudor

que perlaban su frente.

La carretela del conde dio una vuelta al boas y regresó a París por el barrio de Roule. Por deseo de Baccarat, se detuvieron en el patio del hotel habitado por el conde Artoff, en la calle de la Pepiniére. Tras visitar el palacio, digno de Las Mil y Una Noches, en el cual su propietario había invertido tres millones, pasaron al jardín y subieron al pabellón. Desde el terrado, Baccarat paseó su mirada por los tejados de las casas vecinas y exclamó, riendo:

-¡Pueden verse todas las chimeneas de París!

-Y también los jardines -añadió el conde-. He ahí el que depende del número 40 de esta calle.

-¿Cómo? -exclamó ella, con cierta indiferente sorpresa-. ¿Y no es ahí donde vive el señor Querubín?

-Eso tengan entendido. ¿Ocurre algo?

-Amigo mío -dijo Baccarat, después de quedarse un instante pensativa-. Tengo que pedirle un nuevo favor. ¿Quiere cederme este pabellón a partir de esta noche? No me pregunte el motivo, pero me gustaría.

-Parece una locura, pero en fin... Es suyo -respondió Artoff.

-Entonces escribiré a casa para que la pequeña Sara venga a instalarse conmigo.

Mientras cenaban juntos, el joven ruso, que había comprendido que la mujer se había convertido en la más respetable y virtuosa de las mujeres, intentó averiguar la causa por la cual Baccarat deseaba quedarse en su pabellón.

-Amigo mío -respondió la joven, sonriendo de ma- nera misteriosa-. Ayer me prometió no preguntarme nada. Déjeme obrar a mi manera y no intente quebrantar su promesa. Mi secreto no me pertenece.

Dio otro giro a la conversación y Artoff respetó su silencio. Pero se sorprendió nuevamente al ver llegar a Sara. A la vista de la niña judía no pudo reprimir un movimiento de curiosidad, pero la mujer insistió en su silencio, mientras le hacía callar llevando el índice de su diestra a los labios.

-¡Chist! Me prometió no extrañarse de nada.

Artoff asintió con una sonrisa, mientras acariciaba los rizos de Sara, y luego la tomaba de la mano para guiar a sus invitados hasta el pabellón a través de una galería acristalada.

-Gracias, amigo mío -dijo Baccarat, tomándole la luz de las manos.

-¿No desea que las acompañe?

-No. Ya estamos bien. Si quiere aguardar en el jardín o en el salón, puede hacerlo. Pero no sé cuánto tiempo permaneceré aquí.

Y Baccarat, después de despedirle, cerró la puerta del pabellón. Cuando se asomó por primera vez, había visto la llegada de la marquesa de Van Hop, un tanto agitada, a

casa de la señora Malassis. Pensando que Querubín también vivía allí, consideró que algo grave podía tramarse, algo grave que necesitaba averiguar, y por ello no dudó en pedir aquel observatorio para ocuparlo con la joven judía. A ésta la hizo sentar frente a la ventana, en la más completa oscuridad, y después trató de hipnotizarla, mientras la niña luchaba vana. mente contra el sueño.

Ventura, el mayordomo de la señora Malassis, había enviado rápidamente una nota a la marquesa, rogándole que acudiera, porque su señora se encontraba grave. mente enferma. El médico que atendía a la viuda habló lúgubremente a la marquesa del imaginario mal que aquejaba a su amiga y le rogó que se quedara velándola toda la noche. La baronesa avisó a su marido de que se quedaba a pasar allí la noche y permaneció a la cabecera de la enferma. Pero a eso de la medianoche, percibió que una figura se deslizaba por el patio y acudía al domicilio de la Malassis. Baccarat también reconoció aquella figura: era Querubín, el cual, bajo el pretexto de enterarse de la salud de su vecina, pretendía entrevistarse con la marquesa. Esta lo había recibido, pálida e inmóvil, como una estatua. No quería confesarse que había amado a aquel hombre, pero su corazón le decía que la hora del peligro no había pasado. Luego reaccionó y dominó su estado de ensimismamiento y de emoción. Informó a Querubín del estado de la Malassis y lo despidió. No obstante, el joven, a punto de mar- charse, tuvo una repentina resolución y se enfrentó a la marquesa, mirándola con una especie de exaltación febril. Le dijo que estaba dispuesto a hacerle una confesión y con voz seca, sofocada por el dolor y no exenta de una dulzura encantadora que hacia estremecer a la marquesa, le fue pintando con rasgos de fuego su amor, sin decir que ella era el objeto amado. Y la marquesa sintió que hubiera deseado ser como el pajarillo atraído por el reptil que rompe el encanto y huye. Pero el encanto de Querubín era grande y la mujer permaneció inmóvil y muda bajo la ardiente mirada del seductor. Este acabó poniendo su rodilla en tierra y con gesto sobrio y voz más cálida y ardiente confesó su deseo de besar el borde de su vestido. Esperaba que la marquesa le diese la mano para levantarse e impresionada por su confesión declarase que ella también le quería. Sin embargo, la mujer hizo esfuerzos por contener las ansias de su corazón y permaneció impasible, escuchando la voz austera del deber, y en el más profundo silencio dejó que Querubín se marchase y desapareciera en la oscuridad de la escalera.

Al día siguiente, Baccarat recibió a Querubín en su chalet de la calle Moncey. Durante el trayecto de su casa a la de Baccarat, el seductor se había estudiado un hermoso discurso con el cual esperaba romper la frialdad de la acogida. Pero desdichadamente se equivocó en todo, porque Baccarat no le recibió irritada ni desdeñosa, sino que le tendió la mano sonriendo y le invitó a sentarse a su lado. Le ofreció té y con el más desconcertante de los acentos le dijo:

-Escúcheme bien. Figúrese que el conde ha tomado en serio la apuesta -recalcó bien esta palabra-. Encuentro caballeresco que usted se juegue la vida por seducir a una mujer de quien se dice que no tiene corazón. Pero, veamos el reverso de la medalla. Si soy realmente lo que se dice, perderá su tiempo y su apuesta y el conde lo matará.

-Está en su derecho.

-Bien, pero, ¿y si él pierde? -insinuó, envolviéndole en una mirada tan cruelmente burlona que el joven bajó la vista-. Habrá hecho su fortuna. Veamos, caballero, ¿es admisible que un hombre tase su amor en veinticinco mil libras de renta?

Querubín enrojeció de vergüenza, como un escolar sorprendido en falta, ante aquellas palabras que lo acusaban de haber hecho una apuesta impropia de un hombre honrado.

Librodot

-Escuche, amigo mío -dijo Baccarat, esbozando una ligera sonrisa que acabó por desconcertar a Querubín-. Se ha comportado ante mí como un jovencito recién salido del colegio. Le han dicho que no tengo corazón y es posible que así sea.

-No lo creo -replicó él.

-Eso da lo mismo, pero lo que importa es su vergonzosa apuesta. La hubiera comprendido en el caso de pretenderme, diciendo : «Quiero ser amado por esa mujer que no ama», en lugar de pregonarlo a los cuatro vientos en el club. Entonces, tal vez le hubiera tenido en cuenta.

-¿Considera perdida mi apuesta? -replicó él, con audacia.

-Eso pienso, a menos que... Bien, no hablemos más del asunto y continúe visitándome.

-No la comprendo -comentó Querubín, extrañado.

-Es bien fácil, amigo mío -continuó Baccarat-. Permítame creer que lo más seductor en esta apuesta soy Yo y no la promesa de los quinientos mil francos.

-¿Acaso puede dudarlo? -exclamó Querubín, con un gesto de orgullo.

-Por eso estoy persuadida de que renunciará al di. nero en caso de que llegase a amarle.

-Ciertamente -replicó el, mordiéndose los labios.

-Entonces, escuche lo que quiero proponerle. Escriba ahora mismo al conde anunciándole que renuncia a la apuesta, o no entrará más en mi casa.

-Si escribo eso, ¿que sucederá?

-Tal vez seria perdonado -susurró ella, envolvién- dolo en una de esas miradas prometedoras e insinuantes capaces de seducir al más seductor bribón-. ¿Qué, se decide? -añadió al verle un poco perplejo, y le mostró una mesita con los accesorios para escribir-. Siéntese ahí y escriba pidiendo que olvide sus agravios y que renuncia a la puesta.

-No puedo escribir eso -exclamó sordamente Querubín-. Sería una carta de excusas.

-¿Y no lo haría... por mi... amor? -insinuó ella, con una voz encantadora y llena de hermosas seducciones.

Querubín aún dudó un instante, pero luego tomó la pluma y escribió. Cuando hubo concluido, ella le tendió la mano y le dijo:

-Bésela, tome su sombrero y márchese. Es medianoche y si quiere ganar la partida -acentuó, con una mirada encantadora-, empiece obedeciendo.

Lo acompañó hasta la puerta del jardín, dejando que se apoyase familiarmente sobre su brazo.

-¿Cuándo volveré? -inquirió Querubín..

-Pasado mañana a la misma hora, ¿le parece bien?

La joven cerró la verja y Querubín se alejó.

¡Ya estás en mi poder! -murmuró Baccarat, cuando se apagó el ruido de sus pasos-. No eres más que un vulgar don Juan y tu castigo será terrible si no andas con cuidado.

-¡Soy un necio! -exclamó Querubín, cuando el frescor de la noche le despejó la cabeza-. Necesito esos quinientos mil francos y no tengo por qué renunciar a la puesta. Aunque, después de todo, con que el conde sepa que la sostengo, basta. Baccarat quiere amarme, pero no desea confesarlo. ¡Esto sí que es tener suerte y quinientos mil francos en el bolsillo! Vamos a ver al conde.

Se entrevistó con el conde de Artoff en el club y le explicó lo sucedido en casa de Baccarat, de manera que no se viese su juego. Le indicó que mantenía su palabra, pese a la carta escrita, y le rogó que no dijera nada a Baccarat de aquella conversación. Sin embargo, a las diez de la mañana siguiente, cuando Artoff se presentó ante Baccarat,

ésta le recibió con una sonrisa y le comunicó que ya sabía todo lo referente a Querubín. El joven ruso no pudo contener una exclamación de estupor y se estremeció cuando ella agregó:

-Además, Querubín no sabía que al dar este paso firmaría su sentencia de muerte. Si ese hombre fuese un fatuo jugando con la reputación de la primera mujer que le han presentado, aún lo dejaría vivir en paz. pero ese hombre es un miserable, un ladrón y un asesino. En estos momentos es un instrumento inteligente y dócil de una iniquidad inconcebible. Merece la suerte que se está forjando. Sí -añadió la joven, viendo que el conde se disponía a interrogarle-. Y no me pregunte lo que no puedo contestarle, amigo mío. Pero si algún día pudiera mostrarle a ese malhechor, a ese seductor infame y le dijese: «Señor conde, ese hombre le ha engañado, ha perdido su apuesta, castíguele», ¿me obedecería?

-Ciegamente -replicó el joven ruso, que cada vez estaba más- entusiasmado por aquella mujer en quien había puesto una fe profunda, casi fanática.

CAPITULO XIII

Turquesa, tal y como había anunciado a Baccarat, se instaló en una buhardilla de la calle Blanche. Allí, en medio de la pobreza, en una pequeña habitación propia de una modesta costurera, recibió la visita de Fernando Rocher. Aquella mañana, éste había acudido a visitarla nuevamente al palacete de la calle Moncey, pero se encontró con Baccarat, quien entre otras cosas le dijo, en medio de su asombro:

-El día que cedí paso a mi rival, es decir, a la a joven pura y honrada que era su esposa, tomé por vir- tud lo que sólo fue un acto de desesperación: me arrojé en brazos de Dios y me convertí en la señora Charmet. Pero al ver que una de mis iguales, una mujer que no vale lo que yo -agregó con orgullo-, una mujerzuela...

-¡Señora! -exclamó Fernando, súbitamente irrita, do-. Está insultando a la mujer que amo.

Estas palabras llegaron al alma de Baccarat, que palideció. Durante unos segundos permaneció en silencio, vaciló y se llevó la mano a la frente, sin que Fernando comprendiese su dolor, ni lo que su conducta tenía de vergonzoso.

-Señora -añadió él con frialdad-. Ya que está en su casa y Jenny la abandonó, quisiera...

-Saber adónde se fue, ¿no es cierto? -replicó ella, altanera-. Se lo diré. Aquí tiene sus señas.

Jenny, en medio de su modestia, apareció ante Fernando como una reina destronada que no había perdido nada de su orgullo. Estaba hermosa, tranquila, sonriente y le tendía la mano con el mismo encanto que la víspera al recibirlo en Moncey.. Fernando le estrechó la mano y en vez de sentarse en el único sillón presentable, que ella le ofrecía, la hizo ubicarse y se arrodilló ante Jenny para mirarla con admiración y dedicarle los más cariñosos cumplidos.

-Si quieres volver aquí -replicó la joven, dando a su voz un tono más encantador y una inflexión más seductora-, será. a condición de dejarme vivir a mi gusto y no hablarme nunca de esa enojosa cuestión del dinero.

-Está bien -respondió sumisamente Fernando.

-Sólo te amaré a ese precio -dijo ella, inclinándose hacia él para incorporarlo y

dejándose estrechar amorosamente.

Fernando pasó el día con Turquesa y hacia las seis de la tarde la abandonó para regresar a su domicilio. Herminia no parecía la misma mujer. No era la esposa dispuesta a todos los sacrificios para reconquistar a su marido, ni la madre desolada que bañaba con lágrimas el rostro de su hijo. Se mantenía resignada, pero decidida a marchar por la árida senda del deber. Y esta visión puso un instante de remordimiento en Fernando, mientras toda la familia cenaba en silencio. Luego se encerró en su despacho y volvió a pensar en Turquesa, la mujer desinteresada y rehabilitada por el amor. Turquesa, que le amaba y habla renunciado a todo por él.

Durante los tres días siguientes, Fernando Rocher subió dos veces los cinco pisos que conducían a la buhardilla de Turquesa, pero el tercero envió a un correo con una breve carta para Jenny, en la que le rogaba siguiese al portador.

Turquesa no tenía nada de señora y como aquello lo estaba esperando ansiosamente, se echó un chal por encima de los hombros y acompañó al cartero. Tomó un coche de alquiler y ambos se dirigieron a la calle de la Ville-l`Evêque. El hotelito había pertenecido a una señorita de la Comedia Francesa que fuera la amante de un príncipe muerto en duelo a causa de que ella se veía a solas con otros hombres. El conjunto era espléndido y satisfacía el gusto más exigente. En las primeras gradas de la entrada se encontraban dos lacayos con librea. A la izquierda del portal, bajo una marquesina, se hallaba una berlina con dos hermosos caballos que parecían esperar a la dueña de la mansión.

-¡Qué chic! -murmuró para sí Turquesa, al contemplar aquello-. He puesto la mano sobre el rey de los millonarios. Es mejor que un príncipe ruso. -Y pregunté en voz alta-: ¿El señor Rocher?

Turquesa iba vestida muy modestamente, pero el lacayo ya estaba enterado de todo y reconoció en seguida a la que iba a ser dueña de aquel maravilloso palacio. La acompañó hasta el siguiente lacayo y éste, tomando en la mano un candelabro con el mismo servil respeto, la invitó a subir por una grandiosa escalera de mármol. El lacayo la introdujo en un maravilloso salón de recepciones y le indicó que le enviaría a su doncella. Esta era una joven de unos veinte años, tan bella como su señora y con una mirada impertinente que agradó a Turquesa. La criada abrió una puerta y le enseñó un dormitorio. Un prodigio de pequeñez y de buen gusto. Después, el tocador y por fin, el guardarropa. Todo lo que había dejado en la calle Moncey había aumentado gracias a la pródiga, y hasta entonces invisible, mano de Fernando. Una hora después, la pobretona costurera se había transformado en la elegante Jenny, a quien la doncella entregó una carta. En ella Fernando le rogaba que lo perdonara por hacerle tal regalo. «El regalo de un amigo que te ama más que a nadie. ¿Podré acompañarte hoy a la mesa?»

-¡Ya lo creo! -exclamó Turquesa, sonriendo como si presintiera que Fernando estaba escuchándola Por s allí cerca.

Y en efecto, se abrió una puerta y el joven irrumpió alocadamente para caer a los pies de Turquesa, que le tendió la mano en tanto decía:

-Levántate, que aún no sé si perdonarte.

Durante aquel tiempo, León Rolland no era ni la sombra dé sí mismo. Desde la desaparición de Eugenia Garín, no hacía más que vivir en un terrible marasmo del que sólo salía de tarde en tarde con unas inusitadas ansias de trabajar. Hacía esfuerzos por dominar el dolor que le consumía y permanecía entre sus obreros con ánimo de distraerse y ordenar el trabajo de la jornada siguiente. Pero a veces se quedaba pálido, con la vista extraviada y evitando encontrarse delante de sus amigos. Cereza se había entrevistado nuevamente con Baccarat, mas el obrero continuaba huraño hasta que, un

día, ante la puerta de su taller se detuvo un hermoso cupé. Bajó de él un joven elegantemente vestido, con bastón y monóculo, y entró en la carpintería, donde preguntó a uno de los obreros por León Rolland.

-Uno de mis amigos, el marqués de Archie -dijo en tono ligero el visitante-, me habló de usted cuando tuve el gusto de admirar sus muebles. Un trabajo primoroso.

-Tengo buenos obreros, caballero -replicó modestamente León, que examinaba con interés a su visitante, mientras se preguntaba dónde había visto aquel rostro y oído aquella voz.

-Señor, soy el vizconde de Cambolh y espero que querrá trabajar para mí -replicó Rocambole, sonriendo-. Resido en el barrio de Saint-Honore y quisiera poseer un comedor de roble. Creo que sólo usted...

-¡Oh, caballero! -exclamó León, iniciando una modesta sonrisa-. Hay otros compañeros que tienen más méritos que yo, pero me esforzaré para merecer su confianza.

-Mire -dijo Rocambole, consultando su reloj-. Son las once. ¿Puede dedicarme unos minutos?

-Sin duda, caballero -respondió León, que deseaba encontrar un medio para distraer sus negros pensamientos-. Estoy a sus órdenes.

Le hizo pasar a su despacho y le ofreció un sillón mientras le rogaba que le disculpase, ya que deseaba cambiarse de ropa. A las once y media se encontraban subiendo al entresuelo de la casa de Rocambole. Este sonreía en su interior, al comprobar los esfuerzos que hacía León por recordar dónde le había visto antes. pero entre el bribón adoptado por la viuda Fipart, el Rocambole de Bougival y el señor vizconde de Cambolh, gentilhombre sueco, había una gran diferencia que además trataba de exagerar para que León no pudiera llegar al más mínimo recuerdo del hijo adoptivo de la tía Fipart.

-He aquí la habitación que deseo transformar completamente -dijo Rocambole, mostrándole una sala espaciosa que daba al barrio de Saint-Honoré, del cual recibía luz por medio de dos ventanas.

León examinó el comedor, hizo explicar al vizconde su proyecto y así transcurrió media hora. Entonces Rocambole se hallaba junto a la ventana. Parecía mirar distraídamente el exterior. En el reloj de la iglesia de Saint-Philipe de Roule sonaron las doce y por el extremo opuesto de la plaza de Beauveau apareció una carretela que subió rápidamente la cuesta de Saint-Honoré.

-¡Hermosos caballos! -exclamó el vizconde, con un acento de admiración que interesó a León-. ¡Y qué hermosa criatura!

León, muy ocupado en su tarea, levantó la cabeza y no se atrevió a aproximarse a la ventana.

-Venga a ver, señor Rolland -invitó Rocambole-. ¡Eso sí que son caballos! ¡Y qué mujer!

El ebanista se acercó, contempló los caballos y luego miró a la mujer. Inmediatamente lanzó un grito.

Turquesa, a quien Fernando Rocher había comprado el hotel del príncipe fallecido, conservaba sus más hermosos y mejores caballos, cuatro ingleses que arrastraban la carretela entre la admiración de todos los transeúntes. Pero esto fue lo que menos interesó a León. El sólo veía a una hermosa y encantadora criatura rubia extendida lánguidamente, luciendo sus blancos brazos en medio de un mar de brocados y protegiendo con una sombrilla su cabeza de los tibios rayos del sol. Turquesa pasaba a pocos metros de león.

-¡Eugenia! ¡Es Eugenia! -gritó el ebanista.

Librodot

-¡Dios mío! ¿Qué tiene? -inquirió Rocambole, al verle tambalearse-. ¿Conoce a esa mujer?

-Es Eugenia -respondió, alocado, León.

-Pero, ¿quién es Eugenia? -preguntó hipócritamente el discípulo de sir Williams.

León ya se había lanzado a la puerta, olvidado de todo. Bajó los escalones de cuatro en cuatro y al llegar a la calle descubrió el carruaje a punto de coronar la cuesta. Corrió tras él como un loco, mientras el cochero fustigaba a los animales y avivaba el trote. Durante casi una hora, Turquesa tuvo tras su coche al sofocado León. Lo hizo correr por todo París, unas veces dejando casi que la alcanzara y otras alejándose lo suficiente para que la desesperación volviera a hacerle correr tras ella. Al final entró en su hotel de la Ville-l'Evêque, adonde llegó León en el instante que cerraban las puertas. Embriagado de rabia, llamó con violencia. Un criado le abrió y le detuvo, preguntando:

-¿Qué desea, buen hombre?

-¡Quiero hablar con su señora!

-Lo siento, pero no recibe más que a personas que conoce.

-Bien -replicó él, en tono más humilde-. Dígale que un conocido suyo, león Rolland, desea verla.

-Eso está mejor -respondió el criado, casi conmovido por la expresión de dolor y sufrimiento que mostraba el rostro de León-. ¿Quiere aguardar un momento? Le anunciaré a la señora.

Diez minutos más tarde, que para León tuvieron la duración de diez siglos, regresó el criado y le dijo:

-La señora dice que no le conoce, pero consiente en recibirle.

León tuvo un vértigo. ¿Era, o no, aquélla su Eugenia? Pensando en ella, a medida que seguía al criado, caminaba como borracho. Cuando le dejó en medio de un lujoso y moderno salón, tuvo una terrible duda. Aquella mujer, tras la que había corrido alocadamente durante más de una hora y cuya puerta había forzado, podía no ser Eugenia Garín. Podía haberse equivocado. Y este pensamiento le produjo deseos de huir. Sin embargo, se abrió una puerta y apareció Turquesa. León Rolland ahogó un grito y se dijo que aquella mujer era Eugenia.

Turquesa fingió sorprenderse al verlo. Le saludó con - la mano y le preguntó fríamente si era León Rolland, lo cual acabó por embobar al ebanista. Para no caer se apoyó en un mueble y se quedó mirándola sin poder pronunciar una palabra.

-Acaban de decirme que desea verme -continuó ella con mucha calma-. ¿Qué quiere decirme?

-Señora... Eugenia... -balbució León.

-Creo que se equivoca, caballero. No me llamo Eugenia. Soy la señora Delacour.

-Señora..., señora..., no me diga que no es usted, que no era ése su nombre -murmuró León, desconcertado-. Es la misma voz, la misma mirada`. No es posible que haya dos iguales -exclamó, temblando y sin apartar su codiciosa mirada de la mujer que negaba ser Eugenia Garín.

-Creo que me explico su confusión, caballero -replicó Turquesa, con indiferencia-. Seguramente me ha visto entrar en mi casa y me ha tomado por la. que dice llamarse Eugenia.

-Eugenia es usted -gritó León, echándose a sus plantas, y añadió en tono suplicante-: No me diga que no es cierto. ¡Sé que no me engaño! No conozco su nombre actual, pero yo he pasado muchas horas a su lado en aquella buhardilla. La he amado y sé...

-Caballero -interrumpió Turquesa-. Cálmese un poco y haga el favor de mirarme

con atención. Fíjese en lo que le rodea y dígame quién era Eugenia Garín.

Un gesto de Turquesa parecía resumir todo el lujo deslumbrante que la rodeaba, la elegancia de su traje y el valor de sus joyas. León bajó la cabeza y se contuvo. Aquello era como una locura.

-Tiene su voz, su mirada, sus ademanes, sus mismos cabellos rubios -clamó, exaltado, el obrero-. Cierto que ella era pobre, la hija de uno de mis obreros, pero cuando me abandonó...

-En fin, caballero -repuso Turquesa, con una calma que no la desmentía ni un momento-. Permítame destruir sus últimas palabras. Aun admitiendo que fuese la Eugenia de que habla..., una obrera que le ha abandonado; aun suponiendo que la señora Delacour y Eugenia Garín sean la misma persona...

-¡Lo ve! -exclamó León, tratando de coger la mano de Turquesa, que ella retiraba con un movimiento muy digno-. ¡Lo ve!

-¡Calle y escuche! -dijo la joven, poniendo un dedo en sus labios, mientras con un gesto severo le invitó a sentarse algo retirado de ella-. Supongamos que soy Eugenia y que le he abandonado... A propósito, ¿cuándo fue eso?

-Hace ocho días.

-¿Y entonces era una pobre obrera?

-Sí -afirmó León, con un asentimiento de cabeza.

-En ese caso -repuso Turquesa, con una vaga sonrisa de burla-, déjeme creer que soy la favorita de un hada, porque me parece que mi posición ha cambiado bastante... desde hace ocho días.

León guardó silencio, confundido ante su argumentación, y ella se arrellanó lánguidamente en un sillón, como la mujer habituada desde hace mucho tiempo a todas las alegrías y comodidades del lujo.

-Si no quiere rendirse a la evidencia, caballero -prosiguió la joven, sonriente-, habrá que pensar que la pobre Garín tenía un hermano que dejó su grandiosa fortuna a la joven Eugenia.

-Eso es imposible.

-O que Eugenia haya encontrado un nabab, algún príncipe ruso que la ha transformado por completo.

-Posiblemente -exclamó el ebanista, con súbita explosión de celos-. Eugenia, ¿verdad que es usted?

-¿Tengo aspecto de haber trabajado noche y día con una aguja para ganar quince sueldos? -replicó Turquesa, con frialdad-. Seguramente Eugenia no se llamaba así, ni era obrera, ni el viejo Garín era su padre.

-¿Qué dice?

-Eugenia era, simplemente, lo que soy; es decir, lo que está viendo.

-No es posible.

-Entonces, no soy Eugenia. Elija.

-¡Dios mío! -exclamó León, llevándose las manos al rostro-. Creo que me volveré loco.

-Aguarde, caballero -prosiguió ella-. Eugenia era, tal vez, una mujer a la moda, un poco galante y dada a las aventuras y misterios. Seguramente fui en uno de mis momentos Eugenia Garín, le vi una tarde, le amé y, echando una mirada en torno mío y comprobando su mundo de obrero honrado, d' padre de familia...

-Es usted, no hay duda -interrumpió él, renaciendo su alegría-. ¿Verdad que si?

-¡Quién sabe! -respondió ella, sonriendo, y lo miró furiosamente cuando él intentó ponerse de rodillas y cogerle de nuevo una mano-. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Es, un certero proverbio. Eugenia tuvo la convicción de que no sería amada

por usted si no se convertía en una pobre obrera, y representó ese papel durante una corta temporada. Usted la ha amado, pero desgraciadamente...

León sufrió un estremecimiento al escuchar con dolorosa avidez aquellas palabras. Empezó a comprender que si una de las tres versiones podía ser cierta, lo era la última.

-Desgraciadamente -prosiguió Turquesa-, todo tiene su fin y el amor más ardiente desaparece. Una mañana Eugenia comprendió que aquel a quien amaba sabría la verdad algún día. Conocería que la considerada como honrada obrera no era más que una entretenida, conocida por el mundo galante como Jenny la Turquesa..., y tuvo miedo de verse despreciada, insultada y abandonada por el hombre amado, por su único amor.

La mujer hizo una pausa, conmovida. Parecía hablar con sinceridad cruel, confesando indiscretamente ser Eugenia Garín. Y León, pálido, con el corazón palpitante, no encontró palabras que decirle, y se sintió morir en tanto bajaba la vista.

-Entonces, la pobre mujer prefirió renunciar al que amaba para no tener que enrojecer en su presencia y merecer su desprecio, pero así viviría eternamente en el corazón del hombre amado.

Turquesa también bajó los ojos y Rolland vio que una lágrima surcaba lentamente su rostro. Ya no pudo contenerse y se lanzó de rodillas a sus plantas, mientras gritaba

-No lo niegue más tiempo. Es Eugenia.

-Lo soy -sollozó la mujer-. Soy la que te amó y quien te ha mentido, por eso no quiero volver a verte.

-Pero también yo te quiero. ¡Te amo, Eugenia!

Estas palabras produjeron en ella una reacción violenta. Rechazó a León, se puso en pie vivamente y repuso:

-Ahora ya sabes quién soy y no debes amarme. Adiós, amigo mío. Soy una mujer perdida. ¿No ves el lujo que me rodea?

Ocultó el rostro entre sus manos y lloró amargamente, mientras León se aproximó a ella para cogerle una mano y exclamar, dolorido:

-No puedo dejar de amarte. No es posible. ¡Quién tuviera millones para ponerlos a tus pies!

-Bien -dijo de pronto Turquesa, enjugando sus lágrimas y mirando a León, decidida-. Es necesario se. pararnos... y para siempre. Mañana me marcho.

-¿Té vas? Pero, si yo te amo.

-También yo, por eso mismo no quiero que me desprecies. Me voy a América, donde no pueda volver a verte.

-Me iré contigo, Eugenia -murmuró el hombre, trastornado-. Te amaré como un perro ama a su amo.

-No. Me despreciarías.

-Olvidaré todo el pasado.

-¿Es cierto eso? -preguntó, mirándole con duda.

-Te lo juro.

Turquesa le echó al cuello sus blancos y hermosos brazos y susurró con cierta alegría seductora:

-¿Es cierto que me amarás como si fuera Eugenia?

-Sí.

-Entonces..., marchémonos. Huyamos los dos y vivamos juntos, muy lejos del recuerdo de París.

-Marchemos -repitió el desdichado, completamente enloquecido. Pero, de pronto, la imagen de Cereza con su hijo en brazos lo conmovió como un relámpago y le

obligó a exclamar-: ¡Mi hijo!

-¡Ah! -murmuró Turquesa ,palideciendo-. Ya decía yo, amigo mío, que es necesario decirnos el último adiós. Tienes esposa y un hijo. Nuestro amor es imposible.

Y sin decir más, Turquesa lo abandonó y se fue, dejándolo solo en medio de un profundo silencio. Era como si el amor y la muerte, cabalgando la misma montura, pretendiesen estar de acuerdo. Por un lado estaba la felicidad; por el otro, la destrucción. Y cogido, muy bien atrapado en aquella cabalgada infernal, el pobre obrero, de pie, inmóvil, con los ojos clavados en el suelo y pensando que era preferible ser estatua.

De pronto, cerca de él se oyó un ruido y un criado apareció por donde se había alejado Turquesa. Se le aproximó silenciosamente y le entregó una carta que acababa de escribirle Turquesa bajo el dictado de sir Williams, oculto, durante toda la entrevista, en el gabinete contiguo. En la carta, Eugenia le decía:

«Elige: o no vernos más y dejarme ir mañana por la mañana, o escapar conmigo. No me escribas. Ven con tu hijo mañana o esta misma noche, si me quieres. O bien, olvídame.»

León palideció al leer aquello y se lanzó fuera del salón, como si obedeciera a alguna inspiración momentánea y fatal. Sir Williams volvió a colocar sobre la chimenea el cuadro que ocultaba su observatorio y se alejó de él comentando:

-Se ha marchado.

-Querido, entonces podremos hablar -comentó Turquesa, dejándose caer perezosamente en una poltrona y cruzando las piernas a estilo oriental para tomar con sus manos su pie izquierdo, que descalzó negligentemente-. ¿Qué? ¿No merezco elogios?

-Cuando me doy el gusto de montar una comedia, jamás tomo actores mediocres -replicó gravemente sir Williams-. Si se aplaude demasiado, éstos acaban siendo malos; por eso, querida, no alabo a nadie.

-Ya lo veo -murmuró la mujer-. Pero, ¿qué voy a hacer con el niño?

-Hablaremos de ello más tarde.

-Y ahora, ¿qué hago?

-Dar orden para que preparen un coche de viaje. León vendrá y es mejor que estés lista para marcharte con él y con el niño.

-Luego, ¿me voy?

-El postillón que te conducirá lleva órdenes mías y en el primer relevo de caballos sabrás lo que debes hacer.

-¿Y qué será de Fernando?

-Lo verás cuando regreses dentro de dos días. Escríbele unas líneas y déjaselas aquí. Algo así como «Te amo tanto, que no encuentro el medio de castigarte por haber hecho que acepte ser tu esclava». Luego, instruyes a tu doncella y asunto concluido.

-¡Qué divertido! -comentó Turquesa, viéndole abrocharse la levita para marcharse.

-Adiós, pequeña -saludó sir Arturo Collins, besando con mucha galantería la mano de Turquesa.

Después salió a pie del hotel, con la misma tranquilidad que un burgués al dirigirse a jugar al dominó en el café del Turco.

Desde hacía días, sir Arturo estaba muy ocupado en el asunto de la marquesa de

Van Hop, de su rival DaiNatha y de los cinco millones. Había descuidado un poco la naciente intriga del joven conde de ChateauMailly con la bella y desdichada señora Rocher, y ahora quería saber cómo estaban las cosas.

A tal hora, el conde se encontraba solo en su casa. Había comido en el café Inglés y había regresado para vestirse, cuando su groom le anunció la visita de sir Arturo. Al fijarse en la tarjeta del visitante, el conde se estremeció, interrumpió su tocado y ordenó que lo introdujeran en el salón.

-Mi querido conde, estoy encantado de encontrarle -saludó sir Arturo, imprimiendo a su voz aquel acento inglés con el cual le conocía el joven conde-. He hecho un viaje y desearía saber cómo marchan nuestros asuntos.

-¡Ah, my dear! -suspiró el conde-. Me temo que ha hecho usted un mal negocio. Mis asuntos, o los nuestros, si usted lo prefiere así, continúan en el mismo punto.

-¡Bah! Entonces, ¿qué hacemos? -exclamó el baronet, dando singular trascendencia a su exclamación.

-La señora Rocher es tan virtuosa como desgraciada -repuso el conde-. Sí, amigo mío. A pesar de mis i esfuerzos, no he ganado ni una pulgada de terreno.

-¡No es posible! -exclamó, riendo, el falso inglés-. ¿Cómo ha podido ser eso? Cuénteme qué ha sucedido.

Sir Williams se arrellanó en un sillón como hombre dispuesto a prestar toda su atención a un relato lleno de atractivos, y el conde repuso:

-Desde luego, amigo mío, la señora Rocher me demuestra una confianza tan fraternal y llena de cariño, que me atormenta con remordimientos y escrúpulos.

-¿Cómo? Me parece que ése no es medio de heredar a su tío.

-Además -prosiguió el señor de Chateau-Mailly-, le confieso francamente que la candidez de tan encantadora mujer es su mejor escudo.

-No le entiendo.

-Es lo más sencillo del mundo. Apreciándome como a un amigo, queriéndome como a un hermano, jamás ha llegado a pensar que podría amarla. No desconfía.

-¿Le ha declarado que la quiere?

-Pues, no.

-Señor conde -dijo el baronet, con un gesto de gran descontento-. Me parece que tiene en muy poco sus promesas, y en tal caso, no veo el motivo de mantener las mías.

-Caballero -replicó el conde, sacudido por un sentido de noble arrogancia, en tanto miraba fijamente a su interlocutor-. Si tuviera que elegir entre olvidar el juramento que le hice para cumplir una desagradable misión y no permanecer fiel a mi palabra para ser su instrumento, Dios me perdonaría el perjurio.

Sir Arturo se mordió los labios y respondió burlonamente:

-Dios no tiene nada que ver en esto.

-Se equivoca.

-¿Está de broma?

-Ni por lo más remoto -replicó el conde, mirándole con aire desdeñoso-. Lo he pensado bien y no quiero la fortuna de mi tío al precio del honor de una mujer.

-¿De veras? -comentó en tono de burla sir Arturo, para disimular su ira-. Se diría que ama realmente a la señora Rocher.

-Seguramente. En todo caso, la amaría lo suficiente como para respetarla.

-Me parece que propone la ruptura de nuestras relaciones, ¿no? -exclamó sir Arturo, irguiéndose como si le hubiera picado una víbora.

-Es posible.

-Pues yo afirmo lo contrario. Tengo su palabra, como usted la mía.

-Caballero, le devuelvo la palabra -repuso con firmeza el conde-. Quizá tenga el derecho a despreciarme, pero en este momento prefiero el desprecio de los hombres al remordimiento y el recuerdo de una infamia.

El baronet se creyó herido por un rayo. Toda su tenebrosa venganza se rompía en sus manos para dejar que se escapara Herminia. Con voz alterada por la irritación se enfrentó al conde:

-Si mañana, a pleno día, le provoco en el boas o el bulevar diciéndole que no es usted un caballero y ha pisoteado su juramento, ¿qué responderá?

-Guardaré silencio, porque una voz me estará diciendo que los falsos caballeros son quienes compran su fortuna con el precio de la infamia.

-¿Y si le pido explicaciones?

-Me batiré -respondió con firmeza el conde.

-Le advierto que si el duque, su tío, se casa con la señora Malassis, quedará completamente arruinado.

-Sabré soportar el revés -contestó y señalo la puerta-. Ahora, caballero, ¡concluyamos! Insiste demasia.do en recordar mi juramento para que no tenga deseos de romperlo. Respetaré a la señora Rocher y espero no verle más, a no ser en el campo del honor.

Estas palabras, dichas con frialdad, no admitían réplica. Sir Arturo se puso en pie, tomó su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

-Nos veremos, señor conde.

-Cuando guste -respondió el señor de Chateau-Mailly. Luego, cuando sir Arturo hubo . salido, se sintió como liberado de un gran peso y se apresuró a escribir a Herminia, rogándole que le concediera una entre` vista en su casa, en vez de que ella acudiera a la suya, ; como habían convenido.

Sir Williams salió de allí con la rabia metida en el corazón. Realmente, parecía existir una Providencia que le perseguía y le arrebataba los triunfos la víspera de su venganza.

Volvió a subir en su carruaje y dio orden para dirigirse a casa de Rocambole, done su discípulo ya le estaba esperando para informarle de sus actividades y combinar los nuevos planes de actuación de «El Club de las Sotas de Copas».

CAPITULO XIV

El corazón de León Rolland latía con fuerza mientras se aproximaba a la cuna con una manta en su brazo. Sabía que su hijo dormía con el profundo y tranquilo sueño de la infancia. Se podía hablar, andar a su alrededor e incluso sacarlo de allí sin que despertase. Sin embargo, aún dudó y permaneció inmóvil largo rato. La sombra de Turquesa seguía en su mente luchando contra la voz de los remordimientos.

Al fin venció la pasión y León se inclinó sobre la cuna. Con infinitas precauciones tomó al niño en sus brazos y tras arroparlo con la manta retrocedió hacia la puerta. Dio un nuevo paso y en aquel instante despertó Cereza. La mujer se irguió en el lecho, vio a su marido con su hijo en brazos y lanzó un grito desesperado y terrible. Aquella desolación de madre estremeció al hombre. Fue como si le hurgaran en el corazón con la hoja de un puñal.

La emoción había clavado sobre la cama a Cereza, pese a sus deseos de lanzarse a recuperar al hijo. Pero su angustiada mirada había aterrado al padre, el cual,

fascinado, se volvió hacia el lecho y depositó al niño en brazos de su madre, mientras murmuraba:

-Soy un miserable. Adiós..., ¡perdóname!

Se marchó sin que Cereza, con la frente bañada en sudor y el corazón oprimido por la angustia, tuviera fuerzas para pronunciar una palabra, dar un grito. Le oyó bajar la escalera con paso rápido, precipitado. Después, oyó abrir y cerrar la puerta. León salía de su casa pasada la medianoche. ¿Adónde iba? El mismo no lo sabía. Perseguido por sus remordimientos, se lanzó a la calle y descendió por ella hasta la plaza de la Bastilla, sin percibir que un hombre, escondido en una puerta vecina a la suya, comenzó a seguirle.

-Soy un miserable -se dijo León, mientras caminaba como un desesperado-. Merezco la muerte... Sólo la muerte puede expiar el delito que he cometido.

Su sinceridad le hizo sentirse criminal, se condenó y se dirigió hacia el Sena, por el bulevar de Bourbon. Hasta entonces, León había obrado como un hombre honrado y un trabajador dichoso que amaba su oficio; temeroso de Dios y con la mirada puesta en el porvenir. Ahora lo turbaba la desesperación, exageraba su falta y sólo deseaba la muerte como un justo castigo. Y tal pensamiento lo invadió hasta hacer que cualquier otro desapareciera de su mente. Ya no se acordaba de su esposa ni de la seductora Turquesa. Sólo tenía una idea: llegar al puente de Austerlitz y 'precipitarse desde el parapeto al río.

En el momento en que intentó arrojarse a las aguas, el hombre que lo seguía desde su casa lo cogió violentamente por el cuello y le dijo:

-¿Qué va a hacer, señor Rolland?

León se estremeció al oír que pronunciaban su nombre. Se volvió con inquietud y se encontró cara a cara con un criado de librea que no le era completamente desconocido.

-¿Se ha vuelto loco, señor Rolland? -preguntó el criado, sin soltarlo, pese a que él intentaba desasirse-. No puede hacer eso.

-¿Quién va a impedírmelo?

-Tengo órdenes. Tiene que seguirme. Mi señora le espera para marcharse.

León, algo calmado, observó a su salvador y reconoció en él a un criado de Turquesa.

-¿Ordenes de Eugenia? -murmuró, en tanto la idea del suicidio desaparecía ante la imagen de Turquesa.

-Venga -insistió el criado, llevándolo casi tamba- leante-. Ella le espera para marchar.

León siguió al lacayo, sin darse cuenta de lo que en realidad sucedía. Todo se le aparecía como un sueño, algo confuso que le permitía caminar serenamente, mientras su corazón se estremecía dentro de su pecho y un sudor frío inundaba sus sienes. Ya no pensaba en nada que no fuera aquel punto luminoso que brillaba en la lejanía: Turquesa. Ni percibió que había tomado un coche y ya estaba ante la puerta cochera del palacio de la señora Delacour, donde una silla de postas con cuatro caballos enganchados esperaba para emprender el viaje.

Turquesa, envuelta en un gran abrigo de pieles, se apresuró a descender al oír la llegada del coche de punto. Se dirigió al lacayo, al ver que León aparecía sin el niño.

-¿Qué ha sucedido? No trae al pequeño.

-No lo llevaba consigo. Pretendía matarse y lo he detenido a punto de tirarse al río. Estaba desesperado.

-Bien -dijo Turquesa, y se volvió a León, sonriente-. Por fin, ¿qué? ¿Nos marchamos?

Lo condujo hasta el estribo de la silla de postas, mas León, en vez de subir, se quedó paralizado. Ante él había surgido de nuevo la imagen de su esposa y del hijo. Algo en su interior seguía desgarrándose y le gritaba:

«¡Desgraciado! ¿Te atreves a abandonar a tu familia?»

-¡Mi hijo! -exclamó con los cabellos erizados.

Turquesa comprendió que todo estaba perdido. Había que terminar aquella escena y se precipitó al carruaje, mientras gritaba:

-Está bien. Adiós para siempre. ¡En marcha!

El postillón azuzó los caballos y el restallar del látigo en el aire acabó por enloquecer a León. La sombra de Cereza se desvaneció y no vio más que a la deslum

brante Turquesa, que se alejaba dándole el adiós eterno

-Llévame..., llévame... -gritó, corriendo a su lado-. Llévame pronto, porque soy el más cobarde de los hombres.

La silla partió al trote, llevándose al hombre que sa- crificaba su familia a un amor criminal.

El vehículo llegó en seguida al barrio de Saint-Honore, lo cruzó y salió de París por la carretera de Normandía, sin que una palabra saliese de los labios de León Rolland. Turquesa abrazaba afectuosamente a León, mientras le murmuraba tiernas palabras de amor.

Sin embargo, cuando ya la silla corría por una carretera estropeada por las lluvias del invierno, en medio de una campiña desierta y silenciosa, León volvió a escuchar la voz del remordimiento. La brisa de la noche había empezado a despertar sus recuerdos, cada vez más febriles y amargos. Y gritó, separándose de la mujer amada:

-¡No! Parad. Soy un infame. No quiero abandonar a mi esposa ni a mi hijo.

-Entonces, nos diremos adiós para siempre -replicó Turquesa, que esperaba aquella reacción-. ¡Postillón, deténgase! Claro que no puedo dejarte aquí, amado mío. Estamos a cinco leguas de París.

-Me volveré a -pie -respondió con firmeza León.

-No -dijo Turquesa, amable-. Te conduciré yo. ¡Postillón, volvemos!

-Señora -respondió el aludido, girándose hacia el interior del vehículo-. Hemos recorrido más de cinco leguas y estamos cerca del cambio de tiro. Los caballos no pueden más.

-Bien. Vayamos hasta el relevo -replicó Turquesa-. Allí encontraremos caballos de refresco.

León inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Además, ¿cómo iba a negar a la mujer que amaba estar una hora más con ella? El coche prosiguió su marcha y poco después se detuvo ante una casa aislada que había a la izquierda de la carretera. Un verdadero albergue rústico que sólo vivía de los relevos de las sillas de postas, y en el que se veía suspendido un melancólico ramo de acebo.

-¡Ohé, los caballos! -gritó el postillón, de peluca rubia.

A su llamada apareció el criado Ventura, mayordomo de la señora Malassis, disfrazado de hostelero y con una linterna en la mano.

-¿Quién pide caballos? -dijo-. No los tendré hasta dentro de dos horas. Acaba de llevárselos un inglés que ha pagado el doble de lo corriente.

-¡Qué fatalidad! -exclamó León.

-Bueno, tenemos dos horas para nosotros -murmuró con alegría Turquesa, y echó sus brazos al cuello del hombre-. Aún tenemos dos horas para estar juntos, amado mío.

Y León se estremeció al comprobar que de nuevo se despertaba la voz del amor en el fondo de su corazón.

Descendieron y entraron en la sala de espera y cocina de la posada. Turquesa fue a sentarse junto a un gran fuego que alumbraba toda la pieza. Le seguía León, al que dio la mano para que se sentara a su lado. Luego dijo, tras un profundo suspiro:

-Querido mío, había soñado con que permaneciéramos siempre unidos. ¿Por qué hemos de separarnos?

León bajó la cabeza y no respondió. Pensaba en su familia y el recuerdo de su hijo cada vez se avivaba más. Sin embargo, aquella mujer que tenía sus manos entre las de ella...

-Pero, ¿por qué te marchas? -preguntó León.

-Porque te amo.

-Entonces, quédate -balbució él con voz trémula.

-No puedo. Soy celosa. Lo quiero todo o nada.

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamó León, angustiado-, No puedo, no quiero abandonar a mi hijo. Turquesa iba a responder, cuando el postillón de peluca rubia y el posadero se acercaron a ellos.

-;Qué lástima! -murmuró la mujer a media voz-. Esta gente nos va a robar los últimos momentos en que estaremos juntos.

-Señora -dijo el posadero-, si quiere subir al primer piso... He hecho encender fuego en el cuarto de los viajeros.

-Ven -dijo Turquesa a León, levantándose-. Allí estaremos solos.

-Si la señora quiere tomar una sopa -añadió el improvisado hostelero-, se la servirán pronto. -Está bien -dijo ella.

Ventura tomó una vela y los condujo al cuarto. Este era una pieza pequeña, bastante limpia. La adornaban

viejos muebles y tenía dos camas, además de una chimenea donde ardía un gran fuego. Una criada se apresuró a colocarles una mesa junto al fuego y Ventura empezó a servirles un par de botellas llenas de polvo, un pollo asado y sopa.

-Amigo -dijo Turquesa a León, que con la vista seguía todos los preparativos-. ¿No tomarás nada conmigo?

-No tengo apetito ni sed -dijo León, cuando hubo salido Ventura y mientras ella le servía el vino.

-Bebe algo. Una copa, por mi amor -repuso ella, mirándole seductoramente, y añadió con un gesto encantador-: No me la desprecies.

León tomó el vaso y lo bebió de un trago, mientras Turquesa se disponía a hacer lo mismo, pero lo dejaba sobre la mesa.

-¡Qué brebaje! -exclamó León-. Es vino de Suresnes.

Lo tiró a la chimenea y seguidamente llenó de agua el vaso.

La joven probó la sopa que había traído Ventura, comió un ala de pollo y a los pocos minutos abandonó la mesa.

-En vez de apetito -dijo-, sólo tengo ganas de llorar -y pasando sus brazos en torno al cuello del hombre, murmuró-. Pobre amigo mío.

León sintió que su corazón se hacía añicos. Aquello era terrible. Quería estar junto a ella y, sin embargo, la inquietud no le dejaba disfrutar apaciblemente de su compañía. Todo era congoja y con la joven llorando, diciendo las más sentidas palabras, sólo podía pensar en aquellos últimos instantes a su lado. Pero ahora tenía una imperiosa necesidad de dormir. La miró, la escuchó, hubiera querido hablarle y no obstante todo se hacía incoherente. La oía, no había perdido ni una sola de sus palabras, pero le era imposible darle una contestación.

Turquesa no parecía darse cuenta de su malestar y continuaba prodigándole sus más tiernas caricias. Le dedicaba los apelativos más dulces, mientras el sopor lo

invadía poco a poco. Llegó un momento en que León se dejó caer en una silla, como si durmiera, y se quedó anonadado ante lo que le sucedía : no veía, no podía hablar y, sin embargo, continuaba oyéndolo todo.

Bruscamente, Turquesa dejó de hablar y León oyó que se levantaba y se alejaba de puntillas, abría la puerta y llamaba. Hizo un último esfuerzo para salir de aquel anonadamiento singular, pero no lo consiguió. Percibió claramente ruido de pasos y Ventura, seguido del postillón de peluca rubia, entró en el aposento.

-Amigos míos -dijo la viajera, a media voz-. No continúo viajando esta noche. Mi marido -y acentuó esta última palabra-, mi marido duerme. El pobre ha pasado dos noches en vela.

-¡Pobre señor! -exclamó, compungido, Ventura. -Tenedme los caballos listos para mañana temprano. Está decidido.

-Sí, señora.

-Ahora, procuren llevar a la cama al señor sin que se despierte. Sería un crimen molestarlo.

León lo escuchaba todo y, aunque intentaba sacudirse aquel sopor que lo inmovilizaba, no conseguía permanecer más que como muerto.

Ventura y Rocambole, éste siempre disfrazado de postillón rubio, cogieron a León Rolland y lo trasladaron a la cama. Después cerraron la alcoba sin que el ebanista pudiera hacer el más mínimo movimiento o protesta. A los pocos segundos oyó la voz de Turquesa que decía:

-Quiero dejar dormir a mi pobre amigo. Súbanme leña y acabaré de pasar la noche junto al fuego.

Fueron ejecutadas las órdenes de la joven, mientras León lo escuchaba todo sin poder salir de su letargo, y al fin comprendió que realmente dormía y estaba siendo juguete de una pesadilla.

Apenas hacia una hora que se encontraba sobre el lecho, cuando un gran ruido llamó su atención. Fuera rodaba un carruaje y alguien empezó a gritar llamando al posadero. León percibió que Turquesa, al oír aquella voz, se estremecía y gritaba con espanto

-¡Es él!

«¿Quién es él?», se preguntaba León, queriendo salir de su mutismo e inmovilidad, cada vez mayores.

La puerta de la posada se abrió bruscamente y oyó la voz de Ventura, que preguntaba quién iba.

-¿Es aquí donde se hace el relevo de caballos? -inquirió la voz desconocida.

-Sí, pero no tengo en estos momentos.

-¿Ha visto pasar durante toda la noche una silla de postas?

-Sí, señor. He visto dos. La primera la ocupaba un inglés.

-¿Y la segunda?

-Un caballero con su esposa.

Y al mismo tiempo que ocurría tal escena, se oyó la voz de Turquesa exclamando angustiada

-¡Es él! ¡Es él!

-¡Es ella! -gritaba coléricamente el desconocido-. ¿Hace mucho tiempo que han pasado?

-No, señor. No han pasado. Se quedaron aquí. La señora y su marido están acostados arriba.

León oyó un enérgico juramento y después un grito, mezcla de cólera y alegría.

-¡Ah! -dijo la voz-. ¡El infierno me ha guiado!

Se oyeron pasos precipitados en el corredor, se abrió la puerta del cuarto, forzada la cerradura de un tremendo empellón, y Turquesa dio un nuevo grito de terror.

-¡Te encontré! -clamó la voz atronadora-. ¡Al fin he podido alcanzarte!

-¡Perdón! -murmuró Turquesa.

-¡No! -rugió la voz-. Te mataré y a él, también.

-Perdón, perdón... -suplicaba la joven, que León creyó se había puesto de rodillas-. Pablo, perdóname.

-¡Jamás! -gritó el aludido lleno de furor.

-Perdón, Pablo. Perdón para él, al menos -solicitaba Turquesa, trastornada.

Y León escuchó cómo aquel hombre se dirigía hacia la puerta de su alcoba y decía, entre burlón y colérico

-De modo que está aquí ese conquistador, ese hombre por el que me has traicionado, el hombre con quien huías. ¡Pues bien, voy a matarlo!

Se oyó el chasquido metálico característico del amartillar de una pistola.

-Pablo..., Pablo... Perdón... -rogó Turquesa, con acento desgarrador y asustado-. No le mates y haré cuanto quieras.

-¿Es verdad eso?

-Te lo juro, te obedeceré, seré tu esclava. Te amaré.

El corazón de León latía violentamente. Deseaba romper las ligaduras invisibles que lo inmovilizaban, para lanzarse contra aquel hombre que obtenía por la violencia semejante promesa.

-¿Me amarás? -preguntó la voz, estridente y burlona.

-Te lo juro.

-¿Me obedecerás?

-Haré cuanto quieras.

-¿Me seguirás?

-Sí, te seguiré -respondió Turquesa, cuando León sentía desfallecer su corazón y creía morir.

-No, no -dijo nuevamente la voz-. No creo en tus promesas. Cuando lo haya matado, ya hablaremos.

El hombre se acercó a la alcoba y Turquesa dio un nuevo grito. Se entabló una lucha entre la joven, que pedía gracia, y el hombre, que deseaba matar a León. Al final, éste arrojó bruscamente al suelo a la mujer y abrió la puerta. León no podía verle por tener los ojos cerrados, mas experimentó toda la angustia de la muerte al presentir que se aproximaba con la pistola en la mano y él se encontraba sin poder hacer ningún movimiento ni articular palabra. Pensó en su mujer, en su hijo, y se consideró muerto, en tanto encomendaba su alma a Dios.

-¡Bah! -exclamó junto al lecho el desconocido-. El no es culpable y tú estás dispuesta a obedecerme... Si me juras no volver a verle más...

-¡Nunca lo veré! -gritó Turquesa.

-Bien, le perdono la vida -repuso el hombre, alejándose-. Ven conmigo.

Cuando León creía morir, los pasos del hombre se alejaron. Luego le acompañaron los de Turquesa. Oyó que descendían y al final tomaban un carruaje y se marchaban. Comprendió que aquél que se llamaba Pablo se llevaba a Turquesa y si le había perdonado la vida era a cambio de ella. Turquesa lo quería y si había accedido a ir con aquel hombre había sido por salvarle. Aquel desconocido, aquel millonario, sin duda, había destruido su amor. Y León, a lo largo de las horas de la noche, creía escuchar el ruido de sus pasos, de su estridente y burlona voz. Y su cólera, acrecentada por la impotencia, se convirtió en odio. Juró matar a su rival.

Sintió llegar la mañana, oyó el canto de los pájaros y ruidos característicos de que

la gente se hallaba levantada y hacía las faenas del, día. Pero nadie subía. Parecían haberle olvidado. Se le ocurrió la idea de que en el estado en que se encontraba debía de parecer un muerto. Había oído hablar de casos parecidos al suyo, de gentes que habían sido enterradas vivas. Se estremeció y notó que la locura se apoderaba de él.

Por fin sonaron pasos y la puerta del cuarto se abrió. El posadero se asomó y dijo:

-Todavía duerme y esta noche no se ha despertado.

Ventura se fue y León pensó que regresaría más tarde y, al verle en el mismo estado, daría parte de su defunción. Estaba volviéndose loco, mas de pronto todo cesó y sus párpados, que parecían clavados, se separaron y pudo ver. Experimentó en todo el cuerpo como un estremecimiento y extendió los brazos. Poco a poco volvió a recobrar su agilidad y entonces llamó al posadero.

-¡Caramba, señor! -exclamó Ventura, al verle-. Por fin se ha despertado. Creí que no se levantaría en todo el día.

-¿Dónde está ella? -preguntó León, exaltado-. ¿Dónde está la señora que vino conmigo?

-¡Ah, mi buen señor...! -respondió, calmosamente Ventura-. Parece que no le quería tanto como al otro. Se ha ido a París.

León dio un grito de rabia. Aquellas palabras acababan de desvanecer lo que había considerado una pesadilla. Turquesa se había marchado. Se dispuso a salir del cuarto, mientras decía:

-Quiero ir a París.

-¡Eh, señor! -gritó el postillón rubio-. Si quiere ir a París, yo le llevaré.

León se giró hacia el hombre que estaba sentado junto a la lumbre, fumando una pipa tranquilamente. Era el mismo postillón que la víspera les había llevado hasta allí.

-Bien. Que vengan los caballos. Vamos, pronto.

-En seguida salimos -respondió el postillón sin moverse-. Déjeme tomar un bocado. ¡Eh, Ventura! Vuelvo a llevar mis caballos a París con el coche del inglés. Aprovecharé para llevar al señor. Danos algo de comer y de beber.

-No tengo apetito -dijo León.

-Pero tendrá sed -replicó el postillón-. Además, le contaré el secreto de la jovencita.

-¿Usted?

-Claro -dijo el postillón, y guardó silencio.

Sus palabras sublevaron la sangre de León, en quien el delirio mental había llegado al colmo. Se sentó maquinalmente a la mesa. De modo inconsciente, cogió un vaso y, después de llenarlo, lo vació de un trago.

El posadero fue a sentarse con ellos y sirvió de nuevo a León.

-¿Qué es lo que sabe? -preguntó el ebanista, que

por segunda vez vaciaba su vaso de un trago.

-He estado al servicio de la señora y del caballero.

-Pero, beba -indicó el posadero-. Cuando se va de viaje, es preciso tener el estómago caliente.

-El caballero es un canalla, un miserable -afirmó el postillón-. Pega a conciencia a la señora y acabará por matarla.

-Pues bien -gritó con voz sorda León, a quien el vino empezaba a embriagar-. ¡Yo le mataré!

León Rolland era un hombre que casi nunca se embriagaba. El estado de sobreexcitación en que le tuvo sumido el letargo y el tener vacío el estómago, le predispusieron a la borrachera. Sus comensales continuaban llenando su vaso y cuando llegó el momento de la marcha, además de la borrachera le dominaba una locura

Librodot

furiosa.

-Venga, suba -le decía el postillón-. Si quiere matar a ese hombre, le llevaré adonde se encuentra.

León se había apoderado del cuchillo de la cocina y lo blandía con rabia. Sus ojos estaban inyectados en sangre. El postillón, provisto de una botella de aguardiente, fustigó a los caballos, que marcharon como el viento en dirección a París. Exaltaba a León y le hacía beber. Tenía como lema que, cuando llegase ante el palacio de Ville-l'Evêque, había de conducir una bestia feroz en vez de un hombre.

Entretanto, aquella misma mañana, Cereza fue encontrada desmayada, sobre el suelo del despacho de su marido, por los obreros que entraron en el taller. La trasladaron a su dormitorio y, cuando estuvo reanimada, no hizo más que pasear sus extraviados ojos por la estancia y detenerlos en la cuna vacía.

-¡Mi hijo! -gritó al acordarse de lo que había sucedido aquella noche.

-Está aquí -respondió la anciana madre de León, que se acercó a ella con el niño en brazos.

-¿Dónde está León? -preguntó Cereza-. ¿Ha regresado?

La joven guardó silencio y empezó a llorar silenciosamente al comprender que su marido se había marchado con aquella criatura infame que deseaba robarle a su hijo, diciendo que haría las veces de madre. ¡Como si una madre pudiera remplazarse!

A media mañana el coche de Baccarat se detuvo ante la puerta del taller. Hacía un par de días que no tenía noticias de su hermana y estaba intranquila por lo que pudiera sucederle. En la escalera supo del desmayo de Cereza y se quedó muda, pálida y admirada. Vio a su hermana con la cara llena de lágrimas y adivinó gran parte de la tragedia. Despidió a los obreros y a la anciana y se dispuso a atender a Cereza, quien al ver a Baccarat, lanzó un grito de alegría y se abrazó a ella, llorando.

-Me siento morir -decía con voz débil y temblorosa.

-¿Dónde está León? -preguntó Baccarat.

-Se ha marchado... -y !a mano de Cereza se abrió para mostrar a Baccarat una carta-. Encontré esto en su despacho.

-¡Ah! -exclamó la ex cortesana, mientras sus ojos se inflamaban con justo coraje al leer las últimas líneas de Eugenia a León, pidiéndole que cogiera al niño para huir con ella-. ¡Esto es demasiado! ¡Yo me encargaré de Turquesa!

Aquel anochecer, a las siete en punto, el carruaje de Fernando Rocher entró en el patio del hotel de Villel'Evêque. El joven, con la prisa de un estudiante, volaba junto a Turquesa, a la que saludó besando apasionadamente su mano.

-Por fin puedo verte. Creí que me volvía loco. Cuando se ama como yo a ti, la más ligera nube en el horizonte parece una tempestad.

-La ligera nube ha pasado -respondió la joven, sonriendo-. Ya está aquí el sol. Además, te diré que no me he movido de este hotel. No he salido de París.

-¿De veras? -dijo él, con un gesto de extrañeza.

-Esta mañana me hallaba oculta en el segundo piso. Desde detrás de la persiana he visto cómo montabas a caballo y te marchabas.

-¿Y tuviste la crueldad de no llamarme?

-Caprichos de mujer -dijo la joven, presentándole el rostro para que la besase en una mejilla-. Por lo demás, estás perdonado. No te quejes.

Entonces Fernando observó que varios candelabros ardían sobre la chimenea del salón y se dio cuenta de que-todo el hotel se hallaba adornado como si fuera a darse allí una gran fiesta.

-¿Esperas a alguien?

-Doy una comida.

-¿A quién?

-Silencio -pidió ella-. Ya lo verás en seguida. Te bastará con saber que el convidado que recibo esta noche es, a mis ojos, uno de esos personajes para los cuales quisiera poseer un palacio de mármol, los vinos más exquisitos y los manjares más delicados.

-¡Diablo! -exclamó Fernando-. Me tienes intrigado.

El ayuda de cámara abrió la puerta de par en par y anunció que la cena estaba servida. Fernando, admirado de que no aguardasen al convidado, se levantó y ofreció el brazo a la joven para ir al comedor. Este piso estaba cubierto por una gran alfombra turca. En medio, bajo la rutilante luz de las bujías, centelleaban los cristales y la vajilla de plata en una pequeña mesa maravillosamente adornada y servida.

-¿Sólo dos cubiertos? -murmuró, extrañado, Fernando-. Y ese invitado...

-Ya que me has ofrecido un hotel, criados y coches, es justo que disfrutes de ello conmigo. Comeremos solos.

Los dos jóvenes se sentaron a la mesa y dos horas después, tras beber unos licores que embriagaron un poco a Fernando, pasaron al tocador de Turquesa. En seguida ésta puso en juego todo su poder de seducción: suspiró, se puso triste y empezó a llorar, hasta que Fernando, angustiado, le dijo:

-¿Puedo aliviar tu dolor? Dime simplemente qué debo hacer y lo haré sin pedir explicaciones.

-¿Me lo prometes?

-Te lo juro.

-¡Oh! Eres noble y generoso, mi Fernando -dijo ella, con un grito de alegría-. Te amaré toda mi vida. Siento un gran alivio... Verás -dijo, y aún dudó antes de decir, como si hiciera un gran esfuerzo para vencerse-: No se trata de mi vida, sino del honor de una persona a quien amo tanto como a ti... ¡Ah, no me atreveré nunca!

-Atrévete. Vamos, habla -pidió Fernando, ansioso.

-Pues bien -continuó la joven, con viveza y como si algunas palabras pudieran quemar sus labios- Hay en París, cerca de aquí, un hombre que es casi mi padre y al que quiero como a tal. Ese hombre se matará si tú no le salvas.

-¿Qué es preciso hacer? -y como viese que ella nuevamente bajaba en silencio la cabeza, insistió-: Querida mía, ¿qué ibas a decirme? ¿Es dinero lo que necesitas?

La joven ocultó su rostro entre las manos, dejó resbalar unas lágrimas a través de sus dedos y no respondió. Fernando le alargó la mano.

-Locuela -dijo-. No llores por semejante cosa. ¿Cuánto necesitas para salvar a ese hombre?

-Una suma enorme -balbució la joven.

-¿A cuánto asciende?

-Cincuenta mil francos -dijo ella, después de un gemido de lamentación. Fernando se echó a reír.

-Eso no es nada -dijo-. Te daré un bono contra mi banquero.

-No -cortó ella rápidamente-. No se trata de eso. No es un bono de cincuenta mil francos lo que quiero, sino la aceptación de unas letras de cambio, cuyo total equivale a esa cantidad.

-Pero...

-No me preguntes por qué, ya que no te lo diré.

-Está bien. Vengan esas letras.

-Voy a buscarlas. Espera unos segundos -dijo la joven, sonriéndole

encantadoramente para dejarle feliz y satisfecho mientras salía, cerraba la puerta del tocador y regresaba al comedor, que ya no estaba tan iluminado como durante la cena.

Al lado de la chimenea se encontraba sir Williams con una amplia capa, y la cabeza cubierta con un sombrero de anchas alas que le caía hasta los ojos. Turquesa le puso la mano sobre el hombro y se inclinó hacia él, pidiéndole en voz baja:

-Deme las letras; ya está todo arreglado.

-Cuando las tengas firmadas me las traes.

-¿Y después?

-¡Caramba! Después regresas con él y continúas el juego. Ya sabes que falta la última parte de la comedia.

-Querrá decir de la tragedia -murmuró Turquesa, con voz temblorosa.

-Tragedia o drama, eso poco importa -repuso Andrés, mofándose-. Si mi amigo Carnbolh se ha apren- dido bien la lección, todo saldrá perfectamente.

-¡Dios mío! -murmuró la joven-. ¿Qué voy a hacer durante ese tiempo? Me matará.

-Tú te refugias en el tocador y ya acudirán en tu auxilio.

-Pero, ¿y las consecuencias?

-No tengas cuidado. Te detendrán, serás interrogada, quedará en claro tu inocencia y asunto concluido. Vete en seguida. Ya te pasó el momento de elegir -concluyó fríamente el baronet.

Turquesa recogió las letras y regresó al tocador, en donde le aguardaba Fernando. Este se sentía medio embriagado. Todo le daba vueltas en la cabeza y aunque no había encendida más que una bujía, creía ver media docena. La joven le colocó sobre la mesa las cinco letras de cambio y le puso la pluma en la mano para que firmase después de escribir la terrible palabra acepto.

-Gracias en nombre de aquél a quien salvas la vida -dijo ella, besándole en la frente, mientras recogía las letras para ir a entregárselas a sir Williams.

-Muy bien -dijo éste, cuando las tuvo, mientras las doblaba cuidadosamente-. Ahora vuelve a tu puesto.

Turquesa regresó al tocador y Andrés sacó su cartera para meter en ella las letras. Pero de pronto se estremeció. Creyó haber oído una respiración tras él. La iluminación no era muy grande y al volverse sólo pudo distinguir una inmóvil sombra. Una sombra de la que surgían dos puntos luminosos que brillaban en la oscuridad como los ojos de una fiera. Sir Williams era valiente, pero aquella aparición en semejante momento le produjo un efecto terrible e involuntariamente retrocedió un paso. Entonces la sombra se adelantó a la vez que el baronet retrocedía, casi percibiendo en su rostro la respiración de quien le vigilaba.

-¿Qué es esto? ¿Quién es usted? -gritó, no pudiendo contener su espanto.

La sombra no respondió, pero una mano de hierro le cogió del cuello, al mismo tiempo que notaba sobre su frente el frío cañón de una pistola.

-O me entrega las letras -amenazó una voz de mujer-, o le mato. ¡Las letras! -exigió con tono imperioso la sombra.

Sir Williams se estremeció. En seguida reconoció a Baccarat y comprendió que la mujer no titubearía en matarle si se resistía a entregar lo que le exigía. Se las alargó silenciosamente, pero Baccarat no soltó el cuello del baronet ni las cogió.

-¡Echelas al fuego ahora mismo! -ordenó, empujándole con la pistola-. ¡Quémelas o le mato!

El baronet, medio sofocado por la presión de los nerviosos dedos de la mujer, se inclinó hacia la chimenea, que consumía el último tizón, y arrojó las letras en ella. El papel en seguida se inflamó y un rayo de luz iluminó el salón. Ambos pudieron verse y aunque él estaba disfrazado de sir Arturo, a Baccarat no le quedaba ninguna duda de

que tenía ante sí al vizconde Andrés. Se separó de él sin dejar de apuntarle con la pistola y le ordenó que encendiese un par de bujías.

-La gente como nosotros debe verse la cara.

Sir Williams obedeció a la joven, con la esperanza de encontrar un medio para ganar la partida sin exponer la vida.

-Es evidente -dijo Baccarat- que un miserable que roba dos millones trescientos mil francos valiéndose de una intrigante como Turquesa, no va desarmado. Por lo menos lleva un puñal. ¡Vamos! -intimidó. Despachemos pronto, milord. ¡Sue!te el juguete que lleva consigo! -como aún titubeara el vizconde, ella levantó el cañón de la pistola y agregó-: ¡Tírelo o disparo!

Sir Williams comprendió que no tenía más remedio que obedecerla y se desabrochó la levita, sacó un puñal y lo arrojó a los pies de la mujer, la cual dijo, en tono de burla:

-Ya veo que no es más que un pobre fullero inglés, al lado del cual los franceses son imbéciles. Pero no voy a soltarle -y retrocedió hasta la entrada del salón, dio dos golpes en la puerta y ésta se abrió para dejar paso a un hombre completamente desconocido para Andrés. Era Artoff. Ella dijo-: Mi querido conde, me responderá de este hombre que pongo bajo su vigilancia.

-Bien -replicó Artoff, que también llevaba una pistola en la mano, y se dirigió al prisionero-. Jamás cambio de resolución, así es que siéntese y permanezca quieto, de lo contrario le meteré una bala entre los ojos.

-No se preocupe -respondió sir Williams con su acento inglés, mientras se sentaba en una silla.

Baccarat se dirigió a la chimenea para tomar una luz, después abrió una puerta que estaba frente a !a del tocador y entró en el dormitorio de Turquesa, que comunicaba con el tocador a través de un pequeño gab-. nete. Al abrir éste, lanzó un grito de angustia.

Turquesa, una vez entregadas las letras a s-r Williams, había vuelto a entrar en el tocador, donde Fernando se hallaba recostado en un diván.

-¡Dios mío! -le decía al joven la cortesana, acurrucándose a su lado-. Nunca había sido tan dichosa.

Fernando medio se erguía en su embriaguez y excitación, dispuesto a abrazarla, cuando un ruido extraordinario llamó su atención. Sonaron pasos en la escalera. Después gritos y amenazas y Fernando se levantó, sobresaltado, mientras Turquesa murmuraba, pálida como un difunto

-¡C-elos! Es él -y se apresuró a cerrar la puerta que comunicaba con la antesala que se abra sobre la escalera.

-¿Quién es él? -preguntó Fernando.

-El..., él -rap-t-ó la joven, con acento de terror-. Huye por el gabinete. ¡En nombre del cielo, huye!

-¿Huir? Pero, ¿quién es ese hombre que se atreve a penetrar en tu casa?

-Te matará – murmuró la joven, cada vez más asustada-. Huye.

-Turquesa, mi amada -gritó una voz desde fuera, una voz que a ella le resultaba desconocida, a causa del furor que encerraba-. Turquesa, ábreme. Te perdonaré, es a él a quien busco.

-Huye, Fernando, en nombre del cielo -pidió la joven, al escuchar los violentos golpes dados en la puerta-. Este hombre es mi dueño, el que yo quiere. Te he engañado, perdóname.

Y como la puerta cedía, Turquesa arrojó contra el suelo la única luz existente en la habitación, y todo quedó a oscuras. Un hombre se recortó en el umbral blandiendo un

cuchillo y buscando en la oscuridad a su rival, el cual permanecía inmóvil, como sacudido por un brutal mazazo que lo anonadaba completamente. Turquesa se deslizaba hacia su dormitorio para salvarse, cuando de pronto se abrió la puerta del gabinete y un raudal de luz disipó las tinieblas, mientras una voz gritaba, angustiada.

-¡León Rolland! -exclamó Fernando, retrocediendo al reconocer a su armado rival.

-¡Fernando! -se admiró el obrero, al descubrí,- al amigo de diez años de camaradería.

-¿Queréis explicarme esto, pobres locos? -gritó Baccarat en tono autoritario, avanzando hacia ellos mientras sujetaba por el cuello a Turquesa-. ¿O nos lo tendrá que contar esta bribona?

Los hombres se quedaron petrificados. Su instinto agresivo se trocó en un alelamiento producido por la inexplicable e incomprensible situación.

-Ahora -dijo Baccarat, presionando a Turquesa, que se debatía entre sus manos- es cuestión de elegir entre morir o declararlo todo. Confiesa a León que no querías llevarte a su hijo más que para dejarlo en un hospicio y que todo lo que pasó la noche última fue una comedia para que se armara su brazo y asesinase a Fernando. ¡Confiésalo o te mato, víbora!

-Es verdad..., lo confieso -declaró Turquesa, abatida, mientras León ahogaba un grito de vergüenza y de dolor.

-Confiesa a Fernando que acabas de hacerle firmar cinco letras por valor de dos millones de francos, que lo has traído aquí para que lo asesinen y tú has vendido su vida por trescientos mil francos. Confiésalo -ordenó Baccarat, con voz vibrante, mientras Fernando hacía un gesto de horror.

-Es cierto -balbució Turquesa, que creía llegada su última hora.

-Y ahora -concluyó Baccarat, con una autoridad irreductible-, di a estos dos hombres, cuyas vidas has desgarrado, di el nombre del monstruo a quien servías, diles qué tenebrosa venganza servías, qué implacable genio te impulsaba. ¡Dilo!

Pero la muchacha sólo respondió con una carcajada siniestra, una risa que atestiguaba la lesión que acababa de producirse en su cerebro. Baccarat la rechazó con el pie.

-Loca. Se ha vuelto loca de miedo y no responderá. Pero yo os enseñaré a ese monstruo -y corrió hacia la puerta-. Venid, voy a desenmascarar a esa criatura infernal que tenía la intención de robaros la fortuna y la dicha. ¡Venid a matar a esa bestia feroz, a ese reptil!

Abrió con estruendo la puerta del salón y en aquel mismo instante se oyó un pistoletazo. El conde de Artoff se había distraído al abrirse la puerta y sir Williams, que había comprobado que se hallaba próximo a la ventana y esperaba aquel momento, saltó con rapidez por ella y cayó en el patio. Como un relámpago inició la huida, amparado por la oscuridad, sin que el disparo hecho por el conde le alcanzase.

-¿Está muerto? -preguntó Baccarat, llena de angustia, al conde, que le mostraba la destrozada ventana-. ¡Ah! ¡Ese hombre es un demonio! Otra vez ha vuelto a escaparse.

-Pero, ¿quién es? -preguntó León.

-Ahora no puedo deciros el nombre de ese monstruo infernal -respondió la joven, con amarga sonrisa. Nombrar a sir Williams era, no sólo inútil, sino peligroso. Y no quería arriesgarse hasta haberlo desenmascarado-. Os lo diré más adelante. Ahora, regresad con vuestras esposas.

CAPITULO XV

Rocambole, disfrazado de postillón, había conducido a León Rolland hasta la misma puerta de la habitación en que se encontraba Turquesa con Fernando Rocher. Y mientras el ebanista la aporreaba violentamente gritando que le abrieran, Rocambole, sin hacer ruido alguno, bajó la escalera y salió del hotel de la calle Ville l'Evêque.

-Suceda lo que suceda, es mejor marcharse -se dijo.

Se fue sin que nadie tratara de detenerle. Además, tenía fe ciega en sir Williams y confiaba plenamente en la realización de todo lo previsto. Se apresuró a regresar a su casa, despojarse del disfraz de postillón y, tras vestir una bata, ordenó que le sirvieran la cena.

«No sé qué será del jefe, pero supongo que habrá escapado con las letras de cambio -pensó-. Cometido el asesinato, Turquesa y el asesino ya se las arreglarán como puedan.»

Se encontraba sentado junto a la chimenea, sabes reando un cigarro, cuando apareció sir Williams. Este se hallaba tan pálido, a pesar del colorete que embadurnaba su rostro, y su mirada tenía tal expresión, que Rocambole se levantó, inquieto, y exclamó al verle:

-¡Dios mío, querido tío! ¿Qué le sucede? ¿Ha ocurrido algo grave?

-Que nos han vencido y burlado -respondió sir Williams, con voz ronca.

-¿Vencidos y burlados?

-¡Por una mujer! -exclamó con amarga ironía el bandido-. Es algo incomprensible.

-En efecto -murmuró Rocambole, que se había quedado pálido y entristecido al ver desmoronado el juego de su infalible maestro.

Guardaron silencio durante unos minutos, contemplándose como un general y su lugarteniente en la noche de la derrota. Rocambole aún no creía en las palabras que acababa de oír. Pero la actitud sombría, la mirada yerta en que se confundían la cólera y el desaliento, eran tan elocuentes en el baronet, que por primera vez el joven se preguntaba si habría llegado el momento de abandonar las banderas de tan infalible maestro.

-Sí, nos han derrotado -añadió, al cabo de un instante sir Williams, como dispuesto a apartar los pensamientos que presentía en la mente de su discípulo-. Pero aún no se ha perdido nada. ¡Por todos los diablos! Ya me llegará el turno.

A continuación y con admirable sangre fría le refirió con parquedad lo sucedido. César, dictando sus «Comen tarios», no debió de ser ni más breve ni más claro.

-Bien, querido tío -comentó Rocambole, después de escucharle con atención y sintiéndose más tranquilo-. Nos han derrotado y Baccarat es mucha mujer. Será conveniente deshacernos de ella. Claro que, como bien dice, sólo se ha perdido la primera partida.

-Eso creo.

-Entonces, pasemos a la segunda.

-La segunda -repuso sir Williams, cuya voz, en apa- riencia tranquila, revelaba la cólera que lo poseía-. La segunda está dedicada a Armando y a Baccarat. La gana. ré y los pisotearé.

Rocambole le contempló silenciosamente y se encogió de hombros.

-¿No te gusta? -preguntó con altivez sir Williams.

-Querido tío -replicó el pretendido vizconde-. Empiezo a creer que es un

monomaníaco. Y le explicaré por qué -agregó fríamente-. Padece la monomanía de la venganza.

Sir Williams se estremeció al escucharle y le miró en silencio, mientras el hijo adoptivo de la tía Fipart proseguía diciendo:

-Desdeña demasiado la vida real por la intelectual, la prosa por la poesía. Seguramente la venganza es el placer de los dieses, pero ellos eran inmortales y tenían tiempo para dedicar sus ocios a sus venganzas. Nosotros, por el contrario, somos unos pobres diablos que necesitamos vivir. Si a la vez realizamos nuestros negocios y pensamos en la venganza, no es conveniente abandonar los primeros para ocuparnos de ésta.

-¿Adónde, pretendes llegar? -preguntó con suavidad el baronet.

-A que lo más doloroso de nuestra derrota se basa en la pérdida de dos millones, y usted sólo se apena porque no ha muerto Fernando Rocher.

-¡Es cierto! -murmuró sir Williams-. Le odio tanto...

-Eso es porque usted es todo un caballero -replicó Rocambole, con cierto aire guasón-. Un aristócrata, un genio, con gustos más refinados que los míos. Pero yo soy un vizconde accidental, un hijo del fango parisino. Hombre práctico, ante todo, que estaría muy satisfecho aunque Fernando Rocher fuese feliz, con tal de tener dos de sus millones.

A su vez, sir Williams se encogió de hombros, pero su gesto no incomodó a Rocambole, que tranquilamente siguió diciendo:

-Comprendo que aborrezca a ese filántropo de Ar. mando de Kergaz, que, legalmente, le despojó y cuya generosa intervención nos dejó sin los doce millones del bueno de Kermor de Kermarouét. Por él le concedo cuanto quiera: sacrifique «El Club de las Sotas de Copas», nuestra prosperidad y nuestro dinero. Personalmente me sentiría algo vejado, pero usted es el jefe y a tal señor, tal honor. Pero Fernando Rocher, León Rolland, Cereza, Herminia, Baccarat, todos esos comparsas... ¡Vamos! -concluyó Rocambole, arrojando el cigarro al fuego-. Aplastémosles al pasar, si hay ocasión para ello, mas no les concedamos el honor de abandonar por ellos los negocios serios.

El pilluelo de París miró descaradamente a su maestro, que con gran atención había escuchado aquel discurso y dijo, pensativo:

-¿Qué crees que debe hacerse?

-¡Pardiez! No descuidar los cinco millones de la hermosa Dai-Natha. El tiempo apremia, querido mío.

Aquellas palabras espolearon la inteligencia del vizconde Andrés.

-Es verdad -murmuró-. ¿Cuántos días hace que tomó el veneno?

-Mañana hará cuatro.

-¡Por Satanás! -exclamó sir Williams, saltando en su sillón-. Te sobra razón, sobrino mío. En efecto, he olvidado todo . saboreando mi venganza. No conviene perder ni un minuto. Si la marquesa no muere dentro de tres días, será la india quien se vaya al otro mundo y sus cinco millones seguirán el mismo camino que las letras de cambio.

-Por consiguiente, querido tío -añadió Rocambole-, dejemos a Baccarat. A propósito, ¿le reconoció? ¿Sabe si recela algo?

-No lo sé -respondió el baronet-. Confieso que esa mujer es un misterio para mí.

-Un misterio cuya clave tendremos pronto -indicó Rocambole-. Querubín ha sido recibido dos veces por ella. Renunció a la apuesta, el conde Artoff le considera perdido, mas ella lo recibe a las once de la noche.

-¡Por Belcebú! -exclamó sir Williams-. Entonces ya lo ha adivinado. Lo más

seguro es que Baccarat ya esté sobre la pista del negocio Van Hop. ¿O crees que se ha enamorado de Querubín?

-¡Diablos! -exclamó Rocambole-. He aquí algo que convendría averiguar.

Sir Williams no respondió. Apoyó la frente en las manos y quedó sumido en profunda meditación. Des. pués levantó la cabeza y miró cara a cara a su discípulo, mientras decía fría y aceradamente, como el delenda est Carthago, de Catón de Utica:

-Opino que debemos deshacernos de Baccarat a todo trance, o estamos perdidos.

-Amén -respondió Rocambole.

Y aquellos dos hombres continuaron su discusión para anular a su temible adversaria, sin olvidarse del lucrativo negocio Van Hop.

A la mañana siguiente, Rocambole, más atildado que nunca, se presentaba en casa de Querubín. Parecía inefablemente satisfecho : su mirada tranquila, la sonrisa en los labios, la estudiada negligencia de su traje de mañana y el impertinente monóculo distinguidamente colocado.

-Buenos días, querido -saludó al entrar, tendién- dole la mano con aire protector-. ¿Cómo te va?

-Perfectamente, gracias -respondió Oscar, no menos satisfecho mientras Rocambole arrojaba a un rincón su bastoncillo, se sentaba y cruzaba las piernas, embutidas en botas de montar y adornadas con diminutas espuelas.

-Tenemos que hablar, pero es cuestión de diez minutos -dijo el fingido vizconde sueco-. Luego, si quieres, daremos una vuelta por el bois.

-¡John! -llamó el de Verny-. Ensíllame a «Ebano» y desengancha a «Trim» del tílburi -el groom se apresuró a ejecutar sus órdenes y él se volvió hacia Rocambole-. Bien, le escucho.

-Ten la bondad, amigo mío, de coger una pluma y escribir la carta que voy a dictarte para la marquesa. Es preciso que mañana a las ocho de la tarde acuda a casa de la Malassis.

-Después de lo del otro día, no creo que acuda.

-Estoy seguro de que sí. Le hablarás de tu madre, de tu viaje...

-Pero la cuestión es que no tengo madre. Ni voy de viaje.

-No hace falta para nada. Una vez esté la marquesa en casa de la Malassis, te postrarás a sus pies y le hablarás en el lenguaje del hombre que vio realizada hace mucho tiempo su dicha y está habituado a ser feliz constantemente. Claro que ella se quedará parada y sin saber qué responder...

-Me anonadará con una mirada de desprecio -exclamó Querubín.

-No tendrá tiempo.

-¡Cómo que no tendrá tiempo!

-De la puerta vidriera de un gabinete inmediato saldrá una bala que destrozará su cabeza. ¡Bah! Puedes estar tranquilo -observó con frialdad Rocambole, al percibir el estremecimiento de Querubín-. El marqués

de Van Hop es un gran tirador de pistola y no asesinará a nadie por equivocación.

-Pero cuando haya matado a su esposa, querrá acabar conmigo.

-No, porque ha prometido respetar tu vida. Además, tendrás ocasión de huir. A la salida encontrarás una silla de postas que te llevará a Le Havre. Allí esperarás a que yo llegue para marcharnos a Inglaterra.

-Eso ya me gusta más.

-Y ahora, hablemos de otra cosa -dijo con displicencia Rocambole-. ¿Cómo va la apuesta con el conde Artoff?

-¡Silencio! -comentó Querubín, con aire misterio. so-. Creo que la he ganado. Esta mañana recibí una carta invitándome a acudir esta noche, a las once, a casa de

Baccarat. La verja del jardín estará abierta para mí.

Rocambole examinó atentamente dicha carta y, luego de devolvérsela a su dueño, comentó:

-Puede ser una trampa. Baccarat debe de odiarte después de semejante apuesta.

-Querido amigo, las mujeres siempre perdonan la audacia -replicó Querubín, con una calma admirable-. Baccarat está loca por mí. Si no la hubiera fascinado, no me hubiese exigido que renunciara a la apuesta.

-¿De modo que está convencida de que la apuesta no existe?

-Sin duda. Procura congraciarse con el conde y con sus millones, pero yo soy para ella la poesía del corazón. El conde sólo representa la prosa de su vida.

-¡Diablos si lo entiendo! -exclamó Rocambole-. La apuesta sigue pendiente, ¿no?

-Siempre, pero en secreto.

-¿Y vas a por los quinientos mil francos?

-¡Pardiez!

-Entonces, amigo mío, permíteme que te haga un regalo -dijo Rocambole, con cierta estudiada negligencia-. Traje de América una esencia de tocador que posee propiedades maravillosas. Exhala un perfume delicioso y además excita de forma extraordinaria el sistema nervioso. Deja a quien lo huele en un estado de beatitud y jovialidad que puede serte muy conveniente ante Baccarat. Como mujer, será lo bastante curiosa para apresurarse a destapar el frasco y aspirar su perfume.

-Verdaderamente es un obsequio importante -comentó Querubín-. Seguro que a ella le entusiasmará.

-Sobre todo, ten cuidado con no olfatearlo tú-, recomendó Rocambole-. No sería grato descubrir nuestro secreto. Te lo enviaré más tarde y si no volvemos a vernos, recuerda que mañana a las ocho debes estar en casa de la Malassis para encontrar a la marquesa. Eso si quieres asegurarte una parte en los cinco millones y una vida tranquila bajo la protección de «El Club de las Sotas de Copas».

-Esté tranquilo. Pero, ¿y la señora Malassis?

-¡Puaf! Estará en el campo, o en cualquier otra parte. Lo importante es tu escena a solas con la marquesa. Y ahora, querido amigo, si quieres que demos un pequeño paseo por el bois, aprovechemos la mañana y a la vuelta recoges el frasco de esencia.

Poco después, ambos jóvenes montaban a caballo y se dirigían hacia el bois de Boulogne, por los Campos Elíseos.

Durante aquella tarde, Rocambole se dedicó ha realizar visitas con ánimo de preparar todo el plan. La primera que hizo fue a Dai-Natha, la hermosa india, que lo recibió en el salón oriental, reclinada sobre unos almohadones. Tenía los tobillos y los brazos desnudos, adornados con brazaletes, el cabello con ramas de coral, el cuello con amuletos, y vestía una túnica de un rojo encendido, bordada con lentejuelas. Dai-Natha continuaba siendo la nieta de los nababs de la India y no se resignaba a vestir el traje europeo.

Rocambole observó que se encontraba muy pálida. Su actitud era lánguida y sólo en sus ojos resplandecía un fulgor extraordinario. La mujer se incorporó perezosamente, despidió con un gesto al criado que introdujo al visitante, y tendió la mano a éste.

-¡Creí que iba a dejar que me muriera! -exclamó la joven en inglés-. Estamos en el quinto día y moriré dentro de cuarenta y ocho horas, si no bebo el agua de la piedra azul.

-La beberá mañana, miss.

-De modo que es mañana -replicó la hermosa india-. Temí haber confiado demasiado en el poder de su amigo.

Al observarla, Rocambole comprendió que no sólo estaba pálida, sino que todos sus ademanes acusaban languidez y una laxitud precursora del envenenamiento. Pensó que no debían perder tiempo o de lo contrario se quedarían sin aquella hermosa joya de la India y sus cinco millones.

-No tema nada -dijo-. Todo lo hemos previsto y mañana la marquesa estará definitivamente perdida. He venido para avisarle.

-¿Sí? ¿Sucede algo imprevisto?

-No. Salvo que desearía que escribiera al marqués de Van Hop. Sólo dos palabras para rogarle que acuda a verla mañana a las siete de la tarde.

Dai-Natha se puso en pie con viveza y se apresuró a escribir la breve carta que le dictó Rocambole.

-El marqués la recibirá mañana temprano -dijo el falso vizconde, una vez Dai-Natha hubo firmado-. Yo vendré con el principal personaje de este drama y su primo saldrá corriendo para matar a su esposa.

-¿Nada más? -preguntó ella con ansiedad.

-De momento nada más -replicó Rocambole, que besó la mano de la india y se despidió.

-Adiós -dijo Dai-Natha-. Y acuérdese de que mi vida está en sus manos.

-Si sólo fuera tu vida -comentó para sí Rocambole-, te dejaría morir tranquilamente. Pero quedan cinco milloncejos, querida, y ésos...

Se fue.

El vizconde de Cambolh montó en un coche y se dirigió a la calle de la Pepiniére, donde ya le esperaba la viuda Malassis, a quien su criado Ventura había instruido convenientemente acerca de la visita que recibiría aquella tarde.

Rocambole saludó con elegante naturalidad a la se ñora Malassis y despidió a Ventura con un gesto imperioso y de tal superioridad, que la viuda comprendió que su sirviente no debía ser más que un pobre peón en manos de aquel hombre, al que había tenido ocasión de ver alguna vez en sociedad.

-Le pido disculpas, señora -dijo cortésmente Rocambole-, por la hora tan avanzada en que la visito, pero vengo a solicitarle un servicio cuyo precio consiste en su matrimonio con el duque de Chateau-Mailly.

La señora Malassis se estremeció al oír aquellas palabras y pensó que por semejante precio sólo podrían exigirle una acción extraordinaria. Habló con cierta sumisión y dijo:

-Le escucho.

-Para empezar, si es tan amable, escribirá una carta a la marquesa de Van Hop.

La viuda se acercó a una mesa y, luego de coger papel y pluma, se puso a escribir las siguientes líneas, que le dictó Rocambole:

«Amiga mía: Querubín tiene mucho empeño en verla esta noche. Venga a mi casa a eso de las ocho, para consolar a ese infeliz y celoso enamorado, que sólo piensa en batirse y quiere matar a su marido.»

-¡Pero esto es absurdo! -exclamó la Malassis, levantando la cabeza mientras dejaba de escribir.

-Es posible, pero eso no tiene importancia -replicó tranquilamente Rocambole-. Continúe escribiendo y luego ya comprenderá.

Dócilmente, la señora Malassis continuó escribiendo las líneas que Rocambole fue

dictándole, destinadas a que las leyera el marqués de Van Hop y no su esposa. Pero esto no se lo dijo a ella, sino que, una vez se guardó la carta, agregó con la mayor frialdad:

-Señora, hace unos días pudo haber desdeñado el ofrecimiento de su mayordomo. No se hubiera casado con el duque de Chateau-Mailly, pero usted se encontraría fuera del asunto. Hoy todo ha cambiado y es preciso que nos obedezca. Ya no se trata sólo de su matrimonio, sino que también está en peligro su vida.

-¿Mi vida? -exclamó, asustada, la mujer.

-Naturalmente -replicó con displicencia Rocambole-. ¿Acaso se sabe el instante de la muerte? Sale en coche y puede romperse una rueda, o un eje, y si va a pie un jinete torpe puede pisotearla con su caballo. ¡Quién sabe! Todo es posible. Incluso que la cocinera se equivoque y en vez de utilizar harina en un guiso, emplee arsénico.

Un sudor frío empezó a humedecer la frente de la señora Malassis.

-Por consiguiente -continuó Rocambole-, sería mejor obedecer y seguir mis consejos respecto a la marquesa. Ahora podemos hablar un poco acerca de ella -agregó, sentándose cómodamente en un sillón-. A propósito. ¿La aprecia mucho?

-He sido gran amiga suya.

-Es lástima, porque sentirá su pérdida. Va a morir.

-¡No es posible! -exclamó la viuda, alarmada y sin comprender-. Ayer mismo la vi y se encontraba perfectamente.

-¡Sin duda! Pero, ¿qué quiere? Hay destinos fatales y la marquesa nació bajo una mala estrella -y viendo que la mujer se estremecía, añadió-: Bien, acabemos, que tengo prisa. Se trata de que vaya a visitarla inmediatamente, una vez me haya ido, para rogarle que acuda aquí mañana a las ocho de la tarde.

-Pero..., no querrá venir.

-Si le habla con vehemencia y emoción, sí. Además, eso es lo que debe conseguir. Le dirá que Oscar de Verny se marcha de Francia para siempre, que va a buscar la muerte o el olvido. Que se presentó en su casa hace un momento y se arrojó a sus pies pidiéndole de rodillas que le entregue esta carta y que desea verla para confiarle a su madre.

-¿Y eso es cierto?

-Señora -replicó Rocambole, un poco burlón-. Aquí está la carta. Su misión es que la marquesa acuda a esa cita. Y vendrá porque usted apoyará las palabras que contiene esta carta, donde se habla de la madre de Querubín.

A aquella misma hora, en el hotelito de la calle Moncey, conversaban a solas Baccarat y el conde Artoff.

-Amigo mío -decía la joven-. No comprendo qué fe puede tenerse en esa revelación extraña y fugaz que se llama sonambulismo; sin embargo, yo, que hace quince días ignoraba hasta su nombre, he obtenido resultados extraordinarios. Gracias a las visiones de esta niña, que el destino ha puesto en mi paso, y que se adormece bajo mi mirada, pude saber hace unos días que Querubín fue a verle para mantener secretamente la apuesta. También por esas videncias pude salvar a León Rolland y Fernando Rocher. ¿Comprende ahora por qué supe desde el primer día que Querubín era un miserable?

-Creo que sí -murmuró, pensativo, el conde.

-Claro que no se trata de mí. Ese hombre estaba en su derecho para hacer una apuesta sobre Baccarat. Al fin, mi pasado lo justifica. Pero se trataba de una mujer en la que he pensado mucho y a quien este miserable persigue sin pudor ni descanso, y que ha jurado perder. El motivo lo ignoro y esto es lo que deseo saber, atrayéndolo hacia mí.

-Lo sabremos, señora. Mas permítame que le haga una pregunta -dijo el conde-. ¿Quién es ese hombre que se nos escapó ayer y sobre el que hice fuego?

-Ese hombre, amigo mío -dijo Baccarat, con amarga sonrisa-, es el genio del mal. Un Proteo de infinitas formas, un hombre que se metamorfosea de tal manera que nadie logra reconocerle. Ese hombre -prosiguió con más vehemencia- mató a su madre, asesinó a la mujer que sedujo y atentó contra la vida y la honra de su hermano. Es más horrible que Satanás.

Y Baccarat relató al conde, su amigo y su brazo derecho en aquella lucha, la diabólica y criminal existencia del vizconde Andrés, quien con su falso arrepentimiento trataba de captarse el cariño, la amistad y el perdón de sus víctimas.

Artoff escuchaba, mudo de asombro y de horror.

-Pues bien -concluyó la mujer-, a ese miserable que acecho en la sombra y que ayer debí matar cuando lo tenía al alcance de mi pistola, seguramente no pueda desenmascararle. Pero lo reconocí en la mirada, que es lo único que no puede disfrazar. Imagino que está aliado con Querubín y por eso quiero saber si entre ellos existe algún pacto abominable.

-Eso lo sabremos muy pronto -indicó Artoff-, pues Querubín morirá si no revela su secreto.

En aquel instante sonó la campanilla de la entrada, y Baccarat se puso en pie. Eran las once de la noche.

-Ahí está -dijo.

El conde se levantó sin hacer ruido y se dirigió hacia el tocador contiguo, donde la niña judía dormía con ese sueño extraordinario durante el cual su protectora la consultaba frecuentemente. El conde cerró la puerta tras él y Baccarat, al quedarse sola, se reclinó en su butacona y esperó. Sonaron dos discretos golpecitos en la puerta y entró Querubín. La joven, al verle, hizo un gesto de sorpresa y exclamó

-¡Cómo! ¿Sin mi permiso?

Querubín se estremeció al oírla e inmediatamente pensó si la carta, en vez de ser de Baccarat, no sería una trampa del conde Artoff. Un sudor frío perló su frente, al recordar que había encontrado cerrada la puerta cuando la carta decía que la hallaría abierta a las once. Sin embargo, Baccarat le sonreía amablemente, y Querubín creyó leer en sus ojos un cercano triunfo.

-No la he desobedecido -comentó, sonriendo y acercándose para besarle la mano.

-Le dije que no quería volver a verle hasta que no pasaran tres días -le reprochó Baccarat, sin dejar de sonreír.

-Es un encanto fingiendo -comentó Querubín.

-¿Fingir yo? -exclamó la joven, con la misma amabilidad con que se festeja a un amante. Al ver la carta que Querubín le mostraba, añadió-: ¿Qué es esto? No me diga que la he escrito yo.

-Entonces, ¿quién?

-¡Es gracioso! Lo niego.

-La habrá mandado escribir -comentó Querubín, algo inquieto.

Baccarat no respondió y su silencio fue casi una confesión que permitió respirar un poco al galán, el cual, con deseos de terminar tales explicaciones, dijo:

-Bien, me habrán engañado, pero lo cierto es... que estoy aquí -y sonrió al ver la expresión de los ojos de Baccarat. Ya se sentía con el dinero en el bolsillo y pensaba que el frasco entregado por Rocambole no le serviría de nada, pero se atrevió a sacarlo y añadió-: Permítame que le ofrezca este modesto obsequio.

-¿Qué es eso? -preguntó Baccarat, estremeciéndose al verlo-. ¿Qué contiene? Parece un licor rojizo.

Librodot

-Es una esencia india -respondió Querubín, al ver que lo examinaba al trasluz-. Es un perfume exquisito... para el tocador.

Baccarat fue a destaparlo, mas inmediatamente le asaltó una sospecha. Una terrible sospecha que le hizo temer que aquello fuera un narcótico o un veneno. La imagen de sir Williams no dejaba de rondar por su mente. Y con una vaga inquietud y una ligera sonrisa, exclamó

-¡Soy una loca! Olvido mis asuntos por su frasco. Espéreme dos minutos, que vuelvo en seguida.

Y sonriéndole otra vez, salió apresuradamente del gabinete. Dejó convencido a Querubín de que iba a prohibir que los molestaran y tomar las precauciones debidas para que el conde Artoff no interrumpiese la entrevista. Sin embargo, Baccarat atravesó el salón, luego un corredor y rodeó el primer piso para entrar en el gabinete contiguo, donde el conde esperaba sentado con un par de pistolas colocadas sobre sus rodillas. La mujer le hizo con los dedos una señal de silencio y se aproximó a la niña judía.

-Mira en esa habitación -le ordenó imperiosamente

Baccarat, señalando el cuarto separado por el tabique¿Qué ves?

-Al hombre del pabellón -respondió la muchacha, después de agitarse como si pretendiera despertar. -¿Quién me ha dado esto?

-Ese hombre -respondió sin vacilar Sara, mientras cogía en su mano el frasquito y lo aproximaba a su frente-. Esto es un líquido que enloquece.

-¿Se pierde la razón cuando se aspira? -inquirió Baccarat.

-Se empieza por reír mucho y acaba por revelarse todos los secretos. Sucede lo mismo que cuando me dice que hable: aunque no quisiera obedecerla, me vería obligada a hacerlo.

El conde y Baccarat escuchaban, estupefactos. La última acostó a Sara en el sofá y se despidió del conde para regresar junto a Querubín. Se sentó al lado del joven y con acento sumamente irónico dijo:

-¡Bonita trampa, querido señor de Verny! ¿Sabe que es curiosa la carta que le ha traído? Confiese que la misiva es obra suya.

-Pero... -balbuceó Querubín, desconcertado.

-La verdad es que no la he escrito -añadió Baccarat, con acento burlón-. Los hombres creen que basta mirar de cierta manera un par de veces a una mujer y la pobre ya se siente desfallecer de amor por él -soltó una carcajada sardónica.

-Lo cierto es que me autorizó para que volviera -dijo Querubín, cada vez más molesto. Empezaba a creer que se habían burlado de él.

-Señor de Verny, voy a serle franca -agregó Baccarat, adoptando un tono grave-. ¿Sabe por qué no he hecho que lo arrojaran mis criados como se merece un hombre que se atreve a apostar sobre una mujer de manera tan necia y fatua como usted lo ha hecho? ¿Sabe por qué no lo he arrojado de aquí y, en cambio, le di una mano?

El seductor temblaba. Baccarat no sonreía ni le miraba con ternura. Al contrario, le hablaba con desprecio y esto hizo comprender a Querubín que había perdido la apuesta.

-¿Sabe por qué? -repitió Baccarat-. Porque conocía su tenacidad y lo pagado que está de sí, y lo consideré hombre muerto si tenía la temeridad de sostener la apuesta. Quería salvarle, ¿o acaso cree que Baccarat se divierte haciendo que se maten las personas? ¡Vamos, querido, no soy de las mujeres que toleran que dos locos se jueguen la vida! Para que la suya durase más, fingí acogerle con vagas promesas que deseaban su renuncia a tal apuesta..., porque no conoce al conde -concluyó fríamente la mujer-. Si hubiera mantenido la apuesta, era hombre muerto. Le habría quitado de

en medio sin piedad ni remordimientos, igual que se mata a una fiera o a un perro que se empeña en enlodar a una pobre mujer que no tiene quien la defienda.

-¿Qué dice? -exclamó Querubín, desesperado y estremeciéndose de pánico-. ¿No me ama?

-¿Amarle yo? ¡Vamos, querido! Está loco de atar -repuso ella, mientras reía estrepitosamente.

Y se alejó de Querubín, demostrándole su desprecio.

En aquel momento se abrió la puerta del tocador y apareció el conde Artoff, mudo y en actitud solemne. Al verle, Querubín lanzó un grito y apresuradamente retrocedió hasta la puerta del gabinete.

-¡Conque la apuesta existía! exclamó Baccarat, cortándole el paso y enfrentándole-. Es más ruin de lo que me figuraba. Me ha tasado en quinientos mil francos.

El conde, empuñando las pistolas, avanzó hacia Querubín, mirándole fríamente y con firmeza. El joven no dudó de que había llegado su última hora.

-Le traía los quinientos mil francos -dijo Artoff-. Pero ha perdido su apuesta y por lo tanto es natural que ejecute al pie de la letra las condiciones de nuestro contrato.

El hombre audaz que jugaba con la honra de las mujeres tembló de pies a cabeza en presencia de la muerte, y dirigió al conde una mirada suplicante.

-Señor de Verny -dijo éste, con glacial desdén-. Es un fatuo y un infame. Le concedo tres minutos para encomendar su alma a Dios.

-Señor conde -replicó con voz insegura Querubín, pese a sus esfuerzos-. He perdido la apuesta, no lo niego, mas permítame que le recuerde que use de sus derechos de modo que no se exponga a los rigores de la ley francesa. Lo hablamos en el club. Daría al suceso la apariencia de un desafío. Nos batiríamos a pistola y sólo la suya estaría cargada.

-Sí, es cierto.

-Entonces, señor conde -prosiguió Querubín, más animado-, estoy en mi derecho al pedir la merced de ese aplazamiento.

-¿Para qué? -replicó el conde-. El más perjudicado en este asunto sería yo.

-Discúlpeme -insistió Querubín-. Prefiero morir en el terreno del honor a ser asesinado. Me parece más honroso.

Artoff no respondió, pero Baccarat lanzó una carcajada sarcástica.

-¡Quién habló de honra! -comentó-. ¿Acaso ha tenido algo en común con la honra, querido? -y como observara que Querubín la contemplaba aterrado, empezando a comprender que ella sería más implacable que el conde, añadió-: Señor Querubín, su apuesta era un duelo. Y el acero no se cruza más que con personas dignas de ello. Hace ocho días, el conde ignoraba que era usted un hombre sin honor, un miserable que está a sueldo de una tenebrosa asociación de bandidos. Amigo mío -continuó, dirigiéndose al conde-. Mate a este miserable. A lo mejor nos lo agradece la señora marquesa de Van Hop.

Querubín se sintió perdido. Pensó que Baccarat sabía que pertenecía a «El Club de las Sotas de Copas» y consideró que aquélla era su sentencia de muerte.

-¡Perdón! -balbució.

Artoff sacó su reloj y dijo:

-Han pasado los tres minutos. Póngase de rodillas. Apuntaré a la frente para no desfigurarlo; así, después de muerto podrá enamorar a alguna otra mujer.

El conde levantó la pistola y entonces Querubín se puso de rodillas y suplicó, arrastrándose trémulo y lívido:

-¡Gracia! ¡Compasión! Soy un miserable y un infame merecedor de su desprecio, pero déjeme salir de París. Me iré a vivir a cualquier sitio. ¡Perdón! Perdóneme la

vida.

Querubín se arrastraba de rodillas, dirigiendo miradas suplicantes tan pronto al conde como a Baccarat. Esta se puso un guante, como si le repugnara el contacto con aquel hombre, y le tocó en el hombro.

-¡De modo que quieres salvar la vida! Pues la salvarás si nos dices qué pasó entre la marquesa de Van Hop y tú.

-Sí, sí. Lo diré todo -balbució Querubín, lleno de alegría-. Pero tendrá que defenderme, si no me matarán ellos.

-¿Quiénes?

-Los de «El Club de las Sotas de Copas».

-Así que no me había equivocado -exclamó Baccarat, y le amenazó-: Ten cuidado, porque si ocultas una sola palabra, ¿lo oyes?, haré que el conde dispare sin piedad sobre ti.

-Lo confesaré, lo diré todo -repitió el miserable, continuando de rodillas y con el rostro inundado de lágrimas.

Y aquel hombre, que habría besado los pies de un presidiario por conservar la vida, relató cuanto sabía con relación a «El Club de las Sotas de Copas», su obediencia pasiva a un jefe misterioso que sólo conocía Rocambole, su papel cerca de la marquesa de Van Hop y la emboscada que preparaban para el día siguiente, con la historia de los cinco millones de Dai-Natha.

-¿Y el nombre de ese jefe misterioso? -preguntó Baccarat.

-Ya le he dicho que lo ignoro. No lo he visto nunca. Sólo el vizconde de Cambolh podría decírselo.

-Está bien. Ya veremos si has dicho la verdad, pero aún no he acabado -dijo la mujer, y añadió, enseñándole el frasco que le había entregado con anterioridad-: ¿Qué es esto?

-¿Eso? -exclamó, sorprendido, Querubín, que ignoraba lo que realmente contenía-. Es un perfume enervante que para usted me dio el vizconde de Cambolh.

-¿No es un veneno?

-No -respondió Querubín, convencido-. Sólo es un filtro amoroso.

-Pues ahora lo sabremos, porque voy a hacer la prueba contigo.

Querubín ignoraba que Rocambole y su misterioso consejero tuvieran la intención de envenenar a Baccarat. Convencido de que aspiraba un perfume que sólo podría narcotizarle, tomó el frasco que Baccarat le entregaba y aspiró lentamente. Cuando lo hubo hecho, Baccarat añadió:

-Ahora te quedarás aquí hasta nueva orden. El conde se encargará de vigilarte, porque después de traicionar a tus cómplices, podrías pensar en avisarlos y no quiero que se escape ni uno.

Llamó, pidió el coche y dijo al ruso:

-Querido conde, voy a dejarle con ese hombre. Espero que no se escapará, ¿no es así?

-Puede estar segura. Este no tendrá la suerte del otro.

Baccarat se echó un abrigo sobre los hombros y salió de la casa para subir al coche. Una vez en el interior de éste, ordenó al cochero:

-A los Campos Elíseos, al hotel particular del marqués de Van Hop.

CAPITULO XVI

La vida del marqués de Van Hop era un suplicio desde el día en que Dai-Natha le había dicho que le facilitaría pruebas de la culpabilidad de su esposa. Van Hop no vivía: contaba las horas y los minutos que le separaban del momento fatal anunciado por la india. Y a medida que transcurría el tiempo, experimentaba alternativas de terror y de esperanza. ¿Le habría dicho Dai-Natha la verdad o mentía? A veces, durante la noche, se adueñaba de él un acceso de rabia y se encaminaba hacia el cuarto de su esposa, blandiendo un puñal con ánimo de ponérselo en la garganta y hacerla confesar. Pero al llegar al umbral recordaba el juramento hecho a su prima y retrocedía.

Aquella mañana, cuando su ayuda de cámara entró en el cuarto para abrir las ventanas y descorrer las cortinas, le entregó una carta. Al verla, Van Hop se estremeció y vaciló antes de averiguar su contenido. La abrió con lentitud, con mano nerviosa y deseando fervientemente que sólo se tratase de un comunicado de su Banco, pero la carta estaba firmada por Dai-Natha. El rostro del marqués se cubrió de mortal palidez y al mismo tiempo experimentó como un estremecimiento que le mataba. Ahogó un grito de dolor y dijo a su criado:

-Vísteme. Voy a salir.

Mientras su sirviente le vestía, pensaba que su esposa era culpable, puesto que Dai-Natha le escribía. Y lo mejor era ir al cuarto de la marquesa y matarla, en vez de esperar a que le facilitaran la prueba. Sería menos doloroso. Sin embargo, la duda continuaba envolviéndole. Dai-Natha no le esperaba hasta aquella tarde, por lo que decidió tomar una resolución.

«Si mi esposa es culpable -pensó-, mañana habremos muerto los dos.»

Cogió un pliego de papel y empezó a escribir lo siguiente:

«Este es mi testamento. Como no tengo hijos ni herederos próximos, dejo toda mi fortuna, sin restrinción de ninguna especie, a los hospitales civiles de Amsterdam, mi patria.»

Fechó y firmó. Después lacró el testamento y lo metió en un cajón de su secreter, cuya llave entregó a su ayuda de cámara.

-Pedro -le dijo-. En ese cajón encontrarás una cartera con cuarenta y tres mil francos y, además, el papel que me has visto guardar. Si algo imprevisto me alejase de París, o si muriese, cogerás la cartera y dicho papel. La cartera te la guardas y el papel lo entregarás a mi notario.

-Sí, señor -balbució el criado, lleno de asombro.

El marqués se llevó un dedo a los labios, recomendándole discreción. Luego se marchó para montar a caballo, decidido a no ver a su esposa hasta hablar con Dai-Natha. Estaba resuelto a suicidarse después de matar a la marquesa, si ésta era en realidad culpable.

-Prometí a Dai-Natha casarme con ella -murmuró para sí-, pero la muerte libra de todos los juramentos. Además, esa mujer me es odiosa.

A las siete menos cuarto mandó enganchar la berlina y se dirigió a casa de Dai-Natha. Llevaba un par de pistolas ocultas en los bolsillos para matar a su esposa y al traidor. Entró en la casa cuando daban las siete. Un criado le acompañó hasta el salón, donde había sido recibido por primera vez. Como recordarán los lectores, no se parecía en nada al que visitaba Rocambole. El salón se encontraba desierto y el criado le indicó que esperase unos minutos en tanto lo anunciaba a su señora. Volvió inmediatamente en busca del marqués, al que hizo entrar en un gabinete. Dai-Natha se

encontraba reclinada en un diván, con la cabeza apoyada sobre un montón de almohadones. La india vestía una amplia túnica de color verde oscuro. Se encontraba muy pálida y abatida. El marqués comprendió que el veneno estaba surtiendo efecto.

-Es el veneno -comentó ella, al ver que su primo la examinaba con atención.

-Si no me engañas, te salvaré -replicó Van Hop, extendiendo la mano para mostrarle la sortija.

-Tengo las pruebas -y como viera que él intentaba mostrarse impasible, añadió-: ¿Conoces a un joven llamado Oscar de Verny?

Van Hop se estremeció al recordar aquel hermoso rostro, cuya presencia en su baile le había causado extraña impresión.

-Sí -respondió-. Le he visto.

-Pues bien, el señor Oscar de Verny tiene un apodo se le conoce por Querubín.

Aquel nombre fue toda una revelación para el marqués. Había oído hablar mucho de semejante seductor de bellezas de segundo orden, al que en el mundo galante apodaban Querubín el encantador.

-¡La prueba! -exclamó con voz estridente y ahogada.

-Querubín habita en la casa de una amiga de tu esposa, la señora Malassis. Hace pocos días se batió y le hirieron. Tu esposa iba todos los días a verle.

-¡La prueba! -exigió, colérico, el marqués, al recordar que desde hacía algún tiempo su esposa iba con mucha frecuencia a casa de la Malassis.

Dai-Natha agitó el cordón de la campanilla y se presentó Ventura, que esperaba en el salón contiguo.

-Este es el mayordomo de la señora Malassis -dijo-. Y puede enterarte de que su señora está al corriente de todo.

El marqués observó a Ventura y se sintió acometido por crueles tormentos al pensar que un criado se hallaba en poder del secreto de su honra. Le dirigió una mirada altanera, como si hubiera querido aplastarle y volvió hacia Dai-Natha para preguntar:

-¿Es ésta la prueba? El testimonio de un lacayo es más vergonzoso que una calumnia.

-Tienes el genio muy vivo, Hércules -dijo Dai-Natha, esbozando una cruel sonrisa-. Espera un poco -y sacó de su seno una carta, que entregó al marqués. Era la que Rocambole había dictado la víspera a la Malassis, como si fuera a dirigírsela a la marquesa de Van Hop-. La marquesa recibió la carta esta mañana y acudirá puntualmente a la cita. ¿Aún dudas?

Van Hop leía con terrible atención aquellas líneas, que le parecían escritas con fuego. Al fin exclamó:

-¡Quiero verlo!... ¡Verlos a los dos!

-Entonces, sigue a ese hombre y verás a Querubín de rodillas ante tu esposa.

-¡Vamos! -ordenó el marqués, mostrándose frío y solemne-. La hora del castigo ha sonado.

Dai-Natha trató de levantarse del diván, pero sus fuerzas flaquearon y volvió a caer sobre los almohadones.

-¡Oh, el veneno! -exclamó-. El veneno actúa... Apresúrate, Hércules, amado mío... Creo que voy a morir.

-Ahí tienes la sortija -dijo el marqués, arrojándola a sus pies-. Ahí está la piedra azul. Siempre me quedará tiempo de matarte si esto es un engaño -y empujó a Ventura, para que éste le precediera-. ¡Andando, miserable! Guíame y reza tu última oración por el camino, ya que, si has mentido, te mataré.

Van Hop salió mientras Dai-Natha hacía un esfuerzo para apoderarse de la sortija,

cuya piedra iba a devolverle la vida. El marqués y el lacayo subieron al coche y fueron hasta las proximidades de la calle Pepiniére. Ventura le hizo recorrer un pequeño trecho a pie y lo introdujo por otra calle en el pabellón de la Malassis. Todo se hallaba sumido en tinieblas, excepto el dormitorio de la señora, donde brillaba una luz tras las cortinas. Ventura le hizo entrar en un gabinete contiguo y le ocultó.

-La señora ha salido -dijo-, y no volverá hasta las doce. La doncella espera en la portería para recoger a la marquesa, que ya no puede tardar. Voy a avisar al señor Querubín. ¿Me necesita para algo?

Van Hop no respondió. Se sentó en el tocador y puso las pistolas al alcance de su mano, en tanto esperaba, decidido, la llegada de su esposa. Estaba resuelto a matarla junto con su cómplice.

Ventura se alejó, no con intención de avisar a Querubín, sino deseando no permanecer en la casa donde iban a cometerse dos crímenes.

-¡Y el estúpido de Querubín, que se creyó que iban a respetar su vida! -murmuró para sí-: Será una sota de copas menos y una parte más en el pastel de los cinco millones.

Sonaron las ocho y al marqués empezaron a hacérsele siglos los minutos. Al menor ruido procedente del exterior se inmutaba y se estremecía. Sin embargo, en el fondo de su corazón aún brillaba un resto de esperanza. De pronto oyó unos cautelosos pasos sobre la arena del jardín. Pensó que era ella. Los pasos franquearon el umbral del pabellón, subieron rápidamente la escalera y se detuvieron ante la puerta del dormitorio. El marqués apretó convulsivamente las culatas de las pistolas.

La puerta se abrió y dio paso a una mujer.

No era la marquesa, sino Fanny, la ex doncella de Baccarat, que se vendiera en cuerpo y alma a sir Williams y que «El Club de las Sotas de Copas» había impuesto a la señora Malassis para que siguiera sirviendo a los fines del baronet.

Fanny fue a sentarse junto al fuego, en una butacona, con la indolencia propia de una duquesa, y en seguida empezó a murmurar en voz alta, con acento malhumorado

-¡Vaya fastidio! Esperar todas las noches a que la amiga de mi señora acuda a la cita con su querido y amado amigo. Hay que confesar que mi señora hace un oficio muy poco grato, cediendo su casa para tales escenas. Y yo esperándola abajo, como una estúpida. Pero que se fastidie. Si viene, que suba sola. Abajo hace mucho frío.

Una rabia loca sacudió al marqués. De modo que su deshonra estaba también a merced de una criada. Percibió que el último resto de compasión que profesaba hacia su esposa acababa de desvanecerse. Aquello era insoportable.

A los diez minutos de hallarse Fanny en el dormitorio de la señora Malassis, en el jardín se oyeron otra vez pasos. Luego, como los de la doncella, resonaron en la escalera.

-¡Vaya! Ya está aquí la señora marquesa -dijo Fanny en voz alta.

Y se puso en pie para adoptar una actitud de humildad, como correspondía a su condición. Pero al volverse, llena de curiosidad, hacia la puerta que se abría, ahogó una pequeña exclamación y retrocedió como si hubiera visto a un fantasma.

El marqués, desde su escondite, fijó la mirada en la persona que acababa de entrar y se quedó asombrado. No era la marquesa, sino una mujer alta, arrebujada en un gran abrigo y que llevaba al descubierto su rostro, de gran belleza. Jamás la había visto, pero Fanny sí, y retrocedió nuevamente, sin ocultar su miedo y su asombro.

-Buenas noches, Fanny -dijo tranquilamente Baccarat, pues de ella se trataba, mientras se quitaba el abrigo y el sombrero, y dejaba que el marqués apreciase la hermosura de su rubia cabeza-. Parece que tienes miedo, ¿eh?

-No -balbució la doncella, estremeciéndose.

-No me esperabas, ¿eh?

-Creí que la señora había muerto -añadió Fanny.

-Es posible, pero los muertos vuelven y tienen fuerte el puño -añadió, alargando el brazo para coger de la muñeca a la doncella-. Como verás, tengo fuerza para ser un fantasma, ¿verdad? ¡Ven aquí y siéntate! Tenemos que hablar.

Fanny, aterrada, había lanzado un grito y se resistía a sentarse. Baccarat la obligó a ello.

-¿Qué quiere de mí? -balbuceó la doncella, castañeteando los dientes al recordar aquella noche en que Baccarat estuvo a punto de matarla en el manicomio, para hacerla hablar y escaparse.

-Quiero que hables y me digas qué hacías aquí -dijo Baccarat, sentándose junto a Fanny.

-Espero a mi señora.

-¡Mientes! Tu señora ha salido y no vendrá hasta las doce. ¿A quién esperas?

-A una amiga de la señora -replicó con descaro, Fanny, pretendiendo ser audaz.

-¿A qué amiga? -inquirió. Y como Fanny dudase, Baccarat se desabrochó un poco el vestido y sacó del pecho un cincelado puñalito-. ¿Te acuerdas de esto? Habla, si no quieres que te cause ningún daño. ¿Quién es esa amiga?

-La marquesa de Van Hop.

-¡Ah! -exclamó Baccarat, y añadió, mirándola con fijeza-: Escucha, si quieres que nada te ocurra. Responde a cuanto te pregunte, ¿entiendes? ¿Qué viene a hacer aquí la marquesa, si no está tu señora?

-Está citada con un joven llamado Querubín.

-¿Para qué? Y ten cuidado, porque si dices una palabra que no sea la verdad, te degüello -amenazó Baccarat.

-La señora marquesa recibió un recado de parte del señor Querubín, recado que le llevó mi señora -respondió Fanny, después de pensar que era mejor decirlo todo.

-¿Cuándo fue tu señora a ver a la marquesa y qué tenía que decirle? -exigió Baccarat, con energía.

-No lo sé exactamente, pero creo que Querubín se marchaba para siempre de Francia, o al menos eso debía de creer la marquesa, y suplicaba que la señora de Van Hop le concediera una entrevista en presencia de mi señora.

-¿Acaso ama la marquesa a Querubín?

-No -replicó Fanny, comprendiendo que una sola mentira podía serle fatal.

-Entonces, ¿qué objeto tiene esa entrevista? Responde con la verdad, y no creas que aquí va a socorrerte alguien. Estamos solas.

-Pues bien, lo diré -dijo, decidida, la doncella-. Mi señora hace traición a la marquesa para servir a Querubín, el cual tiene gran interés en seducir a la señora de Van Hop. Como ésta es una mujer honrada, idearon entre todos...

-¿Quiénes son esos todos? -preguntó Baccarat, sin apartar su puñalito de delante de sus ojos.

-La señora Malassis, Ventura y los demás -respondió Fanny-. Decidieron prepararlo todo para que la marquesa quedara condenada.

-Vamos, no vaciles y di la verdad de una vez -insistió Baccarat, apoyando el puñalito en el pecho de la sirvienta.

Esta no vaciló más y refirió cuanto sabia sobre aquella confabulación. Extendiendo el brazo, concluyó:

-Y el marido tendría que verlo y oírlo todo, oculto ahí.

Baccarat se levantó para abrir la puerta del tocador, pero antes de llegar a ella se presentó el marqués, pálido y con los ojos arrasados en lágrimas.

-Caballero -dijo Baccarat, dando un paso frente a él-. Supongo que no habrá necesidad de más pruebas para demostrar la inocencia de su esposa. Pero si aún duda, venga conmigo y le satisfaré plenamente.

E! marqués no supo responder nada apropiado; se limitó a seguir a Baccarat.

Mientras tanto, en el hotelito de Dai-Natha ocurría algo curioso. Al marcharse, el marqués, convencido de la culpabilidad de su esposa, arrojó su sortija a la india. Esta logró alcanzarla después de un gran esfuerzo y la echó en un vaso de agua, pero al cabo de más de diez minutos la sortija continuaba en el fondo del vaso y el agua no se había vuelto azul.

-¡Dios mío! -exclamó, asustada-. Moriré antes de que el agua se tiña de azul.

Introdujo los dedos en el vaso y sacó la sortija. La piedra estaba dura, su pulimento se conservaba intacto y no parecía próximo a disolverse. Entonces, Dai-Natha tuvo miedo y pensó que la piedra habría perdido su virtud. Se estremeció al considerar que sus propiedades habrían desaparecido al cambiar de clima. Pero insistió y esperó con la sortija en el agua, sin que ésta azulase.

Tres cuartos de hora más tarde, todo seguía igual y tuvo verdadero pánico. Dai-Natha lo olvidaba todo, pero no quería morir. De pronto se oyeron pasos en el salón y en la puerta del gabinete sonaron unos golpecitos. La india no respondió, mas apareció un hombre que llevaba de la mano a una mujer cubierta por un tupido velo. El visitante, a quien Dai-Natha no conocía, era el conde Artoff. Se acercó a la mesita donde estaba el vaso. Lo cogió y, examinándolo, dijo a la joven:

-¿No es ésta la piedra que debe colorear el agua para salvaros de! veneno del manzanillo?

Dai-Natha hizo un gesto de asentimiento, interrumpido por otro de dolor.

-Pues está en un error -añadió con tranquilidad el conde-. Porque esa piedra no es la que suele encontrarse en las serpientes. Es una turquesa.

Dai-Natha lanzó un grito de terror.

-Esa turquesa -agregó con frialdad Artoff- sustituyó a la verdadera piedra, sin que lo llegase a sospechar el marqués de Van Hop. Si quiere saber de qué manera se realizó el cambio -dijo, apartándose para enfrentarse a la mujer del velo-, pregúnteselo a esta señora, que se lo dirá muy gustosamente.

La desconocida se levantó el velo y Dai-Natha reconoció el noble y hermoso rostro de la marquesa de Van Hop. No la había visto más que una vez, al llegar a París, impulsada por la febril curiosidad de conocer y matar a su rival, pero había sido suficiente para que aquel rostro no se borrara de su mente. Semejante revelación le resultó tan violenta, que por un instante se olvidó de sus dolores físicos. ¡Su rival estaba allí! -¿No has muerto? -rugió.

-Gracias a Dios, estoy salvada y vengo a perdonarle el mal que ha pretendido causarme.

-¿Perdonarme? ¿Quieres perdonarme? -gritó DaiNatha, que recobró alguna fuerza para erguirse-. Prefiero la muerte, ¿entiendes? Antes, mil veces la muerte. ¡Cobarde! No tuvo valor para matarte, pero yo no te perdono.

Rugía como una fiera e intentó abalanzarse contra la marquesa, pero en seguida rodó por el suelo antes de que el conde Artoff pudiera retenerla.

-Señora, ¿es que pretende morir así? -le dijo con mansedumbre la marquesa-. ¿No tiene fe en alguien?

-Sí, creo en Shiva, el dios del mal, de los taughs estranguladores, mis antepasados. Y conjuro a Shiva para que la mate.

La elegante mujer había desaparecido y sólo quedaba una Dai-Natha enfurecida, retorcida de dolor, pero con una mirada rencorosa que parecía matar.

Librodot

-Por Dios, señora. Dígame una palabra de bondad, que ha dejado de aborrecerme. Dígalo y no morirá. Vengo a salvarla -dijo la marquesa, mostrando la piedra azul.

Pero Dai-Natha respondió con una blasfemia.

-De modo que está en tu poder esa piedra -añadió, luchando entre su odio y el deseo de vivir-. Tú eres la que puedes salvarme... Pues prefiero morir antes que deberte la vida. ¡Te odio!

Nada más decir esto, en una especie de aullido, aparecieron el marqués y Baccarat. Al ver a Van Hop, la india hizo un esfuerzo por incorporarse y le gritó

-¡Ya estás aquí, Hércules, amado mío! ¿Verdad que tuviste miedo? ¡Tu mano tembló y tu corazón fue débil! ¿Tanto amas a esa mujer culpable?

-¡Cállate, infame! -gritó el marqués-. ¡Todo ha sido falso y engañoso! -y se volvió a su esposa en actitud implorante-. Señora, esa mujer infame la calumnia. Va a morir. ¿Quiere perdonarla y perdonarme?

La marquesa lanzó un grito, echó sus brazos al cuello de su marido y murmuró entre sollozos:

-Tú eres bueno y noble, mi adorado Hércules. Y puesto que sabes que soy digna de llevar con honra tu apellido, no permitas que tenga que remorderme la conciencia por la muerte de alguien. ¡Sálvala!

Josefa Van Hop se acercó a Dai-Natha, en cuya mirada se había concentrado todo el odio que experimentaba y agregó, cruzando las manos en tono de súplica

-Señora, no muera así. Aquí está la piedra azul, la verdadera, y ya que no desea deberme la vida, se la devuelvo a mi esposo, para que él la salve.

-Dai-Natha -dijo el marqués, después de coger la piedra y depositarla en el vaso de agua-. Aún puedes vivir. Pide perdón a la mujer que ha intercedido por tu vida.

-¡Jamás! -gritó la india, revolcándose en el suelo, a causa de los sufrimientos. Sin embargo, cuando sus ojos se empezaron a velar y el frío atenazaba sus miembros, experimentó un vértigo al ver azularse el agua del vaso. El instinto de conservación venció a su odio y exclamó-: ¡Dadme ese vaso! ¡Quiero vivir!

-Pide perdón -exigió el marqués.

-Perdón -repitió Dai-Natha, vencida.

El marqués cogió el vaso-para entregárselo y entonces intervino Baccarat, arrebatándoselo.

-No -dijo-. Si esta mujer quiere vivir, es necesario que nos revele los nombres de sus cómplices, que declare a quiénes había ofrecido cinco millones por la muerte de la marquesa.

-Son dos... -balbució la india, con voz apagada-. Uno es Cambolh...

-¿Y el otro? ¿Quién es el otro? -preguntó Baccarat, que continuaba en pie ante la moribunda-. ¿Quién es el jefe?

-¿El de Nueva York?

-Sí. ¡Su nombre! ¿Cómo se llama?

Dai-Natha abrió la boca e iba a pronunciar el nombre de sir Williams, pero la voz expiró en su garganta y alargó su trémula mano hacia el vaso que poseía Baccarat.

-¿Cuál es su nombre? Dígalo -pidió ésta, mientras acercaba el vaso a los labios de Dai-Natha.

La moribunda lanzó un grito horrible, a la vez que intentaba coger el vaso, y cayó muerta a los pies de Baccarat, llevándose el secreto que todos esperaban con ansiedad.

Inesperadamente oyeron que alguien llegaba muy ufano, tarareando una canción. Apenas los circunstantes se

habían vuelto hacia la puerta de entrada en el salón, cuando por ella apareció Rocambole, satisfecho y convencido de que encontraría a Dai-Natha completamente

sana y el negocio resuelto felizmente. Por ello quedó turbado y palideció al ver a la india tendida y muerta a los pies de Baccarat. A ambos lados de la puerta, que se cerró tras él, estaban el marqués y el conde de Artoff. Ahogó un grito, comprendiendo que estaba perdido, y retrocedió un paso.

-¡Bravo! -exclamó Baccarat, con acento triunfante-. ¡Ya tenemos a uno!

-Podría matarle -dijo el marqués, dirigiéndose a Rocambole-. Mas prefiero que disponga de libertad para defenderse. Bajemos al jardín. Tenemos armas.

-Señores -exclamó Rocambole, mostrando asombro y sin ocultar su zozobra-. Ignoro qué pretenden y lo que piensan. Yo...

-Lo sabemos todo -replicó Baccarat, decidida-. Querubín confesó anoche todo el plan, y no sólo eso. El perfume que le regaló para mí le hizo hablar de esa infame asociación de las sotas de copas, y al final lo mató. Era un veneno muy divertido.

Rocambole se quedó palidísimo. Pero antes de que respondiera y sin que los presentes en aquella escena pudieran impedirlo, saltó una puerta hecha astillas y apareció otro nuevo personaje. Era la puerta de la escalera secreta por donde días antes bajara el marqués. Y el personaje que entró arrollándolo todo y blandiendo un puñal, saltó sobre Rocambole y lo apuñaló, al tiempo que gritaba:

-¡Al fin te tengo, bandido! Hace un mes que te acecho en la sombra. ¡Ya no te escaparás! Se acabó el jefe de «El Club de las Sotas de Copas».

El hombre que había herido a Rocambole y cerrado su boca con aquella cuchillada para que no pronunciase el nombre que deseaba Baccarat, no era sir Williams ni tampoco sir Arturo Collins, sino el piadoso vizconde Andrés, el hermano fiel y adicto de Armando de Kergaz, el santo varón que se había impuesto la misión de exterminar a los individuos de «El Club de las Sotas de Copas». Y Baccarat, asombrada ante tanta audacia, comprendió que una vez más aquel endemoniado hombre había sabido triunfar en medio de la derrota. Nadie la creería, pero tenía fe y sabía que ella sólo tenía que esperar.

CAPITULO XVII

Tres meses más tarde, en un modesto edificio de La Villette, en la calle de Flandre, un joven de facciones demacradas se encontraba sentado sobre un lecho, aspirando con deleite el aire primaveral de una tarde del mes de mayo. Una anciana iba y venía por el sotabanco que ambos habitaban en el quinto piso de la casa. La mujer contemplaba de vez en cuando al enfermo y le dirigía cariñosas miradas.

-Oye, mamá -dijo el joven como despertando de un profundo ensimismamiento-. ¿A qué día estamos?

-A catorce, hijo mío -respondió la vieja, acercándose para acariciar con su tosca y arrugada mano, los castaños cabellos del joven, en gesto de cierta maternal coquetería-. Ya hace tres meses que por milagro puedes contarlo. El diablo debía de estar a tu lado aquel día.

-Es cierto, pero eso no impide que me aburra de una manera extraordinaria. Me gustaría salir a tomar un poco el sol.

-Tienes que esperar a que venga el capitán.

-¡Valiente bribón! -exclamó el enfermo-. Poco faltó para que me enviara al otro mundo, aunque debo confesar que es un hombre de ingenio.

Y Rocambole, pues no era otro el joven convaleciente, sonrió burlonamente al

pensar en su larga aventura de aquellos tres meses. Los primeros veinte días, con fiebre y delirios entre la vida y la muerte; después fue el mutismo absoluto. Nadie había averiguado la verdad de lo sucedido en casa de Dai-Natha. La versión que corría por París y que él escuchó comentada por los enfermeros era que Dai-Natha, en un acceso de celos, había apuñalado a su amante y luego se había envenenado. Y el astuto Rocambole no hizo nada por sacarlos del error; al contrario, empezó a fingirse idiota. Un día apareció en el hospital la viuda Fipart, dijo ser madre del enfermo y lo reclamó. La vieja compareció ante el tribunal y allí relató una emotiva historia de amor entre Dai-Natha y su hijo y cómo ella debió de apuñalarle, finalmente, porque era muy celosa. Los médicos, engañados por el prolongado idiotismo de Rocambole, declararon que había perdido la razón y se devolvió el hijo a la viuda. La Fipart se lo llevó a un desván de la calle Flandre y allí estaban ambos cuando apareció el vizconde Andrés, el piadoso hermano del conde de Kergaz, que conservaba el traje más adecuado a su hipócrita apariencia de santo varón. Al entrar, dirigió una furtiva mirada a Rocambole, no exenta de afecto, y luego hizo un gesto a la viuda Fipart para que los dejase solos.

-¿Cómo sigue mi querido sobrino? -preguntó. Y mostró un paquete de puros habanos-. ¿Podrás saborear un puro excelente? Tenemos que celebrar tu restablecimiento total.

-¡Conque al fin vamos a trabajar! Eso me gusta, porque la vida que llevo me entristece.

Sir Williams sentóse en la única silla del desván con acento paternal dijo a Rocambole:

-Parece, querido mío, que te he molestado con graves agravios.

-¡Diantre! -exclamó ingenuamente Rocambole-. A menos que los agravios empiecen una vez muertas las personas a quienes se asesina.

-Cierto, puedes decir que casi te asesiné.

-¡Casi! Soberbia expresión -observó Rocambole.

-Un necio, en vez de tenderme la mano como tú, me habría denunciado a la policía. Tú eres un hombre de talento y con dos palabras comprenderás lo lógico de mi conducta.

-¿De verdad?

-Juzga tú mismo. Cuando llegué estabas perdido. Artoff y el marqués querían matarte. Hubieras muerto sin provecho, por eso decidí matarte: primero, porque es menos penoso recibir la muerte de manos de un amigo, y porque ello me permitía cambiar la situación. Convertido en asesino tuyo no podía ser tu cómplice, y esto me permitiría vengarte. Aparte de que mi intención no era la de matarte.

-Con intenciones semejantes va uno al cementerio.

-Y con otras parecidas se puede trabajar de nuevo y salir a flote.

-Lo necesito, tío mío, porque la situación en que me nallo es afligidísima. Me hielo de frío en este desván.

-El te ha servido para que hayas podido, durante dos meses, ocultarte de Baccarat.

-¡Diablos de mujer, querido tío!

-Mejor reirá quien ría el último -murmuró sir Williams, a quien el nombre de Baccarat despertó una tempestad de odio y de cólera-. Nunca debemos desanimarnos. Ahora estoy meditando para encontrar el equivalente a los millones perdidos.

-Eso es difícil.

-Pero no imposible. Dime, ¿tenías apego a tu título de vizconde?

-¡Diantre! Ya lo creo. Me permitía codearme con la alta sociedad.

-Pues he pensado que lo abandones por uno de marqués brasileño. De ahora en

Librodot

adelante te llamarás don Iñigo, marqués de los Montes, y serás descendiente directo de una linajuda familia establecida en Brasil desde hace un siglo. Tus antepasados, arruinados al servicio de España, consiguieron allí una fortuna fabulosa que tú vas a derrochar locamente en París.

-¡Atiza! ¡Que el diablo le entienda! -exclamó Rocambole-. ¿Cómo voy a hacer todo eso si no tenemos ni un céntimo? Los quinientos mil francos de Dai-Natha se evaporaron hace tiempo.

-¡Bah! No hagas caso -replicó tranquilamente sir Williams-. Contamos con algunos recursos. ¿Acaso no se encuentra en este mundo el excelente señor de Kergaz, de cuya obra caritativa soy su más fiel ejecutor. Pues bien, ayer puso a mi disposición cien mil francos para salvar de. la ruina a una honrada familia de comerciantes.

-Pero, ¿existe esa familia?

-Por ventura, hijo mío, ¿no estamos arruinados?

-Si, pero con cien mil francos...

-Tendremos para tres meses. Te hospedarás en el hotel Maurice y poseerás un criado negro. Bueno, diré a Ventura que se tiña.

-Eso es admirable, querido tío.

-Y además te proporcionaré una carta de recomendación para un personaje importante: el conde de Kergaz, quien se encargará de abrirte las puertas de la alta sociedad y podrás trabajar en su casa.

-¡Diablos! ¿Me dará una carta para Armando?

-Sí. He aprendido mucho en estos últimos meses. Debí empezar por él y no por Fernando Rocher. ¡Quién iba a pensar que Baccarat me miraría de reojo si tocaba a su amado! En fin, ¿sabes dar la estocada de los cien luises?

-¿La que enseña el portero de la calle Rochechouart?

-Sí, porque el marqués Iñigo de los Montes tendrá que darla el día menos pensado.

-¿A quién?

-No seas tonto. Desde hoy abandonarás tu cama. A las diez de la noche tomarás el ómnibus para el Havre y allá esperarás mis instrucciones -dijo sir Williams, a la vez que le entregaba cinco luises.

-¡Un momento! -exclamó Rocambole-. Permítame una pregunta. ¿Cuál será mi parte si llega a casarse con la viuda del pobre conde de Kergaz? Hay que concretarlo todo.

-Cuarenta mil libras de renta y un pasaporte para América. Ya comprenderás, hijo mío, que una vez realizado esto, no será posible que un granuja de tu clase...

Sir Williams se echó a reír cínicamente, y Rocambole se estremeció al pensar en el huérfano de quien aquel hombre sería protector y padre.

-Adiós y hasta muy pronto -añadió sir Williams, tendiéndole la mano.

Luego salió y descendió la escalera, adoptando su aire modesto y humilde. La portera le saludó con sumo respeto, creyendo que era un pobre cura encargado de llevar limosnas a domicilio. El hermano de Armando de Kergaz no dejaba de representar su arrepentimiento, sublime y admirable, ante el conde y cuantos podían verle. Hacía falta ser tan perverso como sir Williams para sospechar el engaño, y el señor de Kergaz sólo se ocupaba de vivir feliz y dichosamente en compañía de su hijo y de su esposa. La pobre Juana, que desde que encontró y leyó con ansia las Memorias del vizconde Andrés, estaba convencida de que era amada por aquel arrepentido pecador y este pensamiento la torturaba. Cada vez que Andrés la miraba o le dirigía la palabra en la mesa, en el salón o en donde se veían, la pobre mujer sufría atroces torturas y se sentía desfallecer. El amor de su esposo, las caricias de su hijo y todas las nobles alegrías del hogar, parecían ser inútiles para quitarle la amargura que

Librodot

había entrado en su vida.

Debido a esto, quince días más tarde, mientras el conde se hallaba con su esposa y con su hijo en aquel jardín de frondosos árboles que se extendía a espaldas de su palacete de la calle Cultivo de Santa Catalina, la condesa dijo a su marido:

-Creo que si pudiésemos alejarle un poco de nuestro lado..., del mío, al menos. Ya ha sufrido bastante.

-No quiere abandonarnos -replicó el conde-. Además, en estos días se halla menos triste y abatido que antes. No conoces a Andrés; es una naturaleza enérgica y apasionada. Pone en el arrepentimiento tanto ardor como en otros tiempos puso para cometer crímenes.

-Escucha, Armando. ¿Y si nos fuéramos al campo? Al pequeño le sentaría bien el aire del campo. Andrés se podía quedar aquí con alguna misión que le confiaras y estando lejos de mí será menos desgraciado.

-Es posible -comentó el conde-. Si, no es mala idea. Podríamos ir a Chatou, a la villa que poseemos a orillas del Sena.

-Me encanta esa villa -exclamó Juana, sonriendo-. ¿Cuándo nos marchamos?

-Cuando quieras. Mañana, por ejemplo.

-Entonces voy a preparar el equipaje. Nos acompañará una doncella. ¡Ah! -exclamó, entusiasmada-. Ya me veo paseando por el bosque y a la orilla del río.

Apenas había dicho estas palabras, vio que se acercaba Andrés caminando con los ojos bajos y mostrando aquel apocamiento humilde que le daba fama de santo varón. Al ver a Juana, fingió reprimir un estremecimiento, que no pasó inadvertido a la señora de Kergaz, y la alegría que experimentara momentos antes desapareció, al reprocharse ser la causa de aquel dolor silencioso.

Armando de Kergaz, tras saludar a su hermano, le comunicó que pensaban irse a Chatou y dejarle a él en París, aunque podría ir a visitarlos de vez en cuando. El vizconde Andrés se sintió un poco contrariado por aquellos planes, ya que podían echar por tierra los suyos. Afortunadamente, en aquellos momentos apareció un criado con unas cartas para Armando que le anunciaban la presencia en París del joven marqués don Iñigo de los Montes, y otra de su gran amigo Urbano Mortonnet, del Havre, recomendándole al marqués.

-Bien -exclamó Juana, después de enterarse de la noticia-. Se acabaron nuestros planes. ¿No irás a negar al señor Mortonnet servir de guía a ese joven?

-Claro que no, pero ir a Chatou no es dejar París. El marqués de los Montes vendrá a visitarnos con frecuencia, y yo también vendré a menudo a París. Así, pues, hermano mío -dijo, volviéndose hacia Andrés-, que enganchen el coche y acércate al hotel Maurice, para rogar al marqués de los Montes que nos dispense la honra de aceptar nuestra invitación.

-Inmediatamente -respondió Andrés, comprendiendo que sus planes no se demorarían, como había temido en un principio.

Don Iñigo, marqués de los Montes, había llegado aquella misma mañana a París y se había instalado con gran boato en el hotel. Su corpulento criado negro, investido de su confianza, pidió las mejores habitaciones para su amo, anunciando quién era y que pensaba vivir un mes en París. Luego preguntó por el conde de Kergaz para saber dónde vivía. Y cuando el vizconde Andrés apareció en el coche del conde y trató al marqués con gran deferencia ante la servidumbre del hotel, todos se persuadieron de la alta posición social que ocupaba el joven brasileño.

-Vamos, lobezno, que voy a introducirte en el redil -le dijo sir Williams a Rocambole, cuando ambos iban en el asiento del carruaje del conde de Kergaz-. ¿Sabes que has nacido para duque, hijo mío? Sueco o brasileño, marqués o vizconde,

eres todo un aristócrata.

-Me educo en su escuela, querido tío -respondió, con burlona deferencia, Rocambole-. A lo mejor me reconoce Baccarat.

-Jamás, aparte de que ahora me importa poco. Está convencida de que soy un santo varón. El otro día tuve una escena de reconciliación con ella, una escena de lo más grandioso.

-Entonces, ¿la ha perdonado?

-¡Rayos! -exclamó sir Williams, y dejó escapar una sonrisa irónica-. ¡A ver si el marqués don Iñigo de los Montes es más tonto que el vizconde de Cambolh!

-Espero que no.

-¿Cómo quieres que perdone a una mujer que me ha arrebatado doce millones una vez, cinco otra e intenta ponerme en ridículo? No sé lo que le reservo, pero algo le tocará. Ahora sólo pienso en Armando.

-¡A propósito, sé dar admirablemente la estocada de los cien luises! Estuve practicando últimamente y no daría ni un escudo por la piel del conde. Pero, dígame,

querido tío, ¿por qué me presenta como amigo a mi futuro rival?

-Mis proyectos son muy complicados -respondió sir Williams-. Eres un guapo mozo, marqués. Llevas sangre española en tus venas y naciste en altitudes tropicales. Es lógico que tengas el corazón ardiente y seas capaz de sentir grandes pasiones.

-Una frase digna del escenario del Ambigú.

-La condesa tiene el pelo trigueño, es blanca cual una azucena, hermosa como una virgen de Rafael y el marqués de los Montes debe enamorarse de ella nada más verla.

-¡Diablos! -exclamó, estupefacto, Rocambole.

-Porque el marqués es un cínico, un vividor que se burla de la virtud de las mujeres y la honra de los maridos. Hará descaradamente la corte a la condesa de Kergaz y cuando llegue el momento cumbre, apareceré yo y te buscaré camorra.

-Está loco, querido tío. ¡Vaya cosa extraña!

-Te batirás conmigo y a los ojos de Juana apareceré como su salvador, como el hombre que velaba por su descanso y salvó el honor de los suyos.

-Pero, ¿y Armando?

-No sabrá nada, hasta que sea necesario, y cuando lo sepa se batirá contigo. Para eso aprendiste la estocada de los cien luises.

-A fe mía, querido tío, que no veo tan lejos. Decididamente, posee la fuerza y la ayuda del demonio, y me inclino ante su superioridad.

-Ahora, calla, granuja, y adopta un aspecto decoroso y decente. Entramos en el hotel de los condes de Kergaz.

-Bien. Volvamos a ser marqués. No tenga miedo, querido tío.

A los ocho días de haberse presentado el marqués de los Montes a los señores de Kergaz, éstos se hallaban completamente instalados en su finca «Primavera», de Chatou. Armando iba todos los días a París y regresaba al atardecer. Juana, llevando al niño de la mano, daba largos paseos a la orilla del río y por la isla de Croissy, verde y umbrosa, que en los domingos constituía la delicia de los pequeños burgueses parisienses. El vizconde Andrés se había quedado en la capital, pero Armando le había instalado una habitación en el desván de la casa solariega, con ánimo de que fuera alguna vez por allí, en el convencimiento de que la visión de la mujer amada le sería menos cruel que el alejamiento.

Sin embargo, Andrés se había negado a pasar en la villa algunas horas, mientras que el marqués de los Montes llegó a convertirse en el comensal obligado. Don Iñigo se había ganado la sincera amistad del conde, que estaba encantado de la franqueza e ingenuidad del invitado. Le había acompañado a la Opera, a los Bufos, a la Comedia

Librodot

Francesa, a las primeras carreras de caballos de Marche y Chantilly, y también lo había presentado en salones, a propósito de haberse celebrado en ellos un baile.

En la mañana del octavo día, el señor de Kergaz se encontró, al llegar a París, con una invitación de boda de un pintor a quien había protegido mucho. Tenía que ir a una cacería, a los bosques de Saint-Germain, con el marqués de los Montes. Pensó que esto podría retrasarse y entonces indicó a su hermano Andrés que fuera a Chatou para hacer compañía a su esposa, mientras él permanecía ausente y en la boda, a la vez que escribió cuatro líneas de excusa al brasileño. Andrés se puso pálido y no acogió con agrado el encargo, pero en realidad lo deseaba. Y a la hora de cenar hacía compañía a Juana, manteniendo aquel aire circunspecto que siempre adoptaba ante ella. Le ofreció el brazo, a fin de dar un breve paseo por la finca, y a las diez de la noche la dejó para retirarse a su dormitorio en el desván.

La condesa de Kergaz' no se acostó en seguida, pese a lo avanzado de la noche. Se sentía muy triste y sola al no tener junto a ella a Armando. Era la primera vez, después de su matrimonio, que durante tantas horas se hallaba lejos de su marido. No obstante, la ausencia del conde era debida a una causa lógica y la cariñosa carta que le había escrito bien podía disipar su impaciencia. A pesar de todo, no lograba desechar una vaga inquietud. No tenía nada que temer, pensó. Allí estaba, además de los criados, su hermano Andrés, aquel hombre en quien ahora tenía fe, porque el arrepentimiento lo había convertido en un santo varón. Sin embargo, su espíritu, intranquilo, recordó al marqués de los Montes y sin saber por qué sintió miedo. Adivinaba que aquel extranjero de tez aceitunada y cabellos oscuros, cuya personalidad parecía envuelta en sombría fatalidad, sería capaz de un crimen en cuanto obedeciese a cualquier pasión.

A pesar de todos sus esfuerzos, aquella noche la perseguía el recuerdo del brasileño. Este no se había presentado durante el día, ni era posible que acudiese durante la noche, pues ya eran más de las once y, por tanto, hora inoportuna para recibir a nadie, estando ausente su marido. Juana reconoció que sus temores eran ridículos. Abandonó su iniciada labor y se asomó a la ventana. El aire fresco despejaría su cabeza, algo abrasada por aquella inquietud. Pero el tiempo era tormentoso y corría un viento cálido y huracanado que arrancaba lúgubres quejidos a los árboles del jardín. Una gota de lluvia cayó sobre su mano y entonces decidió cerrar la ventana. De pronto retrocedió, llena de espanto, la mirada fija en el frondoso tilo que enmarcaba la ventana y donde creyó distinguir dos puntos luminosos, dos ojos centelleantes clavados en ella.

Juana permaneció inmóvil, aterrada. Su crispada garganta no pudo articular ningún sonido, ni su brazo, inerte, supo alcanzar el cordón de la campanilla. En aquel instante, los puntos luminosos cambiaron de sitio. Entre la oscuridad se agitó una sombra que inesperadamente dio un salto. Juana de Kergaz, estremecida, trémula de terror, vio caer a sus pies un hombre que, con la ligereza de un tigre, se había arrojado desde las ramas del tilo al pavimento del gabinete. Aquel hombre que heló la sangre de sus venas era don Iñigo de los Montes.

-Señora -dijo el hombre, saludándola cuando la mu- jer creía ser víctima de una pesadilla-. Perdone que haya llegado por tan peligroso camino, y permita que en pocas palabras le explique mi conducta.

Rocambole se expresaba con gran calma y su voz era tan natural y tranquila que Juana se preguntó si, en realidad, algún motivo imperioso y grave le habría obligado a seguir aquel camino. Muda e inmóvil, lo contempló con estupefacción y no se atrevió a pedir socorro.

-Señora condesa -añadió el falso marqués, llevándose la mano al corazón-. Soy un caballero y sé el respeto que le debo. No me condene sin escucharme. Si entré aquí, si

me introduje en su casa en medio de la noche, como un ladrón, fue por un motivo imperioso, de esos que no admiten réplica e impulsa una necesidad fatal. No haga que me echen sin haberme oído.

Su voz era tan suplicante y respetuosa que Juana recobró algo de sosiego y pudo hacerle un gesto tembloroso, animándole a hablar.

-Lo que tengo que revelarle, señora -dijo don Iñigo- es un secreto que ni su esposo ni nadie debe saber. Llegar hasta aquí estando el conde era imposible; presentarme ante sus criados, comprometedor... Y no obstante debía venir y decirle ese secreto que me ahoga y que llevo aquí -agregó con vehemencia, llevándose las manos al corazón, lo cual hizo estremecer a la condesa.

-Señor marqués... -replicó ella con altanería, pero sin dominar por completo la tensión nerviosa que la embargaba.

-¡Oh! -exclamó Rocambole, poniéndose de rodillas ante ella-. Escúcheme un instante.

Juana se quedó inmóvil, sin fuerzas y sobrecogida nuevamente, con la respiración contenida, como si fuera un reo esperando la lectura de su sentencia de muerte.

-Señora condesa, he nacido en regiones cálidas donde el hombre, rey de la naturaleza, no se irrita contra los obstáculos más que para vencerlos. Vine a París atraído por un móvil misterioso. Tengo veinticinco años, poseo una fortuna fabulosa y soy soberano de inmensas tierras donde hombres y rebaños me pertenecen. Quiero decir que todo ello he venido a ponerlo a los pies de la mujer que deseo por compañera, de la que quiero ser esclavo convirtiéndola en mi reina. A esa mujer, que he encontrado, que adoro y de la que me separan las leyes y las preocupaciones sociales. Juré conquistarla y llevármela bajo el cielo azul de mi país...

-Señor, ¿era para decirme... esas cosas insensatas...? -balbució Juana, temblando y esforzándose por contener su temeraria elocuencia.

-Sea lo de insensatas -agregó don Iñigo-, pero son ciertas, verdaderas, salidas del corazón.

-¿Ha olvidado quién soy? -replicó ella, tratando de mostrarse altiva.

-Nunca, señora. No lo olvido, ni puedo olvidarla porque la amo. La que amo, la que juré conquistar, ese ser adorado por el cual estoy dispuesto a suprimir todos los obstáculos que encuentre. Esa mujer es usted.

Había dado un paso hacia Juana para apoderarse de sus manos e intentar besarlas con apasionamiento. Esto conmovió a la mujer y la hizo reaccionar lanzando un grito de socorro y llamando:

-¡A mí, Armando! ¡Auxilio!

-El no está aquí -musitó sonriendo, el falso marqués-. No vendrá y usted...

Apenas había pronunciado aquellas palabras, la puerta se abrió violentamente y entró un hombre con el rostro encendido, un hombre que se dirigió rápidamente a don Iñigo y le abofeteó, mientras exclamaba con voz atronadora:

-¡Canalla!

Al ver al amigo y hermano adicto de su esposo, Juana ahogó un grito de alegría y le contempló, temblando aún, pero más tranquila mientras murmuraba:

-¡Ah, me salvé!

En aquellos momentos, el vizconde Andrés no era el hombre de frente humilde, encorvado bajo el peso de los remordimientos y sin atreverse a levantar la vista. Por el contrario, un destello de ira iluminaba su rostro y le comunicaba un reflejo bélico y terrible. Juana creyó ver en él al mismo Armando de Kergaz defendiendo la honra de su blasón y dueño de toda la altivez de su raza.

-Es preciso, señora -dijo el vizconde, encarándose con ella-, que las tres personas

que hay aquí guarden el mayor secreto del ultraje que le han inferido -y viendo que ella callaba, se volvió a don Iñigo y agregó-: ¡Es usted un cobarde!

-¡Señor! -replicó el fingido brasileño, dentro de su papel.

-Escoja entre escucharme con calma o hacer el menor movimiento -indicó el vizconde, poniéndole una pistola ante el pecho-. Le levantaré la tapa de los sesos. La mujer a quien ha tenido la audacia de ultrajar es la esposa de mi hermano. Lo que significa que uno de los dos sobra en este mundo.

Don Iñigo de los Montes se inclinó ceremoniosamente.

-Así pues -continuó el vizconde-, es preciso que nos batamos sin que se pueda sospechar la causa de nuestro desafío, y como tengo su vida en mis manos, usaré el derecho de respetarla si me da palabra de guardar silencio sobre cuanto aquí ha sucedido.

-Se la doy. Nadie sabrá nada.

-Entonces, vuelva a París y dentro de veinticuatro horas tendrá noticias mías. Nos batiremos a pistola. Don Iñigo hizo un gesto de evidente repugnancia. -Le comprendo, señor marqués, pero con la espada se hiere muchas veces y no se mata, y ya le dije que uno de los dos sobra.

-Perfectamente, señor vizconde -respondió con frialdad don Iñigo.

Se inclinó, saludó a la condesa y se dirigió a la ventana, para montar a horcajadas sobre ella y desaparecer.

-Tranquilícese, señora -dijo Andrés, volviéndose hacia Juana, que estaba pálida y muda, para cogerle una mano-. Ya no corre ningún peligro.

La voz de su libertador sacó a Juana de su ensimismamiento. Estrechó la mano del vizconde y se echó a llorar.

-Descanse un poco. Ahora ya no vendrá nadie a turbar su sueño. Yo velo por el honor de los míos. Y dio un paso para retirarse-. Buenas noches.

-¿Va a batirse, hermano mío? -murmuró Juana, con inquietud-. No lo consentiré. Yo no prometí nada y se lo diré a Armando para que lo impida.

-Si llega a enterarse de lo ocurrido es indudable que no me batiré, lo hará él, porque hay ocasiones en que la justicia humana palidece ante lo que se llama código del honor. Ese hombre, señora mía, es un miserable y si no se le castiga, dentro de ocho días irá vanagloriándose de haber penetrado a medianoche en esta casa.

-¡Qué infamia!

-¿Por qué ha de batirse Armando? -añadió Andrés, estrechando cariñosamente la mano de Juana-. El más noble y mejor de los hombres. Yo soy un desheredado, sin amor, sin familia...

-¡Eso es de ingratos! -exclamó la mujer-. Tiene una hermana..., una hermana que le quiere.

-Es cierto, pero no puedo olvidar mis crímenes pasados. Necesito esta ocasión para rehabilitarme, castigando a ese miserable o muriendo por la persona a quien tanto mal causé en el pasado.

Juana temblaba de pies a cabeza, sobrecogida por el recuerdo de aquel amor oculto que había descubierto.

-¡Dios mío! -exclamó Andrés, deteniéndose a escuchar-. Oigo el ruido de un coche. Armando vuelve y no conviene que me encuentre aquí. ¿Cómo explicar mi presencia en este sitio y a tales horas?

-Está bien, hermano mío. Adiós, entonces.

-No, no me marcharé así -dijo con firmeza Andrés.

-¡Dios santo! ¿Qué quiere?

-Su palabra de que todo quede en el mayor secreto. ¿Permitirá que me bata?

-¡Oh! -exclamó ella, vacilante-. ¡Esto es horrible! Está bien, rogaré a Dios por su persona con tanto fervor que me escuchará.

-Adiós -dijo él-. Hasta mañana.

Y se marchó del cuarto de Juana, mientras pensaba que todo le salía a pedir de boca. Murmuró así:

-¡Demonio! Compadre querido. ¡Eres mi protector!

CAPITULO XVIII

A la mañana siguiente, cerca del mediodía, Armando recibió en su despacho de París al vizconde Andrés. Este llegaba transformado, con una actitud solemne, la cabeza alta y la mirada serena. No aparecía como el hombre encorvado por los remordimientos, como tenía por costumbre, y ello no pasó inadvertido al señor de Kergaz. Este se limitó a mirar a su hermano y esperó a que, tras un preámbulo de vaguedades afectivas de hombre piadoso y arrepentido, le comunicara el motivo de tal cambio. Andrés sólo le dijo que pretendía batirse a pistola con el marqués de los Montes y que por tal motivo deseaba rogarle que fuera su padrino, aunque se proponía mantener en secreto la causa del duelo.

Armando no acababa de comprender aquello, pero accedió y se fue al hotel Maurice, para entrevistarse con don Iñigo. Allí esperaba averiguar el motivo de aquel encuentro, mas el brasileño se mantuvo fiel a su palabra y aceptó la cita para el día siguiente, a las siete de la mañana, en el bosque de Vincennes.

Como la moda de los duelos con un solo testigo había caído en desuso, el señor de Kergaz se dirigió a casa de Fernando Rocher para que éste fuese el otro padrino. Fernando vivía feliz y dichoso con Herminia desde el día en que Baccarat descubrió el engaño de Turquesa. Fernando lo había confesado todo a su esposa y Herminia se había hecho gran amiga de Baccarat, que la visitaba a menudo. Entre ambas solían hacer limosnas y socorros de todas clases.

El matrimonio y Baccarat, que en aquel momento tenía sobre sus rodillas al hijo de Fernando, charlaban animadamente haciendo la sobremesa, cuando anunciaron la llegada del conde de Kergaz. Baccarat se estremeció al tener un presentimiento. Armando estaba inquieto y se le veía apenado. La mujer en seguida pensó en sir Williams, con quien días antes había simulado una afectuosa reconciliación, durante la cual el baronet renovó su deseo de colaborar juntos. Pero Baccarat, que aún no estaba convencida del arrepentimiento del vizconde, sospechaba que tramaba alguna felonía porque, de repente, con aquella inusitada escena de reconciliación, sólo había conseguido reavivar el temor que abrigaba y con el que durmió durante los últimos meses.

El señor de Kergaz pidió a Fernando que fuera el segundo testigo en el duelo de su hermano contra don Iñigo. El misterio era muy extraño, ya que el brasileño había sido recomendado al conde. Y esto fue motivo suficiente para que Baccarat no estuviese tranquila. ¿Por qué se batía el vizconde? ¿Y quién era el marqués de los Montes?

Cuando salió de la casa de los Rocher, Baccarat acudió a reunirse con su fiel amigo y enamorado conde Artoff. El ruso se encargó de averiguar aquellos puntos. Acudió a entrevistarse con su gran camarada, el barón de Manerve. Este se puso muy contento al verle, pues hacía tiempo que el conde no frecuentaba los habituales rincones de sociedad. Le informó que uno de sus amigos, un joven irlandés llamado Jorge O'Brien, había trabado amistad con el marqués de los Montes en el hipódromo de Chantilly. La noche anterior, en la Opera, don Iñigo le había suplicado que le sirviese

de testigo en un duelo y que, además, buscara a otro caballero para el mismo fin. Ese otro caballero sería él, barón de Manerve.

Baccarat, enterada de estos pormenores, decidió ir con' el conde Artoff a presenciar el duelo entre el vizconde Andrés y don Iñigo. Se disfrazarían como lacayo y cochero, respectivamente, del barón de Manerve. Baccarat empezaba a sospechar que, desaparecido el vizconde de Cambolh como por arte de magia, el célebre marqués brasileño no era más que un burdo farsante actuando con el vizconde Andrés en una comedia hábilmente preparada por el cerebro de sir Williams.

La víspera del duelo, el señor de Kergaz había llevado a cabo todos los preparativos necesarios para aquel grave y triste asunto. Fernando Rocher debía encontrarlos a la hora convenida. Armando había escogido un par de pistolas de precisión y ligeras, y obligó a su querido Andrés a que se ejercitase durante una hora haciendo blancos en una chapa de hierro colocada en el fondo del jardín de su casa. Andrés se mostró tranquilo y habló con Armando de las diversas obras de caridad que éste le había encomendado. Se retiró temprano y durmió como un bienaventurado hasta las cinco de la mañana, en que Armando le despertó. El vizconde Andrés se vistió como los caballeros, abandonando el levitón de corte casi eclesiástico que habitualmente llevaba.

Fernando Rocher se presentó a buscarlos y poco después los tres se pusieron en marcha. El vizconde y sus testigos fueron los primeros en llegar. El marqués de los Montes llegó poco después, con sus testigos y el falso lacayo. Desde lo alto de su asiento, Baccarat vio a Armando, a Fernando y a Andrés, detenidos al pie de un árbol, mientras que su coche se hallaba a corta distancia. Al ver a Andrés completamente transformado, no dejó de pensar en si el duelo sería real.

Mientras los testigos se ponían de acuerdo, el conde de Kergaz se sentía con el corazón oprimido por una emoción penosa. Andrés lo tomó del brazo y, apartándolo un poco de los circunstantes, dijo, mostrando la mayor calma:

-Querido Armando, es posible que dentro de diez minutos haya muerto, y no quiero que así sea antes de que me hayas hecho una promesa.

-¡Calla! -murmuró el conde, sintiendo que la sangre se agolpaba en su corazón-. ¿Cómo puedes dudar que tus deseos no sean sagrados para mí?

-Júrame que si muero harás lo que voy a pedirte.

-Te lo juro.

-Bien. Júrame que irás a Bretaña, a Kerloven, donde pasarás dos meses y que mañana, a lo sumo, emprenderás el viaje.

-Pero... -balbució Armando.

-Silencio. Me has hecho una promesa. Cuando estés en Kerloven, abrirás esta carta y lo sabrás todo. Si no me matan, me la devolverás.

-¿Y no tendré que ir a Kerloven, ni sabré nada? -Sí, quizá... más adelante.

Fernando vino a interrumpir aquella rápida conversación. Las pistolas estaban cargadas. Había llegado el momento solemne. Baccarat, desde lo alto del pescante, no perdía detalle. No oyó lo que hablaban Andrés y Armando, pero vio cómo el primero entregaba un sobre al conde. Por un momento temió que ambos adversarios matasen al conde de Kergaz,, porque desde que había oído y visto a don Iñigo tenía la convicción de que era el vizconde de Cambolh, disfrazado. Artoff la tranquilizó. Entretanto, los adversarios se habían puesto frente a frente y Fernando, usando su derecho como testigo del ofendido, dio tres palmadas y dijo:

-¡Adelante, señores!

El vizconde y don Iñigo dieron un paso tan lentamente que Baccarat creyó que acababan con sus nervios. Don Iñigo disparó primero. La bala se perdió entre las

ramas y Baccarat, que había cerrado los ojos al ver el fogonazo, respiró con fuerza. Tres pasos más y el marqués disparó su segunda pistola, sin que la bala tocase a nadie. Entonces arrojó las pistolas al suelo y se cruzó de brazos tranquilamente, mientras esperaba la muerte.

Entre los testigos hubo un momento de cruel ansiedad. El vizconde seguía avanzando lentamente, hasta que por fin tuvo el cañón de su pistola apoyado en el pecho del marqués. Este, poco antes, había gritado con voz enérgica:

-¡Tire ya, señor!

-Esto no es un desafío, sino un asesinato -murmuró el barón de Manerve.

Sin embargo, el vizconde no ejerció su derecho a disparar. Como los testigos se acercaban apresuradamente, levantó la pistola y dijo al marqués de los Montes:

-Su vida me pertenece, señor.

-Tómela, entonces -respondió don Iñigo, que estaba lívido.

-No. Le perdono a condición de que jamás hable a nadie del motivo de nuestro desafío. Y que nunca vuelva a repetirse lo sucedido.

-Lo prometo.

-El honor está satisfecho -dijo Andrés, levantando al aire las pistolas y disparando-. Declaro que tengo al señor marqués de los Montes por un perfecto caballero.

El señor de Kergaz, que había vivido un siglo en aquellos minutos, se arrojó en brazos del vizconde y le dijo, en voz baja y emocionado

-Tienes un corazón grande y noble, hermano mío. Sabes perdonar.

-Quisiera -respondió Andrés, con voz tan ahogada que sólo fue escuchada por el conde- que también Dios me perdonara.

-He aquí cómo acaban siempre estos asuntos -comentaba a su vez Manerve con el otro testigo-. Nosotros quedamos en ridículo, mientras los adversarios se retiran cogidos del brazo. Todo se reduce a un madrugón y a dar un paseo para abrir el apetito.

din embargo, no se dan la mano -observó Jorge O'Brien, viendo que Andrés y don Iñigo se alejaban después de saludarse fríamente.

-¿Está usted loco, mi querido amigo? -murmuró, displicente, Manerve, que acababa de encender un cigarro-. Eso sería tanto como desplumar juntos el pato que almorzarán más tarde.

El barón se dirigió hacia su carruaje sin esperar a don Iñigo, que se entretuvo charlando con su otro testigo. Armando, Fernando Rocher y Andrés ya estaban en su coche y abandonaban el lugar. El conde Artoff hizo dar vuelta al carruaje, mientras decía a Baccarat:

-Es indudable que esto fue una farsa. Don Iñigo pudo matar a Andrés como a un pichón. Tira maravillosamente.

-Opino lo mismo -dijo la mujer-. Por eso necesitamos la clave de este enigma.

-Tranquilícese. La tendremos.

Una hora más tarde, Baccarat y el conde Artoff habían recobrado su aspecto habitual y se entrevistaron con la señora Saint-Alphonse, a quien había citado su amiga. Baccarat estaba dispuesta a pagar bien a su amiga para que sedujese a don Iñigo en el baile que, al día siguiente, ofrecería en su casa el barón de Manerve. Estaban dispuestos a averiguar quién era el marqués de los Montes.

Entretanto, el vizconde Andrés regresaba con sus testigos a la casa del conde de Kergaz. Cuando el coche entró en el patio, Juana se hallaba asomada a una ven-

tana con la mirada fija en la cochera. Andrés sonrió por satisfacción al comprobar que no se había equivocado La pobre mujer había pasado la noche rezando y su. plicando para que Dios conservase la vida del hombre que iba a batirse por ella.

Librodot

Andrés se asomó por la portezuela y Juana lanzó una exclamación de alegría, a la vez que se retiraba bruscamente y, sin voz ni fuerzas, caía exhausta en un sillón. Mientras los dos hermanos subían al piso principal, Andrés pidió en voz baja:

-Devuélveme la carta.

-¿Y no sabré nada? -inquirió Armando.

-Sí, más adelante, en Kerloven.

-Entonces, quieres que vayamos a Kerloven.

-Te lo ruego, y si puede ser esta noche, mejor que mañana.

-Bien. Continúe el misterio y vayamos a Kerloven. Se lo diré a mi esposa -murmuró el conde, quien momentos más tarde entraba en el cuarto de la condesa, a la que encontró tranquila y sonriente. Le comunicó la noticia. Y Juana, comprendiendo que el vizconde deseaba alejarla del marqués de los Montes, no hizo preguntas a su marido y se limitó a aceptar y preparar lo necesario para el viaje.

A las veinticuatro horas de celebrado el baile en casa del barón de Manerve, Baccarat recibió una carta de la señora de Saint-Alphonse, en la cual le comunicaba que «el hijo de los trópicos acabó por arrojarse a mis pies en el fondo de un saloncito desierto. Estaba enamorado y casi borracho como un mosquetero. El marqués tiene en el lado derecho del pecho una hermosa cicatriz triangular de una herida reciente. Sus rojos bordes apenas se cerraron. Además, como dormía profundamente, humedecí en esencia mi pañuelo y comprobé que sus negros cabellos eran teñidos. Espero nuevas instrucciones».

-Ahora ya están aclaradas mis dudas -comentó Baccarat, después de leerle la carta al conde Artoff-. El marqués de los Montes y el vizconde de Cambolh son la misma persona.

-Y ahora, ¿qué hacemos? -inquirió el conde, tan convencido como ella de la evidencia.

-Tendremos que decidirlo. A propósito, ¿le he dicho que los señores de Kergaz y ese miserable de sir Williams se marcharon ayer tarde? Ignoro a qué viene tan

precipitado viaje, pero temo que sea una nueva maquinación de ese hombre infernal.

-Posiblemente.

-Es necesario que el pretendido marqués caiga en nuestras manos hoy mismo, y que esta noche nos confiese qué nueva infamia prepara sir Williams.

-Todo eso es muy interesante, pero habrá que encontrar alguna manera de conseguirlo -indicó el conde-. Ese hombre debe vivir prevenido. Además, no es fácil secuestrar a un individuo en un hotel. Intervendría la policía.

-Pues no queda otro remedio. Tiene que hablar o nos veremos obligados a matarlo dijo Baccarat, y después de un instante de reflexión, añadió-: La SaintAlphonse puede seguir ayudándonos. Posee una finca a dos leguas de París, a orillas del Marne, en Charenton le Pont. Lo cita allí para esta noche y damos el golpe.

-Prefiero eso a la calle de Saint-Lazare -replicó el conde.

-Entonces, manos a la obra.

Baccarat cogió una pluma y empezó a escribir a su amiga Saint-Alphonse.

Sin embargo, la antigua cortesana no se hallaba al corriente de lo que realmente sucedía. De saberlo no hubiera estado dispuesta a abandonar su casa aquella noche, ni pensaría en detener al falso marqués de los Montes. Porque Rocambole, siguiendo órdenes de sir Williams, había estado la noche anterior poniendo en marcha la máquina de destrucción.

Había acudido a una taberna de la avenida del castillo, en el bosque de Vincennes, para encontrarse con John Bird, un hombre regordete, de poca estatura, hombros

cuadrados y enormes extremidades. Este inglés era capitán de un barco llamado «Fowler». Antiguamente había servido a las órdenes de sir Williams en Londres, y ahora estaba dispuesto a llevarse hacia Oceanía una preciosa carga que le proporcionarían Rocambole y Ventura, con la ayuda de la tía Fipart. Rocambole advirtió en seguida un peligro en Bird. El marino quería pasar por un hombre honrado a los ojos del conde Artoff, el cual, en Amsterdam, había salvado de morir en un incendio a la mujer que Bird amaba. No temía que le fuese con el cuento del rapto del conde, pero si descubría a Baccarat con Artoff, todo estaría perdido. No hizo partícipe de sus temores al capitán ni de los peligros que acechaban a Baccarat y a Artoff, y sólo se limitó a preparar el rapto y quedar citados para el día siguiente. De regreso al hotel Maurice, Rocambole pensó en la conveniencia de suprimir al conde Artoff. Descartó al comandante Carden, pues si éste aceptaba le exigiría más de cuarenta mil francos; en cambio, Ventura sería capaz de apuñalarle a la vuelta de la esquina y se contentaría con mil escudos. A la mañana siguiente se lo dijo a su criado negro.

-¡Ah! Si es el conde Artoff -le dijo Ventura-, vale diez mil francos o nada.

-Sea, cinco mil antes de su muerte y cinco mil después de ella -admitió Rocambole.

-Venga el dinero -pidió Ventura, alargando la mano.

-Espera. Tendrás tiempo para todo. Antes quiero lo de la chica. Urge más.

-Sé cuáles son las costumbres de Artoff : se retira a las doce y antes de acostarse suele fumar dos o tres cigarros en su jardín. Puedo entrar allí. Conozco a su cochero desde cuando estuvo en casa de la Malassis. Me lavaré la cara y estaré allí como en mi casa, y esta noche queda resuelto el negocio. Vengan los cinco mil.

-¡Diablos! Si es así, voy a dártelos inmediatamente -exclamó Rocambole, sacando de su secreter cinco billetes, que alargó a Ventura-. Ahora ve a ver a la Fipart y que te diga cómo va el asunto.

Ventura se marchó y una hora más tarde regresó al hotel, para comunicar al fingido marqués de los Montes:

-La señora Charmet acaba de salir, dejando en casa a la judía. Ha dicho que no volverá esta noche. Ya tengo las llaves. A las diez no hay un alma por la calle de Buci. Podemos dar el golpe tranquilamente.

-Me conviene esa hora, porque a las once tengo una cita.

-¿De amor? -preguntó cínicamente el criado.

-En algo hay que pasar el tiempo -respondió, con sonrisa fatua, Rocambole.

-Pues yo me cuidaré de hablar esta noche con el conde Artoff -dijo fríamente Ventura-. ¡Pobre hombre! ¡Morir tan joven!

A las diez de la noche, tres sombras silenciosas exploraban sigilosamente la fachada y las puertas de la casa de la señora Charmet. Baccarat había abandonado el piso de la calle Buci para ir con el conde Artoff a la finca de la Saint-Alphonse y preparar la trampa al marqués de los Montes. Por lo cual, las tres sombras entraron en la casa con suma facilidad.

-Echad el cerrojo -advirtió Rocambole, cuando Ventura cerraba-. Y ahora, mamá, guíanos.

-Con los ojos cerrados, hijo mío -respondió la cascada voz de la tía Fipart, y añadió con burla-. Esta señora es muy simpática, no tiene esos perrillos que me dan tanto asco.

-Mamá -dijo Rocambole, después de pasar el vestíbulo-. Si estás tan enterada de todo, no hay necesidad de encender luz.

-Aquí no, pero sí en el cuarto de la chica. Habrá que vestirla.

-Debemos retorcerle el cuello al viejo -murmuró Ventura.

-Es una tontería. ¿No ves que está durmiendo? -reprendió Rocambole.

Librodot

La Fipart cogió de la mano a Rocambole y lo introdujo en el cuarto de la doncella. Margarita tenía el sueño pesado y no hubiera despertado, pero Rocambole tropezó con una silla. La Fipart se arrojó sobre la muchacha y con sus huesudas manos oprimió su cuello mientras le decía:

-¡Calla o te mato!

La criada intentó resistir y gritar, pero Rocambole la amordazó inmediatamente. La Fipart encendió la luz y Margarita la contempló con terror al reconocer a la mendiga que unos días antes había estado allí pidiendo limosna.

-No somos ladrones -advirtió Rocambole-. Pero te conviene estar callada y quieta.

La ataron fuertemente con las sábanas. Luego, la Fipart empujó la puerta del cuarto de Baccarat, donde dormía Sara. La luz despertó a la muchacha judía, que se incorporó, preguntando:

-¿Es usted, señora?

-Vengo de su parte -respondió la vieja, suavizando la voz-. Silencio.

La adolescente retrocedió hasta el extremo del lecho, al ver la horrorosa cabeza de medusa de la Fipart, y apenas pudo ahogar un grito de terror. La negra faz de Ventura acababa de aparecer ante sus ojos y la dejó inmóvil de espanto.

-Dame la luz, mamá -pidió Rocambole-, y despacha pronto.

La viuda del pobre Nicolo aprovechó el pavor de la niña para hacer con ella lo mismo que con Margarita.

-Si no obras como te mando, te mato -amenazó la Fipart, poniéndole un puñal en el pecho-. Sin quitarte la mordaza, vas a vestirte y seguirnos inmediatamente.

Sara, temblando de terror, se vistió como pudo. Luego le quitaron la mordaza, para que no llamase la atención por la calle, y los raptores salieron con ella sin que la niña hubiera intentado pedir socorro. Al llegar al muelle, Rocambole dijo a Ventura

-Ahora acompaña a la niña a la Villette y después... -Lo de los diez mil. Prepare el dinero, que mañana estará todo terminado.

-Mañana me marcho a Bretaña -repuso Rocambole-. A las ocho estaré en camino. Esto fue orden del jefe, pero tengo el presentimiento de que nos traerá desgracia. Los negocios de mujeres echan a perder los de los hombres.

Abandonó a los raptores con su víctima y fue a reunirse con John Bird, que le esperaba en el lugar convenido.

-Ya _ está todo arreglado -le dijo-. Mi negro se apoderó de la niña.

-¿Sin mí? -masculló el marino-. ¿Tan fácil era? -Tan fácil que a esta hora ya está a la sombra. Mañana podrá verla.

-Y de paso me enteraré si mi antiguo capitán sigue con su buen gusto.

-¡Curioso! -reprochó Rocambole, riéndose y cogiéndole amigablemente del brazo. Añadió-: Acompáñeme hasta la calle Saint-Lazare y hablaremos de la joven a quien debe entregar a los salvajes.

En la casa de la Saint-Alphonse entregaron a Rocambole una carta citándole en Saint-Maurice, la finca que la mujer tenía en Charenton le Pont.

-¡Rayos! -exclamó el joven, después de leer la carta-. Estas mujeres lo ven todo muy fácil. Supone que estoy tan enamorado que recorreré tres leguas de noche y lloviendo para verla. ¡Vaya vanidad!

Se reunió con John Bird, que se prestó a acompañarle. Buscaban un coche cuando apareció uno desocupado que les ofreció sus servicios. Ambos se instalaron en él y el vehículo partió velozmente. Aquello alertó a Rocambole, que observó el caballo. Tenía demasiada ligereza y fogosidad para ser de coche de punto. El cochero no apelaba al látigo y lo excitaba con la voz, como a los animales de raza. Pero al llegar al poblado, las palabras del cochero le tranquilizaron. Luego, al ver la casa a la orilla

Librodot

del río, rodeada de silencio y quietud, volvió a ponerse en guardia.

-Amigo mío -dijo a Bird-. ¿Querrá hacer el favor de esperarme diez minutos? No sé si me ocurrirá algo, pero me agradaría saber si acudiría en caso de que lo llamara.

-Acudiré con estos amigos -respondió el marino, señalando las pistolas que guardaba en los bolsillos-. Aunque hacen demasiado ruido, son útiles.

-Llevo un puñalito. Si dentro de diez minutos ni llamo ni he salido, puede marcharse. Ya nos veremos dentro de ocho días a gordo del «Fowler».

-¡Adiós, y buena suerte! -saludó Bird, permaneciendo cerca del cochero, que se disponía a echar un sueño.

Rocambole atravesó el jardín. Al entrar en la casa, la escalera estaba a oscuras. Se disponía a seguir avanzando, cuando alguien le cogió de la mano y dijo con una voz que le hizo estremecer

-Sígame por aquí..

Se encontró en una habitación profusamente iluminada, donde se hallaba la señora Saint-Alphonse. La persona que le guiaba le soltó y él no pudo ver su rostro. La Saint-Alphonse le miraba con una atención que en principio la tomó por curiosidad.' De pronto, la mujer dijo:

-En verdad, marqués, que hay parecidos extraños. Fíjese, si no fuera tan moreno y casi aceitunado -y la Saint-Alphonse volvió a escrutarle con atención tan singular que hizo estremecer a Rocambole-, diría que se parece como una gota de agua a otra a un rubio que conocí. Un sueco llamado vizconde Cambolh.

-No le conozco -dijo don Iñigo, sonriendo a pesar de su turbación.

-Es posible. Hace tres meses que desapareció de París y no ha vuelto a saberse nada de él.

-Hace quince días que he llegado, y lo siento, porque me hubiera gustado conocerle.

-Mi doncella sabe su historia mejor que yo.

-¿Qué historia?

-La del vizconde de Cambolh. Parece que era un miserable, un aventurero al que recibían en todas partes, incluso en casa de los marqueses de Van Hop.

Rocambole quedó sumido en una profunda perplejidad. ¿Qué significaba aquello? Pero trató de no pestañear y continuar sonriendo.

-Según parece, estuvo a punto de morir -comentó la Saint-Alphonse-. Le dieron una puñalada precisamente ahí.

Señaló el sitio donde don Iñigo conservaba la cicatriz y esto inquietó demasiado a Rocambole, que preguntó:

-¿A qué viene hablarme del vizconde, querida amiga?

-Por el parecido.

-El era rubio y yo soy moreno. No veo...

-Mi doncella sostiene lo contrario. Ahora verá. -Y la mujer llamó.

Abrióse la puerta y apareció una mujer alta y esbelta que Rocambole no reconoció hasta que, acercándose a él, saludó con acento burlón:

-Buenas noches, señor de Cambolh.

Rocambole se sintió perdido y, sabiendo cómo actuaba Baccarat, tuvo intenciones de utilizar el puñal que llevaba y atacar a las dos mujeres. Pero inmediatamente, antes de que pudiera sacar el puñal, se abrió otra puerta y apareció el conde Artoff, amenazándole con dos pistolas. Pensó pedir socorro a su amigo Bird, pero recordó que el marinó profesaba ciega amistad al conde Artoff y ello equivaldría a condenarse irremisiblemente.

«Bien -pensó-. He caído en una trampa. No puedo negar nada, y si me salvo, será

Librodot

confesándolo todo.»

Baccarat y Artoff se habían colocado delante de él, y la primera dijo con sequedad:

-La última vez que nos vimos, señor de Cambolh, fue en casa de Dai-Natha. Es posible que no recuerde bien los acontecimientos que hicieron memorable aquel encuentro.

-Sí -respondió descaradamente Rocambole, que has. ta entonces no había pestañeado-. Era el amante de Dai-Natha, a quien hallé muerta y me dieron una puñalada.

-Jamás fue el amante de Dai-Natha, ni el hijo de la vieja que le reclamó en el hospital. Y no hable con ese acento, no hay tiempo que perder y ya nos conocemos bastante -replicó enérgicamente Baccarat-. Un caballero no cambia de nombre ni se asocia con «El Club de las Sotas de Copas», ni se hace cómplice de ese miserable de sir Williams.

-Bien, pero, ¿qué quieren de mí? -inquirió Rocambole, fingiendo turbación-. ¿Pretenden matarme?

-Si no quiere hablar y decirnos cuanto sabe, el señor conde sabrá el modo más fácil para que no nos vuelva a molestar con sus intrigas -dijo Baccarat.

Artoff montó el gatillo de una pistola y apuntó a Rocambole. Este comprendió que no le quedaban ni dos minutos de vida y se decidió a confesar cuanto deseaban acerca de sir Williams. Luego hizo una declaración que firmó.

-Es probable que ahora nos crea el conde de Kergaz -comentó Baccarat.

-Estoy dispuesto a confesárselo de viva voz -añadió descaradamente Rocambole.

-Lo veo difícil, mi querido amigo, pues morirá dentro de unos instantes. Con esa confesión, no le necesitamos para desenmascarar a sir Williams.

-¡Ah, no! -exclamó Rocambole, aterrado, pero tratando de ganar tiempo-. Eso es apresurarse demasiado. -Y sonrió forzadamente-. Aún me queda algo por contar. Mejor dicho, quiero venderlo.

-¿A cambio de su vida?

-No es suficiente, señor conde. Puede matarme, pero no obligarme a hablar -añadió Rocambole, con admirable serenidad-. Estoy seguro que una vez estalle la tempestad sobre la cabeza de uno de sus protegidos, se arrepentirá de haber rehusado mi proposición.

Baccarat, se conmovió al creer que un nuevo peligro acechaba a Fernando Rocher, o a Cereza.

-¿Acaso pretende poner precio a su secreto, sabiendo que va a morir? -preguntó Baccarat.

-Mi secreto vale cien mil francos -replicó con espantosa audacia Rocambole, pues había pensado que sólo perseguían a sir Williams. Sus planes habían caído por tierra. Ahora contaba con Ventura para asesinar a Artoff y con Bird para llevarse a Baccarat. No se perdería mucho y él podría ir a Bretaña y dar la estocada al señor de Kergaz. Repitió, cada vez más convencido de que no se atreverían a matarle-. Cien mil francos es mi última palabra.

-¿Y si no tiene la importancia que cree?

-Puesto que su intención es matarme, me quita el talón después de muerto -respondió cínicamente Rocambole.

-De acuerdo -afirmó el conde.

Y se dispuso a extender un bono de cien mil francos, pagadero en París o Londres por Rothschild, que Rocambole se guardó calmosamente, mientras pedía permiso para sentarse, porque estaba un poco cansado.

-Venga, hable de una vez -exigió Baccarat, impacientándose ante aquella flema,

mientras la Saint-Alphonse permanecía muda de espanto.

-Debo advertirle que mi secreto se refiere al señor de Kergaz. Creo que se interesa mucho por él, ¿no es cierto? Pues bien, le quedan pocos días de vida. A su excelente hermano se le ocurrió la idea de matarle y casarse con la viuda para heredarlo.

Baccarat y Artoff se miraron estupefactos.

-¿Y saben quién es el encargado de matarlo? -preguntó con insolencia Rocambole-. Al conde lo matará en desafío un individuo que desde hace unos meses está aprendiendo una estocada maravillosa. Sir Williams espera en Kerloven al asesino para prepararle una entrevista con la víctima en el dormitorio de la señora de Kergaz. El hombre pasará por un adorador audaz.

-¡Oh! -exclamó Baccarat, estremeciéndose-. No debemos perder ni un minuto. ¿Cómo se llama ese hombre?

-¿No lo adivina? -respondió, riendo, Rocambole-. Soy yo.

-¿Usted? -exclamó Baccarat, y empezó a reír a carcajadas-. Entonces no tiene nada que temer, porque los muertos no pueden hacer daño a nadie.

-¡Los... muertos...! -balbució Rocambole, palideciendo.

-Se equivocó al creer que revelando su secreto le perdonaríamos la vida -agregó el conde ruso-. Ahora ya no le necesitamos y el mejor medio para librar al señor de Kergaz es acabar con el espadachín encargado de asesinarle. ¿Tiene herederos?

-¡No quiero morir! -exclamó Rocambole, al despertar su instinto de conservación-. No pueden hacerme eso. Les he contado todo.

-Aún tiene dos minutos -dijo el conde, apuntándole. Luego golpeó el suelo por dos veces con el pie y aparecieron dos servidores asiáticos-. Decid, ¿quién ha de heredar los cien mil francos?

-Señor, permitidme al menos que muera con la dicha de sentirme rico. No hay más heredero que yo. ¿Acaso quiere echarme al agua?

-Sí, vivo y encerrado en ese saco -replicó Artoff.

Mientras los cosacos se cuidaban de Rocambole, Baccarat se llevó a un rincón al ruso y le rogó que no lo matara.

-Esta mañana me dio amplia libertad y haré uso de ella -respondió el ruso-. Llévese a esa pobre señora, que se ha desmayado, y déjenos solos.

Baccarat confiaba en la clemencia del conde, por lo que cogió de la mano a la Saint-Alphonse y la condujo al tocador, mientras Artoff se encerraba con Rocambole y los cosacos. Indicó a Rocambole que debía meterse en el saco para que los cosacos lo atasen y lo arrojaran al Marne. Rocambole, al ver que lo dejaban libre de pies y de manos, aceptó inmediatamente y minutos más tarde los cosacos abrían una ventana y lo arrojaban a las frías aguas del río, que corría a los pies de la casa.

Una hora más tarde, Baccarat regresaba a su casa y descubría a Margarita amordazada y gimiendo sobre su cama. La desató y le preguntó qué había sucedido y quiénes se habían llevado a la pequeña Sara.

-Una vieja..., un joven y un negro.

-Ya sé quiénes son. Es el criado negro de don Iñigo, y ese miserable acaba de morir sin revelar la verdad. Avisemos a Artoff.

CAPITULA XIX

Hacía ocho días que los señores de Kergaz y el vizconde Andrés habían llegado a

Kerloven. En apariencia, era una familia tranquila. Andrés hacía vida retirada. Paseaba continuamente a pie o a caballo y sólo se reunía con Armando y con Juana a las horas de comer. Estos respetaban sus caprichos, a pesar de lo cual el conde tenía grandes deseos de pedirle ciertas explicaciones respecto a su duelo con don Iñigo. Aquella mañana, a punto de salir Andrés a caballo, le abordó Armando y el vizconde confesó lo que el conde de Kergaz estaba sospechando desde el día del duelo : Andrés se había batido porque aquel miserable se atrevió a ultrajar a Juana.

Andrés abandonó a su hermano, presa de viva agitación, pensando que todo había salido estupendamente y sólo le faltaba encontrar a Rocambole en Saint-Malo, para proporcionarle la entrevista con Armando aquella misma noche.

Cuando llegaba a la población de Saint-Mato, le salió al encuentro un joven con blusa blanca. Silbaba con toda la desvergüenza de un pilluelo de París y al llegar junto al jinete, llevó la mano a la gorra y le preguntó por el camino a Vannes.

-¡Pardiez! -exclamó el vizconde, al reconocer a Rocambole-. Estás irreconocible. Mi buen hermano ni te conocería.

-¿Sabe de dónde vengo, querido tío? -preguntó, medio burlón y molesto, Rocambole.

-Supongo que de París, ¿no?

-¡Quia! Del otro mundo.

-¿Estás loco? No tienes cara de resucitado.

-Pues lo soy. -Y Rocambole le hizo una señal para que le siguiera hacia la salida del pueblo, caminando a pies-. Me arrojaron al Marne y me hubiera ahogado de no despabilarme a tiempo.

-Pero, ¿quién quiso ahogarte?

-Baccarat y el conde Artoff -respondió Rocambole-. Felizmente llevaba un puñal que me permitió abrir el saco y salir nadando.

Y refirió cuanto había ocurrido, mientras sir Williams se estremecía de espanto. Sólo omitió que había confesado a Baccarat lo que sabía y cobrado al conde cien mil francos. Pero agregó que a la mañana siguiente de su zambullida, la viuda Fipart había visto a Ventura y a John Bird muy satisfechos cabalgando hacia el «Fowler», por lo que deducía que Artoff había muerto y Baccarat iría a engordar la panza de los caníbales de Oceanía.

-Ahora comprenderá, querido tío, por qué una vez convencido de la muerte del conde y confiando en John Bird vine a reunirme con usted.

-Bien, pues apresurémonos. Esta noche te presentarás en Kerloven. Armando quiere matarte. Disfrázate de don Iñigo y acude al castillo a las ocho; te daré las instrucciones necesarias para que llegues hasta Juana.

Cuando se separaron, Andrés fue a la oficina de correos. Rocambole había convenido con Ventura que, una vez despachado el conde, escribiese al vizconde a SaintMato. Allí había una carta que carecía de firma y decía:

«El Havre.

»Rusia derrotada e Inglaterra triunfante. El 'Fowler" embarcó mercancías para las islas Marquesas. ¡Vivan los salvajes! El 'Fowler" fondeará tres días en Saint-Malo. Las personas que se interesen por el cargamento para los salvajes deben subir a bordo antes que el barco leve anclas.»

-¡Oh! En verdad es perfecto -exclamó sir Williams-. El conde, muerto. Baccarat, en poder de John Bird. Tendré que ir a decirles adiós.

Pero antes de hacerlo, regresó a Kerloven, y a la hora señalada se reunió con Rocambole, ya disfrazado de don Iñigo. Le indicó el camino a seguir para penetrar en la casa y llegar hasta Juana.

-Cuando haya despachado al conde, ¿qué hago?, -le preguntó Rocambole, al saber que él no estaría en el castillo cuando sucediese la tragedia.

-Escapa. Procura lavarte la cara en el primer arroyo que encuentres, para no ser mulato, y acude a SaintMalo. Te esperaré en el «Fowler», que te llevará a Inglaterra. Juntos despediremos a la desdichada Baccarat.

-Una palabra aún. ¿Está seguro de que se casará con la viuda de Kergaz, querido tío?

-¡Pardiez! -exclamó el baronet, montando a caballo para marcharse-. Lloraré tan desesperadamente a su esposo que Juana se creerá en el deber de endulzar mi amargura y buscar un protector para su hijo. ¡Repetiré la historia de mi padre! -concluyó, mientras espoleaba el caballo y se alejaba.

-¡Qué hombre! -murmuró con admiración Rocambole. Después se dirigió al jardín a través de la oscuridad. Divisó luz en el pabellón de trabajo del conde y durante un momento se asomó para espiar cómo mo- delaba arcilla. Armando no había perdido su afición a la escultura. Luego, Rocambole se encaminó a la casa.

Penetró en el castillo y fue hasta el salón gótico que le había indicado sir Williams. Allí dio dos golpecitos dis- cretos y una voz dulce de mujer le invitó a pasar.

Rocambole empujó la puerta y se detuvo en el umbral. Cerca de la chimenea distinguió a la condesa, sentada a la entrada y haciendo labor.

-¿Eres tú, Armando? -preguntó Juana, volviéndose a medias, convencida de que el visitante era su marido.

La luz de una lámpara daba de lleno en el rostro de don Iñigo, y Juana, al reconocerle, lanzó un estridente grito de espanto que llegó a oídos del conde de Kergaz.

-Juana, querida mía -dijo de repente Rocambole, arrojándose a sus pies-. Perdóneme..., pero he arros- trado los mayores peligros, he desafiado todos los obstáculos sólo por verla... Juana, Juana... ¡No me huya, no me rechace!

Apenas dicho, de manera apasionada, aquel aluvión de palabras, cayó un hombre en medio de la sala y se arrojó sobre Rocambole con el ímpetu de un tigre.

-¡Miserable! -exclamó el conde, zarandeando violentamente a Rocambole-. ¡Voy a matarte como a un perro!

-¡Socorro, asesino! -gritó el falso marqués, al sentirse asfixiado por la convulsa mano que apretaba su garganta.

Aquellas palabras paralizaron a Armando. Soltó a Rocambole y dio un paso atrás, mirándole con desprecio.

-Está bien, miserable. Aunque hayas entrado como un- malhechor y venido a ultrajarme, no quiero matarte sin que te defiendas. -Y arrancó dos espadas de la panoplia que existía sobre la chimenea.

La condesa lanzó un grito de angustia y cayó desmayada. Los criados, que acudieron al oír las voces, vieron a los dos hombres armados y no pudieron intervenir. El conde les ordenó atender a su esposa y luego hizo salir a Rocambole al jardín.

-¡En guardia! ¡En guardia! -gritó Armando, apenas habían llegado a una explanada junto a su pabellón de trabajo-. ¡Traed antorchas!

Los servidores del conde, en su mayor parte ancianos chouans educados en las caballerescas tradiciones de los armoricanos, sus antepasados, no se atrevieron a impedir el combate que iba a sostener su joven amo. Ni siquiera se preguntaron quién era el adversario, de dónde había salido y cuál era el ultraje. Armando había pedido

antorchas y ellos las llevaron.

En medio de la noche, bajo las ventanas de aquel viejo caserón de muros recubiertos de hiedra y cuya vetusta arquitectura recordaba los tiempos heroicos, se encontraban dos bretones ancianos, a cabeza descubierta, las antorchas en la mano, iluminando a diez pasos uno de otro la espada del último de los Kergaz. Entre ellos se destacaban dos hombres que se median con la vista, prontos a cruzar los aceros que empuñaban sus manos. A corta distancia se veía a otros servidores arrodillados que oraban fervorosamente por el amo.

-¡Amigos míos! -gritó entonces el señor de Kergaz-. Si la desgracia llega y este hombre me mata, dejadle ir, pero, ¡velad por la condesa!

Y tras haber recomendado a su esposa, Armando blandió con impetuosidad la espada.

Desde lo alto del camino a Saint-Malo, el vizconde Andrés podía distinguir, a un lado, el castillo donde iba a morir el último vástago de una raza, asesinado por un espadachín, y en la rada, al buque que debía encerrar a su cruel enemiga Baccarat, reducida a la impotencia.

Sonrió con orgullo y pensó que al fin había logrado su tan anhelada venganza.

A lo lejos distinguió una llama que parecía surgir de las olas. Era la señal convenida con John Bird. Se dirigió al puerto, donde lo encontró esperándole con una canoa para llevarlo a bordo del "Fowler".

-Por cierto, capitán -le dijo el marinero inglés, cuando bogaban hacia su buque-. La dama es hermosa. Los salvajes la proclamarán reina suya.

-Preferiría que la comieran asada -respondió Andrés, sin contener su alegría.

El mar estaba tranquilo y en menos de veinte minutos llegaron al costado del barco. Durante la travesía, apenas habían hablado. Sir Williams se sentía embriagado por el triunfo. Una extraña debilidad lo conmovía en el instante en que el éxito coronaba su obra.

-Venga, capitán -dijo Bird, cuando subieron a bordo-. Va a ver a Baccarat. La hermosa prisionera se encuentra en mi camarote.

-Veámosla -replicó Andrés, y ebrio de alegría se detuvo en el umbral para contemplar a la hermosa mujer, la cual, tendida sobre un diván, parecía dormir.

-¡Ah! -exclamó Baccarat, como si despertase. Y sonrió al ver a sir Williams-. Es usted, señor vizconde.

-Se equivoca, querida -respondió Andrés, con acento sardónico-. Ya no soy el vizconde, sino sir Williams.

-Ya lo sé -replicó fríamente Baccarat-. Sé que lo del vizconde arrepentido fue una farsa y tras esa careta de hipocresía sir Williams continuaba paso a paso su venganza.

-Tiene un pico de oro, amiga mía -comentó burlonamente Andrés.

-Sé que el monstruo, ciego de furor por su fracaso -prosiguió con gran calma Baccarat-, me juró un odio mortal.

-No te equivocas en nada, hija mía.

-Tampoco ignoro que, prendado de la muchacha que tomé bajo mi protección, la raptó porque siente por ella una pasión insana.

-La pequeña es muy hermosa -confesó Andrés, satisfecho y sin pretender disimular nada-. La viuda Fipart está encargada de su educación.

-Se equivoca, capitán -dijo John Bird-. Sara se halla a bordo.

-¿A bordo? -repitió sir Williams, palideciendo de emoción.

-¡Ah! -exclamó Baccarat, en tono burlón-. Parece que hemos tocado el punto

vulnerable de la coraza. El hombre que se ríe de las leyes y de las cosas sagradas, el que blasfema y no da valor a la vida humana, se conmueve con sólo oír el nombre de Sara.

-Bien. Puesto que la chica está a bordo, amigo John -comentó Andrés, riendo suavemente-, :,por qué no vas a buscarla, en vez de escuchar los sermones de la señora Baccarat?

-Voy, capitán -respondió Bird, y dejó a los dos enemigos frente a frente.

-¿Sabes, pequeña? -dijo sir Williams, sonriente-, que te mostraste muy hábil en los asuntos de Fernando y de la marquesa? Me costaste siete millones, y poco faltó para que me saltases la tapa de los sesos.

-Debí haberlo hecho -comentó, sonriendo, Baccarat.

-Cierto -añadió él burlonamente-. Porque te pesará cuando conozcas la suerte que te reservo.

-¿Y cuál es?

-¡Cómo! ¿No lo adivinas? -Como ella encogiese los hombros sin perder su ánimo, prosiguió diciendo-: Estás a bordo de un buque cuyo capitán es de mi confianza. Se hará a la mar rumbo a Oceanía y su misión consiste en depositarte en cualquiera de aquellas islas salvajes. Tal vez tus hermosos hombros sean dignos de la mesa de un monarca antropófago.

Y se echó a reír, creyendo que Baccarat caería de rodillas y, llorando, le imploraría clemencia; pero la mujer se limitaba a sonreír tranquilamente y al final comentó

-Creo que se equivoca, porque no soy. yo quien irá a Oceanía, sino usted, querido vizconde.

Y al tiempo que pronunciaba aquellas palabras se abrió la puerta del camarote y apareció un hombre armado, cuya presencia aterró a sir Williams y le hizo retroceder, palideciendo.

-Siento, querido baronet, que me haya considerado muerto..., asesinado por un pretendido negro llamado Ventura -dijo afablemente el conde Artoff.

Desde el principio del combate, el conde de Kergaz y Rocambole se atacaron con encarnizada furia. La impetuosidad de Armando era tal que Rocambole no veía la manera de emplear su famosa estocada, y durante unos minutos no tuvo más remedio que defenderse de la fogosidad de su adversario.

Insensiblemente, el combate fue cambiando de lugar. Armando acosaba con vigor y sin descanso a Rocambole, el cual esperaba que se descubriese su adversario para tirar a fondo y asestar la estocada de los cien luises. Su pasividad y su huida enfurecían más al conde, el cual, en una ocasión en que Rocambole saltaba hacia atrás, en vez de retroceder metódicamente un paso, le gritó:

-¡Cobarde! ¡No huyas!

E imprudentemente, al tirarse a fondo, quedó al descubierto. Rocambole esquivó la estocada echándose a un lado y aprovechó la ocasión para intentar la célebre estocada. Armando paró rápida y magistralmente la estocada, desconcertando a Rocambole. .

-¡Ah, traidor! -exclamó el conde-. De modo que esgrimes a la italiana. También conozco ese juego.

Y atacando continuamente, el conde de Kergaz acorraló a Rocambole contra un árbol y a él lo ensartó. El falso marqués lanzó un grito, la espada se le escapó de la mano y cayó bañado en sangre. Armando, al ver en el suelo a su rival y tinto en sangre, se inclinó a prestarle ayuda. Mandó a buscar un médico y ordenó que subieran al herido a un aposento. De pronto había olvidado todas las injurias.

Al recobrar el conocimiento, Rocambole descubrió al conde de Kergaz sentado a dos pasos de su lecho y comprendió todo lo ocurrido. El médico estaba con el conde,

y al ver que Rocambole abría los ojos, ambos se acercaron. Rocambole fue examinado nuevamente, lo que hizo concebir al herido el terror de la muerte y un odio rabioso hacia sir Williams. Ahora le tocaba morir por haber tenido una fe tan ciega en aquel hombre ansioso de venganza. Y aprovechando que el conde le preguntaba cómo se encontraba, le dijo que deseaba hablar a solas con él.

Rocambole, a quien la muerte parecía emplazar para que hiciese importantes confesiones, reveló con detalle quién era, qué le había llevado allí y toda la trama urdida por sir Williams, pero sin nombrar a Andrés más que como sir Arturo Collins. Sin embargo, una vaga sospecha empezó a apoderarse del espíritu del conde, que al fin no pudo contener su impaciencia y preguntó

-Pero, ¿quién era sir Arturo Collins? ¿De dónde procedía?

-Espere, señor conde, y le contaré todo. Sir Arturo, al ver fracasadas sus primeras maquinaciones, intentó una tercera. Con razón o sin ella, había pensado que si algún acontecimiento dejaba viuda a la señora condesa de Kergaz, ésta se casaría con él. -Armando tembló al hacerse más intensa la luz en su memoria, y Rocambole continuó-: Pensaba casarse con su esposa y por eso me encargó que le matara fingiéndome enamorado de la señora condesa, en quien ni me atreví a posar mis miradas.

-Entonces, ¿aquel duelo con mi hermano Andrés...? -exclamó Armando, aterrado ante la revelación.

-Míreme bien, señor conde. ¿No se acuerda de mí, de aquella noche en Bougival, cuando apoyó su acero en mi garganta?

-¡Rocambole! -murmuró Armando, asombrado.

-Yo fui quien conducía la silla de postas el día en que encontró a su hermano Andrés, extenuado y moribundo, en el camino de Magny. -Y como el conde hiciese un gesto de sorpresa, agregó-: Sir Arturo Collins se llamó sir Williams en otros tiempos. A ése ya lo conoce perfectamente: es el vizconde Andrés. El me obligó a aprender esa famosa estocada italiana, y aún no hace dos horas me indicó el camino para llegar ante la señora condesa.

-¡Qué infame! -exclamó Armando, con voz ahogada por la angustia.

Estaba recordando que una tarde Baccarat había acudido a él para decirle que Andrés era un traidor.

-Señor conde, si aún duda, puedo proporcionarle una prueba irrecusable -concluyó Rocambole-. Pero me gustaría que la pagase, porque no ha sido el arrepentimiento lo que me indujo a revelarle esto, sino el temor a morir solo, cuando el verdadero culpable aún puede hacer mucho daño. Mi prueba es Baccarat.

Armando, que le había mirado con asombro por su cinismo, se quedó aterrado. Aquella mujer, que había intentado quitarle la venda de los ojos, estaba en peligro.

-¡Acaba de una vez! -urgió, interesado-. ¿Qué quieres ahora?

-Que me dé palabra de perdonarme y no entregarme a la justicia, en el caso de que el médico se haya equivocado. ¿Y qué le parece cien mil francos y un pasaporte para Inglaterra?

-Conforme. Tiene mi palabra de caballero -respondió el conde-. Ahora, hable.

Rocambole, que pensaba en el porvenir hasta en presencia de la muerte, se dijo que si recobraba la salud tendría cien mil francos de Armando y otros cien mil del conde Artoff, lo cual le permitía revelar el último secreto de sir Williams y vivir con una buena renta. Relató al conde cuanto sabía acerca de los proyectos de Andrés contra Baccarat a bordo del «Fowler», lo que terminó poniendo fuera de sí a Armando.

-¡Un caballo! -gritó, tirando violentamente de la campanilla-. ¡Que ensillen un caballo!

«Bueno -pensó Rocambole, al verle salir furiosamente-. Ahora te tocará pasar un

buen rato, querido tío. Ya no moriré solo.»

El conde Artoff, a quien sir Williams creía asesinado por una puñalada de Ventura, estaba en presencia del aterrado baronet, que se encontraba mudo de estupor y paralizado por el espanto. Sir Williams aún no concebía aquello, pero comprendió inmediatamente que si Artoff se hallaba en relaciones con John Bird, no le quedaba salvación posible.

Sir Williams ignoraba que Ventura, al acudir a casa del conde Artoff con ánimo de apuñalarlo, no sólo le había dejado vivo, sino que también le había traicionado. En efecto, Ventura se había instalado en la habitación contigua al dormitorio de Artoff y allí estuvo esperándole. El ruso se retrasó más de lo acostumbrado, debido a la captura de Rocambole. Llegó acompañado de la señora Saint-Alphonse, a quien debía pagar cierta cantidad por la colaboración prestada, dinero que al fin se negó a aceptar la mujer, dando motivo para que Ventura supiese que su jefe había sido arrojado al Marne. Muerto Rocambole, no había nada que hacer y decidió sacar provecho a la situación. Si mataba al conde, no ganaría el dinero prometido; en cambio, el conde podía pagarle por las revelaciones que él hiciera. Le contó lo de Sara, le habló de John Bird, y cuando Baccarat acudió a casa de Artoff para comunicarle la desaparición de la niña judía, ambos establecieron el plan de ataque para capturar a sir Williams en Bretaña.

La viuda Fipart vio salir del hotel Maurice a Ventura y a John Bird, muy contentos, y dirigirse hacia el Havre. Pensó, al verlos partir en la diligencia, que iban al barco después de matar a Artoff. Sin embargo, Ventura había ido al hotel para apoderarse de las cosas de valor y el dinero que pudiera tener Rocambole. Muerto el patrón, era lógico que alguien lo disfrutara. Rocambole, para pasar como muerto, no había ido al hotel, sino a la casa de su madre adoptiva. Refugiado en ella, esperó las equivocadas noticias que le llevó la vieja y le hicieron confiar en la buena marcha del asunto.

-Señor vizconde Andrés -dijo con firmeza Baccarat-. La terrible e inexorable hora de su castigo ha sonado.

Aquellas palabras hicieron levantar la cabeza a sir Williams, el cual, recobrando un resto de audacia y energía, intentó escapar. Artoff se arrojó sobre él y durante unos minutos se entabló una enconada lucha. A los gritos de socorro del baronet no acudió John Bird, y el conde pudo dominarlo y obligarle a permanecer inmóvil.

-Hace un momento le dije, vizconde Andrés -prosiguió Baccarat-, que su pasión por Sara fue el cebo puesto para hacerle caer. Para raptar a mi protegida necesitó la complicidad de John Bird y de Rocambole. Este armó el brazo de Ventura contra el conde Artoff, y el ex mayordomo de la señora Malassis le hizo traición.

-John Bird -continuó Baccarat- era un miserable como usted, pero tenía un corazón agradecido. Había amado, y el conde Artoff salvó a la que amaba; por eso no vaciló en servirle y abandonar vuestra causa.

El baronet seguía blasfemando bajo la presión de las rodillas del conde, el cual dijo:

-Es inútil que pidas socorro, miserable. Nadie te defenderá, porque nadie se apiada de ti. Sir Williams, sir Arturo, Andrés o como te llames, te lo repito, tu hora ha sonado.

-¡Gracia! -murmuró el baronet, comprendiendo que estaba perdido irremisiblemente.

-¿Gracia? -repitió Baccarat con una sonrisa de punzante ironía-. ¿Me la habrías concedido si estuviera en poder del hombre que creías digno de tu confianza?

-¡No! -rugió él, rabioso-. Nunca.

-Ya lo sé, pero mira : si yo sola hubiera sido la víctima de tus infamias, tal vez te

Librodot

habría perdonado.

Un estremecimiento de esperanza sacudió a sir Williams, cuyo furor se aplacó un momento para dejar paso a una ansiedad suplicante. Su mirada se posó en Baccarat, mas su esperanza fue breve. La mujer añadió:

-Ni yo ni el conde, sir Williams, te condenamos. Pero lo hacen todas las personas a quienes perseguiste con tu odio implacable. ¡Míralos! Ahí tienes a tus jueces.

Y al decir aquellas palabras, se oyó un ruido tras el conde, que obligó a éste a volver los ojos hacia allí. Había desaparecido una pared a modo de biombo que dividía en dos camarotes el gran salón de oficiales. Al otro lado estaban el marqués de Van Hop; a su derecha, el conde de Chateau-Mailly; a su izquierda, Fernando Rocher. Detrás de ellos se veía a un cuarto personaje, situado entre una mujer y una adolescente. Era León Rolland. La mujer, que lloraba y reía a un tiempo, como loca, era Turquesa. Y la jovencita, que permanecía silenciosa y llorando, Sara.

-Sir Williams -dijo Baccarat-, tus víctimas so han convertido en jueces. Ese tribunal dictará la sentencia y decidirá tu suerte.

-¡Gracia! -suplicó sir Williams, aterrado por la idea de la muerte.

-Si entre vosotros alguno quiere perdonar a este hombre, que levante la mano -preguntó con firmeza Baccarat al tribunal. Sólo se levantó la mano de Sara-. Sir Williams, esa pobre niña, a la que quisiste deshonrar, acaba de salvarte la vida. No morirás. Pero es necesario castigarte.

Mientras un rugido de alegría se escapaba del pecho del monstruo, Baccarat fue a sentarse en el banco ocupado por los demás jueces.

-Estamos en alta mar -dijo el conde Artoff-. El hombre que manda este buque es el amo y sus marinos le obedecen como esclavos. Tú mismo fuiste quien ideó el suplicio. Sí, Andrés, el «Fowler» te dejará en cualquier playa de las islas Marquesas o de Australia. Pero como realmente eres un genio del mal y tus recursos son infinitos, puedes convencer a los antropófagos y regresar a Europa para seguir robando y asesinando. Por eso vas a ser reducido a la impotencia de un viejo o de un niño.

El conde llamó a sus cosacos. Uno apareció empuñando una pistola y el otro, una navaja de afeitar. Ambos se apoderaron de sir Williams y Artoff se reunió con sus amigos, dispuesto a dar la señal para que empezase el misterioso y terrible castigo a que estaba condenado el baronet.

-¡Alguien se acerca! -gritó John Bird, entrando precipitadamente-. He visto a cuatro hombres que vienen en un bote.

-¿Quiénes son? -preguntó Baccarat, puesta en pie. -Parecen aldeanos de los alrededores de Vannes. -Es el conde de Kergaz -murmuró Baccarat. -No. ¡No puede ser Armando! -rugió sir Williams-. Armando ha muerto.

Aquellas palabras cayeron como un rayo. Artoff no dio la orden y se quedó tan asombrado como Baccarat. Por un instante, sir Williams recobró su energía de bestia feroz y hubiera escapado de no tenerle sujeto los cosacos, que ignoraban el francés y esperaban impasiblemente las órdenes del conde ruso.

-Sí -añadió sir Williams, con un extraño acento de triunfo y de gozo-. Armando ha muerto a estas horas. porque Rocambole no se ahogó en el Marne y hace una: horas que lo dejé saltando los setos de Kerloven para ir a matar a Armando de Kergaz. ¡Mutiladme ahora! Desfiguradme, que ya no me importa. El hombre a quien odiaba no es más que un cadáver.

-¡Miserable! -exclamó Baccarat, furiosa-. Si ha muerto, tú también morirás. -Y salió apresuradamente del camarote, para asomarse al puente. Cogió el anteojo a un marinero bretón que hacía de vigía y examinó el bote que se acercaba. Al descubrir a Armando, exclamó-: ¡Se ha salvado! -Bajó otra vez al camarote -y dijo a sir Williams-

: ¡Te has equivocado, miserable! ¡Armando vive! Viene en ese bote, pero no llegará a tiempo de implorar tu salvación.

Artoff dio la señal. El biombo volvió a dividir la estancia y sir Williams y sus verdugos quedaron ocultos a la vista de su extraño tribunal. Ninguno presenciaría el suplicio.

Pocos minutos más tarde, el señor de Kergaz saltaba sobre la cubierta del «Fowler». Iba armado de una pistola y dispuesto, con ayuda de sus servidores, a rescatar a Baccarat de manos de sir Williams y de John Bird. Pero la antigua cortesana le dejó estupefacto al salir a su encuentro. Le dijo, emocionada:

-Señor conde, Dios está con nosotros.

-¿Y Andrés? -inquirió, intranquilo, Armando-. ¿Dónde está ese infame?

-Ahora recibe su merecido castigo -respondió Baccarat-. Sígame.

Descendieron al interior del buque, donde aún se encontraban los que habían condenado a sir Williams. Estremecidos, todos escuchaban lo que sucedía al otro lado. Horrorosos lamentos que más parecían escapados de la garganta de una fiera que de un ser humano partían de tras el biombo. Armando se puso pálido.

Parecía como si se sostuviera una sorda lucha entre sir Williams y sus verdugos..

Por un instante la piedad, acaso la misteriosa voz de la sangre, conmovieron al conde de Kergaz, el cual no pudo evitar una exclamación de compasión, en tanto miraba a Baccarat.

-¡Es mi hermano!

En aquel momento cesaron los aullidos y resonó un estampido de arma de fuego.

-¿Muerto? -exclamó Armando, aterrado.

-No -respondió Baccarat-. Pero mírelo.

Se corrió nuevamente el biombo y el conde de Kergaz retrocedió, horrorizado. El y todos los circunstantes no pudieron evitar un estremecimiento de repulsión al contemplar el aspecto del ser que aparecía ante sus ojos.

Sir Williams ya no aparecía como el apuesto y seductor baronet que habían conocido. Sólo era una horrible criatura con el rostro convertido en una llaga violácea y de cuyos tumefactos labios se escapaba una bocanada de sangre.

La pistola, cargada solamente con pólvora, había servido para obtener aquel espantoso resultado. Y la navaja de afeitar fue utilizada para cortar la lengua de aquel hombre, cuya elocuencia infernal había conducido al crimen casi a cuantos le habían escuchado.

Cuando las primeras claridades del día se deslizaron sobre las aguas, Baccarat y sus amigos regresaban a tierra en una chalupa, mientras el «Fowler», levadas anclas, conducía hacia las playas australianas al mutilado sir Williams.

EPÍLOGO

Hacía un mes que el «Fowler» había levado anclas y puesto proa hacia las costas australianas. Baccarat, en su casa de la calle Buci, acababa de recibir una carta del conde Artoff. La citaba en su domicilio de la calle Pepiniére y le comunicaba que saldría inmediatamente para Rusia. El zar le recordaba que era coronel de sus ejércitos y que debía ponerse al frente de ellos, en San Petersburgo.

La noticia emocionó profundamente a la hermosa mujer. La marcha del conde era tan inopinada, que de repente la dejaba paralizada, sintiéndose vacía, inexpli-

cablemente inútil en aquella ciudad tan grande. Era como si de pronto hubiese descubierto la gran importancia que alcanzó el joven ruso al compartir con ella una serie de aventuras en su lucha contra el vizconde Andrés. Durante meses, el conde se había convertido en compañero, confidente y amigo fiel, y ahora que Baccarat estaba acostumbrada a verle todos los días, a conversar con él, casi a considerarlo como una parte más de su propia vida... Ahora se iba y...

-¡Dios mío, Dios mío! -exclamó angustiada-. ¿Por qué la mujer ha de ser eternamente débil? Amé, sufrí, me refugié en vos y durante años luché por arrancar de mi corazón una pasión culpable y sin esperanza. Y ahora...

Se estremeció. Se sentía terriblemente sola. Ya no le quedaba más que pasear su mirada, triste y llena de lágrimas, por todos los objetos que la rodeaban y evocaban en ella mil recuerdos. ¡Cuántas horas agradables en medio de las penas y sinsabores que produjo la lucha contra el vizconde! Y Artoff siempre a su lado : discutiendo sus planes, obedeciendo sus órdenes. No podía contenerse. Estaba totalmente deshecha. Lejos el conde Artoff, ya no tendría objeto permanecer en París. Tampoco podía decir al ruso que permaneciera a su lado.

Determinó irse a Bretaña. Allí había comprado una finca y podía decir a Cereza que la acompañase con el niño. Sería saludable para el pequeño. Y seguramente para ella, porque no quería enterrarse en vida. Resolvió visitar a su hermana para comunicarle su decisión.

León Rolland y su esposa vivían felices desde el día en que Baccarat intervino en casa de Turquesa. La calma y la tranquilidad reinaron de nuevo en el hogar de la linda y virtuosa Cereza. El matrimonio la acogió con alegría. La abuela dormitaba en una silla. León accedió a que su esposa fuera a Bretaña, pero Cereza adivinaba que en el corazón de Baccarat existía un huracán, que la torturaba un dolor. No consiguió que su hermana le revelase nada. Entonces le prometió a su hermana que al día siguiente estaría dispuesta para emprender el viaje.

Y Baccarat llegó por fin a casa del conde Artoff. Temblaba de pies a cabeza. Sentía que aquélla era la causa de su rápida huida, pero estaba dispuesta a no demostrarlo. Necesitaba continuar en su papel de mujer fuerte, de compañera, ya que nada hubo ni podía haber entre ella y el conde.

Un criado la recibió y le comunicó que Artoff no se encontraba en la casa, pero le rogaba que lo esperase unos minutos. Baccarat se sentó en un diván y esperó en aquel salón, cuya esplendidez y lujo revelaban la riqueza y el buen gusto de Artoff. Se quedó ensimismada y de pronto pensó que jamás había esperado con tanta ansiedad a Fernando Rocher. ¿Estaría, verdaderamente, enamorada de Artoff? Su pregunta le produjo un escalofrío. Se puso en pie. No quería pensar en nada.

Se abrió la puerta del salón y ella se volvió rápidamente hacia allí. Vio con asombro que no entraba el conde Artoff, sino Armando de Kergaz, acompañado del marqués de Van Hop. Ambos le dijeron que Artoff aún se retrasaría un poco, ya que, al parecer, antes de su marcha, había pensado casarse. Baccarat tembló al oír aquellas palabras. Escuchó a Armando, pero ya sólo entendía su cerebro. Todo le decía que debía mostrarse serena, tranquila, dueña de sí. Si Artoff se casaba, no debía molestarse; al fin y al cabo, ella lo había querido así. Y era lógico que el ruso buscase en otra lo que ella le había negado.

-El señor conde y yo, señora -le estaba diciendo el marqués de Van Hop-, conocemos a la mujer con quien desea casarse el conde Artoff. Estamos convencidos de que es digna de llevar su apellido y seremos testigos de su casamiento.

sólo usted puede impedir dicha boda -intervino Armando-. Por eso hemos venido a rogarle que no haga ni diga nada. Tiene un gran ascendiente sobre el ánimo del conde

y podría causar su desdicha y la de la mujer que debe ser su esposa.

-De acuerdo -respondió, emocionada, Baccarat, que vagamente había comprendido aquello-. Lo prometo.

Baccarat volvió a quedarse sola. Ahora ya no acertaba a darse cuenta de lo que le sucedía. Parecía aterrada. Había esperado todo menos aquello. Por un instante se preguntó quién sería la mujer que iba a casarse con el conde Artoff. Pero inmediatamente renunció a buscar una respuesta. Aquello ya no tenía sentido para su corazón. Desde hacía diez minutos, desde que había hablado el conde de Kergaz, sólo podía estremecerse y recordar que era una pobre Magdalena arrepentida cuyo corazón no podía vivir sin amor. Ahora estaba a punto de morir de angustia, al pensar en el próximo enlace del conde Artoff.

Oyó pasos en la habitación inmediata y su corazón palpitó aceleradamente. Se abrió la puerta y se puso pálida como un cadáver. El conde venía solo y ella no pudo ponerse en pie. Sus piernas se negaban a sostenerla.

Artoff se apresuró hacia ella y le besó la mano. Estaba vivamente excitado e impaciente. Parecía deseoso de comunicarle su alegría, y aunque ella experimentaba un espantoso ahogo y se estremecía al oír palabras que destrozaban su corazón, dejó que Artoff le hablase de aquella mujer soñada, a quien veneraba.

-La mujer que orgullosamente haría llamar condesa de Artoff pasó por duras pruebas en la vida: amó, sufrió y me temo que su corazón esté cerrado a todo nuevo amor. Señora, amiga mía...

Baccarat se estremeció al oír aquello. Un grito pugnaba por escapar de su garganta. De pronto lo había adivinado todo; sobre todo, cuando Artoff se echó a sus pies y empezó a decir apasionadamente:

-La amo desde la primera noche que entré en su casa. No hay otra mujer para mí, ni a nadie más llamaría orgullosamente mi esposa. Acépteme aunque no me quiera. Seré...

Baccarat no pudo contenerse. Lo tomó de los brazos, se echó a su cuello y atrajo hacia sí al hombre, mientras murmuraba entre ahogos de alegría:

-¡Muchacho! ¿Estás ciego? ¿No ves que hace tiempo se extinguió mi antiguo amor y ahora sólo vivo porque te amo? -De pronto, un destello de razón sucedió a sus apasionados arranques de cariño y exclamó-: ¿Qué he dicho? ¡Desdichada de mí!

Quiso rechazar con viveza al conde, pero éste, estremecido de alegría y de orgullo, había dejado suelta su contenida pasión y sus brazos la rodeaban, estrechándola contra sí, al mismo tiempo que ella temblaba desde la nuca hasta los pies. Ella le quería, le quería y era toda consentimiento. Aunque en aquel momento, desfallecida, tenía vergüenza, y le murmuraba como ahogada:

-Perdóname, amigo mío. Estoy loca. Perdóname por haber tenido la vanidad de pensar que podía ser tu esposa. Soy una mujer ajada, marchita, una desdichada. Baccarat no puede ser tu esposa.

El conde se quedó asombrado ante aquellas palabras, ante su brusca transición. Baccarat se alejaba de él, se apartaba y lo rechazaba tal y como había temido. Y, desconcertado, entristecido, se volvió hacia la puerta, que se abrió en aquellos instantes para dar paso a Armando, del brazo de la marquesa de Van Hop, y al marqués, acompañando a Juana de Kergaz. Baccarat los contempló en silencio.

-Señora -dijo Armando-. Venimos a exigir el cumplimiento de su promesa. No impedirá que el conde Artoff se case.

-El caso es que no me dijeron que se trataba de mí -replicó Baccarat, conmovida-. No puedo aceptar. Baccarat no debe convertirse en la condesa Artoff.

El señor de Kergaz no respondió, pero las mujeres que lo acompañaban se

aproximaron a aquella mujer, encorvada bajo la pesadumbre de los recuerdos del pasado, y le hablaron con la elocuencia de los grandes afectos y los nobles sentimientos.

-Y por eso, señora, la creemos digna de llevar el apellido y el título que le ofrecen.

Baccarat volvió sus ojos hacia el conde Artoff, con la cabeza levantada por la ansiedad. El joven le abrió los brazos y en un gesto fluctuante, con los ojos fijos en ella, permaneció inmóvil, y al fin Baccarat, desfallecida, cayó en el abrazo del conde Artoff.

Ocho días más tarde salía del hotelito de la calle Pepiniére una lujosa silla de postas tirada por cuatro fogosos trotones. En el pescante iban dos lacayos con libreas blasonadas y cubiertas de pieles. Y en el interior, una señora joven y hermosa acompañaba a un hombre de rostro simpático que la estrechaba amorosamente contra sí.

Casi a la misma hora de aquella mañana en que el conde y la condesa Artoff salían de París hacia Rusia, un joven abandonaba aquella ciudad en dirección opuesta, camino de Inglaterra. Era Rocambole, el cual, después de haber permanecido casi un mes en el castillo de Kerloven, convaleciendo de su herida, se había repuesto y acudido a París para hacer efectivo el bono de cien mil francos que por su información le entregara el conde de Kergaz. Aquel dinero, más el del conde Artoff con el cuaderno de notas cifradas de sir Williams, descubierto durante su estancia en Kerloven, constituían la mejor herencia recibida para empezar una nueva vida en Londres, una vida que tal vez algún día veremos ampliamente relatada, como fruto de todas sus hazañas.

F IN
de
«LOS DRAMAS DE PARÍS»